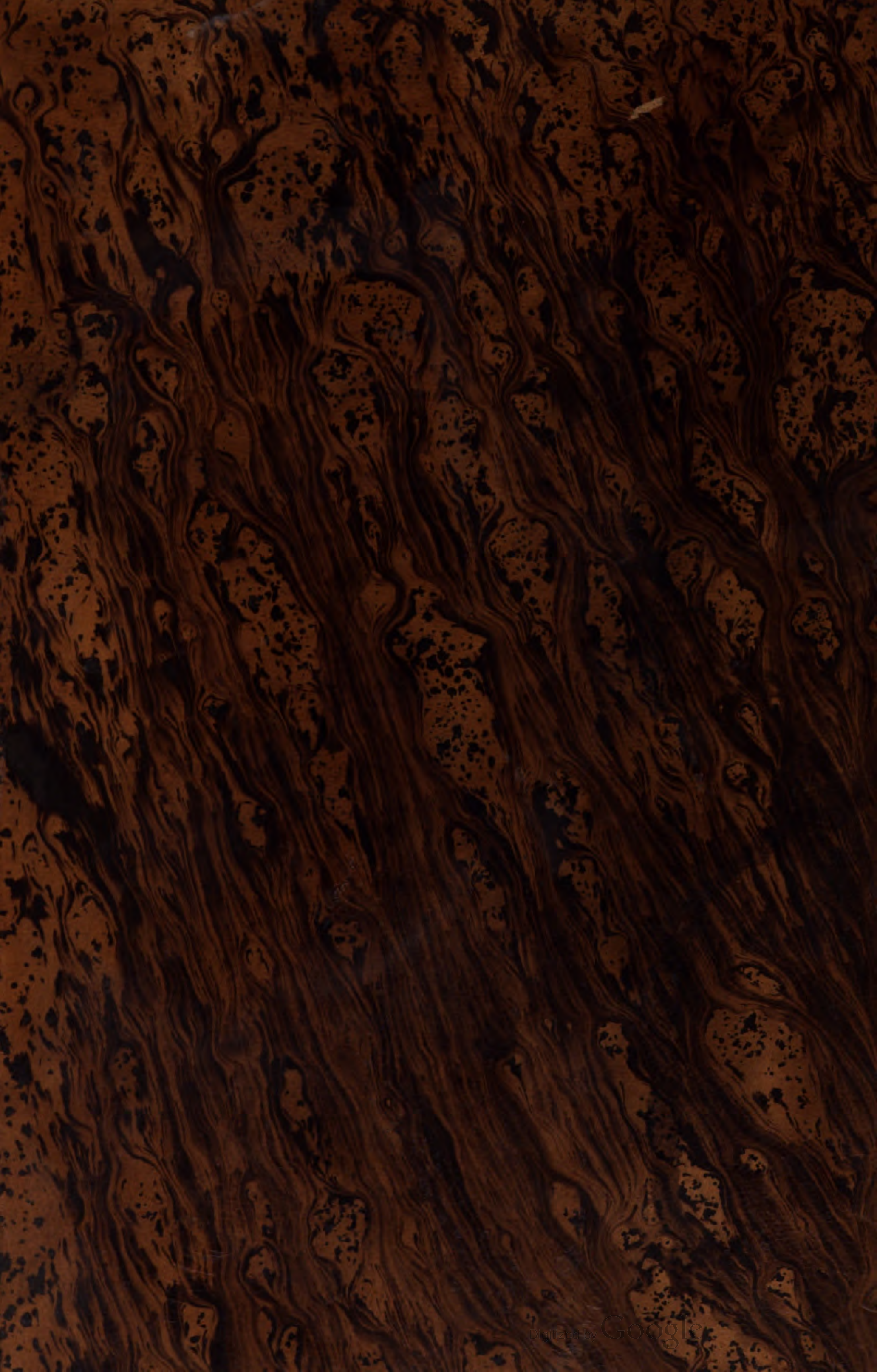
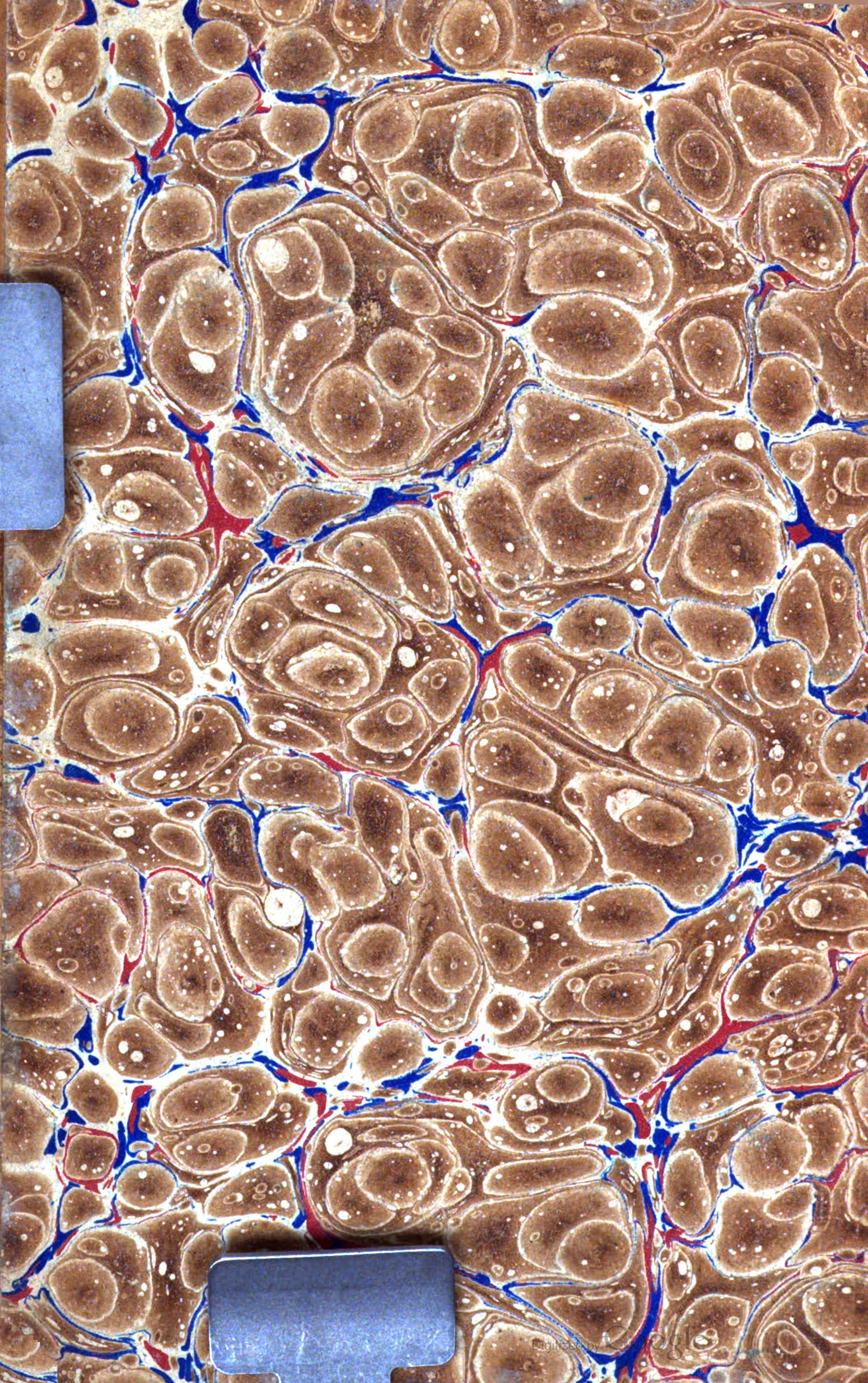
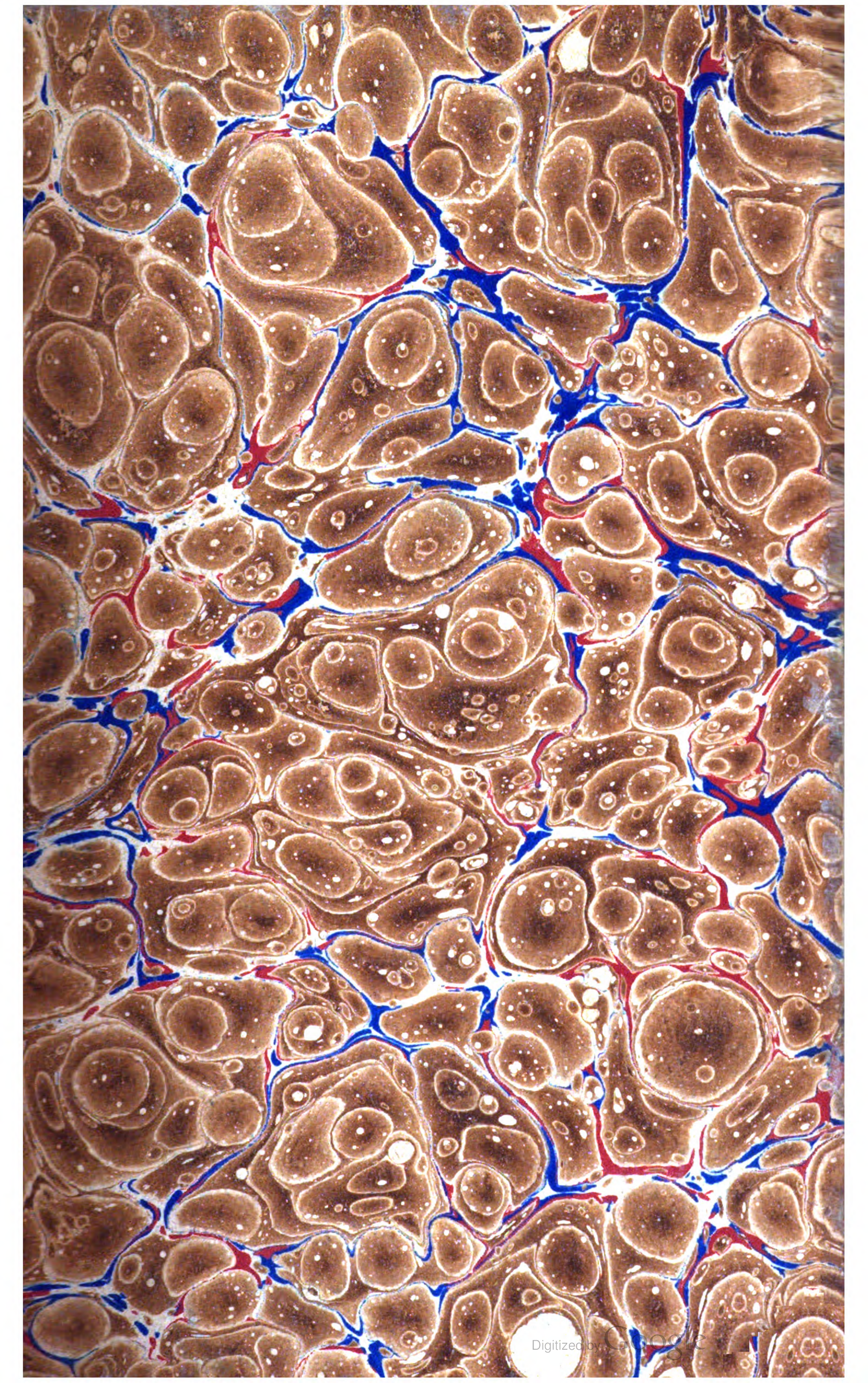






LOS

DOLORES DE MARÍA.

TOMO II.

LOS
DOLORES DE MARÍA

DESCRITOS
EN FORMA EPISÓDICA Y DIALOGADA
POR

JOSÉ PALLÉS.

Obra ilustrada con 28 magníficas láminas
DEL CÉLEBRE ARTISTA ALEMAN
ELSTER.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

TOMO II.



BARCELONA:
IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, núm. 24 y 26.
1879.



LOS DOLORES DE MARÍA.

Libro tercero.

EXPATRIACION.

CAPÍTULO PRIMERO.

En Nazareth.

Despues de un viaje de cinco días hecho á pié, la Sagrada Familia entró en su casita de Nazareth, que abandonara cosa de unos dos meses ántes para venir á Belen.

El cuerpo de María estaba bastante fatigado: su corazon herido chorreaba sangre; pero sus labios virginales no proferían una queja, y apénas si de vez en cuando se escapaba de sus labios purísimos un suspiro imperceptible, tanto más amargo cuanto más ahogado.

La pobre llevaba una herida de muerte en el alma; mas no moría porque le daba vida y aliento la consideracion de que padecía por Jesucristo; mas no moría porque Jesucristo estaba con ella sosteniéndola con su ejemplo y con su caridad; mas no moría porque el deseo de padecer por la misma causa que Cristo le impedía hacerlo.

Era una agonía continua, dolorisísima, imponde-

rable la de aquella purísima Mujer; agonía que no cesaría un punto en el espacio de treinta y tres años; que léjos de cesar iría en aumento á cada instante.

El dolor de su alma dejaba profundas huellas en el rostro virginal. Sus ojos tan bellos despedían una mirada más triste que los rayos de la luna; sus hermosas mejillas parecían por lo descoloridas los pétalos de una rosa blanca; sus labios, ligeramente caídos en los extremos, parecían las hojas de una sensitiva que no ve el sol sino al traves de un celaje tupido; todo su conjunto inspiraba compasion y levantaba en el fondo del alma un sentimiento de simpatía irresistible.

José estaba tambien muy afligido, y ambos miraban al Niño de vez en cuando con amor infinito, cual si mirándole se les calmara el dolor de los corazones nobilísimos, ó como si recibieran fuerzas extraordinarias en la fuente de la misma caridad para no desmayar; para seguir adelante por el triste camino de su vida.

Venían silenciosos y meditabundos, porque los grandes dolores desean la quietud y el silencio; porque la lengua, como nada sabe del corazon, enmudece siempre que el pecho está muy afectado; tiene el natural buen sentido de no profanar con una palabra lo que no acierta en comprender.

José, compadecido de su Esposa amantísima, pedíale tener la dicha de ayudarla á llevar al Cristo, y entónces éste pasaba de los brazos de María á los de

su Esposo, y se reclinaba dulcemente sobre el pecho del Patriarca, dándole á gozar las delicias del cielo, áun en medio de las amarguras de la tierra.

Pero por muy grande que fuese la dicha de José cuando sostenía en sus brazos al Cristo, no era este el motivo por el cual descargaba de tan dulce peso los de María, bien que fuera la razon que alegaba para conseguirlo; sino que como su amor á la Vírgen Santísima era tan fino, tan delicado, tan grande, prefería para ella todas estas dulzuras, y sólo buscaba para sí las molestias, juzgándose únicamente digno de ellas. Esta era, pues, la razon por la cual obraba al pedirle le dejase tener la dicha de sentir en sus brazos el adorado peso de Jesus; y María, que á pensar lo contrario, por delicadeza y amor se hubiese excusado, deseando tambien pára sí todas las molestias, apresurábase en entregarle el Niño, ya que tanta dicha le había de dar.

Y de este modo llegaron á Nazareth, donde fueron recibidos con no escaso regocijo por sus parientes y amigos; los cuales, conocedores de las prendas incomparables de nuestros santos Personajes, les amaban con un verdadero afecto, y hubieran deseado tenerlos siempre en su compañía.

Y el motivo del regocijo aumentó de punto viendo al Niño Jesus, y mirándole tan hermoso, tan atractivo; y sintiendo en el fondo del pecho la fuerza con que seducía los corazones.

Las cordiales parabienes y las visitas afectuosas

llovían con tal motivo sobre la casa de José; y los que á ella acudían, regresaban á sus casas compungidos, movidos en amor á Dios, y preguntándose quién sería aquel Niño en el cual no podía ponerse la mirada sin sentirse presa de dulcísimas emociones; sin sentir como un fuego purificador encendía las almas.

—El Señor ha bendecido vuestra casa con una insigne bendicion: decían los visitantes á los dos Esposos.

—¡Oh! ¡quién pudiera tener la dicha de mirar siempre á ese Niño! ¡Se está tan bien aquí!... exclamaban otros.

—El Señor ha mirado nuestra humildad con ojos de misericordia, y bendecido nuestra casa con una insigne bendicion. Ayudadnos á darle gracias por ello, amigos nuestros: decíanles María y José, ocultando con suma prudencia la naturaleza y destinos del adorado Hijo, y pensando que si tal era la voluntad de Dios, ya cuidaría el cielo de dar á conocer allí quién era Jesus, como lo había hecho en Jerusalen y en Belen.

Y su resolucion era muy prudente, muy sabia, muy acertada. Aquella obra era por excelencia la obra de Dios, y no debían hacer las criaturas otra cosa que prestarse á ser dóciles instrumentos del plan sapientísimo de la redencion.

Cuando llegaba la noche, y se cerraba la puerta de la pobre casa de José, y la Sagrada Familia quedaba sola en el humilde y limpio recinto, los dos santos

Esposos tomaban asiento junto á la cuna donde dormía el Niño divino; y ponían en Él los ojos mojados en lágrimas, y meditaban.

¡Cuán tristes eran sus meditaciones; pero muy singularmente las de María, por conocer con más detalles los dolorosos destinos de Jesus!...

Comunmente se le figuraba verlo dormido sobre una cruz, con el tranquilo sueño del niño: otras abrazado con una cruz, mirando al cielo y como repitiendo al Padre su ofrecimiento á la dolorosa muerte; otras sentado al pié de la cruz, teniendo en sus divinas manos una corona de espinas que contemplaba con amor imponderable; otras al fondo de un valle, con los ojos amorosamente puestos en la cumbre de un monte, donde había una cruz solitaria que al parecer le esperaba, y á la cual Él alegre caminaba trepando por los flancos de la montaña; flancos pedregosos, flancos poblados de espinas, flancos que le fatigaban mucho; pero que no por eso detenían su marcha ascendente, ni rendían su voluntad, ni lograban borrar de sus labios la inefable sonrisa con que saludaba á la cruz amada...

¡Siempre la cruz, doloroso instrumento de suplicio; infamante madero, en el cual un filósofo pagano no quería que los ciudadanos romanos pensaran siquiera, por lo que tenía de vil é ignominioso; como si hasta el pensamiento de ella manchara la inteligencia por la cual hubiese atravesado!...

¡Y con esta cruz tan temida, tan detestada, tan

innoble, tan infame, estaba abrazado el Hijo de Dios!...

¡Oh! ¡cuán dulce y amarga era á la vez la cruz para María! ¡Dulce por ver cuánto la amaba su divino Jesus; amarga por saber cuán cruelmente atormentaría á su inocente y adorado Hijo!

¡Y cuántas lágrimas mojaban los ojos de María y de José, durante aquellos momentos de amorosa contemplacion y de admirable meditacion!

Y llegaba para ellos la hora del descanso, y su cuerpo rendido de fatiga dormía; pero su espíritu velaba, y pensando en Jesus; y singularmente el de la Vírgen Madre viéndole abrazado con la cruz. Y el dolor no tenía para Ella treguas; ¡ni las treguas que compasivo concede algunas veces á los demas afligidos!...

Y Ella padecía con resignacion; y Ella padecía con amor dolores de agonía contínua; y Ella se había tan generosamente abrazado con los dolores, por la relacion que tenían con Cristo, que, de ser posible, ántes hubiera renunciado á ser su Madre, que á la dicha de padecer por Él y con Él.

Así cuando le envolvía en los pobres, pero limpios pañales, pensaba que aquel cuerpecito tan hermoso, tan inocente, se vería con el tiempo despedazado, lleno de sangre, cubierto de hondas y crueles heridas; que aquella cabeza tan seductora sería abierta por una implacable corona de espinas; que aquellas mejillas por ella besadas con tanto respeto, amor y

regalo se verían afeadas, cubiertas de sangre y de inmundas salivas; se verían desencajadas aquellas facciones nobilísimas por los dolores de la muerte, y pálidas, lívidas, acardenaladas en algunas partes, ni restos tendrían de su belleza divina; que aquellos ojos que tan dulcemente la miraban, la mirarían un día al traves de una nube de sangre, como pidiendo consuelo al maternal corazon; que aquellos piés y manos, besados por José con tanto amor, serían atravesados con clavos y fijados en el duro leño de una cruz!... ¡que Aquel que entónces se alimentaba con el dulce jugo del seno virginal, tendría los labios mojados con hiel y vinagre en los crueles momentos de su agonía!...

¡Cuánto dolor; cuánta desolacion, cuánta amargura para la amantísima Madre!... ¡Oh! ¡cómo en aquellos momentos le apretaba contra su pecho, cual si quisiera ponerlo por escudo que defendiera al Niño adorado de los dolores, y angustias, y agonías, y martirios que le esperaban! Pero al fin concluía diciendo resignada:

—No, no, Dios mío; yo os le ofrezco para la salvacion del mundo. Dignáos aceptar el inmenso sacrificio de la triste Madre. No le perdonéis, vos que lo amáis tanto; yo tampoco le perdono, y le amo mucho, porque no se perdona Él, impulsado por el amoroso fuego que arde en su Corazon divino.

Y lágrimas silenciosas, lágrimas de consuelo brotaban de los ojos de María, dichas estas palabras.

Parecerá singular que aquellas fuesen lágrimas de consuelo; pero lo eran, porque almas como la de María no se consuelan sino haciendo la voluntad de Jesus, y sacrificándose en compañia de Jesus. Acompañar á Jesus, esta es su dicha, este es su consuelo; el martirio más grande para ellas no es dejarle solo en la gloria del Tabor, sino en la ignominia del Calvario.

Pocos días hacía que habían llegado á Nazareth nuestros santos Personajes, y era una mañana en la cual con estos pensamientos fajaba la Vírgen inmaculada al Cristo, despues de haberle dado un baño, segun antiquísima tradicion refiere.

La dulce Madre estaba aquel día tal vez más apenada que de ordinario por las indicadas consideraciones, y pedía fervientemente al Señor derramara todos los bienes sobre los hombres, por amor al Cristo.

En esta circunstancia penetró afligida en la habitacion de María una madre. El corazon la impulsaba á venir á ella en busca de consuelo, y hay que convenir en que el corazon de la buena mujer la dirigía bien.

La Madre de Dios ocultó cuidadosamente en el fondo del pecho el dolor que la desgarraba, y con esa entonacion apacible, propia de Ella, que á un tiempo disipa las tempestades más recias del alma, y apaga los dolores más intensos que hacen suspirar el corazon, preguntó á la recien venida:

—¿Qué honda pena te aflije, hermana mía? Tus

ojos me dicen cuán oprimida está tu alma. Si vienes por un consuelo y yo te lo puedo dar, la tristeza de ese rostro se disipará como la neblina que ahuyenta el sol.

—La flor de mi vida se ha puesto de repente mustia, y sus pétalos hermosos ayer, hoy caen en mi seno fríos como las brisas del sepulcro, llevando la muerte á mi alma.

—¿Está enfermo tu hijo?

—La flor de mis entrañas pierde las hojas: me roba su hermosura el soplo de la muerte. Ayer era la alegría y el encanto de mi vida; ayer no divisaban los ojos de mi alma más que horizontes de púrpura y plata, de azul y oro; hoy todo ha cambiado casi repentinamente para la pobre madre. Sombras oscuras y densas; terror y frío en el corazon... ¿Qué será de mi dicha, Miriam; qué será de mi dicha?... Sin el hijo amado sólo veré oscuridad y luto por do quier, y heriré con la frente su sepulcro, hasta que compadecido de mí el Señor, me abra las puertas del no ser, y ordene que vaya á descansar al lado del que ama mi corazon.

—¡Pobre hermana! balbuceó María mirando compasiva á la desconsolada mujer. ¡Tu dolor es grande como el mar!

—Mi dolor no tiene consuelo. Un hijo se consuela de la muerte de su madre; pero una madre no se consuela de la muerte de su hijo; dijo con cierta desesperacion, hija de la vehemencia con que el dolor he-

ría su sentimiento, vivo como de mujer nacida bajo el ardoroso sol del Oriente.

—El Señor es fiel y clemente; el Señor consuela los corazones dilacerados; el Señor no te quita el hijo que amas; trasplanta la flor de tus entrañas al cielo, para devolvértela allí eternamente hermosa.

—¡Ah! si el Señor se dignara trasplantar á un mismo tiempo la flor y la planta, entónces sería feliz.

Había en las palabras de aquella mujer tanta amargura, tan verdadero sentimiento, que el corazon de Miriam sintióse más conmovido, y deseó vivamente disipar la tristeza legítima de aquella mujer.

Y volvió los ojos á su Hijo divino, que descansaba en la humilde cuna; y le dirigió por medio de la mirada una rendida súplica por aquella amiga y su hijo moribundo.

Luégo dijo á la madre afligida, con acento seguro, firme; pero humilde á un mismo tiempo:

—Espera en el Señor, que te consolará.

—Si no hay más consuelo para mí que la vida del hijo ó la muerte de la madre!... balbuceó con cierta desesperacion, pues no conocía el poder de las palabras de Miriam.

—Si crees firmemente, el Señor te devolverá el hijo que amas tanto.

Y diciendo esto infundió una fe eficáz en el corazon de la desconsolada; fe que cambió radicalmente las disposiciones de su ánimo, y la trocó en otra mujer.

—Creo; dijo ésta con firmeza y resolucion; que el

Altísimo puede devolver la salud á mi hijo si tú se la imploras, Miriam. No me abandones en el amargo desconsuelo de mi alma.

—No á mí, sino á tu fe debes atribuir la gracia que el Señor te hará; balbuceó humildemente María.

—¿Qué debo hacer para alcanzar la gracia que me anuncias?

—Tráeme tu hijo.

—Si está moribundo!... dijo la madre instintivamente.

—No importa; tráeme tu hijo y verás la gloria del Señor; insistió Miriam.

La mujer salió de la habitacion apresuradamente. Una voz interior le decía yo no sé qué palabras de indefectible esperanza, y una fuerza sobrehumana, la fuerza de la fe, la impulsaba.

Miéntras tanto, María oraba á su Hijo divino pidiéndole que por los dolores que le esperaban, y por las angustias y martirios venideros de la cruz, se dignara consolar aquella amiga, devolviéndole la alegría con el hijo moribundo.

Jesucristo no podía negar nada á su tierna Madre, y mucho ménos cuando se lo suplicaba por los dolores y los martirios de la cruz; por aquellos dolores y martirios que con tanto amor tenía siempre presentes.

Por otra parte, quería significarla tenerla elegida para tesorera de sus gracias; para consuelo de los afligidos; para alegría y regocijo de los atribulados

que á Ella acudieran; quería satisfacerla de las angustias que por su causa la afligían y afligirían en el curso de su vida, haciéndola bálsamo eficaz para todas las llagas del alma.

¡Ah! no podía el amor del Cristo á la Vírgen negarle esta primera gracia, cuando Ella no se había negado á ofrecerlo á la muerte ignominiosa y cruel de la cruz, renunciando, en favor de la Justicia divina, á todos sus derechos sobre el Dios humanado.

María dió á Jesus las gracias con un beso, al tiempo que la mujer entraba en la habitacion llevando en brazos un niño en los últimos momentos de la agonía.

—¡Mírale! dijo á la Madre de Dios, poniendo los ojos en el niño con profundo desconsuelo. Va á morir!...

—No; tu hijo vivirá para gloria del Señor. Confía en Él.

—No es dable oirte sin levantar los ojos y el corazon al cielo; sin que una se sienta poseída de inefable confianza. Mi hijo está al morir y creo que vivirá, pues me lo dices. ¿Qué debo hacer?

—Báñale en el agua en que he bañado á mi Hijo hace poco.

Y diciendo esto la mostraba el lebrillo lleno de agua que había no léjos de la cuna.

La mujer confiada, y sin pensar que un baño de agua fría debía precipitar la muerte del niño en circunstancias normales; poseída de una fe ciega,

quitó al moribundo las ropas que envolvían sus miembros yertos y paralizados, y le sumergió en el agua del lebrillo.

Y en el mismo momento, la vida que le abandonaba volvió á él exuberante, poderosa, con toda su plenitud.

Y el niño sonrió á su madre, y la acarició con las manitas, y miraba á Jesus y á María, como dándoles las gracias por el inestimable beneficio que acababan de hacerle.

La madre, viendo un cambio tan rápido, dió un grito de esos que salen del fondo del alma; de esos gritos que son un poema intraducible; de esos gritos que dicen al corazon lo que significan, pero que la lengua no puede expresar, y mucho ménos la pluma describir.

La buena mujer reía y lloraba á la vez; frotábase los ojos; miraba á la Vírgen santísima; no sabía darse cuenta de si estaba soñando lo que tanto deseaba, ó si despertaba de una pesadilla terrible y se hallaba en el seno de la felicidad más colmada.

Pero allí estaban María y Jesus; pero allí estaba su hijo, un momento ántes moribundo, todavía sumergido en el agua que le devolviera la vida; pero su corazon agradecido palpitaba dentro del pecho, para repetirla en cada latido no ser sueño, sino venturosa realidad lo que le sucedía.

Cuando pudo darse, ya más tranquila, cuenta de su dichosa situacion, llorando abundantes lágrimas

de reconocimiento arrojóse á los piés de María, abrazó con ternura sus rodillas, puso en sus ropas benditas mil besos ardorosos, y no pudo decirla una palabra siquiera, por impedírselo los sollozos.

—Alza y ven á mis brazos; dijo Miriam sintiéndose dichosa por la ventura de su amiga; demos gracias al Señor por haberse dignado manifestar su gloria premiando tu fe.

—¡Oh Miriam! ¿Con qué te pagaré yo el inestimable beneficio que acabas de hacerme? Me has devuelto la vida con la vida de mi hijo; has devuelto la alegría á mi corazon, la alegría que me dejaba para siempre. Bendita tú mil veces del Señor, y bendito el Señor que tales maravillas obra por medio de tí!...

—Hermana mía; díjola la Vírgen abrazándola tiernamente; no á mí sino al Señor debes bendecir, y á tu fe, recompensada tan admirablemente por el Altísimo. ¡Oh! ¡cuán grandes cosas conseguiríamos del cielo, si al pedírselas nos animara siempre una fe tan ciega como viva!... Pero ya que hoy la bondad de Dios ha mirado tan compasiva tu dolor, corresponde á esa bondad dirigiendo de un modo particular á tu hijo por los caminos del Señor; mas no te acuerdes de mí para los efectos de la gratitud, pues al fin y al cabo he sido tan sólo un pobre y sencillo instrumento de las miras del Altísimo en tí y tu hijo.

—Justa venganza del cielo vendría sobre mí y sobre mi casa, y temería que el Altísimo castigara en

mi hijo la ingratitud de la madre, si me olvidase de bendecirte de noche y de día, como la flor bendice el sol que la da vida y galanura. Instrumento has sido de consuelo para mí, y yo debo bendecir el instrumento de que se ha valido el Señor para el efecto, Miriam. El cielo derrame dichas sin cuento sobre tu cabeza y bendiga tu casa; y tu amado Hijo te dé tantas alegrías y felicidades, como estrellas tiene el firmamento y granos de arena la playa que circunda los mares.

María suspiró imperceptiblemente al oir á la buena y agradecida mujer; pero ésta no advirtió aquel suspiro, que por otra parte no hubiera sabido explicarse.

—¿Qué has puesto en esa agua, Miriam? dímelo para colmo de consuelo; continuó la mujer.

—Nada. Sólo que pocos momentos ántes he bañado en ella á mi Hijo querido; contestó sencillamente María. La virtud del Omnipotente la ha bendecido para recompensar tu fe.

—¡Oh! ¡qué profeta del Señor será tu Jesus, cuando el Altísimo bendice de tal modo el agua en que ha sido lavado!... Nazáreth ignora quién es el Hijo de María; pero no lo ignorárá en adelante.

—Hermana mía; dijo Miriam con tono solemne; respeta las disposiciones del Altísimo, y sea quien quiera mi Jesus, prométeme no revelar nada de lo sucedido aquí.

—Esto es imposible. ¿Quién contiene la explosion de mi alegría? ¿cómo explico yo á los que me pre–

gunten la repentina curacion del hijo de mis entrañas? ¿Si callo no ofendo por ingrata al Señor?

—No; no sólo no le ofendes, sino que le complaces. Respeta las disposiciones de la Providencia; séle agradecida y fiel, y si quieres pagarme á mí esa que llamas deuda de gratitud, no usarás otra moneda que el silencio. Me espanta, hermana mía, que el pueblo se ocupe de mi bajeza, como no sea para despreciarme.

La buena mujer oyendo palabras tan inesperadas como insólitas, miró primero con asombro á la Vírgen, luégo con indecible respeto. ¿Qué vió en María que tal efecto la produjo? Es difícil contestar á esta pregunta; pero es muy posible que Dios se dignara darle á conocer algo de la dignidad y de la excelencia de la Madre y del Hijo.

Y despues de mirarla reverentemente, cosa que mortificaba mucho la profunda humildad de la Madre de Dios, la dijo besándola las manos:

—Miriam; pues tú lo quieres, te daré gusto. Sólo mi hijo conocerá lo que acaba de suceder aquí; y yo cuidaré de grabar en su corazon el amor á Dios y á tu Jesus, para que les sirva fielmente y les ame con toda su alma. Ruega tú al Señor para que el que te debe la vida, ande siempre por el sendero de la virtud.

—Te lo prometo; dijo María abrazando á su amiga con verdadera efusion.

La mujer feliz ya, tanto como al entrar en aquella

casa santa estaba inconsolable, salió con su hijo lleno de salud en brazos, pudiendo apénas contener el llanto de dicha que se agoltaba á sus ojos.

María, viéndose otra vez sola con su amado Jesus, hincóse de rodillas junto á la cuna, y dijo al divino Niño:

—Gracias, vida mía, por haber oído la súplica de tu indigna Madre. Al ménos si yo tan vivamente lloro junto á tí por la triste suerte que te reservan los pecados del mundo, gocen otras el consuelo y la dicha que á mí me están vedados.

Y el Niño la miró cariñoso, como dándola las gracias por la caridad inagotable de su corazon virginal.

Y decimos que parecía darle las gracias, porque el divino Jesus consideraba suyos á los hombres, y por eso la Vírgen se hacía acreedora á su gratitud cuando les deparaba un consuelo.

Y la Madre y el Hijo se quedaron mirando con éxtasis amoroso por largo rato. Las confidencias que se hacían en aquellos momentos sus Corazones, no pueden ser descritas por pluma de hombre, puesto que hasta son ignoradas de la inteligencia purísima de los ángeles.

CAPÍTULO II.

La órden de expatriacion.

Así se pasaron unos días, bien que pocos. No pensaba la Sagrada Familia en que el cielo triste, pero apacible de su vida, se iba cargando de nubes que amenazaban deshecha tempestad, porque estaban bien léjos de suponer los propósitos sanguinarios que alimentaba el cruel monarca de Israel.

¿Cómo habían de pensar de otra manera, si su humildad profunda hacía que se consideraran como átomos perdidos en la grandeza del espacio? Se creían como la violeta ocultos bajo las abundantes hojas de su pobreza y humildad; mas no tenían en cuenta que la violeta declara su existencia por el aroma, y que se la busca donde está escondida.

Y el que entre ellos despedía suavísimo aroma era el Hijo de Dios; eran los deseos que el Hijo de Dios de padecer tenía por la salud de los hombres.

Pero nuestros santos Personajes ignoraban que el aroma de la caridad de Cristo hubiese llegado hasta el palacio del rey; y suscitado la envidia y los recelos de Heródes; y levantado en su podrido corazon propósitos sanguinarios.

Por otra parte confiaban plenamente en el cielo,

y por estas causas no podían imaginar que se formara sobre sus cabezas una tempestad deshecha y amenazadora; no podían imaginar que el rayo fulgurara en el seno de la tempestad amenazando la cabeza divina de Jesus.

Pero el cielo, en el cual tan plenamente confiaban María y José, velaba cuidadosamente por la vida inapreciable del Hijo de Dios humanado, y como escogitaba los más recónditos pliegues del corazon de Heródes y de todos los enemigos del Cristo, los burlaría á su tiempo; y el golpe que tan sigilosamente preparaban los hombres heriría en el vacío, para humillacion de su altivez y soberbia.

Era al caer de la tarde. El sol se había ocultado tras los montes lejanos, la tierra comenzaba á cubrirse de sombras, y el cielo, iluminado por una luz vacilante, dejaba aparecer una que otra estrella y se presentaba más azul, más misterioso. Todo, hasta los rumores confusos que se percibían, convidaba á la meditacion y al reposo.

Los trabajadores del campo y de la ciudad se retiraban á sus casas, unos cantando como las avecillas que se despedían del día; otros conversando con sus compañeros; otros cansados deseando dar al cuerpo el necesario reposo.

José el Patriarca santo, que ejercía el oficio de carpintero en Nazareth, cerró las puertas de su modesto taller, y como el avecilla que vuela al nido de sus polluelos, vino presuroso á la casa humilde que guar-

daba á los que á la vez eran tesoros de su corazon y perlas inestimables del cielo y de la tierra.

No se detuvo por el camino. El amor que le atraía fuertemente no se lo hubiera permitido.

María y Jesus le esperaban. ¿Cómo podía detenerse? ¿No habían transcurrido bastantes horas desde que se separara de ellos, dejando con ellos el pensamiento y el corazon?

Y llegó á su casa y tomó en los brazos cansados del trabajo á Jesus; y lo apretó dulcemente contra su pecho; y lo cubrió de besos y de caricias; y, á pesar de su pobreza y del dolor de su alma, se consideró el hombre más feliz de la tierra. Todas sus ambiciones estaban con razon satisfechas, y hasta el mismo dolor contribuía á que sintiera más vivamente su felicidad.

—¡Cuán largas se me hacen las horas que no paso á vuestro lado, María! dijo mirando amorosamente al Niño. Sin la consideracion de lo indigno que soy de tanta dicha, no me consolaría de tal ausencia. Con todo, me alienta y me alboroza el pensar que si estoy separado de vosotros, es para trabajar por manteneros, y esto me regocija, me alegra. ¡Cuánta dicha para un hombre ganar con el sudor de su frente lo necesario para el sustento de la Madre de Dios!

—Y ¡cuánta bondad la del Altísimo, por haber dado á la Madre indigna de Dios un Esposo como tú, que la alimente con el sudor de su frente, y la edifique con sus palabras y con sus ejemplos!

—¡Bah!... ¡vuelta á las andadas! María, dejemos esa cuestion; dijo suplicante el santo José.

—Sí; abandonémosla pues lo quieres. Dios ya sabe quién es el más digno de entre nosotros, y quién de los dos le debe mayores acciones de gracias... Pero toma asiento; vendrás muy rendido, mi pobre José; dijo María cambiando de conversacion y presentándole amorosa un taburete de madera.

—¿Cansado yo? Pues si he trabajado todo el día por vosotros, ¿cómo quieres que esté cansado? preguntó el Patriarca con el tono más natural del mundo.

María le dió con una inefable sonrisa las gracias por aquella delicadeza; pero no dijo una palabra, por no alarmar con ella la humildad profunda de su amado Esposo.

—¡Cansado yo! insistió José mirando alternativamente con más amor á Jesus y á la Vírgen Inmaculada. ¿Hay fatiga posible cuando se trabaja por el Señor Dios de mi vida, y por la Esposa dulcísima de mi corazon? El trabajo en tales casos es regalada delicia, es el inefable descanso de la gloria... Pero áun cuando fuese posible que yo llegara aquí un tanto fatigado; añadió dirigiéndose al Niño y oprimiéndolo blandamente contra su pecho; todo se desvaneciera en un momento teniéndote en brazos, como se desvanecen las sombras al salir el sol.

La Vírgen santísima, admirando la virtud de José, pidiendo al Señor le colmara de bendiciones, y dejándole recrearse contemplando, y abrazando al Niño,

y cubriéndole de besos y caricias, dispuso la modesta, frugal cena.

Miéntras tanto él paseaba á Jesus; le mecía en sus brazos; le cantaba enamoradas canciones; le miraba una y mil veces sin pestañear, y mirándole, ora lloraba de gozo, ora de compasion; ya le adoraba rendido, ya aplicaba con amor infinito en su rostro el beso paternal.

—¡Oh! ¡soy demasiado feliz, Hijo mío, soy demasiado feliz!... exclamaba alguna vez.

Cuando la Vírgen santísima tuvo convenientemente aderezadas las viandas, púsolas en la mesa, y despues de haber orado las comieron en dulce paz, bendiciendo al Señor que se dignaba darles con bondad inagotable los alimentos necesarios para el sosten del cuerpo.

Y concluída la cena estuvieron un buen rato hablando de Jesus. La conversacion, como no podía dejar de suceder, versó sobre el inagotable amor de Dios á los hombres; sobre la inmensa caridad del Cristo, que no vacilaba en entregar su cuerpo á los martirios, y su alma y Corazon á las angustias más espantosas, con tal de redimir de la esclavitud del pecado á los hijos de Adan.

Y ambos, sin acordarse de la pena que oprimía sus Corazones nobilísimos, parecían no tener alma y sentimientos sino para compadecer, admirar y adorar á Jesus.

—¡Mírale cuán apaciblemente duerme, María! dijo

José poniendo una mirada llena de amor en el divino Niño. ¡Ah! ¡cuán respetuosos deben los ángeles proteger su sueño!

—¡Quién diría, viéndole tan hermoso y considerando quién es; quién diría que fuese tan triste el porvenir que el mundo le prepara! Viene á salvar á los hombres, y los ingratos llenan de amarguras un cáliz para hacerle beber en él todas las de la vida!... ¡Amor mío, dulcísimo amor mío!... suspiró la Vírgen mirando á Jesus.

—Pero todavía esos momentos están distantes, por fortuna; dijo José queriendo disipar un poco el dolor de su Esposa.

—¡Ah! ¡demasiado pronto que vendrán! balbuceó la Vírgen santísima. Mas ¿qué digo? prosiguió corrigiéndose; Él desea con verdaderas ansias estos momentos, y yo quiero apartarlos de su adorada cabeza!... No, no, Hijo mío; vengan pronto, vengan como tú los deseas... ¿Qué fin sino éste tiene tu vida inapreciable? ¿Qué has venido á buscar al mundo sino dolores é ignominias? ¿Qué desea ardientemente tu nobilísima alma sino abrazarse con ellas desde luégo?... ¡Ah! yo te pido perdon por haber querido alejar de tí lo que tú tan ardientemente deseas; y tú me perdonarás, Hijo de mi vida, considerando que soy tu Madre, bien que indigna.

Y permanecieron largo rato en silencio, meditando sobre lo que María acababa de decir, y teniendo fijos con los ojos el corazon y el alma en Jesus.

Llegada la hora en que solían acostarse, José se retiró á su habitacion, y María entró en aquella misma donde algunos meses ántes habíasela aparecido Gabriel pidiéndola, de parte del Altísimo, el consentimiento para ser Madre de Dios. Junto á Ella tenía la cuna en la cual descansaba apaciblemente el Hijo del Eterno.

María tardó en dormirse. Parecíale ver como los enemigos del Cristo le perseguían, y Ella asistía á esta escena dolorosa con el corazon sobresaltado, con los miembros trémulos, sudorienta de congoja.

Y tomó al Niño en sus brazos amantes; y lo apretó contra su pecho, cual si intentara defenderle, con el escudo del amor, del odio de sus perseguidores.

Y así logró dormirse, pero su alma velaba, y el sobresalto no abandonaba su corazon. Hubiérase dicho tener un presentimiento de lo que la esperaba, acaso aquella misma noche.

José, á su vez, acostóse pensando en Jesus y María; y como estaba algo cansado del trabajo diurno, por más que á él no se lo pareciera, no tardó en dormirse.

Y como la imaginacion no descansa jamas, un ensueño dulcísimo vino á regocijar su espíritu.

Parecíale estar en un jardin encantador poblado de toda clase de plantas, de avecillas, de mansos animales y de hombres que seguían fielmente la ley de Dios, por cuya razon se amaban con caridad perfecta.

El cielo era azul, límpido, sereno, hermoso como el cielo más bello de Oriente, y en él flotaba el sol, inundándolo todo de luz y de armonía.

Los hombres con las flores del amor habían dispuesto en la tierra un trono riquísimo, y en él tomaba asiento Jesus, adorado, bendecido, acatado y obedecido de todos, dominando el mundo con ley de caridad indefectible.

A los piés del trono estaba María, sentada en otro formado tambien por las flores del amor.

Y Jesus era aclamado rey por los hombres, y María reina. Y se postraban los mortales ante su acatamiento; y Ella distribuíales las gracias que, á modo de un torrente, salian del Corazon de Jesus, para tener siempre lleno de ellas el corazon de la Reina excelsa.

María gustaba que los hombres la llamaran Madre; Jesus les convidaba á que le llamaran hermano, para que los vínculos que les unían á ellos fueran tan íntimos y tiernos como estrechos; fuesen los vínculos que unen entre sí á los miembros de una familia modelo de familias.

Y él, José, tambien ocupaba un lugar preferente. Colocado en sitio elevado, congregaba en torno suyo á los hombres; les hablaba con amoroso entusiasmo de Jesus y María; referíales episodios arrobadores de su vida íntima, y sus palabras conducían las multitudes á su divino Hijo y virginal Esposa, para que ebrias de amor y gratitud cayeran á sus plantas.

¡Oh! ¡cuán feliz era el corazon de José miéntras soñaba así!...

De vez en cuando, del trono de Jesus, ó del trono de María, salían estas palabras:

—Venid á mí los redimidos con el precio de tantos dolores, y sangre, y congojas. Con ellas ha conquistado para vosotros la inefable y eterna dicha el Autor de la vida. Venid á mí los tristes y los dolientes; no temáis al dolor, cuyas espinas no hieren desde que se clavaron en mi Corazon: venid, yo os alegraré y consolaré, pues para daros consuelo quise padecer y morir.

Y José cada vez que oía este clamor de misericordia y gloria, bendecía los tormentos de Jesus, y se alegraba por ellos con regocijo del alma; con ese regocijo que solamente cabe en el pecho de los bienaventurados.

—¡Oh! benditas persecuciones; decía entónces volviéndose á Jesus y á María; benditas congojas; benditos dolores y martirios, que tales resultados habéis dado para el mundo y para el cielo. Habéis sembrado simiente de dolor, y cogido abundante cosecha de gloria y de consuelos!... ¡Benditos, benditos seréis de todas las generaciones y en todas las edades, Jesus mío, María, regalada esposa de mi corazon!...

Y los cielos y la tierra repetían con entusiasmo al unísono el canto de alabanza de José.

Y el corazon del santo Patriarca estaba rebosando de júbilo por las cosas que soñaba.

Y el júbilo fué tan grande que le despertó, para que despierto se regocijara en los dolores que tales consecuencias debían tener para la gloria de Dios y salvacion y consuelo de la humanidad.

Mas no pudo contener un suspiro en medio de su alegría.

—¡Oh! dijo; yo soñaba que todas estas cosas tristes habían pasado ya por ellos; mas ¡ay! que todavía están por venir...

Y con estos pensamientos quedó otra vez dormido el virginal José.

El cielo acababa de fortificar su alma para que soportara el nuevo dolor que le esperaba.

Siempre el cielo da fuerzas y resignacion suficientes á las almas que tiene escogidas.

Una vez dormido José, el ángel del Señor descendió de lo alto y vino al Patriarca santo de órden del Altísimo, que velaba por la inestimable vida de su divino Hijo, amenazada de las iras del rey de Judá.

José vió al excelso mensajero y no se sobresaltó. Los ángeles le eran familiares, y recibía sus visitas como se reciben las de un amigo amado que no tiene la categoría y dignidad que nosotros.

El grave aspecto del ángel no anunciaba regocijos; pero como la virtud de José era tan perfecta, su corazon, dispuesto á todo lo que ordenara el Señor, de ninguna manera se turbó.

El ángel Gabriel, ministro del Altísimo en la obra

de la redencion, dijo respetuosamente al Esposo de María:

—El poderoso Adonai me envía á tí, José, para comunicarte sus órdenes supremas. Oye lo que te dice el Altísimo, y ejecuta luégo lo que te manda.

«Los enemigos del Cristo, sin perdonar su inocencia, sin respetar los días de su infancia, le persiguen de muerte, y Heródes ha resuelto hacerlo perecer. El cielo que vela por Jesucristo, quiere burlar los propósitos del malvado rey de la tierra, y te confía á tí, su Padre afectivo, la honra y la dicha de salvarle. Levántate, José; toma el Niño y á su Madre, y huye á Egipto, donde permanecerás hasta que vuelva yo para decirte que regreses á la patria.»

Enmudeció el ángel, tocó con uno de sus dedos los párpados del santo Patriarca, y al despertar éste por aquel contacto, Gabriel había desaparecido... ¡Ah! pero no había desaparecido el recuerdo de las palabras de la angélica vision; no, que aquellas palabras estaban grabadas en su pecho, tenían herida vivamente su alma, mojaban de lágrimas amargas sus ojos y precipitaban algunos suspiros á sus labios.

El virginal Patriarca estaba demasiado familiarizado con las visiones para dejar de conocer en aquélla todos los caracteres de una vision divina. Por otra parte, Dios hablaba poderosamente á su corazon, repitiéndole las palabras del ángel. No era posible la duda; la órden recibida, bien que en sueños, era una verdad.

Pero ¡qué triste y desconsoladora verdad! Jesus era perseguido; Jesus era amenazado de muerte; Jesus, para salvar la inestimable vida, tenía que expatriarse!... ¡Los hombres no perdonaban la misma infancia del Autor de la vida; los hombres no perdonaban la niñez del que venía para darles la vida de la gracia!... ¡Ay! ¡cuán profundamente hirieron estas consideraciones el corazon de José! ¡Cuántos suspiros exhaló para dar paso á la honda pena de su pecho!...

—¡Y yo que pensaba estar todavía distantes los días de la persecucion!... balbuceó tristemente, miéntras saltaba de la cama modesta y dura, y se ponía muy aprisa los vestidos, temiendo que de perder un momento perdía acaso al adorado Jesus.

—¡Y no perdonar su tierna infancia siquiera!... continuaba miéntras se vestía. Pues ¿qué mal te ha hecho, oh cruel Heródes, mi divino Jesus, para que así lo persigas implacable?... ¡Desdichado! ¡desdichado! Estás persiguiendo á tu Dios y Criador; estás persiguiendo al que ha venido al mundo para salvarte... Mas ¿qué hago yo, pues todavía estoy aquí? ¡Ah! ¡no obran con tanta calma los que persiguen al Niño!... Dios mío, perdonad mis negligencias y asistidme con vuestra gracia y ayuda, para que dé fiel cumplimiento á la órdenes que acabáis de comunicarme.

Y dicho esto salió de su habitacion con sobresalto indecible; encendió luz y vino al aposento donde dormían la regalada Esposa y su adorado Hijo.

No quiso José entrar en él por respeto á la pureza virginal é inmaculada de María, y llamó á la puerta con los nudos de sus dedos, para despertar á la Esposa amada. Ésta, cuyo sueño era ligero como el de la paloma, no bien hubo llamado el santo Patriarca, se incorporó y dijo:

—José, puedes entrar.

Y entró en la habitacion, llevando retratado en el rostro el estado y el sobresalto de su nobilísima alma.

—¿Qué hay? preguntóle María sorprendida por el estado de su Esposo.

—María, mi amada María; los dias que yo imaginaba lejanos ántes de acostarnos, han llegado ya. ¡Oh! deja que ponga mis labios en los labios de Jesus, porque ellos me darán la fuerza, y la inteligencia, y la prudencia que necesito en este tristísimo caso.

Y se acercó al Cristo poniendo en sus labios cuidadosamente un beso, y dejó caer dos lágrimas sobre las mejillas del Niño dormido.

María, con calma que denotaba cuán dispuesta estaba siempre á los dolores, cuán preparada á las mayores angustias, balbuceó tristemente:

—¡Tan pronto!... ¡Ay! ¡yo no lo imaginaba; ¡yo no lo esperaba aún! continuó sintiendo que las entrañas se le dilaceraban; que el corazon se le derretía en fuerza de la pena.

—Sí, Miriam; Heródes persigue de muerte al Niño nacido para salvarle.

—¡Ni tu infancia quieren perdonar, Hijo de mi vida! balbuceó la Vírgen santísima poniendo la mirada compasiva y tiernamente en Jesus, miéntras plegaba las manos con admiracion.

—No perdamos tiempo, Miriam. Salvémosle: el cielo me lo ha ordenado; el cielo que vela por la vida de nuestro Cristo; el cielo que me ha revelado los planes insensatos de sus enemigos.

—Huyamos; dejemos esta tierra; no esperemos la mañana...

—Sí, huyamos á Egipto. El ángel me lo ha ordenado de parte del Altísimo. ¡Oh! la tierra extranjera recibirá al que tan bondadosamente salvó á Israel del cautiverio de los Faraones... María; recoge las pobres ropillas del Niño, miéntras yo hago lo mismo con los humildes alimentos que necesitamos para el viaje, y salgamos de los dominios de Heródes cuanto más pronto mejor. ¡Ah! hasta entónces mi corazon no estará tranquilo; hasta entónces la zozobra será mi tormento.

María obedeció sin perder momento las indicaciones de José, y miéntras recogía y plegaba sollozando las ropillas de Jesus, el Patriarca ponía en alforjas pobrísimas algunos dátiles y frutas secas, y un poco de pan moreno y duro, que había sido amasado por la Vírgen santísima á su regreso de Jerusalen.

Brevísimo fué el tiempo que emplearon en estos preparativos de viaje; pero á ellos les pareció muy largo, porque á cada momento temían ver á las puer-

tas de la casa los sicarios de Heródes, viniendo para quitar la vida al que la daba á todos. Esta angustia, esta zozobra, como es de suponer, aumentaban las proporciones de su dolor de una manera muy considerable, y tenían oprimidos sus pechos con una opresion indecible.

—¡Ha dado á Israel la tierra prometida, y el ingrato pueblo le obliga á expatriarse si quiere salvar la vida! murmuraba José inconsolable. ¡Israel, Israel! ¡cuán ingrato eres con tu Salvador!...

—¡Tus primeros pasos en la tierra son pasos de dolor! ¡No perdona tu caridad los días más tiernos de tu infancia! ¡Quieres aprovechar las horas de tu vida, y tu amor no respeta tu misma cuna!... Jesus de mi corazon, ¿cómo tan pronto quieres ser perseguido? decía el alma de Miriam á la de su divino Hijo.

Y cuando lo tuvieron todo dispuesto, para lo cual necesitaron por cierto bien poco tiempo, José hizo un pequeño lío de la pobre ropa del Niño, sujetóla convenientemente, tomó un baston de madera dura y dijo á María:

—Yo estoy pronto, amada mía.

—Tambien lo estoy yo. Vamos; dijo tristemente la incomparable Vírgen.

—Sí, salgamos de esta tierra donde se persigue á nuestro adorado Jesus: emprendamos el camino de la expatriacion. Triste es dejar la patria amada; pero más triste es ver como se persigue en ella al Hijo de Dios. Si las auras de la patria no consuelan en Egipto

nuestros tristes corazones, los consolará el amor y la vida de nuestro Jesus.

Los Esposos santísimos hincaron las rodillas junto á la cuna del divino Niño, y pidieron al Padre celestial, por el amor que tenía á su Hijo, se dignara enviarles un ángel para que guiara sus pasos por el camino largo, fatigoso, accidentado y desconocido que iban á recorrer; pero lo que con más fervor le suplicaron fué que no permitiera cayese el Cristo en poder de los enemigos que le perseguían.

Luégo se levantaron, y María pidió permiso á Jesus dormido para despertarle.

—Los hombres ingratos te persiguen; decíale amorosa y tristemente; huyamos, vida mía, huyamos de esta tierra, y vayamos donde respeten al ménos los días de tu adorable infancia.

Y le daba dulces besos de amor; y bañaba su bellísimo rostro con amargas, pero silenciosas lágrimas.

Jesus despertó y puso una mirada ternísima en sus padres, cual si con ella les diera las gracias por el servicio que iban á hacer á su débil y desvalida humanidad.

María presentólo á la adoracion de José, para que recibiera el aliento y las fuerzas necesarias en un viaje tan largo y azaroso, y el contristado Patriarca puso los labios en Jesus con el afan con el que sediento los pone en un vaso de cristalina y fresca agua.

—¡Y tú irás á pié! dijo con profunda melancolía y compasion mirando á la Vírgen, y pensando en

cuán pesado y cruel iba á ser para ella un viaje tan dilatado y fatigoso.

—¿Qué importa? Mi Jesus me dará el aliento y las fuerzas necesarias.

—¡Pobre María! balbuceó José luchando por contener las lágrimas en sus ojos.

—Te inspiro demasiada compasion, amado mío. ¡Ah! no te lamentes de verme hacer á pié un camino tan largo: ¿quién piensa en sus comodidades cuando mira perseguido á Jesus?... Por otra parte: ¿de qué nos serviría una cabalgadura, si hemos de hacer de noche el viaje y por caminos ocultos y extraviados? ¿No comprometería acaso nuestra amorosa y triste empresa? ¡José, José, amado mío; no te tomes tanta pena por mí!...

—¿Entónces por quién me la tomaré? ¿No soy yo el que debo cuidar de vosotros? ¿No ha puesto Dios en mi corazon el amor que os tengo? Y si te amo, María, ¿cómo es posible que no me aflija considerando lo mucho que vas á padecer en ese viaje? ¡Pobrecilla! ¡tan tierna, tan delicada!...

—¿Pero no llevo conmigo todavía á Jesus que es toda mi fuerza? Él me dará alientos, amado mío, y la consideracion de que si sufro es por librarle de la crueldad de los hombres, hará ménos sensibles mis fatigas... Pero vamos ya, José; dijo con sobresalto María; que la luz de la aurora nos encuentre léjos de aquí.

Y dichas estas palabras, el santo Patriarca se echó

á las espaldas las alforjas, suspendió del baston el pequeño lío donde venían los pañales y ropillas del Cristo, púsolo sobre el hombro, y con la voz conmovida, con los ojos bañados en llanto, despidiéndose de la casita donde tan feliz había sido, dijo:

—Vamos ya, y la bendicion del Señor nos acompañe.

Y salieron de la casa, cerraron la puerta y tomaron silenciosos el camino que guiaba á Jerusalen.

Una vez fuera del recinto de Nazareth, María dió paso á algunos suspiros, hondos como el abismo de su dolor, amargos más que las aguas del mar y la goma del árbol de la mirra.

José seguía llorando, pero en silencio por no aumentar la afliccion de su amadísima Esposa.

Y su dolor no era por abandonar el suelo patrio, ni las auras de su infancia, ni los amigos de su corazon, ni los amados parientes, ni aquella casa humilde donde tan felices habían sido. Estos motivos, con ser tan poderosos, les parecían bagatelas, cosas insignificantes, indignas de ocupar sus corazones tan sublimes: no; el dolor que hacía sollozar á la Vírgen inmaculada, que hacía verter lágrimas silenciosas á su virginal Esposo, procedía, ya lo hemos dicho, de ver á Jesus, Señor de la vida; á Jesus, Verbo Eterno de Dios, que diera al pueblo de Israel la tierra de promision, perseguido de muerte en aquel suelo de Él tan amado, objeto de tantas atenciones de la bondad del Altísimo, y verle obligado á salir de noche, á

huir á extrañas tierras para salvar la vida; aquella vida que reservaba para dar á los hombres el supremo testimonio de su amor.

Esta era la verdadera causa de su afliccion y desconsuelo; y en verdad que ante ella debían desaparecer como tenues vapores los demas motivos que podía haber para su llanto en el momento de dar los primeros pasos para la tierra del destierro, donde no tenían un amigo, ni un conocido; donde no se hablaba la misma lengua que en Israel, ni se adoraba el verdadero Dios, sino al eterno enemigo de Dios y de los hombres.

La luna rielaba en un cielo sereno y azul como el cielo de Oriente, infundiendo apacible melancolía al alma; brillaban con vivo fulgor las estrellas, y un viento frío y recio soplaba llevando el hálito de las nieves del Norte. El silencio universal era sólo interrumpido por los mugidos del viento, por el crugido de las ramas secas de los árboles desgajadas por aquél, por el grito del chacal y por el canto de algun ave nocturna.

Así fueron andando los santos Viajeros sin proferir una palabra; mirando azorados á todas partes; creyendo oir ruidos amenazadores, como de pasos de gentes que precipitadamente les buscaran, como de voces é imprecaciones, como de risotadas y maldiciones, como de espadas y lanzas...

Pero todo era una ilusion, acaso cruel fantasía levantada en sus imaginaciones por el demonio, de-

seoso de atormentarlos, ya que no le era posible cebarse en ellos de otra manera. Aquellos no eran sino ruidos producidos por el viento, y cuando lo notaban los santos Viajeros, desahogando su pecho con un suspiro profundo, decían:

—¡Es el viento! ¡Oh! gracias al Señor...

Pero no tardaban en alborotar sus corazones nuevos sobresaltos, producidos por las mismas causas. A veces se le figuraba á María que la mano de un soldado se le ponía en el hombro para detenerla. Entónces daba un grito de espanto indefinible, grito débil como de quien no tiene fuerza para más; apretaba al Cristo contra su corazon, y temblorosa balbuceaba:

—¡Oh! por piedad; por piedad...

—¡María! decíala compasivamente José, tomándola de la mano para serenarla.

—¡Ay! ahora sí que pensaba que me lo venían á robar para darle la muerte... pero, gracias á Dios, ha sido el viento que ha arremolinado los pliegues del manto sobre mi hombro.

—Tranquilízate; á nuestro lado va el ángel Rafael guiándonos y defendiéndonos como á Tobías.

—Sí, sí; el Señor nos lo envía para que proteja á su divino Hijo, y le defienda de todos sus enemigos.

Y en verdad, no era sólo el ángel Rafael, sino tambien el gran Miguel, el ángel de las obras del Corazon de Cristo, el capitan famoso é invencible de la celeste milicia mandando numerosas legiones de es-

píritus puros, quien iba con ellos para protegerlos de cualquier peligro verdadero; pero esto no quitaba que Satanas con sus legiones malditas les atormentara con imaginaciones crueles, con terrores de muerte, con sobresaltos imponderables.

Pero Satanas no conocía que aquellas imaginaciones, que aquellos terrores, que aquellos sobresaltos eran la flor aromosa, purísima, del amor que tenían á Jesus, María y José; flor que mitigaba las amarguras del Corazon de Cristo por verse perseguido y vilísimamente tratado del pueblo que amaba tanto.

Porque Jesus, si bien era un Niño envuelto en pañales, tenía la plenitud de sentimientos y de conocimiento que le daba la naturaleza divina. Sin esa plenitud de sentimientos y de conocimiento, no hubiera comenzado á padecer si no hasta que la razon se le hubiese desenvuelto con los años; mas Él, generoso hasta el límite donde puede alcanzar la generosidad divina impulsada por la fuerza omnipotente de la caridad, no quiso perdonar ni un momento siquiera su alma, su corazon, ni su cuerpo sagrados.

Y así los santos Viajeros iban marchando por el camino que guía á Jerusalen, cuando de pronto oyeron pasos de gentes y caballerías que iban hacia Nazareth.

—¿Oyes? preguntó María á su Esposo amado, acercándosela temblorosa.

—Sí; balbuceó José, despues de haber escuchado

atentamente; sí, son pasos de hombres y caballerías que vienen de prisa.

—¿Serán ellos?... ¿Vendrán por nuestro Jesus? dijo la Vírgen medio muerta de espanto.

—Señor, sálvanos, ó por lo ménos libra á tu Cristo de sus enemigos. No importa que descarguen sus iras en mí.

—Ángeles del Señor; protegednos... exclamó María notando que las pisadas se acercaban.

Poco despues divisaron en aquella parte del camino donde alcanzaban sus ojos, merced á los débiles rayos de la luna, un grupo numeroso formado por gentes de á pié y montadas.

El terror aumentó de punto en María y en José. Parecíales que aquellas gentes eran los soldados de Heródes.

—¡Oh! dijo la Vírgen santísima apretando sobre su corazon amante el divino Niño; si vienen por Él no me lo quitarán miéntras me quede un aliento de vida: sabré morir defendiéndole.

—Y ántes que toquen á vuestra ropa; intervino José resuelto; habrán pasado por mi cadáver.

Y con paso remiso, vacilante, inseguro, siguieron andando con la agonía en el alma, y los ojos tenazmente fijos en el grupo que á toda prisa se les iba acercando.

Hasta que éste pasó por delante de ellos no se tranquilizaron sus espíritus amantes; porque sólo entónces notaron ser inofensivos viajeros del último extre-

mo de la Galilea los que por tanto rato y con tales agonías habían imaginado sicarios enviados por el Idumeo contra el Niño.

Entónces, ya disipado el terror, los dos Esposos santísimos exhalaron un gran suspiro, y pusieron en el cielo los ojos mojados en llanto de gratitud, para dar las gracias al Señor.

CAPÍTULO III.

En viaje.

Habían llegado á un punto del camino, cruzado por un torrente que desaguaba en el lago de Genazareth, llamado tambien el *Mar de Galilea.* Aquel torrente, que en días de tempestad tomaba las proporciones de un río desbordado, y en la estacion de las lluvias llevaba un caudal muy considerable, era á la sazon un apacible arroyo de cristalina corriente, alimentado por las aguas de los escasos manantiales que brotaban en las montañas fragosas de aquella parte de la Galilea.

El torrente corría por el fondo de los revueltos y agrestes valles, formados por exabruptas y empinadas montañas, y tal vez hasta aquellos momentos á nadie se le había ocurrido hacer un viaje siguiendo el pedregoso y desigual alveo, para llegar á la línea de Jerusalen, y allí tomar las montañas de Judea,

que tenían fin por una parte en el mar, y por otra en las fronteras de la Tierra de promision.

Aquellos valles, aquellas montañas solitarias, las numerosas cuevas de que estaban pobladas, bien á las claras decían ser únicamente guaridas de ladrones y bestias salvajes; circunstancia capaz de espantar al corazon más esforzado. Allí podrían hallar nuestros santos Personajes gentes que les maltrataran; pero á buen seguro que no encontrarían soldados encargados de asesinar al Niño.

Verdad era que el viaje debía ser doblemente pesado y fatigoso; verdad era que el camino por allí se duplicaba; verdad era que María había de sentir en aquellos barrancos inmensamente más las molestias de la huída; pero tambien lo era que los soldados de Heródes no buscarían al Niño por allí; pero tambien lo era que corría ménos riesgo la vida de Jesus entre aquellas breñas, habitadas por fieras y ladrones, que en los caminos, posadas y hospederías; y siendo esto así, la Vírgen prefería todas las molestias consiguientes á dicho viaje, por accidentado que fuese, á ponerse en riesgo de comprometer la vida del Cristo adorado por haber atendido á su propia comodidad.

Así pensó José una vez hubieron llegado al sitio donde el torrente mencionado cruzaba el camino que seguían, y pareciéndole bien el pensamiento, propúsolo á la aprobacion de su amada María, diciéndola:

—Estos sobresaltos acabarán con nosotros ántes que termine el viaje, si no hacemos algo por evitar-

los. María, se me ocurre una idea, que si por una parte me halaga, pues ha de poner mucho más á cubierto el Niño de mi corazon, me aflige por otra, pues ha de serte de mucha mayor molestia.

—¿Quién piensa en las molestias que me pueden afligir, cuando se trata de poner á cubierto la vida de mi Jesus? La muerte misma, José, ¿no sería una dicha incomparable si hubiese de dar tan dichoso resultado? Habla; díme la idea que se te ha ocurrido, que como inspirada por el amor que tienes al Cristo, no puede dejar de ser una idea grande.

—¿Qué te parece, Esposa mía, si dejáramos la vía pública, en la cual es seguro que encontraremos gentes en gran número, y por donde parece que deberán ir los soldados de Heródes?

—Me parece un excelente pensamiento, cuya ejecucion espero no dilates; dijo María suplicante. Pero ¿qué camino para el efecto debemos tomar, pues no conozco ninguno?

—El viaje, María, se hará más largo y fatigoso, y ha de ser muy pesado y molesto para tí.

—Lo que pierda en molestias mi cuerpo, ¿no lo ganará en tranquilidad mi espíritu? Una vez hayamos llegado á Egipto, ¿no será una inefable recompensa de nuestras fatigas y cansancio ver salvo á mi divino Jesus; considerarle fuera del alcance de Heródes, y pensar que cuanto hayamos sufrido, por el que es nuestra vida lo habremos padecido? Consolemos su Corazon divino, acompañándole en la pena

que siente al verse perseguido de los hombres que viene á salvar; padezcamos por Él en el cuerpo algo de lo que Él padece en el espíritu...

—Entónces, María, ya que tan resuelta estás, tomemos por el alveo de este riachuelo, y penetremos en el corazon de las montañas de Galilea. Mas no esperes en ellas verte libre de sobresaltos.

—¿Tambien aquí nos perseguirá Heródes? preguntó dolorosamente la Vírgen.

—No es de presumir nos vaya á suponer en el corazon salvaje de estas montañas; pero ellas, María, están plagadas de otra clase de peligros, bastante temibles tambien.

—Del mal el ménos; dijo María resueltamente. ¿Pero de qué naturaleza son los peligros que me anuncias?

—Nuestras montañas están plagadas de fieras y gentes de mal vivir.

—Esas fieras y esas gentes sabrán respetar la pobreza del Hijo de Dios. Los ángeles de nuestra guarda nos defenderán de las primeras, y nuestra miseria nos pondrá á cubierto de las segundas.

—Perfectamente, María: así pensaba yo, pero no osaba proponértelo.

—¿Por qué? José, tú tienes demasiadas atenciones con esta indigna y humilde esclava del Señor.

—Oh Dios mío; á vos remito la sentencia de este pleito inacabable, entablado hace tiempo entre ella y y yo.

Y diciendo esto, alargó la mano á su Esposa celestial, entrando en el alveo del torrente, é internándose en el corazon de aquellas montañas, pocas veces pisado por seres vivientes.

El lecho del arroyo, pedregoso y desigual; las multiplicadas malezas y espinas que aquí se les interponían al paso y allí les ensangrentaban los piés; la oscuridad casi absoluta que reinaba, pues apénas si en algunas partes llegaban, al traves de las lianas y árboles, al fondo del valle los débiles rayos de la luna; los vagos rumores y gemidos del viento, que ora parecían alaridos de gentes que les acosaban, ora suspiros de afligida mujer; los aullidos de las fieras repercutiendo en las sinuosidades de las rocas calcáreas del valle; el graznido de las aves nocturnas; el crugido de la rama seca tronchada por la furia del huracan, y la piedra que se despeñaba de lo alto de la montaña y caía rodando al abismo, produciendo en aquellas soledades un ruido como de muchas gentes que corriendo venían á caer sobre nuestros santos Viajeros; ¡oh! ¡cuán triste, cuán penoso, cuán lleno de sobresaltos y fatigas hacían aquel viaje! Aquello era morir con una agonía poco menor que la del camino real; pero agonía querida de José y Miriam porque se nutría en el amor que profesaban al Cristo, porque la padecían por causa del mismo Cristo.

Y llegó la mañana disipando con sus blancos destellos las sombras y los terrores de la noche; pero ¡ay! que la radiosa claridad del día léjos de tranqui-

lizar los corazones de los padres de Jesus, se los llenaba de nuevos sobresaltos!

A favor de la noche habían encubierto al adorado Niño; ¿pero cómo podían ocultarlo con las claridades esplendorosas del día? El sol, la luz, tan alegres para todos los vivientes, ¡cuán tristes eran para nuestros santísimos Viajeros! La noche, la oscuridad, tan tristes para la naturaleza toda, ¡cuán cordialmente eran deseadas por José y María! ¡con cuánto amor eran de ellos bendecidas é invocadas!

Pero el sol venía á saludar y recrear la naturaleza; no había modo de impedirlo. Entónces José dijo á María:

—Es preciso que descansemos, y pues las tinieblas son para nosotros buenas amigas, esperemos la noche para seguir una caminata que tan penosa ha de serte, dulce compañera de mi vida.

—¿Mas dónde pasaremos escondidos el día? ¿Dónde ocultaremos á los hombres el que es su salud y su vida?

—No será difícil dar con una de las muchas cuevas que se abren en estas montañas. Descansaremos debajo de una roca, y los ángeles del Señor protegerán nuestro sueño defendiendo al Cristo.

Y como si el cielo se la deparara, levantó José los ojos, y vió un poco más arriba la oscura boca de una cueva, la cual parecía convidarles con un cordial y seguro albergue.

—Mira; dijo el santo Patriarca, mostrando la cueva

á su dulce compañera; no parece sino que Dios nos dice que detengamos el paso, y tomemos descanso. Vamos, María; dáme el Niño de mis amores, cógete de mi brazo, y trepemos allí. Bendito sea el Señor, ¡y cuán prontamente nos atiende!...

Y treparon á la cueva, que era espaciosa, recogida y muy abrigada; como hecha á propósito para recibir tan nobles, y bondadosos, y dignos huéspedes. La mano próvida del Altísimo habíales deparado allí un lecho de hierba seca y limpia, donde depositaron al Cristo, que no estaba dormido; pero que parecía convidarles á tomar el necesario, el indispensable descanso.

Entónces José puso los ojos en los piés de María, ensangrentados en muchas partes, y sumamente hinchados. Un estremecimiento involuntario sacudió el el cuerpo del bondadoso Patriarca, y una lágrima muy amarga apareció en sus ojos, donde la enviaba su corazon compasivo.

María sonrió con ánimo de tranquilizarle; pero su sonrisa tan dulce y plácida no consiguió disipar la tristeza de su amado Esposo, el cual balbuceaba:

—¡Pobre María! ¡pobre María!... ¡Oh! ¡el corazon se me desgarra!

Luégo volviendo los ojos á Jesus, que amoroso le miraba como dándole las gracias de la compasion que sentía por su Madre, con acento entrecortado y suplicante dijo:

—Hijo mío; mira cuánto ha sufrido y sufre tu

Madre. Ten compasion de ella; yo soy fuerte; yo puedo sufrir más.

María, comprendiendo el alcance de la súplica de su Esposo, cayó de rodillas á los piés de Jesus, plegó las manos y con el acento más suplicante y fervoroso exclamó:

—No le oigas; te lo pido por compasion: déjame sufrir un poco por tí. Esta es la única felicidad que te imploro.

Pero Jesus escuchó en parte la oracion de entrambos Esposos, quedando los dos sin fatiga, sin dolor material. Era este un presente cariñoso que les hacía su divina gratitud; presente que María y José le recompensaron dándole tiernos besos, y prometiéndole ser sus compañeros inseparables en todas las angustias, en todas las persecuciones, en todos los dolores de que fuese objeto.

Y despues de haber orado, dando gracias á Dios por haberles protegido, tomaron de las frugales provisiones unas pocas, y comieron de ellas en silencio. José bajó al arroyo, llenó de la cristalina agua una vasija de tierra, y la presentó á su amada Miriam, que bebió de ella.

Despues le dijo:

—¿Y hacia qué parte nos dirigimos para entrar en tierra de Egipto?

—Me parece ser el de Gaza el mejor camino. Una vez allí veremos si podemos embarcarnos en alguna nave que nos reciba de limosna, y si Dios no lo quiere

así, entónces seguiremos por tierra el viaje, dejando al Señor el cuidado de guiarnos. Su ángel santo nos precederá, conduciéndonos al traves del desierto como condujo á nuestros padres.

—¿Estas montañas, pues, nos conducirán á Gaza?

—Así lo espero, por parecerme que pertenecen á la cadena de las montañas de Judea.

—Entónces pasaremos por muy cerca de Jerusalen, donde mora el que persigue al Niño; dijo María con terror.

—Yo no conozco más camino para llegar á las fronteras de la tierra de los filisteos y moabitas, por las cuales debemos encaminarnos al Egipto. El Señor que así lo ha dispuesto nos protegerá.

—Sí, sí; el Señor, misericordioso y clemente, estará con nosotros; dijo María con plena confianza: el Señor; continuó; que tal vez nos conduce á las montañas de Judea para evitar un nuevo crímen á Heródes.

—No te entiendo. ¿Qué crímen es ese al que aludes? preguntó José no muy tranquilo.

—En las montañas de Judea está la ciudad de Hebron, y en Hebron mora la querida familia de Zacarías. Juan es niño como nuestro Jesus, y acaso tambien se cierne sobre su inocente cabeza la cuchilla de Heródes.

—¡Es posible! murmuró José, cual si tuviese un presentimiento de que el Idumeo intentaría esta nueva hazaña de su inagotable crueldad; de su fiereza sin límites.

—Pues bien; sea de ello lo que fuere, podremos llegarnos á Hebron de noche, y advertir á la familia de Zacarías lo que intenta el injusto rey contra el Cristo, y tal vez contra otros inocentes. Isabel pondrá en salvo á Juan.

—¡Oh! es muy posible que la Providencia divina lleve esta intencion al dirigirnos hacia los montes de Judea. Sí, sí, María; nos detendremos en Hebron unos instantes, y salvaremos al niño Juan. ¡Bendito Dios, que así velas y procuras el bien de los que amas!...

—Sí; bendito sea Dios que de tal manera vela por la vida de mi Jesus; bendito sea Dios por haberme dado un Esposo, y al Cristo un padre, tan tierno y fiel como José! dijo María entre dientes, para que la humildad del santo Patriarca no se sintiera herida ni alarmara con las últimas palabras.

Luégo hablando con él, le dijo:

—Cuánto te agradecería mi corazon que te dignaras referirme el medio y las circunstancias de que se ha valido el Altísimo para comunicarte la órden de salvar á Jesus huyendo al Egipto.

—¡Y cuán dichoso seré yo con poderte dar ese gusto, María!

Y entónces le refirió lo que primero había soñado; y le dijo cuánta alegría derramara este sueño en su corazon: contóla despues cómo, habiéndose dormido otra vez, el ángel, de parte del Altísimo, le intimó que saliera de los dominios de Heródes, pues éste

quería matar á Jesus, y se encaminara á Egipto, donde permaneciese hasta nueva órden.

La Vírgen santísima oía con sumo recogimiento las palabras de su Esposo, y la minuciosa relacion que del sueño y de la vision éste le estaba haciendo.

—¡Oh! cómo vela el Padre por el Hijo; exclamó: ¡con cuánta solicitud y cuidado lo dispone todo, para que tenga cumplido desarrollo la obra dolorosa de la redencion de los hombres!

—Dolorosa inmensamente; pero sus resultados serán eternos, y despues de la noche de los martirios amanecerá el sol de una gloria perdurable. Consideraros víctimas contrista profundamente el corazon; pero veros despues gloriosos, amados, aclamados y bendecidos de los hombres y de las edades; veros derramar sin medida los tesoros de las misericordias infinitas sobre los redimidos á tanto precio, cuánto regocija y alegra el alma... ¡Y cuán bondadoso es Dios! ¡Sabiendo lo mucho que me afligiría la persecucion del Niño de mi amor, cuida anticipadamente de darme á conocer los efectos admirables de los dolores que apenarán vuestros corazones y vuestras almas!

—La generosidad del Altísimo no tiene límites. Hé ahí que á mí me rodeará de gloria por lo poco que padezco por amor y por la causa del Cristo; pero á tí tambien, José, á tí tambien te dará más gloria que á cualquier otro mortal concebido en pecado. Y la gloria que te dará será justa y merecida.

—No quiero más bien ni más gloria que la de da-

ros á conocer y haceros amar; no quiero más bien ni más gloria que la de conducir á vuestros Corazones los hombres, para que en ellos se embriaguen con el amor divino, y amándoos os recompensen de lo mucho que por ellos habréis hecho y padecido. Esto le basta á José.

Así continuaron hablando por un buen rato, distrayendo el dolor que oprimía sus nobilísimos corazones.

Y habían escogido bien el asunto, porque lo único que podía hacerles olvidar sus angustias y sobresaltos, eran los efectos admirables de la obra de la redencion; eran las consecuencias de las persecuciones, y martirios, y dolores de Cristo; era la consideracion de que al fin la noche se pasaría para dar lugar á que el sol del día eterno brillase en el glorioso cielo de una bienaventuranza inmortal.

Por fin dieron el necesario descanso al cuerpo, para poder, llegada la noche, continuar el penoso viaje á Egipto.

Cuando los rayos del sol decadente saludaban á la tierra con el saludo de despedida, María y José volvieron á tomar el indispensable frugal alimento, y como no sabían hablar sino del Cristo, segun la sentencia del Sabio que dice, *donde tienes el tesoro tienes el corazon*, y segun la otra del mismo Sabio, *de la abundancia del corazon habla la boca*, Jesus fué el objeto de sus palabras, y particularmente los moti-

vos que habría para que fuera el Egipto el país preferido del Señor.

—Las tierras de Moab y de los filisteos, son tierras maldecidas por el Altísimo, irritado de sus enormes crímenes; por eso no habrá querido Dios que reciban la suprema bendicion de albergar y recibir á su único Hijo.

—Por otra parte, esas tierras están en la frontera de los dominios de Heródes, y no le sería muy difícil descubrir en ellas al Cristo y hacerle asesinar traidoramente.

—Tambien puede existir otra razon para el efecto. La tierra de Egipto recibió hospitalaria á Jacob y sus hijos, y allí se formó el pueblo escogido, bien que reducido al cautiverio algunos años despues. El Señor, que recompensa siempre las buenas acciones, querrá sin duda recompensar la del país de Egipto cuando recibió á Jacob y sus hijos.

—Y no puede ser tambien que así como se formó el pueblo de Israel en dicha tierra ántes de entrar en el país de promision, quiera igualmente formar allí el cuerpo nuestro Jesus, ántes que comience á desarrollar el plan de la redencion? ¿Quién puede penetrar en el abismo insondable de los secretos de su amor?

—El profeta del Altísimo lo tiene anunciado ya, y es fuerza que se cumpla la profecía, en la cual se vaticina que Dios, el poderoso y santo, llamará de Egipto á su Hijo, donde habrá bajado en una ligera

nube. Y las profecías tienen que cumplirse fielmente por quien ha venido á darlas cumplimiento.

—¿Y quién sino tú, María, es la nube ligera de que habla el Señor? ¿Qué cosa es aludida aquí sino tu inmaculada virginidad, la cual no tiene el peso del menor pecado? ¿Quién sino tú podía llevar al Egipto de este mundo el Dios Salvador, tú digna de ser su Madre, porque el hálito de la culpa no te ha manchado?

—¡José! exclamó confundida la Vírgen santísima bajando los ojos, miéntras se cubrían sus mejillas del más vivo carmin con que las cubre la humildad sorprendida.

José calló por no afligir el corazon precioso de María con la pena que le daba oir sus alabanzas.

—Es justo, es laudable, es santo lo que digo; pero bastantes angustias desolan su corazon. Respeta su dolor, no acumulando nuevas penas sobre su pecho; se dijo el santo Patriarca enmudeciendo.

Y cuando las sombras de la noche hubieron envuelto en un fúnebre manto la tierra de Palestina, nuestros dos santos Viajeros salieron de la cueva, bajaron al fondo del valle, y sirviéndoles de camino el lecho pedregoso y desigual del arroyo, continuaron el penosísimo viaje, con los mismos sobresaltos, con las mismas fatigas, con las mismas penas, con la misma intranquilidad, con las mismas angustias de la noche anterior.

Y siguieron adelantando muy despacio corriente

arriba, iluminados por la incierta luz de la luna, que desde lo alto del zénit parecía compadecerse de ellos y echar en cara al mundo su crueldad.

José con una solicitud á la altura del amor que tenía á Jesus y á Miriam, llevaba á ésta de la mano, iba siempre dos pasos más adelante, miraba fijamente el suelo, y le advertía cariñoso dónde debía poner los piés para lastimarse ménos. De vez en cuando murmuraba unas palabras ininteligibles para su Esposa amada.

—¡Pobrecilla, pobrecilla! decía entónces ahogando un suspiro.

Otras veces ponía los ojos en el Cristo adorado, y entónces ya no ahogaba el suspiro de su pecho, ni cuidaba de que sus palabras no fuesen entendidas de la Vírgen santísima.

—Jesus mío; decía entónces; Tú el Salvador y el Criador del mundo, huir de tus enemigos con tanta pena!... ¡Cuán triste es esto para mi alma; cuán triste es, Dios mío!...

Y así se pasaron una y otra noche, y uno y otro día. El viaje se hacía largo, la fatiga tenía rendida á la Madre de Dios, (bien que ésta ni siquiera lo advirtiera, dominada por ideas y consideraciones de otro órden); y todavía estaban entre aquellas montañas.

—Ángeles del Señor, orientadnos, y haced que el camino se nos acorte, si es posible, porque mi pobre María no puede más; dijo José cayendo de rodillas

en lo más oscuro de una cueva donde se habían recogido para pasar el día.

Aquel nobilísimo corazon, como siempre, no pensaba en sí sino en Jesus y en María, pues de poner una mirada en su persona, hubiera advertido sin gran trabajo, que tambien él estaba necesitado de descanso.

Pero si no pensaba él en su persona, ya pensaban Jesus y María, quienes agradecidos á tanto amor y desprendimiento, rogaban por él al Padre, y lo señalaban á la admiracion de los ángeles.

CAPÍTULO IV.

Dímas y Géstas.

Habían llegado por fin nuestros Personajes al punto de division de la Galilea y la Judea, y las montañas eran más agrestes, más salvaje la naturaleza, más accidentado el difícil camino que seguían.

En verdad que aquellos sitios debían ser únicamente albergue de fieras y guarida de ladrones; en verdad que de allí era difícil que los poderes públicos desalojaran á las gentes de mal vivir. En aquellas gargantas estrechas y profundas; en aquellas sinuosidades que ponían miedo al corazon más esforzado, y donde el viento producía como alaridos aterradores, una docena de hombres encaramados en

las rocas de los flancos, podían fácilmente aniquilar un ejército. Por estos motivos no había podido Heródes acabar con las numerosas bandas de ladrones que asolaban el país, y ponían la consternacion en los ánimos..

María y José no se preocupaban del aspecto de la naturaleza, ni temían á las fieras. Pensaban que éstas respetarían más que los hombres al Hijo de Dios. El cielo les infundía aliento, y con respecto á este punto tranquilizaba sus ánimos. Era de ver tanta debilidad con tanta serenidad en unos puntos donde se sobrecogían de temor los ánimos más esforzados.

Guiados de los ángeles, que admirablemente conducían sus pasos, llegaron á la línea de Jerusalen, y siguieron por el fondo de un valle, formado por las agrestes montañas que protegían la pequeña ciudad de Anathot, patria del profeta Jeremías, y habitada casi en su totalidad de los levitas.

Por buena fortuna no conocieron nuestros santos Viajeros lo cerca de Jerusalen que pasaban, pues de ser así, su temor y sobresalto hubiera tomado proporciones aterradoras.

Aquella noche vagaba por dichas montañas una partida de bandoleros, capitaneada por Dímas, el cual acaso esperara noticias de Jerusalen, para trocar la profesion de bandido por la de soldado de la independencia patria.

Los ladrones no se recataban de hablar muy alto, y sus voces, conducidas por el eco entre las montañas

calcáreas, y favorecidas por el silencio de la noche, se oían desde muy léjos, así es que primero llegaron confusas y vagas como sonidos indeterminados á oídos de María y de José; pero luégo tomaron más cuerpo y consistencia, y por fin se percibieron distintamente.

—¿Has oído? dijo la Vírgen santísima á su amado Esposo, poseída de terror.

José, que no estaba ménos sobresaltado que ella; José, que había oído tambien lo que María, pero que deseaba tranquilizarla, haciéndose el desentendido preguntó:

—¿Qué?

—Voces humanas, que al parecer vienen hacia nosotros.

—Será quizas el viento. ¡Nos hemos engañado tantas veces!... Tranquilízate, María.

Pero las voces al poco rato se percibieron más distintas y claras. Sin duda alguna que aquellos que las proferían se iban acercando á los santos Viajeros. María detuvo repentinamente el paso para escuchar.

—No es el viento, José, no es el viento, por nuestra desgracia; balbuceó con voz apagada por el miedo.

—Es verdad, son voces humanas; dijo el virginal Esposo dominando apénas la zozobra.

—Sin duda serán los soldados de Heródes que buscan al Niño... ¡Ay de mí!

—Tranquilízate, María, por caridad; observó José

que no necesitaba ménos de ser tranquilizado. ¿Cómo quieres que los soldados de Heródes nos supongan en estos sitios? Serán otras gentes, que acaso buscan como nosotros en estas montañas y de noche, un asilo seguro.

—¡Ojalá!... dijo María tristemente, emprendiendo de nuevo la marcha, pero con paso remiso, inseguro, tembloroso por el grande pavor de su corazon.

Y las voces cada vez llegaban á sus oidos más claras, más distintas, hasta que al fin se hicieron inteligibles, de manera que María y José percibian sin dificultad todo su significado.

Eran blasfemias, palabras groseras, locuciones inmundas, frases de una fiereza aterradora. Los que las proferían ó eran en efecto soldados bárbaros del ejército de Heródes, ó gentes de mal vivir. Otros en Israel, por malvados que fuesen, no hubieran hablado de semejante manera.

—¿Oyes? exclamó María medio muerta de susto, al conocer cuán rápidamente se venían sobre ellos los que de tal modo hablaban. Son los soldados de Heródes sin duda, que vienen en busca del Hijo de mi alma. ¿Quién sino ellos puede hablar así en Israel?

—Y sin embargo, los soldados de Heródes como son generalmente extranjeros, no hablan la lengua hebrea.

—¡Oh! ¡huyamos, José, huyamos por piedad! exclamó María, en la cual el miedo llegaba hasta el parojismo.

—¿Mas dónde? observó el virginal Esposo doblemente atribulado.

—Oh Señor Dios mío; dijo entónces Miriam, levantando los ojos al cielo; vos que habéis enviado vuestro Hijo unigénito al mundo para salvar á los hombres, salvadle en este terrible lance.

—Sí; salvad á Jesus y á María, Padre mío; exclamó José; áun cuando su salvacion me cueste la vida.

—Protegedle, ángeles del Señor; no le oigáis, Padre mío. José es el amparo que nos habéis querido conceder en la tierra; si su amor y su proteccion querida nos faltan, ¿qué será de nosotros?

Ya no sólo se oían voces muy próximas, sino tambien los pasos de los que las proferían; pasos precipitados y como de muchos hombres acostumbrados á andar por aquellas espesuras y accidentados sitios de noche y de día. Quien hubiese tenido más tranquilo el ánimo que José y María, conociera desde luégo que no eran soldados, sino gentes habituadas á recorrer á todas horas aquellas soledades; gentes que conocían palmo á palmo el terreno que pisaban; ladrones, en fin.

—Ya que no es posible huir, escondámonos al ménos; suspiró María.

—Si vienen por nosotros, amada de mi alma; si es que nos han visto y nos persiguen, nos encontrarán sin dificultad, por mucho que nos escondamos, pues al parecer conocen estos sitios al dedillo; si no

vienen por nosotros, es inútil que nos ocultemos, pues tampoco nos harán ningun mal, porque el corazon, repito, me asegura que no son soldados, sino ladrones; y si son ladrones, ¿qué pueden quererle á nuestra pobreza?

—Protegednos, ángeles del Señor; protegednos y libradnos de todo mal; balbuceó la Vírgen con el terror del la avecilla fascinada por la serpiente que va á deglutirla.

Y siguieron andando María y José; pero ni el uno ni el otro apénas podían hacerlo. Ella, temblando como la corza acosada por una jauria, oprimía á Jesus contra su corazon, cual si quisiera ocultarlo de nuevo en las virginales entrañas; él, pálido, trasudando, temiendo ver á los que les perseguían caer sobre su Esposa amada y sobre el adorado Niño, no cesaba de invocar el auxilio y la proteccion de lo alto para aquellos seres tan queridos.

Y marchaba junto á ellos, cual si quisiera escudarles con su cuerpo; y tenía entre las suyas una de las manos frías de la Vírgen inmaculada, para decirla de esta manera que no la abandonaría, que la protegería hasta que le quedara un aliento de vida; para darle el ánimo que la faltaba diciéndola: *Aquí estoy yo.*

¡Qué momentos tan angustiosos fueron aquellos para los padres de Jesucristo! ¡Qué violentos é irregulares latidos les daba el corazon, lleno del sobresalto de la muerte!...

De improviso las voces se apagaron, y ya no llegó á oídos de los santos Viajeros ni siquiera el rumor de las pisadas. ¿Habíanse detenido los que á su modo de ver les perseguían? ¿Habían cambiado de direccion los que de tal manera les llenaron de terror? ¿Había sido una pavorosa ilusion de sus corazones tan intranquilos y sobresaltados? Esto no era posible, y aquello no era probable. Para José no cabía dudar que eran perseguidos. Por esto no se tranquilizó su ánimo con aquella aparente calma, sino que considerándola como el misterioso silencio que precede al desencadenamiento de ciertas tempestades, esperaba, invocando del fondo del alma el favor del cielo, que las fieras en forma humana cayeran sobre ellos.

María por su parte estaba más tranquila. No cabía en su corazon de cándida paloma imaginar los recursos á que apelan para sus fines los hombres criminales: hubiera penetrado los secretos misteriosos de que se vale el serafin más excelso para alabar á Dios y amarle dignamente; pero no podía ni siquiera llegar á comprender la naturaleza diabólica de la más trivial accion de un criminal cualquiera. Por esto, á medida que José, más conocedor de los hombres, temía más, ella se iba tranquilizando, pues imaginaba acaso deshecha la tormenta algunos momentos ántes tan temida.

De improviso dos hombres se ponen de un salto al lado de los Esposos santísimos; dos hombres siniestros, que aparecen más siniestros todavía en medio de

las tinieblas de la noche, y del pavoroso paisaje donde esta escena se representa. Y sientan la férrea mano el uno sobre el hombro delicado de María, y el otro sobre el hombro viril de José. La Vírgen santísima oprime con fuerza contra su corazon al Niño divino; parécele que se despide para siempre de Él, y da un grito inarticulado, pero tan triste, tan lleno de amor, que de piedra serían los pechos de los dos ladrones cuando al oirle no se conmovieron.

Y quedó temblando como tiembla la gacela en las fauces del lobo; como tiembla el avecilla en las garras del milano. Hielo y no sangre corría por sus venas; las gotas de sudor que bañaban su cuerpo santísimo eran más frías que las nieves que coronan las crestas más empinadas del Líbano.

José, al cual no sorprendió la acometida, pues por lo que hemos visto la esperaba, dijo á los ladrones.

—Perdonadles á ellos, y no importa lo que hagáis conmigo.

—¡Ladron; la bolsa ó la vida! dijeron con fiereza los malhechores, derribando el uno á José por el suelo sin piedad, miéntras el otro sacudía á la Vírgen sin compasion, como sacude el ábrego las últimas hojas que los primeros fríos han dejado en los árboles.

—Si el dinero queréis; balbuceó el santo Patriarca; de buena gana os daré los pocos denarios que llevo, fruto de mi trabajo; pero por piedad dejad de maltratar á la pobre Esposa mia, que ningun daño ha hecho á nadie. Descargad en mí vuestras iras,

maltratadme como mejor os pareciere, pero por Dios respetadla á Ella, pobre y débil mujer, siquiera sea por la inocente criatura que lleva en brazos.

—Se conoce que estamos en el país de Jeremías; pero no esperes piedad de nosotros, si no sueltas la bolsa; y ya que tanto es el amor que tienes á esta Mujer, te digo que, ó nos dáis todo el dinero que lleváis, ó primero Ella y el Niño, y despues tú, conoceréis quién es Géstas el bandido.

—Si el dinero queréis, dejad que me incorpore y os lo daré todo de buena gana.

Y como el ladron dejara de oprimir contra el suelo al santo Patriarca, éste se incorporó.

—Tomad, amigo mío; dijo humildemente al ladron alargándole unos pocos denarios, en los que consistía todo su peculio. Poco es; tal vez no os satisfaga, pero es todo lo que tenemos.

—Miéntes; gritó Géstas poniendo los ojos con desprecio en las monedas de cobre que le entregaba José. Tú te burlas de mí, y la burla va á costarte cara; pero te lo digo por última vez; continuó blandiendo la enorme hoja de un puñal sobre la cabeza del santo Patriarca; la bolsa ó la vida.

—Yo os digo la verdad. No tenemos más monedas ni más riqueza que esa; replicó José con mansedumbre.

—Pues bien; yo voy á arrancarte la vida, oh miserable ladron, y despues te quitaré la bolsa.

María, á la cual el otro ladron había soltado, pues

los ángeles no podían permitir que manos tan inmundas se pusieran en cuerpo tan santo; María, recibiendo fuerzas y valor del Niño divino, por cuya vida no temía, y del entrañable amor que profesaba á José, sobre cuya cabeza veía blandir la luciente hoja de la daga; María cayó de rodillas á las plantas del malvado Géstas, y con un acento que ablandara la ira del mismo Dios, pero que no consiguió ablandar el corazon del bandido, dijo:

—Por piedad; no lo matéis, no maltratéis al compañero de mis días. Somos pobres, muy pobres y no tenemos más dinero que el que José os ha dado: si más tuviéramos, gustosos os lo daríamos; que es enorme pecado posponer la vida, de incomparable precio, á unas viles monedas.

Géstas quedó mirando á María tal vez sorprendido de lo que le pasaba, pues su brazo fiero se negaba á caer sobre la cabeza del santo Patriarca. La Vírgen santísima continuó:

—¿Cómo queréis que si tuviésemos algo más de lo que mi Esposo os ha dado, viéndole yo amenazado de muerte no os lo diera para salvarle la vida, esa vida de inestimable precio para mí; esa vida amada que pone á cubierto de la miseria á su Hijo y á su Esposa? Muerto él yo lloraré en la pobreza mi viudez, y mi pobre Jesus, huérfano de padre, será como la débil yedra que no tiene un árbol donde trepar. ¡Oh! compadecéos de nuestro infortunio, que es grande; y por lo que más hayáis amado en la tierra, dejadme que

vaya con mi Esposo y mi Hijo á llorar desgracias muy grandes en suelo extranjero.

María intentó coger la mano de Géstas para besársela; pero éste la rechazó con ira, pues era muy grande la de su corazon, viendo que á pesar de todos sus esfuerzos, no podía asestar la daga al pecho de José, por impedírselo la inaccion de su mano, que no obedecía á su voluntad.

Y esto le irritaba de una manera indecible; le tenía desesperado. Aquello de querer obrar y no poder hacerlo estando en plena libertad; aquello de sentir en el fondo del pecho todo el coraje del infierno, y ver que su mano se negaba á obedecer á su voluntad, eran cosas que verdaderamente tenían como loco al bandido.

Por fin la mano, como obligada por la misma fuerza que la dominaba, bien á pesar de Géstas se bajó y soltó la daga, dejando de amenazar á José, y desahogando en gran manera el oprimido corazon de la Vírgen santísima; la cual, estrechando suplicante al Cristo contra su pecho, continuó:

—¡Oh! mis palabras os han convencido; mis acentos han llegado á vuestro corazon y acaban de desarmaros. Habéis supuesto con verdad que una esposa amante no puede comprometer la vida de su esposo por unas miserables monedas... Gracias, gracias: el Señor os recompense generoso el bien que me estáis haciendo.

—¡Y aún irrita más mi despecho esa miserable!



gritó Géstas dando furioso una patada en el suelo. ¡Oh! es preciso vengarse; es preciso acabar con los tres. ¡Ladron! continuó derribando de nuevo á José, y poniéndole la rodilla en el pecho, miéntras levantaba el puño estrechamente cerrado: ¡ladron; la bolsa ó la vida!

María dió un grito de angustia suprema; grito indescriptible, grito que para imaginarlo se necesitaría tener su corazon purísimo, tan amante tan dulcemente lleno de ternura para José.

Con aquel grito imploraba el auxilio del cielo; y el cielo no podía mirar impasible las angustias de aquella alma tan digna, y las amarguras y abundantes lágrimas que mojaban las mejillas de María.

El cielo vino en su ayuda, por medio del capitan de los bandidos, que acompañado de su numerosa partida llegó en aquel momento al lugar donde se representaba esta escena aterradora.

—¿Qué es esto? preguntó con imperio, obligando á Géstas á dejar libre al santo Esposo de la Vírgen, el cual se levantó, sin dar muestra alguna de temor; sin alteracion de ánimo; con la mayor naturalidad del mundo.

—Este ladron; dijo con ira Géstas señalando á José; que ha tenido el atrevimiento de darme unas monedas de cobre, y se empeña en negar que tenga más dinero, despues de haberse burlado con tanta audacia de mí.

—Le he dado cuanto tenía para hacer un viaje

tan largo como penoso con mi Esposa y mi Hijo; dijo José humildemente, y con el más puro acento de la sinceridad. Por lo demas hubiera sido en mí insensata locura mofarme de él, cuando soy el hombre más pacífico del mundo, no llevo más armas que las de la súplica, y por toda compañía una débil Mujer y un Niño en pañales.

—¡Oh señor! dijo María hablando con Dímas, con el acento más tierno y suplicante; lo que mi Esposo os dice es la pura verdad. No le hagáis ningun mal; os lo pido por lo que más améis en el mundo; os lo suplico por la amable debilidad de mi Hijo, sin más amparo en la tierra que el de su bondadoso padre. Vos no querréis hacer ningun mal á una familia pobre, perseguida y angustiada...

Los acentos de María penetraron hasta el fondo del alma del bandido, y le conmovieron profundamente, cosa, en verdad, insólita para Dímas; cosa que sorprendió al mismo ladron, el cual tuvo tentaciones de tomar bajo su proteccion á aquellos Viajeros que tanto le interesaban.

—Estoy acostumbrado á oir súplicas de las gentes que han caído en mis manos; pero nunca acentos como los de este hombre y esta mujer habían herido mi corazon; dijo Dímas á sus compañeros, que tambien estaban en gran parte conmovidos, ménos el duro y feroz Géstas.

Entónces el capitan de la partida abrió una linterna sorda, y examinó cuidadosamente á los santos

Viajeros. Inútil es decir si con este exámen aumentarían las simpatías que brotaran en su pecho por ellos unos momentos ántes.

Y haciendo que la luz de la linterna diera de pleno en María y en José, volvióse á Géstas para decirle:

—La hazaña ha sido digna de un hombre como tú. Es muy cómodo atropellar á un casi anciano y á una débil mujer, sin más armas que su pobreza, sin más defensa que sus súplicas. Géstas; mira á las víctimas de tu ira, y dí si podían entregarte más que unos miserables denarios...

—Deja que los registre cuidadosamente, y verás si poseen algo más que lo que me han dado; dijo Géstas con altanería y fiereza, concebibles sólo en un corazon como el suyo.

—Dejad que nos registre, señor, y se convencerá de lo muy equivocado que está; balbuceó José.

—Sí, deja que los registre y te doy la cabeza si no les encuentro un tesoro.

—¡Tesoro y con esas ropas... tesoro y con esa pobreza! ¡Géstas; tú estás loco! dijo el capitan.

—El loco eres tú, Dímas, pues sabes por experiencia cuántos ricos se visten pobremente, pensando encubrir las riquezas que llevan, y burlar nuestra suspicacia.

—Basta mirar á éstos, para convencerse de que son realmente pobres; por cuyo motivo no pondrás la mano en ellos, y les devolverás en este mismo momento lo que les has quitado.

—Compañeros; gritó Géstas montado en cólera; ¿oís lo que dice el capitan? No sólo no quiere que desvalijemos á estas gentes, sino que ademas pretende les devuelva unos miserables denarios que les he quitado. ¿De cuando acá se ha constituído Dímas en protector de las gentes que caen en nuestro poder?

—Desde que Géstas acomete hazañas dignas de un cobarde.

—Compañeros, nuestro capitan se atreve á insultarnos, y nos roba la parte del botin que nos corresponde.

Dímas con una enorme daga iba á caer como un rayo sobre Géstas, cuando María y José se interpusieron entre los dos, exclamando con increible asombro de los bandidos:

—Detenéos, señor, y no le hagáis ningun mal.

Dímas les miró con una sorpresa mejor para imaginada que para descrita. Estaba viendo una cosa nueva, singular, que nunca hubiera soñado; una cosa que le parecía un absurdo inconcebible.

Los demas ladrones tan sorprendidos como su capitan, esperaban ver el término de aquella escena.

—¡Qué! les dijo el jefe de los bandoleros á María y á José, miéntras bajaba el brazo, pero sin envainar el arma. ¿Es posible que así defendáis la vida de quien quisiera quitárosla? ¿Es posible que protejáis al que tan vilmente háos atropellado, miéntras le veis rabiando por la proteccion que os doy?

—¿Y qué conseguiréis con derramar su sangre?

¿Qué bien ha de reportarnos su muerte? Es un hermano nuestro extraviado, que piensa de buena fe que nosotros llevamos un tesoro. Dejadle que nos registre y se convencerá de su error; dijo José.

—¡Esto es inverosímil! murmuró Dímas admirado y volviéndose á sus compañeros, quienes con toda sinceridad repitieron á coro la frase de su capitan.

Géstas altanero, irritante, pareciendo desafiar á Dímas con el gesto y la mirada, dijo:

—Sí; deja que registre á esos embaucadores, y verás de qué tesoro me apodero.

—De atreverte á señalarlos siquiera, te rajo de por medio, para escarmiento de insolentes.

—Lo veremos; dijo Géstas disponiéndose á caer no sobre José y María, sino sobre el capitan.

Los demas bandidos se adelantaron, poniéndose junto á Dímas y protegiendo á la Sagrada Familia.

—Géstas; dijeron amenazadores; Dímas tiene razon, y tú debes callar.

El cruel bandido mordióse desesperado la lengua, y jurando vengarse dejó al grupo que protegía á nuestros santos Viajeros. Éstos, cayendo de rodillas, elevaron las manos y los ojos al cielo para darle gracias por la singular é inesperada proteccion que de concederles acababa.

—Dios mío, que del mal sabes hacer salir el bien; dijeron: recompensa generoso como sueles la proteccion que estos hombres, hijos tuyos extraviados, acaban de dispensarnos.

Dímas se sonrió oyendo la plegaria de María y de José, y les dijo:

—Ea, levantáos ya. Os agradezco la plegaria y la buena intencion que os anima; y áun cuando no nos pesa que oréis por nosotros, pues es cosa para lo cual no nos queda tiempo, con todo, me parece ese trabajo algo excusado. No lo será tanto que bebáis un buen sorbo de vino, del mejor que se cosecha en Engaddi, para neutralizar los efectos del susto y las violentas emociones que habéis llevado.

Y diciendo esto, Dímas presentó una calabaza á José y á María para que bebieran.

Los santos Esposos probaron el rico vino con que el bandido les convidaba, más por testimonio de gratitud que por otra cosa. Cuando le devolvieron la humilde vasija, dándole las gracias por todo, Dímas les dijo:

—Tomad asiento por unos momentos, y comed de nuestro pan y de nuestras viandas.

—Os lo agradecemos en el alma; dijo José; pero os suplico no lo toméis á desaire si rehusamos, y nos atrevemos á pediros permiso para continuar nuestro triste viaje.

—Me habéis dicho que erais perseguidos, y como nosotros lo somos tambien, este es para mí nuevo motivo de simpatía. Detenéos, os ruego, unos momentos, tomad asiento, comed y bebed con nosotros, y referidnos los motivos por qué se os persigue, y quién es vuestro perseguidor; pues en verdad me

choca que á estas horas vaguéis por tales sitios, habitados únicamente de fieras y ladrones.

—Os empeñáis en ello, y la gratitud nos obliga á condescender á vuestras súplicas.

Y diciendo esto, José y María tomaron asiento en una roca, y los ladrones hicieron lo mismo en derredor; sintiendo un bienestar, una tranquilidad, una paz del todo desconocidas de ellos hasta aquellos momentos. María y José lo conocieron así, y deseando hacer un bien inapreciable á aquellos corazones, poco ménos que muertos, bendijeron á la Providencia divina, que tal oportunidad les ofrecía de recompensar el beneficio que de ellos pocos momentos ántes habían recibido.

—¿De dónde venís? preguntóles Dímas con no poco interes y afecto.

—Hace días que salimos de Nazareth, en Galilea, nuestra ciudad natal.

—¿Y desde allí habéis llegado hasta este punto siempre entre montañas?

—Y sólo de noche, señor, pues de día tomábamos descanso en alguna de las muchas cuevas que se abren en los flancos de las montañas; contestó José exhalando un suspiro.

—Penoso en extremo tiene que haber sido vuestro viaje.

—Penoso para mi amada María, no acostumbrada á las fatigas del camino, y mucho ménos de un viaje hecho de noche, por el suelo pedregoso y desigual de

un torrente, debiendo atravesar malezas que lastiman sus piés, y recorrer un camino tan accidentado como desconocido, siempre con la zozobra en el alma, siempre con una cruel agonía en el corazon. Pero el Señor lo ha permitido así: bendito sea.

—¿Teníais miedo de nosotros?

—De vosotros no; porque nuestra extrema pobreza era nuestro escudo. ¿Qué hay en nosotros que pueda excitar la codicia de nadie? dijo José con el tono más sencillo y natural.

—Y sin embargo, ya veis como había excitado la de Géstas nuestro compañero.

—Si hubiera podido ver claramente nuestro porte, Géstas nos hubiera despreciado.

—Pues si no á los ladrones, decidnos ya, ¿á quién temíais?

—A quién tememos, diréis mejor; balbuceó María, que no se cansaba de mirar al Cristo, y de oprimirlo contra su corazon, pidiéndole recompensara en aquellos desdichados sus buenos oficios, induciéndoles al arrepentimiento.

—¿A quién teméis, pues? Poderoso tiene que ser vuestro enemigo, cuando os obliga á andar de noche y por sitios tan expuestos y peligrosos como estas montañas, guaridas de fieras y ladrones.

—¡Oh sí; es muy poderoso! Figuráos que es el más poderoso de Israel.

—¿El Idumeo tal vez? preguntaron los bandidos á coro, interesándose más por la Sagrada Familia.

—El mismo. Ved si la razon nos asiste para buscar estos sitios y andar de noche por ellos, hasta que alcancemos las fronteras de Israel, y nos hallemos á salvo en país extranjero.

—¿Y qué mál habéis hecho para que el maldito Heródes os persiga así?

—Ningun mal, si no es mal amar mucho á los hombres.

—Es un crímen singular; tan extraño como todo lo que en vosotros concurre; exclamó Dímas.

—Figuráos que no somos nosotros los perseguidos, sino que lo es mi Hijo adorado. Miradle; dijo con ternura inmensa la Vírgen santísima, mostrándoles á Jesus iluminado por la claridad que despedía la linterna: ¡no cuenta dos meses aún y ya se ve perseguido de muerte! ¡Ah! ¡esto me tiene desolado el corazon!

—Heródes es un infame, y no hay rayos en el cielo cuando no cae uno sobre su maldita cabeza. ¿Qué mal le ha hecho ese Niño al Idumeo? exclamó Dímas con enojo.

—¿Qué mal puede haberle hecho? Ninguno, señor. Todo su crímen consiste en haber nacido para amar á los hombres, y para enderezar sus pasos por el sendero del bien. Heródes lo sabe, y por esto le persigue; por esto ha resuelto matarlo; continuó José con imponderable amargura, miéntras María suspiraba.

Los bandidos se miraron asombrados, porque las

palabras que oían era muy extrañas. José continuó:

—Os admira cuanto os refiero, pero ello es la pura verdad.

—Y es de admirar por cierto, porque tus palabras son un enigma impenetrable. Heródes sólo tiene empeño en matar al Mesías, si por acaso lo envía el Señor á Israel, como los fariseos lo esperan; y no pienso que tengáis la pretension de darnos á ese Niño por el Salvador.

—Mi Hijo es la bondad por esencia; dijo María con el acento que penetra el alma, y la convence, y la edifica.

—En efecto; algo hay en vosotros que no es comun, y mucho en ese Niño, pues me tiene cautivo el corazon de sus gracias, y obra en mi naturaleza de una manera extraña; balbuceó Dímas mirando con encanto á Jesus.

—Oh sí; mi Hijo adorado roba los corazones, y ha de ser muy malo el que pretenda hacerle mal; dijo María poniendo en los labios del Cristo el beso enamorado de su alma.

—¿Y á qué país os encamináis para salvarle? siguió preguntando el bandido, no yá por curiosidad, sino con interes.

—Al Egipto, señor. Allí, léjos de la patria querida, viéndole á salvo de los que le persiguen, esperaremos la hora de volver á ese Israel que mi Jesus ama tanto; las palabras de José eran un suspiro de profundo dolor.

—¿Yqué camino pensáis seguir, pues si continuáis andando por estas malezas, no vais á llegar nunca.

—Nos hemos puesto en manos del Señor que protege al débil y al que en él confía, y el Señor nos librará de todo mal y nos guiará al país donde nos encaminamos; contestó José con absoluto abandono en las manos de la Providencia.

—Pues bien; si no lo tomáis á mal, nosotros os conduciremos seguros á las fronteras de Israel en poco tiempo.

—Os lo agradecemos en el alma; pero os suplicamos que no os molestéis, señor. Nosotros no merecemos tantas bondades y atenciones; dijo José humildemente.

—¿Es que os da pena veros escoltados por una banda de esos que llaman ladrones las almas corrompidas de las ciudades? preguntó Dímas sin ninguna clase de resentimiento.

—Tambien vosotros tenéis un alma inmortal; tambien á vosotros os ama entrañablemente mi Hijo; y siendo así, ¿cómo nosotros no hemos de amar lo que Él ama? ¿cómo no hemos de gustar de lo que Él gusta? balbuceó María.

—¿Ese Niño nos ama? exclamó con extrañeza el ladron. ¿Es posible que nos ame nadie?

—Pues Él os ama con todo su Corazon; Él os llama á sí; Él desea regeneraros y teneros eternamente en su compañía. Para conseguirlo, vosotros no podéis imaginar lo que hará.

—¡Oh mujer! exclamó Dímas poniéndose en pié, y sintiéndose conmovido; hace unos momentos que os rogaba tomarais asiento con nosotros, y bebierais de nuestro vino y comierais de nuestro pan; pero ahora te suplico que sigáis en paz vuestró camino, porque de permanecer más tiempo aquí, haríais que aborreciéramos la intranquila y agitada vida que llevamos... Continuad, pues, el viaje; y si alguna vez os acordáis de nosotros, rogad al Señor por el que os ha salvado la vida.

—Yo os lo prometo: yo te aseguro, Dímas, que con todo y ser una débil mujer como soy, he de acordarme de tí en el momento que más lo necesites. Y Dios oirá mis oraciones; Dios que no deja nunca una obra buena sin recompensa.

—Te lo agradezco, buena Mujer, te lo agradezco, y cuento con tu palabra; continuó Dímas conmovido á pesar suyo.

Y quedó pensativo por unos momentos; luégo dijo á los santos Viajeros:

—El viaje que habéis emprendido es largo y difícilmente encontraréis en el desierto de qué alimentaros. Veo que vuestras provisiones son escasas, y quisiera que aceptarais una parte de las nuestras. Os lo ruego.

—Dadnos por amor de Dios algunas frutas secas, si las tenéis, y un poco de pan. Esto nos basta; dijo José, pensando que tal vez aquella limosna de los bandidos contribuiría á que el Señor les mirara con misericordia.

—¿Nada más? Pedid otra cosa.

—Esto nos basta, señor, esto nos basta, si nos lo dáis por el amor de Dios; contestóle María.

—Pues bien; tomad. Os lo doy por amor de Dios; y advertid que esta es la primera vez que sale tal palabra de mi boca; pero la pronuncio porque deseo daros gusto. Entre Dios y yo no hay nada de comun sino lo que hay entre el Juez y el reo; dijo el bandido con cierto sentimiento.

—Sois su hechura, señor; y el Altísimo sólo desea de vuestra parte un punto de contricion para perdonaros.

—¡Oh! os vuelvo á suplicar que nos dejéis; pues de continuar vosotros aquí, nos convertiríamos de cuadrilla de ladrones en austera comunidad de esenios. Id, y que el Señor os conduzca felizmente á Egipto.

—Así será, porque asiste siempre á los que en Él confían. Quedad con Dios, y Él recompense el bien que nos habéis hecho; dijo María muy agradecida.

—Espera, Mujer; no quiero que os vayáis sin dejar que ponga mis labios en los labios de ese Niño, perseguido como yo; pero débil é inocente como no soy yo.

María presentó el Cristo al ladron, quien puso en sus labios un beso ardoroso, con no escasa satisfaccion de la Vírgen y de José; con no poca admiracion de los ladrones.

Despues partieron; mas no sin que ántes la dulce

y agradecida Madre de Jesucristo, con un acento, con una ternura, con una caridad que se graba por siempre en el corazon, sin que sea posible borrarla de él, dijo:

—Dímas; la débil Mujer que has socorrido, se acordará un día de tí. Será para ella el más triste de su triste vida; será para tí el principio de una dicha inalterable y eterna.

El capitan de los bandidos, sobrecogido por aquellas palabras tan augustas y tan tiernas, no supo despegar los labios. Estaba profundamente turbado; no sabía lo que le pasaba, porque esto era una cosa nueva en él.

Y los santos Viajeros emprendieron de nuevo el camino, bendiciendo á Dios por haberles socorrido de una manera tan providencial en aquel trance apurado; por haber querido que dejaran la semilla de la rehabilitacion en aquellos corazones tan duros, tan insensibles.

Y habían andado algunos pasos por el fondo del arroyo, cuando Dímas salió de su absorcion.

—Se han ido, sin que les hayamos mostrado un camino más breve y ménos fatigoso. Acompañémosles hasta sacarlos de estas montañas y orientarlos... Compañeros; lo que con esas gentes me sucede es cosa particular.

Y dicho esto corrió hacia María y José. Sus compañeros en masa le seguían asimismo corriendo, porque tambien á ellos les pasaba algo de lo que á su capitan.

José y María, notando que se acercaban á ellos los ladrones, se volvieron para saludarlos.

—Venimos para sacaros de estos sitios, y poneros en buen camino. Os guiaremos hacia Hebron, y de allí podréis fácilmente bajar á Gaza por Belen.

Y los ladrones les condujeron seguros hasta las cercanías de Hebron, donde por fin se despidieron de ellos.

—El Señor nos conduce como de la mano á la casa de Zacarías. Sin duda que peligrará la inocente vida de Juan. Vamos, pues, á salvarle; dijo José alegremente á María.

—Sí, vamos; pero ántes descansemos unos momentos; contestó la Vírgen santísima, tomando asiento en el suelo, tapizado de verde hierba y de algunas prematuras flores.

Y no bien estuvo sentada, se exhalaron algunos sollozos de su garganta, y abundantes lágrimas oscurecieron la luz de sus hermosos ojos.

Admirado José tomó asiento á su lado, y estrechó tiernamente una de las manos de María, acercándola á su justo y amante corazon. Y la preguntó conmovido, casi llorando al verla llorar:

—¿Por qué lloras, Miriam? ¿Por qué te desconsuelas así, cuando el Señor nos ha librado de tan grave peligro?

—No son lágrimas de pesar, ni de temor las mías ahora, José amado; sino de gratitud, de alegría, de inefable regocijo. ¡Ay! pensaba que no tendría ya la

felicidad de verte amoroso y solícito á mi lado, protegiendo la vida del Niño, y amparando la existencia de tu pobre Esposa. Mas ahora que la tempestad ha pasado; ahora que se han disipado los terrores que me asaltaron; ahora que no te veo derribado, y maltratado, y amenazado de muerte por aquel infeliz; ahora que recuerdo una á una las palabras con que le pedías desahogara en tí su ira, perdonándonos á nosotros; ahora, generoso mortal, que te veo sin daño á mi lado, tan amoroso, tan solícito, tan tierno como siempre, deja que eleve al cielo la expresion de mi gratitud; deja que llore de alegría por la inefable dicha de verte incólume; deja que las lágrimas desahoguen la opresion de mi pecho...

—María; díjola José llorando tambien al ver aquel testimonio de amor; María, yo no soy digno de esas lágrimas; yo no merezco el amor que me tienes; yo he hecho tan sólo lo que era de mi deber. Cesa, pues, de llorar, porque esas lágrimas me llenan de confusion.

Pero la Vírgen santísima, sin tener en cuenta la súplica de su virginal Esposo, poniendo los ojos y el corazon en el Niño Jesus, con tono suplicante, con voz de amorosa, irresistible súplica, le decía:

—¿Cómo pagaré yo, pobre mujer, lo que le debo? Mucho le amo; pero no tanto como se merece: tú, Jesus mío, vienes obligado á satisfacer las deudas que contrae por tí el corazon de tu Madre. No te olvides nunca de esta.

Y Jesus, como respondiendo al ruego ferviente de María, hizo un ademan superior á su edad, por el cual significaba querer pasarse á los brazos de José. Éste, conmovido, profundamente emocionado, recibiólo en ellos.

Y Jesus acercó su divino Corazon al corazon dichoso de José, para el cual ni la gloria de los cielos puede dar más bienaventuranza que la que le daban los latidos del divino pecho, repercutiendo en el suyo con acento dulcísimo, arrebatador, inefable como el acento del amor de Cristo.

Y el Corazon de Jesus decía al de José, de una manera clara, indudable:

—¡Padre mío, padre mío!...

Nosotros no podemos decir lo que oyendo estas voces el pecho del Patriarca, salidas del de Jesus, experimentó; pero sí diremos que ninguna criatura, excepto María, ha gozado, ni gozará de tanta ventura, de tan inefable regalo y delicia en el cielo, como la que el Padre afectivo del Cristo gozaba entónces.

—¡Oh! exclamó en la plenitud de la felicidad; si no dejas de recrearme de esa manera, Hijo mío, voy á morir! Ya no tendrás padre en la tierra. ¡Ay! retira tanta dicha de mí, y deja que me embriague con las persecuciones y las angustias sufridas contigo y por tu causa.

Algun tiempo despues, repuestos con estas emociones tan dulces y regaladas, del susto y de las emo-

ciones de pocos momentos ántes, siguieron la caminata y llegaron á Hebron.

La luna estaba en el ocaso, y el alba todavía no pensaba en asomarse por las partes orientales. La quietud en las calles de Hebron era absoluta, siendo interrumpida únicamente por los ladridos del perro vigilante, que velaba á la puerta de la casa el sueño de su amo.

Y sin ser notados de nadie llamaron á la puerta de la casa de Zacarías, donde conocieron la muerte que recibiera el sacerdote del Señor, siéndoles referida por la triste Isabel.

—¡Dichoso, dichoso! No le llores, hermana mía; la dijo la Vírgen santísima. Ha muerto por haber dado testimonio de su Redentor; ha sido el primero de los mártires del Cristo. ¡Dichoso! ¡dichoso!...

¿María hablaba así por conocer por revelacion la causa de la muerte de su justo primo? Es muy posible.

Sus palabras consolaron mucho el dolor de Isabel; y trocaron el vivo dolor de la viuda en dulce melancolía, aroma incomparable de los corazones resignados, que no ven en la muerte sino una separacion momentánea; que no ven en la vida sino un viaje más ó ménos largo á la patria suspirada, á cuyo puerto llegan un poco ántes que nosotros los que espiraron en el ósculo del Señor.

Y despues de haberla consolado, la bondadosa María notificó á Isabel la órden de expatriacion re-

cibida del cielo, y dictada por el Altísimo en vista de los sanginarios propósitos de Heródes.

—Toma tú tambien á Juan, y huye, Isabel, porque el corazon me dice que Heródes no ha de perdonarlo.

Isabel dió las gracias á Dios y á su Madre por la advertencia de ésta, y sin esperar la mañana salió para el desierto con su hijo amado, escondiéndose léjos de su patria en las sinuosidades de una cueva, donde, entregada á las austeridades y á los ejercicios de la penitencia, educó á Juan para precursor del Hijo de Dios.

Y ántes que Isabel, salió de aquella casa santa la Sagrada Familia, y se encaminó hacia Belen, para tomar la direccion de Gaza, segun les habían aconsejado Dímas y sus compañeros.

CAPÍTULO V.

Dos leyendas.

La noche estaba al caer, y los resplandores del día sonreían por el oriente á la tierra con los destellos del alba.

José y María debían obrar con suma prudencia, no fuese caso que se malograran tantos trabajos y fatigas como padecieran hasta allí; no fuese caso que imprudentemente comprometieran la preciosa vida que intentaban salvar.

Aquel país era el más expuesto; era el que debía llamar más la atencion de Heródes, y de consiguiente de sus seides y soldados. No podían, pues, entrar en Belen con la luz del día, y hasta ni con las sombras de la noche; no podían pasar el día expuestos á las miradas de las gentes, que tal vez vagaran por los poblados alrededores y florecientes campos que mediaban entre Hebron y la ciudad de David.

José, movido sin duda de la inspiracion angélica, recordó haber allí cerca un espeso bosque de palmeras, nopales y sicómoros; y pensando que entre la espesura podrían ocultarse á las miradas de las gentes y á los que buscaban á Jesus, dirigióse hacia él, llegando allí á la hora en que las tornasoladas nubes en el cielo del Oriente anunciaban gozosas á la tierra la proximidad del sol, que venía á disipar las tristezas y terrores de la noche.

Con ménos tranquilidad de la que gozaran los días pasados, (y esto que había sido bien poca), considerándose María y José tan próximos á las fauces del lobo rapaz y cruel, penetraron en el bosque, invocando para aquel día la particular asistencia de los ángeles, y el poderoso socorro del Altísimo.

El bosque era de lo más espeso y hermoso que se puede imaginar; la vegetacion tan exuberante en el suelo, en el aire y en los troncos de los árboles, cubiertos de gallardas trepadoras, que más bien parecía aquél un fragmento del paraíso, que una selva apénas visitada de los hombres. La próvida naturaleza pare-

cía haber agotado allí todas las fuerzas de la vegetacion, fuerzas ya de ordinario tan poderosas en Oriente.

—¡Parece un pabellon preparado por el Padre eterno, para que descanse en él su Hijo! balbuceó María, gratamente sorprendida, y no cansándose de mirar aquel portento de lozanía.

—Aquí estaremos por lo ménos tan seguros como en los antros de las cuevas donde hemos pasado estos últimos días.

Y diciendo esto José, llegaron como al corazon del bosque, donde levantaban sus gallardos y flexibles abanicos numerosas palmas, apiñadas en torno de una cristalina fuente, y escaladas por los tallos multiplicados de trepadoras floridas, que se cruzaban y enlazaban una y otra vez, uniendo los elevados troncos por medio de una especie de pared formada de flores y hojas verdes, delicadas, aromosas...

El suelo estaba tambien tapizado de flores; la atmósfera embalsamada con ricos perfumes; y descansando en las elevadas y gallardas copas de las palmas, ó suspendidos en los débiles tallos de las espesas ramas, donde empezaban á tejer su nido, numerosos pajarillos con arpadas lenguas, con varias inspiraciones, cantaban al Señor que hizo el día, el cántico de la debida alabanza, y daban la bienvenida á los santos Fugitivos que venían á honrar aquella especie de eden, pidiéndole un asilo durante el curso del día, para todos tan alegre, y para ellos tan preñado de sobresaltos y de terrores.

Junto á la fuente brotaban abundantes y matizados los narcisos, la anémona y otras flores bien olientes, que al parecer brindaban al Cristo con un lecho regalado. María, encantada de aquel paisaje tan espléndido y poético, y creyéndose con razon segura allí, dijo á su santísimo Esposo:

—Si te parece, no pasemos más allá. ¡Qué hermoso es todo esto!

—Sí, Miriam; quedémonos aquí, donde á mi ver no seremos notados de nadie. La bondad divina, por otra parte, parece convidar con aquel lecho de flores á su Hijo amado; al Hijo eterno, á quien los hombres se lo preparan de amarguras y punzantes espinas.

Y diciendo esto, puso un regalado beso en el rostro de Jesus, y vino á dejarle sobre las mencionadas flores, que se inclinaron á Él, como para mirarle y adorarle.

El rumor apacible de las aguas de la fuente, los alegres trinos de las avecillas, los mil aromas que llegaban á recrearle, hicieron que Jesus, (el cual por otra parte quería que su Madre amada descansara), se durmiera en brazos de apacible sueño.

José, apartado un poco de allí, tambien dormía tranquilamente. Sólo María, sentada á los piés de Jesus, con la mirada y el alma fijas en su divina hermosura, no se cansaba de dar gracias á Dios por la manera como les había librado de los ladrones, y protegido la inestimable vida del santo Patriarca.

Y una sonrisa inefable, más deleitosa para la tierna

Madre que la misma gloria, vagó por los labios del Niño dormido, inundando de placer el alma de María y mojando sus ojos con una lágrima parecida á una gota de rocío.

—¿Qué soñará? balbuceó con acento tierno y con voz apénas perceptible. Sin duda sueña en la felicidad eterna de los hombres. ¿Qué otra cosa, sino, puede hacerle sonreir en este valle de lágrimas?

El Niño se movió como si fuera á despertarse, y entónces María con voz armoniosa y baja, cantó para adormecerle al arrullo de su inmenso amor, una cancion enamorada.

—Duerme en paz, Flor de mi alma, duerme en paz, y los ángeles te sonrían miéntras yo velo tu sueño.

«Avecillas de la enramada, bajad la voz, y entonad una cántiga dulce al Bien de mi vida, miéntras su Madre le mira durmiendo un plácido sueño.

«No temas, no temas, Hijo mío. Si los hombres te buscan para perderte, el amor de tu Madre vela junto á tí, para decir á los ángeles que protejan la dulce tranquilidad de tu sueño.

«Duerme tranquilo, duerme en regalado lecho de flores, que ha hecho el Padre para tí; y los ángeles te sonrían, y las avecillas, y las auras con tu Madre te canten, miéntras duermes, regalada cántiga de amor.»

Acababa su última enamorada endecha, cuando de nuevo apareció en los labios del Niño una sonrisa tan dulce, tan plácida, tan amorosa y regalada como

la primera. María al verla olvidó todas las penas y angustias que conturbaban su corazon, para no acordarse más que de la felicidad que le daba aquella sonrisa.

—¿Qué soñará? volvió á preguntarse muy por lo bajo, temiendo tal vez despertar á Jesus, si levantaba la voz.

Y apénas acababa de formular esta pregunta, vió á su lado dos niños hermosísimos, contemplando con extático arrobamiento al Cristo.

Aquellos niños no fueron confundidos por María, harto avisada en materias de espíritus de luz; en aquellos niños conoció la Vírgen Madre á dos moradores del cielo, á dos ángeles.

Llevaban una crucecita en las manos. Aquella crucecita era sin duda la contestacion á la pregunta que María acababa de formular viendo la plácida y amorosa sonrisa de Jesus.

La Madre se estremeció. ¡Oh! ¡siempre la cruz! ¡siempre pensando en la cruz! ¡sonriendo únicamente á la cruz!... ¡Cuán triste era, oh, cuán triste para el corazon de aquella Madre!...

Los dos hermosos niños, miéntras la Madre suspiraba, la dijeron:

—Dios te salve, Reina nuestra.

—¿Qué me queréis, amigos míos? preguntóles la Vírgen santísima sonriéndoles.

—El Altísimo nos envía á tí con una embajada de amor.

—El Altísimo tiene aquí su esclava más indigna. Decid, ¿qué me ordena?

—No te ordena, sino que te envía un presente, para que lo entregues á nuestro Rey.

—Bendito sea el Señor que así ensalza la profunda humildad de su esclava; dijo María poniéndose de rodillas.

Los ángeles presentaron á la Vírgen santísima la crucecita que llevaban.

El corazon de la Madre volvió á estremecerse; pero tomó con gran respeto y sin vacilacion aquella cruz, que acercó reverente á sus labios trémulos.

Y despues la miró con dolor y amor inmenso á la vez.

Y vió que era una cruz tosca, la cual tenía manchas de sangre en varias partes.

—Hacecillo de mirra me da el Señor; yo lo pondré sobre su Corazon sin vacilar.

Los ángeles se postraron de rodillas, y María, despues de haber besado de nuevo la cruz, la puso entre las manos del Niño divino, de manera que descansara sobre el sagrado Corazon.

Jesus volvió á sonreirse por tercera vez, con sonrisa, si cabe, más tierna, más amorosa, más regalada.

—La cruz, la cruz le hace sonreir; la cruz que será su tormento es su delicia! ¡Oh cruz bendita, tan amada del Corazon de mi divino Hijo: tú serás muy cruel para Él y para mí; pero muy piadosa para los hombres! ¡Oh cruz amada! ¿qué importa lo que harás

padecer á mi corazon? Yo me abrazo contigo, yo te invoco, yo te saludo sonriendo, como te saluda, invoca y abraza mi Cristo.

María se inclinó sonriendo y llorando á un tiempo, para besar la cruz que descansaba sobre el Corazcn enamorado de Jesus. Éste despertó en aquel momento, y echó los bracitos al cuello de María, oprimiéndola dulcemente sobre su pecho sagrado.

Y miéntras presa de una emocion infinita María abrazaba al Cristo, llovió sobre los dos una lluvia de flores blancas, con una mancha de sangre en el fondo del cáliz.

Los ángeles la dejaban caer de lo alto cuando volvían al cielo.

María estuvo todo el día presa de las naturales emociones que debían dominar en su alma despues de este precioso idilio, pero nada le dijo á José por no afligirle más; respetando por otra parte la providencia de Dios, de no dar á conocer al santo Patriarca el infame género de muerte que preparaban al Cristo Salvador los hombres ingratos.

El amante Esposo, atribuyendo el recogimiento y gravedad de María á la escena de los ladrones, y á la proximidad de Belen, donde con razon había más que temer, se esforzaba con mil atenciones por distraerla; y la Vírgen santísima se violentaba á su vez por parecer tranquila; pero ¡ay! los ángeles, dejando la crucecita en sus manos, para que la pusiera en las de Cristo, se la habían plantado en mitad del corazon!

Y así fué caminando el día hacia el ocaso, y cediendo el imperio á las sombras de la noche.

Y cuando ésta estuvo bastante adelantada; cuando no se percibieron en el campo los cantares de los labradores que regresaban á sus casas despues del fatigoso trabajo diurno, salieron del enramado y poético pabellon, y con gran intranquilidad y sobresalto encaminaron sus pasos hacia la ciudad de Belen, donde José esperaba hacerse con algunas cosillas indispensables, que le faltaban para atravesar el desierto.

Y llegaron á las cercanías de la ciudad real. María no se cansaba de invocar en su corazon el amparo de los ángeles custodios; no sabía hacer otra cosa; no encontraba otras palabras, ni otros sentimientos en el fondo de su alma purísima sobresaltada.

Una vez llegados no léjos del palacio de Biratharba, de tan dulces é inefables recuerdos para María y José, recordando lo santo del lugar, y lo felices que en él habían sido, pusieron en ellas una mirada de amor, y se exhaló á un mismo tiempo un suspiro de sus pechos.

Entónces la Vírgen santísima, hablando en voz muy baja, cual si temiera ser escuchada, dijo:

—No me parece muy prudente que yo con el Niño éntre en Belen.

—En eso estaba pensando, Miriam. En efecto; sería una imprudencia que tú entraras conmigo en la ciudad. Fuerza será, pues, que apartada del camino

me esperes hasta que vuelva; díjola José tambien con voz muy baja.

La Vírgen santísima seguía mirando las ruinas de la Torre de David. Su corazon la impulsaba á guarecerse en ellas, pero temía, y por lo mismo su razon la daba á entender que no debía hacerlo.

José, que comprendió lo que estaba pasando por su amada Esposa, díjola:

—Es posible que las ruinas del palacio de nuestro padre David estén vigiladas por los enviados de Heródes; quien no debe ignorar que en ellas nació el Mesías, tan esperado del pueblo, como temido del monarca. Comprendo que los recuerdos que la cueva tiene para tí impulsen tu corazon y te llamen á ella; pero no es prudente, María; no es prudente.

—Así lo comprendo; y por muy queridas que me sean; por muy dulces que hayan de serme los recuerdos que me traigan á la memoria, huiré de ellas como de mi mayor enemigo. No, José, no quiero entrar en la santa cueva; pero mira si el conocimiento que tienes de estos lugares te sugiere un punto donde oculta pueda esperarte.

El santo Patriarca quedó pensativo unos momentos, cual si recorriera con la mente aquellos sitios, y al fin dijo:

—Hay una cueva, poco distante de aquí, que al parecer había antiguamente servido de sepulcro; pero que ninguna traza conserva de ello. Desde allí podrás mirar el palacio de Biratharba, y recordar las

inefables dulzuras que hace tan pocos días arrobaban tu alma en sus ruinas. Así te será ménos sensible el miedo justísimo que te sobresalta, y ménos penosa mi ausencia.

—Vamos, pues, allá; porque no respiro miéntras veo á mi Jesus en estos sitios, que ha querido santificar é inmortalizar con su divino nacimiento.

Y sin decir más palabras, José guió á su amada Esposa á la cueva de que la hablara; y cuando la hubo conducido á lo más hondo, y por tanto, más oscuro de ella, la dejó temblando, y temblando se dirigió tambien él á Belen.

Sus nobilísimos, sus amantes corazones no podían gozar allí un punto de reposo, un instante de tranquilidad. El sobresalto de sus pechos era muy superior al sobresalto de la corza perseguida de cerca por los perros.

Los dos invocaban con fervor el amparo y defensa de los ángeles; y no se cansaban de decirles, para obligarles más, que á quien defendían era á su Dios y Señor; á su excelso Criador.

Con estas angustias la Vírgen santísima ofreció el pecho castísimo á Jesus, obedeciendo tal vez á ese impulso innato en las madres, que cuanto más en peligro creen ver á sus hijos, más se afanan en oprimirlos contra su seno, y en darles el pecho, cual si pretendieran escudarles con su amor, cual si pretendieran tranquilizarles, cuando no son ellos, sino ellas quienes temen.

Sea de ello lo que fuere, la tradicion nos cuenta que María puso el castísimo seno en los labios de Jesus, y el Niño divino bebió con placer el licor regalado de la vida.

Y cuando mayor era la avenida de la leche, soltó de improviso el pezon virginal, para acariciar regaladamente á su Madre; para decirla tal vez en un lenguaje mudo, pero elocuente y muy expresivo, que tranquilizara los sobresaltos de su corazon amante; que no temiera, porque la virtud divina les protegía.

La dulce Madre de Dios sintióse embriagada por las caricias de su adorado Jesus; y miéntras tanto, un chorrillo de leche virginal, de aquel licor santo, inmaculado, que al pasar al Cristo se convertía en sustancia divina, regaba el suelo y la pared vecina de la cueva.

María volvió á poner los labios de Jesus en el pecho santo, y miéntras el Niño la acariciaba con la manita que le quedaba libre, acordándose Ella de los hombres, por quienes padecía tantas angustias, quiso dejarles un recuerdo de su amor, y dijo al Cristo:

—Bien mío; quisiera dejar una memoria perenne á los mortales del amor con que tú y yo padecemos esta persecucion, y de la caridad con que soporto las angustias que por su causa me agitan. Dígnate hacer, pues, que todas las madres faltas de leche para nutrir á sus hijos, que tomen un poco de tierra de

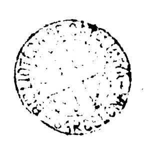
esta cueva, regada con la mía, sientan henchírseles los pechos, y puedan amamantar á los hijos que concibieron. Este es el recuerdo que quisiera dejarles; este es el recuerdo que te suplico les dejes en mi nombre. Las madres así beneficiadas, recordarán tus persecuciones y mis angustias, y cuidarán de grabar su memoria en el pecho de sus hijos. Las madres así beneficiadas no podrán echar en olvido que hubo un día en que el Salvador de sus almas, y su indigna Madre, guarecidos en la oscuridad de esta cueva, pensaban en los hombres, miéntras padecían sobresaltos de muerte por todos ellos.

Terminada la tierna peticion de María, en la cual de tal modo se mostraba el amor materno, sin límites, que aquella afligida Mujer nos profesaba, Jesus volvió á acariciarla dulcemente, y como diciéndola haber atendido á su ruego afectuoso y caritativo, dejó otra vez el pecho virgíneo, y otra vez la leche inmaculada de María regó el pavimento y las paredes de la cueva.

Por aquello, pero más particularmente por la voz divina que percibía en el fondo del pecho, conoció la afligida Madre que su peticion estaba favorablemente despachada, y dió las gracias á su Hijo besándole regaladamente.

Y apénas acababa de hacer esto, oyóse ruido como de pasos precipitados.

María se estremeció, por figurársele acaso que no era José el que los daba.



Éste que lo imaginó así, con acento precipitado é inseguro se apresuró á decirla:

—Miriam, levántate aprisa y vamos. Huyamos de aquí...

—¿Qué sucede? preguntó la Vírgen sobresaltada, poniéndose en pié y saliendo apresuradamente.

—¡Oh! huyamos, huyamos, porque me parece que esta noche será noche de llanto.

—¿Qué has visto? dijo María apretando tiernamente á Jesus contra su pecho, cual si hubiese quien se lo quisiera robar; cual si hubiese allí quien pretendiera arrancarlo de sus brazos maternales para degollarlo.

—¡Qué sé yo!... He visto cierto movimiento inusitado en los soldados; he visto á las gentes asustadas, y el corazon incesantemente me decía: «Huid, huid de aquí; no os detengáis, no os perdonéis, si queréis salvar á vuestro Dios y Redentor.» ¡Oh María! pide fuerzas y agilidad á tu Hijo divino, y ausentémonos rápidamente.

—¡Oh Dios mío! protegednos por amor á vuestro Unigénito, y salvadle; murmuró María con una voz que más que voz parecía un suspiro, vago como los que produce la brisa en la enramada.

Y en esta disposicion salieron de la cueva, y tomaron precipitadamente la direccion de Gaza.

Los sobresaltos que hemos descrito en la primera noche del fatigoso viaje, las angustias, los terrores, las imaginaciones, los espantos y los temores se les

reproadujeron entónces, pero en un grado tan grande, tan espantoso, que necesitaban María y José estar asistidos del cielo con una asistencia especial para no sucumbir al peso de tan gran martirio para sus espíritus.

Y sin embargo, adelantaban rápidamente, cosa que no podía hacerse sin un milagro, porque el que anda bajo la presion moral con que andaban ellos, no es posible que adelante mucho, pues parece que concentrándose toda la vida en el corazon, se retira de las piernas donde verdaderamente se necesita.

Era que los ángeles les llevaban en sus palmas; era que los espíritus celestes, sin quitarles el susto á sus nobles corazones, les quitaban el efecto inevitable del mismo en la parte física.

Y amaneció cuando se hallaban muy cerca de Gaza, ciudad marítima no distante de la frontera, tan vivamente suspirada por los santos Fugitivos; tan ardientemente invocada por los corazones angustiados de José y de María.

—¡Oh! se decían para sus adentros; una vez salvados los límites de Israel; una vez en tierra extranjera, podremos respirar tranquilos; desecharemos el sobresalto, y bien que en país extraño, seremos dichosos considerando salvado ya á nuestro Jesus. ¡Oh frontera amada; parece que huyes de nosotros; tanto tardan en llegar á tí los pobres perseguidos!...

—¡Cuántos te habrán pasado con pena y llorando, frontera anhelada; decía José; pero con qué gozo,

con qué alegría te pasaré yo, llevando conmigo á las dos prendas de mi corazon!...

Y el día iba avanzando, y las tinieblas de la noche recogiéndose en los senos del Occidente.

Los dos santos Esposos se miraron, como dirigiéndose una misma pregunta. Aquella mirada decía:

—¿Qué hacemos? La frontera no está distante, y es peligroso pasar el día en estos sitios, bien que nos escondamos cuidadosamente. ¿Pero no es peligroso tambien que expongamos el Niño á las miradas de sus enemigos? ¿Quién nos ha dicho que no se le busca por aquí?

En esta indecision, en esta perplejidad otros hubieran tomado un partido, que no hubiese sido tal vez el más prudente; pero en ellos no cabía esta circunstancia.

El Niño era Dios; la responsabilidad de María y de José era inmensa. A ellos se lo había confiado el Altísimo; ellos debían velar por Jesus considerándolo su Hijo y su Dios; Jesus venía á redimir al mundo, y el cielo había encargado á José que huyendo le salvara... Realmente la responsabilidad de los santos Esposos era grandísima, era incalculable; pero lo era singularmente la del excelso Patriarca. No podían, por lo tanto, obrar con ligereza; una imprudencia hubiese sido en aquella ocasion un crímen enorme.

—¿Qué hacer? se hubiera preguntado otro mortal cualquiera, luchando entre la indecision y la perplejidad. Si dejamos de andar de noche, procurando

ante todo ganar la vecina frontera, los enemigos del Niño pueden vernos, y al querer salvarle le perdemos; si nos ocultamos, esperando la noche para salir de nuestro escondrijo, los enemigos del Niño, que sin duda vagan buscándolo por aquí, se apoderan de Él, y tambien le perdemos... ¿Qué hacer?

Así, presa de horribles sobresaltos y de mortales angustias, habría hablado y pensado otro mortal cualquiera, sin saber qué partido tomar; pero José y María tenían un recurso supremo, seguro, indefectible, recurso que tiene tambien el resto de los hombres, pero sin que sea de tan absoluto resultado, por emplearlo sin ninguna fe, ó con escasísima confianza, los que apelan á él.

—Oremos, Esposo mío; dijo la Vírgen santísima. El Padre Eterno nos dirá cuál es su voluntad.

—Sí, oremos. El cielo nos hablará; contestó José con toda confianza, con plena seguridad.

Y oraron por unos momentos. Su oracion, pasando por el Corazon del Cristo, al cual los dos Esposos se dirigían confiados, subió poderosa con todos los méritos de Jesus al solio del Eterno, y no podía ser desechada, no podía dejar de ser oída.

Algunos momentos despues los santos Fugitivos se miraron, y como si pensaran con una misma inteligencia, como si sintieran con un mismo corazon, dijeron á una:

—Prosigamos.

Y sin acordarse del cansancio; sin que conocieran

el camino; dirigidos por los ángeles se encaminaron rectamente hacia la frontera, llevando un paso inverosímil por lo ligero y apresurado.

Estaban á pocas millas ya de los límites de Israel, cuando unos viajeros, montados en ágiles caballos les alcanzaron, y viendo á los santos Esposos caminar tan de prisa con el Niño, les dijeron:

—Volad si queréis salvarle, porque no están muy distantes los que os persiguen.

¡Oh qué nuevo sobresalto; qué nueva angustia vino á sus corazones con aquella advertencia!... ¡Con que los que les perseguían no estaban distantes; con que debían apresurar el paso si no querían caer en sus manos!... Terrible, muy terrible era aquella noticia; pero por ella dieron gracias á Dios, pues con razon pensaban ser la divina Providencia quien se la enviaba.

—¿Y cómo sabéis que nos persiguen? preguntó José á los viajeros.

—Porque presumimos que huís para salvar á esa inocente criatura.

—Es verdad; mas ¿cómo sabéis, hermano, que esta Criatura es perseguida?

El viajero extrañó la pregunta; mas no por ello dejó de contestar:

—Esta noche ha pasado Heródes á degüello todos los niños de Belen y sus cercanías menores de dos años, y presumo que vosotros habiendo tenido, por gran fortuna, conocimiento de ello, huís para salvar á vuestro Hijo.

María y José, noticiosos de la crueldad inaudita de Heródes, quedaron horripilados, y el espanto, y la zozobra, y las angustias crecieron de punto desde aquel momento.

Los viajeros conocieron que en efecto María y José no sabían una palabra de la crueldad del Idumeo; por cuyo motivo les excitaron de nuevo á apresurar el paso si querían salvar al Niño.

—Porque, dijeron; los soldados de Heródes montan veloces caballos, y se dirigen hacia aquí, pensando que algunas madres intentarán salvar á sus hijos pasando la frontera.

Y dicho esto, los viajeros espolearon los caballos, dejando á nuestros santos Personajes, llenos de un terror que á cada instante iba en aumento.

—María; le dijo el turbado José á su amadísima compañera. Deja que yo lleve al Niño, y tú, descargada del peso, andarás con mayor soltura; podrás imprimir mayor rapidez á tu paso.

—Si tengo fuerzas, Esposo querido, es por comunicarlas Él. Yo te ruego que me lo dejes, si no quieres que quede sin aliento, rendida por la fatiga y el dolor. Ya te lo entregaré cuando le hayamos salvado; cuando tranquilos ya, descansemos en país más hospitalario que el nuestro; dijo María con tono conturbado, temeroso, suplicante.

—Siendo así, amada mía, no insisto. El Hijo adorado sostenga tus fuerzas y te infunda aliento; los ángeles del Señor nos asistan, y la proteccion del Altí-

simo nos cubra con su manto en esta gran necesidad.

Y sin proferir más palabras, que siempre contribuyen á fatigar á los viajeros que llevan prisa, y á hacer más largo el camino, dieron mayor impulso al paso; y algun tiempo despues saludaban regocijados, desde la cumbre de una montaña, la tierra extranjera que no muy léjos se divisaba.

Y tal era el contento de nuestros santos Fugitivos, que les pareció que aquella tierra les sonreía, les llamaba, les prometía felicidades y regocijos sin cuento; les pareció la tierra más bella, más poética, más deliciosa que habían visto. En aquellos momentos, tal era la disposicion de ánimo de María y de José, que con amar tanto á su patria, se les figuraba no haber cosa igual en Israel; no haber cosa que pudiera compararse con la galanura, la esplendidez, la exuberancia de la vegetacion del suelo que saludaban.

Y era que las esperanzas de su alma daban un colorido que no tenía al suelo hospitalario que iba á recibirles; al suelo bendito que iba á garantirles la vida de Jesus, por la cual durante tantos días habían sufrido angustias mayores que de muerte.

Y miéntras sonreían al suelo extranjero sus almas nobilísimas, un ruído lejano llegó á ellos en alas del viento; ruído que imitaba al galope de algunos caballos, y la charla de gente que hablaba recio, que hablaba poco ménos que á gritos.

—¿Has oido, José? dijo María muerta de susto, como familiarmente se dice.

El santo Patriarca detuvo el paso, y miró azorado hacia atras.

Sus piernas flaquearon, como si se negàran á sostenerle; su rostro se cubrió de la palidez de la muerte; frío sudor bañó copioso todo su cuerpo, y el corazon le daba unos saltos tan violentos y tan irregulares, que se hubiera dicho iba á romper las tablas del pecho para salir de la cárcel de su tormento.

María, en fuerza del temor, no se atrevió á mirar atras; pero cuando puso los ojos en el rostro del santo Patriarca, pensó morir de espanto.

—Si Dios no hace un milagro estamos perdidos! dijo José con voz apagada por el susto. Los soldados de Heródes nos han visto, y vienen al galope persiguiéndonos. Dentro de pocos momentos nos habrán alcanzado!...

No es posible describir el espanto enorme que había en las palabras de José: los terrores de la muerte no pueden compararse con ello; se le parecen como el fuego pintado al fuego real.

—Señor Dios mío; dijo María cayendo de rodillas: si no hemos hecho todo lo posible por salvar al Hijo de mis entrañas, castigadnos severamente; pero no permitáis que los enemigos del Cristo pongan en Él la mano aleve, ni que derramen su divina sangre.

Despues descendieron de la montaña con la súplica constante en el alma; llevando las angustias y los terrores de la muerte en el corazon, y escuchando

atentamente el galopar de los caballos y la gritería de los soldados de Heródes, sus perseguidores.

Los cielos y la tierra no habían visto cosa parecida en la sucesion de los siglos, á la congoja de María y de José en aquellos momentos; ni hasta entónces habían subido á lo alto plegarias tan fervientes como las que los santos Esposos elevaban al trono excelso de Jehová.

Y los ángeles, compadecidos de tanta angustia, rogaban tambien por ellos, con las frentes profundamente abatidas; y los cielos mismos temblaban con el temblor de los santos Esposos.

Pero el Altísimo parecía hacerse sordo á tantas súplicas, á tan fervorosos ruegos; pero el Altísimo parecía haber abandonado su Hijo á su suerte, pues léjos de detener á los bárbaros soldados, éstos iban rápidamente ganando la distancia que les separaba de Jesucristo, Salvador del mundo.

Y la congoja, y la angustia, y el temor, y el espanto aumentaban tan rápidamente en los corazones de María y de José, que ya ni siquiera les permitían llorar; que ya sólo les consentían desahogar sus pechos oprimidos, con un hipo parecido al de ciertos infelices atacados de extraños accidentes.

CAPÍTULO VI.

El terebinto.

Los soldados iban ganando terreno; la distancia que los separaba de nuestros amados Viajeros se hacía rápidamente menor; pero como éstos apresuraban el paso, cual si los ángeles les hubiesen prestado las alas para el efecto, la frontera se iba acercando; los límites de Israel tocaban á su término.

—¡Oh! ¡si podemos ganar la frontera! le decía José á su virginal Esposa, en voz baja; cual si estuviese temiendo ser oído de los que implacablemente les perseguían. Apresuremos el paso Miriam.

—Sí, apresuremos el paso; contestóle María con acento desfallecido como el de la tímida corza acosada de perros; pongamos por salvarle todo lo que esté de nuestra parte: pero ¡ay! ¡me temo que si Dios no hace un milagro no lo vamos á conseguir, áun cuando pasemos los límites de Israel!

—¿No respetarán el país extranjero los que nos persiguen? preguntó José lleno de sobresalto.

—¡Ah! ¿no respetan al Hijo de Dios y respetarán las fronteras, no vigiladas, de un país extraño? El espíritu del mal los impulsa, los arroja contra mi Jesus, y el espíritu del mal no ha de contenerse ante una

frontera. Padre Eterno; exclamó angustiada; salvadle vos, si es que no ha llegado su hora.

Y siguieron andando presurosos. Quien los hubiese visto, y supiera que habían caminado toda la noche sin parar, no pudiera dejar de confesar que los ángeles debían prestarles sus alas, ó darles fuerzas una potencia superior en todo á las fuerzas humanas. Esta potencia realmente existía; esta potencia era el encendidísimo amor al Niño que ardía en sus pechos santos.

Y pudieron salvar la cumbre de la última montaña que les separaba de la frontera.

Los soldados habíanles perdido de vista; pero no por eso dejaban de perseguirlos con mayor insistencia y encono. Las voces y las amenazas que proferían, llegando confusas á los oídos de María y de José, llenaban sus corazones de indescriptible sobresalto, cada vez en aumento.

Y cuando los soldados, espoleando los caballos, los tendieron al escape, deseando alcanzarles ántes de llegar á los límites de Israel, los santos Viajeros habían apénas ganado la falda del monte.

—¡Dentro de pocos minutos nos habrán alcanzado!... murmuró José con verdadero horror.

—Detengámonos; dijo María movida de una inspiracion divina.

Y hablando así se detuvo en efecto. El Santo la miró asombrado.

—Sí, detengámonos. Nosotros lo hemos hecho

todo por nuestra parte. Ahora si el Padre excelso no tiene dispuesto todavía que muera por los hombres, vendrá en su ayuda y le salvará. De otra manera su muerte es segura.

—Como quieras, Miriam; balbuceó José mirando al Niño con amorosa ternura llena de sobresalto.

Y despues miró á la montaña, que los soldados de Heródes bajaban con una carrera vertiginosa.

¿Qué pasó en aquellos momentos por su corazon justo y tan amante? Secretos son estos para el hombre, secretos que es muy posible ignòren los mortales para siempre. Nosotros diremos solamente que la mirada del Santo era azorada, que los ojos parecían ir á saltarle de los órbitas, que su rostro estaba pálido y bañado en sudor frío, que sus labios entreabiertos no tenían color, que su lengua y su boca estaban secas, y el miedo y el dolor habían como paralizado sus miembros trémulos.

María, miéntras tanto, caía de rodillas; apretaba tiernamente contra su seno el Hijo de sus entrañas, y con voz angustiada y á la vez segura, dijo:

—Padre mío; tú me lo has dado para salvar á los hombres, y si ha llegado su hora no te lo rehuso; pero si esta hora no es llegada todavía, consérvalo á la pobre Madre; líbrale de las iras de los que le persiguen; sal en su defensa, y pues nosotros hemos hecho por salvarle cuanto hemos podido, ven tú en nuestro socorro, ampárale y guárdale: por caridad te lo imploro.

Y dicho esto se levantó. Su alma estaba tranquila; había descendido sobre Ella ese espíritu celeste que vaga todavía por el mundo y descansa en los corazones de aquellos en favor de los cuales quiere hacer Dios grandes cosas; ese espíritu de seguridad, ese espíritu no ya de esperanza, sino de posesion, por decirlo así, del milagro que se va á obrar.

María giró los ojos en derredor buscando dónde esconder al Niño. No podía librarlo de la muerte en sus brazos, y lo puso con abandono, con fe absoluta en los de la Providencia. La Mujer no podía salvarle, é iba á salvarlo Dios.

Había junto al camino un campo sembrado de trigo, y con decir que era el mes de febrero, se comprenderá que el trigo no estaría muy crecido; se comprenderá que estaba en hierba aún.

María puso á Jesus reclinado en el verde follaje, que no llegaba de mucho á cubrirlo; pero esto no le daba cuidado al alma de aquella Mujer incomparable, llena de fe en la Providencia divina. Dios estaba en el cielo, y Dios la miraba. Dios estaba allí y Dios la oía.

—Yo te lo entrego para que me lo guardes, Padre mío; dijo saliendo del campo donde dejaba al que era la vida de su alma; al que le era cien veces más querido que su propia salvacion.

Y vino tranquila á José, que con el terror descrito, como fascinado por el miedo, seguía mirando á la montaña, de la cual iban rápidamente descendiendo los

soldados, con no poca gritería y algazara; profiriendo amenazas, gritos y blasfemias sin cuento; amenazas, gritos y blasfemias que llegaban perfectamente ya á los oídos de nuestros santos Viajeros, aumentando el terror del bondadoso Patriarca.

—José; balbuceó con amor su virginal Esposa, como para sacarle de aquel estado.

—¡María! dijo José estremeciéndose y volviendo en sí, al mismo tiempo que ponía en ella una mirada azorada, de indecible terror, de angustia incomparable, de amargura sin fin.

Y luégo notando que Jesus no estaba en brazos de su Esposa, prosiguió con mayor sobresalto:

—¡Ah! ¡te lo han robado ya!... Desgraciado de mí, que no he podido ó no he sabido librarle de sus enemigos!...

—Cálmate, José. Nuestro Jesus está á salvo; nada hay que temer por Él!

—¿Qué dices?... Estoy soñando! mas ¡ay, que el despertar será cruel!...

—No, no sueñas, Esposo mío. Tranquilízate; le dijo apaciblemente la Vírgen santísima.

La voluntad de María aplaca en un momento las iras del mar, ¿y no había de calmar la tormenta levantada en el pecho de José, y en las aguas de su vida, turbadas por el viento del terror más legítimo que se puede imaginar? La voz, pues, de la Esposa restableció la calma en el Esposo, quien dijo:

—Le amas más que yo y estás tranquila. Bendito

sea Dios, María: ahora creo que Jesus está á salvo.

—Sí; viendo que yo no podía defenderle, lo he puesto en brazos de la Providencia.

—Y no cabe duda; la Providencia lo defenderá. Has hecho bien, María; dijo el Patriarca, animado repentinamente de la misma fe absoluta que su inmaculada Esposa.

Y es que sabía que cuando el hombre ha puesto de su parte todos los medios en una obra, Dios no falta nunca en suplir la insuficiencia de la criatura que cree en Él, y en Él espera, para que la obra llegue á buen término.

Y cuando los soldados estaban ya muy cerca, queriendo María y José estar á la mira de cuanto aconteciera, tomaron asiento al pié de un terebinto copudo, de robusto tronco, de muchos años, de ramas muy espesas y de sombra regalada para el viajero en los ardores del estío.

Y apénas estuvieron sentados, el tronco corpulento, tocado por el dedo de un ángel, se abrió para darles seguro albergue en su seno. El corazon malvado de los hombres los perseguía, y un árbol más sensible que los mortales, abríales el suyo para recibirlos en él y defenderlos!

María y José, gratamente sorprendidos y profundamente reconocidos, dieron gracias al Señor que nunca abandona á las criaturas, cuando éstas ponen en Él toda su esperanza.

Miéntras tanto, el trigo rápidamente crecía y echa-

ba espigas abundantes, que daban apacible sombra al Redentor divino, y fresco lecho á su cuerpecito tierno.

Cuando los soldados llegaron al sitio donde pocos momentos ántes habían visto á la Sagrada Familia, lo hallaron desierto. Allí no había ánima viviente, ó por lo ménos no daban con ella.

Miraron en torno suyo, y tampoco vieron á nadie; tendieron la vista por la dilatada planicie que delante de ellos se extendía, y en la planicie no aparecían, no se divisaban los santos Viajeros.

Aquello era muy singular; aquello era inexplicable. Los soldados se miraron con asombro, y volvieron á tender la vista en torno suyo y por la dilatada llanura; pero nada, nada divisaban sus ojos.

—¡Eran fantasmas! dijo uno como para sí, sintiendo tal vez que el valor se le quebrantaba.

Terrible es el castigo y grande la humillacion con que azota Dios á los incrédulos. Siempre los que no creen en Él creen en insensatas locuras y sueños; por no querer ennoblecerse creyendo en la realidad de Dios, se degradan y envilecen de buena gana dando crédito á vanas fantasmagorías; por negarse á reconocer la excelsitud del Altísimo, caen de rodillas y temblando ante la vaciedad de una cosa que no existe sino en sus imaginaciones, permitidas por el Señor para humillar la altanería del insensato que le niega. No creen en Dios y creen en fantasmas!... ¡Oh! es grande, en efecto, la humillacion, grande el

castigo con que el Eterno azota á los incrédulos que le niegan!...

La especie que uno de los soldados acababa de verter, hizo su efecto en los demas, ya muy predispuestos á creerlo, bien que no á decirlo, temiendo sin duda se les calificara de cobardes.

—Sin duda que serían fantasmas, balbucearon algunos mirándose con cierto terror.

—¡Qué fantasmas, ni qué niño muerto! gritó el jefe de los sicarios. Ea, pié á tierra y á buscarlos, porque por ahí andarán. No es cosa de quitarnos el placer de degollar al chiquillo y dejar de ver los aspavientos de su madre, cuando para el efecto hemos corrido tanto.

Los soldados desmontaron á la voz de su jefe; pero bien á las claras se dejaba ver que no obedecían de buena gana, sino obligados por la presion de la palabra de su capitan.

Y decían murmurando entre sí:

—Pues es una temeridad obligarnos á buscar unos fantasmas que se han desvanecido como un sueño.

Y recorrieron aquellos alrededores; penetraron en el campo de trigo espigado, lo que no dejó de chocarles mucho, dada la estacion; recorriéronlo todo una, dos y tres veces sin encontrar nada; examinaron las matas, y hasta removieron las ramas donde apénas podía esconderse un pajarillo.

Unos momentos despues volvían á su jefe repitiendo:

—¡Eran fantasmas! ¡Eran fantasmas!

—¡Y tembláis como mujerzuelas! les dijo el jefe con despecho.

—Delante de veinticinco hombres no hay uno de nosotros que se acobarde; pero con los fantasmas que juegan con nosotros como una niña con su muñeca, no hay uno que se las quiera haber; dijo el más audaz, irritado por la calificacion que les aplicara el jefe.

Mas éste no desistió: así es que dijo otra vez con mayor energía:

—Digo que sois unos cobardes, porque os veo azorados como niñas de pocos años.

—Ponme delante un hombre armado, aun cuando ese hombre seas tú, y te diré si soy un cobarde; guturó fieramente el mencionado soldado, adelantándose hacia su jefe cual si quisiera poner por obra lo que decía.

—¡Y con todo, os veo temblar como mujerzuelas!... murmuró desdeñosamente el jefe. Ea; continuó, busquemos otra vez á los fugitivos; burlemos su astucia, y veréis como son de carne y hueso como nosotros.

Los soldados, bien que de muy mala gana, obedecieron á su jefe, y volvieron á recorrer escrupulosamente el terreno, las matas, y hasta las hojas del espigado trigo; pero como la primera vez, nada encontraron.

—¡Son fantasmas que juguetean con nosotros como si fuéramos unas muñecas!...

—Yo no sé habérmelas sino con gentes de carne y hueso.

—Yo monto mi caballo y me vuelvo á todo correr.

—Si Heródes quiere que nos las hayamos con enemigos invisibles, y le defendamos de ellos, que se fastidie.

El jefe oyendo á sus soldados, y admirado realmente de lo que le estaba sucediendo con los santos Viajeros, iba á hablar; pero sus subordinados no dejaron que lo hiciera, pues sin esperar sus órdenes, montaron en sus caballos, hundiéronles las espuelas en los hijares, y deshaciendo el camino recorrido poco ántes, gritaron:

—Anda, búscalos tú, y si los encuentras ya nos dirás más tarde lo que ha sido.

El jefe maldiciendo la insubordinacion de los soldados, y prometiéndose castigarlos por ella si le era posible hacerlo individualmente, mohino, despechado, rabiando, puso el caballo al paso y anduvo detras de los que huían á todo escape, cual si les persiguiera un ejército de fieros é implacables enemigos.

Cuando estuvieron en la cumbre de la montaña, volviéronse para mirar la falda, y vieron á los sagrados Viajeros al pié del terebinto, acariciando el Niño, y dando gracias al Señor por haberles librado de un modo tan milagroso del furor de sus enemigos.

—¿Los véis? gritó el jefe lleno de coraje, mostrando la sagrada Familia á los soldados.

—Sí, sí; son fantasmas que quieren burlarse de nosotros.

—Son gentes avisadas que se están mofando de vuestra cobardía.

—Pues bien; anda y degüéllalos, miéntras te esperamos aquí; contestáronle en son de mofa.

Pero á pesar de todo, en vez de detenerse siguieron el camino de Gaza; y poco tardaron María y José en perderlos de vista para siempre.

Dejémosles tambien nosotros para volver á unirnos con los santos Viajeros.

Cuando los perseguidores hubieron abandonado, del modo que hemos visto, el sitio donde de una manera tan providencial y milagrosa acababa la Providencia de salvar al Hijo divino y á su Familia sagrada, el tronco corpulento del terebinto, feliz con haberles podido prestar servicio tan señalado, se abrió de nuevo para dar paso á María y á José, y luégo volvió á su estado primitivo.

El casto Esposo cayó de rodillas para dar gracias al Altísimo por la señaladísima merced que de hacerles acababa, miéntras María volaba al sitio donde depositara al Niño, confiándolo á la Providencia.

Su asombro y gratitud crecieron mucho cuando vió el cambio rapidísimo obrado en el campo; cuando vió cimbrearse gallardas y abundantes las espigas allí donde unos momentos ántes había solamente el trigo en hierba; cuando vió la tierna majestad del Cristo bajo tan verde dosel.

María cayó de rodillas adorando á Jesucristo; y las lágrimas de gratitud que saltaban de sus ojos subieron evaporadas al cielo como un incienso de gratísimo olor.

El divino Niño tendióle los bracitos, como diciéndola desear pasar á los maternales; y una sonrisa plácida vagó por los labios sagrados, llenando el alma de la Vírgen de indescriptible, dulcísima ventura.

Y puso la madre feliz un ósculo regalado en la boca de su Hijo; y faltándole palabras para dar gracias al Eterno por lo que en su favor acababa de hacer, levantó á Jesus en alto; y su alma se derramó venturosa en lágrimas de gratitud, cien veces más elocuentes que las palabras.

Y acordándose de José, corrió á él para entregarle el Niño; para que tuviera tambien la dicha de cubrirle de besos y de lágrimas de inefable ventura; para que abrazándolo tiernamente, viese en un momento desaparecer los sobresaltos, las angustias, los terrores que habían acosado su alma incomparable durante algunos días, pero muy especialmente pocos momentos ántes.

Y José ebrio de dicha lo besaba, y lo acariciaba, y lo miraba, y lo cubría de lágrimas muy suaves y dulces, y lo apretaba contra su corazon, y lo miraba con indecible amor, con regalo imponderable.

La tempestad que pocos momentos ántes se cerniera amenazadora sobre sus cabezas acababa de desvanecerse, como si fuera humo liviano, al soplo om-

nipotente de Dios; y el sol más radiante y bello que jamas habían visto los ojos de María y de José, lucía en el cielo de su vida nobilísima con los resplandores, con las claridades de la felicidad.

Con la ayuda de Dios habían logrado salvar á Jesus de las garras de sus implacables enemigos; Jesus estaba en su compañía sano y salvo, mirándolos cariñoso, amparando de ellos su mortal debilidad; y en cambio del amor que le tenían, infundiéndoles la dicha más colmada con sólo su divina presencia!...

Solamente entónces María y José se dieron cuenta de lo enorme de las angustias padecidas durante los días crueles que estaban de viaje, y en las noches tristísimas y fatigosas que se habían pasado.

Y si la sombra, que se alejaba, de aquellas angustias y fatigas levantaba en sus pechos dulce melancolía, la melancolía de los recuerdos tristes, por otra parte les llenaba de satisfaccion y contento al considerar que todo cuanto moral y físicamente habían padecido, era por amor á Jesus, era por causa á Jesus, era por dar una prueba de su fino afecto á Jesus, era por proteger la mortal debilidad de Jesus, amparada de ellos.

Y el amor de Jesus lo dulcifica todo; convierte en hermosas flores las más punzantes espinas; y en copudo y frondoso árbol, de regalada sombra y sabrosísimo fruto, la cruz más dura; y en licor de vida y regocijo eterno el amargo contenido del cáliz de las penas, de la copa de los dolores.

Sólo un pensamiento triste y doloroso venía á amargar la inefable dicha de nuestros santos Viajeros. ¡Ay! no existe ventura cabal en el mundo; la tierra es un valle de lágrimas, y para que nunca lo echemos en olvido, suele el Señor verter una gota de acibar en la copa de nuestra felicidad, gota que es tanto más amarga, cuanto más amados son de Él los seres que la beben.

María y José en medio de su ventura recordaron que Jesus, si había dejado de ser perseguido, si estaba ya á salvo del furor de sus enemigos, en cambio tenía que salir de su patria: el pueblo que eligiera para sí le ponía en la durísima alternativa de expatriarse ó morir á manos de sus perseguidores implacables.

¡Y verse obligado, para salvar la vida, á huir de una tierra que con tantas maravillas algunos siglos ántes dió al pueblo de Israel!... ¡Era Dios y no era recibido entre sus criaturas más amadas; había plantado una viña hermosísima, cuidádola con particular complacencia, y esta viña le arrojaba léjos de sí!...

¡Qué triste consideracion para María y José! ¡Ah! ¡cuán cierto es que ella sola era suficiente para amargar la ventura que gozaban sus corazones!... ¡Y cuánto más viva debía ser esta consideracion hecha desde las fronteras de la patria, teniendo á un lado el suelo natal inhospitalario, y á otro lado el suelo extranjero brindándoles con la hospitalidad; viendo que el país que dejaban era el que adoraba al verda-

dero Dios, y sin embargo, perseguía al mismo Dios humanado, y que el país en donde iban á entrar era el que adoraba el demonio en forma de ídolos, y sin embargo, recibiría y protegería á quien iba á destrozar por siempre el imperio de Satanas y el inmundo paganismo!

Esta última consideracion abrió de nuevo para sus espíritus el libro divino de los planes de la redencion, y si por una parte se entristecían, por otra se alegraban con suma alegría.

—¡Oh José! exclamó María. Mi Hijo sagrado va á tomar posesion del imperio de la idolatría. El Egipto si no es la cuna del politeismo, es por lo ménos el que le ha dado el tristísimo desarrollo que tiene; es ademas el que lo ha propagado y extendido por el mundo. Ahora me explico el por qué ha querido refugiarse en Egipto y no en países más cercanos. Si desde las orillas del Nilo Satanas ha reinado en el mundo, entrando en Egipto Jesus, tomará posesion del imperio universal; herirá la idolatría en el corazon. En adelante no habrá sino un pueblo, el pueblo de Dios por Jesucristo; no habrá sino una religion, la de Jesucristo por Dios. Va á poner la segur á la raíz: cortado el tronco caerá el árbol, y las ramas malditas que cobijaban bajo su sombra execrable casi toda la tierra, secas para siempre, serán pasto de las llamas y no volverán á retoñar.

Y cayendo de rodillas la Vírgen santísima y su amado compañero, del fondo de sus corazones daban

gracias al Cristo, pues se dignaba sacar el bien del mismo mal; pues se dignaba no desperdiciar un momento de su inestimable vida, y convertir en provecho de los hombres las persecuciones de que los mismos hombres le hacían objeto; pues se dignaba en su primera persecucion tomar para Dios posesion del mundo idolátrico.

El terebinto, bajo cuya hospitalaria copa y amiga sombra estaba pasando cuanto venimos describiendo, no bien nuestros santos Viajeros hubieron proferido esta accion de gracias, movió gallardamente sus ramas, y dejó caer sobre ellos una lluvia de olorosas flores, blancas como la nieve herida por los rayos del sol.

Y miraron cariñosamente el árbol, que despues de haberles dado en su tronco seguro albergue, les hacía los honores del triunfo, de una manera tan poética como no esperada.

Y dieron de nuevo gracias al Señor, que así les recreaba y protegía; que de tales distinciones hacíales objeto.

Entónces José dijo á su amada Esposa:

—Tiempo es ya que descansemos de nuestras fatigas, pues hace bastantes horas que andamos; y tu delicado cuerpo especialmente necesita de reposo. Pero si te parece bien, María, no nos detengamos aquí: estas tierras obedecen todavía á Heródes, y miéntras Jesus esté en Israel, la cuchilla del tirano amenaza su cabeza divina. Por fortuna la frontera está cerca. Ea; un esfuerzo más, esposa mía.

—Dices bien, José. No es bueno que permanezcamos aquí; pues si el Señor, cuando hemos hecho por su Hijo todo lo posible, ha salido en su defensa y nos ha protegido, se irritaría con razon contra nosotros si dejáramos de poner por nuestra parte cuanto en adelante nos sea dable por secundar los planes de su Providencia.

—Sí, sí; es muy cierto. Dios quiere que el hombre se ponga en condiciones de merecer la divina proteccion, haciendo todo lo que está en su mano. Entónces es cuando el Señor con su omnipotencia suple, áun con milagros como los que acabamos de ver, lo que al hombre ó á sus fuerzas falta.

Y dicho esto siguieron el camino de la expatriacion sin proferir una palabra, con paso fatigado como el del viajero que, habiendo hecho una larga jornada, toma asiento por unos instantes, y al levantarse, como los miembros se le han enfriado, camina con más dificultad, y se le hace más sensible el cansancio, y más largo lo que le queda por andar.

Pero al fin llegaron á la línea de division. Allí acababa la tierra de Israel; allí comenzaba la tierra extranjera.

Los santos Viajeros se postraron de rodillas, mirando tristemente la tierra que abandonaban.

Una lágrima brilló en sus bondadosos ojos, y un suspiro tristísimo subió de su corazon á sus labios.

—¡Oh Israel, oh tierra amada! dijo José con la voz conmovida: por los dolores que apenan el corazon

tierno de mi esposa, el Señor te haga feliz. Es lo que te desea el expatriado que va á abandonarte, tal vez por mucho tiempo.

María á su vez bendijo con su Hijo adorado la tierra natal, y con voz triste y resignada balbuceó:

—El Señor no te tome en cuenta el crímen de que te haces reo, pueblo elegido, y derrame sobre tí, en la persona del Cristo, las gracias y misericordias que arrojas de tí obligando á tu Redentor á expatriarse.

Luégo besaron la tierra de la patria que iban á abandonar, diciendo:

—Ángeles del Altísimo, decidle á Israel que los pobres expatriados le bendicen; que los pobres expatriados suspiran por la hora en la cual les será dado volver al suelo natal; que los pobres expatriados pensarán en su nacion para rogar por ella al Señor.

Y se levantaron para volverse hacia la tierra extranjera, cuyo suelo besaron tambien.

—Bendita seas tú del Señor, tierra hospitalaria; dijeron; que ofreces un asilo seguro al Redentor del mundo, perseguido de muerte ya en su infancia. El Altísimo recompense tu hospitalidad abriendo tus ojos á la luz, y las puertas de la eterna gloria para tus hijos.

Despues se levantaron y pusieron el pié en la tierra extranjera.

Y silenciosos, meditabundos, ahògando los suspiros de su pecho, siguieron adelante, volviéndose de vez en cuando para mirar la patria amada, cuyas

agrestes montañas aparecían á lo léjos sumergidas en un claro oscuro, como los ojos inundados de lágrimas.

CAPÍTULO VII.

Lo que pasaba en Jerusalen.

Volvamos á Jerusalen, donde nos esperan el cruel Heródes y los revoltosos hebreos, que habían merecido de Dios, en castigo de sus iniquidades y crímenes, el azote de un tal rey.

Miéntras hemos ido acompañando á los santos Viajeros hasta el país extranjero, han sucedido en Israel cosas verdaderamente terribles y dramáticas; cosas que pusieron el sello á la reputacion de cruel que Heródes tenía granjeada.

Nuestros lectores, que recordarán las pocas palabras dichas á María y á José por unos viajeros á cierta distancia de Gaza, conocen aquellas escenas en parte, mas no en todo, y hora es de enterarles sucintamente de ello, pues ya tenemos en seguro al Redentor del mundo y á sus santísimos Padres; pues ya hemos visto de qué manera el Señor, que escruta los corazones y lee en el pensamiento ántes que el hombre, ha sabido burlar los sanguinarios, los impíos propósitos de Heródes.

Bien seguro estaba el Idumeo de que no aparecería el asesino de Zacarías, pues le constaba de una

parte que había muerto, y pensaba por otra que los cómplices en aquel crímen permanecerían ocultos en el más impenetrable misterio. Cierto que el rey los conocía por sus nombres, y los veía congregados en derredor suyo cuando reunía en palacio á las notabilidades de Israel; pero á Heródes le importaba ignorarlo, y era seguro que no iba á salir de aquella ignorancia voluntaria, que así secundaba sus planes.

Por su parte el pueblo, viendo las numerosas reuniones habidas en el palacio del rey, con el objeto de descubrir á los sacrílegos asesinos, estaba de parte de Heródes y contra los fariseos y demas gente de escuela, pues habían trascendido hábilmente fuera del alcázar las sospechas, tan tenazmente insinuadas por el Idumeo en la primera reunion; cosa que hemos visto en uno de los últimos capítulos del libro segundo.

Esto mortificaba mucho á los notables de Israel, pero singularmente á los fariseos, tan hinchados con su orgullo; esto tenía á los próceres de la nacion, no sólo irritados en gran manera por lo que su fama padecía, sino tambien intranquilos y temerosos de su suerte, pues no era Heródes hombre que anduviese en contemplaciones, ni hiciera gran caso de los escrúpulos.

Matías, por su parte, buscaba á Sadoc, y éste, por la suya, ponía con éxito todos los medios de no ser hallado.

El Sanhedrin multiplicaba sus reuniones, llamaba

ante sí á los sacerdotes, indagaba cuidadosamente; y los días se pasaban, y los criminales no parecían, y el crímen continuaba envuelto en impenetrable misterio, y el pueblo murmuraba, y Heródes hacíase el irritado, acentuando cada vez sus amenazas.

En la última reunion habida, cuando el presidente del Sanhedrin le enteró, con no poca angustia, de lo infructuosos que habían sido los trabajos del tribunal, el Idumeo dijo:

—El Sanhedrin se declara impotente para encontrar á los criminales, y esto, señores, es en sumo grado sospechoso. Pero ya que vosotros no podéis dar en la pista de los sacrílegos; pero ya, señores, que ni la religion profanada, ni vuestra honra comprometida, y un sí es, no es tiznada por las sospechas, no os mueven, quedáis relevados de vuestro oficio; veremos si yo soy más afortunado. El asunto desde ahora corre de mi cargo. Podéis retiraros ya, y decirle á Israel que encargado el rey de descubrir á los criminales, lo ha hecho cuestion de honra, y le cumplirá la palabra empeñada.

—Todos estaremos á vuestro lado para el esclarecimiento del crímen; dijo un fariseo, queriendo desasirse de la acusacion que hábilmente les hacía Heródes de complicidad en el asesinato de Zacarías.

—Hacer otra cosa sería declararse criminales; contestó friamente el rey. Por este motivo deseo teneros á mi lado, y quiero veros á todos dispuestos á acudir en el acto á mi llamamiento.

Aquel día corrió en Jerusalen la voz de que Heródes, viendo lo infructuoso de los esfuerzos del Sanhedrin por descubrir al asesino de Zacarías, y poner en claro el secreto de la muerte de Simeon y Ana, había relevado al tribunal de Israel de su oficio, encargándose en persona de indagar lo que hasta entónces permaneciera en el más impenetrable misterio. Al mismo tiempo corrían tambien de boca en boca las palabras que dirigiera con tal motivo á los próceres de la nacion; y el pueblo, que estaba muy irritado, como hemos visto, aplaudía la decision y la firmeza del rey.

—Ya veréis como no tardan en aparecer los culpables; se decía en Jerusalen.

—Posible es que caigan tambien algunos inocentes; añadían otros; pero es seguro que caerán tambien los criminales. En esta circunstancia quien de buen israelita se precie debe ponerse del lado del Idumeo.

—Hora era ya que los fariseos, sadduceos, escribas y demas pandillas que nos tienen divididos, se encontraran con la horma de su zapato. Las sospechas de Heródes tienen mucho de fundado.

—Y como los criminales están entre ellos, por eso ellos no los han sabido descubrir, pues no les conviene.

Así se hablaba en Jerusalen: tal era el espíritu y la disposicion del ánimo de la ciudad en lo que Jerusalen tenía de sencillo, en lo que Jerusalen tenía de buenas gentes.

Por su parte, los que caían bajo las amenazas de Heródes temblaban, como tiembla el zorro cuando ha caído en el lazo dispuesto hábilmente por el cazador.

—El Idumeo va á ensañarse en nosotros de una manera implacable; decían unos.

—Sí; es un tigre ávido de sangre y la derramará en abundancia.

—Escondámonos; huyamos á las montañas; exclamaban algunos.

—Es imposible. Heródes nos hace vigilar cuidadosamente, y todos nuestros pasos son espiados. El que salga de Jerusalen será para caer más pronto en sus manos; será para ser condenado á muerte por criminal.

—En efecto; huir es declararse cómplice; mas tambien es salvar la vida.

—Pero no puede ser lo segundo, y sería lo primero irremisiblemente.

Y andaban taciturnos, inquietos, mohinos por la ciudad. Ya no explicaban en las sinagogas; ya no hablaban animados en el atrio de los gentiles del templo; ya no se congregaban en las plazas públicas; ya no demostraban el orgullo irritante, la insoportable soberbia que solían; ya no sacudían con desprecio las pulcras vestiduras cuando rozaban con los andrajos del mendigo, ó con las humildes ropas de los pobres. Vagaban por Jerusalen pálidos, intranquilos, azorados, nos atreveremos á decir agonizantes... y su modo de presentarse, su cambio tan brusco

como inusitado aumentaba las sospechas del pueblo, el cual, sin duda por desquitarse de los desprecios que le habían hecho sufrir, se complacía en aquella postracion, en aquella congoja, en aquella especie de agonía; se gozaba en señalarles sin rebozo con el dedo, para decirse luégo unas palabras al oído. El significado de aquellas palabras era fácil de adivinar, y á nadie se le ocultaba; el significado de aquellas palabras, dichas al oído, era un tormento imponderable para los que eran objeto de ellas.

Verdaderamente Heródes había hecho muchas hazañas crueles en su vida; pero ninguna como aquella. Los próceres altivos de la nacion; aquellas hinchadas ranas cuya cabeza orgullosa nadie había logrado abatir, padecían por entónces los tormentos del infierno. Dios lo permitía así, y Dios es siempre justo; y Dios es el Señor que se complace en humillar á los soberbios hundiéndolos en el cieno, y en exaltar á los humildes levantándolos del polvo hasta la gloria imperecedera.

Nada de cuanto sucedía en Jerusalen se le ocultaba á Heródes, y como los corazones crueles gozan en los tormentos de los demas, se solazaba mucho al pensar cuánto padecerían moral y hasta físicamente aquellos que tuvieran la audacia de levantarse contra él, y de acumular sobre su cabeza coronada nubes amenazadoras, preñadas de rayos y animadas del espíritu de la destruccion.

Y queriendo prolongar aquel martirio, encerrábase

en una reserva casi absoluta, miéntras sus agentes se movían, indagando, inquiriendo, preguntando, examinando por la ciudad, y no recatándose nunca de hacerlo, pues así le convenía al cruel monarca.

Miéntras tanto, los trabajos sediciosos é insensatos de Sadoc adelantaban con rapidez, con la precipitacion, con el impulso que á sus obras da, vigoroso sí, pero imprudente, la juventud.

El núcleo de sus fuerzas tenía ya alguna importancia en Jerusalen; pero se circunscribía á la ciudad. Ya hemos visto que el jóven fariseo lo esperaba todo del pueblo oprimido, de la nacion irritada; ya hemos visto que sólo buscaba resistir al primer choque de las fuerzas de Heródes, pensando que la nacion le secundaría en el momento, merced á los trabajos preparatorios de la conspiracion urdida por Marghaloti.

Sobre si pensaba bien ó mal, el tiempo lo dirá; pero de todos modos hay que convenir en que si la idea era descabellada, las circunstancias podían favorecerla mucho, á pesar de ser el momento mal escogido, dada la irritacion de Israel por la misteriosa muerte de Zacarías.

Con todo, por secretos que llevara Sadoc sus trabajos, ellos trascendieron más allá del círculo que se proponía. ¡Es tan difícil mantener oculto un propósito que se basa en el entusiasmo, cuando entran en él algunos centenares de jóvenes! ¡Es tan fácil una indiscrecion cuando son tantos los que participan del secreto!

Por otra parte, hemos dicho ya que Heródes tenía minada la ciudad; hemos dicho ya que muchos se fingían buenos y hasta ardorosos israelitas, cuando eran sólo traidores herodianos; hemos dicho ya que Heródes tenía perfectamente montada lo que llamamos policía secreta, cosa de primera necesidad para todo tirano. Y era tan fácil que por lo ménos uno de los herodianos ocultos entrara en el secreto de la conspiracion de Sadoc, burlando la vigilancia del jóven fariseo, y la experiencia de que presumía sin motivo!...

Y así fué.

Heródes no tardó en tener noticia de la nueva conspiracion, bien que sin conocer quién era el que la dirigía, gracias á la organizacion dada por Sadoc á su audaz proyecto; organizacion que, como hemos visto, sólo permitía que el nuevo reclutado conociese al que le conquistara para el alzamiento. Por la misma razon, tampoco conoció Heródes las fuerzas con que contaban y los elementos de los revoltosos, cosa que le llenó de ira, y hasta le dió no poca inquietud; porque siempre lo misterioso, porque siempre lo desconocido que amenaza toma colosales proporciones en la imaginacion del hombre, y sobre todo en la de los tiranos y de cuantos tienen intranquila la conciencia.

—¿Será Marghaloti, que temeroso quiere jugar el todo por el todo? ¿Serán los próceres de la nacion dirigidos por el fariseo, que viendo mi espada blan-

dir sobre sus cabezas, por un esfuerzo desesperado intentan dirigirla contra mí?

No dudando que la explosion de los trabajos sediciosos iba á tener pronto efecto, dió el alerta á las tropas, y sin que nadie se apercibiera, la fortaleza Antonia, que dominaba el templo, y por tanto la ciudad, se puso en pié de guerra, y los soldados que la guarnecían estaban dispuestos á cualquier evento.

No satisfecho aún, y pensando Heródes que si la rebelion procedía de los próceres amenazados por él, iba á perder toda la fuerza si perdía la direccion, pensó ser ya oportuno caer sobre la presa por tanto tiempo atisbada; y al día siguiente al en que se encargara de descubrir á los asesinos de Zacarías, hizo hábilmente que circulara por la ciudad la noticia de que el rey tenía en la mano, no ya sospechas, sino casi certezas sobre quiénes eran los sacrílegos criminales.

Y los fariseos, y los sadduceos, y los escribas, y los príncipes fueron mirados por el pueblo con mortificante curiosidad; miéntras se pedía que Heródes publicara el estado de sus trabajos indagatorios.

Así las cosas, y llegada la noche, cuando Jerusalen descansaba en paz algunos soldados llegáronse sigilosamente á las casas de los principales rabinos, sacerdotes y descendientes de David, y en nombre del rey los condujeron presos al circo, donde de vez en cuando daba el Idumeo funciones como en los circos romanos, sin cuidarse en poco ni en mucho de

que tales diversiones estaban prohibidas por la ley de Dios, y eran un grave escándalo para los buenos y los sencillos en Israel.

En el circo, pues, fueron encerrados la mayoría de los que habían asistido á las reuniones de palacio; y entre ellos abundaban los descendientes de David. Se hubiera dicho que el cruel monarca quería acabar con la gloriosa raza, esperanza de la nacion, pues en ella estaban vinculadas las promesas de Dios.

El terror y el espanto se pintaban en todos los rostros; helaban la sangre en las venas de los presos; paralizaban los latidos de sus corazones. Desde aquel momento no les cabía duda ya sobre la suerte que les esperaba, y la agonía de sus pechos era igual á la del reo en capilla, desesperado y sin los consuelos de la religion.

Matías Marghaloti estaba allí tambien, como es de suponer, pues no había de perdonarlo Heródes; y abatido á veces con el abatimiento de los últimos momentos; y otras exaltado, furioso, como si le diera un acceso de hidrofobia, recibía las quejas, las recriminaciones, los apóstrofes, las amenazas, las maldiciones de todos los encerrados allí que para ponerse de acuerdo con él vinieran á Jerusalen.

El circo parecía una gran jaula en donde estuvieran en confusa mezcla numerosas fieras, luchando desesperadas con los hierros que las tenían reducidas á su mortal recinto.

Al despertar, Jerusalen quedó sorprendida, sin sa-

ber si aplaudir ó si irritarse en vista del paso dado por el rey. El pueblo deseaba que Heródes castigase severamente á los asesinos y profanadores; pero al pensar en la suerte que probablemente cabría á los encerrados en el circo, se irritaba á veces y mugía amenazador como huracan que se aproxima, y otras veces contentábase con lamentarse de la decision del rey, en la que se traslucían sus instintos sanguinarios.

—¡No es posible que todos sean culpables! decían muchos.

—Pero entre ellos están los culpables seguramente; indicaban algunos.

—Es una iniquidad dejar á la nacion sin príncipes: bueno que mueran vilmente los criminales; pero que se respete á los inocentes... Esto no es justicia, sino venganza.

—Pero ¿quién sabe los intentos de Heródes? Es posible que los haya encerrado en el circo para intimidarlos y obligarlos á declarar quiénes son los culpables; decían algunos.

—¡Bah! la cabra tira al monte. Mal año para el que había creído en la lenidad del Idumeo.

—Esto ès una ignominia y un gran dolor para Israel. La fiera coronada diezma nuestro pueblo como si fuera una manada de corderos; murmuraban por lo bajo los partidarios de Sadoc.

Y entónces se oía la palabra venganza, como se oye el lejano trueno de la tempestad que se acerca amenazando.

Aquella noche Jerusalen estaba agitada, intranquila; bullía como las aguas del mar cuando amenazan tormenta, y se percibían ciertos movimientos sospechosos, ciertas idas y venidas de mal agüero.

Como esto no podía ocultársele al monarca, dispuso que con el mayor sigilo se aumentaran las fuerzas que custodiaban el circo, y que las guarniciones de la torre Antonia, y de las demas fortalezas de la ciudad estuvieran prontas á caer sobre los revoltosos á la primera señal.

—¿Quién sabe el carácter y las proporciones que la insurreccion puede tomar? preguntábase al rey. Es una tempestad formada de improviso, y no puedo por lo mismo conocer su fuerza. Aquí puede concluir mi dominacion, cediendo al brusco empuje de una fuerza desconocida; pero pueden concluir tambien todas las esperanzas de este pueblo inquieto y malvado... Por lo que á mí toca, lucharé con desesperacion, y si he de sucumbir, á mi muerte seguirá un duelo universal en la tierra de Judá. Conmigo morirán todas sus esperanzas en el Mesías; acabarán para siempre todos sus ensueños de independencia. Obremos, y hagámoslo sin dilacion, sin piedad.

Y tomó un pedazo de papiro, en el cual escribió de su propio puño unas líneas. Cerrólo, púsole el sello de su anillo real, y con una especie de fiebre del infierno llamó á uno de sus ayudantes.

—Esta órden ha de llegar en pocos momentos á

Belen, y ser entregada esta misma noche á quien va dirigida.

—Lo será; contestó el ayudante.

—No me fío de un soldado cualquiera; eres tú el que debes ir, pero saliendo de Jerusalen sin llamar la atencion. Una vez fuera de las puertas de la ciudad, no quiero que camines, sino que vueles.

—Las fortalezas tendrán levantados los puentes en Belen, señor.

—Los puentes se bajarán al oir el nombre del rey, para darte paso.

A una señal de Heródes el ayudante salió, y pocos momentos despues un caballo á todo escape salía de la ciudad en direccion á Belen. Parecía que el viento lo llevaba; y con todo el jinete no se daba por satisfecho de tanta velocidad, y hundía seguidamente las espuelas en los hijares del noble bruto, el cual apénas pisaba la tierra.

Cosa de media hora despues el caballo se detenía delante de una de las fortalezas de Belen.

El puente levadizo estaba levantado, pero se bajó, luégo de oido el nombre del rey, cual si obedeciese á una consigna dada de antemano, y por mucho tiempo esperada.

Entró el ayudante en la fortaleza, puso el pliego de papiro en manos del que lo esperaba allí hacía ya algunos dias, y montó otra vez para regresar á Jerusalen con la misma rapidez.

El caballo estaba reventado, pero el Idumeo servido.

Cuando algunos momentos despues el ayudante se presentó á Heródes, éste, montando en cólera, pues pensaba que aún no había salido de Jerusalen, le increpó duramente; mas hubo de colmarle de elogios y prometerle no sé qué recompensas, apénas supo que no sólo había salido para Belen, sino que estaba ya de vuelta.

—Si no conociera tu fidelidad, y si el desórden con que llegas no me confirmara tus palabras, no te creería. ¡Oh! con hombres como tú el trono de Heródes será eterno.

Luégo quedó pensativo durante algunos momentos. Despues dijo:

—Llégate al circo, y díle al jefe de las fuerzas que custodian los presos que se venga. Es preciso no llamar la atencion del pueblo. Si posible es, quiero que Jerusalen piense que duermo, y que duermen tambien los que velan por Heródes y con Heródes.

El ayudante salió, y algun tiempo despues entraba en el estrado del Idumeo el jefe de las fuerzas del circo, para recibir las órdenes que su señor tuviera á bien comunicarle.

—Ya sabes que Jerusalen hierve, y por tanto es fácil la explosion de alguna asonada.

—Todo se reducirá á que algunos descontentos morderán el polvo, obligados por las lanzas de los soldados.

—¿Estás positivamente cierto de la fidelidad de los que mandas?



—Segurísimo. ¿Qué más quieren sino matanza y pillaje? Les divierte mucho; es para ellos una fiesta habérselas con los judíos. Al fin y al cabo hay poco riesgo y mucha sangre.

—De manera que si en el circo os vieseis atacados... ¿qué haríais?

—La mitad de mi gente acabaría con los de dentro, y la otra mitad degollaría sin compasion á los de fuera.

—Veo que me has entendido; dijo Heródes no pudiendo contener una sonrisa de complacencia.

—Yo te entiendo siempre; contestó el bárbaro jefe con salvaje franqueza. Mira qué más me mandas.

—Nada más, sino que seas prudente. No atentéis contra los presos si no os véis atacados por fuerzas importantes.

—Esto sí que no me atrevo á prometértelo. ¿Quién contiene á mis valientes si hay alguna agresion?

—Es preciso que los contengas tú si la agresion no es importante. Esto mando.

—Entónces ponte tú al frente de mis bravos. Yo no respondo de ellos. ¡Cuidado si son fieros, cuando pueden coger, aunque sea por los cabellos, la ocasion de hacer su oficio en los judíos!...

Heródes volvió á sonreirse. Es que no podía; es que no sabía enfadarse con aquellos bárbaros. Los soldados eran dignos del monarca, y éste así lo comprendía. Tal vez, á pesar de ser tan fiero, los temía. De todos modos, ellos eran el apoyo más firme de su

trono, y por esta causa algunos respetos debían merecerle.

El Idumeo volvió á encarecer la prudencia al jefe de las fuerzas del circo, y seguro de que no habría piedad para los presos, le despidió con una satisfaccion que no pudo ó no quiso ocultar.

Cuando estuvo fuera el soldado, y Heródes quedó solo, se dijo:

—Ahora que estalle cuando quiera la sedicion; y bien triunfe ella, lo que no espero, bien triunfe yo, la cosa va á costarle muchas lágrimas y gemidos al rebelde Israel. Por de pronto, esta noche acabarán los días del chiquillo, y por si se le ocurre á Jehová hacerles nacer otro, yo le pondré en la apretura de renunciar á su empeño, para el caso que, como dicen, haya el Cristo de nacer de la descendencia de David. Si triunfo, este acto de energía me dejará en paz tal vez para el resto de mis días; si soy vencido, tendré el consuelo de ver como llora toda la nacion en el momento de mi muerte. Que no me llorará á mí, esto es fijo; mas no me importa. Me basta que llore, y que esto sea de veras.

CAPÍTULO VIII.

Las primicias de los mártires.

El jefe que Heródes había enviado á Belen, para que en su día llevara á cabo una de las hazañas más

bárbaras y crueles que la historia registra, esperaba sin impaciencia, pero resuelto á ejecutar los mandatos del Idumeo al pié de la letra. Era bien conocido del rey, y por este motivo lo eligiera entre los bárbaros que sostenían su trono.

Cuando recibió el pliego que un ayudante le trajo de Jerusalen, apresuróse á leerlo, y una sonrisa de fiera complacencia vagó por sus labios, al mismo tiempo que salían de ellos estas palabras:

—Por la madre Vénus que la batalla ha de ser muy divertida!

—¿Una batalla? preguntáronle sus compañeros con vivo interes, porque para ellos, como sabemos, eran de fiesta y regocijo los días en los cuales había una accion de guerra.

—Sí, una batalla tremenda; una batalla que las historias no registran otra igual, ni parecida. Figuráos...

—¿Qué? preguntaron con interes creciente los allí congregados.

—Figuráos que todos los enemigos que se nos pondrán delante han de caer pasados al filo de la espada; y para que la fiesta sea completa, en ella ninguno de nosotros ha de recibir el más ligero rasguño; todos saldremos incólumes, sin fatiga y muy divertidos... Vamos; Heródes tiene á veces ocurrencias capaces de desternillar de risa al mismo monte Líbano.

—Pero dí; ¿en qué consiste esa batalla? Habla; nos tienes impacientes.

—Figuráos sencillamente que los enemigos son... ¡pero bah! ¿á qué no lo adivináis?

El jefe de la confianza de Heródes no pudo contener su hilaridad, y soltó una carcajada con toda la fuerza de sus pulmones; con toda la alegría de su corazon, sediento de sangre.

Sus compañeros perdían ya la paciencia, virtud en la cual no se distinguían por cierto, y con tono malhumorado volvieron á preguntarle en qué consistía la batalla en cuestion.

El mal humor de sus colegas aumentaba la alegría de nuestro hombre, quien continuaba riendo á mandíbula batiente y oprimiéndose los hijares con entrambas manos.

—Tomad; les dijo al fin; enteráos por vosotros mismos de la peregrina ocurrencia del rey.

Y les tiró el pedazo de papiro, miéntras seguía riendo cada vez con más gusto, porque cada vez se le presentaba más viva, más alegre, con colores más subidos lo que llamaba «peregrina ocurrencia del rey.»

Uno de los jefes allí presentes, que sabía leer, cosa poco comun entre aquellos bárbaros, recogió el papiro del suelo, y leyó para sí lo que en él venía escrito. Y tambien participó de la hilaridad de su compañero, quien le dijo:

—¿No es cierto que la ocurrencia es peregrina, y que la batalla será tremenda?

—Pero en fin; dijeron los demas; ¿no podremos saber en qué consiste?

—Figuráos lo más singular que os podéis imaginar; figuráos que Heródes os manda acuchillar á un rebaño de corderos, y aún no os figuraréis nada.

—Os estáis burlando de nosotros, y es hora ya de que la broma termine; replicaron algunos, de muy mal humor.

—Nada ménos que eso; os decimos la verdad. Los corderos, por lo ménos, intentarían huir; pero del ejército sobre el cual vamos á caer, no huirá ninguno. Nos esperará tranquilo, presentándonos el cuello para que hagamos de sus cuerpos vainas de nuestras espadas.

—Sepamos al fin en qué consiste la cosa; dijo un malhumorado, arrancando el papiro de las manos del que lo tenía, y leyendo lo que les mandaba Heródes, concebido en estos términos:

«Cuando todo esté perfectamente tranquilo esta noche en la ciudad de Belen, toma los soldados que creas necesarios, y sin piedad, sin exceptuar á nadie absolutamente, sin dejarte vencer de ruegos, ni de lágrimas, degollarás á todos los niños menores de dos años en la ciudad y toda su comarca. Me importa que mueran todos sin excepcion de clases. Toma las providencias, pues, que creas oportunas, para que no se libre ni escape uno solo, y en ello prestarás á mi corona un servicio importantísimo. Mañana vendrás á darme cuenta de la exactitud con que hayas llevado á cabo esta mi órden.—Heródes.»

—¿Lo estáis viendo? ¡La batalla será tremebunda!

dijo el bárbaro que mereciera esta terrible confianza de parte del Idumeo, soltando otra vez la carcajada, con mayor fuerza que ántes si cabe.

Aquella órden inicua, inaudita, repugnante, inverosímil, no en todos los allí congregados hizo el mismo efecto; así es que miéntras unos se reían como el satélite de Heródes, otros se miraban sorprendidos, no ocultando la repugnancia que les causaba, y hasta la irritacion.

—¿Por quiénes nos ha tomado el rey? se preguntaban éstos con enojo.

—¡La ocurrencia es realmente peregrina! decían los que se reían á mandíbula batiente. En verdad que en esa batalla no peligran nuestras vidas; en verdad que sólo correrá la sangre del ejército enemigo.

—Esto es una bofetada dada al ejército. Ántes que obedecer esa órden romperé mi espada; exclamaba uno.

—Y yo tambien; contestaron otros á coro. Que nos ponga el rey delante de un ejército diez veces mayor que nosotros y marcharemos contra él; pero confiarnos el papel de sicarios viles; pero enviarnos contra unos niños inocentes, esto no lo haremos nunca.

—¿Cómo se entiende? gritó formalizándose el hombre de confianza del Idumeo.

—Así como se dice; contestáronle con fiereza y arrogante altanería los increpados. Nos hemos puesto á sueldo para el oficio de soldados; pero nadie puede

obligarnos á hacer el de asesinos. Si Heródes tiene el capricho de degollar á unos inocentes niños, que á nadie le han hecho mal, que se valga de sicarios y no de nosotros.

—Obedeceréis si os lo mando en nombre del rey; dijo con altanería el nombrado jefe para aquella hazaña.

—Ni áun cuando nos lo mandes en nombre de Baco; le respondieron enérgicamente sus contrincantes.

Y para probarle cuán dispuestos estaban á hacer lo que decían, se salieron de la habitacion sin más ceremonias.

El satélite de Heródes quedó acompañado de algunos tan fieros como él, á quienes dijo:

—Extraña resistencia es la de esos señores escrupulosos, y no he pretendido extremar la presion, porque opino que para nada los necesitamos. ¿Vosotros con la gente que comandáis obedeceréis á las órdenes del rey?

—Sí; la fiesta ha de divertirnos sobremanera, y la inaccion en que están nuestras espadas de algun tiempo á esta parte las tiene muertas de fastidio. Hora es que salgan de la vaina, sea para lo que fuere.

—Entónces demos gusto al rey, y hagámoslo sin dilaciones. Reunid las fuerzas que mandáis en la plaza de la fortaleza. Una vez reunidas las daré las oportunas instrucciones.

Poco tiempo despues, un númerô considerable de

soldados de fiera catadura, formados en la plaza de armas de la fortaleza, esperaban la órden de partir, y oliendo sangre se frotaban las manos de gusto.

El satélite de Heródes se les presentó para leerles á la luz de una linterna la inicua órden del rey; órden que llenó de regocijo sus duros corazones; órden que les prometía una fiesta espléndida.

A ninguno de los soldados le repugnó la órden; todos la aplaudieron con mayor entusiasmo que no hubieran aplaudido una fiesta de Vénus ó de Baco.

Y despues de habérseles encarecido que no se dejaran vencer por ruegos, lágrimas, promesas, ni dádivas; despues de habérseles dicho que degollaran despiadadamente al hijo del pobre y del rico, sin excepcion alguna; despues de habérseles encargado que no movieran alboroto hasta que las salidas de la ciudad estuvieran cuidadosamente tomadas, bajóse el puente de la fortaleza, y los sicarios que el Idumeo enviaba contra las víctimas más inocentes, salieron sin proferir una palabra; conteniendo en el pecho á duras penas el regocijo de sus impíos corazones.

Y se tomaron ante todo las salidas de Belen, por pequeñas que fueran, como en la caza de ojeo se toman todos los puntos por donde la res puede venir. Entónces el resto de aquellos malvados se dividió entre sí la ciudad, é invadió las casas, obligando á los confiados vecinos á dejar el lecho para franquearles la puerta.

Belen estaba intranquila, como hemos sabido por

el Patriarca José, pues la reserva de Heródes y cuanto acontecía en la capital de Judea, teníala alborotada, llena de espanto, presa de la zozobra. Y al ver á los bárbaros soldados llamar tan á deshora y con tanto orgullo á las puertas, por lo que ménos temieron los vecinos fué por la vida de aquellos á quienes buscaban los sicarios.

¿Quién había de esperar; quién había de imaginar siquiera tanta crueldad? ¿Quién había de pensar que Heródes no perdonaría al niño tierno, que sonriendo á los ángeles sus hermanos, dormía descansadamente en la cuna, ó en los brazos regalados de su madre? ¿Qué tenía que temer el Idumeo de las tiernas criaturas, para que los padres pensaran ni un momento en ponerlas á salvo?

Así es, que miéntras los hombres intranquilos se escondían, y las mujeres ó los ancianos azorados iban á abrir las puertas para que entraran los soldados en las casas, los niños sin darse cuenta del sobresalto de sus familias, sonreían en regalado sueño á los ángeles sus hermanos.

Y los ángeles, que bajaran del cielo para recibir sus espíritus inocentes, y presentarlos con la palma del martirio al Padre Eterno, como primicias de los mártires de Cristo, por cuya causa eran perseguidos é iban á morir; los ángeles, decimos, les volvían sonrisa por sonrisa; y los abrazaban con abrazo tierno; y les besaban con el ósculo fraternal; y se complacían en decirles sus hermanitos.

Los soldados entraban en las casas con el despotismo irritante que les es peculiar en ocasiones análogas; y el sobresalto de las azoradas gentes apénas les permitía preguntarles por la causa de aquel atropello.

No intentamos describir aquí las escenas que tuvieron lugar durante aquella noche memorable, en que la tierra lloró los primeros mártires del Cristo, en que el cielo los coronó con la inmarcesible corona del triunfo; para el efecto se necesita pluma más bien cortada que la nuestra; alma que se abra á las grandes inspiraciones y á los grandes sentimientos, como la rosa al beso del sol y de las brisas del mayo.

La sorpresa de las familias fué tanto más terrible cuanto más inesperado el golpe que las hería; y el dolor y los lamentos de las madres de todo punto imponderable.

Ellas, débiles y tímidas mujeres, defendían con desesperacion á sus hijos contra la furia impía de los soldados; se los disputaban con la decision, con la abnegacion, con la fuerza de su amor.

Lloraban lágrimas abundantes, gemían, suplicaban, arrastrábanse á los piés de los soldados, luchaban á veces con ellos á brazo partido, ponían su cuerpo entre la espada del sicario y el cuello de sus inocentes hijos. Algunas no viendo ya otro medio, cogíanse desesperadas del hierro asesino y destrozábanse las manos con los esfuerzos que hacían para vencer los de los soldados: caían impotentes al fin,

cubiertas de heridas y de sangre, sin haber tenido la dicha de salvar la vida á los hijos de sus entrañas.

Entónces cubrían de improperios á los soldados; invocaban sobre su cabeza y la de Heródes todas las maldiciones del cielo; todas las desgracias que le pueden venir al hombre acá en la tierra; y besaban los miembros palpitantes de sus tiernos hijos; y algunas, poco ménos que locas en fuerza del dolor, imploraban por piedad la muerte á la misma espada que la había dado á sus hijos.

Y aquella espada, por un refinamiento de crueldad, era sorda á las súplicas de la madre; y el que la manejara para un objeto tan cruel y abominable, contemplaba sonriendo fieramente el dolor y las agonías de las pobres mujeres; y aquellas agonías, aquel dolor le eran más gratos que una fiesta de Vénus y de Baco.

En aquella noche tremenda no quedó en Belen y sus cercanías un niño siquiera menor de dos años. La órden cruel del Idumeo fué ejecutada al pié de la letra. Los soldados encargados de ello eran dignos de servir á quien servían. Ejército y monarca; tal para cual.

Y tan fielmente cumplieron con la órden, que habiendo entrado en una casa donde un hijo del mismo Heródes se criaba, tambien degollaron al hijo del rey, á pesar de los esfuerzos que por salvarlo hizo la nodriza; á pesar de amenazarles con las iras reales; á pesar de decirles que para aquel niño no rezaba la

órden del Idumeo, pues era su hijo. Ninguna de estas razones bastó para salvarle la vida; tambien él, víctima de su mismo padre, fué uno de los mártires inocentes que dieron su sangre por la causa de Jesucristo.

—Sea hijo de quien fuere; le decían los soldados á la nodriza; la órden es terminante, y no está exceptuado este niño. No es el primero de los hijos de Heródes que muere á manos de su padre, y ¿quién sabe si será el último?

En aquella noche se cumplió la profecía del vate del Señor: llanto y alarido de voces doloridas se levantó desde Ramá al cielo; Raquel lloraba sus hijos desde el sepulcro y no quería consolarse, porque habían dejado de existir.

La ciudad de Belen, un tiempo tan feliz, había caído en el abatimiento del dolor más profundo. Pocas eran las familias que no lloraban á uno ó dos de sus hijos... Las flores de la cuna dejaban caer sus hojas marchitas sobre la losa de un sepulcro; á las sonrisas regaladas de la madre sucediéronse los suspiros y las lágrimas del corazon desolado por tan gran infortunio.

Y aquellas lágrimas, y aquel dolor, y aquellos gemidos y clamores subían al cielo, pidiendo venganza al Señor, como se la pidiera un día la sangre del justo Abel. Y el Altísimo, oyendo tantas voces afligidas, recibía en la copa de su inmutable justicia la sangre de los inocentes degollados, las lágrimas, los

clamores y el dolor de las madres, y derramaba aquella copa de espantosa justicia sobre la cabeza de Heródes el tirano.

Y aquella copa de justicia era de fuego para el tirano; de fuego del infierno que abrasaba su alma ya en vida, y se trocaba para su cuerpo en dolores inconcebibles, en dolores criados especialmente por Dios al objeto de castigarle en este mundo con un castigo material inaudito.

Despues que los viles sicarios hubieron dado cumplimiento á las órdenes de un rey tan digno de ellos como Heródes, embriagados por la sangre inocente vertida; sintiendo aumentar las proporciones de su crueldad y fiereza, interpretaron á su modo la frase, *Belen y sus cercanías,* y montando en veloces caballos, se extendiéron hasta las fronteras, llevando delante el terror y dejando en pos de sí el llanto y el luto en numerosas familias.

Satanas les impulsaba; Satanas los guiaba. Quería asesinar á Cristo; pero Cristo estaba defendido por el Altísimo, y ya hemos visto de qué manera hizo el cielo mascar la lengua al maldito señor del averno; al entónces rey del mundo, que presentía se le estaba escapando de las manos el imperio despótico y brutal que ejercía sobre la tierra.

Así Heródes añadió un nuevo é inaudito crímen á la larga y horrible historia de sus crímenes; pero sus intentos habían salido vanos. Dios estaba en el cielo, y el Cristo iba á redimir al mundo muriendo en la ple-

nitud de la vida, y en la plenitud de los tormentos. La muerte de los inocentes era poca para el Inocente por esencia: para su gran amor se necesitaba la última, la suprema magnitud del dolor.

Inútil es decir que el degüello de los inocentes produjo en Israel una explosion de ira y amenazas difíciles de pintar, y por lo tanto, hubiese favorecido mucho los planes de Sadoc, de tener éste un poco de paciencia; si éste no se hubiese precipitado; si el grito de rebelion se hubiera dado un día más tarde. Pero Satanas estaba por el tirano y contra el pueblo escogido; ó mejor, Dios permitía á Satanas la proteccion que daba á Heródes, porque el pueblo escogido era merecedor de severos castigos.

Y cuando la noticia del degüello de los inocentes llegó á oídos del emperador Augusto, este gentil quedóse asombrado, y con él la corte y la ciudad de Roma; mas el asombro creció de punto cuando al César y á su corte se les refirió que el Idumeo no había perdonado á su propio hijo, víctima tambien del degüello de Belen.

Entónces de los labios de Augusto salió esta frase hecha célebre:

—¡Mejor es ser puerco de Heródes que su hijo!

Y habló de esta manera, haciendo referencia á la prohibicion impuesta por el Señor á Israel de comer carne de cerdo, y de todo animal inmundo. La vida del cerdo, por lo mismo, estaba asegurada junto á Heródes, mas no la de sus hijos.

CAPÍTULO IX.

Hecatombe.

Pero volvamos á Jerusalen, donde sucesos muy importantes nos esperan, en aquel día, que bien puede llamarse por excelencia el día de la crueldad de Heródes, ya que las muchas de su vida no llegaban siquiera á ser sombra de las que nos quedan por relatar.

Ántes de asomar el alba por Oriente, el satélite, el hombre de confianza del Idumeo, enviado algunos días ántes á Belen, entraba en sus habitaciones para decirle que sus órdenes habían sido escrupulosamente ejecutadas.

Heródes no descansara en toda la noche; los momentos eran para él de una importancia suma. Iba á estallar una conjuracion cuyo alcance le era desconocido, y aquel podía muy bien ser el último día de los de su malvada existencia. ¿Quién sabe si los judíos cavaban en el cieno el sepulcro donde acaso iban á arrojar sus huesos? Se comprende, por lo mismo, que no durmiera aquella hiena coronada; se comprende que atormentado por una indecision cruel, por unas ansias y una intranquilidad sobre todo encarecimento, aquel tigre padeciera horriblemente en el cuerpo y en el alma. ¿Cómo había, pues, de pegar los ojos?

El satélite se le presentó llevando la satisfaccion de su hazaña pintada en el rostro.

—¿Qué hay? preguntó Heródes sin poner en él los ojos, que tenía inyectados en sangre.

—Vuestras órdenes han sido fielmente ejecutadas, señor.

—¿Qué órdenes? dijo el Idumeo con extrañeza.

Y ya iba á preguntar si la insurreccion había sido vencida, ó si los presos en el circo cayeran al filo de la espada, cuando puso la mirada en el hombre de su confianza, y se enteró de quién era.

—¡Ah! eres tú el de Belen. ¿Y dices que mis órdenes han sido ejecutadas?

—Fielmente, señor. Esta misma noche hemos pasado al filo de la espada á todos los niños menores de dos años de Belen y sus cercanías, como vos lo habéis dispuesto.

—¿Todos absolutamente? dijo el Idumeo con una alegría espantosa.

—Todos; absolutamente todos; contestó el satélite cón cierto embarazo.

—Observo no sé qué en tus palabras que me hace presumir que mientes.

—Léjos de ser así, me temo que el rey me reprenda por haberse cumplido sus órdenes con demasiada escrupulosidad. Pero es que ignorábamos que vos, señor, tuvieseis en Belen un hijo.

Una chispa de fuego brilló en los ojos del cruel Heródes, que hizo temblar al satélite; el cual añadió:

—Ignoraba yo que os lactasen un hijo en Belen, y los soldados no han querido dar crédito á los lamentos de la nodriza, estimándolos un hábil recurso para salvar al niño.

Heródes se encogió de hombros, y al cabo de un rato dijo:

—Han hecho bien. Yo me tengo la culpa de haber dado la órden tan terminante. Debía haberlo advertido.

Y despues de una pausa, continuó aquel corazon de fiera:

—¿Y qué efecto ha producido en Belen la degollina de los chiquillos?

—De dolor y abatimiento por una parte, hasta un límite incalculable, y por otra de ira desenfrenada, de rabiosa locura contra vos, que habéis ordenado el degüello, y contra nosotros por haberlo llevado á cabo.

—¿De modo que es de temer algun movimiento sedicioso, alguna intentona desesperada?

—De ser cierto lo que de Jerusalen me han dicho, no sería de extrañar. Ya conocéis cuán rencoroso es este pueblo.

—Pues bien; regresa á Belen, y al menor síntoma de movimiento, caes sin piedad sobre los sediciosos. Quiero ahogar con sangre esa raíz de eterna rebelion del pueblo israelita. Anda; ya conoces mis órdenes.

El satélite salió para regresar á la ciudad de David, y ponerse al frente de las tropas en ella acantonadas.

Miéntras tanto el alba comenzaba á despuntar por Oriente. Y todavía desde las almenas del templo los levitas no habían convocado el pueblo para el sacrificio de la mañana, al son clamoroso de las trompetas del santuario, y ya circulaban algunas gentes por las calles.

Bastaba verlas para saber que aquellas gentes no eran pacíficas; bastaba fijarse en sus ademanes misteriosos para decir que abrigaban un pensamiento siniestro.

Todas se dirigían hacia el templo: algunos individuos se detenían; hablábanse casi al oído, cual si se dieran una consigna, y luégo se separaban con la misma actitud amenazadora; con el mismo misterio.

Los agentes de Heródes, que no descansaban, enteraron á su señor y amo de lo que pasaba, y algunos de los que figuraban en las filas de los conjurados, pudieron darle aviso de que el grito de la rebelion se daría aquella mañana en el templo, y que la primera empresa de los sediciosos sería derribar el águila de oro, que coronaba la puerta principal de la casa del Señor.

Heródes mandó notificarlo á la guarnicion de la fortaleza Antonia, que, como hemos dicho, dominaba la suntuosa fábrica del templo, y dispuso que los soldados estuvieran prontos á caer sobre los rebeldes, tratándoles sin piedad, al primer grito sedicioso, al primer movimiento insurreccional.

Aquella mañana, á diferencia de lo que solía, no

asistió á los sacrificios y á las funciones religiosas. Hubiera sido una temeridad, que acaso hubiese pagado muy cara: prefirió quedarse en palacio y ordenar á las fuerzas que le daban guardia, compuestas de los soldados más salvajes y antipáticos al pueblo, que estuviesen dispuestos á todo evento. Para tenerlos más fieles y adictos, ordenó se les distribuyese doble sueldo, y abundante racion de pan, vino y carne.

No se necesitaba más para que los bárbaros soldados juraran caer todos ántes de permitir que un solo judío se acercara de cien pasos al real palacio.

Así las cosas, sonaron las bocinas de la oracion desde las almenas del templo, y como si Jerusalen presintiera lo que iba á suceder, concurrió en escaso número al sacrificio de la mañana. Las mujeres particularmente eran muy contadas, y no muchos más los hombres de alguna edad.

Lo que había en gran número, sí, eran jóvenes; los cuales ascenderían como á unos seis mil. Bastaba mirarlos para conocer que á todo habían ido aquel día al templo, ménos para orar.

Todos iban cuidadosamente abrigados en su ancho manto, circunstancia harto sospechosa, porque debajo del manto, tan cuidadosamente recogido, podía esconderse un arma mortífera.

Los soldados lo estaban examinando como al descuido desde lo alto de la fortaleza Antonia, y no les pasaba desapercibida la más pequeña circunstancia.

Y de tal modo vigilaban; tan suspicaces se habían vuelto, que con pasar mucho en el templo, veían, ó les parecía ver, más de lo que pasaba en realidad.

Y prevenidos así, esperaban el grito sedicioso con verdadera impaciencia.

Entre tanto terminaron los sacrificios de la mañana, y las galerías y los atrios del templo fuéron quedando desiertos, miéntras numerosa multitud de jóvenes, en amenazadores grupos, vagaba por el atrio de los gentiles, esperando impacientes la señal, y pareciéndoles horas largas los minutos que se tardaba en darla.

Por fin apareció el capitan de aquella multitud, el pensamiento de la rebelion, Sadoc, el jóven fariseo.

Como si una fuerza misteriosa les hubiese acercado, los distintos grupos no tardaron en ser uno solo, y lo que ántes era un murmullo como de agua lejana que corre, tomó las proporciones de un huracan que se acerca, anunciando la próxima tempestad.

Desde lo alto de la torre Antonia salieron algunas voces confusas, y á estas voces, parecidas á una intimacion, se contestó con un grito sedicioso, capaz de hacer retemblar sobre sus bases un trono mejor asentado que el de Heródes. Una vez dado este grito; una vez roto el dique, las aguas de la sedicion se desbordaron, y un alarido amenazador, un grito de independencia llegó desde la altura de Sion á todos los extremos de Jerusalen.

É instantáneamente todas las manos aparecieron armadas de terribles instrumentos de muerte.

—¡Muera el tirano!... Anatema al idólatra! se gritaba amenazando á los de la torre.

—Sea nuestro primer acto de independencia destruir las insignias idólatras que profanan el templo del Señor! gritó una voz, que era la de Sadoc.

—Caiga hecha polvo el águila de oro, y con ella el que ha llevado la abominacion al santuario del Dios vivo; contestaron á una los seis mil jóvenes, blandiendo amenazadores las mortíferas armas.

Algunos escalaron en un momento la suntuosa puerta, y hecha pedazos arrojaron al suelo el águila imperial. Algunas flechas certeras salieron de los arcos de los soldados apostados en las almenas de la torre, y heridos de muerte cayeron los más audaces, los que habían hecho pedazos el águila.

Aquella fué la señal de la batalla. Sadoc gritó á los suyos:

—Respetemos el templo del Altísimo; no empeñemos aquí la batalla; salgamos de este lugar venerando, y sea él nuestro refugio, nuestra fortaleza sólo en el último trance.

La voz del jefe fué obedecida. Todos los conjurados salieron del templo; todos, cual si obedecieran á una consigna que no se les había dado, se encaminaron amenazadores hacia la fortaleza Antonia, al tiempo que los soldados les salían al encuentro; pero sin desguarnecer la fortaleza, conservándola siempre

á retaguardia, teniendo cuidadosamente cubierta la retirada, porque de salir vencidos en la lucha, hubiera sido para Heródes una desgracia el que los insurrectos se apoderaran de la fortaleza.

La batalla se empeñó desesperada, viva, terrible. Por ambas partes se luchaba con una fiereza, con un ardor, con una decision indescriptibles. Comprendíase perfectamente ser aquella una lucha de muerte.

Los miembros despedazados y los cadáveres palpitantes todavía, cubrían el suelo, nadando en un charco de sangre, ya caliente, ya fría y coagulada. Los alaridos de los combatientes atronaban el espacio, y repercutiendo en las paredes marmóreas del vecino templo, llevaban el pavor á la ciudad de Jerusalen y á los montes lejanos; los ayes de los moribundos se mezclaban con esta gritería infernal, y los alaridos de las mujeres espantadas acababan por completar aquel cuadro de horror.

Muchos jerosolimitanos se juntaban á los insurrectos; otros salían presurosos de la ciudad, huyendo al campo; algunos corrían para notificar el hecho inesperado á los pueblos vecinos, con el fin de que nuevas fuerzas se unieran á las fuerzas de los patriotas.

Todo era confusion; todo respiraba muerte en Jerusalen. El cuadro pacífico del día anterior había enteramente cambiado, como cambia el aspecto del cielo en las tardes de verano, cuando una pequeña nube engrosada por los ardores del sol y las emana-

ciones de la tierra, lo cubre en un momento, y trueca la calma en deshecha tempestad.

Heródes inquieto, intranquilo, rabioso, se paseaba por las habitaciones de palacio esperando noticias de la lucha; noticias que se le daban muy de tarde en tarde, y que no eran, por cierto, de carácter para darle tranquilidad. Y maldecía á Dios, al pueblo hebreo, el día en que nació, y hasta la memoria de sus padres.

La lucha seguía encarnizada. Los huestes de Sadoc iban en aumento, como las aguas de un río engrosado por numerosos afluentes; los soldados apénas se sostenían ya, pues eran escasos en número, comparados con los que atacaban, y si no hubieran tenido la torre Antonia á retaguardia, y si no hubiesen estado tan disciplinados, ya se hubieran rendido, y Sadoc, ebrio de alegría, habría podido cantar victoria.

Pero el mismo número y la estrechez del sitio perjudicaban á los patriotas israelitas. La cumbre y las vertientes de Sion eran un campo en extremo reducido para contenerlos y dejarlos obrar ordenadamente. Por otra parte tenían en contra la falta de disciplina, la carencia de plan, el desconocimiento de la táctica militar, y de los ardides de guerra. Aquello era simplemente un sangriento motin; una avalancha de fuerza irresistible que se precipitaba: lo era todo, y no era nada, pues es necesario algo más que entusiasmo y valor para las acciones guerreras.

La lucha no se había generalizado, y como aumentaba el número de los combatientes, las dificultades eran cada vez mayores; los partidarios de Sadoc apénas si podían moverse. Por su parte los soldados flaqueaban más, y ya algunos habían penetrado en la torre Antonia; pero tornaban al combate con el valor de la desesperacion; como quien sabe hallarse en el trance de matar ó morir.

El fiero Heródes, atormentado horriblemente por los dolores físicos, y las angustias, y la ira, despedía por sus ojos rayos y sangre. Aquellos eran los ojos de un tigre rabioso.

Como el palacio no estaba léjos del campo de la lucha, sus temores eran grandes; tan grandes como los temores de un tirano que ve al pueblo bramando y victorioso con las armas en la mano. Realmente padecía tormentos lo más semejantes posible á los del infierno.

—¡Oh! si he de morir; exclamó en el acceso de su furor; ¡torrentes de la sangre más preciada de Israel ablandarán la roca en que se abra mi sepultura... Aún puedo dar á Judá un día de luto digno de mí.

Y dicho esto envió uno de su confianza al circo, con la órden de que en el momento se pasaran á degüello los numerosos detenidos en su recinto, sin que quedara con vida uno solo.

Estaba seguro de que esta órden sería fielmente ejecutada, pues conocía el carácter de los encargados de cumplirla, y la profunda aversion que tenían al pueblo hebreo.

Pero la órden tenía dos partes: la segunda consistía en que las tropas, una vez degollados los prisioneros, abandonaran el circo, y corrieran en auxilio de las que se batían en la torre Antonia.

Tambien Heródes estaba seguro de que este su segundo mandato se cumpliría, pues imaginaba la irritacion de los soldados del circo, y el deseo que tenían de matar judíos.

La órden se cumplió como el rey deseaba. Los numerosos prisioneros fueron en pocos momentos pasados al filo de la espada, sin que les valieran ni su posicion, ni sus ruegos, ni sus protestas de inocencia, ni su alcurnia, ni el ser tan estimados del pueblo israelita. Todos cayeron miserablemente, sin que quedara uno con vida. Cuando los soldados salieron del circo, sólo había en las arenas cadáveres y sangre; ningun moribundo.

Entónces abandonaron el edificio, no habiendo ya motivos para guardarlo, y con fiereza, embriagados por la sangre indefensa vertida, volaron al sitio del combate, y atacaron á los confiados é inexpertos judíos por la espalda, cogiéndolos, como ahora se dice, entre dos fuegos, y cerrándoles la retirada.

Lo que pasó allí es indescriptible, es horroroso; es la epopeya de la ira escrita con sangre humana por la muerte y la destruccion. Los partidarios de Sadoc viéndose sorprendidos de esta manera, y cortada la retirada, lucharon con desesperacion imponderable; y los soldados que les hacían frente por parte

de la torre avivaron su valor y dieron fiero empuje al ataque, miéntras de lo alto de la fortaleza caía sobre los judíos una verdadera lluvia de flechas, y piedras, y materias destructoras, sembrando por do quier la muerte, y diezmando rápidamente las acorraladas huestes hebreas.

Éstas cedieron poco á poco, no por faltarles los alientos, que como es de suponer, se los daba grandes la desesperacion, sino por empezar á faltarles el número; sino por ver que la ciudad léjos de darles el auxilio que esperaban, en vista del nuevo refuerzo recibido por las tropas, encerrábase atemorizada en sus casas.

En aquella circunstancia Sadoc pensó en su vida, y debió imaginar que era muy triste la muerte á su edad, y cuando, en su concepto, tanto podía esperar de él la patria. Es decir; pensó en el modo de escapar, en el modo de romper las filas de los soldados que atacaban por retaguardia; pensó que los héroes ántes de morir deben reservarse para su patria, á la cual prometen hechos memorables y días de gloria.

Con todo, hay que hacerle justicia; no tuvo este pensamiento hasta que vió completamente malograda la empresa. Entónces unióse con algunos jóvenes valientes, y cayendo con el empuje de la desesperacion sobre la parte más flaca de los enemigos que atacaban por retaguardia, bien que costando la vida á algunos, pudo romper el círculo de hierro, y salir de Jesusalen, guareciéndose en las montañas.

Allí meditaba sobre la empresa frustrada, que tan brillante comienzo tuviera; no se cansaba de recorrer con la memoria los hechos y las circunstancias; notaba las faltas cometidas; se persuadía no ser posible ponerse á general cuando nada se sabe de táctica militar, y que en las guerras no todo lo hace el heroismo.

En su desesperacion pensó alguna vez si se uniría con las numerosas partidas de bandoleros que infestaban la comarca, animado sólo del propósito de matar enemigos de la patria; pero al fin se dijo que aquello era un oficio vil, indigno de un buen fariseo, y resolvió ganar la frontera y expatriarse, esperando días más serenos, ó combinando nuevas aventuras; pues aunque parezca inverosímil, á pesar del terrible fracaso de la empresa, Sadoc les había cobrado aficion á las asonadas.

Pero volvamos á Jerusalen, y sobre todo á la parte alta de la ciudad, donde se continuaba la batalla.

Apénas hubo Sadoc abiértose paso por entre el muro de rabiosos enemigos que se lo cerraban, como quedaron en el campo de la lucha hombres pocos y cansados; como por ambas razones sus brazos y sus ánimos desfallecían, la batalla terminó en carnicería, pues animados los soldados, y ebrios con los vapores de la ira y de la sangre, no combatían ya, sino que degollaban, como si fueran corderos, á los israelitas.

Desde aquel momento, como se comprende, no se prolongó mucho la batalla, y bien que algunos com-

pañeros del fariseo lograron escapar, no obstante la gran mayoría de ellos perecieron, siendo pocos los prisioneros, porque ni los soldados daban cuartel, ni los vencidos lo admitían, temiendo, con hartos visos de probabilidad, la triste suerte que les esperaba. Heródes no había de detenerse, puesto ya en la pendiente de los asesinatos, por algunos más ó ménos.

Cuando la batalla hubo terminado, la parte alta de la ciudad de Jerusalen daba espanto. Los cadáveres se amontonaban unos sobre otros y la sangre corría á torrentes. Allí estaban confundidos los cuerpos de los soldados exánimes, con los de la más florida juventud de la ciudad; allí se veían miembros cortados, cadáveres en horribles posturas, hombres que al parecer habían muerto maldiciendo.

¡Cuán triste fué aquel día para la ciudad de Jerusalen! ¡Cuán horriblemente silenciosa la noche que le sucedió! ¡Cuántas maldiciones se vomitaron contra Heródes! ¡Cuántas imprecaciones se dirigieron al cielo, pidiéndole que el Idumeo muriese infamado y de mala muerte, con toda su descendencia!...

Y este estado aumentó en gran manera cuando el cruelísimo rey, satisfecho como el demonio no bien ha logrado llevar muchas almas al infierno, hizo publicar una órden en la cual se amenazaba con todo el peso de su ira á los que dieran albergue á los fugitivos; en la cual se daba á entender que quería extirpar de una vez el foco de la rebelion, persiguiendo las raicillas más tenues de ella y destruyéndolas; en

la cual se notificaba al pueblo, que estando relacionada la insurreccion vencida con los detenidos en el circo por sospechas de asesinos, ó de participacion en el asesinato de Zacarías, se había visto en el *doloroso* trance de hacerlos morir, para que los revoltosos no les dieran libertad.

Aquello fué una hecatombe inverosímil, increible, si la historia no la hubiera conservado cuidadosamente por permision de Dios, para darnos á conocer quién era Heródes y quién el pueblo que lo merecía por soberano.

Conocedora la ciudad de esta terrible noticia, que el mismo Idumeo tenía la desfachatez de comunicarle, bien que cubierta con el disfraz hipócrita de necesidad de estado, de recurso supremo, Jerusalen quedó como atontada por el dolor, y como loca por la ira; cuyas explosiones contenían el temor y la impotencia.

Había muerto lo más florido de Israel en el circo; había muerto la esperanza de la patria en la batalla; pocos eran los que no tenían que llorar uno ó más muertos de su familia; todos lloraban á sus conocidos, á sus allegados, á sus mejores amigos...

Pero no era esto todo. En aquella noche de luto y dolor, de lágrimas amargas como la mirra, é imprecaciones reconcentradas, iracundas como las de la desesperacion de Satanas, faltábale todavía una gota al vaso para que rebosara. Esta gota era el degüello de los inocentes en Belen y toda su comarca, acaecido en la noche que precediera á aquel día espantoso.

Heródes no había perdonado nada; Heródes con inaudita crueldad hiriera en un mismo día á Israel en el corazon y en la cabeza; no perdonara al inocente niño, al fogoso y entusiasta jóven, al sabio, al sacerdote, al poderoso, al anciano, al justo, al culpable, y sobre todo, á la raza de David, que en el circo había casi extinguido por completo!... ¿Es posible ver á un pueblo sumergido en mayor infortunio? No hay lágrimas más legítimas que las que Jerusalen vertía; no hay abatimiento popular más justificado que el de la hija de Sion. Heródes acababa de desangrar al pueblo.

—¿Querrá acabar con todos nosotros? se preguntaban algunos israelitas.

—¡Ojalá! respondían las mujeres con mayor valor que los hombres. Cuando ménos iríamos á juntarnos con los que amaban nuestros corazones, tronchados hoy por el maldito tirano, como troncha un campo de trigo la guadaña del segador.

Y miéntras tanto Heródes, pasada la tormenta, había vuelto á su natural estado. No estaba alegre ni triste, agitado ni tranquilo. La crueldad era el más arraigado de sus hábitos, era la cosa más natural en él; así es, que la innumerable hecatombe del día era mirada por él con una especie de indiferencia aterradora; con esa indiferencia que uno mira sus actos más habituales.

Pero si su ánimo permanecía así, su cuerpo cayera en una postracion suma. Despues de las excitaciones,

despues de las violentas emociones de las primeras horas del día, aquel cadáver putrefacto y á la vez con vida, necesariamente debía sentir por la noche los efectos: en su consecuencia los dolores que experimentaba eran verdaderamente atroces; eran inconcebibles.

Y no obstante, el estado físico de aquella naturaleza cruel, no le impedía pensar en la manera de hacer más completa la obra empezada; no le impedía tramar nuevos planes, con los cuales abatiera para siempre el árbol de la rebelion en Israel, cortándolo por la raíz.

—Las armas de mis enemigos se han vuelto contra ellos; la tempestad ha estallado en fin, pero volviéndose contra los que la habían levantado; sirviendo admirablemente mis planes. Cuando la atmósfera está cargada de emanaciones perjudiciales á la vida, se desarrolla una tormenta, y el rayo y el agua la purifican; despues queda el cielo sereno, y sólo aparecen algunas nubes que huyendo relampaguean en el lejano horizonte, hasta que lo dejan despejado. Tales son las nubes que despues de la tempestad han quedado en el cielo de esta nacion rebelde, y yo las dirijo; el rayo que brilla en ellas es fuego, y el fuego consume fácilmente los papiros, los pergaminos, y las tablas. Y en el templo existen pergaminos, tablas y papiros, que me interesa hacer desaparecer para siempre. Le es tan fácil á Júpiter tonante poner un rayo donde pone los ojos, y producir un incendio!...

Heródes se sonrió con una sonrisa terrible; con la única sonrisa que podía enviar su alma de tigre á sus labios devorados por los dolores y secos por la enfermedad.

Luégo continuó:

—El pensamiento es excelente. Ya no hay conspiradores en Israel; ya no hay una cabeza capaz de levantarse contra mí en toda la nacion; ya no quedan descendientes conocidos de David, con los cuales á cada paso se me amenazaba; ya habrá muerto el Mesías, como planta tierna que cae al golpe de la hoz; ya el terror domina en todas partes, y basta mi solo nombre para hacer temblar por mucho tiempo en Israel, no ya á los hombres, sino hasta las mismas montañas... Heródes, puedes estar satisfecho de tí y de tu suerte; pero no es prudente que te duermas sobre tus laureles: has puesto la segur á la raíz, pues corta los retoños despues de haber cortado el árbol; y no te contentes con cortar, arranca las raíces más imperceptibles, y del todo haz una hoguera: el viento esparcirá sus cenizas, y ni tú ni tus descendientes tendréis nada que temer de aquí en adelante, singularmente del Mesías. Y si el Mesías no le da fuerza á Israel, ¿quién se la dará?

Heródes sonrióse de nuevo. Su sonrisa era peor que una amenaza; estremecía como la presencia inopinada de una fiera suelta. Despues continuó de esta manera:

—Al fin el viejo chocho, como me decían los ju-

díos, les ha demostrado que viejo y tan enfermo, vale por lo ménos tanto como en los buenos días de su juventud. Al fin Heródes ha dicho á Israel que no es fácil sorprenderle; que vela siempre; que nadie le engaña; que no es posible encontrarle desprevenido; que Heródes será el mismo hasta la muerte, y que los judíos habrán de tascar el freno que tenga á bien imponerles para domar su fiereza. Pero ¿son ellos solos los culpables? Que los judíos se levanten contra mí, que me detesten, que me abominen, que intenten derribarme del puesto que ocupo, esto es natural: no pueden amar al que les aborrece con todo su corazon; al que les obliga á pasar por todas las humillaciones; al que les castiga como el domador á la fiera; pero que aquellos á quienes colmo de beneficios; aquellos á quienes distingo sobre todos los demas con particular afecto; aquellos que reciben de mi mano honores, riquezas y consideracion se vuelvan contra mí, esto sí que no se concibe, y sin embargo es una verdad; esto sí que merece un castigo severo, ejemplar. Completemos el día de nuestras venganzas; acabemos de purificar la atmósfera que respiramos, para que no vuelva á inficionarse y no nos mate.

Y acto seguido mandó que comparecieran á su presencia primero el eunuco Bagor, y despues el hermoso Caro, cortesano ántes tan querido de Heródes por su belleza, segun la historia nos cuenta. Con ellos comparecieron tambien algunos de cuya fideli-

dad sospechaba con más ó ménos fundamento, y ciertas mujeres, del número de sus esposas.

Como deseaba ante todo conocer las ramificaciones de la conspiracion; como quería no se le escapase uno siquiera de cuantos habían entrado en la conspiracion urdida contra él en palacio por Antípater; como por otra parte los planes de esta conspiracion le eran casi completamente desconocidos, pensó en obligarles á revelar el secreto, valiéndose primero de indicaciones que hacían esperar clemencia, y apelando más tarde á los fieros y crueles recursos del tormento.

Cierto que la prueba del tormento no era la más fiel; cierto que muchos inocentes se confesaban en ella culpados, prefiriendo la muerte al martirio; pero tambien es cierto que tal recurso era para Heródes un espectáculo muy animado y hasta divertido, y un medio infalible para conocer la verdad, ó cuando ménos obtener la confesion apetecida.

Una vez estuvieron aquellos palaciegos congregados en la habitacion del Idumeo, en las puertas de ella dejáronse ver las relucientes lanzas y las brillantes corazas de los guardias reales; de los soldados más fieles al tirano.

Esta aparicion inesperada heló la sangre en las venas de los palaciegos. Ni uno de ellos dejó de temblar; ni un solo rostro dejó de cubrirse de mortal palidez.

Heródes los acusó de traicion; les echó en cara sus

proyectos de regicidio; exageró las mercedes, los honores, las riquezas de que les había pródigamente colmado, y quiso dirigirse á herir sus corazones, haciéndoles presente que su amor no merecía una recompensa tan vil como la que le daban. Por fin; díjoles que todo lo sabía; que por lo que estaban viendo, conocía los nombres de los ingratos, y añadió estar dispuesto á la clemencia si por acaso confesaban su crímen, y las circunstancias en que pretendían envolverlo, no ménos que los cómplices unidos con ellos.

Juzgando algunos sinceras las palabras del Idumeo, y movidos más del miedo que de otro sentimiento, hablaron citando nombres de otras personas no presentes, y dejaron entrever la personalidad de Antípater, como base de la conspiracion, como pensamiento de los planes que se urdieran, como rueda catalina del reloj de aquel crímen infame. Otros, encerrándose en un silencio absoluto, negaron de plano y con un aplomo admirables, miéntras un número insignificante queriendo hacer méritos para más asegurar la vida, les acusaban, pero singularmente á Antípater, á Caro y á Bagor, diciendo de ellos haber sido el cebo con que se les atrajera á tomar partido contra el rey.

Apénas Heródes estuvo satisfecho, mandó comparecer á las personas citadas, no presentes, miéntras disponía que los acusados fuesen encerrados en lóbregas mazmorras, sin permitir se comunicaran con nadie, para que no se frustrasen los intentos que tenía, y el plan que persiguiendo estaba.

A sus mujeres reprendiólas ágriamente; pero como sólo por indicios deducía su culpabilidad; y como por otra parte veía en el fondo de aquel tenebroso asunto algo grave que persistía en quedar entre sombras, sin renunciar á la venganza, hízose el indulgente, y se contentó con echarlas públicamente en cara su fea accion. Pero el suspicaz Idumeo se propuso averiguar lo que no distinguía bien, con el propósito de castigarlas oportunamente; por cuyo motivo encomendó el asunto al tiempo.

CAPÍTULO X.

Las cenizas del árbol genealógico de David.

Por mandato de Heródes fué aplicado el tormento á varios de sus palaciegos, muchos de los cuales hablaron haciendo revelaciones, no sabemos si en todo ciertas ó en parte falsas; revelaciones arrancadas á sus almas por la necesidad de huir al martirio que se les daba, y prefiriendo la muerte á tan bárbaro dolor.

Y cuando estuvo satisfecho; cuando le sobrevino el cansancio de la crueldad, pues hasta el tigre se cansa al fin de verter sangre, entónces mandó acabar vilmente con la vida de los que había ántes colmado de honores, bien que á los ménos distinguidos, quienes eran tambien los ménos culpables, se contentó con atormentarlos y luégo ponerlos en libertad, despues de haberlos bien castigado.

—En verdad; se decía meditando sobre todo lo pasado; en verdad que mi trono estaba poderosamente minado, y que de descuidarme, si estalla la mina me hundía en la ignominia: pero por fortuna he llegado á tiempo, y los remedios heróicos empleados han conseguido detener el curso invasor de la gangrena. Mas si he cortado los miembros atacados de ella, para preservar de la muerte el resto del cuerpo, existe aún una de las causas más poderosas que la han producido, y es necesario acabar de una vez con esta causa... Antípater; muchos motivos tengo para dudar de tu fidelidad; Antípater, por mucho ménos, instigado por tí, hice morir á tus hermanos Aristóbulo y Alejandro, y es muy posible que su sangre, tal vez inocente, pida venganza; y es muy posible que Dios para vengarlos, permita se revelen tus infames pensamientos y manejos. No procederé contigo con la ligereza que procedí contra tus hermanos; examinaré con tiempo tus pasos, me informaré de tus propósitos, pondré en el crisol de la prueba tu fidelidad, y si por desgracia resultas culpado, seré tanto más inexorable contigo, cuanto más infame resulte tu ambicion. Por fortuna ahora ya no debe preocuparme el cuidado de vigilar á los conspiradores de dentro y fuera de mi casa, y podré, por consiguiente, dedicar con preferencia mi atencion á este asunto.

Y con ánimo de conocer si su hijo y presunto heredero del trono le era fiel, hízole vigilar cuidadosamente en Roma; hízole seguir todos los pasos; se en-

teró de todos sus proyectos, y acabó al fin por conocer cuán ciertas eran sus sospechas; acabó por convencerse de que Antípater, segun le había indicado Salomé é insinuado los palaciegos, como hemos visto al final del precedente capítulo, había sido el alma de cuanto estuvo por algun tiempo amenazado tan de cerca la vida del rey.

—Cara ha de pagar su impaciencia; dijo entónces justamente irritado el padre.

Pero como su poder no alcanzaba hasta la ciudad de los Césares; como no podía apresarle en Roma, concibió el proyecto de atraerle á la Judea; mas para el efecto, Antípater no había de sospechar nada, porque entónces la realizacion de los deseos de Heródes se hubiera hecho imposible.

En su consecuencia resolvió vivir alerta y esperar. El tiempo puso en sus manos documentos que eran una terrible acusacion contra el impaciente y criminal Antípater; documentos que fueron conservados por el padre con el cuidado con que quien quiere vengarse conserva el instrumento de su venganza.

Pasaron algunos meses, y hasta años. Antípater seguía conspirando y Heródes conocía hasta sus pensamientos, por más que les separara la enorme distancia que separa á Roma de Jerusalen; distancia mucho mayor entónces que ahora, dados los medios tardos de locomocion que existían.

Y cuando el Idumeo lo juzgó oportuno; y cuando

tuvo en su poder testimonios de acusacion irrecusable, llamó á su lado al confiado Antípater, muy ajeno á presumir las sospechas que contra él alimentaba su padre. Y Antípater, como vulgarmente se dice, cayó en el garlito. Heródes era tan hábil en la ciencia de tender lazos!... ¡habíale enseñado tanto la experiencia!...

Y miéntras estaba urdiendo ese plan, tocándolo y retocándolo con gran cuidado, y estudiándolo con suma atencion, creyó llegado el momento de destruir las últimas esperanzas de los israelitas, dando el supremo golpe á la raza de David; la cual desde entónces iba á confundirse con la multitud del vulgo.

Dios le hacía instrumento de sus planes y de sus providencias; y aquel Heródes que tan sañudamente persiguiera de muerte al Hijo del Altísimo, iba á ser la mano con que el Eterno destruyera un monumento ya inútil, ya infructuoso. Este monumento era el libro de las genealogías de David.

Aquellas genealogías se conservaron tan perfecta y fielmente, á pesar de las revoluciones, y cautiverios, y emigraciones, porque estaban bajo la custodia del Señor; porque debían atestiguar en punto á la alcurnia de Jesucristo, la verdad exacta de lo dicho sobre el particular en las profecías.

Cumplido su objeto existiendo, tenían otro objeto que cumplir, tan importante como el primero, desapareciendo. El Mesías debía ser Hijo de David, en línea recta, y como tal hijo estaba inscrito Jesucristo

en los registros de la descendencia real, que se guardaban religiosamente en el templo. Una vez acreditado su orígen de esta manera, una vez hecha indudable su real descendencia, aquellos documentos resultaban inútiles; no sólo inútiles, sino que hasta podían resultar perjudiciales, pues falsos profetas habían de levantarse dándose por verdaderos Mesías. Destruído el libro de la descendencia davídica; muertos los más visibles descendientes del rey-profeta; confundidos entre la multitud los que quedaban; pretendiendo muchos tener una alcurnia que no tenían, y olvidados otros de su verdadera genealogía, ya en adelante no le era posible al pueblo hebreo saber á punto fijo quiénes eran los verdaderos descendientes de la raíz de Jesé, y quiénes los falsos. Iba á entrar la confusion, y por consiguiente debía seguir la disolucion, y luégo la incertidumbre, y despues el olvido. El árbol había dado su fruto, y por amor á este fruto tenía que desaparecer, si no de entre los vivientes, por lo ménos confundido y mil veces barajado entre los vivientes, de manera que acabara por último con ignorar qué era.

Y hé aquí como el libro gentilicio en cuestion, que existía para dar testimonio del Cristo, una vez cumplido su objeto, debía seguir dándolo en el hecho de dejar de existir.

Y el Señor, que utiliza muchas veces los esfuerzos de sus enemigos para que redunden en su mayor gloria, y se hagan instrumentos inconscientes de sus

planes, quiso que el mismo perseguidor implacable del Cristo, atestiguara para siempre el cumplimiento de los vaticinios en Cristo, destruyendo lo que desbarataba los planes de los falsos Cristos que vinieron con el tiempo.

En parte, esta era la intencion de Heródes, pero no en todo, porque sus malvados pensamientos iban por unas vías muy otras de las vías y de los propósitos del Altísimo.

—Yo destruiré para siempre ese foco eterno de conspiracion; ese semillero de amenazas; ese gérmen de eternas ilusiones en Israel, que miéntras exista no dejaría en paz á ningun monarca. El servicio que voy á prestarle á mi descendencia, será tal vez el más insigne que le haya hecho; decía á Salomé en el seno de la confianza.

—¿Pues qué intentas? ¿Todavía pretendes derramar más sangre?

—Si así conviniera, ¿por qué no? Cuando en el cuerpo hay un miembro gangrenado, se corta para que no inficione á los demas; y si el cuerpo queda con un miembro ménos, en cambio tiene la salud.

—¿Pero no te cansas de verter tanta sangre? díjole Salomé reprendiéndole amorosamente. ¡Oh! pon treguas en fin á tu frenesí, y sean los últimos años de tu reinado, años de tranquilidad y de paz.

—El hombre puede cansarse de hacer lo que me reprendes tan amorosamente; pero yo debo defender mi trono, mi autoridad y la paz de la mayoría de mis

vasallos; cosas que me obligan á veces á tomar enérgicas decisiones, que repugnan á mi corazon. Con todo, no te alarmes: no es esto lo que intento ahora, áun cuando imagine que muchos han de murmurar de mí, y maldecir mi cabeza y mi alma.

—¿Qué es pues? preguntó la hermana con verdadera curiosidad, y acaso con ánimo de interponer el ascendiente que gozaba sobre el ánimo de su hermano, en beneficio del pueblo.

—No sé si sabes que entre los libros custodiados en el templo, hay algunos de genealogías, y el más famoso de éstos es el de la descendencia de David, en la cual tanto esperan los hebreos.

—Sí, lo sé: algunas veces he oído mencionarlos; algunas veces he oído á ciertos fariseos decir con irritante orgullo que su sangre era la misma de David, segun constaba en los registros del templo.

—Pues bien; si estos registros desaparecen, los pocos israelitas que he dejado de esa raza, de aquí á algun tiempo, cuando á esta generacion hayan sucedido otras, ignorarán si son hijos del que llaman rey-profeta, ó si lo son de algun criminal incurso en el anatema; esto es, maldito é infamado hasta la novena generacion. Y como las profecías dicen que el Mesías ha de ser el hijo de David, no pudiendo probar su descendencia queda inutilizado, y la autoridad de los vaticinios rueda por los suelos.

—Es un pensamiento que aplaudo; dijo Salomé.

Ojalá que siempre hubieses obrado de esta manera.

—¿De modo que me acriminas? preguntó Heródes con cierto disgusto.

—No, por cierto: digo sencillamente cuál es mi opinion; digo sencillamente lo que hubiera deseado, porque como te amo tanto, me mortifica el pensamiento de que seas execrado como lo eres, y de que tu memoria sea maldecida.

Heródes pareció asentir á la observacion de su hermana, y quedó pensativo por algunos instantes. Luégo dijo:

—Mucho celebro que sea de tu gusto el paso que voy á dar. En verdad que es muy político, y que sin costar sangre, desbarata para siempre los planes de los revoltosos.

Al día siguiente, cuando el terror batía con mayor fuerza sus alas en la ciudad de Jerusalen, y las iba extendiendo por donde quiera que llegaba la noticia de la hecatombe, Heródes envió unos agentes suyos, acompañados de alguna fuerza al templo, para exigir el libro de la genealogía davídica al gran sacerdote.

Éste se resistía á entregarlo, como que pensaba en la gran trascendencia de aquel acto; pero la fuerza y el terror imperaban en la ciudad, y el gran pontífice temía la crueldad y la ira del rey. Con todo, continuó resistiéndose.

—Si no nos entregas ese libro; le dijeron los agentes de Heródes; nos lo tomaremos, despues de haber

probado en tu persona que en Israel no hay más voluntad que la del rey.

—Que conste; balbuceó el pontífice atemorizado; que si entrego ese libro es á la fuerza.

—Conste todo lo que quieras; pero venga el libro, que es lo que importa.

El sacerdote salió entónces para dirigirse al archivo donde se guardaban los libros sagrados, y los documentos más importantes de la nacion. Los agentes hicieron ademan de querer acompañarle. Él se resistía; pero temiendo al fin que su resistencia fuese perjudicial, y que agravara la situacion, dejó de continuar oponiéndola.

Llegados á los archivos del templo, el pontífice puso en manos de los enviados del Idumeo el libro pedido por éstos, mas ellos no se fiaron, y quisieron registrar la habitacion, y mirar uno por uno los rollos guardados en ella.

Despues dijeron al sacerdote:

—Te hemos exigido en nombre del rey el libro ó libros de la genealogía de David; examinaremos cuidadosamente lo que nos entregas, y si no es todo lo que hemos pedido, absolutamente todo, habrás de dar cuenta de ello á Heródes.

—Si bien con inmenso dolor de mi alma, acabo de cumplir, obligado por la fuerza, las órdenes del rey.

Los agentes del Idumeo salieron del templo, y pusieron en manos de su señor y amo la genealogía davídica.

Heródes la hizo examinar, y vió ser en efecto lo que había pedido. Una vez tuvo esta certeza, mandó anunciar á la ciudad, á son de trompeta, que para cortar para siempre de raíz las sediciones y locas tentativas de algunos, y para castigar á los de la descendencia davídica que se habían levantado contra él, tenía dispuesto se quemase el libro de las genealogías, y que esto se hiciera en público, para que asistieran al acto todos cuantos quisieran presenciarlo.

La ira despertada por esta disposicion en Jerusalen fué imponderable. En otras circunstancias hubiera promovido una revolucion sangrienta, pero aquel día los judíos vencidos no tenían valor siquiera para expresar sus sentimientos en voz alta; para dar en público un testimonio de su enojo.

La herida se dirigía recta al corazon del pueblo, y el pueblo la recibía en silencio; muy abatido. Con todo, ante el inminente peligro que corría de desaparecer una de sus glorias más legítimas, reuniéronse los personajes más visibles de Jerusalen, que salieron libres de la catástrofe, y se presentaron á Heródes para suplicarle no mandara quemar el libro genealógico de la descendencia de David.

—Sois un pueblo rebelde, indomable; un pueblo que tiene que ser regido con una vara de hierro, y yo estoy cansado de verter la sangre de los sediciosos y de los conspiradores. Para terminar de una vez; para dejar á mis descendientes la pacífica posesion

del trono, ha sido necesario apelar á una resolucion enérgiea; á una suprema medida de salud.

—Pero, señor; ¿cómo puede levantar ese libro al pueblo de Israel contra vos? le preguntaron humildemente.

— Alimentando vuestras insensatas esperanzas. Destruyendo ese libro, reduciéndolo á cenizas, se pierde la memoria de la descendencia de David, y por tanto habréis de renunciar á vuestras eternas locuras. Entónces tendréis que renunciar al Mesías.

—El Mesías vendrá, señor, con este libro ó sin él. Dios lo ha prometido, y Dios es fiel á su palabra; ha prometido que sería hijo de David, y lo será, sin que la existencia del árbol genealógico haga al caso.

—Entónces si es un libro de tan poca importancia, no vale los pasos que dáis para librarlo de las llamas; ni merece el tiempo que empleamos hablando de ello.

—Son los timbres, son los títulos de nobleza de una rama ilustre de Israel.

—De la rama más inquieta, más revoltosa de la nacion; de la rama que no merece gozar de la vida, pues se ha derramado más sangre por su causa, que no por todas las demas juntas, desde que impero en Israel. Yo quiero castigar la rebeldía de esa rama que llamáis ilustre, entregando al fuego los títulos de su nobleza y confundiéndola con lo más vil y abyecto de la plebe. En adelante ser hijo de David ha de ser un mito.

Con estas palabras despidió Heródes á los que le

suplicaban conservara aquel libro tan preciado en Israel; aquel libro que, existiendo, daba testimonio de Jesucristo y del cumplimiento de las profecías en Él; aquel libro que, desapareciendo, debía seguir dando el mismo testimonio. La raza davídica en adelante no tenía objeto providencial, no vinculaba las promesas del Señor, y las cenizas del árbol genealógico se lo iban á decir así; iban á decirle, en el hecho de confundirse con el polvo, que desde aquel momento se perdía entre la multitud de los hombres.

Al día siguiente fué quemado aquel documento en la plaza pública, y aventadas sus cenizas. El pueblo de Jerusalen no asistió al acto: solamente se veían los soldados y los herodianos, á los cuales no podemos contar entre el número de los israelitas, por contarlos entre el de los renegados.

Jerusalen se presentaba digna, como en sus mejores tiempos, ante Heródes, y el rey cruel hubo de tragar esa leccion que le daba el pueblo descendiente de los Patriarcas. Ni un testigo verdaderamente israelita acudiera al acto, más triste para algunos, que las hecatombes del día anterior.

Al parecer habíase dado la ciudad una consigna para el efecto; mas no era así. El corazon habla á veces elocuentemente hasta á los pueblos más envilecidos; la sangre no siempre enmudece.

Heródes estaba ofendido, pero no podía demostrarlo; hubiera querido castigar á la ciudad, pero no había ni siquiera el más insignificante pretexto.

Así es que se contentó con repetir muchas veces:

—Mis planes han salido perfectamente, gracias á mi saber y tambien á mi buena estrella. De hoy más el pueblo judío morderá el polvo para siempre, y mi descendencia viene á sustituir la descendencia de David. ¿Quién sabe si de aquí á muchas generaciones no se dirá de la mía lo que se dice de la del hijo de Jesé?

La presuncion de Heródes era digna de él. Compararse con David sólo podía ocurrírsele á una cabeza como la suya, montada en el orgullo y divinizando el crímen.

Pero, como hemos dicho, para humillarle Dios le hacía instrumento de planes providenciales, y era á la verdad un terrible sarcasmo que le echaba en cara aquello de convertir al perseguidor del Mesías, en agente para que Israel y los siglos futuros conocieran en el Cristo al vaticinado por los Profetas, al Hijo y al Señor de David.

CAPÍTULO XI.

La palmera del desierto.

La Sagrada Familia nos espera á la entrada del desierto; de aquel mar de arena movediza, cuyos límites no se descubren en muchos días de viaje; de aquel mar de fuego durante el día, y de hielo durante la

noche; de aquella sábana interminable y blanca, que la separa de la tierra adonde se encamina por órden del cielo.

María y José lo miran tristemente, y piensan en la patria que han dejado; en los verdes campos de Galilea, en las sonrientes colinas de Israel, en el paraíso del suelo del que se alejan.

¡Qué cambio tan triste; qué aspecto tan distinto! Entónces empiezan á sentir sus corazones nobilísimos lo que es dejar la patria; lo que es el amor que se tiene al hogar, y al cielo, y á los horizontes del suelo natal.

Pero este sentimiento sólo produce en ellos vaga melancolía; melancolía que desaparece, que se pierde en el regocijo que les domina por considerar al fin salvada la vida de Jesus.

Descansan al pié del desierto, y miran al Niño divino. Y despues de haber repuesto las fuerzas perdidas, María le dice al virginal Esposo, con la entonacion más humilde que se puede imaginar:

—Cuando quieras, José, yo estoy dispuesta. Entremos en el desierto donde nuestros padres moraron por espacio de cuarenta años; deshagamos nosotros, para salvar al Niño, el camino que hicieron ellos para salvar la descendencia de Israel del cautiverio y de los propósitos aniquiladores del Faraon.

—Pues estás dispuesta, pisemos ya las arenas del desierto, y el Señor te dé fuerzas para resistir la enorme fatiga que á no tardar rendirá todos tus miembros.

—¿Quién sabe?... balbuceó María, no por presumir de sí, sino con ánimo de tranquilizar el corazon amante de José.

—¡Ah! tú no sabes lo que es andar sobre arena movediza, Miriam: una hora de camino por ella, fatiga más que media jornada hecha por el cauce pedregoso y desigual de los torrentes de Judea.

—Dios nos asistirá; Dios me dará fuerzas, y te las dará tambien á tí, más necesitado de ellas que yo.

—¿Qué estás hablando? preguntó José con extrañeza; ese corazon tan amante y tan bueno te hace injusta sin que lo presumas. ¿Yo más necesitado de fuerzas que ella?... ¿Y por qué?

María se sonrió bondadosamente, miró con ternura dulcísima á su Esposo, y le dijo:

—El Señor ya sabe si soy injusta ó no, y Él debe juzgarlo. Por lo demas; mira tú si necesitas mayores fuerzas y resistencia que yo: por una parte los años pesan ya sobre tí de una manera sensible, y áun cuando el ánimo no te falte, no tienes el vigor de la juventud. Por otra parte, atiende á la carga que llevas: el depósito de agua, el repuesto de los víveres, y las ropillas de mi Hijo, en junto llegan á pesar bastante, y la carga pequeña crece en un viaje largo y fatigoso; mira tú cómo habrá de crecer la tuya siendo como es muy considerable. Por esto he dicho que más necesidad que yo tienes tú del auxilio del Altísimo.

—¡Bah! siempre acabas por tener razon... ¿Y qué?

¿acaso no soy yo fuerte y tú débil; acaso yo no estoy curtido por la fatiga y los viajes, y tú no? Espero que Dios nos ayudará; pero le ruego con toda mi alma que te atienda de una manera particular, porque repito, Miriam, tú no sabes qué cosa es un viaje al traves del desierto.

—Un viaje hecho con mi Niño adorado en brazos, ¿puede ser otra cosa que un viaje de recreo?

María y José pusieron los labios en los del Cristo, y empezaron la jornada.

Decía bien el santo Patriarca: no es posible formarse una idea de lo que es un viaje á pié hecho al traves del desierto, sino por propia experiencia; y María poco hubo de tardar en conocer en sí misma la gran verdad contenida en las palabras de su Esposo.

Éste la miraba caminar con pena, sin soltura, con fatiga. Los virginales y delicados miembros se rendían; las fuerzas le faltaban; las piernas apénas si obedecían al impulso de una voluntad decidida.

José así lo conoció, y dejó salir un suspiro imperceptible; suspiro que estaba ahogando su corazon.

Y puso en el Cristo una mirada suplicante, por medio de la cual le imploraba fuerzas para la divina Madre.

El sol, miéntras tanto, remontándose por el cielo se convertía para ellos en un enemigo tal vez más implacable que lo movedizo del suelo que pisaban. Sus rayos ardientes parecían fuego líquido, y cal-

deando las blancas arenas arrojaba dos veces el calor á los pobres Viajeros, y hacía mucho más penoso, mucho más cansado y molesto el viaje.

Y á estas molestias, capaces de rendir al que no haya nacido en aquellas sábanas de muerte, se agregaba la sed devoradora, y el viento ardiente como el soplo de un horno, impetuoso, arremolinando las arenas como en el mar arremolina las olas, levantándolas en alto, arrojándolas á los ojos y al rostro de los Viajeros del desierto, cual si se opusiera á su paso; cual si en el seno de aquella soledad se ocultara un tesoro, cuya custodia le fuese confiada.

Llegó un momento en el cual José conoció que María no podía más, y la dijo movido á compasion:

—Si te parece podemos descansar un poco. Me das mucha lástima.

María se sonrió apaciblemente y contestó:

—Descansemos, pues así lo quieres. Verdaderamente fatiga mucho caminar por el desierto.

Y luégo añadió, sin apagar la sonrisa en sus labios, y mirando con inmensa ternura á Jesucristo:

—Pero no hay descanso como el de tenerte en brazos; no hay tranquilidad como la de verte libre de los que te persiguen; no hay dulzura más grata al alma que la de padecer por tí. Ahora que siento el cansancio con mayor intensidad que en ningun día de mi vida, siento tambien la felicidad inefable con que cariñoso regalas mi corazon. ¡Oh! ¡y cómo te complaces en compensar en el espíritu con delicias

imponderables á los que sienten oprimido el cuerpo por causa de tu amor!...

Y tomaron asiento en las ardientes arenas; y con los ardores del sol y los más vivos todavía que subían de la tierra, parecían estar sumergidos en un baño de fuego; fuego que les molestaba interior y exteriormente, porque penetraba en sus pulmones con la respiracion, y tenía secas su lengua y garganta, atormentándoles con una viveza imponderable; con una viveza más para imaginada que para descrita.

José llenó una taza de agua y la presentó á su amada compañera.

—Bebe; la dijo; porque tendrás mucha sed, pobre María.

La Vírgen santísima bebió con avidez aquella agua caliente y por tanto poco agradable.

—Bondadoso Dios; dijo despues de haber apurado el contenido de la taza; gracias te doy por habernos dado este líquido reparador, tan grato al paladar del sediento.

El santo Esposo conoció que la Vírgen santísima deseaba beber más, y le presentó otra taza de agua, que Ella apuró tambien con la misma sedienta avidez. Y cuando le devolvió la vasija, díjole que no le diera más, pues había bebido lo bastante. Entónces José bebió á su vez, mas no tanto como necesitaba, porque se dijo:

—Me temo que el agua nos va á faltar en breve, y si no la economizo, la pobrecilla padecerá mucho con

la sed. Me mortificaré, pues. ¡Oh! ¡qué no haría yo por evitarla las molestias del viaje; por evitarla siquiera un momento de padecer!...

Y volviendo los ojos al Niño Jesus, que le miraba tiernamente, dirigióle una plegaria muda, pero forvorosa, en la cual le rogó que aliviase de las molestias posibles á la Vírgen, áun cuando fuera cargándolas sobre él; áun cuando fuera multiplicando las que él padecía.

—Porque; decía; es muy triste que Ella padezca tanto por los hombres, y yo no pueda aliviarla en nada.

Y Jesucristo oyó sin duda la plegaria del santo Patriarca, porque poco despues emprendían de nuevo la caminata, y la Madre de Dios parecía haber recibido fuerzas sobrenaturales, segun era la viveza del impulso que daba á su paso y la rapidez con que caminaba.

José alegre al ver atendida su plegaria, no se cansaba de dar gracias á Jesucristo y repetirle desde lo íntimo de su justo y amante corazon:

—No importa, Hijo mío, que cargues sobre mí el exceso de fatiga; yo te lo agradeceré vivamente, con tal que compadecido de Ella, hagas que le pasen desapercibidas gran parte de las molestias del viaje.

Y caminaron un día y otro día, siempre agobiados por la enorme fatiga, abrasados por un sol tropical; y por una contraposicion que se produce en el desierto, atormentados durante la noche por el frío y

el rocío que parecía una menuda lluvia. A veces los santos Esposos no podían más; pero entónces ponían sus ojos y sus corazones en el Niño; José le dirigía una súplica por la Vírgen inmaculada y ésta se la dirigía por su cariñoso Esposo.

Y el Niño Jesus les daba fuerzas para continuar el viaje, sin que dejaran de sentir por eso el cansancio.

Y todavía el desierto estaba muy léjos de teminar, cuando los temores de José se realizaron, y el agua les faltó; el agua más necesaria que el alimento con aquellos calores excesivos.

Su corazon estaba afligido profundamente. La sed abrasaba sus fauces; tenía la lengua y boca secos como las arenas que pisaba; hubiera deseado, con el deseo de la necesidad, beber un poco; pero en el depósito quedaban solamente unos sorbos de agua, y los reservó para Miriam.

—Como tiene que dar el pecho al Niño; se decía; Ella necesita beber más que yo; á Ella debe atormentarle la sed más que á mí. Reservémosla, pues, la poca agua que queda, y Dios proveerá.

Apénas acababa de hablar para sus adentros de esta manera, cuando la Vírgen santísima le pidió un poco de agua. El santo Patriarca, con la alegría de quien hace un verdadero sacrificio por un sér amado, volviósele de espaldas para llenar la taza, queriendo que la Madre de Dios no advirtiera que el repuesto del líquido reparador habíase agotado; der-

ramó hasta la última gota en la taza, y sonriendo se la presentó.

María bebió con el ansia del sediento; mas como la sed era intensa, pidió más agua á José. En aquel momento la sonrisa que vagaba por los labios del amado Esposo trocóse en una lágrima que apareció en sus ojos. Ella lo advirtió, y adivinando lo que aquella lágrima significaba, y adivinando lo que significaba la sonrisa á la cual sustituyera, exhaló un gemido y lloró.

—¿Lloras Miriam? la dijo el Santo. Consuélate; el Señor no nos abandonará.

—¡Ah José! no lloro porque nos falta el agua, no. Confío en Dios, que en este mismo desierto hizo brotar de la peña de Horeb una fuente, y convirtió en potables y dulces las aguas ingratas de Mara, con *sólo* tocarlas con la vara Moises, su siervo fiel... Si lloro es al ver cuán grande es el sacrificio que acabas de hacer por esta indigna criatura.

—¡Sacrificio!... exclamó el amante Patriarca, afligido profundamente por ser causa de las lágrimas y de la tristeza de María; por ser motivo, aunque inconsciente, de la pena de su Esposa inmaculada.

—A tí te abrasa la sed como á mí; y yo no he pensado en que debíamos partirnos las gotas de agua que nos quedaban. Dios mío; ¡qué mal correspondo á la delicadeza del amor que me tiene!... ¡Dios mío; cuán pequeño es mi amor, comparado con la grandeza del suyo!...

—Pero, María; por piedad te ruego no hables de esa manera. ¡Me afliges mucho!...

—Yo no debía beber toda el agua; yo debía compartirla contigo... ¡Ingrata! ¡ingrata!...

—¿Qué no daría yo por ahorrarte un momento siquisiera de malestar? Aunque no hubiese de beber en toda la vida; aunque hubiese de padecer sed enorme todos los días de mi existencia, bendeciría la inspiracion de haberte dado el agua que nos quedaba. Sería preciso no tener alma para verte sedienta, y teniendo una gota de agua no dártela. ¡Oh! ojalá que mi corazon se convirtiera en ese licor de que tanto necesitas: ¡cómo te lo daría gustoso á beber, áun cuando hubiese de quedarme sin él, y despues sin vida!

Esto no consolaba á la Vírgen santísima, que seguía vertiendo silenciosas lágrimas, y diciendo para sus adentros:

—¡Que por mí haga estos sacrificios; por mí, despreciable criatura! ¡Qué haya yo acallado en parte mi necesidad á costa de la suya! ¡Jesus de mi corazon, cuán profundamente acongojada está mi alma!... Recompénsale lo que hace por tu indigna Madre. ¡Pobrecillo! ¡pobrecillo de mi alma!...

José conoció lo que pasaba por María, bien que ésta sólo se lo decía con las lágrimas de sus ojos. Y más para acallar la pena de la amada Esposa, que con ánimo de satisfacer su necesidad, díjola:

—Tú has bebido una poca agua en una taza de

barro, y volverás á estar sedienta: yo beberé en una taza divina una agua excelsa, y no volverá á molestarme la sed.

Y diciendo esto puso con inefable regalo los labios en los del Niño Jesus, dejando en ellos un ósculo prolongado, amoroso imponderablemente.

Y la sed que le abrasaba, por voluntad divina, y acaso por las súplicas de María, apagóse en el mismo momento.

El santo Patriarca no había pretendido hablar de esta sed corporal, sino de la que siente el corazon enamorado de Jesus; pero el divino Cristo, satisfaciendo ésta, había querido tambien apagar aquélla, para recompensarle la fineza con que había procedido al dar á Miriam la última gota de agua.

Advirtiendo esta delicadeza del Niño divino en su persona, con inefable regocijo, y volviendo á besarle reconocido, exclamó el santo Patriarca:

—¡María, María! Bebiendo tú la última gota de agua que nos restaba, te has quedado con la misma sed que tenías; pero bebiendo yo en la copa dulcísima de los labios de Jesus el agua viva de su aliento y amor divinos, he quedado saciado. ¡Oh! ¡cuánto he ganado yo!...

La Vírgen santísima cayó de rodillas para dar gracias al Señor, y apretar tiernamente contra su pecho al Niño, por haberse dignado oir su oracion.

Despues de este episodio ternísimo siguieron el camino al traves del desierto. No les quedaba una

gota de agua en las fatigas y los calores que les esperaban; pero Dios estaba en los cielos y velaba por la Familia de su Hijo. Ellos lo sabían, y esto les tenía perfectamente tranquilos, enteramente confiados. Y el que confía en la Providencia nunca queda abandonado; nunca ve defraudadas sus esperanzas.

Para humillacion de Satanas permitió el Señor que el pacientísimo Job fuese tentado y combatido cruelmente del príncipe de las tinieblas, y de aquella horrible tentacion resultó mucha gloria para Dios, mucho provecho para el tentado, y mucha confusion para el tentador. Lo mismo sucede en las tentaciones que padecen los justos, y en las calamidades que á veces les oprimen; y por las mismas razones permitió el Altísimo que durante algun tiempo la Familia de su único Hijo se viera atormentada del demonio en aquellas pavorosas soledades.

Así es que el enemigo de Dios y de los hombres se esforzaba por introducir el desaliento en sus nobilísimas almas; ya con los ardores del sol; ya con los que reverberaban de la tierra; ya con lo movedizo del terreno; ya con las humedades y el frío de la noche; ya con los alborotados vientos que levantaba, los cuales parecían por lo ardientes soplo del mismo infierno; ya con las arenas que estos vientos les arrojaban al rostro; ya amenazándoles á veces con sepultarles debajo una montaña de estas arenas; ya dificultando el paso, obligándoles á resistir la fuerza del viento; ya con las calmas que repentinamente preci-

pitaba á veces, de manera que apénas sus pulmones encontraban un poco de aire que respirar; ya, en fin, con los rugidos amenazadores de las fieras; pero nada de todo esto era capaz de hacer perder á José y María su imperturbable tranquilidad; nada de todo esto lograba levantar en sus pechos justos ni siquiera la sombra de un movimiento de impaciencia. Léjos de ser así, tranquilos, resignados, con absoluto abandono en las manos de la Providencia, bendecían á Dios siempre, y siempre con la misma alegría, ora fuese en la tempestad, ora en la bonanza. Y lo que debía tener desesperado al demonio era ver cómo crecía su regocijo cuando aumentaban las molestias y las contrariedades, considerándose dichosos con poder padecer algo por el Niño de sus amores.

Esto, como decimos, tenía desesperado á Satanas, cuyas iras se estrellaban en ellos, como se estrellan en las rocas inmóviles de la playa las olas más impetuosas; pero no por eso cesaba de atormentarlos, ó por la misma razon les atormentaba con más cruel empeño. Cuando vió que el agua se les había concluído, no desperdició esta circunstancia para atormentarlos de nuevo, y avivó la sed que padecían, y procuraba inducirles á movimientos de desesperacion, pintándoles como estaban en mitad de un árido desierto, como no encontrarian agua allí, como tendrían que morir de sed, que es la muerte más terrible de todas, como sobre aquellas arenas inhospitalarias caerían sus cuerpos exánimes, y olvidados



de los hombres agonizarían, siendo sus cadáveres pasto de las fieras...

En estos momentos levantaban María y José los ojos; con absoluta seguridad poníanlos en el cielo, y decían:

—El Padre eterno no nos abandonará; el Padre eterno cuidará de nosotros.

Y confiados, sin temor, bien que padeciendo los rigores del tormento de la sed, seguían adelante con esta esperanza indefectible, con esta esperanza absoluta.

Hubo un momento en que la calma era tan grande, tan raro el aire, que no parecía haberlo en el cielo. El sol caía implacable, ardoroso, sobre nuestros fatigados Viajeros, y el suelo que pisaban parecía fuego.

José y María sudaban hilo á hilo, y el Niño les miraba como pidiéndoles un remedio, una defensa del calor que le agobiaba. La Vírgen santísima movió los labios como los mueve el sediento, pero no habló una palabra. Era inútil, pues no ignoraba que no tenían una gota de agua; era, más que inútil, una daga que se hubiese hundido en las entrañas del bondadoso José.

Pero éste vió el movimientó de los labios de su Esposa; advirtió la actitud del Niño, y compadecido de ellos levantó al cielo una oracion para que les deparara un alivio á la gran necesidad que padecían.

En aquella circunstancia el demonio, ganoso de

atormentarlos, y apelando al último recurso para ver si les inducía á la desesperacion, echó mano de uno de los fenómenos de la naturaleza, que se reproducen en una atmósfera tranquila y abrasadora, bien en los desiertos de tierra, bien en los de agua. El fenómeno se conoce con el nombre de espejismo, y consiste en reproducirse en el cielo, de manera que parezcan cercanos, objetos muy distantes, pero no fuera del horizonte racional.

Uno, pues, de estos fenómenos, que reprodujera una corriente de límpidas aguas, bordeada de verdes y copudos árboles de sombra fresca y reparadora, debía responder perfectamente al inicuo plan de Satanas, apénas oyó la deprecacion elevada al cielo por José; y en su consecuencia, con la crueldad que le es propia, hizo que el espejismo reprodujese en el cielo uno de los bordes del Nilo, y que lo produjera con tales apariencias de verdad, que lo figurara tan cercano, que José y María al levantar los ojos quedaran sorprendidos agradablemente.

Y así fué. Cuando el santo Patriarca puso los ojos en el horizonte, como preguntando á sus recónditos senos si estaba muy distante todavía el término de un viaje tan fatigoso para su amada Esposa, no pudo contener un grito de alegría; uno de esos gritos inconscientes, que el corazon irreflexivo pone en los labios cuando se mira agradablemente sorprendido.

Y detuvo el paso, mirando como extático el punto del horizonte donde se reproducía el fenómeno en

cuestion. Miriam levantó los ojos tambien; púsolos en la direccion de los de José, y vió lo que el santo Patriarca con tanto regocijo y placer estaba contemplando.

—¡Agua, María, agua! Allí podrás apagar tu sed; allí podrás descansar sobre la fresca hierba á la sombra de los árboles, allí podrás librar del calor á nuestro divino Jesus ¡Oh cuánta dicha!

Y no se cansaba de mirar el cuadro, por demas poético, que tenía delante, reproducido en el cielo y figurándose que no era sino en la tierra.

Allí el agua abundosa corría mansamente, dando frescura á la tierra y á la atmósfera; allí los árboles crecían altos, verdes, copudos, cimbreándose al beso de las brisas frescas como el aliento de la mañana; allí el suelo estaba tapizado de verde césped sembrado de flores multicolores; allí debían gorjear las avecillas alegres trinos; allí debía gozarse, saliendo del desierto, una dicha parecida á la del Eden...

El cuadro era bello, era tentador, si la palabra se nos permite; debía excitar la codicia de los Viajeros, anhelosos de sentarse á la sombra de los árboles, junto á la mansa corriente... Y cuando cesara el encanto, cuando desapareciera el fenómeno; cuando los que imaginaban tocar al término del viaje se encontraran con sólo la aridez, y el calor, y la monotonía del desierto; se encontraran abrasados por la sed, sin esperanza de hallar el agua tan necesitada, en concepto de Satanas la desesperacion debía producirse, y si no

la desesperacion, cuando ménos la impaciencia, el disgusto...

El recurso estaba bien buscado; pero los santos Viajeros eran de un temple superior al temple de los hombres, y no había nada capaz de alterar la admirable calma de sus espíritus, ya que nada había capaz de separarlos de Dios, nada capaz de hacerles perder la absoluta confianza que tenian en Él.

Si el demonio tenía por cierto el efecto que se propusiera, el desencanto, la desesperacion que quería producir en la Madre vírgen y en su Esposo casto iban á volverse contra él; iban á pesar sobre él de una manera abrumadora, sumamente vergonzosa; iban á despedirle de ellos como perro apaleado que lleva un caldero atado á la cola.

La Vírgen santísima miraba el paisaje reproducido por el espejismo, y su tranquilidad no se inmutaba; no daba señales de alegría, como no los daría de pena cuando desapareciera. ¿Quién sabe si por una admirable intuicion sospechaba que aquello todo era obra del eterno enemigo de Dios y de los hombres?

José la dijo poseído de sumo alborozo:

—Agua, y sombra, y auras frescas, Miriam. ¡Ah! ¿no te alegra esto?

La Vírgen santísima se sonrió apaciblemente viendo el regocijo de su Esposo; el cual continuó:

—Allí, al fin, podrás descansar de las fatigas de tan penoso viaje; allí, á la sombra bienhechora de los árboles frondosos, junto á la cristalina corriente, re-

pondrás las fuerzas perdidas; allí mi dulce Cristo se verá ya libre del calor; allí podrás saciar tu necesidad con el agua regalada...

María continuaba sonriendo, pero sin proferir una palabra siquiera. Regocijábale la alegría de José y por esto se sonreía; no suspiraba por las sombras, por las auras, ni por el agua, áun siendo tanta su necesidad, y por esto permanecía tranquila.

El santo Patriarca extrañó el silencio de su amada compañera, y se lo hubo de significar.

—No lo extrañes, amado esposo mío; le dijo; porque me parece cosa muy singular que hasta este momento no hayamos notado lo que tanto te alegra. Esa corriente y esas sombras regaladas están al parecer demasiado cercanas para que no sospeche de ellas..

—¡Pues qué! ¿Piensas acaso si serán una ilusion engañosa?

—Me choca el que no las hayamos visto hasta ahora. No niego que sean ciertas; ¿pero cómo no las hemos ido descubriendo poco á poco? ¿Cómo se nos han presentado tan de improviso con esa esplendente galanura? Lo que vemos no es un punto imperceptible, sino todo un dilatado país: ¿cómo ha podido esconderse á nuestras miradas hasta este momento? ¿Cómo en un instante ha podido brotar del seno del desierto? No cabe duda que Dios puede hacerlo; no cabe duda que nos mira con una predileccion singular, y que por amor á su Hijo trastorna algunas ve-

ces en nuestro obsequio las leyes regulares de la naturaleza; pero yo no sé qué voz secreta está diciéndole á mi corazon, faltarnos todavía algunas jornadas para llegar á las orillas del Nilo; que lo que vemos no es la verdad. No esperemos, pues, mucho de ello, y poniendo toda nuestra confianza en el Señor, esperémoslo todo de su mano bondadosa, que no ha de abandonarnos.

—Dices muy bien. Bendito sea Dios, si lo que vemos tan cerca es el feliz término de nuestras fatigas, y bendito tambien si sólo es una ilusion engañadora. Sigamos ya alegremente nuestro camino, pues tenemos la seguridad de que Dios va en nuestra compañía.

Diciendo esto puso primero los ojos amorosamente y despues los labios en el Niño adorado, y continuaron el viaje con imperturbable calma, bien que atormentados por una sed abrasadora.

Satanas, que veía derruído en un momento el orgulloso é insensato castillo de sus esperanzas, hizo que el espejismo desapareciese, y esperó para ver el efecto que causaba en los santos Viajeros. María y José, notando lo que sucedía, se sonrieron con la misma tranquilidad imperturbable, y el inmundo espíritu, mordiendo la maldita lengua con rabia inmensa, bramó como el huracan y huyó de allí.

Miéntras tanto José decía:

—Era en verdad una engañadora ilusion. Bendito sea Dios; ¡qué fenómenos se producen en la naturaleza!... Y yo que pensaba que en aquellas sombras

ilusorias tan apacibles podrías descansar y calmar tu sed!...

—Descansaremos bajo aquella palmera solitaria; dijo la Vírgen inmaculada, señalando una que crecía en medio de las arenas, verde y frondosa como la esperanza en el desierto de la vida. Ella tambien nos dará apacible sombra, si no tan bella cual la que nos prometía la ilusion desaparecida, por lo ménos más real y positiva.

Y no tardaron en llegar á la palmera indicada por la Madre de Dios.

La copa del gracioso árbol parecía una corona; las verdes y espesas palmas se mecían gallardamente en el espacio, cual si quisieran dar la bienvenida á los Viajeros santísimos que llegaban á su sombra; cual si, convertidas en abanico, pretendieran enviarles de lo alto algunos soplos de aire ménos caliente, que hiciesen más agradable y reparadora la sombra.

María tomó asiento bajo ella, y por lo tanto algo distante del tronco escueto del árbol solitario; y lo mismo hizo José. El Niño les sonreía, y ellos daban gracias al Señor, que les deparaba aquel descanso en medio de las arenas abrasadas; en el centro del árido desierto.

Allí estaban bien; allí pudieron permanecer por algun tiempo, resguardados de los inclementes rayos del astro del día.

Y la palmera, cual si estuviese movida por la mano de invisibles espíritus bienhechores, continuaba me-

ciendo las palmas y abanicando á la Sagrada Familia.

—¡Bendito Dios! ¡cuán delicado y bondadoso eres!... decían la Vírgen y el Patriarca.

CAPÍTULO XII.

La leyenda de la palmera.

En el centro de la copa del árbol que así recibía á la Familia del Cristo, hacían hermoso contraste con el verdor de las palmas largos racimos de dátiles de un color amarillo muy subido, muy hermoso.

La Madre de Dios puso en ellos la mirada. Parecían convidarla, y María, movida de la sed, impulsada por la misma necesidad, deseando probar alguna fruta fresca por ver si se le mitigaban los ardores que sentía, apeteció comer de ellos. Con todo, notando la dificultad que había; no dijo nada.

Mas José expiaba solícito todos sus movimientos; procuraba leer en sus ojos los deseos de su corazon, y por lo tanto no se le escapó el que en aquel momento tenía la Vírgen inmaculada, no movida de la gula sino de la necesidad. En su consecuencia, adivinando el motivo del silencio de su amada compañera, la dijo:

—Hermosos dátiles, Miriam.

—Sí, por cierto; muy hermosos; contestóle la Madre de Dios sonriendo.

—¿Y no te parece que comerías de ellos unos pocos? preguntó delicadamente.

—Los comería si los tuviese á mano; pero como no es así, no los deseo.

—Pues entónces vas á comerlos, amada mía; dijo resuelto y alegre el Patriarca.

—¿Mas cómo? ¡Si están altos! preguntó sencillamente y sin sospechar de las intenciones de José.

—Muy fácilmente: subiendo allí donde están; contestóla el Esposo muy alegre.

—¡Qué desatino!... Yo no puedo permitir que te expongas á un peligro inminente por darme ese gusto; dijo María poseída de verdadero horror, y anhelando disuadir á José del intento que le animaba.

Pero el santo Patriarca, no haciendo caso de la súplica de María, dejó el manto sobre la arena, y acercándose al tronco del árbol, sin tener en cuenta sus años, ni su cansancio, se dispuso á trepar á la copa.

La inmaculada Vírgen corrió á su Esposo, y postrándose á sus plantas le dijo:

—Por nuestro dulce Jesus, al cual amas tanto, te suplico que desistas de tu empeño.

—Miriam; acabas de atarme de manos, porque no puedo rehusar nada cuando se me pide por Jesus.

Y quedó pensativo, como si buscara un medio por el cual pudiera conciliarse todo. Luégo en voz alta dijo:

—Hijo mío; yo no puedo dar á tu Madre el gusto

de comer dátiles frescos, pero se lo darás tú. ¿No es verdad?

Y dichas estas palabras el tronco recto y muy alto de la palmera comenzó á trazar una curva en el espacio, hasta que la flexible y arrogante copa vino á descansar en el suelo.

María lloraba y oprimía dulcemente sobre su pecho al Niño divino, y le decía que tan inmerecidas distinciones llenaban de confusion su alma humildísima. José, regocijado, daba gracias á Jesus por haberle oído.

—Ea, come del presente que te hace tu divino Hijo; la dijo muy satisfecho.

—Oh José; ¿por qué has pedido este milagro? suspiró María.

—Mira cómo se sonríe el Niño; mira cómo se sonríe... Esa sonrisa divina me dice haber hecho bien con pedirlo. Pues no faltaba más sino que un deseo justísimo que tienes no se te satisfaciera!

—Oh José; repitió muy confundida la Madre de Dios; ¿por qué has hecho esta súplica al Niño?

—¿Por qué me has pedido tú por el Niño amado que no trepara á la copa de la palmera? Yo, puesto al frente de mi familia, tengo el deber de procurarla lo necesario; y cuando uno no puede, y sabe que Dios llega allí donde los hombres no alcanzan, se dirige á Dios, y el Señor le oye. Esto ha sucedido ahora, y mi corazon está muy satisfecho viendo que no he confiado en vano.

Las expresiones de José eran la verdad, y por otra parte revelaban tan íntima satisfaccion en quien las pronunciaba, que María santísima, bien por una, bien por otra causa, juzgó bueno no decir una palabra.

Tomando el Santo por asentimiento este silencio, con mayor satisfaccion repitió:

—Ea, acércate, María, y come de este rico presente que te hace el Señor.

La Madre de Dios puso una mirada de gratitud en el cielo; besó á su divino Hijo y sonrió á José. Despues acercóse á la copa de la palmera, que rendida parecía convidarla á comer de aquel rico, de aquel abundante, de aquel sabroso regalo.

Pero Dios próvido reservaba á la Familia de su Hijo único, otra sorpresa no ménos grata. El santo Patriarca tuvo la alegría de ver por primera vez el delicado presente del cielo, y creyendo acaso estar ilusionado, frotóse primero los ojos, abriólos y cerrólos varias veces, y viendo que lo que miraba era una realidad, exclamó sin poder contener el llanto; el llanto que bien en las alegrías, bien en las tristezas, es siempre en el hombre el lenguaje del alma:

—¡Mira, mira, cuán bueno es Dios!... ¡Oh bendito mil veces seas de mi alma, Jesus amado!

—¿Qué? preguntó María vivamente, al oir la voz alborozada de su Esposo.

—María; es agua, agua cristalina, agua pura, agua que nos presenta el cielo en la copa de la palmera!

Y efectivamente era así como José lo decía. El nacimiento de las palmas formaba como un receptáculo en lo más alto del tronco, y aquel receptáculo muy capaz, estaba lleno de agua cristalina. Habíanla depositado allí los rocíos de la noche, y resguardada en parte por la sombra de las palmas, y protegida por la virtud de Dios, el cual la reservaba para la Familia de su Hijo, los vivísimos calores del día no habían conseguido evaporar de ella una gota siquiera.

La palmera estaba al parecer orgullosa de aquel presente que hacía á la Sagrada Familia.

María se acercó más al árbol; miró el lugar que José señalaba, y viendo en efecto un depósito de agua en un sitio tan inesperado, de nuevo postróse de rodillas para elevar al Señor el himno de su gratitud.

Miéntras tanto José sacaba la vasija de barro, llenábala del líquido reparador y aromático, y lo presentaba al Niño, el cual, tambien sediento, bebió algunos sorbos. Despues dijo á María:

—Bebe, esposa mía, de este presente que el Señor nos hace.

—No será sin que ántes hayas bebido tú; no será sin que ántes hayas satisfecho tu gran necesidad.

La entonacion de la Vírgen inmaculada era dulce y suavísima; pero tambien revelaba una decision inquebrantable. José, para darla gusto, apuró el contenido de la taza, procurando poner los labios allí donde los había puesto Jesus. Y una vez hubo bebido, exclamó:



—¡Qué rica, qué fresca, qué aromática, qué deliciosa está! ¡Ah! ¡cómo se conoce ser este un presente que nos hace nuestro Jesus!... Bebe, María, bebe y verás como no hay cosa igual á esta agua.

La Vírgen inmaculada no se hizo de rogar. Por una parte el ser aquel un regalo del Señor, y por otra la sed abrasadora que la atormentaba, hicieron que apurara de una vez la taza llena que le ofrecía el Patriarca, con una sonrisa más placentera que la de la aurora, con una satisfaccion verdaderamente celestial.

—¿Está rica, no es verdad? preguntó el santo, ebrio de alegría.

—Es un presente con que nos recrea al Hijo adorado; contestó con toda la amorosa expansion de su alma. ¿Cómo quieres que no sea rico, y delicioso, y reparador, si nos lo da el suavísimo Corazon de mi Jesus?

—Oh Dios, que hiciste salir abundante manantial de la peña de Horeb; que trocaste en dulces las aguas amargas de Mara, y en la copa de una palmera ofreces á tu Familia abundante depósito con que apague los ardores de la sed; exclamó José; ¡oh Dios misericordioso y próvido, bendito seas!...

Luégo, hablando con María, le dijo de esta manera:

—¿Pero cómo estás parada? Come del presente que nos hace el Señor.

Y cogió unos dátiles muy maduros, y se los ofreció sonriendo y temblando de emocion.

María comió hasta saciarse de aquella fruta dulce, sabrosa y muy alimenticia, no cansándose de oprimir al Niño contra su pecho. José hizo lo propio; y cuando hubieron acallado el hambre y apagado la sed, cogió todos los dátiles, que en gran cantidad quedaban en la palmera, guardólos en el depósito ya casi exhausto de los víveres; recogió cuidadosamente el agua, de la cual quedaba mucha, púsola en el odre, y pensando que con aquellas provisiones habría lo bastante para que llegaran al término del viaje, dijo:

—¡Cuán dichosos son los que confiados se ponen en las manos de la Providencia. Si los hombres conocieran esta felicidad, no quedaría uno siquiera que dejase de gozarla. Padre amoroso es el Señor, y un padre no deja padecer, y ménos perecer de necesidad, á sus hijos.

Y cuando la palmera estuvo descargada del peso del agua y de los dátiles, trazando majestuosamente una curva, enderezó su tronco, miéntras las largas y graciosas palmas se agitaban en el espacio, cual si celebraran el triunfo de Jesucristo; cual si expresaran de este modo su felicidad por haber podido socorrer á la Familia de su Criador humanado.

—¡Oh Señor; balbuceó María tristemente; los hombres le persiguen de muerte, y las criaturas insensibles le sirven! ¡Cuán triste, cuán amarga es para mi corazon esta idea!

José como extático quedó contemplando la palme-

ra, que balanceaba graciosamente sus largas palmas en el espacio, y el Niño divino miraba á su Madre inmaculada, cual si le hiciera una confidencia.

Entónces María, movida de un espíritu superior, obrando como Reina de los ángeles y de los hombres, dijo:

—Tú en la tierra perecerás, árbol compasivo, y yo en memoria del servicio que acabas de prestar á la Familia del Verbo encarnado, quiero que tu descendencia sea inmortal. Que se plante una de tus palmas en el cielo, y allí viva eternamente. Serás el árbol del triunfo del Cristo fugitivo, sobre sus perseguidores implacables.

Y dichas estas palabras apareció una ráfaga brillante en los cielos, y descendió un ángel á la copa de la palmera, cortando una palma que destelló refulgente luz. Con la palma en la mano el celestial espíritu vino á postrarse á las plantas de Cristo y le adoró; hizo despues una profunda reverencia á María y á José, y luégo remontó el vuelo por los espacios, hasta que ángel y luz se perdieron de vista.

Y cuenta la tradicion, que el ángel, por voluntad de Altísimo, cediendo gustoso al deseo de María, plantó aquella palma en mitad del cielo, donde no tardó en ser un árbol muy frondoso.

Y la misma tradicion añade que, palmas de esta palmera son las que reciben los mártires de Cristo, cuando vuelan al cielo, despues de haber perdido la vida corporal por su divino Maestro acá en la tierra.

Nosotros contamos lo que la tradicion nos cuenta, bien que pensando que muchos han de reirse de nuestra relacion; pero estas risas nos tienen sin cuidado.

Y despues de estos hechos tan asombrosos, los santos Viajeros prosiguieron el camino al traves del desierto, confiriendo en sus corazones lo que el Señor se dignaba obrar en su obsequio, y dedicándole un himno de gratitud, salido de lo íntimo de sus justos pechos.

CAPÍTULO XIII.

El Árbol hospitalario.

Algunos días tardaron todavía los santos Viajeros en descubrir el anhelado país de Egipto; y en ellos no dejaron de sentir los mismos cansancios, las mismas inclemencias, idénticas fatigas y necesidades; pero todo lo vencieron con la misma constancia, con la misma inalterable paciencia.

Por fin, allá en el punto más apartado del horizonte apareció una línea verde, primero algo confusa, despues más distinta, hasta que acabó por presentarse claramente como el definitivo término del desierto.

—¡Egipto! exclamó el santo Patriarca con sumo alborozo.

—Sí; por esta vez los ojos no nos engañan. Aquella cinta de esmeralda, á la que cada vez nos vamos acercando; aquella cinta verde que sale al parecer de un abismo, con toda la lozanía de la vegetacion, es muy probable que sea en efecto la tierra de Egipto, ó por lo ménos será el término definitivo del desierto. ¡Bendito sea Dios, por habernos dado fuerzas para llegar hasta aquí!

—Dices bien que Dios nos ha dado las fuerzas, porque de otro modo, yo no puedo entender cómo hemos podido resistir las verdaderamente enormes fatigas y molestias del viaje, y particularmente tú, que eres delicada como una flor; tú, no acostumbrada á estas penalidades.

—Verdaderamente ha sido ésta cosa del Señor; de otra manera, era imposible que nuestro Cristo no muriese de un tabardillo con los enormes calores que hemos padecido, y seguimos padeciendo.

—El Señor nos cobija bajo sus paternales alas: ¿qué tenemos que temer?... Y es natural que un Padre atienda, cuide y procure el bien de su Hijo; pero tambien es natural que nosotros, sus favorecidos, le consagremos los afectos más rendidos, más humillados del corazon; dijo José, no pudiendo contener su alborozo, al considerar que al fin el viaje, que tan rendida tenía á la Vírgen su Esposa, iba á concluir; al considerar que iba á tener término en breve el desierto, donde Jesus y María padecieran tanto.

Y paso tras paso, compartiendo las miradas entre

el Cristo y el país floreciente, en el cual iban á entrar, llegaron á Egipto por las extremidades de la Tebaida.

Tantas fatigas habían de dar con el tiempo su fruto en el desierto, y tres siglos despues fueron trocadas aquellas arideces en celestiales pensiles de flores cristianas, cuyo aroma embalsamará para siempre la atmósfera saludable que la Iglesia respira.

Pero no distraigamos la atencion de los hechos que venimos narrando.

El Egipto se presentaba á los ojos de María y José con los esplendores y las galas de un verdadero paraíso; esplendores y galas ya de sí verdaderamente admirables, pero cuyo aspecto aparecía tanto más magnífico, cuanto más árido, y monótono, y triste era el desierto; cuantos más días hacía que los ojos de los santos Viajeros sólo veían una sábana interminable de arena en el suelo, y una atmósfera de fuego ó de hielo, segun era de día ó de noche el momento en que contemplaban el firmamento.

Las palmeras altísimas, formando bosques espesos, mecían en la region del aire sus verdes palmas y dorados dátiles; los sicómoros y terebintos crecían magníficos y copudos; los árboles en su mayoría, cubiertos de tiernas flores y hojas, embalsamaban el ambiente y poetizaban el cuadro; campos frondosos se extendían á lo largo y á lo ancho, cuanto podía alcanzar la vista; por do quiera brotaban flores; y multiplicados canales, conduciendo sabiamente las aguas por el feraz valle, parecían cintas de plata tendidas

en campos de esmeralda. En medio de todo esto, el caudaloso, el anchísimo Nilo dando vida á todo el cuadro, deslizábase majestuoso como rey á quien gustan los tributos de vasallaje, y descendía al mar para desembocar en él, dividido en siete bocas, cual si temiera espantar al Mediterráneo con el enorme caudal de aguas que le regala aquella arteria de la tierra. Las brisas tibias vagaban entre flores y frutos, descendían al Nilo para refrescarse en él y mantener la atmósfera ni húmeda ni seca; y en esta especie de paraíso cantaban alegres las avecillas, miéntras tejían en la enramada los nidos de sus amores.

El Egipto era por aquellos tiempos el vergel de la tierra; y áun cuando sujeto ya á Roma; áun cuando sin independencia, y por lo tanto reducido á vivir una vida ficticia, conservaba los esplendores de su pasada grandeza. La miseria no logra borrar las huellas de un pasado brillante en una mujer hermosa.

La gloria de Egipto había caído muerta á las plantas de una mujer lasciva, y en este estado la incorporara Roma al cuerpo monstruo de su imperio. ¡Quién lo dijera á las razas ilustres de los Faraones y Tolomeos, que habían en siglos pasados sido el asombro del mundo!... Este es el destino de las sociedades y pueblos que no conocen al Cristo, ó que huyendo del Cristo buscan otro dios en sus pasiones, y convierten en divinidades lo más inmundo á veces de la tierra. Tienen una base de cieno, y no es extraño que caigan sepultadas en él.

Y el Egipto bien puede decirse haber sido la cuna de la idolatría, ó cuando ménos el primer país donde el politeismo tomó formas concretas; bien puede decirse haber sido la nacion que dió lecciones de idolatría al resto de las naciones.

Por esto había descendido tanto en la escala de la degradacion, que un idólatra romano se burlaba de ello diciendo: *¡Oh santas gentes, á quienes nacen las divinidades en los mismos huertos!* haciendo referencia á que en Egipto no sólo se adoraba al cocodrilo, los lagartos, las fieras y muchas cosas más, sino hasta las mismas cebollas. El hombre no quería adorar al Dios único y verdadero, y Dios le castigaba y humillaba consintiendo que se prosternara ante una cebolla, y la quemara incienso. ¡Vergonzosa degradacion!

Por la parte en que nuestros santos Viajeros iban á penetrar en Egipto, recibía adoraciones un árbol de la familia de las mimosas, el cual por su naturaleza presentaba fenómenos singulares; parecía estar dotado de una extrema sensibilidad, bien así como las sensitivas, el heliótropo y el girasol.

Estos fenómenos, hijos, como hemos dicho, de la misma naturaleza del árbol, no pudieron dejar de llamar la atencion de aquellas gentes, tan inclinadas á tributar adoraciones á todo lo que no era Dios: por lo mismo era considerado como una de las divinidades más estimadas de Egipto.

Sus adoradores le conocían bajo el nombre de *Árbol hospitalario.*



Una tribu procedente del país de Yemen, connaturalizada en la tierra de los Faraones y Tolomeos, notando los singulares fenómenos que presentaba el árbol, comenzó á darle culto, á prosternarse rendida ante él, y á invocar la asistencia de la divinidad, que á su modo de ver moraba en aquel tronco, y tenía su trono en la frondosa copa. Los egipcios no tardaron en imitar á los árabes, y desde entónces, siempre en proporciones ascendentes, creció el culto maldito que se le rendía.

Con todo, aquel culto era de una naturaleza singular. No se ofrecían sacrificios al árbol, ya que al parecer los rechazaba; pues era bastante para hacerle estremecer, y marchitar sus hojas lustrosas y bellas flores, el que un poco de humo empañara la hermosa limpidez de la atmósfera.

Y este era uno de los fenómenos que presentaba el gallardo árbol. Nuestros lectores se lo explicarán fácilmente.

Siendo de la familia de las minosas, le pasaba lo mismo que á la sensitiva, la cual, apénas se oscurece el sol, se estremece, pliega sus hojas, cierra las flores y tuerce el tallo como si estuviese herida de muerte; cuyas circunstancias se reproducen, si por acaso llega á ponerse algun insecto en su tallo ó en sus hojas. Aquel estremecimiento parece de horror; aquel cerrar hojas y flores, aquel inclinar el tallo parece de angustia; la planta se nos presenta comunmente mucho más susceptible que una mujer nerviosa.

Como el humo de los sacrificios oscurecía el sol, ó empañaba la atmósfera por lo ménos, no es de extrañar que el árbol hospitalario se estremeciera, y torciendo sus ramas cayese en un como abatimiento y tristeza de muerte: acaso podía influir en ello tambien el olor fuerte y poco agradable de las carnes quemadas, en lo cual consistían, como es sabido, los sacrificios de los antiguos.

Esta circunstancia no pudo dejar de ser notada por los árabes adoradores de la gallarda mimosa; y como se repitiera siempre que la ofrecían un sacrificio, acabaron por renunciar á ello, pensando que su dios no los admitía, y se redujeron á ofrecerle el sacrificio de sus adoraciones y de sus corazones. ¿Qué más quería el inmundo espíritu?

Éste, al ver cuánta gente concurría en torno del árbol; viendo la multitud que le adoraba en él, para tenerla más estrechamente amarrada, puso su asiento en la frondosa copa, y desde ella contestaba á veces á las preguntas que se le hacían. Y era el árbol otro de los oráculos que consultaban en sus necesidades, ó para sus empresas, así árabes como egipcios; con lo cual se ha dicho lo bastante para comprender cuán amada era de aquellos idólatras la mimosa, y cuán grande la veneracion en que la tenían.

Cuando el maligno espíritu vió acercarse los santos Viajeros al árbol, llenóse de un terror, de un espanto imponderable; y si bien ignoraba quiénes eran las sagradas Personas, sentía su influen-

cia admirable obrar sobre él de una manera invencible.

Dios, para sus altísimos fines, habíale ocultado al diablo el misterio de la encarnacion del Verbo; y bien que aquél la temía, y á veces la sospechaba, con todo, su orgullo imponderable no le permitía creer que el Hijo del Altísimo se hubiera humillado hasta el punto de encerrar su grandeza y divinidad en el cuerpo de un Niño nacido en el seno de la pobreza. Con todo, repetimos, el diablo experimentaba los efectos de la presencia de Jesucristo, como no podía ménos de suceder, y por esto sospechaba si aquel Niño era ó no el Verbo humanado.

Viendo, pues, la presion irresistible obrada sobre él por la Familia humilde que providencialmente iba acercándose al árbol, conoció que iba á ser arrojado de allí, tal vez para siempre; y si bien con inmensa ira, con la ira de la impotencia de Satanas y de su orgullo abatido, dispúsose á resistir hasta el último trance; y en caso de verse obligado á dejar el árbol, propúsose conocer al que le precisaba á ello.

Y miéntras los Sagrados Viajeros se iban acercando, el diablo hacía estremecer la mimosa, cual si quisiera destruirla; pero á pesar de todo, no lograba hacer caer una siquiera de las hojas y flores de ella. La protegía la misma virtud que obraba potente sobre el espíritu infernal.

La Vírgen santísima tuvo conocimiento de lo que estaba pasando en el árbol, y se alegró por ello con

tan grande alegría, que si posible hubiese sido, hubiera hasta olvidado los dolores que oprimían su inmaculado Corazon. Jesus era perseguido; pero sus persecuciones se convertían en bien de los hombres, en ruina de los ídolos, en desolacion y rabia en el imperio de Satanas. Jesus era perseguido, y salía de un pueblo donde se adoraba al verdadero Dios, para entrar en el propagador de la idolatría, y allí reducirla á la impotencia; encadenar el poder del demonio; conseguir una victoria muy grande sobre Satanas; tomar posesion de las naciones gentiles; llamarlas á sus brazos y á su gloria!

Esto conoció María, y por esto se alegró tanto: conociólo tambien José, y su regocijo fué indescriptible.

—Áun cuando nuestra expatriacion, y todas las angustias, trabajos y fatigas que hemos pasado, no tuvieran más objeto que éste, yo las bendeciría con toda mi alma, y estaría dispuesto á abrazarlas cien veces por sola una vez que dieran este resultado.

—Jesus mío; el demonio tiembla y se estremece delante de tí; dijo María apretando dulcemente al Cristo sobre su pecho.

Y miéntras tanto, el maldito espíritu desde la copa del árbol gritaba con desesperacion:

—Es inútil que te acerques, Hijo del Altísimo; no me arrojarás de aquí; no saldré del árbol; no quiero, no quiero... Maldito, maldito!... eres impotente para luchar conmigo.

María, revestida de la autoridad de Reina de los cielos, miró con tanta majestad el árbol, que el demonio redobló su estremecimiento, de manera que la mimosa parecía combatida por un horrible torbellino.

—No saldré de aquí, mujercilla despreciable, hez de la plebe, mendiga, muerta de hambre; no saldré de aquí, ni áun cuando me lo mandes en nombre de tu Hijo, ni en nombre del Altísimo. ¿Quién eres tú para obligarme á mí? Acércate y verás como el árbol estalla, y tú, y el chiquillo, y el zoquete de tu esposo morís en un momento.

La Vírgen santísima, despreciando aquellas voces por las cuales el demonio publicaba su impotencia, su despecho y su rabia; sin proferir una palabra, con la misma majestad, con la misma autoridad, siguió avanzando, hasta ponerse so la copa del árbol tan agitado por el espíritu inmundo.

Entónces, levantando en sus manos al Niño divino, con la majestad y la autoridad de la Madre de Dios, tan aterradora para el demonio como dulce y consoladora para los hombres, dijo:

—En nombre de Dios omnipotente que ha castigado tu rebeldía y humillado para siempre tu orgullo, yo, humilde y débil mujer, te mando que salgas de aquí.

El espíritu maldito no pudo resistir al imperio de aquella voz, la cual le hizo el efecto del rayo que le precipitó del cielo al profundo de los abismos infernales: hizo un esfuerzo por desobedecer, mas la au-

toridad de las palabras de María le obligaba á huir aterrado, como si él fuera una ligera mota y la voz de la Vírgen el huracan que la impulsara.

Con todo, probó de destruir el árbol y, como ántes, no pudo ni hacer caer una de sus muchas hojas.

Y se ausentó dando ahullidos como de tigre rabioso y profiriendo maldiciones y amenazas.

Y tomó la direccion de Heliópolis, donde se levantaba el templo del sol, en el cual eran adorados trescientos sesenta y cinco ídolos.

Huía lanzado vigorosamente de las avanzadas, y se refugiaba en la fortaleza.

Pero no estaba más seguro en el templo del sol que en el árbol hospitalario. La virtud que le arrojara de éste, sin hacer el menor esfuerzo, lo arrojaría de aquél.

El edificio execrable de la idolatría debía hundirse en el cieno cuando apareciera el Hijo de Dios.

Jeremías, el profeta del Señor, lo tenía predicho; pero el orgullo no se lo dejaba creer al demonio.

Miéntras tanto, el árbol, ya libre del espíritu inmundo que lo poseyera tantos años, deseoso de dar á Dios la gloria y la honra, movió dulcemente sus ramas, y dejó caer á las plantas de la Sagrada Familia una lluvia de flores perfumadas como la gratitud, lozanas como el alma que posee la gracia de Dios.

María abrazó regaladamente al Cristo, y puso un beso de ardorosa adoracion en sus labios divinos. José, en el colmo de la dicha y de la alegría, cantó á Je-

sus triunfador un himno de alabanza, salido de lo más íntimo de su corazon.

—Bendito seas, Jesus mío, tú que derribas el imperio de Satanas.

«Bendito seas tú que conviertes á Dios la gloria que se le debe por la creacion.

«El árbol te ha visto y se ha regocijado; el demonio que moraba en él ha huído vencido á tu presencia.

«¿Quién resistirá tu autoridad en el cielo y en los abismos? Tú mandas y el demonio obedece; tú ordenas y los cielos se postran; tú apareces y la tierra queda purificada.

«¿Quién, Dios mío, semejante á tí? Ante tu gloria se inclinan rendidos los moradores de los cielos y de la tierra, y tu nombre adorado hace estremecer los senos del abismo.

«La salud ha descendido de los cielos á la tierra; la salud que infunde una vida nueva á las generaciones de los hombres presentes y por venir.

«Nacimos de un tronco corrompido y tú vienes á sanarnos; la savia del árbol de la humanidad purificada por tí, dará en todas partes plantas lozanas y frutos de gloria eterna.

«Ya no hay gentiles y hebreos; ya no hay sino hermanos en la tierra; hermanos redimidos por el Cristo, é hijos de Dios.

«Fuego de caridad llevas al mundo; fuego purificador. Si sale de tù Corazon abrasado ¿cómo puede dejar de encender toda la tierra?

«Sólo los que eternamente te odiarán aborrecen este fuego y lo temen. Huyen delante de sus llamas sagradas, como las aves nocturnas huyen perseguidas por las claridades del sol.

«Acabas de tomar posesion de un reino que el enemigo había robado á Dios; del reino del gentilismo. Yo bendigo tu primera victoria, y alabo al Altísimo que nos ha hecho instrumentos de ella.

«¡Oh! mil veces bendito seas, Jesus mío, tú que derribas en este día el imperio de Satanas.

«Bendito tú que conviertes á Dios la gloria que por la creacion se le debe.»

Y miéntras José hablaba de esta manera en su santo entusiasmo, María recogida en el Corazon adorable de su Hijo, le daba gracias por lo que acababa de hacer.

Y el árbol no dejaba de llover aromosas flores sobre ellos, cual si á sus piés, en testimonio de gratitud, quisiera arrojar todas las que tenía, que eran en gran número.

Y cuando la Vírgen santísima volvió en sí del éxtasis delicioso, dijo:

—Ha sido este árbol de maldicion hasta el presente; pero de hoy más ha de ser de bendicion y gloria para Dios. Quiero que se acuerde del día de su libertad; quiero que mi Jesus deje en él una huella de su paso.

Y hablando así acercóse al tronco corpulento, haciendo que lo tocara el Cristo con su pié.

En el mismo acto brotó de las raíces de la mimosa abundante fuente, cuyas aguas tenían la virtud de curar las enfermedades de los que bebían de ellas, ó en ellas se bañaban.

Luégo bendiciendo al Señor, y meditando con gran afecto en los hechos portentosos que veían, de muchos de los cuales eran agentes, internáronse los santos Esposos en la tierra egipcia, la cual parecía un eden por lo frondosa, por lo bella y por lo rica.

Miéntras tanto llegó la hora en la cual la multitud solía acudir al árbol hospitalario, para adorar al inmundo espíritu que moraba en él, y consultarle.

Como si la mimosa estuviera dotada de razon, parecía rechazar las adoraciones; se estremecía de horror viéndose criatura humilde y á pesar de ello venerada como divinidad.

Los estremecimientos que daba llamaron la atencion de sus insensatos adoradores, quienes se preguntaban en qué consistía aquello, sin saber explicárselo, sin que la razon degradada les dijera que una criatura, siquiera la más excelsa, no puede recibir lo que sólo se debe al único Dios.

Consultaron el oráculo, mas éste no respondía á las preguntas que se le hacían.

Y el árbol continuaba dando más evidentes muestras de horror; poniéndose marchito como cuando el sol se le ocultaba; como cuando algun insecto ó ave se ponía en sus ramas.

—¿Qué es esto? se decían aquellas gentes aterra-

das. ¿El Dios querido nos ha dejado? Ya no contesta á las preguntas de sus adoradores; ya no recibe los humildes testimonios de nuestra adoracion!

Y poseídos de sumo desaliento; abatidos como las hojas de la mimosa, sentían profundo desconsuelo, sin que hallaran medio hábil para explicarse lo que tan apenados les tenía.

Pero Dios velaba desde el cielo, y no quiso que lo acontecido allí fuese ignorado, para que en adelante no se profanara aquel sitio purificado y santificado por la Sagrada Familia.

A este fin, quiso que álguien que trabajaba por las cercanías, presenciara las escenas, narradas hace poco, entre Satanas y los santos Viajeros; y viera como el demonio, prorumpiendo en gritos desesperados y furiosas maldiciones, dejaba el árbol y se dirigía hacia Heliópolis, la ciudad del sol.

Aquel testigo presencial de los hechos, viendo la consternacion de las gentes, vino á ellas y les narró lo acontecido pocos momentos ántes, con lo cual quedaron llenas de estupor. Con todo, algunos siguieron lamentándose de lo que llamaban inmenso infortunio, y otros no sabían qué pensar, ni qué hacer.

—El Dios hospitalario nos ha abandonado; ¿quién vendrá en nuestra ayuda desde ahora? decían los primeros.

—Otro Dios le ha vencido y arrojado de aquí: ¿cómo podía protegernos si no ha podido defenderse?

—¿Quién curará en adelante nuestras enfermeda-

des; proseguían los primeros; quién contestará á nuestras preguntas, cuando en los negocios arduos necesitemos de consejo?

—¿Qué sabios consejos podía darnos quien no ha sabido tomarse para sí el que le convenía para defenderse y librarse de su enemigo? contestaban los segundos, poco dispuestos, por lo visto, en favor del vencido.

—¡Ay de nosotros, que el Dios hospitalario nos ha dejado; ay de nosotros!

—Dios tan débil, era dios impotente. ¿Qué proteccion podía darnos? ¡Necios de nosotros que le hemos adorado!

Y hablando así percibieron el murmullo de la fuente, que al parecer les convidaba á beber de sus aguas. Aquel murmullo les atrajo al árbol, del cual estaban ántes por reverencia á cierta distancia.

Y vieron con indescriptible asombro el manantial manar cristalino y abundante de sitio donde nunca semejante cosa había existido.

Unos y otros se miraron, preguntándose qué podía significar aquello.

—Lo ha hecho brotar el Dios más fuerte. Sus aguas serán saludables; se dijeron unos.

—No; sus aguas serán ponzoñosas. ¿Qué bien puede darnos el que nos roba al dios hospitalario?

Y una mujer, allí venida para consultar con el inmundo espíritu sobre la enfermedad del hijo que llevaba en brazos, movida de una fuerza invisible acercóse á la fuente, y en voz alta dijo:

—Si eres un Dios protector y bueno el que has hecho brotar este manantial, dígnate, por medio de sus aguas, devolver la salud al hijo de mis entrañas.

La multitud se agolpó en torno de la fuente, deseosa de ver el efecto de sus aguas.

La mujer, impulsada por la misma fuerza que la hiciera hablar, sumergió el niño en las aguas.

Y no bien éstas hubieron tocado los miembros del niño enfermo, la salud volvió á ellos con todo el vigor de la vida.

Un grito de sorpresa salió de todas las gargantas, y las rodillas de los allí presentes se hincaron instintivamente.

Una aclamacion unánime al Dios verdadero salió de todos los corazones y de todos los labios, haciendo estremecer al cielo y al infierno; al cielo de dicha, al infierno de impotente rabia; miéntras el árbol dejaba caer sobre la multitud otra lluvia de flores, como aplaudiendo la aclamacion; como uniéndose á ella.

Y es fama que nunca más volvió á ser adorado el demonio en la gallarda mimosa, la cual se estremecía de júbilo siempre que acudían las gentes á buscar la salud, en nombre del Dios verdadero, á la fuente que brotaba copiosa y cristalina al pié del árbol hospitalario.

Y los hechos que llevamos descritos se extendieron por todo el país de Egipto, llenando á las gente de misterioso estupor y de imponderable asombro.

CAPÍTULO XIV.

La profecía de Jeremías.

Conducida por la divina Providencia, la Sagrada Familia siguió su camino.

José, deseoso de poner término al viaje, teniendo en cuenta no la propia sino la fatiga de su dulce compañera, apénas hubieron llegado á las orillas del Nilo, y muy cerca de la famosa Mémfis, antigua capital de los reyes egipcios, dijo:

—¿Te parece, Miriam, si ha llegado la hora de poner término á nuestro largo viaje? Ya, gracias á Dios, sanos y salvos hemos llegado á Egipto; la órden del Altísimo está cumplida, y como no se me designó el punto de esta nacion donde debíamos instalarnos, á mi parecer quedamos en libertad de hacerlo en cualquier parte.

—No cabe duda; podemos quedarnos donde quiera que te parezca bien; pero si no te sabe mal, te ruego nos internemos un poco más; contestóle la Vírgen santísima.

—Bueno; internémonos lo que tú quieras. Si había hablado era sólo por tí, que tanta compasion me das.

—No hay ya motivo. Héme habituado á las fati-

gas del viaje, de manera que apénas me molestan. El hombre se acostumbra á todo, y la naturaleza acaba siempre por doblegarse á la voluntad.

—Entónces sigamos adelante; pero díme: ¿es que temes algo todavía?

—No por cierto. El Señor te dijo por el ángel, que bajases al Egipto para poner el Niño á salvo. Nos hallamos en Egipto, y de consiguiente nada hay que temer. Estoy perfectamente tranquila. Pero si te suplico que continuemos el viaje, es por tener el presentimiento de que más adelante ha de manifestarse el poder de nuestro Jesus, de una manera notable, sobre los ídolos que se adoran aquí.

—Cuando tú lo piensas, sin duda que será. Adelante, pues, Miriam; y vean los hombres la gloria de Dios, y sienta el infierno el poder de nuestro adorado Cristo.

Y siguieron por los feraces y poéticos bordes del caudaloso Nilo, el río más grande de que á la sazon tenía conocimiento la ciencia geográfica. La vegetacion era allí admirable, portentosa.

No tardaron en llegar á Mémfis, la ciudad de los monumentos, de las obras de arte, de los palacios y de las grandezas de la tierra; la ciudad que contenía siete millones de habitantes; la ciudad que ocupaba un área de media jornada en cuadro; la ciudad que para situarse convenientemente á los bordes del río, obligó al caudaloso Nilo á desviar su curso; la ciudad rodeada de canales sabiamente conducidos, y

de jardines artísticos, colocados convenientemente aquí y allí.

Aquella ciudad tenía al Norte tres de las grandes pirámides, montañas pasmosas de piedra, levantadas por el arte y el orgullo sobre un poco de polvo humano, junto á la celebrada esfinge. Mémfis había sido la corte de Egipto por espacio de muchos siglos, y desde los suntuosos palacios podían los reyes contemplar los sepulcros de sus predecesores, ó los que hacían levantar á su propio orgullo; pero con tener siempre á la vista las pirámides, no pensaban jamas en que la muerte tiene un rasero igual para todos; un rasero que mide con la misma medida al pobre y al rico, al vasallo y al rey.

—Vanidad de vanidades; dijeron los santos Esposos mirando las pirámides y la ciudad; vanidad de vanidades, y todo es vanidad, ménos servir y amar á Dios.

Y siguieron adelante, sin detenerse un punto en ciudad. Las maravillas que ésta atesoraba no les llamaban la atencion, no excitaban su interes. Sabían que todo aquello era polvo; sabían que cuantos se albergaban en los suntuosos palacios de Mémfis se reducirían á polvo; sabían con harto sentimiento, que pocos de ellos, si alguno había, adoraba á Dios.

Si llevaban consigo al Creador de las maravillas de la naturaleza, ¿cómo habían de interesarles las maravillas obra de las manos de los hombres? Para ellos Jesus lo era todo, y con razon nada hallaban bello

ni bueno si no estaba informado, si no estaba penetrado del espíritu de Jesus.

Y nada más contrario, nada más opuesto á este espíritu que el que dominaba en Mémfis.

Pasaron, pues, de largo sin entrar en la ciudad, sin poner en ella más que una mirada de compasion; y siguiendo los bordes del Nilo, se encaminaron hacia otra, que á eso de tres leguas de Mémfis se levantaba populosa, espléndida, brillante, en una colina algo separada del río.

Entre los suntuosos edificios que la formaban, destacábase uno sobre todos, cuyas numerosas y arrogantes cúpulas rasgando los aires parecían querer con sus agujas tocar al mismo cielo, y con los fulgores que despedían, heridas por los rayos del sol, deslumbrar al universo mundo.

Aunque parezca inverosímil, aquellas cúpulas tan colosales como graciosas, eran de acero bruñido, y al herirlas el sol, sus rayos brillaban en ellas de una manera que ni el ojo del hombre, ni el de la misma águila podían soportar.

¿Qué ciudad era aquella? ¿Qué edificio el de las cúpulas descritas? Esto tal vez se preguntaban nuestros santos Viajeros, cuando acertó á pasar junto á ellos un hombre que les conoció no sólo por extranjeros, sino tambien por compatricios suyos.

Por una parte el vestido hebreo lo daba á entender así; y por otra el polvo del camino, el cansancio y el desaliño natural en que venían, daba tambien á

conocer que no habían llegado al término de su viaje.

Con el natural deseo de tener noticias de su patria, el hombre que iba en direccion opuesta á la que la inmaculada Vírgen y el santo Patriarca seguían, les detuvo.

—Perdonad, hermanos; les dijo; ¿venís del país de Israel?

—De allí venimos; contestóle José con la dulzura y mansedumbre naturales en él.

—Deja, pues, que te dé el abrazo y el ósculo de bienvenida. Tambien yo soy hijo del pueblo escogido.

Esta revelacion llenó de gozo á los excelsos Viajeros, porque es grato al alma encontrar léjos de la patria gentes que hablen su idioma; gentes que tengan la misma sangre en las venas, y el mismo amor en el corazon; gentes que sientan lo mismo que nosotros por el rincon del mundo que nos ha visto nacer.

Y esta alegría que se apodera del alma es tanto más plácida y colmada, si esto nos sucede en un país del cual ignoramos la lengua, y desconocemos los usos y costumbres.

El hebreo les preguntó noticias de Israel, y ellos le refirieron lo que conocían de los hechos acaecidos en la comarca de Belen; aunque no pudieron narrarle la hecatombe llevada á cabo por Heródes en Jerusalen, porque, como hemos visto, la ignoraban.

Al oir semejante relacion el israelita se estremeció; y como no hubiese llevado en sí misma todos los

caracteres de la verdad, por ser hecha por quien lo era, no la hubiese creído, porque realmente parecía inverosímil; costábale á la mente concebir una crueldad tan grande como la de Heródes.

El judío profirió algunas palabras en las cuales dábase á conocer todo el odio que tenía al Idumeo, y luégo, compadeciéndose de los santos Viajeros, y poniendo los ojos amorosamente en el Niño, dijo:

—¿Y vosotros habéis podido huir y salvar á vuestro Hijo, por gran dicha?

—Así lo ha querido el Altísimo para mayor gloria suya; contestó José.

—¿Vendréis pobres y necesitados; porque supongo que no habréis tenido tiempo de recoger lo que poseíais?

—Sí; hemos recogido nuestro tesoro, que es el Niño adorado.

—Pero esto no basta; hay que vivir y criarle para la patria; y de solo amor no se vive.

—Dios, próvido y bondadoso, nos facilitará los medios de ganarnos la subsistencia; dijo José muy confiado.

—Sí; esto no os será difícil. Llegáos á la ciudad que de aquí se descubre, situada en aquella colina. Es Heliópolis, ó la ciudad del sol; la ciudad sagrada de los egipcios, donde se adoran los ídolos en número verdaderamente aterrador; pero donde recibe culto tambien el verdadero Dios.

José y María hicieron un ademan de sorpresa,

pues la noticia de su compatricio era verdaderamente inesperada, y no hay que decir si les sería agradable.

El israelita prosiguió de esta manera, señalando la ciudad:

—Las brillantes cúpulas que véis son un monumento idólatra; son el templo erigido al sol, y donde se adoran trescientos sesenta y cinco ídolos en otros tantos altares; pero Onías, el sumo pontífice bendecido del pueblo de Dios, cuando el templo de Jerusalen fué profanado y destruído, y la gran mayoría de los judíos llevados en cautiverio á Babilonia, erigió en Heliópolis, con autorizacion de Tolomeo Filopator, el templo del verdadero Dios, segun los planos del que corona la cumbre de Sion. Esto lo hizo tanto para que fuese adorado el Altísimo en el mismo sitio donde lo es en tantos ídolos el demonio, como para satisfacer las necesidades espirituales de la numerosa colonia judía que pudo recogerse aquí, huyendo del invasor. Por este motivo el templo recibió el nombre de *Oneyon*, en testimonio de gratitud al que lo levantara.

—Pero ese templo ha sido objeto de anatemas por parte de los Profetas del Señor; dijo José recordando esto, merced á los detalles que les daba el que les detuviera.

—A pesar de todo subsiste, y se ofrecen desde sus aras sacrificios diarios al Altísimo.

—Sacrificios que Dios no recibe agradablemente,

á buen seguro, pues tiene mandado no se le ofrezcan sino en Jerusalen; continuó el santo Patriarca, doliéndose en el alma que los judíos se permitieran aquella libertad, por lo mismo que estaba ordenado de Dios todo lo contrario.

El israelita se encogió de hombros, y luégo continuó:

—Existe en Heliópolis una numerosa colonia de hijos del pueblo escogido, cuyos individuos se dedican en su gran mayoría al comercio; viven separados de los egipcios en barrio especial, y allí podéis dirigiros, seguros de que os recibirán con la cordialidad con que se recibe un hermano que llega de un largo viaje.

Y habiéndoles dicho el nombre del barrio, y orientándoles para que lo hallaran en breve tiempo, despidióse de ellos y siguió su camino para Mémfis, miéntras José y María se dirigían á Heliópolis, con ánimo de aprovecharse de las indicaciones del hebreo.

Algun tiempo despues entraron en la populosa ciudad, cuyas casas eran en su mayoría suntuosos palacios, fábricas de esas que sólo admiramos en el antiguo Egipto, y de las cuales el tiempo ha perdonado algunas muestras, para pasmarnos y llenarnos de confusion.

Fácilmente por lo que se veía entrábase en conocimiento de que allí debía adorarse la materia; de que todo se daba al cuerpo y á los sentidos, y que el alma espiraba de anemia.

María y José, que sólo vivían en Dios y para Dios, no se fijaron en los portentos del arte que por do quier se disputaban su atencion. Aquello era todo para el cuerpo, y ellos vivían sólo del espíritu.

Y así, atravesando suntuosas calles y plazas de amenos jardines, llegaron á un punto de la ciudad donde se levantaba el edificio de las cúpulas de acero bruñido, edificio que conocemos por el templo del sol, pues así lo dijo á los santos Viajeros el israelita que les detuvo en el camino.

En aquel edificio habíase guarecido, como en su propia casa, el maligno espíritu, arrojado por María de la mimosa gallarda. Acaso lo hizo pensando que en aquella fortaleza resistiría victoriosamente, ayudado por sus malditos compañeros; acaso lo hizo para darles el grito de alarma; para decirles que se aprestaran á la defensa, ó tambien para enterarles de la fuerza irresistible con que la sagrada palabra de la Vírgen obrara sobre él... ¿Quién sabe?

La Madre de Dios sintió en aquellos momentos necesidad de descansar, y una voz interior, voz del cielo, voz del Corazon de Cristo, sin duda, le dijo que lo hiciera en el interior del templo del sol.

Así lo insinuó á su amado compañero, el cual, lleno de sorpresa, exclamó:

—Pero Miriam; el edificio que tenemos en frente tiene todas las trazas de un templo pagano.

—¿Qué importa? Con nosotros va el Señor de los cielos y de la tierra: teniéndole á Él ¿qué hay que temer?

—Es cierto; nada tenemos que temer; pero como es un sitio tan inmundo, por lo mismo de ser en él adorado Satanas... indicó el santo Patriarca.

—Todo lo purifica la infinita caridad que arde en el Corazon de Cristo. Por otra parte; ¿no viene á tomar posesion del imperio de la idolatría? ¿No viene á vencer al demonio y encadenar su poder?

—Entremos, pues, en el templo gentílico, y manifiéstese en él la gloria de Dios, si así conviene; dijo José.

—Sí; entremos ya; llevemos el Cristo Dios al lugar donde Satanas es adorado, y sienta el infierno el poder invencible del Salvador de los hombres; balbuceó la Vírgen santísima con una efusion enteramente celestial.

—De manera que en tu sentir vamos, María, á ver una nueva manifestacion del poder del Cristo? preguntó José, con no poca alegría, á su Esposa inmaculada.

—Me parece que sí; contestó la virginal Esposa mirando amorosamente á Jesus.

—Pues entónces no demoremos la entrada en la casa del diablo, y que nuestro Cristo la purifique para siempre.

Y poseídos de emocion profunda se dirigieron al templo del sol, donde, como hemos dicho, recibían adoracion y sacrificio trescientos sesenta y cinco ídolos, en otros tantos altares.

La emocion que dominaba en María y José, era

hija del celo que tenían por la gloria de Dios; del deseo ferviente que les animaba de ver á Jesucristo venciendo á Luzbel; de ver al imperio de Satanas desmembrado por el Salvador del mundo.

Y en aquellos momentos una celestial majestad vino sobre su profunda humildad, formando el compuesto más amable á la vista de los hombres, y más terrible á la vista orgullosa del infierno.

La gloria y la grandeza de Dios les envolvía, les cubría, les rodeaba; iba delante de ellos, aterradora, irresistible para los seres malditos que eran adorados en el templo del sol.

Cuando con esta gloria y grandeza penetraron por los suntuosos lindares del templo, aterrados los inmundos espíritus que en él recibían culto se estremecieron, temblaron como ligeras hojas combatidas por el huracan, y dando gruñidos de terror y alaridos de rabia, agitaban los ídolos de piedra y de metal en las urnas de los altares, como si fueran ligerísimas aristas, á pesar del enorme peso específico que tenían.

El rumor de las estatuas que se balanceaban, dando golpes contra las paredes de las urnas, y las voces aisladas y los gruñidos de rabia de los demonios, producían un como ruido de irritadas olas que se lanzan contra la playa, mezclado con los gritos desesperados de innumerables náufragos, que luchan sin fuerzas con la muerte y la violencia de la tempestad... Mas no, esta comparacion no es exacta; aquel

ruido era todo esto y mucho más; era la desolacion del horror... era lo que los hombres no podemos comprender.

Tal vez con aquel ruido, con aquella confusion, con aquellos alaridos, semejantes á los del huracan desencadenado, intentaban los demonios infundir el miedo en los pechos de María y de José; pero si esta era su intencion no les dió resultado ninguno. Los espíritus de María y de José eran invencibles, por lo mismo que con ellos estaba Jesucristo, y de consiguiente permanecían impávidos, serenos, tranquilos.

La Vírgen santísima dijo á su amado Esposo al oir aquel estrepitoso y horrible desconcierto:

—La fiera brama y tiembla; razon que le sobra tiene para ello. La fuerza indomable del Cristo la compele al abismo. ¡Gloria á Dios! exclamó en un arrebato de entusiasmo de las supremas victorias.

—¡Gloria á Dios! exclamó tambien José, poseído del mismo entusiasmo.

Y diciendo estas palabras augustas, síntesis admirable de todas sus aspiraciones, penetraron, franqueado el atrio, en el interior del templo.

Allí dominaba el terror, y la confusion, y el estrépito del infierno, en un grado inconcebible. El retemblar del trueno, el mugido de las olas irritadas del mar, el bramido de las muchedumbres desenfrenadas, y el sordo y espantoso rumor de un terremoto, que hunde en los abismos de la tierra lo que era país floreciente, todo esto junto no puede compararse con

el ruido especial, desacordado, horroroso que salía del templo del sol, poniendo la ciudad en consternacion; helando la sangre en las venas de los hombres más serenos.

Y sin embargo, María y José se mantenían impávidos, tranquilos, fuertes como los ejes del mundo.

La Madre de Dios, con la majestad y la autoridad de Reina de los cielos, levantó en sus brazos al Niño divino, y teniéndolo así suspendido, profirió solemnemente estas palabras:

—Sal de aquí, espíritu inmundo, y huye á los desiertos donde no morará jamas alma viviente; sal de aquí. Yo, débil mujer, en nombre del Altísimo te mando que destruyas los ídolos en que has sido adorado.

Un alarido de rabia inconcebible, de infinita desesperacion conmovió la ciudad de Heliópolis, haciéndola temblar hasta en sus cimientos, y á este alarido siguió un estruendo aterrador, como si en aquel mismo momento se hundieran todos los edificios de la poblacion.

Este estruendo era producido por los ídolos lanzados por el infierno con tanta rabia contra el suelo, que con ser ellos ya de metal muy duro, ya de granito, quedaron reducidos á menudos pedazos, de manera que no era posible conocer á qué parte del cuerpo del ídolo pertenecieran.

El demonio, tratando de vengarse en los santos Viajeros de la ruina á que venía su culto, intentó

arrojar contra ellos las estatuas de los ídolos, para dejarles sin vida; pero la virtud divina protegía á la Vírgen inmaculada y al santo Patriarca, y los intentos de Satanas fueron vanos. Tuvo fuerza para hacer de los ídolos menudos pedazos al arrojarlos contra el pavimento, mas no la tuvo para lanzarlos sobre María y José, y particularmente sobre el Niño Jesus. La virtud que le compelía, le encadenaba.

Y viendo este resultado, la multitud de los espíritus infernales, obedeciendo mal de su grado á la Madre de Dios, atronando el firmamento, y llenando de nuevo espanto la ciudad con sus maldiciones y alaridos desesperados, tomó la direccion del desierto, y vino á morar donde no pondrá nunca su planta el hombre.

Jesus había triunfado. Sus padres, presa de inexplicable emocion, se prosternaron ante el acatamiento del Altísimo, en aquel lugar purificado ya del inmundo espíritu; en aquel lugar que Satanas no debía manchar otra vez con su maldita presencia, y mucho ménos en su culto execrable.

—Oh Cristo! dijeron María y José bañados en dulce llanto; que así vences al espíritu inmundo, que así arruinas el imperio de Satanas; que así tomas posesion del gentilismo; que así llamas los hombres todos á la comun herencia, que es el tesoro inagotable de tu amor y de tus méritos; nosotros, humildes instrumentos de tus grandezas y maravillas, te bendecimos, y adoramos, y damos gracias! No

tardes en hacer en todo el mundo lo que acabas de hacer aquí; no tardes en reunir en un mismo aprisco á todos los hombres; en el aprisco de tu infinito amor. Te lo rogamos por la gloria del Padre, que te anima, y por la caridad inagotable que impulsa tu divino pecho. Acuérdate de que los hombres somos hermanos é hijos de un mismo Dios, y no permitas ya que en la tierra sea adorada la criatura maldita que osó escalar tu trono, y que cayó, confundida por tu ira, desde las alturas del cielo al abismo insondable del infierno.

Y miéntras decían esta oracion con todo el fervor de su caridad, las gentes de Heliópolis acudían azoradas y atropelladamente al templo, unas para pedir proteccion á los ídolos, otras impulsadas por una fuerza superior; las ménos inducidas por una curiosidad sumamente justificada.

Y el templo, desierto ya, sin ídolos, llenóse en pocos momentos de la multitud que de todos los lados de la ciudad acudía alborotada, llena de espanto, con indelebles señales del terror de sus almas en el rostro.

—¿Qué ha sido? se preguntaban precipitadamente; ¿qué ha sido lo que ha llenado de terror nuestras almas?

—¿Habéis oído las voces, y los alaridos de seres sobrenaturales? decían otros.

—La sangre se nos ha helado en el corazon. Aún resuenan en nuestros oídos aquellos gritos; aún oimos

el estrépito espantoso, sin precedente. Parecía que el mundo iba á sepultarse en el cáos, y que el firmamento se venía sobre nuestras cabezas! exclamaban otros, buscando palabras para pintar su terror y no encontrándolas.

—¿Qué males augura esto para el Egipto? ¿Llora el cielo nuestra ruina, ó quiere aniquilar nuestra impotencia?

Así hablaban atropelladamente miéntras entraban en el templo, del cual saliera el estrépito.

Y por de pronto no veían las urnas desiertas; por de pronto sólo veían ruinas sobre el pavimento.

—El templo va á derrumbarse. Mirad las piedras desprendidas de la bóveda. Salgamos de aquí; gritaban unos.

—No, no; son nuestras divinidades hechas pedazos lo que hay por el suelo.

—¡Ay de nosotros que los ídolos nos abandonan! ¡Ay de Egipto, sin independencia y sin númenes protectores!... una gran batalla se ha dado aquí, sin duda entre las divinidades romanas y las egipcias. Éstas, corridas de pertenecer á una nacion abatida y sin independencia, nos habrán abandonado como indignos de ellas!

Y un gran lamento se levantó en el recinto del templo del sol. Aquellos desdichados lloraban sus divinidades destruídas; lloraban como niños que han quedado huérfanos. ¡Infelices! ¡lloraban sobre la dicha que les saludaba!

Pero las voces, los comentarios, las opiniones se sucedían con verdadero frenesí, y se mezclaban con los alaridos de las mujeres, y con los suspiros y gemidos de muchos hombres.

Algunos no querían dar crédito á las suposiciones apuntadas y hacían otras nuevas: cada cual, como sucede en estos casos, indicaba su parecer, y lo sostenía como el único válido, como el único admisible, como el único racional, por irracional que fuese.

En esta disposicion algunos se fijaron en la Sagrada Familia, que desde un lado del templo contemplaba aquella escena con verdadero pesar por una parte, viendo el fanatismo y dolor de aquel pueblo; por otra parte con viva é íntima alegría, considerando al Egipto fuera de la presion maldita del demonio.

La calma que revelaban en su aspecto, la tranquilidad de que daban evidentes pruebas, y el modo particular como vestían, fueron parte para que los conturbados egipcios fijaran en ellos la atencion, y les miraran con el recelo que se mira al sospechoso.

—¿Quiénes son aquéllos? preguntaron algunos, señalándolos á la suspicacia de los congregados.

—Parecen extranjeros. Su vestido así lo da á entender, y el polvo que les cubre revela que su llegada es reciente.

—¿Cómo se atreven á insultar con su indiferencia el dolor del pueblo hospitalario que les recibe?

Esto se decía á gritos, y estos gritos tenían suma tendencia á la amenaza. El furor y espanto de aque-

llas gentes buscaba un punto donde descargar, y era muy natural que amenazara á unos indefensos extranjeros, los cuales parecían recogidos en sí mismos.

El grupo donde brotara esta especie iba aumentando, y la sospecha latente, indicada por las palabras que hemos leído, cundía con gran rapidez, hasta llegar á apoderarse de todos los ánimos.

—¿Quiénes son esos que presencian impávidos el dolor inmenso de la nacion que les recibe? se repetían todos.

—¿Serán ellos causa del infortunio que lamentamos? preguntó uno.

—Si no son causa, son testigos presenciales de la ruina de nuestros dioses; dijo otro levantando la voz.

—¿Cómo es eso? ¿cómo es eso? preguntáronle muchos, agolpándose en su derredor.

—Yo los he visto penetrar en el templo, y tan luégo como han franqueado sus umbrales ha tenido comienzo el ruido espantoso, los alaridos terribles y los misteriosos rumores que han dado por resultado la destruccion de los númenes adorados de Egipto.

—Ellos son sin duda quienes los han destruído. ¡Mueran!... gritaron los más exaltados, que son siempre los más irreflexivos; que son los que en los motines y alborotos suelen ser el espíritu del crímen.

—¡Qué desatino! exclamó uno con voz robusta. ¿Cómo es posible que unas pobres gentes destruyan en un momento á los ídolos de nuestra nacion, y los destruyan hasta el punto de hacerlos añicos?

—Es que son magos; gritaron los alborotadores, irritados por la oposicion que encontraban.

—¿Y qué poder tienen los magos sobre las potentes divinidades del Egipto? observó el contrincante.

—Los amuletos son omnipotentes, y sin duda alguna que ellos los tendrán.

—Entónces si con un amuleto han podido destruir á nuestros fortísimos dioses, no os acerquéis á ellos, porque con mayor facilidad os destruirán á vosotros.

La observacion era oportuna, y se impuso por unos momentos, al ménos, á los exaltados, y de consiguiente á los que empezaban á participar de sus ideas. Con todo, como á aquéllos no les convencen razones, por poderosas que sean, pues obran á impulso de las pasiones, no desistieron, y algunos instantes despues volvían á su tema, y miraban con no poco enojo á la Sagrada Familia.

—Ellos son sin duda quienes han dado este día de luto al pueblo egipcio; murmuraba uno.

—Ellos son sin duda los que atraen sobre el pueblo que les recibe inmensas calamidades; decía otro.

—Es preciso castigarlos; es preciso vengar en ellos á nuestros dioses.

Y esta especie cundía por el templo. Y los santos Viajeros eran mirados recelosamente por la multitud, la cual se reducía aún á amenazarlos con la mirada.

José advirtió lo que estaba pasando, y tembló por el Cristo y su Madre santísima.

—María; la dijo lleno de sobresalto; el pueblo sospecha de nosotros, y su irritacion es grande.

—Esta es una tempestad que acumula el infierno sobre la cabeza del Cristo vencedor.

—¡Oh! pongámoslė á salvo, por piedad. Salgamos de aquí! balbuceó el santo Patriarca lleno de miedo.

—Es imposible salir. El templo está lleno de gentes, y otras muchas más van llegando á cada instante.

—Entónces ¿qué hacemos? exclamó José en el colmo de la angustia.

—Esperar. El Cristo vencedor de los ídolos contendrá la multitud, y ó mucho me engaño, ó vamos á ver manifiesta la gloria de Dios, y deshechas las tramas de Satanas.

La calma con que hablaba María daba á entender la gran confianza de su corazon en el Altísimo.

—Dios no hace las cosas á medias; dijo con seguridad; ha empezado la obra de la glorificacion de su Hijo, y esta obra va á terminar. El enemigo está derrotado y nada hay que temer.

La tranquilidad de María se comunicó en José, y el corazon del Patriarca no temió ya por los seres amados; esperó ver confirmadas las palabras de su Esposa; se dispuso á presenciar la conclusion de aquella escena.

Miéntras tanto, la multitud ya sólo miraba á un punto, y era el en que los Santos expatriados se hallaban: ya sólo pensaba en una cosa, y era en casti-

gar en ellos la ruina de los dioses; ya sólo hablaba de una cosa, y era de los que habían traído á Egipto, lo que llamaban desgracia y calamidad irreparables.

Las amenazas eran hechas en voz alta; aquel pueblo bramaba como las aguas del mar alborotado, y con todo, nadie se movía del sitio. Sin duda alguna que les estaría conteniendo una fuerza superior á la humana.

Los más audaces exclamaron con una voz de todos oída:

—¿Qué hacemos? Castiguemos á los destructores sacrílegos de nuestras divinidades. Demos á los númenes de Egipto la satisfaccion condigna; desagraviémosles de la terrible ofensa recibida.

Y algunos se juntaron á los audaces, y trataron de ir sobre los santos Viajeros.

José, que lo estaba examinando todo, acercóse á María por un movimiento instintivo, como para protegerla y con ella al Niño divino; miéntras que de sus labios brotaba una oracion ferviente.

Aquel movimiento no era de duda, no era de desconfianza en la proteccion que del cielo esperaba; era, como hemos dicho, un movimiento instintivo; uno de esos movimientos hijos del sistema nervioso que hace el hombre sin darse cuenta de ellos, sin que intervenga para nada en ellos ni la reflexion, ni la voluntad.

María oró tambien, y su plegaria fué atendida en el acto por el Hijo adorado.

—Hora es ya que manifiestes tu poderío, Jesus querido; dijo. Da á entender al pueblo de Egipto que quien vence y encadena el poder del infierno, encadena y vence tambien las iras populares.

Oída esta deprecacion, el Cristo miró á las turbas alborotadas, y los más audaces, subyugados por el poder y la fuerza de aquella mirada divina, bajaron los ojos, y detuvieron el paso, y se sintieron impotentes. Así calma las iras del mar alborotado aquella mirada excelsa; así enfrena los furores de la tempestad la luz soberana que destella de los ojos del Cristo.

Poseídos de misterioso terror los egipcios se contemplaban impotentes, y atribuyendo el hecho á los efectos de la magia, pidieron á voces que vinieran los sacerdotes, grandes maestros en el arte maldito de los encantamientos. En su consecuencia exclamaban:

—¿Cómo abandonan al pueblo y á los dioses de esta manera los sabios de la nacion?

Y así se hablaba y gritaba, cuando con paso solemne y dando muestras de honda preocupacion, apareció por la puerta que comunicaba con las habitaciones sacerdotales un hombre ya entrado en edad, revestido con ropajes suntuosos y de una riqueza y de una labor admirables.

—¡Afordisio, sálvanos! exclamaron muchos levantando á él las manos.

Afordisio, pues este era el nombre del sumo sacer-

dote del sol en aquella ocasion, puso la preocupada mirada en el pueblo, como preguntándole de qué males había de salvarle.

Los egipcios entendieron sin duda en este sentido la mirada del sacerdote, pues señalando á una los santos Viajeros, clamaron de nuevo con cierta desesperacion; con la desesperacion de la impotencia.

—Los que han derribado y destruído nuestras divinidades son unos magos que nos tienen fascinados.

Afordisio descendió, encaminándose al sitio donde estaban Jesus, María y José.

La preocupacion del idólatra iba á cada paso en aumento, de manera que cuando hubo llegado al punto donde se dirigía, hubiérase dicho que estaba poseído de no sé qué temor, de no sé qué sentimiento misterioso de respeto. Jamas estuvo ninguno de su colegio tan reverente en la presencia del Faraon, allá por los buenos tiempos del Egipto.

Esto tenía admirado no sólo al pueblo, sino tambien al sacerdote del sol.

—¿Qué es lo que me pasa? se preguntaba éste, osando apénas poner los ojos en el humilde grupo.

—¡Le han fascinado tambien! murmuraba el pueblo con cierta desesperacion.

Afordisio, como un reo á presencia del juez, no sabía hablar, no acertaba en combinar una frase.

José, viéndole en este estado, salió en su ayuda, y con la humildad que le era propia dijo:

—Señor, somos unos pobres expatriados, que aca-

bamos de llegar á Heliópolis, y venimos de lejanas tierras. El Egipto, que tiene fama de hospitalario, ¿nos negará un rincon de su tierra, donde vivamos oscuros y tranquilos pensando en nuestra patria?

La voz de José era tan dulce, tan humilde, tan apacible, que los corazones de los allí congregados, trocándose en un momento apénas la oyeron, no se acordaron ya de los propósitos de venganza que instantes ántes les animaban. Así es que, movidos de simpatía, se acercaron todos silenciosos al santo grupo, deseando no perder una siquiera de las palabras que se hablaran.

La tempestad estaba calmada; la bonanza se había restablecido; Dios obraba como sabe.

José, sorprendido de tal efecto, pero sin revelar nada de su sorpresa, miraba al sacerdote del sol con la mirada más bondadosa de sus ojos. María tenía puestos cariñosamente los suyos en el adorado Cristo, dándole gracias por lo que estaba sucediendo, é implorando sus bendiciones sobre el pueblo congregado en torno suyo.

Afordisio, como el pueblo egipcio, sintiendo en el alma los benéficos efectos de la influencia de la Sagrada Familia, perdió el temor que poco ántes le dominaba, y preguntó, no en son de sospecha, sino como un amigo pregunta á su amigo querido:

—¿A qué país pertenecéis? ¿De qué tierra llegáis?

—Somos descendientes de aquellos que siglos atras edificaron las ciudades más hermosas de la tierra de

Gesen. Nuestros padres han morado mucho tiempo entre vosotros.

—¿Sois hebreos pues?

—Mi querida esposa nació en la pequeña ciudad de Nazareth, arrullada por las auras perfumadas del Tabor; nuestro Niño y yo vimos la luz en la ciudad de Belen, no léjos del sitio donde duerme el último sueño la madre Raquel. Los tres pertenecemos á la tribu de Judá y somos de la familia de David, el rey profeta.

—¡A triste condicion habéis venido, teniendo tan notable alcurnia! dijo Afordisio con lástima.

—No nos compadezcáis, señor; balbuceó María, apoderándose irresistiblemente de los corazones de todos con su gracia, con su modestia, con el *quid divinum* que acompañaba á sus palabras. Dios lo ha querido así, y nosotros le bendecimos por ello. Las riquezas no son indispensables á la felicidad.

Semejantes palabras eran inauditas en Egipto, y con razon llenaron de asombro á todos cuantos acababan de oirlas; pero particularmente al sabio Afordisio. Aquella sublimidad le dejó sin saber qué decir. Era una filosofía nueva, era todo un tratado de la verdadera dicha lo que venía sintetizado en las palabras de aquella Mujer... ¿Dónde había aprendido tales cosas?

Afordisio, poseído de respeto profundo, movido tal vez á adorar á María como una cosa nueva, miróla y bajó los ojos. La majestad de la Vírgen era tan grande

como su modestia, y estaba de una manera singular mezclada con una humildad sin límites. Todo esto tenia desconcertado al sacerdote del sol; el cual, para salir de aquella indecision, y deseoso de que hablaran los santos Viajeros, se expresó así:

—El pueblo de Israel es un pueblo querido del nuestro, y el Egipto se honra con albergar á los descendientes de Jacob, á condicion de que no sean unos criminales.

—Si crímen es el amor, criminales somos nosotros; dijo María.

—¡Crímen el amor! observó pasmado Afordisio, mirando no sé por qué á Jesus.

—Este es nuestro crímen; ó mejor, el crímen de mi Hijo adorado.

—¿Puede amar un Niño tan pequeño? preguntó el sacerdote con extrañeza.

—Dios ha puesto el amor en su Corazon, y ama con toda la fuerza de su vida, áun cuando os parezca un tanto singular; contestóle María con suma prudencia.

—Singular cosa es esa, en verdad; pero no me extraña, porque advierto en vosotros otras singularidades; balbuceó Afordisio algo preocupado por las palabras que salían de la boca de la Vírgen.

—Con todo, somos hombres como los demas; sujetos á todas las necesidades de la especie humana.

El sacerdote no pareció haber oído la indicacion de José, y siguió preguntando:

—¿Y ese amor, que es el crímen de tu Hijo, os ha obligado á expatriaros?

—Sí; es la única causa de que nos hallemos en Egipto; es la única causa de que hayamos dejado la patria, donde tiene el Niño un enemigo que le persigue de muerte.

—¿Porque ama? exclamó Afordisio con asombro; con indescriptible estupor.

—Sí; porque ama con todo su Corazon, con toda su vida, con todas sus fuerzas; porque ama como en el mundo no se había amado aún; porque ama con un amor del que no podéis formaros una idea, pero que en su día será conocido de los hombres, y correspondido por algunos, no por todos. Entónces los que le amen beberán en la copa de una felicidad indescriptible, de una felicidad inagotable.

—¡Mujer! no hay en Egipto jeroglífico igual á tus palabras: si no llevasen estas palabras el sello de la verdad en sí mismas; si no se impusieran al alma con fuerza que no acierto en comprender, pensaría que nos engañas. Pero no es así; estoy cierto; no es así. Por lo mismo te suplico que nos las expliques, que nos las aclares, que nos reveles el misterio que contienen.

—Por ahora es un secreto, señor, y os ruego que no me obliguéis á revelarlo, pues no me pertenece. Día ha de llegar en el cual se hará público, y entónces el mundo admirado entonará á Dios un himno de gloria.

—Respeto el secreto de que me hablas, al mismo tiempo que tus palabras penetran en mi alma y la llenan de indecible emocion. Mas ¿no me dirás quién persigue á tu Hijo por el crímen singular de amar á los hombres?

—Un personaje muy poderoso, el cual ha hecho derramar muchas lágrimas en Israel.

—¡Malvado ha de ser!... ¿Y no hay ley en vuestra patria que proteja á los desvalidos?

—Las leyes de nuestra patria las ha dictado Dios, con lo que dicho se está si protegerán ó no á los débiles; pero desgraciadamente se prescinde de ellas: por esto Israel ha caído en el abatimiento y en la postracion; dijo María tristemente, al mismo tiempo que exhalaba un suspiro.

—¿Y hace mucho tiempo que habéis dejado vuestra patria? preguntó Afordisio preocupado por alguna idea.

—Bastantes días, señor. Como somos tan pobres, hemos tenido que hacer el viaje á pié, por cuyo motivo se ha prolongado más de lo regular. Hace poco que hemos llegado, y como no tenemos conocimientos en la ciudad, deseando descansar á la sombra nos hemos entrado aquí, en ocasion en que los ídolos se derrumbaban y caían hechos pedazos; dijo José.

—¿Habéis presenciado esta enorme desgracia para nuestra nacion?

—Hemos asistido á la ruina de vuestras divinidades; hemos sido testigos presenciales de lo que os aflige.

—Y la espantosa conmocion del templo y la ciudad ¿no han helado la sangre en vuestras venas?

—¿Qué tiene que temer el hombre cuando Dios está con él? No, no nos hemos espantado; no hemos perdido nuestra habitual tranquilidad; contestó José sencillamente.

Los circunstantes se miraron pasmados luégo de haber oído las palabras del santo Patriarca, y pensaban si aquellas gentes serían de una naturaleza superior á la humana.

Afordisio quedó pensativo, como vacilando: luégo decidiéndose por preguntar lo que hacía mucho rato le preocupaba, habló á los sagrados Viajeros de esta manera:

CAPÍTULO XV.

Continuacion del anterior.

—Hace un momento me preguntabais si el pueblo hospitalario de Heliópolis os recibiría á vosotros, pobres expatriados, y lo preguntabais en una circunstancia en que el mismo pueblo estaba excitado en gran manera, por suponeros autores de la ruina de sus venerandas divinidades. El Dios que adoráis ha puesto en vuestras palabras el testimonio de vuestra inocencia, y los que poco ha estaban dispuestos á vengar en vosotros la desgracia que nos aflige, os

miran ya con simpatía, y os suplican por mis labios que no abandonéis la ciudad; que moréis en ella. Vuestra presencia en Heliópolis atraerá sobre nosotros las bendiciones de lo alto.

—Bendito sea el Señor, que protege á los que le aman, y disipa en un momento las tempestades más formidables; bendita sea de Él esta ciudad, que tan generoso albergue nos ofrece por vuestros labios. Somos pobres viajeros expatriados y no teniendo otra cosa con que pagaros tanta bondad, no dejaremos nunca de invocar sobre Heliópolis las bendiciones y las misericordias del Dios de Israel; dijo María con suma gracia y modestia; gracia y modestia que acabaron de ganarle no ya la simpatías, sino los corazones de los presentes.

—Haciéndolo así cumpliréis como nuestra hospitalidad se merece.

Afordisio hizo una pausa. Luégo pasando á un nuevo órden de ideas, dijo:

—Puesto que acabáis de llegar de Judea, deseo me contestéis á una pregunta muy importante que debo haceros. El carácter de gran sacerdote del sol me obliga á ello, y nadie como vosotros podrá acallar mis dudas, y trocar en manantial perenne de alegría la profunda tristeza que aflige al pueblo egipcio.

—Si buenamente podemos satisfacer vuestros deseos, señor, contad que lo haremos con todo el afecto de nuestro agradecido corazon; con todo el deseo que nos anima de pagar con àlgun bien la generosa hos-

pitalidad que nos concedéis. Hablad, pues, y hacedlo con toda libertad.

El sacerdote puso con reconocimiento los ojos en María, miéntras el pueblo, cuya curiosidad, cuyo interes acababan de excitar las palabras de Afordisio, acercóse cuanto pudo al grupo venerando.

Y reinó en el inmenso templo un silencio sepulcral. Parecía cosa imposible que hubiese congregada en su recinto tan enorme multitud.

En este estado Afordisio, poseído de honda emocion, empezó á revelar un secreto, mantenido hasta entónces cuidadosamente oculto al pueblo idólatra.

Era uno de aquellos secretos tan perfectamente guardados por los sacerdotes egipcios, y transmitidos á la posteridad con jeroglíficos, de imposible explicacion para quien no tuviese la llave con que descifrarlos.

Cuanto dijo el sacerdote admiró profundamente al pueblo de Heliópolis, como se comprenderá apénas se sepa en qué consistía.

Hé aquí, pues, de qué manera habló Afordisio:

—Vuestra patria es la de los profetas grandes, oh viajeros, como la nuestra es la de los grandes magos; y vuestros profetas no sólo han vaticinado sobre Israel, sino tambien algunas veces sobre las demas naciones, y una de las tantas es el Egipto. Nosotros, los sacerdotes del sol, encargados de examinar y estudiar todo cuanto tenga relacion con nuestra patria, y de guardar en los archivos egipcios los documentos que

á la nacion y su historia interesan, conservamos una profecía de un gran profeta hebreo, en la cual se nos anuncia extrañamente, de una manera incomprensible, lo que acaba de suceder aquí.

El pueblo, oyendo estas inesperadas ideas, redobló su atencion y su silencio, y procuró acercarse más al santo grupo formado por Jesus, María y José, esperando ver en qué paraba aquello.

María y José pusieron una mirada de amor inmenso en el Niño, y levantando los corazones al cielo, dieron gloria al Señor por la nueva manifestacion de su misericordia que iba á tener lugar allí.

Así las cosas, la Vírgen santísima, con la autoridad que el cielo la daba sin ella conocerlo, dijo:

—Dignáos, señor, decirnos qué profeta del Dios vivo es ese á quien os referís.

—Es el profeta del llanto y de las ruinas; es el que se apodera del alma, y la entristece, y la hace gemir, y arranca al corazon hondos sollozos. Se llama Jeremías. ¿Conocéis sus escritos?

—Sí, les conocemos, porque en Israel las cosas de Dios se hacen públicas, para que el pueblo las medite.

—Jeremías, pues, ha vaticinado ruinas para Judá y para Heliópolis; pero las ruinas vaticinadas son muy distintas. No quiero ocuparme de las que se refieren á vuestra nacion, pues no es del caso; pero me importa hablar de las que profetiza para el Egipto, para Heliópolis, para este templo en fin... Yo no lo

creía, y por tanto no lo esperaba; pero á pesar de todo, parece que su vaticinio se ha realizado; dijo Afordisio con suma melancolía. Y si no se ha realizado, ¡ay de nosotros; ay de Egipto!... ¿qué nuevas calamidades se le preparan á nuestra nacion?...

—Algunos de los vaticinios del profeta del Señor al cual os referís, van á tener en breve exacto y fiel cumplimiento!... dijo María no pudiendo contener una lágrima, y mirando compasivamente al Cristo.

Las palabras de Afordisio le traían á la memoria la cruel muerte que Judá daría á su Redentor, y los terribles, espantosos castigos que lloverían sobre la malvada é ingrata nacion, tan triste, tan minuciosa, tan fielmente descritos muchos años ántes por Jeremías.

¡Ah! era natural que la Vírgen santísima mirara á su adorado Jesus, y pensando en Él y en su pueblo no pudiese contener en la órbita de los ojos una lágrima rebelde.

José suspiró, bien que imperceptiblemente. Tambien á él se le alcanzaba algo del motivo de la honda pena de su virginal Esposa; tambien él pensaba en Jesus muriendo inmolado, y en el pueblo que le inmolaría desatentadamente.

Afordisio, para quien pasaron desapercibidas las lágrimas de María y el suspiro de José, con mayor preocupacion, con voz reñida con el carácter impasible del sabio, que el Egipto estaba acostumbrado á mirar y venerar, prosiguió en esta forma:

—He dicho que cuanto acababa de suceder aquí es una gran calamidad para el Egipto, si la profecía de Jeremías no se ha cumplido ya. En este caso la ruina de nuestras divinidades inauguraría para la amada patria una era de prosperidad, de bienandanza y de dicha. La angustia de esta indecision, y mi deber de gran sacerdote, me obligan á conjuraros á que me digáis, á que digáis al pueblo que os recibe, por la generosa hospitalidad que os concede, si sabéis que se haya cumplido el vaticinio de que os hablo.

—Nosotros somos pobres, y por tanto hemos podido dedicar poco tiempo al estudio de los Libros Santos de Israel; y áun cuando conozcamos algo los escritos proféticos de Jeremías, no podemos contestar á vuestra pregunta, si no os dignáis exponernos la profecía á que os referís; dijo José modestamente.

—¡Pues qué! ¿tantas veces se ocupa el vate de nuestra patria en sus admirables escritos?

—Pocas, señor; y yo á mi vez debo deciros que la parte que conozco de sus vaticinios referente á Egipto, se ha cumplido ya; pero puede ser que esta parte no se refiera á lo que vos os referís.

—¿Se ha cumplido? preguntó Afordisio con suma alegría; no pudiendo contener los impulsos de su corazon; dominado por un sentimiento de naturaleza inexplicable para él, como quiera que procedía del cielo. Oh viajero, prosiguió con sumo interes; yo te suplico me digas en qué consiste esa profecía.

—Despues será, si bien os parece, señor. Ahora

decidme ya cuál sea ese vaticinio de Jeremías; vaticinio que acaso no se conozca en Israel, lo que es muy posible si sólo al Egipto interesa.

La prudencia y el respeto que debía á la obra de la Encarnacion divina, mantenida en secreto por el Señor para sus fines providenciales y admirables, hicieron que José no accediera por de pronto á la súplica del sacerdote del sol.

Éste, por su parte, parecía tener ciertos reparos en hablar públicamente de la profecía de Jeremías; reparos mundanos, que debían desaparecer para la gloria del Altísimo.

No pudiendo, pues, dejar de hablar, Afordisio lo hizo de esta manera:

—Dice el documento cuidadosamente guardado en los archivos del templo del sol, que nuestras divinidades caerán hechas pedazos por sí mismas, cuando una Vírgen, sin menoscabo de su integridad virginal, dé á luz en Israel al Hijo de Dios Altísimo; y excita á los egipcios á adorar al Unigénito de Dios, abandonando para siempre el culto de los ídolos, reducidos desde entónces á la impotencia. Este singular vaticinio, que al parecer es irrealizable, llevaba preocupados de muchos años á los sacerdotes del sol, hasta que dando por imposible lo que anunciaba, el vaticinio, si no cayó en ridículo, por lo ménos vino á ser casi echado en olvido, pues se le tenía por un secreto de la religion hebrea, difícil de adivinar por los servidores de las divinidades egipcias.

Afordisio miraba á los santos Viajeros como esperando de ellos una respuesta. La ansiedad de su corazon se traslucía en toda su fisonomía.

El pueblo no estaba ménos ansioso que el sacerdote, y al mismo tiempo muy asombrado.

Y por cierto que si no había con lo que oían, motivos para asombrarse, no los habrá nunca.

Todos miraban á la Vírgen santísima y á José; pero éstos, encerrados en un prudente silencio, esperaban que el sacerdote acabara de hablarles, haciendo patentes los motivos de sus dudas.

Así debió Afordisio entender aquel silencio, por cuyo motivo prosiguió:

—Ya comprendéis las causas por las cuales el colegio sacerdotal miraba prevenido el vaticinio de Jeremías. Hay en él cosas tan singulares, tan nuevas, tan inauditas, que justifican la prevencion de que ha sido objeto. Por una parte, el que una Vírgen, sin menoscabo de su integridad virginal, dé á luz un Niño, está sobre los términos de la naturaleza, y tiene todos los caracteres del absurdo; esto es tan grande como el Dios más grande, ó es el sueño de un mentecato; por otra parte, eso de parir una Vírgen al Unigénito de Dios, cuando tantos ídolos veneramos como verdaderos dioses, estaba en contraposicion á nuestra teogonía y á todo lo que creemos; por último, el que cuando ese Unigénito de Dios hubiese nacido de la Vírgen sin menoscabo, nuestras divinidades cayesen por sí mismas hechas pedazos,

tambien se les figuraba un absurdo, una exageracion de una teogonía que pretende sobreponerse á otra... Por todas estas razones el vaticinio de Jeremías era considerado entre nosotros como un jeroglífico indescifrable, cuya llave al morir había llevado el profeta al sepulcro. Con todo, se conservaba cuidadosamente en el archivo del templo del sol, bien que desconocido de muchos sacerdotes, y tenido en poca estima de los que le conocían.

Afordisio enmudeció, mirando otra vez á los santos Viajeros, por ver si al fin se decidían á contestarle; mas como no había llegado el momento; como le faltaba algo por decir al sacerdote, algo que debía redundar en mayor gloria de Dios, los castísimos Esposos prudentemente esperaron.

El egipcio, entendiendo que deseaban conocer el fin de lo que les narraba, concluyó así:

—Pocos días hace que revolvía los documentos y objetos científicos de nuestro archivo, cuando mi mano dió con la mencionada profecía, echada en olvido por casi todo el colegio sacerdotal. No la hice caso, y sin saber cómo otra vez la miré en mi mano, cosa que se reprodujo por distintas veces. Este hecho singular movióme á leerla, y lo hice con mayor atencion de la que yo mismo deseaba; de manera que sus palabras se grabaron profundamente en mi alma, y á cada paso las recordaba, hasta el punto que, desde entónces, bien puede decirse haber sido mi única preocupacion. Hablé de ella varias veces á mis com-

pañeros, y á todos les hizo el mismo efecto que á mí; obligándonos á preguntarnos si realmente, por absurda que pareciera, acabaría por cumplirse, pues una fuerza superior á nuestra voluntad nos la ponía delante, nos la hacía recordar, nos obligaba á meditarla, y al mismo tiempo nos inducía á desear y temer su realizacion. Es seguro que desde los remotos días en que fué hecho, hasta el presente, el vaticinio de Jeremías no llamara tan poderosamente la atencion de las generaciones de sabios sacerdotes del sol que se han pasado. Con todo, fuerza es confesar haber habido alguna que esperó su cumplimiento, por lo que diré cuando me hayáis dado una contestacion.... Todo lo que voy exponiendo era muy singular, y me obligaba á preguntarme á menudo si en efecto habría llegado la época de cumplirse la profecía, cuando hace poco ha sucedido aquí una catástrofe inmensa para el Egipto, si las palabras de Jeremías no son ciertas... Pensad ahora vosotros, oh viajeros, lo que pasará por mi pecho y las angustias de mi alma, miéntras espero de vuestros labios una respuesta. Hablad ya; decidnos si sabéis si ha parido en Judea una Vírgen, sin menoscabo de su virginidad. Estoy dispuesto á dar crédito á vuestras palabras, porque sobre decirme cierta voz interior que no podéis mentir, prefiero creer una cosa tan nueva, ántes que decidirme á llorar sobre las desgracias que amenazarían á mi patria en caso contrario.

Calló el sacerdote, y ansioso, como es de suponer,

esperó la contestacion que deseaba. Y cosa singular; lo natural era que preguntase á José; pero una fuerza invencible le obligaba á dirigirse á la Vírgen.

El pueblo, poseído de la ansiedad de Afordisio, miraba á la Madre de Dios; la cual, con los ojos modestamente puestos en Jesus, habló de esta manera:

—En efecto; la Vírgen vaticinada por Jeremías, sin menoscabo de su virginidad ha dado á luz un Niño, que es el Unigénito del Altísimo.

El acento de María era tan augusto; tan grànde la noticia que acababa de dar, que los egipcios, á imitacion de Afordisio, se estremecieron, sintiéndose impulsados á caer de rodillas. El mismo laconismo de las palabras de la Esposa castísima de José contribuía á que hicieran más impresion.

Turbado el sacerdote preguntó:

—¿Y dónde se ha hecho cosa tan nueva; dónde ha nacido el Hijo del Altísimo?

—Estaba profetizado tambien; y ha venido al mundo en la ciudad predicha por Miqueas.

—Pero instrúyenos, amada viajera; instrúyenos en los secretos de ese misterio. ¿Cómo ha podido hacerse que una Vírgen sea Madre sin dejar de ser Vírgen? Esto parece imposible, y sin embargo lo creo. Los fragmentos de nuestras divinidades que tenemos á la vista lo acreditan.

—Nada hay imposible para el Dios omnipotente y único de Israel. Hechos añicos por ese Dios, han sido los ídolos nefandos que adorabais, y esto en

un momento, cosa imposible á los hombres; ¿no es cierto?

—¡Es verdad! dijo Afordisio pensativo; recogiendo en su alma una por una las palabras de Miriam.

—Esto significa que el Dios único de Israel; el Dios que ha nacido de una Vírgen, puede lo que no pueden los hombres; puede lo que no pueden las mentidas deidades que adorabais: vence fácilmente á los mismos poderes sobrenaturales, pues poder sobrenatural moraba en los ídolos que pisáis destruídos.

—¡Es verdad! balbuceó Afordisio, subyugado por las palabras de la Madre de Cristo.

—Entónces si tanto puede, ¿por qué negarle que pueda hacer que una Vírgen dé á luz un Niño, sin menoscabo de su virginal integridad? Maravilla es esta de su omnipotencia; cosa no imaginada por los hombres, por lo mismo de ser superior al poder de los mortales; mas esto no prueba que no sea natural en Dios, que no sea facilísimo en Dios. El Señor que hizo de la tierra vírgen un cuerpo para el hombre, ¿no podía formar en las entrañas de una Vírgen un cuerpo para su Hijo unigénito? El que puede hacer que un rayo de luz atraviese un cristal sin romperlo, ¿habrá tenido dificultad en atravesar el claustro virginal sin menoscabarlo? El que con sólo pronunciar una palabra hizo de la nada, y dió forma y hermosura á todas las cosas, ¿habrá tenido dificultad en hacer la cosa nueva que os asombra y admira con justicia?... Para los hombres hay muchas cosas im-

posibles, pero nada imposible hay para el Dios de Israel: obra todo lo que quiere, y al obrar lo hace únicamente impulsado por el amor que nos tiene. Este amor le ha movido á bajar del cielo á la tierra; este amor le ha obligado á encarnarse; este amor le hace suspirar por el bien de los hombres, en el cual trabaja.

—¿Qué palabras nunca oídas salen de tus labios, oh viajera? ¿Qué extraña sabiduría es la que nos asombra con sus grandezas nunca imaginadas? ¿Qué Dios es ese que predicas, tan distinto de los dioses que adorábamos hasta aquí? preguntó Afordisio confundido, y á la vez encantado con las palabras de la Vírgen.

—En efecto; distinto es el Dios de que os hablo, muy distinto de las mentidas deidades que adorabais; porque el Dios de Israel, todo amor y poder, es la verdad, es la felicidad, es la vida; y los ídolos venerados hasta hoy por el Egipto, eran todo odio é impotencia, todo mentira, todo desdicha, todo muerte. Por eso os admiran mis palabras, de sí tan sencillas; por eso os asombran las ideas que expongo, nuevas para vosotros, pues desconocido os es el Dios Altísimo que las produce.

—La luz que tus conceptos despiden ilúmina mi inteligencia, y merced á sus rayos benditos, me parece descubrir una parte de la grandeza y de la verdad del Dios de Israel. Yo creo que ha nacido su Hijo unigénito para bien de los hombres, á quienes

ama entrañablemente; creo asimismo lo que hasta hace poco se me figuraba un absurdo; esto es, que ha nacido de una Vírgen, sin menoscabar su integridad virginal, y todo esto lo creo no solamente porque me lo dices tú, en cuyas palabras no puede haber dolo, sino por confirmarlo la profecía cumplida de Jeremías, conforme lo acreditan los menudos fragmentos de las divinidades hasta hoy adoradas por el Egipto. Esto creo, y conmigo lo cree tambien el pueblo que reverente te oye; el pueblo que admirado contempla al gran sacerdote del sol, el cual goza fama de sabio, recibir lecciones de tus cándidos labios, y recibirlas con la gratitud y amor con que la planta mustia por la sed recibe el agua bienhechora; pero por lo mismo que lo creo así, te suplico que te dignes hablarnos del misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, ya que sería ofenderle presumir haberse encarnado sólo por capricho, y amarnos tan entrañablemente por puro antojo.

María y José con el corazon lleno de santo regocijo al oir las palabras de Afordisio, y deseosos de dar á Dios la gloria que le correspondía, volviendo á Él aquellos corazones que tan apartados de El estuvieran; José y María viendo los efectos admirables de la toma de posesion por el Cristo del imperio de la idolatría, pusieron en el Niño divino los ojos tierna y agradecidamente, y pidieron á Dios se dignara hacer que fuese por ellos glorificado y conocido de aquel pueblo, dormido hasta entónces en las sombras

del error, y tan perfectamente dispuesto á emprender el camino de la verdad.

Luégo la Vírgen santísima, con admirable sencillez, con humildad profunda, y con majestad y gracia sumas, expuso la economía del plan de la redencion, en estas pocas palabras:

—De admirar es ciertamente todo lo que os he dicho; pero á vosotros os pasma más, porque tenéis la desgracia de no conocer al Dios bondadoso, que desde la excelsitud de su trono no se desdeña de poner la mirada y el corazon en la vileza y pequeñez del hombre. Justo es y debido que conozcáis á ese Dios, que es el único, para que conociéndole os mováis á amarle, y amándole os sintáis levantados á Él, y penetréis en el tesoro de sus gracias para enriqueceros; y os déis cuenta de la excelsa nobleza y dignidad del hombre; de esa nobleza y dignidad que hasta el presente habéis arrastrado á los piés del que siendo enemigo de Dios, aborrece por naturaleza todo lo que Dios ama, y por consiguiente odia al hombre con toda la fuerza de su desesperacion. Oid, pues, y ojalá que labios más dignos, y espíritus más ilustrados que esta débil mujer, fuesen los que os hablaran ahora de tales grandezas; pero con todo, el asunto es tan sublime, que áun pasando por mis humildes labios no podrá perder gran parte de su natural sublimidad.

Los egipcios escuchaban recogidos, silenciosos, con indefinible delectacion las palabras de María,

pareciéndoles oir con ellas una regalada música del cielo. ¡Oh! ¡cómo expuestas por la Vírgen iban á grabarse en sus corazones las verdades excelsas que les iba á predicar!

José, más feliz de lo que cabe imaginar, mirábala con entusiasmo, y veneracion, y amor imponderables, miéntras María, como arrebatada por la inspiracion divina, por un fuego, al parecer reñido con su humildad, y que á pesar de todo cuadraba perfectamente con ella, dijo:

—El único Dios que existe, existía y era feliz en sí mismo ántes que fuesen criadas las cosas. Deseando comunicar su felicidad á otros seres, resolvió criar los ángeles y los hombres: para los primeros hizo el cielo, y para los segundos el cielo y la tierra, con todo lo que en ellos existe. Los ángeles y los hombres fueron criados para una felicidad eterna en el cielo, felicidad que consiste en ver y gozar la inmensa belleza de Dios, y compartir con Él, en cierto grado, su dicha infinita. Mas ántes de que pusiera á los ángeles en absoluta posesion de la gloria, les sujetó á una prueba; los que se humillaron, como era debido, ante la excelsitud de sus planes, entraron en la posesion de una dicha sin límites, que no tendrá término; los que orgullosos quisieron ser semejantes al Altísimo, experimentaron en el mismo momento todo el peso de la justicia del Señor, y habiendo sido criados para gozar eternamente, fueron condenados á padecer suplicios incalculables, por todos los siglos

y todas las edades. Los primeros son los amigos y servidores de Dios, y los segundos los enemigos del Altísimo y de todo cuanto es amado del Señor, y por consiguiente de los hombres. Los ángeles, como de naturaleza más perfecta y excelente, fueron criados con la luz, y separados los buenos de los malos cuando el Señor separó la luz de las tinieblas, el día de la noche.

El Señor quiso poner al hombre en la tierra, para que ésta le sirviera de punto de partida para el cielo, donde, como los ángeles, tenía su término; y á este fin crió para el hombre todas las cosas visibles, al objeto de que le sirvieran fielmente y labrasen acá su felicidad, trasunto de la que le esperaba en la gloria. Como es omnipotente un Dios tan bondadoso, bastóle pronunciar una palabra y por la virtud de ella brotaron en un momento todas las cosas, y del no ser pasaron al ser, adornadas de hermosura, de perfeccion y bondad. Cuando tuvo así dispuesto el magnífico palacio que destinaba á la criatura nobilísima, porque es racional, entónces hizo al hombre; mas para honrarle, no le hizo pronunciando una palabra, cual sucediera con todo lo demas, sino que quiso formarlo con sus propias manos, y se complugo en adornarlo con perfecciones y belleza superiores á todas las criaturas ménos á las angélicas. Para este fin, tomó un poco de tierra vírgen, compuso con ella el cuerpo del primer hombre, y cuando así lo tuvo dispuesto, aspiró su aliento divino en el rostro del cuerpo

de barro; infundióle de este modo el alma, le dió la vida y lo hizo semejante á sí. Despues, del costado del primer hombre formó la primera mujer; hízoles entrega solemne de todo cuanto para la humana felicidad criara, dióles señorío y dominio sobre todas las cosas, y sólo les impuso un precepto, sólo les obligó á que obedecieran á quien con la vida les había dado tantos bienes y dichas. El precepto era por extremo suave y fácil de cumplir, reduciéndose á ser un testimonio de vasallaje por parte de los hombres. Mas si el precepto era de tan fácil cumplimiento, la pena impuesta por su transgresion era severa, era justa; era pena de muerte.

Viendo con envidia é ira el enemigo de Dios y de sus obras la inefable felicidad que gozaba el hombre en la tierra, y teniendo en cuenta la libertad en que el Señor había dejado á la criatura para que, siendo libre, la obediencia, el cumplimiento del precepto, fuese verdaderamente meritorio; viendo esto, repito, el enemigo de Dios pensó poner á prueba la fidelidad del hombre, con ánimo de hacerle faltar á la obediencia, y despreciar el mandato del Criador, suponiendo que de violar el precepto, el castigo vendría inmediatamente. A este fin, con embustes y palabras engañosas, procuró seducir á la mujer como más débil; dióle á entender falsamente que si violaba el precepto del Señor sería como Dios, y la mujer, vencida por el orgullo tambien, atropelló la órden del Altísimo, é indujo á su marido á hacer lo propio.

Entónces satisfecho el ángel rebelde, imaginando ver ya al hombre padeciendo en su compañía para siempre, se regocijó con infernal alegría.

Pero Dios, siempre bondadoso y clemente; Dios, siempre dispuesto á la misericordia, no quiso castigar al hombre como se merecía; no quiso sepultarlo para siempre en el lugar de la infidelidad sin término; y teniendo en cuenta que si el ángel había pecado fuera por propio impulso y el hombre por tentacion, quiso obrar con éste benignamente, y no cómo se merecía por el mal uso que de su libertad hiciera; por la indigna correspondencia con que pagara los beneficios recibidos.»

Aquí la Vírgen santísima hizo una pausa; no para tomar aliento, que no necesitaba tomarlo cuando hablaba de Dios; cuando trabajaba porque Dios fuese conocido y amado, sino para que sus palabras penetraran más en el corazon de la multitud que escuchándola estaba.

Dominada ésta por lo inaudito de aquellos conceptos; por la grandeza de aquella sabiduría, y sobre todo por la bondad y excelsitud del Dios que la inmaculada Vírgen estaba predicando, hallábase absorta, arrebatada, como extática, y sentía en el fondo del corazon ciertos movimientos poderosos de respeto y amor hacia aquella divinidad, que con ser la única y verdadera, era la sola desconocida en Egipto.

Viendo tan religioso silencio y el interes con que escuchaban las gentes, José, con los ojos puestos en

el Niño divino, no se cansaba de rogarle que las palabras de María llevasen aquellos idólatras al conocimiento y adoracion del Altísimo, y á la abominacion de las mentidas divinidades. ¡Oh! ¡cuán sabio era el proceder de José!

La Vírgen inmaculada, despues de un momento de silencio continuó de esta manera:

—El Criador, por extremo bondadoso con el hombre delincuente, no quiso castigarle con la pena que impuso á los ángeles rebeldes y orgullosos, teniendo en cuenta que el hombre no había sido tan criminal como ellos; pero como había prometido que la muerte sería castigo de la desobediencia, sujetóle á ella, á todos los males y dolores, al trabajo fatigoso y á las inclemencias de las estaciones, cosas todas desconocidas hasta aquel momento. Asimismo en el pecho de los hombres, tranquilo ántes como un lago sereno, desencadenáronse las tempestades de las malas pasiones, consecuencia del desarreglo que introdujera en su espíritu el pecado, y testimonio irrefragable del dominio en que había entrado el demonio sobre el alma humana. Por ahí veréis, egipcios, el orígen de todos los males espirituales y corporales que afligen á la humanidad; males que se transmitieron á todos los descendientes del primer hombre, pues todos los retoños de un árbol ponzoñoso dan necesariamente fruto ponzoñoso tambien.

Desde el momento en que el hombre huyó de los brazos de Dios para echarse en los del espíritu ma-

ligno, perdió todos sus derechos á la patria de los cielos para la cual había sido criado, y mereció los eternos castigos del infierno. Esta era la muerte verdaderamente terrible que con el pecado había entrado el mundo; mas Dios, siempre compasivo, siempre lleno de clemencia, movido á misericordia del pecador, arbitró un medio para que no siempre estuviesen cerradas las puertas de la gloria á la humana raza; para que no estuviesen las criaturas racionales separadas eternamente de Él. Este medio tenía por base la satisfaccion, y una satisfaccion condigna de la ofensa.

La raza humana no puede satisfacer condignamente, porque siendo el ofendido infinito, infinita debía ser la reparacion, y en vista de esta imposibilidad por nuestra parte, arrebatado Dios del amor que nos profesa, resolvió hacerse hombre, y así dar como hombre satisfaccion del pecado á Dios, y como Dios elevar la satisfaccion á la grandeza necesaria para que los hombres fuesen perdonados; para que se les abrieran las puertas cerradas de la vida eterna y de la felicidad inagotable. Y como es Dios, y por lo tanto Omnipotente, quiso nacer de una Madre Vírgen, y pudo lo que quiso: el que crió el mundo con una palabra, ¿no había de poder hacerse una Madre que le concibiera y diese á luz de un modo muy distinto del de todos los demas hombres? Hé aquí como siendo increado como Dios, tiene Madre como hombre; hé aquí como una Vírgen ha podido concebir y parir sin menoscabo de su virginidad; hé aquí ex-

plicado lo que tanto y tan legítimo asombro os causaba, hasta el extremo de reputarlo imposible.

Y Dios naciendo derribó el imperio del demonio; y Dios naciendo va á abrir las puertas de los cielos á los hombres desterrados de ellos; y Dios naciendo va á dar satisfaccion colmada á la divinidad por el pecado de la humana raza; y Dios, despues de haber nacido, ha derribado vuestros ídolos, haciéndolos pedazos, y alejado de aquí á todos los demonios que moraban en ellos. Alegráos, egipcios, porque ha llegado el tiempo de la redencion; porque ha llegado el tiempo de la satisfaccion; porque ha llegado el tiempo en que el hombre se reconciliara con Dios en la persona adorable del Dios hecho hombre; porque se ha acabado la tiranía del infierno; porque se aproxima el reinado del Señor; reinado de paz, de gloria, de bienandanza, de misericordia, de dicha y de amor; reinado en que todos los hombres reconoceremos á un mismo Padre, y nos daremos el abrazo fraternal.

Arrebatados el sacerdote y el pueblo por aquella explicacion de la encarnacion enamorada del Verbo, y convencidos más por el acento y dulzura de María, y tambien por algo divino que sus palabras llevaban en sí, que por sus mismos y verdaderos conceptos, todos á una exhalaron un grito de asombro, por el cual se traslucía su anonadamiento ante tales grandezas.

El amor de un Dios, criador de todo, omnipotente, único que para nada necesita de las criaturas, y que

obligado por la corriente de amor que las profesa, siendo el Ofendido desciende del cielo, deja su gloria, y se hace hombre para satisfacer su justicia infinita y rectísima, fué cosa que por lo grande, por la inaudita, por lo excelsa y sobrenatural, tuvo durante largos instantes como absortos, como extasiados á los egipcios pendientes de los labios de María.

Afordisio, permitiéndoselo el asombro, y haciéndose eco de los sentimientos del pueblo, plegó sus manos levantólas en alto, y con la voz embargada exclamó:

—Cuando no supiera otra cosa de tí, Altísimo Señor del universo, que lo que esta tu sierva nos acaba de revelar, la grandeza de tu amor me obligaría á caer rendido á tus plantas para proclamarte mi Dios, mi único Dios! ¡Yo bendigo la ruina de nuestros ídolos, bendigo la antorcha que ilumina ya nuestras inteligencias, bendigo á la criatura de la cual te has valido para darte á conocer á nuestro pueblo, y postrándome rendido ante tu excelso acatamiento, á presencia del pueblo, declaro no haber más que su Dios, y éste eres tú!...

Afordisio cayó de rodillas con las manos plegadas y los ojos al cielo, como si aquel su primer acto de adoracion á Dios, llenando su alma de imponderable gloria y de un colmado bien, le arrebatara en dulcísimo éxtasis á regiones desconocidas, donde reinan los sentimientos más delicados y la más cabal felicidad.

Imitando al sacerdote, el pueblo hizo lo propio, y era de ver el júbilo y la dicha de que daban muestras aquellas gentes conmovidas é iluminadas por los destellos de la verdad.

La satisfaccion, el inefable contento que arrebataba los espíritus puros de María y de José, sólo los ángeles pueden ponderarlos, porque están fuera de todo término en la comprension y en la explicacion humanas. Fuera preciso formarse una idea de lo mucho que amaban á Dios y á los hombres, y de su celo por la gloria del Altísimo, para ponerse en situacion de comprender la naturaleza del sentimiento de dicha que henchía sus espíritus, abrasados de la más pura y ardiente caridad.

María, en vista del espontáneo movimiento de adoracion á Dios tributada por un pueblo, poco ántes tan profundamente idólatra, transportada á regiones sólo de ella conocidas, sintió palpitar sus labios á la presion del inmenso entusiasmo que llenaba su pecho inmaculado, y no pudiendo tenerlos cerrados por más tiempo, con acento inspirado, que arrebataba todos los corazones, dijo:

—Despues de este testimonio inapreciable de infinito, de inconcebible amor, que á todos y á cada uno nos da la misericordia del Altísimo, decid si valen algo las mentidas divinidades que en este templo adorabais; decid si merecen una siquiera de las lágrimas que por su destruccion vertíais, cuando tan engañados, cuando tan léjos de la verdadera dicha os

tenían, seduciéndoos con sus crueles maleficios, y fanatizando vuestra razon con sus malditos sortilegios. El enemigo de Dios, y por tanto vuestro mortal y más terrible enemigo, os tenía sojuzgados, os avasallaba indignamente, os degradaba, os conducía á una ruina eterna, y os obligaba á adorar objetos y cosas indignos de toda adoracion, objetos y cosas infinitamente ménos nobles que vosotros. Y si no decidme: ¿qué es el sol que adorabais aquí? Una criatura del único Dios, y una criatura que le costó tan poco producirla, que para el efecto fué suficiente una palabra de su boca. ¿Y ante quién os postrabais rendidos? dejad que lo diga otra vez, ¡ante simulacros de piedra ó de metal, habitados por el que sólo medita vuestra perdicion! Egipcios que me escucháis; ninguno de esos dioses, ante quienes rendidos os postrabais, ni áun el mismo sol, vale lo que cualquiera de vosotros, porque para vuestro uso y bien fueron criados; y el mismo sol no es más que un servidor vuestro, puesto por Dios á tanta altura, porque su luz y calor fuesen beneficiosos á los hombres. Sólo el hombre es imágen del Criador del universo, y cuando todo lo que existe brotó á una palabra del Eterno, sólo el hombre, que es la última y más perfecta obra de Dios, sólo el hombre, repito, mereció ser formado por las mismas manos del Altísimo, quien puso en él el alma, aspiracion nobilísima de la misma divinidad.

Ved, pues, cuán desacertadamente procedíais rin-

diendo culto y demandando proteccion á unas criaturas de las cuales os separa una distancia inconcebible; sobre las cuales os eleva la grandeza de la razon, de esa razon imágen de la divina Inteligencia. Desechad ya desde este momento un culto que os degrada; levantad vuestros ojos y aspiraciones al cielo para el cual fuisteis creados; postráos ante el acatamiento del Altísimo aclamándolo vuestro Señor y Dios, y obligad á las cosas que para serviros fueron creadas, á que os sirvan, á que proclamen la grandeza del hombre, y sirviendo al hombre la grandeza suprema de Dios. Egipcios; ya que el Hijo del Altísimo de una manera tan visible acaba de probaros su poder sobre vuestros dioses mentidos, no adoréis nunca más á otro Sér que al Padre Eterno, que lo ha enviado al mundo para la salvacion de los hombres. Esto es de justicia; esto es lo digno; esto es lo que os engrandece y eleva; esto es lo que exige de vosotros la divinidad; por este camino conquistaréis la grandeza, y lloverán sobre vosotros inefables felicidades.

Calló María, recogiéndose modesta y humildemente en sí misma. Quien la miraba en tal estado, apénas podía creer fuese la misma que acababa de hablar.

Su alegría y satisfaccion estaban á la altura de la caridad de su alma; estaban á la altura del amor que profesaba al Cristo, y por el Cristo á los hombres. Pero aquella alegría, aquel regocijo eran interiores,

no trascendían fuera; eran para Jesus, y en Jesus terminaban.

José no estaba ménos satisfecho, ni ménos alegre. Había llegado la hora de que María predicara al Cristo; de que Dios obrara maravillas por la palabra de la Vírgen, y él, que la amaba tanto, júzguese si estaría contento al ver el efecto de las palabras de su Esposa.

Miéntras tanto, Afordisio y el pueblo estaban como anonadados, como confundidos en su propia nada ante la magnitud de las cosas que acababan de oir, y sentían que la grandeza de Dios se daba á conocer á su humana pequeñez; sentían que la fuerza de la verdad les transportaba á regiones de luz indefectible, luz que iluminando las inteligencias abrasaba con purísimo fuego los corazones.

Cuando el asombro y las emociones dejaron hablar al sacerdote, haciéndose intérprete de los sentimientos del pueblo, dijo de esta manera:

—El Egipto quiere participar de la felicidad que le prometes, amada viajera; el Egipto, engañado hasta ahora por mentidas divinidades que le envilecían, no bien ha visto sobre ellas el triunfo del verdadero Dios, tan admirable y tan completo, ya no puede dejar de abominar lo que amaba, y amar lo que no conocía. No, no adoraremos en adelante objetos que fueron criados para nuestro servicio, sino que, utilizándonos de ellos, bendeciremos al Dios único y bondadoso que nos los ha dado para nuestro bien. ¡Oh! bendito sea

el momento en el cual la virtud divina ha triunfado de la impostura diabólica; bendito sea el momento en el cual ha destellado la luz de la verdad, iluminándonos con sus claridades inefables, y bendita seas, oh viajera, por haberse utilizado de tí el Señor para hacernos tanto bien!.. ¡Oh Señor; exclamó levantando los ojos al cielo; oh Señor, Dios mío: mi espíritu se ensancha, mi alma descubre nuevos horizontes; todo yo parezco renacer á una nueva vida, y mi cabeza humillada se inclina ante tu excelsitud para adorarte!

Afordisio estuvo unos momentos silencioso, como absorto por la contemplacion de las grandezas de Dios; como arrebatado por una especie de éxtasis, que inundaba su alma en inefables delicias.

Despues, con la voz solemne, cual se merecía el asunto; pero embargada por la emocion, dirigióse al pueblo, no ménos emocionado y conmovido que él, y le dijo:

—Pueblo de Egipto, que hasta este momento habías adorado ídolos indignos de tí; yo, tu gran sacerdote, te anuncio una dichosa nueva. La profecía de Jeremías se ha cumplido; el Hijo de Dios, humanándose para nuestro bien, ha derribado tus mentidas divinidades y destruídolas con su omnipotencia. Abomina como Afordisio todo lo que amabas, ama lo que no conocías, y cae rendido ante el acatamiento del Señor Dios excelso, que se ha acordado de tí, y te promete una felicidad infinita en la morada que desde un principio te tiene preparada.

El sacerdote enmudeció, miéntras el pueblo clamaba con emocion y entusiasmo:

—Sea en adelante nuestro Dios y protector el que hizo todas las cosas de la nada.

—Y conviértase este templo en templo del Altísimo, donde el Egipto adore al Señor de los cielos y tierra.

—Construyámosle un altar con los restos de los ídolos destruídos por Él, y nuestra nacion le ofrezca sacrificios y adoraciones aquí donde de una manera tan grande ha manifestado su poder.

Así hablaba el pueblo, admirablemente trocado por la virtud de Jesucristo, cuando Afordisio dijo:

—Todo esto se hará, oh pueblo de Egipto, y yo te mostraré lo que tus predecesores hicieron esperando este dichoso momento; mas ántes conozcamos una nueva profecía referente á nuestra nacion, de la cual nos ha hablado este viajero bendecido.

Y señalaba á José; al cual se dirigió hablándole así, con sumo respeto:

—Si crees que ha llegado el momento de hablarnos de la profecía que conoces, yo te suplico no nos la tengas oculta por más tiempo. Ya ves el cambio obrado por vuestras palabras en el pueblo.

—Ese cambio, contestó José, no se debe á nuestras palabras, sino á la virtud del Hijo del Altísimo. Sin esa virtud las palabras de los hombres no son sino vanos soplos de viento, semilla muerta que no da una brizna de hierba.

—Con todo, deber nuestro es venerar el instrumento del cual se ha servido el Señor para dársenos á conocer; y no es nuestro ánimo quitarle un ápice de la gloria que se le debe. Háblanos, pues, si te parece.

Lo que José iba á decir requería suma prudencia, ya que Dios se había dignado obrar maravillas allí, sin permitir que los egipcios entendieran cuán cerca tenían á Jesucristo.

Cuando así lo disponía el Altísimo, sus razones tendría, y acaso no fué la menor la de mantener en el incógnito á los miembros de la Sagrada Familia, tanto para no alarmar su humildad, y para que no llegase á noticia de Heródes su paradero, como por convenir que Jesucristo viviese una vida oculta, en el seno de su pobre y oscura, cuanto noble y santísima Familia.

Algo de esto entendería José, y es de presumir que lo entendiese todo, cuando ántes de hablar puso los ojos suplicantes en el divino Niño, y le rogó secretamente dirigiese sus palabras, para que de ellas sólo redundara gloria á Dios; para que ellas fuesen provechosas á los trasmutados egipcios.

Con tal seguridad, á los pocos momentos habló de esta manera:

—Existe una profecía en Israel, por la cual el Señor anuncia á su pueblo, que el Redentor del mundo, el Dios humanado descenderá al Egipto en una ligera nube, y en aquellos días los ídolos de este país

caerán á pedazos, derribados por la virtud del Hijo del Altísimo. Ya véis como esta profecía confirma la vuestra, y las dos se hallan confirmadas á la vez por todo lo sucedido en este templo. ¡Oh egipcios; engrandeced y alabad al Señor, que de tal manera os distingue y favorece sobre todas las naciones de la tierra!

Las palabras de José aumentaron el recogimiento, la emocion, el religioso estupor de la multitud, que en el colmo del asombro y del agradecimiento, no sabía proferir sino exclamaciones sueltas, inarticuladas.

Parecían niños que aprenden á hablar, y es que realmente estaban en el período de la infancia, si la locucion se nos permite; estaban en el período del paso á una nueva vida del espíritu, y apénas sus almas acertaban en balbucear algunas exclamaciones.

CAPÍTULO XVI.

Terminan las escenas del templo del sol.

Afordisio, que llevaba la voz del pueblo; Afordisio convertido tan milagrosamente de fanático sacerdote de los ídolos en ardoroso adorador de Dios, cuando hubo vuelto en sí del natural asombro, exclamó:

—¿Qué dices, amado viajero? ¿el Dios humanado ha descendido al Egipto en una ligera nube?

—Así lo anuncia la profecía del vate del Señor, y así será, cuando tan confirmada la vemos todos.

—¿De manera que está entre nosotros? ¿De manera que ya podemos verle y adorarle?

—No tiene duda, si Él resuelve manifestárseos, de manera que no podáis confundirlo con criatura alguna.

—Mas ¿dónde estará? ¿Vive entre nosotros; su accion se ha dejado sentir aquí, y desconocemos el punto donde habita? El Dios del cielo ha tenido á bien visitarnos, y nosotros, ignorando dónde mora, no podemos tributarle los honores y los rendidos homenajes que se merece! exclamó poseído de vivo sentimiento Afordisio.

—Respetad las razones que tendrá para ello, y sabed que donde quiera que oréis, donde quiera que derraméis vuestras almas en rendida adoracion al Dios único, al Dios que todo lo anima y vivifica con su vida y presencia, allí os oirá, allí os hablará al corazon con voz elocuente, pero muda; allí recibirá las aspiraciones y las plegarias de vuestro espíritu; porque donde quiera que estéis, allí está Dios, bien que invisible, y allí os mira, allí os oye, allí os atiende, allí os hace objeto de su misericordia y providencia.

—De manera que donde quiera que vayamos, no podemos salir de la presencia de ese Dios tan bueno, y tan desconocido hasta ahora de nosotros? ¿De manera que su ojo nos mira sin cesar, y ve nuestras acciones más ocultas, y todo lo hacemos á su pre-

sencia, bien sea bueno, bien sea malo? preguntó Afordisio, con temeroso estupor; con voz quebrantada por una emocion que iba en aumento.

—Así es. Haga el hombre lo que se quiera, nunca logrará salir de la presencia de Dios, que le ha de juzgar, y premiar con la gloria de los cielos, ó castigar con los horrores y penas del infierno, segun sean sus obras.

—¡Oh! instruidnos en estas verdades admirables, que á la vez aterran y consuelan el alma; la matan y la dan una vida y una dicha nunca sentidas.

—No es el momento oportuno, ni la materia lo permite. Por otra parte ya véis; nosotros somos pobres, humildes, y hemos frecuentado poco las escuelas de los sabios. Israelitas muy instruídos, y hasta sacerdotes del Señor hay en Heliópolis; ellos os instruirán si á ellos os dirigís.

—Dices bien, amado viajero; cosas tan grandes no pueden tratarse á la ligera, ni un ignorante logra llegar á sabio en un momento. En efecto; israelitas hay en nuestra ciudad, y en ella tienen un templo donde adoran á Dios. Ellos nos instruirán; ellos nos explicarán los misterios que tan vivamente deseamos conocer. Por otra parte, vosotros estáis fatigados; habéis entrado aquí para descansar á la sombra, y os cansamos con preguntas, y os obligamos á darnos contestaciones; y pretendemos todavía más... Perdonad; sois buenos y no os negaréis á hacerlo, teniendo siquiera en cuenta nuestra natural avidez por saber algo

de las sublimidades que nos habéis dejado entrever.

—Si supierais con cuánta satisfaccion hemos asistido á todo lo pasado aquí; si supierais con qué gusto hemos contestado á vuestras preguntas; si supierais cómo nuestras almas dan rendidas gracias á Dios por haberse dignado valerse de nuestra humildad para obrar cosas tan grandes, no nos pediríais que os perdonásemos; no nos hablaríais de nuestras fatigas; dijo José con sumo regocijo.

—¿Qué mayor regalo, qué mejor descanso que publicar las glorias de Dios, y darle á conocer á los que no le conocen; que hacerle amar por los que no le amaban? observó la Vírgen modestamente.

—Verdaderamente grande ha de ser Dios, cuando tan grandes aparecen los humildes como vosotros á los ojos de cuantos les oyen hablar del Señor...

Afordisio hizo una pausa, como para pasar á un nuevo órden de ideas. Luégo dijo:

—Vosotros consideráis como cosa regalada hablar del Altísimo y publicar sus glorias, y con ello me enseñáis á mí, que no puedo permitir quede por más tiempo sin ejecucion la voluntad de los sacerdotes del sol, que recibieron la profecía de Jeremías, tan asombrosamente cumplida hoy. Oid...

Y dirigiéndose al pueblo, absorto y silencioso, levantando la voz, continuó:

—Y oye tú tambien, pueblo de Heliópolis. Hora es ya que se cumplan las disposiciones de los que nos precedieron.

Afordisio se reconcentró por unos momentos después de este llamamiento, y dijo:

—Cuando el colegio sacerdotal de Heliópolis recibió el vaticinio que acaba de realizarse, bien que no comprendiendo los admirables términos en que venía escrito, construyó una estatua, la cual se guarda en los archivos de este templo. Dicha estatua representa á una Vírgen llevando en brazos un Niño. La Vírgen es Madre, y el Niño es Dios. Junto con la mencionada profecía viene un documento, en el cual se excita y manda que si por acaso llega á cumplirse, cuando los trescientos sesenta y cinco ídolos hayan caído á pedazos por la virtud del Hijo de Dios, se coloque la mencionada estatua en el nicho principal del templo, y proclamando la única divinidad que existe, la divinidad vencedora, se rindan humildes adoraciones, y ofrezcan sacrificios á la Vírgen y al Hijo nacido de sus entrañas.

María y José no pudieron contener un movimiento de horror al oir estas palabras.

Afordisio y el pueblo no lo notaron, así es que el primero continuó:

—Pues bien, la hora ha llegado; la estatua veneranda va á salir del archivo donde desde remotos tiempos se guarda, y obedeciendo á los mandatos de nuestros predecesores, vamos á colocarla en el nicho del sol, y á postrarnos rendidos á sus plantas para adorar y quemar incienso á la Madre y al Hijo.

Y diciendo esto el sacerdote iba á salir, cuando

María dió un grito de horror, y lo detuvo diciendo:

—Detenéos y oidme.

Afordisio se volvió á María, y viendo la expresion angustiada de su rostro, y las muestras de horror que daban Ella y José, con indecible pasmo la preguntó:

—¿Qué me quieres, viajera amada?

La Vírgen santísima apénas podía hablar. Tales eran las violentas é irregulares palpitaciones de su inmaculado y santísimo corazon; tal era el horror de que se hallaba poseída, que en aquellos momentos tal vez no se acordaba ni de su humildad en alarma. Había de por medio cosa mucho más importante.

En esta disposicion, dijo en varios tiempos estas palabras:

—Sólo Dios merece las adoraciones y el incienso... ¡Oh! por compasion os suplico que no adoréis á la Madre... Ella debe desaparecer, perdida en la gloria del Hijo...

—¡Extrañas palabras son esas, viajera! balbuceó Afordisio sin explicarse el sobresalto de María; sobresalto que no pudo explicarse en adelante tampoco, por muchas vueltas que le diera en su pensamiento.

—No, no son extrañas; son justas. Esto sería salir de una idolatría para caer en otra.

—Pero ¿por qué causa? siguió preguntando el egipcio, dominado por la súplica de María.

—Porque la Madre es una criatura como vosotros, y las adoraciones sólo se deben á Dios... ¡Oh! conti-

nuó plegando suplicante las manos; ¡oh! por vuestro bien, y sobre todo por la gloria del Hijo divino, os ruego que no adoréis á su Madre. Si tal hicierais, vuestra primera adoracion al Dios verdadero sería una ofensa.

—¿Pero la Madre no es divina? En el hecho de haber merecido dar la vida humana al Hijo del Altísimo, ¿no ha sido por Dios elevada al rango de la divinidad?

—No; la Madre del Hijo de Dios, á quién debéis adorar, no es diosa, es una criatura humilde; es una criatura á quien no distinguiríais de mí, y ved si yo tengo trazas de diosa.

Esto lo dijo temblando la Vírgen santísima; pero no sospecharon los egipcios la causa de aquel temblor; no imaginaron que la que con tanto horror les hablaba, viéndoles dispuestos á adorar una criatura, fuese la misma á la cual querían quemar incienso.

Dios deferente con ella así lo permitía.

—¿Pero la carne que ha tomado el Hijo de Dios no es divina? Si es divina, ¿cómo puede dejar de serlo la de la Madre de quien la ha recibido?

—Es carne divina, no por haber sido tomada de una criatura, sino por haberla asumido la divinidad. De consiguiente, el excelso carácter que tiene no se lo da la Madre, sino el Dios que por amor á los hombres se ha humillado hasta el punto de encarnarse. Si partís un pan, sólo la parte que coméis se convierte en vuestra sustancia, mas no la que queda.

—¡Es verdad! balbuceó Afordisio, profundamente convencido por las explicaciones y por la comparacion sencillísima con que las había hecho María más inteligibles.

—Por lo tanto, señor; yo os ruego por el mismo Dios al cual váis á adorar, que para nada tengáis en cuenta en esas adoraciones á la Madre que lo concibió.

—Mas ¿cómo podemos separar á la Madre del Hijo, si entrambos á dos forman el grupo?

—¡Separarlos! exclamó la Vírgen santísima con otra suerte de horror; ¡eso nunca, eso nunca!... La ¡Madre separada del Hijo!... ¡Oh Dios mío!... ¡Eso nunca!...

La voz de María era angustiada cuando hablaba así, miéntras apretaba tiernamente al Niño contra su corazon; el cual palpitaba con una violencia é irregularidad indecibles.

—Entónces habremos de renunciar á la adoracion del Hijo, por no tributarla á la Madre.

—¡Oh! tampoco, tampoco... Adorad al Hijo, mas haced abstraccion de la criatura; todo lo más, consideradla como la peana, como el pedestal en que ponerlo... porque si no quiere que ella sea adorada; si ella lo sabría con indecible horror, en cambo Él gusta de que se le adore en los brazos de su Madre. Es tan humilde, que no hay trono para Él más regalado, ni más querido.

—Gracias, viajera amada; gracias por cuanto nos

acabas de decir. Tus palabras harán que nuestra primera adoracion al Dios verdadero no sea un acto de idolatría.

—Dadlas al Señor, y no á mí, por haberse valido de tan vil instrumento para su gloria.

Afordisio entró en las habitaciones de los sacerdotes, sintiendo que el corazon se le quedaba con María, con José, y sobre todo con el Niño hermoso, que aquélla sostenía en sus brazos; Niño que tenía para él un encanto, un atractivo indescriptibles.

La Vírgen santísima y el glorioso Patriarca, conmovidos todavía por cuanto acabamos de relatar, y sintiendo en su cuerpo el abatimiento que sigue á una emocion producida por el horror, derramaron silenciosas lágrimas de gratitud mirando al Niño.

El ántes sacerdote del sol no tardó en presentarse de nuevo al pueblo.

Venía con paso mesurado y grave; llevaba el espíritu recogido, y en todos sus ademanes, en todo su aspecto se daba á conocer el profundo respeto, la viva emocion que poseían su alma.

El sumo pontífice del templo de Jerusalen no estaba más impresionado cuando, una vez al año, penetraba en el Santo de los Santos, para elevar á Jehová una oracion ferviente por los pecados del pueblo.

Pero las impresiones, el respeto del pontífice reconocían muchas veces por causa el temor de la muerte; mas el demostrado por Afordisio era hijo de la veneracion, del amor.

El egipcio llevaba reverentemente en sus manos una estatua, que representaba á un Niño rodeado de gloria, en brazos de la Vírgen su Madre; en la cual parecía estar simbolizada la pureza y la bondad.

El escultor estuviera verdaderamente inspirado del cielo al tallar el sencillo grupo.

El pueblo cuando vió á Afordisio llevándolo tan reverentemente en las manos, obedeciendo á un impulso inexplicable naturalmente, postróse de rodillas, pero no inclinó la cabeza.

Todos querían ver al Hijo de Dios en el amoroso trono de los brazos de su Madre; todos querían ver el simbolismo de aquel misterio del amor y de la omnipotencia divina.

Y todos quedaron como poseídos de indescriptible, dulcísima emocion. Sentían en presencia del sagrado grupo lo que jamas habían sentido postrados ante los ídolos mentidos, animados por el diablo y obra de las manos de los hombres. Realmente conocieron que Dios bueno y amoroso estaba allí.

Algunos notaron, con todo, no ser tan viva, no ser tan dulce, no ser tan inefable la dicha que sentían ante la estatua, como ante los pobres y humildes Viajeros hebreos. Mas de esto no hicieron caso; bien que en todos los días de su vida no pudieron borrarlo de la memoria, ni del corazon.

Y era natural que así fuese. No es lo mismo la realidad que una representacion de ella, más ó ménos fiel.



El Niño divino miraba el grupo sostenido por Afordisio, cual si le comunicara una virtud especial; cual si lo bendijera con la bendicion de su inagotable caridad; y así debía ser, sin duda.

María y José temblaban de dulcísima emocion, no cansándose de dar gracias al Señor por todo cuanto se había designado obrar misericordiosamente allí, en beneficio de aquel pueblo hospitalario, y en ruina del tiránico poder del demonio.

Aquel triunfo tan inefable del Cristo, tan completo, tan fácilmente conseguido, tan providencial, les tenía poseídos de una emocion que los mismos ángeles no llegaron á conocer en toda su grandeza.

Y lágrimas silenciosas vertían sus ojos santos; lágrimas por nadie notadas sino por Dios, pues ya los egipcios olvidados de ellos, sin duda por disposicion divina, tenían la atencion fija y los ojos vueltos al altar.

Cuando Afordisio estuvo con el santo grupo en mitad de la plataforma del ántes altar del sol, inclinando la cabeza y poniendo los ojos en tierra, levantó en alto la Imágen, y presentándola al pueblo con una solemnidad de la que ni él mismo se daba cuenta, con voz embargada por la emocion, dijo poniendo la planta sobre los restos del ídolo del sol:

—Heliópolis; el Niño que ves en brazos de esta Vírgen, es tu Dios, único y verdadero. Abomina las mentidas divinidades que hasta hoy venerabas, y póstrate rendido á sus plantas para adorarle. Él te

bendecirá desde lo alto del cielo donde mora; si le eres fiel te dará prosperidades sin cuento.

El pueblo inclinó la cabeza reverentemente, miéntras Afordisio ponía el grupo mencionado en el nicho suntuoso, ocupado ántes por la estatua del sol.

Realmente en aquellos instantes se celebraba la fiesta del triunfo del Cristo sobre la idolatría; realmente en aquellos instantes se entregaba la idolatría rendida á Cristo.

Cuando no tuviera otra explicacion la huída de la Sagrada Familia á país tan distante, teníala completa, teníala absoluta con este hecho admirable.

El infierno, sin conocer quién era Jesus, pues Dios se lo tenía oculto, sentía como su imperio se iba desmenbrando; sintió que una fuerza invencible le encadenaba.

El cielo y las edades vieron que el Hijo de Dios aprovechaba el tiempo, si se nos permite hablar así; y que desde los días más tiernos de la infancia ganaba la batalla al maligno espíritu, daba gloria al Altísimo, enderezaba á los hombres por el camino de la felicidad eterna, purificaba el mundo de las inmundicias infernales y humillaba terriblemente el nefando orgullo de Satanas, quien debía de sentir tanto más la humillacion, cuando notaba venirle ésta de un hombre pobre, de una Mujer pobre como el hombre, y de un Niño en pañales.

Afordisio tomó harina, incienso, aceite y vino, apénas hubo dejado el santo grupo en el nicho del

altar, y acercándose al ara, donde ardía vivo el fuego, ofreció al Dios verdadero el primer sacrificio del gentilismo.

Aquel sacrificio fué recibido por Dios con tanto gusto como el de Abel el justo; aquel sacrificio fué mirado por el infierno con una desesperacion, con una rabia tanto mayores, cuanto eran más contenidas por la impotencia, por la misteriosa fuerza que encadenado le tenía.

Acaso en su desesperacion y rabia hubiera tratado de hundir el templo y sepultar entre sus ruinas á todos los congregados en él; pero el demonio no puede nada donde está Cristo, y hubo por tanto de renunciar á su maldito propósito.

Y miéntras Afordisio y los egipcios oraban; miéntras el humo del sacrificio se elevaba al cielo en graciosas espirales, José y María se aprovecharon de la atencion del pueblo á todo lo que se hacía en el altar, y salieron del templo sin ser notados de los presentes.

Así lo habían rogado al Hijo querido, alarmados como estaban por su humildad; así convenía que sucediese para que el Cristo permaneciera como riquísima perla escondida en el fondo del mar; y así sucedió.

No había llegado todavía la hora de presentarse en público el Redentor, y el Altísimo favoreció los deseos de los Padres humildísimos de Jesus; los cuales, con los afectos y emociones que son de suponer, sa-

lieron del templo; casa del demonio algunos momentos ántes, casa del Dios vivo en aquel entónces.

Jesus, perseguido de muerte en Judea su patria, encontraba un templo en Egipto donde ser adorado. ¡Qué contraste! pero tambien ¡qué compensacion!...

Por el odio de Heródes y sus partidarios le daba Dios el amor y las adoraciones de un pueblo; por la persecucion de que era inocente víctima, dábale en gran número las primicias del gentilismo!... ¡En recompensa de las fatigas, de las congojas, de las angustias y de los dolores causados por la persecucion, y sobrellevados con tanta paciencia y amor por la Sagrada Familia, dábales el inefable regocijo de verle adorado por un pueblo idólatra; de ver ostentado su poder de una manera clara, derribando el imperio de Satanas!

¡Qué compensacion! ¡Qué recompensa tan grande! ¡Qué satisfaccion tan viva, tan inefable!

—¡Oh! ¡cuán bien pagados han sido por Dios nuestros trabajos! exclamó María ya fuera del templo.

—¡Bendito Dios; que tan generosamente premias lo que se padece por tu amor! dijo José.

Y entrambos con los ojos llenos de lágrimas dulcísimas; con el corazon anegado en inefables delicias, dejaron á sus espaldas el templo del sol, y temiendo ser conocidos y por lo tanto honrados, perdiéronse por entre el dédalo de calles suntuosas que afluían á la plaza del indicado templo.

Iban silenciosos, porque las grandes emociones

atan la lengua: iban aprisa, porque la humildad busca esconderse como la violeta; estaban en tierra extranjera sin recursos, ni conocidos, pero todo lo tiene el que como ellos confía en Dios, y se ha entregado en manos de la Providencia.

Por último cruzaron algunas calles transversales, en sentido ya horizontal, ya vertical. Y así lograron ausentarse bastante del templo; y así pensaron burlar las pesquisas de los que les buscaran, si acaso esto sucedía.

Miéntras tanto, cuando en el templo se hubo ofrecido el sacrificio al Dios verdadero, y el pueblo experimentado las emociones y los efectos consiguientes á la oracion, los santos Viajeros fueron buscados por los egipcios, con el propósito de darles gracias por el bien de ellos recibido, y acaso ofrecerles cómodo albergue; pero con no poco asombro no los hallaron en ninguna parte.

Y nadie sabía dar razon de ellos; nadie los había visto pasar; nadie podía decir si salieran como personas de carne y hueso, ó si desvanecidos como impalpables espíritus.

Y este hecho, con todo lo relatado hasta aquí, se refirió y comentó durante mucho tiempo en Heliópolis; y llegó hasta los confines de Egipto, causando la admiracion de todos cuantos lo oían relatar.

Y el Señor, deferente con los deseos de María y de José, no permitió por de pronto que fuesen conocidos de los muchos que los vieron en el templo, predicando

al verdadero Dios; ni tampoco lo sospecharon los israelitas avecindados en la ciudad, á cuya noticia no pudo dejar de llegar lo acaecido en el templo del sol.

CAPÍTULO XVII.

La limosna.

Las provisiones se les habían concluído á los santos Viajeros.

María y José cuando, por decirlo así, volvieron á la vida real, sintieron la imperiosa necesidad de satisfacer el hambre; pero ni el uno, ni el otro lo decían.

El santo Patriarca, como quien debía proveer á las necesidades de la Familia á cuya cabeza habíale puesto el Señor, estaba pensando en los medios hábiles para ello, y miraba á todas partes por ver si daba con algun israelita, á quien en nombre de Dios pedir les socorriese con algunas frutas secas y un pedazo de pan, pues no otra cosa deseaban María y José.

Pero ó los judíos vivían en Heliópolis muy distantes de aquellos barrios, ó no debían usar el traje de su tierra, pues no daba con uno siquiera.

El Niño divino sollozaba puesto al seno maternal, porque la naturaleza exhausta de María apénas le facilitaba unas pocas gotas de leche con que acallar su necesidad.

La Vírgen santísima suspiraba en silencio, por no dar mayor pena á José; mas éste no dejó de entender lo que significaban los sollozos de Jesus, más tristes para el alma del Patriarca que las persecuciones y la misma muerte. ¡Oh! ¡el Criador de todas las cosas padecer hambre! ¡no encontrar en el pecho maternal el licor de la vida que no falta á las criaturas más pobres!...

Realmente este pensamiento, esta dolorosa consideracion tenía que afligir de un modo imponderable el alma del Patriarca; tenía que abrirle honda herida en el pecho.

La Vírgen Madre viendo tristemente á Jesus con los ojos muy abiertos, con esa mirada extenuada, peculiar de las criaturas de pocos días que tienen hambre; con esa mirada que se hunde en el corazon y lo desgarra, díjole con voz muy baja:

—¿Qué te dará, Hijo mío, tu pobre Madre? ¡No tiene siquiera un par de dátiles que comer!... ¡Ay! tú que puedes, convierte en leche mis huesos; no importa que me aniquile con tal que no sufras tú.

Una lágrima, más amarga que la esencia de la mirra, rodó silenciosa por sus mejillas.

José, para quien no habían pasado desapercibidas las palabras de la Vírgen, áun cuando fueron intencionadamente pronunciadas entre dientes por no afligirle más, exclamó:

—¡Yo tengo el deber de proveer á vuestras necesidades y me estoy mano sobre mano! ¡Cuán poco

os amo!... Pero José va á apelar, como es de su deber, al último recurso que tienen los pobres: ¡oh! ¡tengo desolado el corazon!

María respetando el profundo dolor de su Esposo, no le dijo una palabra.

Miéntras tanto José, acercándose humildemente á un egipcio, por cuyo traje se daba á conocer su desahogada posicion, tendióle una mano temblorosa y le dijo:

—Una limosna, por el amor de Dios, á unos pobres expatriados, señor.

El egipcio ni siquiera se dignó mirarle, sino que con ademan altivo siguió adelante.

José hizo un gesto de resignacion con la cabeza y los hombros, y se dirigió á otro, á quien con igual humildad pidió tambien una limosna.

El egipcio miróle con desden insultante; estuvo contemplando á José unos momentos, y dijo:

—A trabajar, haragan.

Estas palabras tan ofensivas, tan altaneras, fueron recibidas con suma humildad por el Patriarca.

—¿Qué más quisiera yo sino trabajar? le dijo. Pero somos unos extranjeros que acabamos de llegar; no conocemos alma viviente en la ciudad, y mi Esposa llora porque no tiene una gota de leche que dar al Hijo de su entrañas. Tened piedad de ellos, señor.

—A trabajar, haragan; repitió el egipcio con mayor dureza. Conoces muy bien el oficio; pero yo todavía os conozco mejor, y á mí no habéis de engañarme.

—¡Bendito sea Dios! balbuceó José, no pudiendo contener una lágrima. Perdonad, señor, si os he ofendido.

El duro egipcio se ausentó sin contestar á las humildes palabras de José; el cual se decía:

—¡Oh Dios mío! no quieren darme una limosna para socorrer á vuestro Hijo y á María; pero yo no me cansaré de pedirla; yo no me arredraré ante las humillaciones y los desprecios de las gentes, y seguiré pidiendo, hasta que el Señor se haya compadecido de ellos y los socorra.

Y pidió á muchos más con la misma humildad, recibiendo de todos palabras duras en cambio de la limosna que imploraba.

María, sentada con abatimiento físico, contemplaba al Niño, que no lloraba ya; pero que la miraba tristemente, como diciéndola:

—Lee en mis ojos la extenuacion de mi cuerpo. Madre; ¿no hay en tu seno unas gotas de leche?

Y la desconsolada Vírgen hacía esfuerzos inauditos porque no se tradujera en lágrimas la honda pena de su corazon; lágrimas que de caer en tierra hubieran hecho brotar el árbol de la mirra.

—Señor, socorrednos; exclamó el desconsolado Esposo levantando el corazon al cielo. Recien llegado á esta tierra, falto de todo, no tengo más recurso que implorar la caridad pública: si la limosna me falta ¿qué les daré, pobre de mí, á las prendas de mi corazon?

Así acababa de hablar el afligido Patriarca, cuando pasó cerca de él un hombre que por la apariencia pertenecía á una clase de las más modestas y poco acomodadas; á la clase de los que con el sudor de la frente ganan el sustento cotidiano.

Esta es, comunmente, la clase que siempre ha tenido más entero y compasivo el corazon; y es más fácil obtener de ella una limosna, que de un rico, el cual tira en bagatelas el dinero. No cabe duda que hay honrosísimas excepciones; pero las excepciones no son la regla general.

Los sentimientos caritativos son una riqueza moral, que compensa con exceso á las gentes poco acomodadas, de la falta de riquezas materiales. Poseen un tesoro que la polilla no consume; que los ladrones no roban; que al morir encuentran multiplicado cien veces en el cielo.

Un impulso del corazon hizo que José se dirigiera al modesto egipcio, á quien, tendiendo humildemente la mano como á los demas, dijo con la entonacion quebrantada por el dolor:

—Un pobre expatriado, os pide, hermano, una limosna por caridad.

—¿Sois extranjero? preguntóle el egipcio bondadosamente, deteniendo el paso.

—Sí; acabo de llegar con mi esposa é Hijo del país de Israel. Miradlos allí; continuó señalando el sitio donde María estaba sentada con abatimiento físico y suma expresion de dolor, con el Niño en el

regazo. No pueden más. El dulce Hijo de mi corazon no encuentra una gota de leche en el seno de su Madre!...

Estas conmovedoras palabras penetraron en el alma compasiva del egipcio, quien dijo:

—Yo soy un pobre criado, y por tanto muy poco es lo que os puedo dar, extranjeros; pero no hay alma que resista á vuestra necesidad, si no es un alma de piedra.

—¿Con que, el Señor ha tocado vuestro corazon y quiere que nos socorráis? preguntó con gratitud y alegría el bondadoso Patriarca. ¡Oh compasivo egipcio! Dios recompensará vuestra caridad.

—No vale la pena, extranjero. ¿Quién sabe si yo no me encontraré como vosotros algun día léjos de la patria, necesitado é implorando la caridad pública? Si os cerrara hoy mi corazon, merecería que me lo cerrasen tambien.

—De todas maneras vuestra caridad no es ménos meritoria; insistió José.

—Bueno, bien; venid conmigo á la casa de mis señores. Ellos á la hora presente están comiendo, y de los sobrantes de su mesa comen los criados. Nos partiremos la racion que me corresponda. No será muy abundante para tres, pero os doy lo que puedo, y vosotros aceptaréis mi buena voluntad.

—Con poco nos contentamos, pues estamos habituados á vivir en la estrechez. No lo siento sino por vos, que para favorecernos os privaréis de lo necesario.

—Lo que en alimento pierda el cuerpo, lo ganará el alma en satisfaccion. Por otra parte tal vez no será así: mis compañeros, los demas criados, son buenos y compasivos... Con que; vamos.

El compasivo egipcio sentía la complacencia más grande de su vida; su felicidad era colmada. Nunca limosna ha dado más viva satisfaccion al alma que aquella limosna.

Dios pagaba anticipadamente la caridad de aquel buen corazon, reservándose, sin duda, pagársela con mayor abundancia en los cielos; donde todas las acciones buenas tienen señalada eterna é indefectible recompensa.

José alegre, con la alegría del amor que puede satisfacer una necesidad imperiosa del objeto amado, dijo á María:

—Amada de mi corazon; el Señor se ha compadecido de nosotros y nos ha deparado una limosna con que atiendas á la necesidad del Niño y á la tuya. Sigamos al hombre caritativo por cuya generosa mano nos socorre el Altísimo.

—Gracias sean dadas por ello al Padre misericordioso, que no se olvida del avecilla, ni del liquen que vegeta en las rocas; dijo María poniéndose en pié, y siguiendo á su Esposo amado con paso poco seguro, por la extrema debilidad de su naturaleza extenuada.

—Perdonad, si no podemos caminar muy de prisa, caritativo egipcio; dijo el Patriarca señalando á la la Vírgen. Mirad las huellas profundas que han de-

jado en su rostro el cansancio y la extenuacion. Si ama á su Hijo más que á su vida, y no tiene una gota de leche que darle, ¿cómo es posible que tenga aliento para andar?

El egipcio miró con amorosa ternura á la Madre de Dios, y no sé qué cosa de extraordinario vería en ella, pues cuanto más la miraba, hacíalo con mayor compasion, respeto y amor.

Al fin llegaron á una casa, comparados con la cual son cabañas los palacios de nuestros días. La fábrica era tan suntuosa como los palacios egipcios del tiempo de los Faraones; era tan sólida, que al parecer desafiaba orgullosa la accion corrosiva del tiempo.

—Aquí es; dijo el criado. Esperad en el patio, miéntras voy á dentro; y no extrañéis si tardo algo en venir, pues me temo que mis amos no habrán terminado todavía la comida.

—Os esperamos sin impaciencia. Miéntras tanto rogaremos al Altísimo se digne derramar sobre vuestra alma generosa sus inagotables bendiciones; murmuró José.

—Y el Altísimo, fiel remunerador de las buenas acciones, recompensará de seguro vuestra obra, porque mira como hecho á Él lo que se hace con el pobre y necesitado; añadió María.

—Nunca oyera semejantes palabras, ni conceptos tan hermosos habían recreado mi alma. Pienso que lo que invocáis sobre mí se cumplirá, y entónces mi limosna ha de salirme muy gananciosa.

Dichas estas palabras el criado se internó en el suntuoso palacio, diciendo por lo bajo:

—Si no puedo recabar de mis compañeros que cedan á estos pobres parte de su comida, les daré toda la que me corresponda. Al fin y al cabo esto ha de serme pequeña mortificacion, y á ellos de gran provecho. ¡Señor, Señor! ¡cuántas necesidades se padecen en la tierra! ¡Qué dramas se representan, tanto más desgarradores, cuanto más ocultos!... Y no hay corazon que los vea impasible si no es corazon de piedra!

Miéntras tanto, los Sagrados Viajeros muy reconocidos oraban por el buen egipcio, y Dios oía complacido sus plegarias, y vertía abundante sobre su cabeza el tesoro de las divinas misericordias.

—Paga, Hijo mío; le decía la Vírgen santísima al Niño Jesus; paga esta deuda que tus indignos padres contraen, ya que ellos sólo tienen súplicas con que satisfacerla.

—¡Ah! pero esas súplicas son casi omnipotentes, Jesus mío; continuó José con regocijo. Te las dirige tu Madre, que te ama tanto; tu Madre á la cual nada quiere negar tu Corazon...

—Con estas gracias me da á sentir más claramente la profundidad de mi nada. Todo viene de Él; todo recibe valor en sus méritos y en el amor que profesa á los hombres.

—Y á tí más que á ninguna criatura; más que á todas las criaturas juntas. Despues del Padre Eterno

y del Espíritu Increado, tú ocupas el primer lugar, con justicia, en su Corazon. Por eso oye tan complacido tus plegarias; por eso se agrada en atender tus súplicas, y derramar gracias sin medida sobre los hombres por quienes particularmente te interesas.

—Esto, siendo verdad como lo es, me confunde más y más, porque cuanto mayores son las distinciones y gracias con que me favorece, tanto más claramente leo en el abismo de mi vileza.

Esta conversacion, la cual á buen seguro, no hubiera terminado aquí, fué cortada por el caritativo criado, quien en unas vasijas de barro les traía abundante y sustanciosa comida.

—Tomad y comed en el nombre del Señor vuestro Dios, recibiendo estas viandas como enviadas por Él.

—Demasiado ricas son. Nosotros somos pobres, y pobre el alimento que damos al cuerpo. Un poco de pan, alguna fruta y un sorbo de agua, tal es nuestro ordinario banquete, y no otra cosa hubiéramos querido.

—Amable extranjera: contestó el egipcio; frugal es tal modo de alimentaros, y realmente acredita vuestra pobreza; pero esto no significa que dejéis de comer hoy lo que os presento. El Señor vuestro Dios os lo da de limosna por mi mano, y no podéis rehusarlo.

Las palabras del caritativo criado tenían la poderosa fuerza de la verdad; parecían estar inspiradas

del cielo; por cuyo motivo no replicaron María y José, y comieron de las abundantes y nutritivas viandas hasta saciarse.

Miéntras tanto, el que les daba aquella limosna, quedaba mirándoles como la comían; y su satisfaccion era imponderable, su gozo indescriptible, su felicidad plena, colmada, superabundante.

Tales sentimientos le obligaban á hablar para sus adentros de esta manera:

—¡Ah! mis compañeros no han querido cederme para estos pobres expatriados una pequeña parte de su racion, y es muy posible que den los sobrantes á los perros. Si supieran la felicidad de que se han privado, ¡cuánto les dolería! Yo llegaré ayuno al anochecer, pero ¿qué importa? ¡Ah! ¡cuán barata es la dicha!

María y José no comieron, ni con mucho, todo lo que el criado habíales traído, y á pesar de las repetidas instancias de éste, dejaron gran parte de las viandas. Tenían lo bastante ya, y el Niño divino empezaba á no llorar al pecho de la Vírgen y Madre; evidente señal de que ya encontraba el licor de la vida que le hacía falta.

—¡Oh! ¡si supieseis, compasivo egipcio, el bien que nos habéis hecho! dijo José besándole la mano al criado, cuando notó que el Niño no lloraba. El corazon se nos hacía pedazos oyendo llorar á nuestro Jesus, y no nos era dable acallar su necesidad!... ¡Dios os lo pague; Dios os lo pague!...

—Y vosotros podéis pagármelo tambien; balbuceó el caritativo egipcio, mirando amorosamente á Jesus.

—¿Cómo? se apresuraron á preguntar á coro los virginales Esposos.

—Permitiéndome poner un beso en esos labios, que parecen la flor de la vida; contestó mirando al Niño con mayor aficion, con encanto que sólo podía Jesus producir.

—¡Oh! ¿cómo podemos negaros una cosa tan fácil? Tomadle en vuestros brazos si queréis, y cubridle el rostro de besos. Yo sé que el corazon, haciéndolo así, se os encenderá en viva llama de amor por Él. Y yo ¿qué quiero, sino que me lo amen todos los hombres? dijo María con entonacion celestial, presentando el Cristo al egipcio.

Éste lo abrazó y lo besó poseído de inexplicables afectos; sintiendo en su pecho una delicia que no era de este mundo; un bienestar sólo comparable con el del cielo; una felicidad inconcebible en la tierra.

Despues, mirando alternativamente al Niño y á la Madre divina, con viva emocion la dijo:

—No sé qué me has dado con tu Hijo, viajera: lo que pasa por mí es de una dulzura, es de un bienestar inexplicable. ¡Bendito el momento en el cual os habéis acercado á mí para pedirme una limosna! ¡bendita la inspiracion que me ha movivo á daros mi comida!... ¡Oh! ¡cuán generosamente me habéis pagado!

—Más generosamente os pagará Dios, caritativo egipcio; díjole María.

—¿Todavía más? ¿Es posible que se pueda gozar mayor y más dulce ventura? preguntó besando otra vez á Jesus, y contemplándole con el alma deshecha en inefables delicias.

—Así es, y así será como te lo prometo. Nosotros se lo hemos pedido al Señor, y el Señor nos ha escuchado. No podemos pagar tu caridad; pero día vendrá en que te la pagará el bondadoso Remunerador de todo lo bueno.

Y así hablando la Vírgen santísima, el egipcio continuaba mirando al Cristo cada vez con más amor.

—¿Qué tiene este Niño; preguntó en fin; que pone fuego de vida en el fondo del pecho?

—Amor; nada más que amor; respondió la Madre de Dios.

—¡Es verdad, es verdad!... porque desde que lo tengo en mis brazos mi corazon arde con una llama nunca sentida; llama más pura y ardiente que la del sol; tan grande, que penetra el espacio y se pierde en la inmensidad. Morir con este amor en el pecho es dulce manantial de nueva vida, por no ser posible que afecto tan tierno, y tan grande, y tan puro, y tan noble, y tan excelso termine en un sepulcro. Las cenizas de la tumba no son las cenizas de este fuego.

—Es verdad. El fuego divino que te enardece te dará la vida eterna.

—Sí, sí; la eternidad de la vida se comprende en el amor que me anima.

—Mas no en este mundo, donde todo perece, donde todo acaba por reducirse á polvo.

—Que sea en este mundo, ó en otro, ¿qué importa? Vivir amando eternamente, ¡oh! ¡qué felicidad!...

Y el criado suspiró, depositando el Cristo en brazos de María.

Ésta notó aquel suspiro, y con dulce afecto de Madre le dijo:

—¡Suspiráis! ¿Qué os apena?

—Separarme de vosotros; dejar de ver á tu Hijo, viajera. ¡Ay! se me figura que apartado de Él no podré vivir.

Estas palabras tenían todo el sentimiento del verdadero amor, que se despide de la persona amada tal vez para siempre, y conmovieron profundamente á la Vírgen santísima, y al virginal Patriarca.

—No temas; vivirás y el corazon tuyo quedará desde ahora unido con el Corazon de mi Jesus. Nada podrá separaros en adelante; yo te lo fío. Mas si por ahora el Señor dispone que tú quedes aquí y nosotros vayamos donde Dios se sirva conducirnos, tu vivirás con mi Hijo en espíritu, hasta haber llegado el momento feliz de veros cara á cara para siempre. Y si alguna vez las espinas de la vida se clavan en tu corazon y lo desgarran, invoca á mi Jesus, y en su amor encontrarás el bálsamo que cicatrice las heridas de tu pecho. Esto te dejo en recuerdo; esto es lo único que puedo darte para pagar tu generosa limosna.

—La recompensa es excesiva por tan poca cosa; pero la admito porque ella hará que piense siempre en vosotros.

—Y nosotros pensaremos tambien en tí, para rogar al Altísimo no permita se apague, ni decrezca nunca el amor que mi Hijo ha encendido tan vivo, y poderoso, y dulce en tu alma.

Y dicho esto por María, el caritativo criado puso otro ardoroso beso en los labios de Jesus, y con él un sello en su propio corazon. Luégo se separaron para no volver á verse quizá en la tierra, sino en el cielo.

El egipcio les vió alejarse lentamente, hasta que desde el extremo de la calle le saludaron enviándole una sonrisa de gratitud y bendicion. Despues se internó en el palacio, suspirando y sonriendo á la vez.

Miéntras iban caminando por aquellas suntuosas calles, José le decia admirado á su Esposa:

—¡Bendito sea el Señor, Miriam! ¡Y cómo trueca los corazones por tu palabra! ¡Cuántos tesoros de misericordia derrama en aquellos por quienes tú te interesas! ¡Cuando hablas parece descender de lo alto celestial rocío que da á las almas nueva vida!

—No habla mi Cristo; contestó la Vírgen; y no habla por no violentar las leyes de la naturaleza, pues así importa para sus misteriosos planes. Por esto obliga á hacerlo á su indigna esclava, y su gracia acompaña mis palabras, las cuales por este motivo son tan eficaces. Pero esto mismo debería humillarme más, y obligarme á serle más reconocida y más fiel.

Ya iba José á contestarla, para dejar las cosas en el puesto que las correspondía, cuando vió venir á ellos un israelita, conocido suyo, natural de Nazareth, y avecindado hacía ya algun tiempo en Heliópolis.

—¡Bendito sea quien viene en el nombre del Señor! exclamó el judío abrazando cariñosamente á José, y dándole el ósculo de bienvenida, como solía hacerse en Israel. ¿Y de cuando acá estáis en Heliópolis.

—Acabamos de llegar á la ciudad, despues de un viaje de muchos días; contestóle el Patriarca.

—¡Ah! ¡qué horribles noticias hemos tenido de la amada patria! ¡El tirano se goza en pisotearla como si fuera el objeto más indigno y vil de la tierra. ¡Israel, Israel! ¡A qué extremo te ha reducido el Señor!...

—Sí; horrible es lo que pasa en nuestra patria. Esto nos ha movido á dejarla. Heródes ha dispuesto que fueran degollados todos los niños de la comarca de Belen menores de dos años, y si bien con muchas fatigas y sobresaltos, al fin hemos conseguido, gracias al Señor, salvar á mi Hijo.

—¡Felices vosotros! ¡Ah! ¡cuántos padres hubieran hecho lo mismo, de poder presumir la crueldad del rey! Mas no es esto todo cuanto pasa en nuestra infortunada patria, y tú que llegas de allí me lo podrás detalladamente referir: se necesita oirla de labios como los tuyos para darle crédito á la noticia.

—No niego que otros excesos de crueldad hayan tenido lugar en nuestra nacion; pero yo no conozco otro que el que ha motivado nuestra huída. Fugitivos por entre bosques, montañas y abismos; caminando de noche y ocultándonos de día á todas las miradas, ya comprenderás que no hemos podido saber nada de cuanto acontecía en Israel.

Entónces el judío, compatriota de José, refirió á los sagrados Viajeros los actos de crueldad de Heródes, que nuestros buenos lectores ya conocen, y esta relacion fué oída con inmensa pena, con indescriptible horror por el Patriarca y su Esposa inmaculada.

Despues de las preguntas, respuestas y exclamaciones á que dió pié la indicada relacion, el judío avecindado en Heliópolis preguntó á nuestros amados Fugitivos:

—¿Y dónde pensáis albergaros esta noche? porque aquí no hay como en Israel hospederías públicas, pues la caridad sólo se conoce allí donde se adora al verdadero Dios.

—De confiar ménos en el Señor, ello me hubiera preocupado más.

—¿De manera que no tenéis un techo hospitalario donde albergaros?

—Dios ha querido que un compasivo egipcio nos diera hace poco de limosna parte de su comida, y el mismo hará que encontremos un alma caritativa que nos ceda el rincon más humilde de su casa, miéntras nos instalamos.

—¿Tan pobres venís, que habéis tenido necesidad de acudir á la limosna?

—Ya sabes que nuestra posicion en Nazareth es de las más humildes. Ganamos el sustento con el sudor de nuestra frente. Por otra parte hemos salido de Israel con toda precipitacion, y el repuesto de las provisiones se nos ha agotado al entrar en Egipto.

—Entónces crímen sería en mí no ofreceros albergue en mi casa, y un asiento en mi mesa. Aceptadlos.

—Lo aceptamos con reconocimiento, como se acepta la ofrenda de un hermano. Dios te lo pagará.

—Seguidme; mi familia ha de alegrarse mucho de veros, y en mi casa podréis estar con toda libertad hasta que os halléis en el caso de alimentaros con el fruto de vuestro trabajo.

José y María, bendiciendo al Señor que tan bondadosamente proveía á sus necesidades, siguieron al caritativo nazareno; el cual, haciéndoles varias preguntas, y no cansándose de hablar de la patria comun, los condujo á un barrio apartado, habitado casi todo por judíos, y en el cual se levantaba el templo del Dios vivo, templo que como hemos visto, llevaba el nombre de *Oneyon*.

Nuestros santos Viajeros fueron recibidos con verdadera cordialidad, con fraternal amor; como se reciben los compatricios cuando se vive en país extranjero.

La colonia de los judíos establecida en Heliópolis

les visitó, y durante algunos días la conversacion versó para María y José sobre la patria amada, que gemía bajo el yugo del implacable Heródes.

Pero el santo Patriarca no había descendido á Egipto para holgar, sino para trabajar; no podía consentir en seguir viviendo á costas de su compatriota, y por otra parte deseaba morar sólo con su inmaculada Esposa y divino Hijo.

¡Era tan feliz en medio de su pobreza cuando comunicaba con ellos en el seno de la familia; cuando hablaba con María de las cosas pasadas; cuando no tenía por qué recatarse de adorar á Jesus, ni de mantener largas conversaciones sobre los misterios de su amor!...

Por estos motivos José se consideraba en casa de otro como una avecilla enjaulada; como un pez que tuvo el ancho espacio del mar donde vagar libremente y de pronto se ve reducido á los estrechos límites de un acuarium de salon; como una flor acostumbrada á los ardores del sol del trópico, y obligada á vivir triste y raquítica dentro de una estufa en la Siberia.

Mas no era este todo el motivo por el cual quería José tener casa propia, sino que el deseo de cumplir con la disposicion divina del trabajo, y no ser gravoso á gentes que tan bien los habían recibido, le movía tambien á establecerse. Tal vez esta fué una de las causas más poderosas que le obligaron á decir al judío en cuya casa se albergaba:

—Te suplico que dejes de colmarnos de tantas

atenciones, y te valgas de tus relaciones, para que pueda instalarme y trabajar de mi oficio. La colonia hebrea es muy numerosa, por lo que veo, en Heliópolis, y ella me dará tal vez trabajo de carpintero, con lo cual dejaré de serte gravoso, y podré atender á las necesidades de mi familia, que por lo que ves son pocas.

—Siento en el alma lo que me propones, porque ello me dice que vamos á perderos, y sólo Dios sabe cuán feliz se hallaba mi familia á vuestro lado; pero lo que deseas es justo, y haré todo cuanto esté de mi parte por complacerla.

Las palabras del nazareno eran sinceras; salían del fondo del corazon; estaban informadas en aquel admirable espíritu de hospitalidad de los antiguos Patriarcas; espíritu que ha dejado reminiscencias en ciertas comarcas del Asia, como deja su perfume una esencia preciosa en el bote donde ha estado contenida por algun tiempo.

Algunos días despues el santo Patriarca abría una tienda de carpintero en el barrio habitado por los judíos.

El taller era humilde y la casa de lo más pobre y modesto de la ciudad; con lo cual no hay que decir si la Sagrada Familia estaría á toda su satisfaccion.

Y aquella casa, á pesar de ser tan pobre, era el mismo cielo. No se gozaba de tanta felicidad en ninguno de los palacios de la tierra, áun cuando sus

celestiales moradores tuvieran el pecho herido por terribles aflicciones.

Y es qúe todo parece dulce, todo es regalado, todo florece, hasta las más agudas espinas, cuando se abriga en el fondo del pecho el verdadero amor á Jesus; cuando se tiene la seguridad de que uno vive en compañía de Jesus; cuando padecemos por Jesus, y Jesus nos conforta y nos alegra.

Este era el secreto de aquella felicidad sin límites; de aquella felicidad que el mundo material no comprende, por imaginar sólo la dicha en las satisfacciones de los sentidos, y muchas veces en la muerte de la conciencia y del corazon.

Las almas delicadas y puras saben que esta flor se abre únicamente arrullada por las auras de lo infinito, y morirían de anemia si se las obligara á buscarla en este mundo, donde todo se corrompe.

Hay más dicha para un atribulado en el nombre dulcísimo de Jesus, que para un grosero mundano puede haberla en la satisfaccion de todos sus apetitos bastardos y repugnantes concupiscencias.

De esta dicha, pero en grado supremo, gozaban María y José en la casa humilde y pobre de Heliópolis, donde más de una vez les visitaba la necesidad, y siempre vivía con ellos la estrechez; porque el trabajo de carpintero era poco, y algunas veces faltaba del todo.

María ayudaba á su Esposo administrando la casa, cuidando al Niño como no ha cuidado nunca á sus

hijos la madre mejor que haya existido; y en los ratos que estas dos capitalísimas é imprescriptibles ocupaciones de toda mujer honrada le dejaban libre, dedicábase á hilar, á tejer, á coser ó bordar lo que se le ofrecía, contribuyendo de este modo á cubrir las atenciones de la Familia, y á hacer más ligera la carga que pesaba sobre su amado José.

En esta oscuridad, en esta vida tan tranquila y tan feliz creían vivir olvidados del mundo y sólo conocidos de Dios; y pensaban que para ciertas almas, y en determinadas circunstancias, no hay desierto mejor que una ciudad populosa como Heliópolis.

De pronto José se puso algo preocupado; y á sus solas denotaba estar poseído de cierta alarma, tal vez infundada. Era que notaba que algunos egipcios se detenían delante de su taller, le examinaban atentamente, hablábanse al oído y al parecer le miraban con veneracion.

Esto sucedió un día. Al siguiente el número de curiosos había aumentado, y este aumento siguió en lo sucesivo. No obstante, nadie le dirigía una palabra, por la cual viniera el Patriarca en conocimiento de las causas que podían haber producido aquellas visitas.

—Estas gentes te han reconocido, José, y la veneracion y respeto con que te miran lo significa. Dios mío; si no entra en vuestros adorables planes la exaltacion de nuestra humildad, permitid que vivamos

ocultos como la violeta en el bosque sombrío, como la perla en las algas del mar.

Y la afluencia aumentaba, y con ella aumentaba tambien la alarma de la humildad de José.

Este estado moral del Patriarca no podía pasarle desapercibido á la amante Esposa, la cual se resolvió á preguntarle por la causa de ello, y lo hizo en estos términos:

—¿No me dirás, José, qué es lo que te aflige y preocupa tanto? Noto que de algunos días á esta parte estás intranquilo.

—¿A qué negarlo, María? Realmente me preocupa una cosa que he observado.

—¿No podrá conocerla tu amante Esposa? Tengo derecho á participar de tus angustias y sobresaltos.

—María; ya pensaba en la manera de comunicártelo, pero no sabía cómo.

—Habla, pues; díjole la Vírgen santísima tomando asiento modesta y amorosamente á su lado.

—Amada de mi alma; me parece que nuestra querida oscuridad tiene motivos de alarmarse.

—¿Pues qué sucede? preguntóle María, á quien bastaba esta indicacion para llenarla de sobresalto.

—Me temo que hemos sido reconocidos por los que concurrieron al templo del sol el día de la ruina de los ídolos. Hace algunos días que se detuvieron algunos ante la tienda donde trabajo, y me miraron más con respeto y cierta veneracion que con curiosidad. Desde entónces el número de los que se de-

tienen es cada día más crecido. Se hablan al oído, me contemplan y se retiran silenciosos, demostrando un gran respeto. Esto me induce á creer que al fin se nos ha encontrado, que nuestro oculto retiro ha sido descubierto, que ya no nos es dable vivir olvidados. Hé aquí el motivo de mi preocupacion; hé ahí lo que me tiene alarmado; hé ahí lo que debia haberte dicho ya; pero tú me perdonarás, María, mi reserva: es que pensaba si tal vez estaba alarmado sin razon, y quería persuadirme ántes de la verdad.

—Motivos más que suficientes hay para ello; y verdaderamente has obrado con suma prudencia.

—¿De modo que te parece haber suficientes motivos de alarma?

—Sí; me parece que en efecto nuestra amada oscuridad tiene mucho que temer.

—Entónces, Miriam, salgamos de aquí; dejemos á Heliópolis, donde corremos peligro de ser venerados, y respetando los motivos que habrá tenido nuestro Cristo para querer vivir desconocido de los hombres por ahora, abandonemos á los amigos y nuestras relaciones, y vayamos á punto donde no se nos conozca; donde se nos tome por unos pobres trabajadores; donde no se nos distinga bajo ningun concepto de lo más oscuro de los vivientes.

—Muy sabia es tu proposicion, amado José, y sobre ser sabia es santa. Salgamos de Heliópolis, y vayamos allí donde nos conduzca el espíritu del Se-

ñor. Es de nuestro deber secundar las miras de la Providencia.

Despues de esta conversacion, que tenía por base la santidad de nuestros amados Personajes; que estaba inspiraba por la virtud más acrisolada y excelsa, quedó resuelto abandonar lo más pronto posible la ciudad de Heliópolis, y á todos los conocimientos y relaciones que tenían en ella; poniendo así en práctica el precepto de perfeccion, dado por Jesucristo, algunos años ántes de salir de los labios del divino Maestro.

Este precepto consiste en abandonarlo todo por Jesus, padres, hermanos, amigos, relaciones; en negarse á sí mismo; en abrazarse generosamente con la cruz y de esta manera seguirle.

El precepto es duro para el mundo; pero ¡cuán suave es para los que no pertenecen al mundo!

Nuestros santos Personajes se despidieron, pues, de sus amigos, y cuando éstos les preguntaban por el punto adónde se dirigían, contestábanles con absoluto abandono en la Providencia:

—Donde quiera que el Señor se digne encaminarnos. No preferimos la ciudad á la aldea, ni el campo á poblado. Dios ama á los suyos, y Él dispondrá de nosotros.

—¿Pero no observáis que en un país extranjero como el Egipto han de haceros mucha falta los compatricios que en Heliópolis tenéis, siempre dispuestos á socorreros en cualquier necesidad?

—La Providencia atiende solícita á las avecillas y hasta á los insectos, porque son criaturas suyas, ¿y dejará de atender á nosotros, hechos á su imágen y semejanza? Dejad, pues, que nos vayamos, y tened por cierto que donde quiera que nos hallemos, hemos de acordarnos de vosotros para suplicar á Dios os colme de bendiciones por el amor con que nos habéis socorrido.

A la mañana siguiente se ponían nuestros amados Viajeros en camino, sin volver la vista atras; como quien no deja nada que le interese; como quien no tiene lazo que le retenga en la tierra.

Era tan pobre su ajuar como cuando atravesaban el desierto. José lo llevaba en las modestas alforjas y pendiente de un báculo suspendido al hombro. María sostenía en sus brazos al que con tres dedos sostiene la inmensa mole del universo; al que es la vida y el regocijo de los cielos y de la tierra.

Siguieron por las orillas frondosas del Nilo, hasta que acabaron por perder de vista la elegante y famosa ciudad de Heliópolis, y encomendando al Señor que dirigiera sus pasos, llegaron á un punto de donde arrancaba un camino poco atendido, el cual, al parecer, conducía al interior del Egipto.

Allí se detuvieron María y José, como movidos por una misma inspiracion.

—Este camino guía, al parecer, al interior de esta tierra, en la cual las ciudades están situadas junto á la caudalosa corriente del río; dijo José. Por lo des-

atendido que está el camino, se da á comprender que siguiéndole, llegaremos todo lo más á una pobre é ignorada aldea.

—Magnífico retiro para los que como nosotros pretenden vivir desconocidos é ignorados de las gentes.

—Entónces, si te parece, María, vayamos á buscar la oscuridad en alguna de esas aldeas. ¿Quién ha de suponernos en ella, fuera del Señor que vela por su Hijo?

—Tú lo debes disponer, esposo mío: á mí me toca solamente obedecer las órdenes que Dios me comunica por tu medio: contestóle humilde y reverentemente la Vírgen santísima.

—¡Válgame el Señor! exclamó José: ¡y cuán de buena gana renunciaría yo á esta autoridad que pretendes tengo sobre tí, y la cual hace mi tormento! Yo obedeciéndote humildemente sería el sér más feliz que se puede imaginar. ¡Cuán dulce sería para mi corazon el yugo de la obediencia!

—Pues me amas, José; y pues tan dulce habría de serte el yugo de la obediencia, no sé por qué razon te lamentas de que lo lleve yo, ya que no es ménos suave para mí que lo que sería para tí. Mas todo se concilia, esposo mío, todo se concilia. Tú llevas la suavidad de ese yugo obedeciendo á Dios, el cual te ha dado autoridad, y te ha impuesto el deber de disponer lo conveniente en mí; yo obedezco á Dios, y gusto de la suavidad y dulzura de ese yugo santo, acatando dócil y sumisa cuanto tengas á bien man-

darme. Así, José mío, todo se concilia; de esta manera ambos á dos obedecemos, tú mandando y yo acatando dócilmente tus órdenes.

—Está muy bien; pero yo hallaré ademas otro medio para aumentar las dulzuras de la obediencia.

—¿Cuál es? preguntó bondadosa la Vírgen inmaculada, con una sonrisa que era la delicia de los ángeles.

—Disponer sencillamente lo que conozca ha de agradarte. Y desde luégo voy á poner en planta este medio. Pues conozco te agrada que nos encaminemos al interior del Egipto, dispongo que vayamos allá.

La Vírgen Madre se sonrió otra vez con aquella sonrisa de vida eterna que aparecía en sus labios, y dijo:

—Vamos, pues, donde mi esposo ordena, que es donde me manda ir el Señor.

Y tomaron por el camino en cuestion, tardando poco en dejar la frondosa vega del Nilo, para penetrar en una llanura, árida poco ménos que el desierto, pues no la regaban las aguas del río, y en aquellas latitudes las nubes son poco generosas con la tierra.

A no tardar divisaron en la llanura una aldea de pobre apariencia; era la contraposicion de la ciudad que acababan de abandonar. Seguramente vivirían en ella gentes pobres y sencillas, despreciadas y poco ménos que abandonadas del mundo, por razon de su misma pobreza.

—¡Qué aldea tan solitaria! ¡Qué retiro tan apreciable! exclamó María.

—Pues allí vamos á instalarnos. Así lo ordena el jefe de la Familia; dijo José, afectando una gravedad que hizo sonreir otra vez á la Vírgen santísima.

—¡Eres más bueno que el pan, José! balbuceó la incomparable Esposa.

—Pues está visto. Ni áun cuando mando, revestido de toda mi autoridad, puedo dejar de ser bueno para tí. ¡No es poca mi fortuna! exclamó el Patriarca con la misma gravedad fingida.

Poco tiempo despues llegaban á la pobre aldea, compuesta de cabañas miserables, y habitada por gentes rudas, pero sencillas y no de mala condicion.

La aldea era conocida con el nombre de Mathariéh; nombre que ha conservado hasta nuestros días.

Los suntuosos palacios de Heliópolis y Mémfis, cayeron en ruinas y no han vuelto á levantarse; el pastor árabe ignora el nombre de las ciudades sobre cuyos escombros se sienta indiferente.

Las pobres y humildes cabañas de Mathariéh, formadas de tierra, helecho y ramas, han caído, pero han sido levantadas de nuevo, y los egipcios conocen la aldea con el mismo nombre que en los del tiempo de los santos Viajeros.

Es condicion de la humildad vivir como Mathariéh ha vivido; es condicion de la soberbia y el orgullo morir como han muerto Heliópolis y Mémfis.

CAPÍTULO XVIII.

La fuente y el bosquecillo.

En aquella aldea pobre, oscura, perdida en la aridez de la planicie, olvidada de los hombres y habitada por gentes de humildísima condicion, se instaló la Sagrada Familia, con no poco regocijo de sus corazones. Habían encontrado lo que deseaban, y una voz secreta, salida del fondo del pecho, les estaba diciendo que los hombres no irían á buscarlos allí, que les dejarían en paz.

Se instalaron en una casita ruinosa, abandonada, formada de tapias que amenazaban venir al suelo, habitada de avecillas y nido de palomas silvestres. Era el albergue del amor, de la alegría, de los que confían en la divina Providencia, de los que no se afanan por el día de mañana, sabiendo que Dios está en el cielo.

María y José estaban tan á placer allí, por lo ménos, como un poderoso de la tierra en su palacio.

Jesus, todo su bien, moraba con ellos; la oscuridad rodeaba y guardaba su humildad y el secreto de vida eterna que custodiaban, como un poderoso muro, coronado de indestructibles fuertes, puede guardar una ciudad.

El dolor vivo, profundo por ver á Jesus perseguido

era templado por la consideracion del amor con que el Niño convertía sus persecuciones en bien de los hombres y en gloria de Dios; el conocimiento que la Vírgen tenía de los martirios que le esperaban á Jesus y la pena que este conocimiento le daba, eran mitigados por saber el amor y la voluntad con que el Cristo se abrazara con aquellos martirios desde el día de su encarnacion; y ya hemos visto la fuerza, la resignacion, la conformidad que le daba el pensamiento de que la voluntad del Hijo de Dios era padecer como ningun hombre, y morir como un criminal vulgar.

En esta disposicion de ánimo estaban nuestros amadísimos expatriados al instalarse en Mathariéh; pero áun cuando tales y tan tristes consideraciones ocuparan sus pechos sin cesar, pocas veces salían á sus labios traducidas en palabras: ninguna vez se quejaban. Era demasiado grande y sagrado su dolor para profanarlo con palabras; era absoluta su conformidad para que se desvirtuase con una queja, y perdiera su purísima, su aromosa esencia aquella flor de la mirra.

Al día siguiente de haberse instalado en Mathariéh, salió José de la casita, diciendo á María:

—En nombre de Dios voy en busca de trabajo con que alimentaros, prendas de mi corazon.

—El Señor guíe tus pasos, querido esposo, y bendiga tu deseo; contestóle la Vírgen santísima.

José puso un beso en el Niño adorado, envió el

alma con una sonrisa á su Esposa querida, y encomendando al Señor su empresa, salió de la casita á la ventura, sin saber á qué punto se encaminaría.

Poco despues María dejaba tambien aquellas destartaladas paredes, cubiertas de grietas, y con el Niño amado en brazos, llevando con la mano que le quedaba libre un pequeño lío, salió en busca de una fuente, ó por lo ménos pozo, donde lavar los pañales de Jesus.

Una vez en las afueras de la poblacion tendió la mirada por uno y otro lado, para ver si descubría indicios de lo que buscaba, pero en parte alguna notaba trazas de agua. Por eso era tan triste aquella llanura; tan triste, que parecía un desierto.

Una mujer acertó en pasar por allí, y la Vírgen santísima, con modestia y gracia angelicales la preguntó:

—Decidme, si os place, hermana mía, ¿dónde encontraré agua para lavar las ropillas de mi Hijo?

—Eres extranjera en esta tierra; por eso no sabes, hermosa judía, que no existe por aquí manantial ni pozo alguno. Este suelo es más árido que el corazon de un malvado.

—Mas ¿dónde os procuráis el agua tan necesaria para los usos de la vida? siguió preguntando la Vírgen.

—En el Nilo; contestó tristemente la interrogada, miéntras le señalaba la direccion del río aludido.

—Dios mío; cuán distante está! balbuceó Miriam

mirando la cinta de esmeralda tendida á lo léjos sobre los bordes del río, como un sarcasmo dirigido á la llanura seca y árida.

—Unas cuatro leguas habrá de distancia; dijo la egipcia despidiéndose.

Y miéntras iba ausentándose volvíase con mucha frecuencia para mirar á la Vírgen, y se decía:

—¡Qué amable es esa extranjera! ¡Cómo mirándola se recrea el corazon!...

María, miéntras tanto, dejó al Niño sentadito sobre la arena, y miró tristemente en direccion al Nilo.

Luégo, exhalando un suspiro, habló de esta manera á Jesus:

—Hé aquí, Hijo mío, que por tu amor hemos dejado la tierra en la cual abunda el agua, refugiándonos en esta aldea, donde sólo el rocío del cielo refresca por las noches los campos áridos. ¿Dónde podré procurarme el agua en que bañarte y lavar tus ropas? ¿Habremos de salir de aquí, y volver á las orillas del Nilo?

El Niño Jesus sonrió apaciblemente á su Madre, y estuvo mirándola unos momentos con cariño.

Luégo como si contestara á la pregunta de Miriam, puso con insistencia los ojos en un punto dado del suelo.

—Tú, quieres, Jesus de mi vida, que aquí nos quedemos y me place. Ya proveerás á nuestras necesidades; estoy cierta.

El Niño sonrió de nuevo á su Madre, cual si con-

firmara con aquella sonrisa lo que María acababa de decirle. Despues clavó otra vez la mirada divina en el punto del suelo donde poco ántes habíala puesto. Parecía llamar allí la atencion de la Vírgen inmaculada.

Por tercera vez sonrióse el Niño, cual si estuviera muy complacido.

—No te entiendo, vida mía; dijo María suspirando de inefable dicha.

Jesus con los tiernos piés dió tres golpecitos sobre la arena, como llamando allí la voz de las aguas subterráneas, para que acudieran á obsequiar á su querida Madre.

Y en el mismo momento las aguas llamadas por Cristo acudieron, brotando límpidas, cristalinas, abundantes, frescas y regaladas, para que María no tuviera necesidad de acudir al Nilo, tanto para lavar la ropa, como para todos los usos de la vida en los cuales es necesaria la aplicacion de aquel líquido.

El Niño divino sonrióse otra vez, miéntras miraba á su Madre.

Con aquella sonrisa parecía decirla:

—Recibe este presente de mi amor, Madre mía. Ya no tendrás que ir al Nilo en busca de agua.

María cayó de rodillas en vista del fino obsequio con que su Hijo la regalaba, y con la frente puesta á los piés de Jesus, adoró rendidamente en Él al Dios omnipotente.

Despues se acordó de que era su Madre, y tomán-

dolo en los brazos cubrióle de besos, y le bañó con lágrimas de gratitud y amor.

Y en este estado, tierna y regaladamente le dijo:

—¡Cuán regalado y dulce; cuán fino y delicado es para su Madre el Hijo de mi virginidad!... ¿Cómo podré recompensarte por las finezas de que me haces objeto, adorado Hijo mío? Ya lo ves; soy una pobre y débil mujer, soy la más humilde de cuantas criaturas han salido de tu mano; y á pesar de todo, me haces objeto de tus infinitas bondades; me haces vivir en un contínuo milagro! ¡Por mí trastornas las leyes de la naturaleza; por mí abres los cielos y los ángeles bajan á la tierra para servirme; por mí das tu Corazon divino á los hombres, y con preferencia á todos, lo das con sus inagotables dulzuras á tu Madre!

«Y ademas de todos éstos, ¿no obras acaso uno de más pasmoso; el milagro más grande que has podido obrar con tu omnipotencia divina? Viniste del cielo á la tierra; tú, Dios increado, tomaste carne humana en mis entrañas indignas; tú, Dios Criador, quieres recibir el alimento que te nutre en mis pechos, y conviertes la sustancia de esta tu pobre criatura en carne divina! ¡Ah! si esto no es vivir en un inagotable milagro; si esto no es el portento más grande de tu omnipotencia; si mirarte en mis brazos, sonreirme, acariciarme, anegar mi corazon en las dulzuras maternales no es el mayor de tus milagros, ¿qué cosa lo será?...

«Y me asombro de que haciendo esto en mí y por mí, Jesus de mi vida, hagas brotar una fuente para el regalo y el descanso de tu Madre! Me asombro de esto y no lo hago de verte beber en mi seno el licor de vida que te nutre!... ¡Oh! ¡cuánto más digno de gratitud es lo último que lo primero!

«¿Y cómo podré pagarte, Hijo de Dios y mío; cómo podré pagarte los inmerecidos obsequios de que por tu parte soy preferente objeto? Pobre mujer desvalida, sin otra cosa que mi absoluta nulidad para corresponder á tus finezas; pobre criatura inútil, sin más que una chispa de amor en mi corazon, que apénas late; ¿qué podré darte, omnipotente Dios, para pagar tanto bien? ¿Cómo, dí, podré satisfacer las deudas contraídas contigo; deudas que si como criatura son innumerables, como Madre sólo de tí pueden ser justamente apreciadas?

«Un poco de polvo soy, animado por una chispa del fuego del amor. Es lo único que poseo; es lo único de que puedo disponer. No tengo más; pero esa chispa de fuego amoroso que me da vida, tuya es, bien mío; á tí la tengo consagrada, para tí arderá eternamente. Deja que impulsada por este amor te abrace, luz de mi alma; deja que ponga en tus labios el beso de mi adoracion, y ya que, bien que la más indigna me has elegido tu Madre, deja que no viva sino para servirte y adorarte.

«Tu divina presencia me es más necesaria que el sol, que el aire, que la tierra que me sostiene. Vi-

viría sin sol, recibiendo de tus ojos la luz y el calor; viviría sin aire recibiendo de tu aliento el aliento de mi vida; viviría sin tierra, convertida en sentimiento de amor alrededor de tu Corazon. Pero ¿qué fuera de tu pobre Madre teniendo sol, aire y tierra y poseyendo todo lo que los hombres ambicionan más, si no te tuviera á tí, desde que he tenido la inmensa dicha de poseerte? Parecida á un poco de heno junto á un manantial exhausto, hoy me secarían los rayos del sol; mañana, convertida en polvo, las brisas del amanecer me esparcirían por todos los cuatro vientos del cielo, y despues nadie se acordaría de que Miriam hubiese existido!... Y si aún esto lo fuese todo!... ¡Yo no sé; yo no puedo imaginar lo que sería de mí sin mi Jesus!... ¡No quiero pensarlo; no puedo pensarlo, porque parece que se me arranca el corazon con esa idea!...»

Así habló el alma enamorada de María al Corazon enamorado de Jesus.

Y entre los dos hubo en aquellos momentos confidencias mudas, dulcísimas, arrobadoras; confidencias que sólo ellos nos podrían referir, y las cuales hicieron brotar de los ojos de la Vírgen raudales de lágrimas, que iban á engrosar el caudal de agua que murmuraba á sus piés.

Es posible que Jesus le hablara al alma de su pasion, y de los secretos é inmensos tormentos que le preparaban los hombres; indigna recompensa á la infinita caridad con que los amaba.

Verdad era que estas confidencias avivaban en el pecho de María la herida abierta por el vaticinio de Simeon; pero tambien es verdad que Ella estaba muy reconocida al Hijo que se las hacía, y no hubiera trocado la felicidad de sentir tan imponderable dolor, por la misma felicidad del cielo.

Una vez terminadas estas confidencias entre aquellos Corazones tan amantes, la Vírgen santísima puso un último beso en los labios del Niño, y vino á la fuente para lavar las ropas que para el efecto traía, dejando á Jesus sentadito en la arena, y junto á la corriente de las aguas.

Como el calor era bastante, la Vírgen sudaba copiosamente miéntras lavaba, y mirábala el Cristo con mucho amor y complacencia. No parecía un niño, áun cuando de tal tuviese el cuerpo.

No habiendo por allí árbol ni arbusto donde tender la ropa para que se secara, hacíalo María sobre la arena, en derredor de Jesus. Cuando hubo terminado su tarea, vió al Niño só la sombra de un arbolito, y muchos de la misma clase en derredor, ostentando cada uno en la copa una de las prendas lavadas por la Vírgen, ya casi secas.

Un grito de alegre sorpresa salió de los labios y del corazon de la Madre de Dios.

—Basta, Hijo mío; basta. No me anonades más bajo el peso de tus inmensos beneficios!

Y abrazando al Niño rompió en llanto de gratitud. Jesus la sonreía como la mañana sonríe á la tierra.

—Te habrás dicho: ella necesitará un poco de sombra cuando venga á la fuente, y has hecho brotar este bosquecillo de bálsamo. No te ha bastado darme el agua, y has querido poetizar las márgenes del manantial. ¡Oh cuán bueno eres; oh cuán tierno y delicado!... ¡Oh! ¡cómo vengo obligada á amarte con todo mi corazon!...

El Niño divino la acariciaba.. Aquellas caricias parecían decirla:

—Pídeme una gracia para los mortales. Quiero que este presente del amor que te tengo no sea estéril.

María lo comprendió así, y en su consecuencia dijo humildemente al Niño:

—Que el presente que acabas de hacerme, Hijo mío, sea para bien de los hombres; que quede aquí una memoria de nuestra estancia en Mathariéh; que las aguas del manantial que has hecho brotar para tu Madre sean aguas salutíferas. Haz que en memoria de tu adorable infancia, cuantos niños enfermos sean bañados por sus madres en esta fuente, recobren la salud.

María conoció que su plegaria había sido atendida, y dió las gracias al Cristo por aquella nueva bondad, así en nombre propio, como en el de las generaciones que beberían del agua milagrosa de la fuente.

Despues, meditando en todas estas cosas, regresó á la casita, sin que nadie notara el prodigio obrado, hasta tanto que no fué fácil conocer por quién había

sido realizado. Así se lo rogó la Madre de Dios á su Hijo, mirando á la amada oscuridad, y Jesus atendió tambien la súplica de María; pero más adelante no quiso que se ignorara por amor á quien la hiciera brotar el Señor, para que se honrase á la Vírgen allí donde tan oscuramente viviera con el Hijo de Dios, y el Patriarca José.

No diremos nosotros el efecto que la aparicion de la fuente y el bosquecillo del árbol del bálsamo produjo en el pueblo de Mathariéh, por haber alegrías de todo punto indescriptibles; y esta era una de tantas.

El manantial venía á satisfacer una necesidad muy grande, y aquellas gentes, conociendo el precio de la fuente, entregábanse á la expansion de su regocijo, y probaban las aguas, y tomaban asiento á la sombra de los arbolillos, sin que jamas se les ocurriera que aquello podía ser hecho por obra de encanto, y esto que, como egipcios, eran muy supersticiosos. Dios no permitió que fuese mirado con prevencion aquel presente de su amor hecho á su Madre querida.

Muchas veces se preguntaron los vecinos de Mathariéh por virtud de quién había sido hecho aquello; mas no pudiendo satisfacer tan legítima curiosidad, contentáronse con gozar del beneficio, sin preocuparse por lo demas.

Corriendo el tiempo, y cuando ya no había miedo de alarmar la humildad de la Sagrada Familia, el Señor quiso se descubriera el hecho que acabamos de narrar; y entónces las gentes bañaron en las aguas

del manantial á los niños enfermos, los cuales quedaban sanos invocando el nombre de María, tan dulce á los labios, como regalado para el alma.

Hoy la fuente mana todavía en medio del árida llanura y no léjos del pueblo de Mathariéh. Sus aguas corren cristalinas, y puras, y saludables como en su primer momento; conservando la virtud curativa que sobre ellas invocó la Madre de Dios, al querer dejar una prenda nueva á las gentes de su bondadoso corazon, y un testimonio de su paso por allí; un momento perenne de la huída á Egipto para salvar á Jesus.

Los árabes y los cristianos acuden indistintamente á bañar sus hijos enfermos en aquellas aguas bendecidas, y los prodigios de salud obrados por ellas se multiplican todos los días, y dicen al pueblo de Cristo y al de Mahoma, que la Madre de Dios es Madre de los hombres, y que el único Dios es el que encarnado para salvarnos, estuvo allí expatriado, é hizo brotar aquella fuente, y obra aquellos prodigios.

La fuente recibe el nombre de *Manantial de la Virgen*, y esta historia es referida por los árabes y los cristianos á todos cuantos visitan la aldea de Mathariéh.

El día iba declinando, y José, que como hemos visto, saliera por la mañana en busca de trabajo, no había vuelto á su casa. María estaba algo inquieta por aquella tardanza, y ora pensaba no tendría más motivo que el no haber encontrado, á pesar de sus

gestiones, ocupacion, ora se dirigía á su divino Jesus, diciéndole:

—Vida mía; no permitas le acaezca ningun mal. Protege al que has dado sobre tí los derechos de padre; asiste al Esposo amado de tu indigna Madre.

Y salió de la casita, tomando asiento á la sombra de un sicomoro, no distante de ella, y único árbol que se divisaba en la llanura. Desde allí la Vírgen inmaculada volvía los ojos á uno y otro lado; tendía la mirada á derecha é izquierda, por ver si lograba divisar al amado Compañero de su vida.

Al fin lo distinguió á lo léjos; pero ántes que los ojos le conocieran, habíalo adivinado su corazon.

—Ya viene; gracias, Hijo mío... ¡Pobre José de mi corazon! Viene fatigado; su paso es remiso; parece no llegar con mucha alegría. Es muy probable que sus gestiones no le hayan dado ningun resultado, y su alma estará henchida de pena pensando en la manera de atender á nuestro sustento... ¡Pobre José mío! ¡Oh! si viéndote tan amante, tan generoso, tan noble y delicado no te amara despues de Dios, merecería un castigo enorme; merecería no ser Madre de mi dulce Jesus... Acuérdate, Hijo mío, de lo que hace por nosotros tu Padre afectivo, y págale generosamente las deudas que con él contrae tu indigna Madre; hazle ligeras las penas y fatigas que se da por nosotros, y vierte sin medida en su corazon virtuoso los consuelos que sólo tú puedes dar á los que te aman.

Así hablaba el corazon purísimo de María al Corazon divino de Jesus, y sus ruegos no podían ser desatendidos, porque eran la esencia de la justicia.

Miéntras tanto llegó José, y al ver de léjos á su Hijo afectivo y á su Esposa tierna, alegróse su corazon con la alegría de la naturaleza al asomar el alba. Y en verdad que mucho necesitaba de aquella alegría, porque el pobre, cual lo estaba suponiendo la Vírgen su Esposa, se llegaba con bastante tristeza.

María, con la sonrisa plácida en los labios; con aquella sonrisa que hace al alma el efecto del rocío á las flores despues de un día caluroso, le presentó al Cristo para que lo besara; y sabiendo con cuánto gusto lo recibiría en sus brazos, se lo entregó placentera.

La cariñosa Vírgen estaba haciendo lo posible por hacerle olvidar la pena que le atormentaba; y hay que convenir en que si José no se hubiese dado por satisfecho, habría sido el hombre más descontentadizo de la creacion.

El regocijo, pues, volvió á su alma, como vuelve el sol á visitar nuestro hemisferio despues de las sombras y oscuridades de la noche. Con todo, la luz de su alegría estaba velada por un celaje de tristeza, que le obligó á decir á la Vírgen su Esposa:

—¡Nada!... Y no es, María, que haya dejado de poner por mi parte todos los medios. ¡Ay! mucho me temo, dulces prendas de mi corazon, que se os esperan largos días de estrechez, y acaso de verda-

dera necesidad. ¡Oh! si pudiese evitároslo, cuán gustosamente lo haría... no perdonaría sacrificio ninguno, no: pero ya lo véis; no puedo, no puedo, á pesar de mis buenos deseos!

—José, amado José de mi alma; tranquilízate. El Señor vendrá de aquí en adelante en nuestra ayuda, como ha venido hasta el presente; sí, vendrá en nuestra ayuda, siquiera para premiar lo mucho que haces por su Hijo, y los ardientes deseos que te mueven y enardecen.

—¿Qué más premio que vuestro amor, y el gozar de vuestra compañía? ¿Ni qué recompensa merece el que se reduce á cumplir con su deber? preguntó el Patriarca con verdadero espíritu de humildad.

—La justicia de Dios da la gloria del cielo en recompensa á quien cumple con su deber, y añade largas mercedes al que como tú se esmera en cumplirlo gustosamente y con muchas creces.

—Espero esa gloria, en verdad; mas no por mis méritos, sino por la inagotable misericordia del Altísimo... Y miéntras tanto; continuó despues de una pausa; no quiero acá en la tierra más gloria que la de trabajar por vosotros, prendas de mi corazon; ni más dicha que la de amaros, y veros á mi lado, y unirme á vuestras penas, y participar de vuestros dolores...

Y así hablando, besaba tiernamente á Jesus, y miraba con un cariño puro y grande como su nobilísima alma á la Vírgen compañera de sus días.

—¡Cuánto nos ama, Señor; cuánto nos ama!... balbuceaba María poniendo en José una de esas miradas que hacen estremecer de dicha á los mismos felices cielos.

CAPÍTULO XIX.

Donde marido y mujer cumplen su palabra.

Los enormes crímenes de Heródes clamaban venganza, y la sangre derramada por el Idumeo caía gota á gota sobre su cabeza malvada: así es que despues de todo lo que tenemos referido, la terrible enfermedad que aquejaba al rey usurpador de los Judíos tuvo un recrudecimiento que le obligó á guardar cama, é hizo temer su inminente muerte.

Aquel malvado padecía ya en este mundo un símil de los tormentos del infierno.

Pensando que en efecto iba á morir, y acordándose de su hermano Féroras, al cual seguía amando á pesar de lo que hemos visto, quiso confiarle algunos secretos de estado, y á este fin le hizo rogar se viniera á Jerusalen, pues quería conferenciar con él y hacerle algunos encargos ántes de morir.

Féroras, no pudiendo perdonar al rey la enorme humillacion que le hiciera sufrir delante de toda la corte, y dando por pretexto su juramento de no volver á Jerusalen, se denegó rotundamente á dar gusto

á su hermano; y á pesar de hallarse Heródes á las puertas de la muerte; y á pesar de instarle vivamente Cipros á que fuera á Jerusalen, no por amor que tuviese á su padre sino por ambicion, el tetrarca se quedó en la Traconítide.

Entónces fué cuando, perdidas para Cipros todas las esperanzas, resolvió con su madre envenenar á Féroras.

—Mi resolucion es inquebrantable; le dijo á Doris: para cumplir un juramento se niega á ir á Jerusalen, donde mi padre moribundo le llama; donde con tal ocasion podrían verse colmadas nuestras ambiciones; y yo á mi vez cumpliré tambien el mío. Este hombre á quien odio ya con todo mi corazon, sabrá lo que puede y vale una hija de Heródes despechada.

—¿De manera que te resuelves á envenenarlo? preguntóla su madre.

—Sí; ambos no cabemos ya en el mundo; contestó la altanera Cipros con una entonacion resuelta.

—Entónces obra con mucha prudencia, porque el asunto es de vida ó muerte para tí.

—Sabré tenerla, madre mía; sabré tenerla. Ya lo veréis, y veréis tambien como no yerro el golpe. Por otra parte os tengo á vos que sabréis darme buenos consejos; consejos hijos de la experiencia y del amor.

—¡Oh! la venganza, Cipros, es uno de los placeres más dulces y regalados, sobre todo cuando la víctima cae, y la mano que la hace caer se oculta per-

fectamente. Tú no sabes, hija mía; tú no sabes cuán grande placer se goza entónces; qué satisfaccion llena el alma.

Este horrible, este infernal consejo fué escuchado por Cipros con una sonrisa de diabólica satisfaccion.

—Es lo que importa; ver caer la víctima, y ocultar la mano, de manera que nadie sospeche. Así caerá Féroras; así caerá, miéntras ha de verme á la cabecera de su cama, cariñosa, atenta, dulce, desvelándome por él comò si sólo contáramos ocho días de union. Ya veréis, ya veréis...

—¿Y de qué veneno piensas echar maño? Preciso es ser muy prudente en la eleccion.

—Por de pronto no puedo decirlo; es necesario pensarlo detenidamente; de todas maneras no creo bueno utilizarme del que debía acabar con los días de mi padre. Su accion sería demasiado rápida, y en consecuencia acusaría el envenenamiento. Por otra parte hay muchos que, si no saben que yo poseo este veneno, lo presumen. No, no; ha de ser otro, y ha de ser de naturaleza muy distinta. Quiero que viéndome llorar las gentes sobre su cadáver, léjos de presumir que yo le he envenenado, digan admiradas: «¡Cuánto le amaba!»

—¡Qué lástima que esta cabeza no ciña la corona de Israel! exclamó Doris, poniendo un beso en la frente de Cipros.

—¿Os gusta la idea? ¿No es verdad que el pensamiento está magníficamente estudiado? preguntó Ci-

pros enorgullecida por aquel elogio criminal, y más hueca que un pavo, como suele decirse; miéntras sabía hacerse la víctima de esa manera, con ese estudio peculiar á ciertas mujeres. Pero hay que estudiar mucho la idea; hay que precaverlo todo, y por lo mismo sería una insensatez cualquier precipitacion. Afortunadamente, repito, vos estáis á mi lado; vos queréis que vuestra hija se vengue, y que caiga ese tonto presumido que no ha sabido defenderla de una enorme humillacion; que no há sabido poner en su frente la corona de Israel.

Desde aquel día Cipros se mostró más cariñosa con Féroras, más solícita, más enamorada. A veces parecía hasta celosa, y se quejaba con su marido de que no la correspondiese segun se merecía el amor que le profesaba.

Y Féroras se dejó llevar por aquellos testimonios extemporáneos de amor, sin sospechar de ellos; y eso que por tener ocasion de conocer á su esposa, le sobraban los motivos para dudar de la sinceridad de aquella pasion tan fuera de tiempo.

Miéntras el confiado Féroras veía con no poco asombro remontarse por el cielo de su vida, y en los días de la edad madura, por segunda vez la luna de miel; miéntras comentaba en sus adentros este nuevo capricho de su caprichosa y apasionada mujer; miéntras reventaba de satisfaccion, como suele decirse, por la firmeza de que diera muestras con su hermano Heródes, éste, contra los cálculos de los médicos y de

todos sus allegados, burlaba las esperanzas que concibiera Israel con motivo de la muerte que se tenía por inminente, y vencida la crísis, pudo salir de cuidado, dejar la cama, y encargarse otra vez de los negocios del reino, bien que sufriendo más y más.

El restablecimiento de Heródes, si así puede llamarse, hizo concebir esperanzas á Cipros de que el rey vengaría el desaire recibido del tetrarca; pero sus cálculos le salieron fallidos, porque el Idumeo por un fenómeno inexplicable en él dada su crueldad, contentóse con quejarse de Féroras en el seno de su familia, cual pudiera hacerlo el hombre más pacífico y manso de la tierra.

En vista de resultado tan singular, despechada y rabiosa Cipros dijo á su madre:

—Está visto que ha de caer á mis manos. Este es su destino, y es preciso que muera pronto. Siento verdadera impaciencia por llorarlo difunto, y hay que disponerlo todo en el menor tiempo posible.

—De manera que estás resuelta.

—¿Para qué, sino le envolvería en una red de amor, que repugna mi corazon? Si esta farsa ha de continuar mucho tiempo, mi pecho reventará como una mina. Veamos, pues, madre mía, qué os parece mi plan.

—Habla; dijo Doris tomando asiento con suma complacencia al lado de su hija.

—Me confirmo en la resolucion de no propinarle

el veneno que Antípater se proporcionara para mi padre: no, su accion sería harto rápida y manifiesta y delataría la mano que se lo diera. Se necesita otro veneno que deje en la sombra á Cipros; que ademas haga creer á las gentes que Cipros es la más infeliz de las viudas. Ante todo pongámonos en seguridad, porque Heródes podría darme más de un mal rato si llegara á sospechar. Ya sabemos cuánto ama á su necio hermano.

—Y con cuánta prevencion te mira á tí. A buen seguro que la más ligera sospecha sería una acusacion que te oprimiría con peso formidable. Sí, sí; hay que quitar todo pretexto á la suspicacia de tu padre.

—Y se lo quitaré, no lo dudo; se lo quitaré. Por algo ha de servirme la sutileza de mi ingenio.

—Bueno; veamos, pues, lo que intentas; veamos lo que te propones hacer.

—No sin motivo vengo representando una repugnante comedia, de algun tiempo á esta parte. Las gentes me suponen enamorada perdidamente del posma de mi marido, y él se lo cree, de manera que todavía no ha vuelto de su asombro. Esto, como supondréis, tiene su idea; esto es preparar el camino á la venganza que medito; esto es ocultar la mano y disponer las cosas para herir á mansalva.

—Ya suponía algo de ello en la extemporánea pasion que se ha desarrollado en tí por Féroras.

—Pues bien; ha llegado el momento de obrar, y hay que proporcionarse el veneno.

—Fácil cosa es: mas ¿de quién piensas servirte que no te delate?

—Ya lo tengo previsto. No quiero intermediarios; lo haremos nosotras dos en persona, con lo cual tendremos garantizada la inviolabilidad del secreto. ¿No os parece una idea excelente?

—¡Cómo! ¿Nosotras preparar un veneno? ¿Ignoras acaso que carecemos de la habilidad que tienen muchas y muy grandes princesas? preguntó Doris admirada de la proposicion de su hija.

—Léjos de mí semejante pretension. Lo que he querido decir es que no quiero valerme de intermediarios para proporcionarme el tósigo, sino que nosotras directamente hablaremos con quien nos le preparará.

—Está muy bien. Mas ¿qué bebida vas á pedirle al sabio preparador de venenos?

—Una bebida que infunda amor. ¿No os parece un recurso magnífico? ¿Qué puede darle la mujer enamorada al marido que adora con pasion sino una bebida semejante? ¿Cómo ocultar la mano perfectamente sino detras de esa bebida, en la cual irá mezclado un principio de muerte que consuma á Féroras en pocos días?

Doris quedó pensativa. Meditaba sobre la perversidad de Cipros, que acaso no supusiera tan grande.

—¿En qué pensáis? preguntó la malvada hija á su pensativa madre.

—Pienso en que realmente tienes que abrigar un odio inmenso por Féroras.

—Es tan grande ese odio, que no se satisfaría viéndole agonizar para siempre entre horribles convulsiones.

Doris se estremeció involuntariamente, considerando á su hija como un abismo insondable, cubierto por una tenue empalizada de flores gallardas y plantas tan hermosas como frágiles.

—¿Quién piensas ha de componerte esa pócima tan mortal como engañosa?

—Existe una vieja mujer árabe, muy conocedora de la virtud de las plantas; muy hábil en preparar venenos y toda clase de bebidas, singularmente las que exaltan las pasiones y encienden el fuego del amor. Esta vieja, pagándola bien, nos dará lo que deseo, y por la cuenta que le tiene, se callará como una muerta. Yo, por mi parte, la recompensaré con regia magnanimidad.

Cipros quedó mirando á Doris y como preguntándola su opinion sobre el plan de su venganza, del cual anticipadamente estaba más satisfecha, que no lo está un artista contemplando la obra maestra de su genio.

—Me parece todo admirablemente dispuesto y combinado; me parece todo magníficamente preparado. Féroras no puede sospechar, y el golpe será certero; dijo Doris con el acento de una profunda conviccion.

—¿Qué es lo que no hace una mujer cuando quiere vengarse? ¡Oh! no me entrarán escrúpulos, ni vaci-

laciones, ni temores de ninguna especie cuando le presente el engañoso y mortal brevaje. No ha querido darme una corona; ha sido motivo de que cayeran al golpe de la fiera espada de mi padre, Marghaloti y nuestros principales y más decididos partidarios; yo le daré en justa recompensa un sudario. ¡Maldito! ¡tan fácilmente como podía hacerme brillar en el trono de Israel, y renunciar tan cobardemente á ello!... ¡Oh! ni áun despues de muerto he de perdonarle: no, que cuando las gentes me vean llorando sobre su cadáver, no sabrán que cada lágrima será una maldicion para Féroras; serán lágrimas hijas del sentimiento de no poder matarlo mil veces con inauditos tormentos, con indecibles agonías... ¡Oh! si puedo estar á solas con él en el momento de su agonía, cómo he de sonreirme, cómo he de gozarme, cómo he de hablarle, para redoblar los dolores y las angustias del cuerpo con dolores, y rabia, y desesperacion del espíritu!...

Cipros hablando así sonreía con una fiereza imponderable; y cerraba violentamente los dientes y los puños; y se gozaba con infernal complacencia en todo cuanto decía.

En esta situacion hizo una pausa. Doris su madre la miró y tuvo miedo. Tal vez se preguntó si era en efecto aquella su hija, ó la hija de un tigre de Hircania.

Cipros siguió hablando:

—Ya meditaré un recurso con que atormentarle todo lo posible en la agonía. No me ha dado el gusto

de hacerme reina, y habré de darme en compensacion el placer de la venganza.

La mujer de Féroras quedó pensativa, con el índice sobre los labios y la mirada fija en el suelo; discurriendo para hallar la manera de atormentar, cuanto le fuese posible, á Féroras en la agonía.

Su madre la dijo:

—¿Y cuándo piensas avistarte con la vieja árabe, preparadora de venenos?

—Ántes hoy que mañana; ántes ahora que despues. Tengo verdadera fiebre de verle morir; de verle padecer en las contorsiones de la agonía. La muerte de rabia me parece dulce para él.

—Advierte, no obstante, que la mano que se la dé ha de permanecer oculta, y una muerte tan cruel acaso nos acusaría. No me parece la más prudente. Reflexiona...

—Pues qué: ¿os figuráis que no he reflexionado bastante en las horas que fuera de su lado hundo las uñas en mis carnes hasta que salta sangre, para desfogar la ira que acumulan en mi pecho las caricias que le prodigo, y las frases amorosas con que le arrullo para tenerle más engañado? Si, sí; todo lo tengo pensado; todo lo tengo previsto, y sé que muchos mueren de muerte natural peor que un perro rabioso. Ahí tenéis á Heródes: pensáis que su muerte ha de parecerse en nada á un sueño? Entónces ¿por qué motivos no puede morir rabiando Féroras, sin que se sospeche que muere envenenado?

—Con todo, esa muerte no es la más prudente: reflexiona y lo verás.

—Es la que quiero darle y basta; exclamó Cipros poniéndose en pié con una altanería inverosímil.

—Entónces si quieres seguir tu capricho, ¿para qué me consultas? Los que proceden como tú no necesitan consejo de ninguna clase, y pierden el tiempo miserablemente cuando lo toman.

Doris se retiró de la estancia sin decir más. No sabemos si estaba poseída de miedo ó de horror.

—Si yo hubiese odiado á Heródes de esta manera, ¡cuántos años haría que hubiese muerto!... Y se perderá y me perderá si no se pone más razonable; si al fin no resuelve obrar con más prudencia... Pero estamos en la pendiente, y he de precipitarme con ella, para que nos salvemos las dos, ó nos perdamos.

Al día siguiente la excitacion de Cipros había mitigado bastante, y entónces pudo Doris hacerla comprender que bastaba quitar la vida á Féroras; la vida que para los que no creen, es el bien más grande que se puede perder.

Y con las reflexiones de su madre, la vengativa hija de Heródes entró en razon, con no poco contento de la vieja, la cual realmente temía las iras de Heródes.

Cipros llevaba prisa por envenenar á su marido. Aquel mismo día ella y su madre se avistaron con la vieja mujer árabe, preparadora de venenos y otras bebidas; y despues de haberla ganado con una buena

cantidad de dinero, la pidieron un brevaje que excitara el amor, en el cual viniese un veneno sutil, que acabara al que lo bebiese en algunos días, sin darse á conocer ni al ojo más experimentado.

La vieja encareció los compromisos graves que la demanda le podía acarrear, y la suma dificultad que había en disponer lo que le demandaban: se hizo por de pronto la escrupulosa, con el deseo de arrancar á Cipros una cantidad mayor, y eso que la entregada por anticipado era ya muy respetable.

A todo convino la mujer de Féroras; así es que la vieja la prometió tener preparado el veneno para dentro de unos días, cosa que mortificó no poco la impaciencia febril de la hija de Heródes; quien no hubiera querido moverse de allí sin llevar consigo la pócima mortal.

—¡Cómo humilla tratar con esa gente despreciable! le dijo á su madre. Pero conoce que la necesitamos y aprovecha la ocasion para mortificarnos, miéntras nos arranca enormes cantidades.

—Miéntras ella prepara el brevaje que ha de dejarte libre y vengada, dispon tú las cosas convenientemente. Acaso sea un bien esa demora forzosa á que te ves sujeta; porque de llevarte el veneno, tu impaciencia tal vez te hubiese hecho cometer algun desacierto.

Desde aquel día Cipros dispuso las cosas con sumo estudio y habilidad; y se fingió más enamorada de su marido; más celosa de que á otras mujeres hiciera objeto preferente de su amor.

—Verdaderamente eres incomprensible, Cipros; la dijo Féroras: ¿á qué viene esa pasion?

—Es que he comprendido al fin cuán injusta fuí contigo; es que he meditado en el grave riesgo á que te expusiste por mí, cuando te negaste á repudiarme; y este ha sido el motivo de que se enardeciera en mí el amor que te tenía; el amor que arde en mi pecho como un volcan.

Luégo enviándole una sonrisa apasionada, ardiente, seductora, le preguntó á media voz:

—¿Te parece si hay motivo suficiente para ese reverdecimiento de amor?

—Ya sabía yo, Cipros amada, que al fin vendrías á mejor acuerdo, estimando mi accion en su justo valor; dijo Féroras muy complacido, muy satisfecho.

Y llegó el día en que la vieja árabe entregó á Cipros el veneno tan esperado.

La mujer de Féroras supo contenerse, y, por consejo de su madre, convidó á su marido á un banquete que pensaba darle al día siguiente. El tetrarca no podía rehusar la invitacion de su mujer, y así se lo dijo.

Ella, para que el banquete fuese más suntuoso, invitó á los magnates de la corte; así se sospecharía ménos de la verdadera causa de la muerte.

Servían en el convite dos libertos de Féroras, que por motivos de gratitud querían mucho á su señor; y ellos se sabrían el por qué sospechaban un tanto de la extemporánea pasion de Cipros.

—¡Es cosa muy singular! se habían dicho; y hay verdaderamente secretos inexcrutables en el corazon de la mujer.

Estos libertos pudieron indagar que Cipros y Doris habíanse procurado un brevaje para inspirar amor á Féroras; lo cual aumentó su extrañeza, pues decían:

—¿A qué apelar á tales recursos? ¿Acaso nuestro señor no la ama con locura? ¿No está preso de las redes del amor, como si fuera un mozalvete inexperto, con el cual juega una mujer de mundo?

Con estos antecedentes no extrañarán nuestros buenos lectores que todas las acciones de Cipros fuesen espiadas minuciosamente, con ese arte, con esa inteligencia que para casos análogos despliegan los asiáticos.

El convite era espléndido; la alegría general; la intimidad tanta, que no parecía convite de corte, sino fiesta entre amigos. Cipros estaba brillante, seductora, decidora; prodigaba sus gracias así naturales como adquiridas, con un arte, con un acierto admirables. Realmente se conocía á la legua que sólo deseaba agradar; que sólo pretendía captarse el amor de su marido y la admiracion de los convidados.

Féroras, por su parte, que había saludado bastantes veces los ricos vinos que se sirvieran en la mesa, parecía, y es muy probable que lo fuese en aquellos momentos, verdaderamente feliz.

Cipros le enviaba unas miradas tan dulces, que le estremecían el corazon; decíale unas palabras tan

seductoras que le fanatizaban, que le robaban el alma.

—Estás irresistible esta noche, Cipros querida. No hay estrella que brille como tú; no hay ojos que miren con el amor con que los tuyos miran; no hay melodía que penetre y arrebate el alma como tu acento apasionado.

—En cambio no soy tan feliz como parezco. En el fondo de mi corazon hay un enorme vacío: si me esfuerzo por presentarme á tus ojos tan seductora, es porque deseo colmar el vacío de mi corazon.

—Si puedo yo hacer algo, habla. Quiero verte la mujer más feliz de la tierra.

—¡Algo!... ¡Me pregunta si puede hacer algo para colmar el vacío de mi pecho!... Féroras; ¡qué cruel eres! ¡Cómo me haces pagar amargamente el desvío con que te he mirado por algun tiempo! suspiró la malvada esposa, fingiendo sentir lo que decía, con un arte que pocas coquetas poseen.

—Suponer tal cosa en mi amor es ofenderle; murmuró Féroras.

—¡Y me pregunta si puede hacer algo para colmar el vacío que atormenta mi pecho! insistió Cipros, como si no hubiese oído las últimas palabras de su marido. ¡Esto me pregunta quien puede hacerlo desaparecer en un momento; con una palabra, con una promesa! ¡Qué infelices somos las mujeres!

—Si con una palabra puedo hacerte feliz, crueldad imperdonable sería no pronunciarla. Dime en qué consiste, y ya verás cuán prontamente sale de mis labios.

—¡Sólo de tus labios!... Tanto da un poco de viento; un suspiro de la brisa.

—Palabra salida de mis labios y dedicada á tí, sólo puede emanar del corazon. Habla; deseo pronunciarla.

—Esa palabra es amor; amor ardiente como la lava que bulle en las entrañas de un volcan. ¡Ah! mira tú si pueden tus labios pronunciar al oído de Cipros esa palabra salida del fondo del corazon.

—Pueden, y la pronuncian sin cesar. Por ese amor no he vacilado un momento en arrostrar las poderosas iras de Heródes: porque ese amor vive en mi pecho, vigoroso como nunca, no he vacilado en desechar el llamamiento que me dirigía mi hermano moribundo. ¿Qué más quieres? ¿Qué mayor prueba puedo darte?

—Sí, quiero más; necesito más, mucho más, Féroras, mucho más; dijo Cipros con la vehemencia de la mujer oriental locamente apasionada, ciega, muerta de amor.

—¿Qué más puede darte un hombre que la vida? preguntó Féroras galantemente.

—El corazon; todo el corazon. Es lo único que ambiciona, es lo único que pide la mujer enamorada. Y yo; continuó bajando la voz; yo no poseo el tuyo por entero; otras lo comparten conmigo, y tengo por seguro que tampoco son felices... Y si lo son, no te aman.

—Cipros, tu pasion te hace injusta. Ninguna mu-

jer posee mi corazon si no eres tú. A las demas las estimo; á tí te amo como el cuerpo ama el espíritu que le vivifica.

—¡Si esto fuese cierto!...

—Lo es; no lo dudes; afirmó el marido seducido por la táctica de aquella funesta mujer.

—¡Si esto fuese cierto... insistió ella; ¡cuán feliz sería!...

Y despues de una pausa, en la cual parecía vacilar entre hacer una revelacion ó dejar de hacerla, con una cortedad perfectamente simulada prosiguió:

—No te enojes si voy á hacerte una revelacion, ni te rías de mi debilidad. Piensa que soy mujer enamorada.

—Prometo no enojarme, ni reirme por lo que me vas á decir. Habla con toda franqueza.

Cipros bajó la voz, y con el tono de una enamorada confidencia; haciendo como quien no osa levantar los ojos, y espiando sin embargo los menores movimientos de Féroras, habló así:

—La locura de mi amor me ha hecho pensar varias veces en cómo me aseguraría el tuyo para siempre.

—Trabajo inútil, porque de verdad ya lo posees, querida mía.

—Hay filtros que enardecen el corazon, que lo encadenan al objeto amado con lazos de rosas y flores; y había pensado, ¡mira tú qué loca! en darte uno de esos filtros amorosos; licor de la felicidad, que obliga

al cielo á descender á la tierra, y morar en dos almas unidas en una por la llama del amor.

Féroras se sonrió viendo aquella debilidad de su mujer; pero no dijo una palabra. Cipros continuó, espiándole más cuidadosamente, y haciendo como que no osaba levantar los ojos de ruborizada por la revelacion:

—Tú me perdonarás esta locura, ¿no es verdad? porque tú eres generoso y bueno, y sabes que mucho debe dispensársele á la pobre mujer que no vive sino de amor, ni sueña, ni imagina otra cosa que ser amada.

—No veo motivos para perdonarte, pues no hay ofensa aquí: muy al contrario, cuanto acabas de decirme es suficiente para enorgullecer á un hombre; para colmarle de viva satisfaccion. Pero ¿á qué apelar á filtros de ninguna especie, cuando tus miradas fascinan el alma y la ponen encadenada á tus piés?

—Palabras; hermosos sonidos que se pierden en las ondulaciones del aire que las recibe! Hieren nuestro corazon, le ponen más enfermo de amor; pero dejan libre el corazon del hombre.

—¡Qué temeridad!... Pero en fin; ¿te has proporcionado esa bebida que segun tú dices infunde amor?

—Sí; balbuceó tímidamente la malvada Cipros; el filtro obra en mi poder.

—Entónces, ¿cómo no me lo has dado á beber? Te era tan fácil...

—Porque para que obre se necesita que concurra tu voluntad; se necesita que tú lo sepas.

Féroras volvió á sonreirse con amorosa indulgencia. Despues dijo:

—Esas preparadoras de filtros os traen locas á las mujeres, y especulan con vuestra credulidad de una manera que admira. ¿Quién había de suponer que tú tambien incurrieras en semejante credulidad?

—El enfermo no se cansa de buscar sabios médicos, ni de probar remedios que le devuelvan la salud.

—Pues tal es tu empeño, no quiero rehusarte lo que deseas. He expuesto por tí mi vida, ¿y me negaré á tomar una bebida, la cual, segun opinas, ha de aumentar los grados del amor que te tengo? Dáme ese filtro; quiero beberlo, porque quiero que acalles tus celos y vivas tranquila.

—Lo beberás con alguna prevencion, ó por pura deferencia; y ya estoy tentada á suplicarte que desistas.

—Nada de prevencion, si bien es verdad confío poco en el resultado que esperas, porque no doy fe á la virtud que suponéis en esas pócimas.

—Siendo así toma, Féroras: el alma apasionada de Cipros; el corazon que suspira por poseer el tuyo, te presenta en esta copa lo que ha de darle la felicidad colmada.

Féroras tomó la copa y la acercó á los labios, miéntras el alma rencorosa de Cipros enviaba á los suyos la sonrisa más dulce, más seductora, que pudo encontrar en el repertorio de su arte.

El fascinado tetrarca apuró el licor de la copa sin

respirar. Despues dejándola sobre la mesa preguntó:

—¿Estás contenta ya? Veremos ahora qué efectos produce ese filtro sobre mi corazon; bien que es cosa difícil lo encienda más en amor por tí.

—¡Oh Féroras! ¡gracias, gracias! exclamó Cipros; me has dado una suprema prueba de amor; estoy satisfecha. Puede esa pócima no dar resultado; pero mi corazon está contento; tiene la seguridad de que me amas, y esto le basta.

Poco despues el hermano de Heródes comenzó á sentir los efectos de la bebida. Su sangre ardía; su corazon sentía una cosa inexplicable; amaba á Cipros con la locura que ésta quería, y los convidados le irritaban con su presencia: hubiera deseado despedirlos y no osaba, teniendo en cuenta ciertas consideraciones.

—¿Por qué los has invitado, Cipros? Estamos tan bien cuando podemos dar expansion á los sentimiendel alma! ¡cuando tú me hablas y yo te escucho!...

Los libertos habían oído parte de la conversacion anterior, y no sin mucha extrañeza notaron cierto cambio en Féroras; cambio que atribuyeron acertadamente á la bebida que le diera Cipros.

Nunca Féroras se había mostrado tan galante, tan fino, tan delicado con su mujer, y nunca ésta apareciera tan feliz, tan satisfecha, tan enamorada. Los convidados no pudieron dejar de notarlo, y se decían:

—¡Parece un festin de boda! Miradles que amar-

telados están. Verdaderamente la princesa es capaz de enloquecer á cualquiera. Parece un hada venida de las regiones del amor.

Féroras á su vez le decía á su mujer, con el acento más apasionado:

—Parece que estoy en un mundo nuevo; parece que acabo de nacer á una vida inefable.

—¡Oh Féroras! suspiraba Cipros; verdaderamente soy feliz; soy la más dichosa de las mujeres.

Dos días despues el marido fué acometido de una indisposicion y bien que sin guardar cama por de pronto, veíasele empeorar notablemente; pero seguía enamorado como un inexperto mozalbete.

—Ese hombre ha enloquecido; se decían sus cortesanos, sin explicarse el motivo de aquella pasion intempestiva.

—El amor le mata. ¡Oh! ¡á sus años es una enfermedad fatal! murmuraban otros.

—¿Qué le hemos de hacer? Las pasiones de los viejos son cien veces más desastrosas y repugnantes que las de los jóvenes. Se ha empeñado en morir y se saldrá indudablemente con la suya.

Así hablaba la corte por lo bajo, miéntras que viendo la decidida influencia de Cipros sobre el ánimo de su marido, la galanteaba, la adulaba más que nunca; pensando sacar un gran partido de estas adulaciones, para la hora de la muerte de Féroras.

Cipros disimulaba cuidadosamente. Era la esposa enamorada; era la apasionada mujer de Oriente, en

los días de la luna de miel; pero esto lo era en público, porque en lo secreto de la vida íntima, con un tacto, con un arte admirables procuraba huir de Féroras.

Doris la decía asombrada:

—Verdaderamente representas tu papel á maravilla. No me canso de pensar en lo que haces, y en lo bien que lo haces. Suponía mucho talento en tí, mas nunca llegara á imaginarlo en tal grado.

—Es que me canso de él, y por esto procuro acabar pronto. ¡Oh! juzgad lo mucho que lo detesto, por lo mucho que finjo. Mi corazon sufre horriblemente, y sólo el odio puede mantenerle la vida.

Y llegó el momento en que Féroras tuvo que guardar cama. El veneno que lo consumía había devorado sus fuerzas, é iba acabando su vida por consuncion, por abatimiento, por disolucion.

La enfermedad era extraña; los médicos no la explicaban; los remedios que le propinaban producían siempre un resultado contrario. Viendo este efecto, los discípulos de Galeno decían públicamente:

—¡Si ese hombre tuviera más juicio!... Miéntras no calme su ánimo excitado, todo es inútil.

Aquellos sabios suponían, achaque en muchos de la misma clase, causa lo que era efecto; pensaban que para curarlo era necesario que calmara la excitacion nerviosa de Féroras, cuando ante todo debían administrarle un antídoto, si es que todavía era tiempo, para que la excitacion terminara.

Así es que el pobre Féroras iba caminando rápidamente á la muerte, con gran desesperacion de los médicos, y mucho regocijo de Cipros; la cual, maestra en el arte de fingir, les decía:

—¿Pero no véis como se muere el amado de mi alma? ¡Oh! devolvedle la salud, conservadlo á mi enamorado corazon, y es vuestro todo cuanto poseemos. Seréis ricos, tendréis honores, os amaré como á mi madre...

—Señora; con gran desesperacion nuestra los recursos de la ciencia son impotentes.

—¡Impotentes!... ¡Impotentes!... ¡Necios! Si la ciencia no os sirve para conservar la vida á Féroras, ¿para qué ponderar tanto vuestro saber? ¿Para qué sirve al fin?

—Cuando la muerte llama á las puertas del hombre, no hay fuerza ni saber que pueda detenerla.

Entónces Cipros gritaba, fingiéndose perfectamente desesperada:

—¿Si no podéis curar la última enfermedad, para qué estudiáis y engañáis á las gentes? Las demas se curan por sí mismas: de lo que resulta que sois completamente inútiles.

—Advertid, señora, que no somos nosotros quienes vamos á llamar á las puertas de los enfermos, sino que son éstos los que vienen á las nuestras. Recordad que sois vois quien nos ha llamado, y que hemos venido para asistir al tetrarca, al cual, si no devolverle la salud y la vida, podemos endulzar las

amarguras de la agonía, y calmar los dolores con que le acometa la enfermedad.

Cipros calló, y Féroras fué empeorando. Parecía un reloj de arena que acaba á toda prisa los granos que marcan la hora suprema.

La malvada mujer contaba con asistir sola á los últimos momentos de su marido; y para aquella hora, como hemos visto, reservaba todo el cúmulo de implacable ira que se replegaba en su pecho, para arrojarlo al rostro del moribundo, y hacer de este modo más desesperada la agonía.

Pero Cipros no contaba con el amor de Heródes á su hermano.

Sospechar lo que iba á suceder hubiérale parecido el mayor de los absurdos.

¿Ni cómo se le podía ocurrir á la vengativa Cipros, tan perfectamente conocedora del carácter de su padre, que éste, enfermo, desairado por Féroras cuando pensando morir le llamara, y sabedor de lo que el tetrarca había tramado contra el rey; cómo había de presumir, repetimos, que sin ser llamado acudiese á la cabecera del moribundo? Dados los antecedentes de Heródes, lo natural era que pagase á su hermano con la misma moneda de que éste se había servido.

Mas por una anomalía inexplicable no sucedió así: Heródes tan malo, tan cruel, tan vengativo, tan implacable; Heródes que con la misma facilidad, por una simple sospecha, ajusticiaba tanto á sus vasallos

como á sus hijos; Heródes amaba algunos de sus hermanos, y ya hemos visto cómo tratara á Féroras al descubrirse la conspiracion. Motivos más que sobrados tenía Cipros para no pensar en la venida de Heródes á la Traconítide.

Y sin embargo no fué así, pues apénas el Idumeo tuvo noticia del grave estado de su hermano, cuando sin pensar en sus dolencias y en su estado verdaderamente fatal, se puso en camino, con ánimo de dar á Féroras el último adios, y oir su postrera voluntad para hacerla cumplir.

Si nunca se ha proferido en la tierra una maldicion verdaderamente digna de Satanas, ésta salió de los labios de Cipros apénas tuvo noticia del viaje de su padre; apénas supo que éste venía á toda prisa á la Traconítide. Aquel viaje le quitaba la mitad del placer de la venganza; le quitaba, por decirlo así, aquel postre dulcísimo á su corazon de víbora, con que pensaba terminar el festin de su odio infernal.

Se comprenden perfectamente, pues, la rabia, la desesperacion, las maldiciones de la infame Cipros. Casi miró ya con indiferencia la muerte de Féroras, ántes tan esperada, y con tanto cuidado prevenida; y viendo cuánto tardaba en morir su marido, hasta pensó en darle unas gotas del veneno que Antípater se proporcionara en venir de Egipto para su padre.

Noticiosa Doris de esta idea desesperada de su hija, y alarmada con justo motivo, la dijo:

—Si estimas en algo tu vida y la de tu madre, no hagas lo que te propones.

—¡Ah! ¡pero verle morir y hasta en aquel momento supremo fingirle amor que no siento!... Esto es más horrible que la misma muerte; porque vos no sabéis la rabia de mi corazon hasta dónde alcanza.

—La vida es el bien supremo; vive para maldecirle; pero oculta tus sentimientos, Cipros, porque si tu padre llega á sospechar, si llega á concebir una ligera sombra de sospecha tan sólo, la muerte que ha de darnos será mucho más terrible de lo que imaginas. ¡Oh! reflexiona, hija mía, y ten prudencia.

—Haré por tenerla; pero yo no sé si podré contenerme, madre mía.

—Sí, te contendrás, porque el hombre puede lo que quiere, y la mujer, á pesar de su debilidad, puede mucho más que el hombre.

—¡Y he de continuar representando esta farsa odiosa de amor!

—Representándola te defiendes y me defiendes, amada Cipros.

Ésta siguió en efecto representando la farsa odiosa de amor, miéntras los dos libertos eran los únicos que se permitían no mirar á su señora con el aparente afecto y compasion de los cortesanos.

—Es cosa particular que esta locura amorosa y esta mortal enfermedad le hayan dado á un mismo tiempo. ¿Venían una y otra cosa en el fondo de aque-

lla copa? ¿Estaba envenenada la pócima? ¿Quién sabe?...

Heródes llegó, y nunca había demostrado tanto amor, tan verdadero cariño por su hermano, como cuando le vió moribundo; como cuando lo vió á las puertas de la muerte. Hubiera dado la mitad de aquella corona, tan desesperadamente defendida de él, sostenida en su cabeza al precio de tantos crímenes, á trueque de poder devolverle la vida.

Una cosa le chocó bastante, mas al fin acabó por no extrañarla, dados los antecedentes que tenía. Esta cosa era la locura, la ceguera de su pasion por Cipros.

—¡Verdaderamente la ama! murmuró el Idumeo. Ahora comprendo el por qué desafió mis iras en Jerusalen, cuando le exigí que la repudiara. ¡Pobres hombres, miéntras tengan á su lado una mujer! Sin embargo, pobre de mí, si no hubiese tenido al mío mi hermana Salomé!...

Féroras se extinguió como una lámpara que se apaga; y como ésta, sus últimos momentos fueron de una singular lucidez. Era natural que la fiebre amorosa no obrara en un cuerpo yerto; era natural que la pasion, agotadas sus fuerzas con las de la naturaleza, muriera ántes que el hombre que espiraba.

Cipros á un lado de la cama fingía estar loca de dolor; golpeábase el pecho, mesábase los cabellos: con un arte admirable imprimía á su rostro las huellas de un sufrimiento, de una desesperacion de

muerte: llamaba á su marido; aplicábale los calificativos más tiernos, y á veces se recogía en sí misma para llorar abundantes lágrimas.

Féroras no tenía, á pesar de todos estos extremos, ni una mirada, ni una palabra para ella: todo parecía estar en Heródes, que al otro lado de la cama, silencioso, recogido, con los ojos dolorosamente puestos en el moribundo, parecía olvidado de sí.

De pronto Féroras hace un esfuerzo supremo, alarga la mano yerta á Heródes; aprieta débilmente, por carecer de fuerzas para más, la de su hermano; mira con ira á Cipros.

—¡Todo lo comprendo!... ¡todo!... Heródes!... exclamó al mismo tiempo que apretaba por segunda vez la mano hinchada del Idumeo, y trataba de incorporarse.

—Habla. Aquí estoy yo para cumplir tu última voluntad.

Féroras quedó cadáver sin proferir una palabra más. Aquel esfuerzo supremo había sido como la última llamarada de la lámpara, más brillante que las otras.

Cipros exhaló un gran suspiro. Era de satisfaccion; era que conocía haberse librado de un espantoso peligro; porque Cipros no dudaba sobre el significado del último grito, de la última mirada, de los últimos significativos apretones de mano de su difunto marido.

—¡Oh! si el maldito tarda cinco minutos en morir me perdía irremisiblemente; dijo para sus aden-

tros, miéntras se entregaba á unos extremos de dolor, que á cualquiera le parecieran fingidos, si no se hubiera conocido los antecedentes de la pasion que se tenían el esposo muerto y la esposa viva.

Miéntras tanto Heródes, con la mano del muerto todavía entre las suyas, la cabeza inclinada, los ojos vagamente fijos en no sé qué punto del suelo, estaba poseído de un dolor tan verdadero como grande.

—¿Qué quería decirme con aquel grito; con aquellos apretones de manos; con aquella mirada extraña que ha puesto en su mujer?... Indefectiblemente Féroras tenía que hacerme alguna revelacion... ¿Qué quería decirme?

Miéntras tanto pasaron los ocho días del luto, y el monarca de Israel, queriendo enterrar suntuosamente á su hermano, mandó conducir el cadáver embalsamado á Jerusalen, para sepultarlo en el sarcófago de la familia del Idumeo. Quería darle aquella última prueba de amor.

Cipros continuaba sus extremos dolorosos; extremos poco simpáticos á la verdad, á los ojos de su padre siempre preocupado, siempre pensando en los últimos momentos de Féroras.

La malvada viuda tenía miedo. Las miradas de su padre la espantaban.

—¡Estás muy abatida! decíala su madre en uno de los ocho días del luto.

—¡Oh! si el maldito tarda unos momentos en morir, estaba perdida.

Y la contó lo sucedido en el momento de la última agonía de Féroras, añadiendo:

—¿Por qué dí oídos á vuestros consejos? Si le hubiese hecho tragar unas gotas del veneno que reservo...

—¿Quién sabe si el uno hubiera neutralizado el otro? ¿Y entónces, Cipros, y entónces?...

—¡Maldito destino el mío, y maldita la vieja que tan poca dósis de tósigo puso en la pócima!... Ahora mi padre sospecha de mí, y me espantan los resultados de la sospecha.

—Mas él carece de pruebas; él no sabe de qué acusarte, y estas pruebas nadie se las podrá dar. Tranquilízate.

—No puedo; no puedo. Heródes siempre que me mira me amenaza.

Así estaban las cosas, cuando llegó el día en el cual el Idumeo tenía resuelto volver á Jerusalen. Los preparativos de la marcha estaban hechos; ya sólo faltaba la señal, y Heródes no se resolvía á darla. Diríase haber en la Traconítide algo que le retenía.

Aquel estado, aquella perplejidad extraña, aquella indecision aumentaban los sobresaltos de Cipros, y hasta los daba á Doris, su madre y consejera.

Las dos presentían tal vez una tempestad amenazadora.

Y lo cierto es que la tempestad iba á estallar, sin que la misma se diera cuenta de su existencia.

CAPÍTULO XX.

Heródes se acuerda de que es padre.

Los libertos de Féroras, unidos, como hemos visto, con su difunto señor por lazos de gratitud, notando la tristeza de Heródes y su preocupacion, no ménos que la fría reserva con que miraba á Cipros, resolvieron hablarle de las sospechas que abrigaban; y para el efecto se presentaron pocos momentos ántes de emprender la marcha, rogándole les oyera en secreto.

Presintiendo acaso Heródes que aquellos dos hombres fieles querían hacerle una revelacion referente á su hermano, mandó despejar la habitacion, quedándose á solas con ellos.

—¿Qué me queréis? les dijo el Idumeo con cierta bondad.

—Señor, comunicaros unas sospechas que abrigamos sobre la causa de la muerte de vuestro hermano.

—¡Sospechas! Cuidado con que cuanto me reveléis no sea cierto, porque entónces...

Y les miró con frialdad, pero con fiereza; con la mirada de Heródes, muy parecida á la del tigre.

—No nos induce á hablaros, el propósito de hacer méritos, señor; y lo que vamos á deciros son únicamente sospechas. Vos sabréis qué partido sacar de ellas; vos las daréis el valor que realmente tienen.

Las palabras de los libertos reunían todos los caracteres de la sinceridad, y Heródes mitigó la fiereza de su mirada apénas las hubo oído. Luégo dijo:

—Os creo sinceros; creo que la fidelidad y la gratitud os inducen á hablar. Decid, pues, en qué consisten esas sospechas, que yo apreciaré en lo que valgan.

Y paró atento oído; se dispuso á no perder una sílaba de cuanto los libertos iban á decirle, pues tenía el presentimiento de que el difunto iba á revelarle lo que no pudo por sí mismo, valiéndose de aquellos dos.

Éstos refirieron minuciosamente al rey cuanto había pasado en el convite; la conversacion que en él sostuvieron Féroras y Cipros; la manera como ésta le indujo á beber aquella pócima amorosa; lo que le dijo acerca la procedencia de esta pócima; el efecto casi instantáneo que produjo en el marido; la fiebre que se apoderó de éste, poniéndole medio loco; la enfermedad que le sobrevino á los dos días, y todas las circunstancias que á ella acompañaron hasta la llegada de Heródes. Y concluyeron:

—Nosotros desconfiamos desde luégo de la bebida de la vieja árabe, y el desenlace puede ser casual; pero nadie nos quita del alma esta sospecha, que como tal os comunicamos, señor.

Heródes, que como hemos dicho oía á los libertos con suma atencion, encontró con aquellas palabras explicados los apretones de mano del moribundo; la

mirada desesperada que puso en Cipros, y el último supremo grito de Féroras. Estas circunstancias estaban diciéndole muy claramente al Idumeo lo que ya desconfiaba averiguar; estas circunstancias afirmaban la relacion de los libertos, á los cuales dijo:

—Por estupendo que sea lo que me decís, quiero creerlo, áun cuando resulte de ello una acusacion contra mi hija. Vuestra fidelidad y el sentimiento de que estáis poseídos justifican vuestras palabras. De todos modos, yo examinaré el hecho y os recompensaré generosamente si resulta cierto; pero os castigaré con severidad si no es así. Tenedlo entendido.

—Advertid, señor, que el hecho puede no ser cierto; mas tened en cuenta los propósitos que nos han animado al haceros esta relacion, por la cual, si resulta cierta, no admitiremos recompensa ninguna.

Cuando los libertos salieron de la habitacion, Heródes se dijo:

—¡Oh! ¡Cipros es verdaderamente infame; es un corazon podrido puesto en un cuerpo hermoso!... Pero yo aplacaré su orgullo, yo la humillaré hasta el polvo, yo sabré castigarla como se merece, en caso de resultar culpable. Espíritu vengativo; espíritu criminal; ¿qué habrás conseguido con matar á Féroras? ¿Sueñas acaso en otro enlace, y aspiras todavía á la corona de Judea?

Luégo dió órden de que Cipros, Doris, y todas las mujeres del difunto se dispusieran á salir con Heródes para Jerusalen. Esta noticia fué recibida con

gusto por unas, con indiferencia por otras, y por Cipros y Doris con verdadera angustia y sobresalto.

¿Qué iban á hacer en Jerusalen? ¿Por qué no se las dejaba tranquilas llorar sus dolores en la Traconítide? ¿A qué fin aquel cambio tan repentino?... Pero nadie las contestaba á estas preguntas, y la indecision aumentaba el sobresalto de aquellas princesas criminales.

Durante el viaje Heródes no se mostró más ni ménos reservado, más ni ménos amable con Cipros y Doris. Si éstas le hablaban del difunto, el Idumeo cambiaba de conversacion, ó parecía ensimismarse; si las veía sumergidas en los abismos de un aparente dolor, dejábalas en aquel estado sin que hiciera nada por distraerlas; sólo cuando algunas lágrimas mojaban los ojos de las princesas el rey parecía irritarse; pero á pesar de todo, no las decía una palabra de consuelo.

Esto era para Doris y Cipros un tormento enorme; una indecision, un sobresalto parecidos á la agonía.

Llegaron á Jerusalen y las mujeres de Féroras fueron conducidas con Heródes á palacio.

Y cuando el rey hubo descansado del viaje; y cuando todo lo tuvo preparado, mandó comparecer las mujeres de Féroras á su presencia y acusólas de haber envenenado al tetrarca.

Las que eran inocentes se asombraron por la inesperada acusacion; pero Doris y Cipros su hija palidecieron con la palidez de la muerte. Con todo, se empeñaron en negar, y Cipros hizo méritos de la pasion

en que, segun ella, se encendían los corazones del difunto y el suyo.

—Cipros, tú eres una hiena; tú eres un animal salvaje rabioso; tu corazon es más cruel que el corazon de un tigre. Acuérdate de la mirada de tu malogrado marido un momento ántes de espirar; acuérdate de los apretones de mano que me daba; acuérdate de aquel supremo grito de acusacion de Féroras.

—Estáis en un error. Aquella mirada y aquel grito no podían ser acusadores; eran la suprema despedida de un corazon adorado; eran la voz de la desesperacion por tener que abandonarme para siempre... ¡Oh, padre mío, no esperaba de vos ese golpe, no esperaba esa acusacion; pensaba que tendríais piedad de mi profundo desconsuelo, y que por lo ménos respetaríais la grandeza de mi dolor!...

—Cipros, no pienses enternecerme; no pienses apartar de tu cabeza la acusacion, porque cuanto más dolor finjas, cuanta más desesperacion aparentes, tanto más criminal te haces; tanto más implacable pesará mi justicia sobre tu cabeza.

—Si estáis dispuesto á castigar en mí faltas pasadas cometidas contra vos, sea en hora buena, pues soy débil mujer y me falta el escudo que me defendía; pero al ménos tengo derecho á que déis á la acusacion su verdadero carácter; á que respetéis el dolor de mi alma.

Cipros se defendía desesperadamente, y su procacidad irritó á Heródes hasta un extremo indecible.

Con ménos había lo bastante para convertir aquel hombre en una fiera.

El Idumeo la miró con una mirada de muerte. Aquel corazon estaba indignado justamente: calcúlese de la fiereza de su mirada cuando era ya de sí un hombre tan fiero, y de tal manera se veía provocado.

Heródes, con todo, supo reprimirse; trocó su mirada de ira en mirada de desprecio, y con amenazadora calma, cien veces más terrible que la explosion de su ira, dijo á los circunstantes:

—Féroras me estaba pidiendo justicia en el acto de morir; apénas podía hablar y acusó á la criminal con la mirada. Despues supe que Cipros y Doris le habían envenenado, administrándole en un convite una pócima preparada por una vieja árabe, para inspirarle amor. El plan fuera combinado perfectamente; todo estaba estudiado y preparado con un arte verdaderamente infame: la locura amorosa, la pasion inmensa de mi hermano por Cipros, ponía á ésta á cubierto de toda sospecha. ¿Quién había de imaginar que la adorada esposa fuese la que con la sonrisa de amor en los labios quitara la vida á su apasionado marido?... Y sin embargo, se ha descubierto el crímen; la mano infame ha aparecido; la vil y procaz que se atreve todavía á invocar el amor del desgraciado Féroras para que la escude, no puede esperar clemencia de mi parte.

Cipros, no pálida sino amarilla, no amarilla sino verde, dijo con desesperada altanería:

—Os han engañado, porque había muchos empeñados en perderme, y éstos han inventado la fábula que acabáis de referir; fábula á la cual poco os ha costado dar crédito, por inverosímil que sea, porque como estáis prevenido contra mí y deseáis castigarme, se os ofrece en esta circunstancia propicia ocasion para ello, sin que parezca venganza lo que lo es verdaderamente. Fácil triunfo os ha de ser lo de este día.

—Quitadla de aquí, y encerradla en un calabozo; dijo friamente Heródes á los guardias.

Cipros, conducida por los soldados, en vez de entrar en uno de los aposentos de palacio, bajó á los sótanos, abrióse una puerta, penetró en el calabozo oscuro, y se corrió luégo el cerrojo.

Las demas mujeres fueron detenidas en las habitaciones de palacio, y todas ellas puestas más tarde en libertad por haberse convencido Heródes de que no eran culpables.

Solamente Doris continuó presa é incomunicada, bien que no con la severidad de Cipros.

El Idumeo miéntras tanto pensaba:

—La muerte de Féroras es consecuencia sin duda de haberse mi hermano negado á envenenarme, con lo cual Cipros pensaba locamente subir al trono: por lo mismo tiene relacion con los proyectos infames de Antípater, y es necesario descubrir claramente estos proyectos para castigar á los criminales como se merecen. Por otra parte, debo precaverme y guardarme,

porque por ahí anda la mano de algunas personas de palacio, y si no obro con cautela, podría pagar cara cualquier imprudencia.

Algunos días despues, miéntras pensaba en lo que había de hacer, Salomé le dijo:

—¿Qué intentas?

—Castigar severamente á los culpables; acabar de una vez con el foco de la conspiracion.

—Heródes; yo te ruego que no viertas más sangre de tu familia. Castígalos, mas no con la muerte.

—Salomé; tú me exiges lo que no sé si te podré prometer.

—Sí, hermano mío, sí; tú puedes prometérmelo; tú no verterás más sangre de tu familia. Desvanece esta última tempestad echando mano de los mil medios que hay para ello; pero de ninguna manera vertiendo sangre.

—El rey tiene el deber de hacer justicia en todos, sin mirar las personas ni las clases.

—Pero el rey tiene la facultad de perdonar, y es una de las que más ilustran las coronas.

—Perdonaré á todos ménos á Cipros; ménos á Antípater. Sus crímenes no merecen indulgencia.

—Y áun á Cipros la perdonarás, yo te lo ruego, bien que castigándola severamente.

—Salomé, no te lo prometo; no puedo prometértelo de ninguna manera.

—Sí, tú la perdonarás, teniendo en cuenta que en adelante será del todo impotente.

Salomé se retiró con esta seguridad. Heródes miéntras tanto mandaba comparecer á las mujeres de palacio, y acusándolas de complicidad con Antípater, las sujetó á un hábil y capcioso interrogatorio. Con la perspicacia de los malvados, el Idumeo conoció cuál de ellas era inocente y cuál culpable, y sujetó á éstas al tormento, que junto con Cipros y Doris les fué aplicado sin consideracion, ni piedad.

Como á menudo sucedía en esta clase de pruebas, las mujeres sujetas al tormento, por verse libres de él declararon lo que había y hasta lo que no había; y algunas prefirieron acusarse de verdaderas conspiradoras, sabiendo ser esta acusacion de muerte, ántes que continuar siendo atormentadas.

Doris se resistió bastante; pero no teniendo fuerza para más, vencida del dolor declaró todo cuanto había. Sólo la altanera Cipros continuaba proclamándose inocente, y acusando en cierta manera á Heródes. Por último tambien confesó su culpabilidad, porque á medida que persistía en sus negaciones, el tormento aumentaba y con él los dolores verdaderamente horribles que la producía.

—Soltadme; exclamó. Estoy dispuesta á revelarlo todo.

—Que se le afloje la tortura; dijo Heródes, el cual presenciaba esta escena cruel.

Y cuando esta órden fué cumplida, hablando con la hija criminal dijo:

—Dí ahora lo que te propones revelar.

—Antípater es el culpable; Antípater conspira contra vos; Antípater ha querido envenenaros.

—¿Y tú qué clase de relaciones mantenías con él? preguntó el Idumeo.

—En la actualidad ninguna. Anteriormente habíamos convenido dividirnos vuestros estados, apénas hubieseis sucumbido á la accion del veneno.

—¿Y para esto os habíais reconciliado? ¿Os habíais unido para cometer un parricidio?

—Vuestro trono vacilaba, y ántes que otro se alzara con la corona, nos pareció del caso recogerla nosotros.

—¿Y para ello tratabais de envenenarme? ¡Singular manera es esa de vacilar un trono!... Y dí, ¿quién estaba encargado de propinarme el tósigo?

—Antípater hízolo venir de Egipto; por algunos días se pensó en que os lo propinara Bagor; despues Antípater temiendo, lo entregó á Féroras, y como éste se negara á dároslo, movido del miedo, pasó de sus manos á las mías; dijo Cipros con cierta vengativa complacencia.

—¿De manera que ese fué el tósigo que diste á beber al desgraciado Féroras.

—No. El que viniera de Egipto está intacto todavía, y lo guardo.

—¿Dónde? preguntó Heródes con sumo interes.

—En la Traconítide; contestó Cipros con resolucion desesperada.

—Mientes; gritó el padre.

—Entónces vos me diréis dónde lo guardo; repuso Cipros con desvergonzada calma.

Aquí hubo una pausa. La desnaturalizada hija dijo á su padre:

—Me habéis puesto en el tormento para que hablara, y he hablado. Servíos mandar que me quiten de él y seguiré contestando á todo lo que tengáis á bien preguntarme. Al fin y al cabo lo verdaderamente importante revelado está ya. No puedo eludir la acusacion que yo misma he echado sobre mi cabeza.

Heródes mandó que quitasen á su hija del tormento, y así se hizo. Despues la dijo:

—Ya ves con cuánta clemencia procedo contigo, Cipros. Esta clemencia merece que me lo reveles todo.

—Os agradezco haber mandado quitarme del tormento, bien que esta es clemencia de muerte. Sé que voy á morir, y por lo mismo me importa poco del mundo. Preguntad, pues.

—Has dicho que no mantenías relacion alguna con Antípater, tu hermano y compañero de conspiracion.

—He dicho la verdad. Antípater salió de aquí previendo vuestras iras, cuando tuvo fundados temores de que sospechabais de su fidelidad. Se propuso ponerse fuera del alcance de vuestra mano, y desde Roma seguir sus trabajos de conspiracion; pero á Féroras y á mí nos importaba tenerle léjos, porque de estallar la conjuracion y vencer, nos quedaba tiempo más que de sobras para sentarnos en el trono

vacío, y disponer las cosas de manera que cuando Antípater se presentara, sus exigencias y reclamaciones fuesen vanas, si no perjudiciales. Por estos motivos no sosteníamos con él relaciones de ninguna clase.

—Antípater salió de aquí por reclamar su presencia en Roma el emperador. Cartas tengo en mi poder que así lo acreditan; por cuyo motivo debo decirte que faltas evidentemente á la verdad.

—Entónces ateneós á esas cartas, y fiáos de la fidelidad de vuestro hijo. Es un buen consejo que os doy yo que no os quiero bien.

—La acusacion que contra él fulminas es tremenda.

—Es verdadera. Ya veréis como mi hermano se porta. Es dignísimo hijo de su padre.

—¡Cipros! gritó Heródes fuera de sí, oyendo esta insolente procacidad.

—Ya os he dicho; observó ella friamente; que me importa poco del mundo. Sé que voy á morir, y aprovecho los últimos instantes de mi vida para decir lo que pienso, y lo que es.

—Si hubiese tenido el ánimo inclinado á perdonarte, lo levantarías contra tí con tus insolencias. ¡Malvada! ¿Así se contesta á un padre y á un rey, del cual sólo beneficios has recibido?

—Desde el umbral de la muerte se dice la verdad, y vos estáis poco acostumbrado á oirla. Si queréis que no hable no me preguntéis; pero si me pre-

guntáis, estad dispuesto tambien á oir lo que os diga.

—¿Qué motivos te indujeron á envenenar á tu marido?

—Sólo uno. Le ví cobarde; podía fácilmente sentarme en el trono y tuvo miedo. Yo había soñado en ceñir vuestra corona, y al ver que por la cobardía de Féroras tenía que renunciar á mi hermoso sueño, juré vengarme. Él se negó á envenenaros, y mereció que yo por esta razon le envenenara.

Heródes amoratado, trémulo de ira, devorando á su insolente hija con la mirada, parecía querer echársele encima para hacerla pedazos. ¡Oh! ¡cuán terriblemente le castigaba Dios! Bien podía decirse de él que ni cuerpo, ni alma, ni corazon estaban sanos.

Las fuerzas faltaron al rey y cayó aplomádo en el asiento. Era tanta su rabia; era tan grande su dolor moral y físico, que los presentes pensaron iba á morir.

Cipros lo miraba con fría calma, con criminal complacencia. Pensando que su muerte era inevitable, ponía todos los medios para vengarse de Heródes, abriendo en su corazon heridas que no se cicatrizan.

Dios lo consentía así; Dios que castiga á los malvados con un infierno anticipado.

—Quitadla de aquí; dijo Heródes con abatimiento doloroso.

—Es que todavía tengo que hablaros. He contraído este compromiso ántes que dierais órden de

quitarme del tormento. Escuchad, pues, las últimas revelaciones que tengo que haceros.

El monarca miró con asombro á Cipros, no sabiendo explicarse tanta insolencia.

Ella aprovechó estos momentos para expresarse de esta manera:

—El veneno venido de Egipto para vos no va á quedar sin accion. No me ha sido posible hacer que obrara en mi padre, y tengo dispuestas las cosas para que obre en otra persona de mi familia, por solo quitaros un gusto á vos. No siempre Heródes el cruel ha de salirse con la suya.

—¿Qué pretendes? balbuceó el Idumeo, casi acobardado en presencia de aquella fiera.

—Váis á verlo. Heródes quiere darse el placer de hacerme ajusticiar, y no lo tendrá; el veneno que le estaba reservado va á concluir conmigo.

Y dicho esto, sacó un frasquito del seno, quitó el tapon y lo acercó á sus labios, resuelta á tragar el líquido que contenía. El Idumeo, por una anomalía inexplicable, dió un grito é hizo ademan de pretender arrojarse sobre su hija. Las fuerzas le faltaron; pero algunos de los presentes, comprendiendo la intencion del rey, cayeron rápidamente sobre la malvada hija, é hicieron que el frasco saltara y su contenido se derramase. Esto, como es de suponer, fué obra de un momento.

—¡Desdichada! murmuró el abatido padre. ¿Qué pretendías hacer?

—¿Me pregunta qué pretendía hacer? Ni más ni ménos que lo que vos os proponéis. ¡Ah! ahora podréis cebaros en mí! es natural; vuestro corazon de fiera quiere verme padecer miéntras muero; pero yo lucharé hasta el último momento por quitaros este gusto.

Y diciendo esto se dirigió corriendo á una ventana próxima, apoyando fuertemente sus manos en el antepecho. El infeliz Heródes, conociendo las intenciones de Cipros, gritó:

—¡Salvadla!

—¡Es tarde! dijo Cipros sonriendo con la satisfaccion de la vanidad.

Cuando los cortesanos llegaron á la ventana, Cipros se había ya arrojado por ella.

—¡Desdichada! murmuró el rey, sin poder impedir que una lágrima asomara á sus ojos, apénas vió desaparecer el cuerpo de su hija.

Aquel hombre habituado á ser fiera se acordaba de que era padre, permitiéndolo Dios así para su mayor castigo.

—¡Salvadla; gritó; salvarla!...

Los cortesanos se precipitaron fuera de la estancia, y algunos momentos despues ponían á Cipros, casi exánime, en uno de los lechos de palacio.

Los médicos la examinaron detenidamente, y algun tiempo despues pudieron dar á Heródes esperanzas de salvarla. El Idumeo tan extrañamente trocado, les dijo:

—Contad con una buena recompensa si salváis á Cipros.

Pocos días despues, la procaz, la malvada hija de Heródes, estaba fuera de cuidado. Su padre la decía:

—Cipros; parece que te has propuesto amargar horriblemente mis últimos días.

—¡Ah! ¿es que no pretendíais hacerme pasar por la vergüenza de una ejecucion? ¿No es preferible morir como intentaba?... Pero hé aquí que me tenéis á vuestra disposicion; ya podéis vengaros.

—¡Desdichada! Se conoce que no has sido madre; si lo fueras no hablarías así.

Cipros miró á Heródes con verdadero asombro. Aquellas palabras eran en boca del Idumeo inauditas, y para la viuda criminal de Féroras inesperadas.

—¿Qué me queréis decir? preguntóle sin saber cómo salir del asombro.

—Cipros; Dios me ha dado hijos para mi castigo, y hoy me obliga á perdonarte.

—¿De modo que renunciáis á la venganza? Parece imposible: vos me engañáis; vos pretendéis hacerme concebir esperanzas para que el golpe que me preparáis sea más terrible.

—Cipros, se conoce que no has sido madre; repitió Heródes tristemente, saliendo de la habitacion. Pero; continuó para sí; ¡ay del que ha sido causa de las amarguras que hoy afligen á mi corazon! Seré implacable; seré implacable!

Inútil es decir que el Idumeo se refería á Antípater, de quien era padre.

Hay anomalías inexplicables; tiene el corazon secretos que no pueden penetrarse nunca; que burlan al hombre más experimentado; que dejan pasmado al observador más frío é indiferente.

Así se concibe como el que perdonaba á Cipros y la decía conocerse no haber sido madre, al retirarse de la estancia prometiera ser implacable con un hijo, al cual eligiera para sucederle en el trono.

CAPÍTULO XXI.

Justicia de Dios.

No puede entrar en nuestros propósitos escribir la historia de los últimos años de Heródes: nos hemos de concretar á referir la manera cómo terminaron los personajes que tan nefando papel han desempeñado en las páginas que llevamos escritas; nos hemos de reducir á ver cómo la justicia de Dios, que castiga á los malvados áun en este mundo, se cumplió en ellos, durante los años que la Sagrada Familia permaneció en la expatriacion.

Despues de lo que tenemos dicho hasta aquí, el Idumeo dió libertad á las mujeres, así de su casa como de la de Féroras, que habían resultado inocentes, y castigó á las culpables quitándoles las joyas y

riquezas, repudiándolas y echándolas de su lado. De este número fué Cipros la ambiciosa; la cual, pensando subir al trono y reinar en Israel, vióse condenada á vivir oscura, humillada, pobre y despreciada de todos, así de los amigos como de los enemigos del rey; porque los criminales de la naturaleza de aquella hija realmente infame, son rechazados con horror por todos los hombres. A Doris le cupo la misma suerte, y por cierto que semejante castigo fué para las dos más sensible y más cruel que la muerte misma. Vivían llevando el despecho en el corazon, y oprimidas por la impotencia, el abandono, el desprecio y la pobreza: ¿qué mayor castigo se les podía aplicar?

Por su parte Heródes puso todo su cuidado, todo su empeño en castigar severamente á Antípater, el más criminal de todos; instigador, y promovedor de aquellos enormes crímenes; pero Antípater estaba en Roma, y hasta Roma no llegaba el poder del Idumeo.

Éste tuvo una buena inspiracion para hacerle venir á Judea, y Antípater, noticioso de lo que pasaba en la corte de su padre, estuvo vacilando por largo tiempo; mas al fin habiéndosele dicho que su madre había sido repudiada y arrojada ignominiosamente de palacio, resolvió ir á Jerusalen para justificarse y vindicarla, áun cuando los amigos que tenía en Roma y Salerno le instaran para que desistiese del intento.

Noticioso Heródes de la llegada de su hijo, como por testamento lo había llamado á sucederle en el

trono, y este testamento tenía la sancion de Augùsto, quiso le juzgara Quintilio Varo, gobernador romano de la Siria, venido para el efecto á Jerusalen. Delante del gobernador, Heródes acusó á Antípater de los crímenes que conocemos, valiéndose para el efecto del historiador Nicolas de Damasco; el cual presentó contra él el enorme capítulo de faltas que resultara de las deposiciones de los palaciegos castigados por conspiradores, y de las mujeres de palacio; no ménos que de unas cartas interceptadas, por las cuales trabajaba Antípater valiéndose de sus agentes en Egipto, en convertir toda la ira de Heródes contra Salomé, á la cual se trataba de imputar los crímenes de que sólo el hijo desnaturalizado era culpable.

Antípater se empeñó en negar; adujo sus defensas, pero fueron éstas tan pobres y débiles, que Nicolas de Damasco insistió con mayor fuerza en las acusaciones. Entónces el malvado, con el rostro pegado al suelo, dijo que la razon que justificaba más su inocencia consistía en saber que era llamado por su padre al trono, y por lo tanto que no cabía en un entendimiento recto suponer que había de asaltar violentamente, y por medio de enormes crímenes, lo que tan seguro tenía para despues de la muerte de su padre.

Esta razon hacía resaltar más la criminalidad de Antípater, en vez de destruir las acusaciones presentadas; y para confundirle y obligarle á confesar lo que en la conciencia de todos estaba, careósele con

el que trajo el veneno de Egipto, se le presentaron las cartas interceptadas, y se mandó comparecer á los que habían declarado ser cómplices en el crímen; pero nada pudo hacer salir á Antípater de sus negaciones, como quien se guarece desesperadamente en la última trinchera, y por más que se vea rodeado de enemigos no quiere rendirse.

Heródes echóle en cara su enorme ingratitud; acusóle á su vez de la sangre de sus hermanos, vertida lamentablemente por causa suya, y estuvo tan enérgico como razonable. Despues de esto el acusado fué puesto en prision, y Quintilio Varo aconsejó al ofendido padre que elevara á la suprema decision del emperador la sentencia en aquella causa; lo que en efecto fué hecho así.

En la exposicion de los hechos á Augusto se acusaba de cómplice de Antípater á una mujer hebrea, llamada Acme, que estaba al servicio de la emperatriz; cuya mujer, despues de haber sido autora de las cartas por las cuales se llamaba al acusado á la corte del emperador, lo era tambien de las caídas por fortuna en manos de Heródes, y en las que se disponía y tramaba la calumnia contra Salomé; tanto para dejar á salvo la cabeza de Antípater, hiriendo á aquella con el rayo que á éste amenazaba, como para vengarse de ella por haber descubierto la traicion y los criminales propósitos de los conspiradores.

Miéntras se esperaba la sentencia del emperador Augusto, (creído Heródes que sería condenatoria, pues

no otra cosa merecían los delitos de Antípater, y confiado éste en el poder de sus amigos más que en el valor de sus negociaciones y débiles pruebas de inocencia), los males del rey llegaban á su colmo; eran verdaderamente increibles, espantosos; los hombres no pueden formarse idea de ellos, porque, como repetidas veces hemos dicho, eran la ira de Dios que castigaba sus maldades ya en este mundo con un preludio de los tormentos del infierno.

Mas él, á pesar de ser tan viejo; á pesar de haber tantos años en que tan singular enfermedad le estaba consumiendo interior y exteriormente, moral y materialmente, no había perdido la esperanza de curar; y asido con verdadera desesperacion á una vida tan triste y penosa por cualquier parte que se la mirara, quiso hacer el último esfuerzo. Pensando que la ciencia humana podría atajar lo que disponía la justicia divina, convocó en torno suyo á los médicos más famosos de aquellas partes del Asia, para que adoptaran un sistema de curacion.

La junta de médicos examinó á Heródes, estudió su enfermedad nimiosamente, discutió sobre su extraña naturaleza, y no sabiendo tal vez qué remedios aplicar al enfermo para atajarla, apeló al recurso tan generalizado entre los de su profesion en nuestros días; recetóle los baños de Calliroe, al otro lado del Jordan. Pero así como en nuestros días los baños en vez de favorecer muchas veces la salud del enfermo agravan y complican la enfermedad, para que

en nada dejase de ser fiel la semejanza, los de la Calliroe probaron tan mal á Heródes, que los médicos hubieron de prescribirle los suspendiera, y adoptaron un nuevo tratamiento.

Ignoramos si la ciencia les dictaba los medios de que echaban mano para curar al real enfermo, ó si estudiaban aquella extraña enfermedad, (que no debía tener otro ejemplar), para curarla en los que más adelante la contrajeran; pero bien sea una cosa, bien sea otra, lo cierto es que todos sus esfuerzos redundaban en aumento de dolores para el Idumeo, y eran nuevo impulso dado al mal. Dios los cegaba; aquella dolencia no tenía remedio en la tierra; por esta razon todos los aplicados resultaban contraproducentes.

Viendo, pues, el mal resultado de los baños de Calliroe, para aliviar al paciente se dispuso lo metieran en una cuba de aceite, y esto produjo tal excitacion en los dolores, tal recrudecimiento en la enfermedad, que no pudiendo Heródes resistir, daba desesperados y furiosos gritos, hasta que en mortal paroxismo hubieron de quitarle de la cuba, pensando muchos si habría muerto. Pero no fué así.

Cuando se hubo repuesto un poco; cuando por la suspension de todo remedio la extraordinaria viveza del dolor hubo calmado un tanto, mandó le condujeran á Judea, y considerándose falto de ánimo para llegar á Jerusalen, se detuvo en Jericó, poblacion poco distante del Jordan.

Viendo próximo su fin; perdidas todas las esperanzas de curar, quiso disponer las cosas para el día de su muerte; hizo testamento, y dividió sus estados entre varios de sus hijos, dejando á Salomé señora de tres populosas ciudades, y nombrando á Arquelao rey de Judea, pues sabía cuán fiero era, y lo mucho que odiaba á los judíos y era odiado de ellos. De este modo quedaba con la seguridad de que su cruel política continuaría, y con ella sus tradiciones sanguinarias.

Realmente era Heródes un rey que abominaba á su pueblo con la misma cordialidad con que era de sus vasallos abominado. Tal para cual, repetimos una vez más.

Estando Heródes en Jericó, y temiendo acaso que si Antípater continuaba en Jerusalen acabara por ganar para su causa algunos partidarios, consiguiendo merced á este medio la libertad, mandó trasladarlo al castillo de Hircanion, cerca de su residencia; y ya sentía tal vez lo mucho que tardaba en venir la decision de Augusto, cuando ésta al fin llegó. Por ella se le facultaba para castigar á su hijo como quisiera, y se le notificaba que la hebrea Acme había recibido su merecido con la muerte.

Satisfecho el Idumeo como es de suponer, sintió un ligero alivio en sus males; una de esas treguas momentáneas que dan las enfermedades á los pacientes, cual si estuvieran fatigadas de atormentarlos; pero que no son sino una especie de descanso por parte

de la dolencia, para reunir todas sus fuerzas, y dar un vigoroso asalto, que á veces suele ser mortal. Al mismo tiempo tuvo hambre, (cosa no extraña por cierto, pues constantemente estaba asaltado de ella), y se hizo traer unas manzanas para comerlas.

Como tenía la costumbre de mondárselas, le trajeron al mismo tiempo un cuchillo, dejándolo solo con un nietecito con el cual gustaba hablar algunos ratos. Y empezó á comer la fruta; mas apénas había empezado cuando los dolores se presentaron de nuevo y lo acometieron con tanta furia, que desesperado Heródes, loco por el dolor, prefirió la muerte á la vida. Y dando un grito levantó el cuchillo para hundírselo en el pecho, ganoso de acabar de una vez con aquel tormento.

Mas Dios no quería que Heródes muriese de muerte violenta, la cual hubiera sido para él demasiado dulce; y por lo tanto dispuso que el nieto advirtiera el movimiento del Idumeo, conociera su intencion, y con el objeto de evitar el suicidio le detuviese el brazo y gritara desesperadamente, miéntras luchaba con su abuelo, en cuyos brazos apénas quedaban fuerzas.

La familia de Heródes y las gentes de palacio oyendo los gritos del nieto del rey, levantaron un confuso alarido que alborotó todo el palacio, y creyendo muerto al Idumeo se precipitaron en la estancia real, donde pudieron ver la escena que se representaba entre el viejo y desesperado enfermo, y el niño empeñado en impedir el suicidio.

Considerando el rey frustrados sus propósitos, y sintiendo más vivos que nunca los dolores, tiró el cuchillo, miró á su nieto con desesperada rabia, y le dijo amargamente:

—Tú sólo has salvado la vida de tu abuelo, pero no te lo agradezco, porque has sido más cruel conmigo que todos juntos los que han tratado de quitármela.

—Heródes; reponte, por piedad; le dijo Salomé, queriendo valerse del ascendiente que tenía sobre el ánimo del rey, para tranquilizarlo.

—Salomé; tú no sabes lo que te dices, porque ignoras lo mucho que padezco. ¡Oh! si hubiese conocido ántes cuán buena ha de ser la muerte para el que sufre como yo, no hubiera defendido mi vida con tanta desesperacion contra todos los que han intentado quitármela.

—Pero por fortuna vives aún, hermano mío. De todos los males el más horrible es la muerte.

—Pero tambien es único. El que muere acaba de una vez, y el que vive como yo, muere continuamente; y no como quiera, sino de una muerte la más desesperada que se puede imaginar.

—Te ruego que te repongas y tranquilices, hermano mío; díjole Salomé con tono suplicante.

—Y yo te suplico que dejes de importunarme; contestóle Heródes con sequedad.

Las mujeres amantes no suelen darse por vencidas áun cuando obtengan una docena de contestaciones

como la de Heródes á Salomé, y á menudo consiguen el objeto que se proponen; pero la hermana del Idumeo por esta vez juzgó oportuno dejar de insistir, y así lo hizo.

Con la gritería que se levantó en palacio luégo que se oyeron las voces con que el nieto de Heródes pedía socorro, ya hemos dicho que se supuso la muerte del rey. Esta falsa noticia no tardó en extenderse y oundir por la ciudad de Jericó, alborozando los corazones de los judíos, y dejando sorprendidos á los partidarios del intruso y cruel monarca; los cuales, si bien temían la muerte de su protector, no la esperaban tan inopinada, ni tan pronta.

Como las noticias de este género suelen cundir con una celeridad asombrosa, é introducirse cual el aire por donde quiera, llegó tambien la que nos ocupa al castillo de Hircanion, donde, segun hemos dicho, estaba Antípater encarcelado. Y no se detuvo en los muros de la fortaleza, sino que se introdujo en el calabozo del hijo rebelde, donde éste era custodiado por un centinela de vista.

El alborozo de Antípater fué tan extraordinario como repugnante, de manera que llegó á impresionar desagradablemente al mismo centinela; y ya conocemos la fiereza de los corazones de las tropas de Heródes; ya conocemos que para ellos no había sentimiento alguno, sino bastardas sensaciones.

—Suéltame; le dijo Antípater al centinela; al fin el tirano ha muerto y yo soy el monarca de Israel.

—A mí me importa poco que seas ó dejes de ser. Te han puesto bajo mi custodia, y aquí estarás miéntras no se me releve, y me queden las manos en libertad para impedir que salgas.

—Sabré castigarte duramente cuando suba al trono si no me atiendes, y te premiaré con largueza si me escuchas. Yo, muerto mi padre, soy el rey de Israel.

—Miéntras estés aquí, eres un simple prisionero. Lo que harás ó dejarás de hacer más adelante, ya nos lo veremos. Me dan poco cuidado tus amenazas, y me lisonjean ménos tus promesas. Con que estate quieto, y espera si quieres; dijo el soldado encogiéndose de hombros con una indiferencia desesperante.

Antípater no por eso dejó de insistir, y ora amenazaba al centinela, ora procuraba sobornarle con promesas; pero á todo se mostraba insensible el soldado; parecía una roca.

—Mira; le dijo éste al fin; deja de molestarme con tus impertinencias. Me han encargado tu custodia bajo pena de la vida, y es inútil que insistas. Si efectivamente eres rey, ya vendrán por tí y te llevarán en triunfo los que pueden hacerlo.

Antípater maldijo de todo corazon la tenacidad del soldado; el cual, sin contestar á las preguntas del reo, permanecía allí como si fuera sordo y mudo. Al fin, viendo este resultado, dejó de importunar al centinela, para pasearse furioso por el ámbito de la cárcel, diciendo:

—¡Maldicion! Mis ambiciosos hermanos se aprovecharán de esta oportunidad para levantarse con el reino y dividírselo, miéntras yo, encerrado en estos muros, veo como la fortuna se me huye de la mano! ¡Maldicion!... ¡Ah! pero cuando salga de aquí, ¡cuántos llorarán con lágrimas de sangre mis persecuciones y mi encarcelamiento! Seré terriblemente implacable, y por algun tiempo ha de echarse de ménos á mi padre.

Y así diciendo, iba y venía rápidamente de un extremo á otro del calabozo, se paraba, golpeábase la cabeza, volvía á continuar sus cursos; acercábase á la pared como si intentara abrirse la cabeza contra ella, volvía sobre sus pasos, aproximábase al centinela, le miraba con ira y odio enconados, y comenzaba de nuevo sus extremos desesperados.

El soldado le miraba impasible, frío, indiferente, y alguna vez sentía retozar la risa dentro del cuerpo; pero sabía contenerla á tiempo y continuar desempeñando su papel de estatua animada.

Suponiéndolo distraído, Antípater arrojóse de un salto sobre él, con el propósito de desarmarlo y escapar; mas al soldado, hijo del país donde las fieras se crían, no se le sorprende así como así, y por lo mismo recibió la acometida poniéndole la punta de la lanza sobre el pecho, y con fuerza verdaderamente hercúlea arrojándolo al suelo como si fuera un niño de pocos días.

—¡Eh! rey de Israel; las cosas se hacen de otra

manera, y aquí te estás quietecito, ó lo que no ha hecho tu padre lo hago yo en un momento.

Antípater, en vista de la manera como acababa de ser rechazado, y leyendo en los ojos del centinela la ira que ardía en su corazon; pensando por otra parte que aquel salvaje era capaz de hacer lo que decía, juzgó prudente revestirse de paciencia, y ver si era más afortunado al ser relevada la guardia.

Este momento llegado, el hijo criminal insistió en su tema; pero tampoco el nuevo centinela estaba muy dispuesto á dar oídos á sus proposiciones, ni á amedrentarse con sus amenazas. Con todo, Antípater alimentaba alguna esperanza, y ponía en juego los recursos de su inteligencia para sobornarle é inducirle á que le dejara franca la puerta de la cárcel.

Miéntras tanto el relevado, apénas estuvo libre de su cargo, tomó el camino del palacio real, para poner en conocimiento de los que quedaran al frente de la nacion, los propósitos de Antípater; y júzguese de su asombro cuando supo ser falsa la noticia de la muerte de Heródes.

—¡Lucido me quedaba si cometo la torpeza de abrirle las puertas de la cárcel!... ¡Vaya con el señor rey de Israel!... Vamos; hay que darle á entender que á un soldado no se pretende sobornarle y comprometerle; vamos á darle á conocer lo que vale un soldado fiel que goza de libertad, y lo que puede contra todo un señor rey de Israel, encerrado en un calabozo. ¡Por Vénus y por Baco! ¡si parece imposi-

ble que haya yo corrido el riesgo de ser engañado por aquel chacal! ¡Pero ya veremos; ya veremos!

Comprendíase que en aquellos momentos la suerte de Antípater pendía de una palabra del soldado, y tal era la decision de éste, que no se necesitaba ser profeta para vaticinar lo que sucedería.

Ya hemos visto en otras partes con qué libertad los soldados hablaban al Idumeo, y la benevolencia con que eran de éste recibidos. El bárbaro ejército era la columna que sostenía el edificio del trono de Heródes, y por la misma razon éste lo miraba con respeto, y no se desdeñaba de recibir familiarmente y hablar con sus soldados.

El que nos ocupa abrigaba, pues, la seguridad, no sólo de ser recibido, sino de ser bien recibido. En su consecuencia penetró resuelto en palacio, y sin grandes dificultades llegó hasta las antecámaras de las habitaciones de Heródes. Allí se le pusieron algunos obstáculos; mas él con el despotismo del soldado cuando piensa que el ejército lo puede todo, dijo al que lo detenía:

—Ó me introduces, ó entro sin esa formalidad. Quiero ver al rey.

—El rey no recibe á nadie; le replicó secamente el palaciego.

—A nadie ménos á mí; dijo el soldado adelantándose hacia la puerta de la cámara.

Cuando el palaciego se persuadió de la decision del soldado, sabiendo lo mucho que Heródes les te-

mía, y dando por cierto que àquel bárbaro iba á entrar en la real cámara, le dijo:

—Espera unos momentos. Voy á ver si quiere recibirte, y en caso afirmativo entrarás.

—Es inútil que te tomes ese trabajo: voy á preguntárselo yo.

Y así hablando apartó al gentil-hombre y se entró en la cámara real, con la misma libertad con que se entraba por las puertas del cuartel.

Heródes quedó sorprendido viendo aparecer al soldado, y ya iba á increparle, cuando éste le dijo:

—El palaciego se había empeñado en no permitirme la entrada; pero como yo tengo que comunicarte un asunto importante, me he reído del empeño del palaciego, y á pesar suyo aquí me tienes.

—Y bien, ¿qué vas á decirme? porque si el asunto no tiene suficiente interes, te has hecho reo de un desacato que no tolero nunca; observó el Idumeo con benevolencia relativa.

—Ante todo debo decirte que me alegro de hallarte vivo. ¡Cuidado si miente la gente! Figúrate tú que hace pocos momentos había corrido como cierta la noticia de tu muerte.

—Ya ves como no lo es. Mis enemigos la desean tanto, que sus deseos se les fingen realidades.

—¡Figúrate tú si la deseará Antípater!... En verdad que tienes en él un hijo nacido más para una cruz que para un trono. Si hubiese tenido yo la desgracia de engendrarlo, no me perdonaría nunca el

no haberlo estrangulado en la cuna. Yo le daría la muerte que los romanos dan á la puerca cuando quieren comerla muy tierna; lo mataría pisoteándolo.

—Te advierto que no tolero se me hable de esa manera; dijo Heródes con severidad; y sólo tu afecto á mi persona puede hacer que deje tus palabras sin correctivo.

—¡Ah! pues entónces, perdona, oh rey; y allá te las hayas con la alhajita de Antípater.

—¿Qué significan esas palabras? preguntó el Idumeo con su natural altivez y acento despótico.

—Nada más que lo que dicen; contestó secamente el soldado, resuelto á salir como había entrado.

—Yo te mando que las expliques, y te advierto que si la explicacion no es satisfactoria, entónces sabré castigarla como se merece.

—¡Ah! ¡bah! ya empieza á interesarte la cosa. Tanto mejor para tí; pero advierte que á mí me inmutan poco las amenazas, y no me conmueven mucho las promesas... Si no he dado ya bastantes pruebas con lo que con el otro he hecho, no sé qué más se puede pedir.

—¿Quién es ese otro? preguntó Heródes interesándose en la cuestion.

—Quien ha de ser, si no el excelente hijo que guardas para el trono de Judea en un calabozo del castillo de Hircanion? Por Vénus y por Baco, que ha hecho todo lo posible para que le diera la libertad, y me temo que al fin y al cabo dé con quien sea mé-

nos duro ó ménos fuerte que yo. Ya se ve ; tiene tanto interes en que la corona de Israel no quede huérfana...

Las rudas y hasta irónicas palabras del soldado no pudieron dejar de llamar la atencion y despertar no ya la curiosidad, sino la suspicacia y la ira de Heródes. No cabía duda; Antípater había intentado evadirse. En su consecuencia el Idumeo con grave entonacion de juez preguntó al soldado:

—Vamos á ver, ¿de dónde vienes tú?

—De allí donde guardas para Israel un rey excelente, un rey como habrá pocos; del castillo de Hircanion.

—Deja de hablarme en ese sentido; piensa que estás delante de Heródes. Yo no tolero semejantes libertades.

—Como quieras; lo mismo da; dijo el soldado encogiéndose de hombros.

—¿Qué vienes á decirme? ¿Qué pasa en el castillo de Hircanion?

—Poca cosa. Ante todo he venido para saber si estabas vivo ó si habías muerto, porque en el castillo indicado hay gente que tiene mucho interes por conocerlo. No queriendo fiarme de los cortesanos, quienes por mentir hasta se mienten á sí mismos, he pensado convencerme por mis propios ojos de que aún vivías. Hé aquí la razon de haber yo entrado en tu cámara á pesar del palaciego.

—¿Y quién te ha dicho que yo había muerto? preguntó Heródes con sorpresa.

—Date una vuelta por las calles de Jericó, y oirás como el pueblo cuenta al dedillo los últimos momentos de Heródes y la muerte que ha tenido. Esta voz no podía dejar de llegar á Hircanion, y, como el aire, ha penetrado hasta el calabozo donde guardas á tu hijo.

—¡Parece imposible! balbuceó asombrado el Idumeo, sin acabar de convencerse de lo que oía.

—Parecerá todo lo que quieras, pero ello es así. Hasta es muy posible que algunos empleados en palacio todavía te tengan por muerto. Tú dirás cómo ha podido circular esta noticia.

—¡Oh! cuánto desean ver el fin de mis días! dijo Heródes amargamente para sus adentros.

Luégo levantando la cabeza, que dejara caer abatida sobre el pecho, siguió preguntando:

—¿Cómo sabes tú que la noticia de mi muerte ha penetrado con el aire en el calabozo de Antípater?

—Pues si yo no lo supiera no lo sabría nadie. Allí estaba yo guardándole.

—¿Y quién ha sido el miserable que ha podido dársela? gritó Heródes montado en cólera.

—El aire; nadie más que el aire. Esto es tan cierto, como tú y yo desearíamos exterminar el pueblo judío ántes de morir. ¡Oh! ¡qué gran sacrificio para los manes de un difunto la sangre de ese pueblo que odiamos!...

—Pero lo que me estás contando es imposible; dijo Heródes con aparente severidad.

—Por imposible que te parezca es así. Figúrate que unos soldados, pasando por junto á la reja del calabozo de tu hijo, hablaban de tu muerte y referían circunstanciadamente, ni más ni ménos que si los hubieran presenciado, tus últimos momentos. Segun ellos, has muerto como el que en la muralla recibe en el pecho una enorme roca, arrojada por una catapulta; es decir, sin sentir la muerte.

—¿Quiénes eran esos soldados? preguntó el Idumeo moviendo la cabeza con ira.

—Las paredes del calabozo de tu hijo no son transparentes. No los he visto.

—Quisiera saberlo para castigarlos como se merecen los impostores.

—Pues yo me alegro de no saber quiénes son. ¿Qué culpa tienen ellos si referían lo que les han contado?

La razon del rudo interlocutor de Heródes debió de convencerle, porque dijo:

—¿Y qué efecto le ha producido á Antípater la noticia falsa de mi muerte?

—Yo no tengo hijos ni los quiero tener; por lo mismo nunca he sabido lo que se merece un padre: pero me ha irritado tanto oir á Antípater; era tan repugnante su alegría, que sólo ha podido hacer que no le aplastara la cabeza como á una víbora, el pensamiento de que le darás la muerte que se merece.

Heródes se puso amoratado de rabia: de sus labios,

áridos y sanguinolentos no acertaban en salir las palabras, formuladas por su lengua y su garganta; en sus ojos ardía fuego de rabia, y sus pupilas parecían nadar en sangre.

El soldado con la ruda libertad que le hemos notado, dijo:

—Si te pones malo llamaré á los palaciegos. Yo sirvo para defenderte de tus enemigos, pero no valgo un comino para estas cosas. Cada cual con su oficio.

—No, no quiero que llames. Esto es ira, esto es rabia. Prosigue: quiero saber hasta el fin lo que me cuentas, para ordenar el castigo inmediatamente.

—Así me agradas. Ya verás como tenía razon de sobra al decirte que, de ser hijo mío, nunca me hubiera perdonado de no haberlo estrangulado en la cuna... Pues señor; continuó el soldado; luégo se ha entregado á los extremos de un regocijo feroz; y despues de haberse dado las albricias por la muerte del que llamaba con los epítetos más odiosos y repugnantes, ha pretendido que le soltara, diciéndome ser el rey de Israel nombrado por tí en testamento, y aceptado por Augusto. Como yo le escuchaba como quien oye llover; no, miento! como yo le escuchaba haciendo desesperados esfuerzos por contener la grima que me daba, ha apelado á los medios del soborno y de la amenaza; mas viendo que sus palabras hacían el mismo efecto que hubieran hecho dichas á un canto, primero se ha desesperado, y pateado, y maldecido, y golpeádose la cabeza; pero despues acercándo-

seme traidoramente, ha pensado cogerme desprevenido y se ha lanzado sobre mí con propósito de desarmarme. ¡Pero por Vénus y por Baco, mis dioses favoritos! á los soldados de mi tierra no les faltan las fuerzas de un titan y tienen la vigilancia del tigre; así es que de una manotada héle hecho rodar por el pavimento, como si fuera una pelota, y yo no sé como no lo he abierto en canal. Positivamente tienes mucho que agradecerme, porque si no me hubiera contenido el pensamiento de dejar la venganza para tí, á estas horas haría rato que estaría despachado.

—¿Qué más? preguntó Heródes rechinando los dientes y apretando los puños.

—Ha vuelto á maldecir, á jurar, á desesperarse, á amenazarme con sus iras para cuando fuese rey; se ha lamentado de que sus hermanos se estarían repartiendo ya tu reino, cuando tan suyo era; y todavía la funcion continuaba cuando ha llegado la hora del relevo, y yo he salido del calabozo para venirme aquí, con el objeto de enterarme de lo que hubiera de cierto en la noticia de tu muerte.

—¿Nada más? dijo Heródes con la calma sombría que precede á la tempestad.

—No me parece poco cuanto he dicho. Sólo que puede muy bien suceder que el soborno, la amenaza y las razones que no me han hecho efecto alguno, lo hagan en otros.

—No será como lo dices.

—Vivir para ver.

—Digo que no será como lo dices, porque voy á confiarte una comision.

—Si no quieres quedarte sin hijo, no me mandes estar una hora de centinela junto á él.

—La comision que voy á confiarte no es de esta naturaleza. Dentro algunos minutos Antípater estará seguro para siempre, sin centinelas de vista.

—Aplaudo tu decision. Ya sabía yo que eras muy razonable; dijo el soldado con el feroz regocijo de la venganza.

—Tú has dejado de matarle por consideraciones á mí; yo te comisiono para matarle en la misma cárcel desde luego, deseando premiar tu fidelidad y amor con esta prueba de confianza.

—De verdad me place; exclamó el soldado sonriendo; ya verás cuán prontamente corono á tu hijo con la corona de la muerte. Vaya, Heródes, mereces el amor que los soldados te llevamos.

—Anda, pues, y mira que te espero para que me digas: «Antípater ha muerto.»

El soldado salió de la cámara real poco ménos que corriendo, y con un regocijo feroz. Toda la satisfaccion de su crueldad; todo el placer de la venganza se traslucían en su rostro, fiero como el de la hiena.

Miéntras tanto Heródes quedaba pensativo; la sangre parecía saltarle de los ojos, que brillaban con el fulgor siniestro de la ira, del odio y de la desesperacion.

En este estado dijo con voz baja y reconcentrada:

—¡Tú lo has querido, malvado; tú lo has querido! Yo acaso me hallaba dispuesto á perdonarte, porque estoy cansado de verter la sangre de mis hijos; sí, acaso estaba dispuesto á perdonarte como perdoné á la insensata Cipros y á todas las mujeres tus cómplices; pero tú lo has querido. Muere, pues; acaba los días en el fondo de ese calabozo, desde el cual te has desatado en injurias contra tu padre; desde el cual no te has recatado de maldecir mi memoria y regocijarte por mi muerte; desde el cual pensabas salir para ser coronado rey de Israel. Antípater; cúmplase en tí la sentencia confirmada por el emperador, y bórrese del pecho y de la memória de tu padre tu nombre malvado y tu execrable recuerdo.

Y dicho esto quedó abatido, triste, presa de un desaliento indescriptible.

CAPÍTULO XXI.

Continúa el asunto del anterior.

Así lo encontró Salomé, que venía á enterarse del estado de su salud.

—Salomé; he tenido precision de amargar mis últimos días con una nueva muerte.

—¡Todavía más sangre!... observó tristemente la buena hermana.

—Todavía. ¡Oh! ¡cuán desgraciado soy!... Pero

Díos ha querido que ántes de morir, castigando los crímenes del peor de mis hijos, vengase la sangre inocente de Aristóbulo, Alejandro y Mariamné, derramada por su causa. ¡Dios es justo; Dios es justo!... A él le ha castigado por mi mano, á mí me castiga por la suya; porque yo no debía obrar con la ligereza que obré dando crédito á sus acusaciones, sino que tenía que levantar una informacion jurídica.

Salomé se puso triste y pensativa. Diríase que las palabras de Heródes la oprimían con un peso enorme.

El Idumeo observó lo que pasaba por su hermana, y continuó:

—Y á tí tambien, Salomé; á tí tambien te castiga Dios, por la parte que tomaste en la acusacion de tus sobrinos y de tu cuñada. Callas, disimulas cuidadosamente lo que padeces, pero no por eso has logrado hacer que me pasara desapercibido. Las turbulencias, las desuniones, las conspiraciones, la falta de amor de los miembros de mi familia entre sí, la acusacion que pretendía Antípater fulminar contra tí para hacerte objeto de mis iras, la manera implacable como he castigado á muchos, y el remordimiento que te sobresalta, todo esto, Salomé, es castigo del cielo por haber participado en la acusacion de mis hijos y de su madre Mariamné; pero tú eres la que más ligeramente castigada resultas, y esto con justicia, pues fuiste la que ménos parte tomaste en la muerte de tus sobrinos y de tu cuñada. ¡Ah! ¡cuán enormemente pesa la mano de Dios, Salomé, y cuán

bien estarían los reyes en la tierra, si no hubiese Dios en el cielo para juzgarlos y castigarlos; si no hubiese una voz en el fondo del pecho del hombre, que se complace en arrojarle al rostro sin cesar sus crímenes y delitos!...

Salomé callaba, y oía las palabras de Heródes con la cabeza baja y con los ojos tal vez llenos de lágrimas.

Aquellas palabras eran terriblemente ciertas; eran la voz de la verdad; decían á Salomé en voz alta lo que calladamente le repetía dentro del pecho la conciencia, robándole la paz.

Unos momentos despues, la hermana preguntó al hermano por la causa de haber mandado acabar con la vida de Antípater. El Idumeo le refirió con una calma sombría, mezclada de profundo dolor, cuanto el soldado acababa de contarle.

—¿Y ha sido suficiente la narracion de un soldado para ordenar su muerte?

—En tu conciencia está, como está en la mía, que el soldado no ha mentido.

—Pero puede haber exagerado. Ya sabes cuán dispuestas están esas gentes á verter sangre.

—Tambien está en tu conciencia que no es como lo dices. El hijo que trama lo que Antípater contra su padre; el hijo nombrado para sucederme en el trono, á quien le parecen largos los días de mi vida, y que impaciente intenta asaltar lo que ha de pertenecerle, y para el efecto envenenar á su padre; este

hijo ha demostrado el regocijo del cual hete hablado; este hijo merece la muerte, porque no merece ver el término de mis días.

—Y sin embargo es tu hijo: oh, Heródes, perdónale, salva su vida.

En aquel mismo momento, el soldado encargado de matar á Antípater entró en la habitacion. Venía muy satisfecho, muy contento.

Al verle Heródes con cierta complacencia, dijo á su hermana:

—Es tarde, y por ello me alegro; porque al fin hubieras conseguido hacerme cometer una injusticia.

Salomé miró con ojos despavoridos al Idumeo y al soldado que acababa de entrar.

Sin fijarse éste en la mirada de la mujer; sin haber comprendido las últimas palabras del rey, dijo:

—Ya lo he despachado. ¡Oh! ha muerto como mueren los perros rabiosos.

—Y bien... preguntó Heródes, como exigiendo la historia de lo sucedido.

El soldado entendiéndolo así, relató la muerte de Antípater de la siguiente manera:

—Tu hijo aprovechaba los momentos. Creyéndote muerto, prometía todo lo que hay que prometer al centinela para que le dejara salir del calabozo y tomar posesion del trono, á su juicio vacante; y le amenazaba con todo lo que puede amenazar un rey en cadenas, si no le daba libertad. Yo ignoro lo que

habría hecho al fin mi compañero; creo que no hubiese accedido á las pretensiones de Antípater; pero quién sabe si por último, dando con un soldado ligero y flojo, consiguiera lo que tan empeñadamente pretendía. No por eso le acrimino, porque al fin y al cabo Antípater estaba sosteniendo una batalla, y trabajando á su modo de ver en la conquista de una corona.

Cuando me presenté en la cárcel, pensó tal vez si iba á ponerlo en libertad y me dijo:

—Al fin has venido á mejor acuerdo, y vas á abrirme las puertas de este calabozo. Ya sabía yo que eras muy razonable, y por último te darías á partido.

—Si no vengo para abrirte las puertas de esta cárcel, por lo ménos voy á darte la libertad. Yo no sé si quedarás contento, pero no por eso he de ofenderme.

Antípater ó no comprendió mis palabras, ó fingió no comprenderlas. En su consecuencia me dijo:

—¿Vienes á darme la libertad y no á abrirme las puertas de este calabozo? No lo entiendo; porque entre estos horribles muros, (donde hubiera querido que agonizara Heródes abandonado de todos), no hay libertad.

—Este es un secreto que no tardaré en revelarte. Ántes quiero darte una noticia que ha de hacerte mucho efecto.

—¿Qué me vas á decir?

—Lo que ménos puedes imaginar; lo que estoy pensando no vas á creer; pero tambien esto me tiene sin cuidado. Figúrate tú que Heródes no ha muerto;

figúrate tú que está hablando contigo quien hace pocos minutos hablaba con él; figúrate tú que entre él y yo ha mediado una conferencia sobre lo sucedido aquí, y figúrate tú, al fin, que ha resuelto acceder á tus deseos de libertad y á tus ambiciones de ser coronado.

—¡Mi padre no ha muerto! gritó levantándose y poniéndose en un momento amoratado como las guindas maduras, y blanco como las nieves del Líbano. ¡Mientes; mientes!...

—No te incomodes, Antípater, no te incomodes, y deja que termine; le dije yo con mucha calma.

Pero mis palabras en vez de calmarle le exaltaban. Parecía un loco rematado, un furioso, uno de esos á quienes los judíos llaman posesos... Tú no puedes, oh rey, formarte una idea de lo que parecía tu hijo.

Al fin se tranquilizó un poco, y yo pude continuar de esta manera:

—No sólo no ha muerto tu padre; pero ni siquiera ha pensado en morirse. Mas si no ha pensado en morir, hále entrado una especie de temor de que pudieses hacerlo tú ántes que él, y conociendo los legítimos deseos que tienes de reinar, ha resuelto coronarte, conforme te he dicho. No es cosa que por una insignificancia como esta, te vayas descontento á la sepultura.

Yo no sé si comprendió mis palabras ó si dejó de comprenderlas; pero es lo cierto que su palidez au-

mentó de punto; y salieron voces inarticuladas de sus labios; y me pareció ver en ellos alguna maldicion.

—¿No estarás contento de mí y de tu padre? Ya ves como procuramos complacerte.

—Acaba de una vez: gritó perdiendo la paciencia; con un grito desesperado. Si no es cierto que Heródes haya muerto, ¿qué ha resuelto? ¿qué te ha dicho? estoy dispuesto á todo. Le he aborrecido toda la vida, y le aborrezco con toda mi alma. Maldito sea el día en que mis ojos lo vieron; maldito sea el momento en que pudiendo envenenarlo no lo hice; maldito sea yo por haber tenido por padre un tirano.

—¡Ah hijo ingrato y desnaturalizado! le dije yo; ¿con que tú pretendiste envenenar á tu padre?

—¿Y á tí qué te importa? me preguntó furioso.

—Nada, nada. Sólo que no merecías las honras de que tu padre te hace objeto; sólo que no merecías ser coronado por la mano de un soldado, sino por la del verdugo.

—¿Con que voy á morir á tus manos? Eso no será. ¿Dónde está la autorizacion que tienes para ello?

—¿Qué es eso de autorizaciones? ¿Qué es eso de presentar al reo los poderes que se tienen para castigarlo? Disponte ya, porque estoy cansado de hablar, y necesito traer tu cabeza al rey para que la corone. Así se concilia todo; tus ambiciones y la accion de la justicia.

Antípater se reía ó fingía reirse de mis palabras;

pero yo he desenvainado mi daga, y viéndome resuelto se ha lanzado sobre mí con el intento de desarmarme. Mas él conocía ya el alcance de mis fuerzas, y como la primera vez ha rodado por el suelo.

Entónces sin darle tiempo de levantarse he puesto una rodilla sobre su pecho, he afirmado su cabeza contra el suelo con la mano izquierda, y con la otra he levantado la daga para acabarlo de un golpe.

El centinela ha interrumpido, ó si quieres prolongado, esta escena por algunos momentos.

—Yo respondo del preso y te exijo que lo dejes si no quieres verme de su parte; me ha dicho.

Antípater, con la desesperacion del que lucha con la muerte, viendo el centinela á su lado, ha exclamado:

—Líbrame de ese asesino y sabré recompensarte generosamente cuando sea rey.

—Poco has de tardar; le dije; en estar coronado; mas ántes has de permitirme que te descabece. Espera, espera unos momentos; ya verás con cuánta suavidad lo hago.

Y volviéndome á mi compañero de armas, añadí:

—El rey me ha conferido el cometido de quitar la vida á este criminal, y espera saber si he dado cumplimiento á su órden. De consiguiente, puedes estar tranquilo.

—¿No me engañas? preguntó mi compañero de armas oyendo lo que le decía.

—Los soldados no mienten nunca. Engañarte sería hacerte traicion.

—Entónces si es órden del rey que se cumpla; dijo hablando con Antípater. Tanto mejor; continuó dirigiéndose á mí; al fin acabarán estas guardias que me tenían fastidiado.

—No le creas; no le creas! gritó Antípater con desesperacion; miente como un bellaco: el rey no ha dado la órden de matarme, yo lo sé, yo lo sé... ¡Oh! sálvame y la mitad de mi reino será tuya.

El compañero y yo nos sonreímos. Antípater hizo esfuerzos desesperados por derribarme y quedar en libertad; pero sus esfuerzos eran del todo inútiles. No bien se hubo convencido de esta verdad, maldijo cuanto hay por maldecir, renegó de todo lo que hay por renegar...

Yo para no errar el golpe afirmé con más fuerza contra el suelo su cabeza, mi rodilla sobre su pecho, y con la maestría de un soldado de Heródes, abrí en su cuello ancha herida, que en pocos momentos te ha librado, oh rey, de un hijo verdaderamente infame, y al mundo de una hiena en forma humana.

Su cadáver desangrado y con todas las muestras de la desesperacion en que ha muerto, yace en el fondo del calabozo donde habías mandado encerrarlo.»

Heródes y Salomé oyeron esta relacion, aquél con interes y ésta con dolor y abatimiento.

Una lágrima luchaba por asomar á los ojos de la última, miéntras en los del primero parecía titilar una gota de sangre.

El soldado miraba al monarca como esperando de él una palabra. Heródes le dijo:

—Así deben morir los parricidas; pero un padre nò puede recompensar al que ha quitado la vida á su hijo. Véte y no aparezcas más ante mi presencia; no quiero saber que existes.

Y diciendo esto le señaló la puerta por donde había entrado.

—Te engañas si piensas que venía por recompensa ninguna. ¿Qué mejor premio que la comision de quitar la vida al malvado Antípater? No ambicionaba más; pero si he venido á comunicarte esta noticia, ha sido para darte gusto; ha sido para cumplir tus órdenes... Ahora, ya que lo quieres, me iré para que no me veas.

Y saludando rudamente, salió de la habitacion sin decir una palabra más.

—¡Por Vénus, y Baco, y Marte, y hasta por Moloc, que es hombre extraño ese Heródes! iba diciéndose, miéntras se encaminaba indiferente al castillo de Hircanion. Acabo de prestarle un buen servicio, acabo de quitarle de por medio un enemigo terrible, acabo de cumplir sus órdenes y me amenaza embozadamente!... ¡Bah! sería tal vez para consolar á su hermana que estaba gimoteando...

Miéntras tanto Heródes y Salomé quedaron mirándose, y no daban con la palabra que debía romper el silencio. La mirada de ésta era un reproche, la del primero una exousa.

Al fin, dijo el Idumeo:

—No hay remedio. Antípater ha recibido su merecido. Ojalá hubiese yo hecho esto algunos años atras, y no derramara la sangre inocente y hasta mucha de la culpable que por su causa he vertido.

—Sí; ojalá hubieses castigado al criminal cuando era tiempo, y se habrían salvado muchos inocentes: no tendrías ahora sobre tu conciencia la sangre de las víctimas sacrificadas á causa de una acusacion calumniosa... Antípater era culpable de enormes crímenes; Antípater merecía la muerte, si hombre hay que la merezca; pero los datos, los detalles, las circunstancias con que ese bárbaro nos la ha referido son verdaderamente horribles. No se concibe que el matador se burle de la afliccion, de la congoja, de la desesperacion de la víctima como lo ha hecho él!... Esto es cosa de fieras.

—¿Qué hay que hacer? Mis soldados son así, y no hay modo de que sean de otra manera...

—¡Pero esto es horrible; horrible!... repitió Salomé pasando con fuerza la mano por la frente, cual si pretendiera borrar de su memoria aquella terrible descripcion y sus repugnantes detalles.

—¿Qué pretendes ahora con esas exageraciones? preguntó Heródes impaciente y disgustado. Si quieres que muera el soldado ejecutor de Antípater, morirá; pero advierte que ordenaré matarlo para darte gusto.

—¡Esto es todavía más horrible! exclamó Sa-

lomé horripilada por las palabras de su hermano.

—¡Ah! Yo no me he ensañado con él como Antípater se hubiera ensañado conmigo. Yo vacilaba todavía, áun despues de haber recibido de Roma la confirmacion de la sentencia; yo acaso no hubiera castigado sus crímenes y sus propósitos con la muerte, como no he castigado á Cipros y sus cómplices con esta pena; pero maldecir mi memoria, demostrar un regocijo salvaje y fiero cuando ha tenido noticia de mi supuesta muerte; decir ya sin embajes, sin rodeos, sin escrúpulos, que había tratado de envenenarme para reinar á su vez!... Ah, Salomé; ¿no es eso cien veces más horrible que las circunstancias de tan merecida muerte?...

—¡Sí, esto es espantoso!... balbuceó la interrogada cubriéndose el rostro con las manos.

—Y sin embargo, bien que indirectamente, te atreves á acusarme! Y sin embargo, bien que indirectamente, te atreves á decirme que debía haberme dejado matar por Antípater; que debía haberme plegado humildemente á sus criminales propósitos, para que ese hijo nefando hubiese subido al trono pasando por encima del cadáver de su padre; y sin embargo, bien que indirectamente, te atreves á aplaudir, á aprobar las repugnantes, las incalificables palabras y el inmundo regocijo de que ha dado pruebas al creer que yo había muerto!... Salomé; no quiero pensar en lo que significan tus palabras, y tus exclamaciones, y tu dolor; no quiero pensar sino que

no has de sentir tanto la muerte próxima de tu desgraciado hermano.

—¡Heródes! gritó la increpada, levantando las manos sobre la cabeza, como si quisiera salvarla de un golpe mortal. Heródes, acabas de herir mi corazon con una crueldad inaudita.

Y sin poder contenerse por más tiempo, rompió en un torrente de lágrimas, amargas como la mirra.

Cuando los sollozos la dejaron hablar, dijo solemnemente las siguientes palabras:

—Si no te viera tan desgraciado, á pesar de la púrpura y de la corona; si supiese que tienes al lado un corazon, sólo uno que te amara, las crueles frases que acabas de dirigirme serían las últimas. No se destroza así como quiera el corazon de una mujer, que no tiene más crímen que un exceso de amor y de celo por tí; de una mujer á la cual sólo puede retener á tu lado la consideracion de que eres muy desgraciado. Heródes; tú no has comprendido la nobleza de mis sentimientos: habituado á tratar con un pueblo rebelde, con gentes traidoras y falaces, y con soldados tan rudos como fieros, imaginas que todos los seres que te rodean son rebeldes, traidores, falaces, rudos y fieros, sin hacer distinciones justísimas, y con esta idea eres tanto más cruel cuanto más desacordadamente procedes.

—¡Salomé! balbuceó el Idumeo, á quien impusieron las solemnes y sentidas palabras de su hermana.

—Pero yo estoy resuelta á no darte motivos en ade-

lante á que me hieras así: permaneceré á tu lado porque el corazon me obliga á no dejarte; pero me abstendré de hacerte observacion alguna, sean cuales fueren las decisiones que tomes.

—Salomé no me guardes rencor; ¿no ves que estoy medio loco?

—Miéntras no lo seas por completo, tienes que valerte de la razon.

Salomé salió de las habitaciones de su hermano con el pecho transido de pena y el corazon herido por las palabras y por las suposiciones del rey. Éste á su vez no dió mucha importancia al caso, como quien no sabe de sentimientos levantados; y pensó en Antípater y en la muerte que al fin tuviera.

—¡Ha sido justicia, justicia pura! El parricida, el conspirador, el turbulento, el calumniador ha de morir á manos de la justicia. Me admira cómo pude tener tanta paciencia con él.

Algunas horas despues, acordándose de la noticia que de su muerte falsamente circulara, quiso conocer el efecto que produjera entre el pueblo, y á este fin llamó á sus espías y satélites.

Heródes podía ahorrarse la pregunta; podía dar por cierta é indudable la contestacion; mas á pesar de todo, quiso que sus espías le relataran cuanto había sobre el particular, y á este fin les exigió que fuesen explícitos; que sin temor á ofenderle le enteraran de la verdad.

Como nuestros lectores pueden suponer, los espías

obligados de esta manera, y pensando contraer méritos, ponderaron al Idumeo la alegría y el regocijo del pueblo; el alborozo que en todos los rostros se pintara, y la especie de desesperacion en que se trocó esta alegría apénas se desmintió la noticia de la muerte.

Hubo alguno de aquellos traidores á su patria que se complugo en narrar escenas que encendieron vivamente la corrompida sangre en las venas del rey; el cual dijo con sombría desesperacion:

—¡Y esto pasará en Israel el día de mi muerte, que no está lejana!

—Es probable, señor; contestóle el malvado espía, mereciendo por su indicacion una mirada feroz y amenazadora de Heródes, que le hizo temblar de piés á cabeza.

El Idumeo con una señal despidió á los espías, y se quedó solo, pensativo, preocupado.

Así permaneció unos momentos como si combinara un plan de ataque. Luégo una chispa de fuego brilló rápida y amenazadora en sus ojos sanguinolentos, y dijo:

—Todo Israel ha de alegrarse mucho con mi muerte, y esto es terrible; esto me enciende en rabia; esto es capaz de envenenar mis últimos momentos de una manera desesperante. ¡Ah! pero no será así: Israel llorará con amargura el día de mi muerte, y Heródes aún desde el sepulcro le dará á entender que todavía es el Heródes que le ha hecho temblar. ¡Ira de Dios! esto de que la nacion se alboroce, y cante alegre, y

se entregue á fiestas, apénas haya yo espirado; esto me haría morir de rabia si no pudiese evitarlo... Y lo evitaré, sí, lo evitaré.

Dichas estas palabras llamó al áulico de quien se servía para expedir sus órdenes por escrito, y mandó publicar un decreto por el cual se ordenaba á los principales de la nacion, sin distincion de edades, que en el menor plazo posible se pusieran en viaje para Jericó, justificando esta medida con decir que hallándose próxima la hora de su muerte, quería verlos congregados en torno suyo para tratar de asuntos conducentes á la mayor felicidad de la nacion. Esta órden concluía amenazando con pena de la vida al que se excusara de darla cumplimiento fiel y exacto.

Estaba todavía fresca en Israel la memoria de la manera como Heródes había hecho morir implacablemente, algunos años ántes, á los personajes y magnates más visibles de la nacion, y por este motivo temieron todos que aquella convocatoria no fuese convocatoria de muerte.

Temiéndolo así, algunos no vacilaron en ganar la frontera y salir de Israel con toda su familia; pensando que muertos por muertos, no era temerario ver si huyendo podían conservar la vida: la mayoría, con todo, bien que con el terror consiguiente, obedeció la órden del rey y se presentó en Jericó; mas no sin ántes haberse despedido de sus hijos para siempre, y hécholes jurar que vengarían en la des-

cendencia de Heródes la sangre de sus padres, si por acaso el monarca intruso mandaba asesinarlos.

—¿Pero qué motivos puede alegar para el efecto? decían algunos optimistas.

—Hombres como Heródes matan sin motivo; por puro entretenimiento; para divertir el fastidio; replicaban los pesimistas. ¿Qué motivos tenía para degollar á los niños de Belen y sus cercanías?

—Por esta vez ya veréis cómo habrá cambiado. La muerte es un buen consejero.

—El hombre sanguinario mata con más furor en sus últimos días.

Reunida la multitud de los magnates de Israel en Jericó, Heródes, que conocía iba acercándose á toda prisa su última hora, mandó conducirlos al hipódromo y encerrarlos en él, ni más ni ménos que lo hiciera con los acusados de complicidad en la muerte de Zacarías, en el circo de Jerusalen.

Cuando aquellos infelices se vieron encerrados, no pudieron dudar de la muerte cierta que se les preparaba; y maldijeron con todo su corazon el momento en que pensaron en obedecer la órden del Idumeo; y clamaron al cielo venganza sobre el tirano y toda su descendencia.

Y miéntras se extendía por todo Israel la noticia terrible de la suerte reservada á sus magnates, encerrados en el hipódromo; y miéntras toda la nacion lloraba y maldecía, Heródes llamaba á su hermana Salomé, para decirla:

—Tú y tu marido Alejo sois los únicos en quienes fío; á tí y á él voy, pues, á encargar la ejecucion de mi última voluntad. ¿Me das palabra de cumplirla al pié de la letra?

—Te doy palabra de cumplirla en aquella parte que no me repugne.

—Tú harás que no muera tranquilo, Salomé: díjola Heródes en son de reproche.

—Sabe Dios cuánto deseo que tus últimos momentos sean apacibles.

—Entónces prométeme cumplir mi última voluntad, sin ninguna clase de reserva.

—Tu insistencia me induce á creer que en esta última voluntad ha de haber algo que me repugne. Puedes nombrar otro ejecutor testamentario, si te place.

—No; habéis de serlo tú y tu marido, pues te repito que sois los únicos en quienes tengo confianza.

—Confianza que atraiga sobre nosotros la ira del pueblo, no podemos admitirla.

—¿De manera que habré de encargar á simples soldados la ejecucion de los magnates israelitas encerrados en el hipódromo, cual lo hice con Antípater? preguntó Heródes montando en ira.

La idea que acababa de insinuar el Idumeo era una idea terrible, y no pudo dejar de impresionar vivamente á Salomé; la cual ya, por otra parte, sospechaba de las intenciones de su hermano.

—¿Habré de encargar á los soldados del hipódromo la ejecucion de los presos en su recinto?

—No; de esa parte, bien que con profundo disgusto, me encargo yo; contestó Salomé resuelta.

Heródes miró con cierto asombro á su hermana, y trató de sonreir. Luégo dijo:

—¿De manera qué tú, tan enemiga de verter sangre, vas á complacerte en derramar la de los príncipes del pueblo?

—No: quien la derramará, en tal caso, serás tú: las manos de Salomé quedarán limpias.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.. La sangre de esos inocentes caerá gota á gota sobre tí y tu memoria; no sobre mí y la mía, que permanecerán sin mancha.

—Como tú quieras; dijo Heródes haciendo un gesto de indiferencia. Es cosa esta que me tiene sin ningun cuidado. Una vez muerto me importará poco lo que el mundo ha de decir de mí por una ejecucion más ó ménos, áun cuando sea ésta muy numerosa y de las que suenen: lo que me importa es que la ejecucion tenga efecto, y pues me lo has prometido, fío en tu palabra.

Despues de esto el Idumeo dictó á su hermana las disposiciones testamentarias de que á ella y á su marido nombraba ejecutores, y habiéndola recomendado que fueren exactos en el cumplimiento de ellas, volvió sobre el tema de la muerte de los magnates de Israel.

—Te extrañará; la dijo; que acabe mi vida con esa ejecucion: confieso que nada tengo de qué acu-

sarles á los presos del hipódromo; pero basta para justificar esta medida el odio que el pueblo me tiene y el regocijo que ha de darle mi muerte. No parecería bien que miéntras tú lloraras los israelitas rieran y se alborozaran; que miéntras tú vistieses luto ellos se vistieran con galas de fiesta. No, no: de ninguna manera quiero que se ría y alegre Israel en el tiempo de mis funerales, con la época de mi muerte ha de coincidir un llanto y un luto general. Estoy seguro que ahora mismo muchos que me aborrecen ruegan á Jehová porque me conserve la vida. Positivamente se me ha ocurrido una buena idea. ¿Qué me dices de ella?

—Nada. Me empeñé y te prometí no dar motivos á frases como las que me dedicaste días atras, y seré fiel á la promesa; dijo Salomé con frialdad estudiada,

—¿De manera que todavía estás enojada conmigo? preguntó Heródes sonriendo.

—Enojada no; pero la herida que le hiciste á mi corazon es de las que no se cicatrizan nunca.

—He vivido muchos años; he conocido muchas gentes; pero no había conocido á mi hermana.

—Esto consiste en que sólo te has fijado en los rebeldes como Israel, en los traidores como los palaciegos, y en los salvajes como tus soldados; pero en el mundo hay álguien más que esas gentes.

—Sí; en el mundo está Salomé, rama de un árbol emponzoñado que da fruto dulce y sabroso; indicó

el monarca sonriéndose otra vez, no sabemos si por complacer á su hermana ó si con ironía.

Salomé se mantuvo grave, y Heródes se recogió en sí mismo, tal vez para pensar en sus males y en la muerte que le esperaba próxima; tal vez para saborear el placer fatal de la última venganza que iba á tomar del pueblo judío.

La hermana del Idumeo al dejarle estaba visiblemente complacida. ¿Era que venía lisonjeada por la confianza que le hiciera el rey, ó era por otras causas? Nosotros nos inclinamos á creer lo último, dada la condicion de aquella mujer, que no parecía hermana de su hermano; que, como dijera muy bien Heródes, era rama de un árbol ponzoñoso que daba fruto agradable y dulce.

Despues de esto, y teniendo por seguro que á su muerte sucedería un duelo general en todo el país de Israel, resolvió modificar su testamento. Por el que hiciera despues de la prision de Antípater, había nombrado á Antípas su sucesor en el trono, mas habiendo variado de resolucion, no se sabe si por influencias domésticas ó por qué otras causas, en su última disposicion se redujo á darle la tetrarquía de Galilea y Petrea, miéntras que nombraba rey de Israel á Arquelao; el cual, segun los historiadores, era un digno sucesor del Idumeo, como educado en la escuela de su padre. A Felipe, otro de sus hijos, le dió la tetrarquía de la Traconítide, á la que unió la Gaulonita y la Batanea, y á Salomé, su hermana,

como presente del amor que la tenía, le dejó las ciudades de Jamnia, Azoto y Fasaélide, con cincuenta mil monedas en oro contante. A la emperatriz, ó mujer de Augusto, y á otros amigos, legó cincuenta millones de la misma moneda; á los soldados cincuenta dragmas de plata á cada uno, y generosos dones á los capitanes del bárbaro ejército, para el cual dejó una carta donde le daba las gracias por la fidelidad como lo había servido, y le encomendaba á que guardara la misma fidelidad á su hijo y sucesor Arquelao.

Otra de las disposiciónes de este testamento era que no quería fuese válido sino hasta haber recibido la sancion y aprobacion de Augusto; cosa que, como se comprende, mortificaba en gran manera á los judíos, por recordarles que para ellos no había independencia; que el reino de Israel era una provincia agregada al imperio romano; que si Roma les dejaba por de pronto cierto carácter de nacion, no tardaría en agregar el país de Judá al cuerpo monstruo del imperio del Lacio.

Así las cosas, no tardó en llegar la última hora de Heródes.

Había padecido mucho moral y físicamente en la tierra; pero estos dolores y sufrimientos, pálida sombra de los que le esperaban despues de muerto, iban á terminar.

El Idumeo estaba en sus últimos días más agitado por las voces de su conciencia que por los dolores,

los cuales con mayor fiereza que nunca se ensañaban en su gastada naturaleza.

El recuerdo de sus iniquidades se levantaba pavoroso ante sus ojos; los crímenes cometidos se le presentaban uno á uno, deslizándose ante su memoria con aterradores caracteres; la sangre vertida por el malvado parecía querer ahogarle; algunas gotas de ella, como si cayeran sobre su cabeza convertidas en fuego de la ira divina, le anticipaban los tormentos del infierno.

Veíasele á veces, con los ojos saltándole de la órbita, mirar aterrado á todas partes; oíasele tambien dar voces de fiera desesperacion; otras veces sostenía conversaciones con seres invisibles, y en ellas ora se excusaba de sus inauditos crímenes, ora decía no arrepentirse de ellos, y aseguraba que los volvería á cometer si los muertos resucitaran. En ciertas circunstancias estaba abatido como un niño que tiene miedo, y en otras su exaltacion rabiosa y desesperada rayaba en los términos de la locura más furiosa y rematada.

—¿No los véis? decía aterrado en sus últimos momentos: como perros rabiosos me rodean, y me muerden, y me amenazan, y se precipitan sobre mí, y me atormentan, y me aturden con su gritería infernal. Es un escuadron, es una legion, es un número infinito de chiquillos, que con sus madres vienen á pedirme cuenta de su sangre. ¡Oh! ¡desgraciado el que cae en manos de los niños! ¡No se puede dar tor-

mento más horrible! ¡Dios no puede inventar cosa más atormentadora!... Callad; gritaba desesperado; vuestras voces me entran hasta la médula de los huesos: mordedme si queréis; arañadme; rasgad mis carnes, pues no puedo defenderme de vosotros; pero callad, porque vuestras voces, y vuestros lamentos, y vuestras acusaciones me enloquecen, me matan... ¡Oh! ¡si sólo me mataran!... ¡pero bien es esto cien veces peor que la muerte!... ¡Oh! maldito el momento en que mandé degollaros... vosotros sois los de Belen... ¿Quién de vosotros es el Mesías? Dejad que lo vea; dejad que vea al ménos esa esperanza de Israel, muerta en flor por voluntad de Heródes... Esto, cuando ménos, me dará una satisfaccion; la satisfaccion de haber hecho mentir al Dios de las profecías de ese pueblo que aborrezco; la satisfaccion de haber... ¿Pero qué decís? preguntó mordiéndose la lengua, cuando iba á proferir una horrible blasfemia: ¿que no he conseguido mi intento? ¿Que el chiquillo no ha muerto? ¿Que vosotros os dáis por felices de haber derramado la sangre en vez de él? ¡Callad; callad, malditos!... ¿Que Dios se ha burlado de mí?... ¿que Dios ha acumulado sobre mi cabeza males y dolores sin cuento? ¿que Dios me da á entender que no soy más que un gusano impotente, más impotente que los que devoran mis carnes!... ¡Oh! ¡maldicion; maldicion!... Ha llegado la hora de tu justicia, Dios... ¡hiere!...

El malvado Heródes levantó las manos crispadas

y los ojos sanguinolentos, como amenazando el cielo; hizo ademan de querer incorporarse y cayó como un cuerpo inerte, mascando su lengua y acometido de una convulsion, que puso término á su nefanda vida con dolores imponderables.

Los numerosos testigos de esta horrible muerte quedaron aterrados. Era tanta la pavura de sus corazones, que ni osaban gemir, ni osaban llorar, ni osaban mirar el infame cadáver, temiendo ver en él algo más terrible todavía que sus últimas palabras y su espantosa muerte.

Ni uno había siquiera que no viese en ello la justicia inexorable del cielo; ni uno que no temblara; ni uno que no temiera hacer el mismo fin que el Idumeo.

Todos poco á poco, silenciosos, despavoridos, se retiraron dejando el cadáver solo; el cadáver al cual momentos despues daban guardia los soldados y algunos palaciegos poseídos de terror.

Saliendo de la cámara mortuoria Salomé trastornada, acercóse á su sobrino Arquelao y le dijo al oído:

—Aprende, Arquelao, y no quieras al morir tener sobre la conciencia las terribles acusaciones que de una manera tan espantosa han hecho espirar á tu padre. La muerte de un rey es una gran leccion para el que le sucede.

Las palabras de Salomé debieron llegarle al alma, porque Arquelao se retiró más pensativo y preocu-

pado que no estaba todavía; y eso que su preocupacion era muy grande al salir de la cámara mortuoria.

Heródes había dicho á su familia y cortesanos ántes de morir:

—Salomé y Alejo saben lo que deben hacer con los magnates del pueblo presos en el hipódromo. Quiero que nadie se oponga á lo que hagan, porque su voluntad es la mía.

Cuando hubo pasado para Salomé y Alejo la primera terrible impresion, pensaron en los prisioneros.

—¿Qué se hace con ellos? preguntó el marido, inclinado á la clemencia.

—Soltarlos. Yo no quiero ser el agente de una crueldad inaudita; yo no debo mandar que sean esos infelices asesinados como si fueran corderos; yo no quiero que caiga esa ignominia sobre la memoria de mi hermano. Demasiada sangre se ha derramado: hora es ya de que cesen esos crímenes abominables...

—Opino como tú, Salomé; opino como tú. Ha muerto tu hermano; ojalá hayan acabado con él los excesos á que insensatamente se entregaba.

—Para perdonar á esos infelices acepté el encargo de mandar asaetearlos; pensando que si yo no lo hubiera aceptado, por lo resuelto que estaba á que se cometiera esta crueldad, hubiéralo confiado á otro, y éste no procediera como vamos á hacerlo. Israel hubiese llorado en la muerte de su rey; pero sus lágrimas fueran maldiciones horrendas. ¡Oh! no, no; ha-

gamos todo lo posible por hacer olvidar al pueblo las crueldades de Heródes.

Y áun cuando no solían las mujeres salir en Israel de su casa durante los primeros quince días del luto, Salomé, acompañada de Alejo su marido, vino al hipódromo para poner en libertad á los presos en su recinto.

—Heródes ha muerto; les dijo la hermana del difunto; yo, en su nombre, os doy la libertad. Regresad á vuestras casas; sed felices en el seno de vuestras familias, y guardad fidelidad al nuevo rey. Una era de paz y bienandanza comenzará para Israel con el nuevo reinado.

Los presos no acertaban en dar crédito á las palabras que se les decían. Tenían por tan cierta la muerte, que la noticia de su libertad les parecía un sueño.

—Señora; dijo uno á Salomé; si está decretada nuestra muerte, ¿por qué os complacéis en atormentarnos haciéndonos concebir esperanzas? Mandad que nos hieran, pero no os ensañéis en nosotros. Harto grande es nuestra infelicidad.

—Nada ménos justo que esas palabras, que por otra parte son excusables, dadas las tradiciones seguidas hasta aquí; pero yo os repito que podéis regresar tranquilos al seno de vuestras familias; nadie os molestará.

El acento de Salomé tenía todos los caracteres de la sinceridad, y no pudieron dejar de prestarle crédito los presos ya libertados; por cuyo motivo hubo

en el hipódromo una escena de alegría y gratitud indescriptible.

Todos quisieron besar las manos de la bondadosa libertadora; todos prometieron fidelidad á Arquelao; pero no acertando todavía en dar crédito á tan inesperada dicha, no respiraron verdaderamente tranquilos hasta verse léjos de Jericó, y en el seno de sus familias; las cuales les habían llorado muertos.

Los funerales de Heródes tuvieron lugar con una pompa inusitada y fué enterrado en el castillo de Herodion, conforme lo había dispuesto el difunto.

Con su muerte respiró el pueblo tan vejado por él; y bien que sabiendo todos en Israel que Arquelao no era mucho más humano que su padre, con todo, vistas las promesas que les hizo y los indultos que dió, y la complacencia con que atendió á la multitud de peticiones que se le hicieron, muchos esperaron de él lo que no podía esperarse dadas las tradiciones de su familia y su educacion.

Augusto confirmó en parte el testamento de Heródes el Grande, y Arquelao fué coronado solemnemente etnarca en el templo de Jerusalen, con una pompa, con una esplendidez que sólo pueden concebirse en las regiones orientales, y en una nacion donde el fausto acusa la decadencia.

Y los judíos gozaron de una paz relativa durante algun tiempo. Salían de una noche tenebrosa, y no es extraño que les parecieran sobremanera benignas las claridades de un crepúsculo engañoso.

Algun tiempo despues morían los demas enemigos de Jesus; pues no solamente Heródes era quien le perseguía, sino que tambien le odiaban algunos israelitas, irritados contra Él por haber merecido, siendo tan pobre y humilde, ser anunciado y declarado Mesías y Salvador de Israel.

Así, por la mano de Dios quedaba desvanecida aquella tempestad formidable, acumulada sobre la cabeza del sagrado Niño; así perecían los soberbios del mundo, miéntras la humildad divina saludaba el sol de unos días tranquilos y sonrientes para la humanidad pecadora.

Así se complace el Señor en volver por los que le aman, y en defenderlos de las asechanzas de sus enemigos.

CAPÍTULO XXII.

La órden de regreso á la patria.

Iba á sonar la hora del regreso á la amada patria para la Sagrada Familia.

Jesus podía volver á Israel, sin temor á que los hombres atentaran por entónces contra su vida inestimable.

José tuvo noticia de la muerte de Heródes por lo que de ella se decía en Egipto; mas no intentó siquiera regresar á su país natal. El cielo le tenía ordenado

que esperara en la expatriacion hasta nueva órden, y esperaba sin impaciencia. Para él ante todo y sobre todo era Jesus, y cuando el cielo no le levantaba el destierro, era señal evidente de que Jesus tenía que temer aún en la tierra de promision.

Y miéntras esperaba tranquilo en la pobre y humilde casa de Mathariéh, nosotros enteraremos, bien que sucintamente, á nuestros lectores de lo acontecido con ellos durante el largo tiempo de su expatriacion; la cual se prolongó, segun unos, hasta dos años, segun otros hasta cinco y segun algunos hasta siete. Otras opiniones existen, segun las cuales estuvo mucho más tiempo la Sagrada Familia en Egipto; pero estas opiniones nos parecen bastante infundadas, y por la misma razon no hemos de tomarnos el trabajo de consignarlas.

Como Mathariéh estaba tan distante de las poblaciones importantes y ricas del Egipto; como por otra parte era una aldea olvidada, á José le costó muchos afanes hacerse con algun trabajo de su oficio, con que atender á la subsistencia de su amada Familia.

Dios quería hacerle ganar la inmensa felicidad de sustentar al Redentor de los hombres y á su Madre inmaculada; y esta felicidad era muy barata áun siendo comprada al precio de tan grandes penas y angustias. José lo comprendía así, y José bendecía á Dios por haber dispuesto que le costara tanto el mantener aquellas dos prendas de su corazon virginal.

Pero lo que profundamente le afligía en un principio, era ver á su adorado Jesus víctima de la necesidad; mirando suplicante á sus padres, como si les pidiera el sustento que le hacía falta; durmiendo de extenuacion y hambre; pálido, abatido, casi sin fuerzas para llorar...

¡Oh Dios mío! cuán profunda, cuán incalculable era la pena de aquel nobilísimo corazon, y la de su inmaculada Esposa con tal motivo: ¡oh! ¡qué tristes exclamaciones salían de su pecho cuando se veía solo! ¡qué amargas lágrimas saltaban de sus ojos en el silencio de la noche! ¡qué fervientes oraciones elevaba al cielo, para que Dios tuviera misericordia de su Hijo; para que no le oprimiera tanto con el peso de su mano!

Y esto le alentaba á buscar, á pedir, á rogar; y esto le hacía incansable; sugería recursos á su inteligencia que sólo se le ocurren al que ama mucho y ve el objeto amado víctima de la necesidad.

Por su parte la Vírgen María no estaba ménos afligida; no estaba ménos angustiada, bien que sus aflicciones y angustias fuesen de una naturaleza muy diferente.

En la quietud, en la soledad, la honda herida que el vaticinio de Simeon abriera en su alma parecía ensancharse; parecía hacerse más dolorosa.

Su Hijo era Dios, y lo criaba para un infame patíbulo; su Hijo había descendido del cielo para estrechar á los hombres en sus brazos, y en cambio los

hombres extenderían aquellos brazos y los enclavarían en una cruz; su Hijo amaba á los hombres con toda la potencia de su Corazon, que era inmensa, y los hombres le odiaban hasta el punto de perseguirle de muerte ya en los días más tiernos de su infancia; su Hijo era quien había dado al pueblo de Israel la tierra de promision, y en cambio los israelitas lo perseguían hasta obligarle á emigrar cuando no contaba dos meses de edad; su Hijo era el que sostenía á todos los seres y les daba alimento y vida, y en cambio en país extranjero padecía los rigores del hambre!...

Y todo aquello era en Jesus amor; amor inagotable; amor incansable; amor á los hombres que tan poco se lo merecían; amor á los hombres que le preparaban en cambio una afrentosa muerte é inmensos tormentos; amor á los hombres que, áun más tarde, tan poco se lo habían de agradecer!...

¡Oh! ¡cuán tristes, cuán desoladoras eran las horas que la tierna Madre pasaba en compañía de Jesus, pensando en estas tristezas; en el porvenir pavoroso que esperaba al Hijo que amaba tanto!... ¡Cuán enamoradas eran las frases que consagraba á Jesus, estrechándole blandamente entre sus brazos, besándolo con imponderable amor, bañándolo con abundantes lágrimas! ¡Cuánta compasion le inspiraba el tierno Niño, y qué movimientos tan sublimes los del corazon de aquella Madre afligida!...

José los veía padecer y su sufrimiento aumentaba, y aumentaban las diligencias y las oraciones que ha-

cía por obtener trabajo. Al fin el cielo se compadeció de ellos, y se lo facilitó al santo Patriarca, con lo cual pudieron salir de la necesidad para entrar en una estrechez que no les afligía, por estar acostumbrados á vivir muy frugalmente, como lo hemos visto ya.

Y así se pasaron los meses y los años. Jesus crecía y era tan gracioso, tan bello, tan bueno, que llevaba en pos de sí los corazones de todos los que le miraban: sus palabras arrebataban las almas á regiones serenas, donde la felicidad sonreía á los hombres: tenía en torno suyo una atmósfera celestial.

Los pobres y los niños le rodeaban; las mujeres no se atrevían á besarlo y abrazarlo con la pasion con que besan y abrazan á los niños buenos y hermosos: le contemplaban reverentes y extáticas; plegaban las manos y ponían los ojos en el cielo como para darle gracias de haber puesto en la tierra aquel portento.

Y Él en todos los corazones dejaba un recuerdo santísimo; una aspiracion á Dios, que hacía que cambiaran de vida, y que aspiraran á la perfeccion; cuyas reglas les dictaba el amor encendido en sus pechos por las miradas divinas del Niño.

Mathariéh era una poblacion pobre, pero feliz: desde que entró la Sagrada Familia no eran conocidos los amargores de las penas, bien que éstas no estaban desterradas de allí; pero las hacía dulces la presencia de la Sagrada Familia, con la cual todos se

comunicaban, atraídos á ella como el acero al iman; como el cuerpo al centro; como las almas al cielo.

Cuando al caer de la tarde Jesus y María, rodeando á José, tomaban asiento só la copa frondosa del sicómoro, ponían sus ojos con cierta melancolía en el punto del horizonte donde caía Israel, y pensaban en la patria amada, y hacían votos por su felicidad, y la enviaban del fondo del alma una tierna bendicion. Despues elevaban las miradas y los corazones al cielo, y se escapaba de sus pechos un suspiro casi imperceptible.

Era que suspiraban por las auras de la infancia; por los panoramas que encantaron su niñez, por la tierra prometida del Señor al pueblo de Israel. Eran hombres, y no hay hombre que no sienta en el corazon la fuerza atractiva de la patria lejana. Deseaban regresar á la humilde ciudad de Nazareth; deseaban poder contemplar desde la puerta de su casa la verde cumbre del Tabor y la galana montaña del Carmelo; deseaban poder asistir á las augustas solemnidades del templo en Jerusalen; deseaban oir la lengua materna en todos los labios, y con aquella lengua querida escuchar como los hombres hablaban de Adonai, y alababan á Jehová.

Pero por mucho que desearan toda esta felicidad, esperaban resignados, sin impaciencia. Ante todo era la seguridad del Niño; ante todo era la voluntad del cielo; y si por aquella seguridad, y si por esta voluntad, hubieran habido de permanecer toda la vida

léjos de la patria, no habrían suspirado con más ansia por volver á ella; contentos y resignados hubieran, no sólo aceptado, sino tambien bendecido la expatriacion.

Mas el término de ésta había llegado. Como hemos visto, los enemigos del Niño acababan de desaparecer, burlados en sus infernales propósitos, tragados por el sepulcro, confundidos por la justicia de Dios.

Y llegó la noche de unos de aquellos días en los cuales José y María se habían ocupado de la patria amada con mayor cariño, si cabe, que otras veces. Las noticias llegadas de Judea sobre la muerte de Heródes y sus últimos días fueron el objeto preferente de la conversacion; é inclinaron reverentes la cabeza ante las decisiones admirables de la Providencia, y se sintieron poseídos de misterioso estupor, en vista de la terrible justicia hecha por el Altísimo en los enemigos inicuos de Jesus.

—Los hombres tienen muchos días en su mano, y Dios se reserva uno solo. El día de Dios lo es tambien de su justicia inexorable. ¡Ay de los que la han merecido!... Sus propósitos se desvanecerán como humo liviano; sus proyectos morirán como flor que no llega á romper el broche; Dios se burlará de los que pensaron ser omnipotentes y poder mofarse de Él. Los inicuos desaparecerán como heno seco, consumidos por el fuego de la ira divina, y las obras del Altísimo aparecerán más brillantes y admirables,

cuanto más combatidas hayan sido por la temeridad insensata de los hijos de perdicion.

—Heródes; desdichado Heródes; ¿qué ha sido de tí y de tus proyectos? ¿en qué han parado tus insensatas iras, y locas ambiciones, y abominables crueldades? Todo se ha reducido á un puñado de inmundo polvo. Y tu alma, ¡desgraciado! ¿qué ha sido de tu alma?... Pudiste salvarte y te has perdido irremisiblemente; mi Jesus vino del cielo para tí, como para mí, y para todas las generaciones, y tú lo has perseguido de muerte; mas Dios se ha mofado de tu impía crueldad, y el Mesías se ha salvado. ¡Infeliz! ¿qué darías ahora por deshacer lo que has hecho? Mas hé aquí que unos breves años de impío reinado te han valido una eternidad de penas inconcebibles! ¡El Mesías volverá á Israel su patria; pero tú no verás la hermosa patria para la cual fuiste criado! Así caerán siempre los que persigan al Cristo, áun cuando por algun tiempo aparezcan triunfantes: cuanto más visible sea su brillo en el mundo, tanto más ignominiosa será su confusion y ruina.

De este modo estaban hablando entre sí los santísimos Padres de Jesus en una de las últimas veladas que pasaron en la tierra de Egipto, miéntras el Niño dormía apaciblemente el sueño de la inocencia divina.

Y despues de haber engrandecido á Dios y alabádole por saberlo todo convertir en motivo de honra y gloria para sí, y provecho para los hombres, se reti-

raron á sus respectivas habitaciones, con el objeto de dar al cuerpo el necesario descanso, para poder continuar al día siguiente el fatigoso pero bendecido trabajo.

José se durmió apaciblemente con el sueño del justo, teniendo el adorable nombre de Jesus en los labios. Acababa de besarlo, de hablar de Él, y empezaba á soñar en Él. Su corazon y su mente no sabían, no podían representarle otra cosa que á Jesus; y este nombre, y este recuerdo, llenaban el corazon del Patriarca, como la luz del sol llena el espacio; como la presencia de Dios llena la inmensidad.

Sueña José estar en compañía de Jesus y de Miriam, en los risueños contornos de Nazareth al caer de una tarde de primavera. Su corazon alborozado mira al Niño y á la Madre, y suspira de felicidad: las auras tibias y embalsamadas de la tarde elevan en sus alas impalpables aquel suspiro de amor hasta el trono del Altísimo, y piensa en el cielo que le espera.

Bien es lisonjero para él este pensamiento, pero no tanto como el de que ama á Jesus y á María con todo su corazon. Si pone los ojos en el azul hermoso del firmamento, en las tornasoladas nubes que caprichosamente engalanan el horizonte, en las medias tintas tan poéticas como misteriosas que envuelven las cumbres gallardas del Carmelo y del Tabor, suspira; pero luégo pone los ojos en Jesus y dice:

—Mucho más hermoso que todo eso eres tú, amor mío, mucho más hermoso. No hay en la natura-

leza nada que pueda compararse con tu hermosura.

Si oye el trino del avecilla que desde la region del aire se despide del sol; ó el gorjeo melodioso y variado del ruiseñor cantando sus amores junto al nido oculto en la frondosa enramada donde pían sus polluelos, José suspira tambien; pero luégo llegan á su alma los acentos de Jesus y dice:

—Mucho más dulce y regalado que el trino del avecilla y el canto del ruiseñor es tu acento para mi alma: las músicas de los ángeles no me arrebatan el corazon como las armoniosas vibraciones de tu voz.

Si la brisa tibia y perfumada con las flores de las vertientes del Carmelo y del Tabor viene á recrearle, suspira, pero luégo pone la mirada en Jesus y enamoradamente dice:

—¡Oh! no puede compararse con tu regalado aliento, vida mía; no puede compararse! Al respirar exhalas perfumes celestiales, y el alma á tu lado vive oreada por las auras de la vida inagotable.

Si eleva al cielo el pensamiento, admira la deliciosa patria para la cual ha sido criado el hombre y suspira tambien: luégo pone los ojos en Jesus, y en un como deliquio de amor dice:

—Sin tí el cielo sería para José una tenebrosa noche, un lugar de horror; mas contigo, Dios mío y Redentor mío, las amargas penas de la vida son tan regaladas como la gloria eterna. Mi corazon halla gusto en padecer; el sufrimiento en tu compañía es la gloria más inefable.

Luégo, poniendo los ojos alternativamente en Jesus y en las cosas que entre sueños veía, exclamaba:

—¿Qué hay de hermoso, ni de bueno, ni de amable, ni de grande, ni de admirable, ni de delicioso sin tí? Tú, amor mío, das encanto al crepúsculo, misteriosas armonías á la naturaleza, admirables tintas al Carmelo y al Tabor, dulzura al canto del avecilla, aroma á las flores, frescura á las auras, grandeza y majestad al firmamento, alas al alma para que pueda volar á la patria inmortal. Todo lo llenas tú; todo lo vivifica tu amor, todo lo enciende tu caridad, todo lo embellece tu irresistible hermosura; todo lo enseñas tú, y si no fuera por tí no habría esperanza para el hombre, ni sonrisas en el cielo para el mortal, ni Dios sería conocido de las criaturas. Sin tí, sin la esperanza de poseerte, y verte, y amarte, no se comprendería sino el cáos; contigo, con la esperanza de poseerte, de verte, de amarte, no se comprende otra cosa que la infinita belleza y bondad de Jesus, y en Jesus todas las infinitas grandezas de Dios!...

José volvió á suspirar. ¡Oh! ¡qué suspiro tan enamorado del Cristo era aquel! Parecía llevar consigo toda el alma del Patriarca sin quitársela, como las auras parecen llevar consigo todo el aroma de la rosa, sin que por ello lo agoten, ni lo reduzcan.

Y era feliz, soñando así, con la felicidad de los moradores del empíreo; y se figuraba mirar enamorado á Jesus de hito á hito, arrebatado por un éxtasis dulcísimo, sin que se cansara de ver aquella amorosa

y divina belleza, cuando se iluminó todo á sus ojos con una luz clara que no ofende la pupila, y comparada con la cual son densas sombras los destellos del sol de medio día.

Sin que dejara de mirar el rostro arrebatador del Cristo, miró delante de sí otro sér; no tan hermoso como el Niño, ni tan amable, ni tan atractivo. José conoció en él al ángel Gabriel; al ángel del Verbo encarnado; al mensajero del Altísimo, y entónces recordó que no estaba en Galilea sino en Egipto.

El ángel venía á transmitirle una órden del Altísimo, y el espíritu de José se recogió reverente.

El cortesano del cielo; el mensajero de Dios; el ángel de la Encarnacion del Verbo, abrió los labios y habló así:

—El Altísimo me envía á tí, José, hijo de David. Oye lo que por mi conducto te dice el Señor:

«Han muerto ya los que perseguían al Niño; los fuertes del mundo han desaparecido como heno liviano al soplo de la justicia de Dios; cayeron para no levantarse los que se habían imaginado poder burlarse del Eterno.

«El camino de la patria está expedito para vosotros; regresad á ella sin temor.

«Estas son las órdenes que Jehová me ordena transmitirte.

«José; yo, mensajero hoy para tí de alegres nuevas, te saludo.»

El ángel calló; inclinóse profundamente como para

saludar al santo Patriarca; la luz con que se le apareciera se desvaneció y él con ella.

En el mismo momento despertó José; y sabiendo cuán verdadera había sido la vision, por el profundo conocimiento que de ello le daba su consumada experiencia, saltó de la cama para dar las gracias más rendidas al Señor, y para entonar en las sublimidades de su alma incomparable un cántico de alabanza al Eterno.

Despues de esto, se dijo:

—¿Despertaré á María para notificarla la órden del cielo, ó esperaré la aurora y con ella la daré esta noticia tan grata?.. No, no debo despertarla. En Egipto no nos amenaza mal alguno, como nos amenazaba en Galilea al salir de allí: esperemos al amanecer, y entónces empezaremos los preparativos del regreso.

El acuerdo le pareció muy bueno al santo Patriarca, y resolvió adoptarlo.

La madrugada estaba todavía distante, y el sueño había desaparecido de sus ojos.

José aprovechó aquellas horas de soledad para pensar en Jesus, en María y en la Judea; y para levantar su corazon al cielo, con el fin de entonarle alabanzas y acciones de gracias.

Con estos pensamientos tan dulces, como es de suponer, las horas se le deslizaron rápida é insensiblemente; y los primeros destellos del alba vinieron á saludarle regocijados, pasando por las grietas de las paredes de la casita.

—Ha llegado ya la hora de hablar con María; de darla esta noticia tan grata. Vamos; no lo demoremos.

Y risueño se encaminó hacia el aposento de su inmaculada Esposa, la cual oraba ya junto á la cuna del divino Niño dormido.

El Patriarca contempló aquel grupo tan sencillo como admirable y se sonrió con indecible encanto.

—Alégrate, María; la dijo despues de saludarla y de poner un beso en la regalada manita que Jesus tenía sobre el cobertor de la cuna.

—¡Alegrías para mí! observó la Vírgen santísima, poniendo una mirada profundamente melancólica en su divino Hijo. ¡Ah José! ¡no caben en el corazon de esta triste Madre!

—Amada mía; verdad es que los destinos de nuestro Jesus son muy tristes; con mucha razon no tiene tu alma un momento de perfecta alegría, pues la llevas herida profundamente, y el tiempo en vez de cicatrizar la llaga te la hará más viva y dolorosa; pero yo tambien llevo esa herida en el alma, aunque no tan profunda y sensible como tú, y me alegro en el Señor con regocijo relativo.

—Haces muy bien, José mío; haces muy bien, y yo debo imitarte. Nuestra alegría debe salir del objeto mismo de nuestra tristeza, como se extraen las medicinas saludables de las plantas venenosas. Padecemos con Jesus; padecemos por amor á Jesus; padecemos por causa de Jesus, y esto debe colmar-

nos de indecible contento. ¿Quién hasta el presente había tenido la dicha que gozamos? Y los que en lo porvenir hagan lo mismo que nosotros, gozarán la felicidad más perfecta en el seno del mismo infortunio... ¿Pero de qué tengo de alegrarme hoy, esposo amado?

—El cielo se ha dignado levantarnos el destierro; ya no hay en Israel quien persiga á nuestro amado Niño, y por lo tanto las puertas de la patria nos quedan abiertas.

—¡Bendito sea el Señor que amanece un día apacible y claro despues de una noche tormentosa; bendito sea el Señor que convierte el mal en bien, y no se olvida de cuantos en Él confían.

—Sí, Miriam, podemos regresar á Israel: ya no nos veremos privados de adorar á Jehová en su santo templo; ya podremos asistir á sus solemnidades; ya podremos hablar de nuestro Dios con nuestros hermanos, valiéndonos de la lengua de nuestros padres; ya podemos llevar á Israel la suprema bendicion del cielo, con el Niño que adoran nuestros corazones, y que adorarán las edades y las gentes del porvenir. ¡Oh qué dicha, María; qué dicha es esta, áun en medio de nuestras profundas angustias!

—Dices verdad: dicha muy grande es llevar el Cristo á la tierra donde ha sido profetizado, donde ha querido nacer, donde quiere acabar la redencion del género humano. No amaríamos á nuestro pueblo si no nos alborozáramos pensando que Jesus puede vi-

vir ya tranquilo y seguro en la tierra donde obrará las cosas más grandes que Dios puede obrar.

María meditó unos momentos en sus palabras, llenas de alegría y amargura á la vez, y luégo dijo:

—Hazme, José, el favor de referirme cómo el cielo te ha revelado lo que acabas de decirme. ¡Es tan grato para mi corazon conocer todo lo que se relaciona con mi divino Niño!

El santo Patriarca, sin hacerse más de rogar, con sumo gusto refirió á la Esposa inmaculada cuanto le había sucedido desde el momento de separarse de ella en la noche anterior, hasta el en que volvía á reunirse con ella para comunicarle una noticia tan venturosa.

Y los dos Esposos, postrados humildemente junto á la cuna de Niño Jesus, dieron gracias al cielo por haberse dignado al fin levantarles el destierro; por haberse dignado protegerles de una manera tan evidente en el país de Egipto; por haberse dignado librar al Cristo de todo mal.

Y terminada la fervorosa oracion, se encontraron con la mirada dulce y amorosa del Cristo; el cual los contemplaba con inefable placer, despues de haberse unido á su oracion, para hacerla más grata, más acepta al Altísimo.

José corrió para abrazar á Jesus, al cual regaladamente decía:

—¡Oh! ¡cuán largas son las horas que transcurren estando léjos de tí! Me moriría de angustia si no

las hiciera más llevaderas el continuo pensar en tí. ¡Bendito seas, dulce bien mío; bendito seas! Ya ha pasado la noche, ya ha vuelto el día; ya puedo verte, y abrazarte, y poner el ósculo paternal en tu rostro divino, más hermoso que la florida llanura de Saron.

—¡Padre mío! ¡padre mío! le dijo Jesus abrazándolo tiernamente, y descansando su cabecita hermosa sobre el hombro del Patriarca. Vos me amáis y yo tambien os amo: tambien me gusta veros á mi lado, protegiendo mi mortal debilidad, como el tronco de la encina protege la hiedra endeble.

—¡María! ¿lo has oído? Me ha llamado su padre; ¡dice que se ampara de mí como la hiedra del tronco de la encina!... ¡Ay! si no fuese Dios el que me habla así; si en sus palabras no viniera al mismo tiempo la dulzura que mata y la fortaleza que vivifica, no fuera posible oirlas sin morir de amor. ¡En el cielo mismo no se goza de mayor felicidad!... ¡Su padre! ¡soy su padre!... ¡el Criador y Redentor del mundo me llama su padre! ¡el que sólo tiene por padre al Altísimo, tambien me da á mí tan dulde nombre!... María, Jesus; prendas queridas de mi alma indigna; ¡oh! yo soy demasiado feliz! Acuérdate, Hijo mío, que me hallo todavía en este mundo perecedero; en esta tierra sembrada de espinas...

Y Jesus seguía teniendo dulcemente abrazado á José; seguía descansando sobre su hombro, con amoroso é infantil abandono, la divina cabeza. María lo

estaba mirando con lágrimas de inefable consuelo.

¡Oh! ¡qué recompensa tan merecida era aquella á los trabajos, á las fatigas, á las congojas, á los dolores sufridos en tierra de Egipto, por el santo y venturoso Patriarca! Decía bien que en el cielo no se disfruta mayor ventura, felicidad más inefable que la suya.

Las lágrimas se deslizaban por el rostro del virginal Esposo de María, como una gota de rocío, que parece una perla, se desliza sobre una hoja de banano ligeramente inclinada; y el calor del rostro, encendido por el fuego del amor, las evaporaba luégo. Su perfume era más grato á los ojos del Altísimo que el aroma del thimiama que se quemaba en el altar de oro del templo de Jerusalen.

Esta escena muda se prolongó por algun tiempo. Jesucristo no se cansaba de recrear á su amado Padre afectivo, y éste no se daba cuenta del tiempo, como no se la dan los bienaventurados en la gloria.

Pero al fin el Patriarca, volviendo en sí de tan dulce y regalado deliquio, habló de la siguiente manera:

—Tú tambien, vida mía, pareces alegre sabiendo que vas á volver á la patria amada.

—Yo suspiro por vivir en el pueblo elegido del Señor. Israel es mi patria, y la amo con todo mi Corazon. Allí han nacido mis padres; allí quise yo nacer, y el lugar de la cuna es siempre querido del hombre.

—María; exclamó José; tambien Él se regocija pensando en que va á volver á su tierra natal. Cuando Él lo hace, bien podemos hacerlo nosotros. Bendito Dios, que has puesto en el corazon del hombre tres amores innatos: el amor á tí, el amor á la familia y el amor á la patria! ¡Bendito tú de mi alma, luz de mis ojos, que consagras con el tuyo estos tres amores; que nos das ejemplo de ellos!...

Y así se pasaron algunos momentos hablando de cosas santas.

Despues José dijo:

—Hora es ya que hagamos los preparativos del viaje, para emprenderlo lo más pronto posible.

Y así se hizo. Jesus, María y José lo fueron disponiendo todo bajo la direccion de éste, que con una prevision de padre enamorado de su familia, daba las providencias necesarias, sin que se le olvidara nada; pero particularmente lo que se refería ó podía necesitar el Niño.

Éste se afanaba por servir á María y á José con una solicitud, con una dulzura, con un encanto, con una alegría admirables. ¡Quién pensara que aquel Niño tan humilde, tan reverente con sus padres, tan verdaderamente deseoso de servirlos y descansarlos, fuese el mismo Criador de todas las cosas! ¡Oh! ¡cómo la conducta de Jesus nos avergüenza, nos humilla, nos acrimina, nos confunde y nos anonada! ¡El polvo vil, amasado con el agua corrompida del pecado, se enorgullece, se exalta, y el Criador de los hombres

se humilla hasta tal punto, se anonada para darnos ejemplo. ¡Dictó la ley y nos da un ejemplo sublime de cómo se cumple, miéntras nosotros, para quienes la ley fué dictada, sólo damos ejemplo de desobediencia é inobservancia criminal!... ¡Oh! ¡cómo el ejemplo de Jesus debería humillarnos y cubrirnos de vergüenza y confusion!...

Pero dejemos á un lado consideraciones, que el lector amable sabrá hacerse perfectamente sin nuestra ayuda, y volviendo á la Sagrada Familia, y á los preparativos de viaje que estaba haciendo, diremos que poco hubieron de tardar los santos Personajes en tener dispuesto lo conveniente, ya que tan pobre y escaso era lo que poseían; ya que tan pocas eran sus necesidades.

Con todo, José, pensando en los inconvenientes del viaje pasado, y teniendo en cuenta la tierna debilidad del Niño, procuró reunir más provisiones, y singularmente disponer las cosas para que el agua no les faltara; el agua, primera necesidad de los viajeros del desierto.

Pero en la humilde casa donde moraban les quedaban algunos enseres, algunos útiles, pobrísimos é indispensables muebles, que no podían llevar consigo; que tenían que vender ó regalar, á no ser que prefirieran dejarlos abandonados, cosa que no podía entrar en los deseos de la Sagrada Familia.

—¿Los venderemos? preguntó José á María, más por conocer su voluntad que por sentir impulsos á

hacer lo que preguntaba, pues nadie más desinteresado que él.

—No, José. Cuando llegamos á Mathariéh no poseíamos nada, y el Señor no nos abandonó. Volvamos á Israel de la misma manera, distribuyendo á las pobres gentes del lugar estos humildes enseres. Así tendrán una memoria nuestra, y siempre que usen de ellos se acordarán de nuestro Jesus.

—Aplaudo y acepto tu proposicion. Está bien; daremos á los pobres por amor de Dios, lo que nosotros, pobres tambien, no podemos llevar á Judea. ¡Sin duda, Miriam, que tienes inspiraciones del cielo!

—¡Ah! dijo la Vírgen sonriendo. Para delicadezas no hay otro hombre como mi José. Él abrigaba el mismo pensamiento que yo, y para darse el gusto de atribuírmelo, me ha preguntado. ¡Con cuánta justicia te recrea mi divino Jesus con dulzuras inefables!...

—¡Bah! ya volvemos á las andadas. ¡Alabado sea Dios, que ve nuestros corazones y sabe de parte de quien está la razon en estas contiendas!... Mas yo con la alegría de hoy, no tengo ganas de camorra, y por lo mismo no intento contradecirte: dijo el Patriarca bromeándose alegremente y sonriendo á María con regalada dulzura, con bondad indescriptible.

Aquella sonrisa fué pagada de otra, de igual naturaleza.

Luégo José salió de casa para adquirir un envase

bastante capaz para llenar de agua, y un repuesto de frutas secas con que alimentarse durante el largo y fatigoso camino que iban á emprender. Cuando todo lo tuvo dispuesto y convenientemente preparado; cuando sólo había que cargar con el pequeño alijo y emprender la caminata, el Patriarca dijo:

—La hora ha llegado en que distribuyamos entre los pobres nuestros humildes y pocos enseres. ¿A quién te parece que los demos? Tú conoces la gente de la aldea y sus necesidades, por haberlas no pocas veces socorrido.

—Hagamos que estas gentes lo reciban como una memoria de Jesus, al cual aman tanto. Esa memoria será para su bien temporal y eterno. A este efecto, el mismo Hijo mío debe distribuirlos, segun le parezca, sin que nosotros intervengamos para nada en ello.

—Me parece excelente tu decision; que al fin viniendo de tí no puede ser sino buena.

María bajó humildemente los ojos y no quiso replicar á su Esposo amado. Éste, dirigiendo la palabra al Niño, testigo de escenas y palabras tan edificantes, le dijo:

—Ea, Hijo mío; tú distribuyes entre los pobres que más lo necesiten, los humildes enseres de nuestra casa. Ellos los recibirán como una memoria tuya, y tú sabrás hacer que sea para su bien.

El divino Niño puso un beso respetuoso y de gratitud en la mano del Patriarca y en el rostro inma-

culado de la Vírgen Madre. Despues, con sin igual regocijo y presteza salió de la casa, para llamar á los pobres entre quienes pensaba distribuir lo que en ella había.

Miéntras tanto, los dos santos Esposos quedaban solos y se decían para sus adentros:

—¡Con qué alegría practica la caridad! ¡Cómo se conoce que la caridad y el amor impulsan y vivifican su Corazon!... ¡Ah! ¡y que haya hombres capaces de perseguirlo!...

Este pensamiento hizo brotar otro en el alma de María y José. Debió de ser pensamiento doloroso, porque ambos á dos suspiraron á un tiempo, como las cuerdas de un arpa pulsadas por un mismo dedo.

José miró á su inmaculada Esposa. La mirada del hombre justo era triste como los rayos de la luna.

—Tan alegremente he recibido la noticia de regreso á la patria, y sin embargo voy pensando que ha de ser muy triste para nuestro corazon. A nuestro regreso á Judá no tendremos sobresaltos como cuando vinimos aquí: ¡pero ay! ¿cómo hace el Niño un viaje tan largo y fatigoso? Apénas si lo puede resistir un hombre curtido por la fatiga; ¿cómo podrá sobrellevarlo un Niño tan tierno y delicado?

—Sí, José, sí; esa idea tristísima basta para amargar las dulzuras y desvanecer los encantos que podría tener para nosotros el regreso á la patria. ¡Pobre Hijo mío! ¡pobre Hijo mío! dijo María suspirando.

—Siquiera cuando vinimos aquí era pequeño, y

bien que con alguna fatiga, podía ser fácilmente llevado en brazos; mas ahora es harto crecido para que podamos hacerlo así, y es harto tierno para que pueda resistir las fatigas enormes de tan larga caminata!

—¡Pobre Jesus mío! volvió María á exclamar, plegando angustiada las manos.

—Yo espero en que Dios nos ayudará; pero como Jesus no perdona su divino cuerpo, ¡ay! no ha de aliviarle de las fatigas y de los cansancios del camino! continuó el Patriarca.

En este mismo momento entró el Niño en la casa seguido de algunos pobres, quienes le miraban con amoroso encanto. Parecían tener el alma suspendida de sus divinas gracias.

Jesus estaba alegre, risueño, encantador como nunca le vieran sus padres.

Sonrió á éstos y distribuyó entre los pobres los enseres de la habitacion, diciendo á cada uno palabras edificantes, que elevaban sus almas á regiones más serenas; que daban vida á sus espíritus, y conformidad á sus corazones.

Al despedirse de Él los pobres lloraban, y le suplicaban que no los abandonase, que permaneciera en Egipto, que continuara siendo la alegría y la felicidad de la aldea de Mathariéh; pero Jesus les decía que á ellos y á muchos importaba que volviese á Judea, donde la voluntad del Padre celestial le llamaba.

Y se despidieron tambien de los santos Esposos,

dedicándoles palabras muy tiernas, muy afectuosas; diciéndoles que su memoria quedaría eternamente indeleble en sus corazones.

Cuando quedaron solos los individuos de la Sagrada Familia, Jesus vino á sentarse entre María y José. Miróles bondadosamente, y con acento en el cual se traslucía claramente el Dios que hablaba, les dijo:

—Consoláos. La divina voluntad es que sufra las fatigas y molestias del viaje. ¡Ah! si mi Corazon y mi cuerpo no hubieran de sufrir mucho más, no estaría la prueba á la altura del amor que la inspira.

María y José cayeron de hinojos para adorar al Niño Dios que así les hablaba; para prosternarse ante el amor infinito del Salvador del mundo, que de tal manera le hacía hablar y obrar; que no le permitía darse punto de reposo en la obra divina de contraer méritos, para que los hombres, revestidos de ellos, aparecieran agradables ante los ojos del Altísimo, y aplicándoselos merecieran de justicia el cielo.

Y sintiéndose anonadados ante aquella amorosa grandeza, permanecieron en aquel estado hasta que Jesus abrazándolos cariñosamente, con infinita ternura les dijo:

—Pero la divina voluntad quiere que tenga varios consuelos mi Corazon: uno de ellos es estar en vuestra compañía: las fatigas del viaje junto á vosotros me serán mitigadas por vuestro amor.

María y José, deshechos en llanto de ternura oyendo

estas palabras tan regaladas, no pudieron articular una frase; pero le cubrían de besos respetuosos, le oprimían dulcemente sobre sus corazones.

Por último María pudo romper las ataduras que sujetaban su lengua, y exclamó:

—¡Oh! si nuestro débil amor basta para endulzar las fatigas del viaje á tu divina debilidad, nosotros bendecimos los cansancios que nos dan un consuelo tan inefable.

—¡Jesus, vida de mi alma, luz de mis ojos!... balbuceó el santo Patriarca, sin poder terminar la frase; dominado como estaba de una profunda emocion; de una emocion no experimentada todavía.

—Ea, levantáos y vamos; dijo el Niño sonriéndoles y abrazándoles otra vez.

—No ántes que tú nos bendigas, Jesus de mi vida; contestó María inclinando reverente la cabeza.

El Cristo abrió los brazos, levantólos en alto como llamando las bendiciones del cielo, y dijo con los ojos y el alma puestos en su divino, en su excelso Padre:

—La bendicion del Altísimo descienda sobre vuestras cabezas y vuestras almas, y nos acompañe en el viaje que para su gloria vamos á emprender. El Padre celestial envíe sus ángeles que nos guíen y defiendan de todo peligro, y nos conduzca sanos y salvos al país de promision.

Y dicha esta oracion, que por salir de los labios del Cristo era eficaz, José y María se levantaron para

cargar con los pobres hatillos de la ropa y provisiones. José puso un baston en las manos del Niño, diciéndole:

—Toma, Hijo mío. Es duro como el corazon de muchos hombres; pero te ayudará y servirá bastante en el viaje que vamos á emprender. Yo envidio la suerte de ese báculo. Él podrá aliviarte en algo, y yo no tendré la misma dicha... pero tú ya conoces el corazon de tu pobre padre.

—Sí; y tambien conozco los deberes que me impone mi condicion de Hijo vuestro. Dejad, pues, que en lo que pueda os asista y alivie. Dadme un hatillo para que lo lleve sobre mis hombros como vos.

—¡Hijo mío! exclamaron á coro María y José oyendo aquellas palabras.

—¡Eso nunca! dijo con horror el santo Patriarca; eso nunca!

—Padre mío, os lo ruego humildemente; dijo Jesus con la reverencia del mejor de los hijos.

Aquellas palabras quebrantaron el corazon de José: tenían la omnipotencia de la súplica de quien la formulaba.

José se estremeció considerando al Hijo de Dios altísimo rogándole á él, criatura humilde, que se consideraba el más bajo, el más indigno de todos los hombres.

La humildad, el anonadamiento de Jesus tenían al Patriarca fuera de sí; no sabía lo que le pasaba.

—Y yo á mi vez te suplico, vida mía; exclamó

cayendo de rodillas y plegando las manos; que desistas de tu ruego. Si te empeñas, no podré negarte lo que tan humildemente pide el Criador á su indigna criatura; lo que puedes ordenarme, seguro de verte obedecido sin dilacion. Pero tú no querrás afligir mi alma cuando mire cargada y oprimida tu debilidad con un peso insignificante para mis fuerzas, y que en breve será agobiador para las tuyas. ¡Oh! deja á la criatura llevar la carga; bastante tendrás con la fatiga del camino.

—Padre mío; agradezco el amor que os inspira esas palabras, y lo estimo en lo que vale; pero dejad que insista en mi súplica. Si vos me negáis lo que os pido, yo iré contento de hacer vuestra voluntad; mas vos no os denegaréis á mi ruego. Hijo vuestro he querido ser; he querido gustoso imponerme los deberes de los hijos, para ser ejemplo de las generaciones que vendrán, y uno de esos deberes consiste en asistir á los padres. Hé ahí el motivo que me induce á suplicaros me déis un hatillo, para aliviaros en la medida de mis fuerzas...

—¡Pero eres tan tierno! ¡eres tan débil, Hijo mío! balbuceó María.

—Yo no debo perdonar una vida que he tomado para sacrificarla por la salud y ejemplo de los hombres. El amor que arde aquí: y señaló el Corazon: no me lo consiente. Por otra parte; cuanto más siento la fatiga y el dolor, ménos pesada y agobiadora me es la carga de los pecados de los hombres, pues lo que

padezco me es de gran consuelo, de dulce y regalado alivio... Ahora disponed en mí como os plazca; añadió bajando sumiso y reverente la cabeza que los ángeles adoran.

—Líbreme el Señor de oponerme á lo que deseas. Hijo mio, toma tú lo que bien te parezca; pero te suplico sea lo más poco, lo más ligero; exclamó José apresuradamente. No seré yo; no será tu Madre rémora á tus altísimos y misericordiosos propósitos. Aquí nos tienes dispuestos á ser por nuestra parte instrumentos de la obra de la redencion, en aquello que esta obra consienta de simple criatura humana.

—Gracias, Padre mío, gracias; dijo Jesus alegremente, tomando un ligero hatillo de los que dispuestos había en tierra. Yo os prometo admitiros á la obra de la redencion, en todo aquello que quepa en una simple criatura.

—Por de pronto; intervino la Vírgen Madre; une si te place á ella la pena que nos han de dar las fatigas que vas á soportar en este viaje, y los cansancios de que serás objeto.

—Vuestra indicacion queda atendida, Madre mía. Vos lo queréis, y yo no puedo desear otra cosa.

Y dicho esto, José suspendió la carga del báculo que cruzó sobre el hombro; Jesus hizo lo mismo, y María tomó tambien su parte. Entónces salieron de Mathariéh, á cuya poblacion echó el Niño divino su bendicion excelsa.

Los expatriados volvían al país natal, despues de algunos años de ausencia.

Jesus caminaba aprisa, conforme lo hizo en adelante siempre que se trataba de ir á padecer. A veces, más para darles gusto que por otro motivo se asía de la mano de María y de José.

Algun tiempo despues habían dejado las márgenes frondosas del Nilo, y entrado en el desierto, donde tanto padecieran al encaminarse á Egipto; donde esperaban padecer todavía más al regresar á Israel, por causa del Niño, tan tierno, y delicado, y de pocos años.

A veces no podían sus padres contener la expresion de la pena, que se acumulaba en sus corazones por estas causas, y entónces Jesus se mostraba más alegre, más amable, más encantador, más resuelto.

—No serán estériles mis cansancios y fatigas; les dijo á sus padres una vez: alegráos conmigo de que padezca, porque tiempo vendrá en que este desierto será un jardin frondoso, donde brotarán admirables las flores del cielo, y embalsamarán con su aroma todos los países y todas las edades.

CAPÍTULO XXIII.

El regreso á la patria.

No hemos de comenzar de nuevo la relacion de las fatigas de los santos Viajeros en el desierto; pero nos cumple decir que si cabe fueron mayores en el regreso á Israel, que en la huída á Egipto.

El demonio por su parte se complacía en atormentar al Niño y á sus Padres, levantando contra ellos las tempestades más deshechas de viento y arena, ó bien oprimiéndolos de día con los rayos de un sol abrasador, con calmas sofocantes que les hacían pensar si estaban sumergidos en un baño de fuego líquido, y de noche con humedades copiosas y fríos excesivos.

Por su parte Jesus no tenía compasion de su tierna humanidad; no la perdonaba. Hacíala sentir con un rigor indecible todo el peso de la fatiga, del cansancio; todas las consecuencias de viaje tan largo y espantoso, en un niño de sus años.

A la ida todavía encontraron sus Padres una palmera piadosa que les regaló con delicado banquete; pero á la vuelta nada de eso: ningun lenitivo; ningun consuelo. La justicia de Dios pesaba severa, inflexible, sobre aquella humanidad adorable: de su poder divino sólo sacaba Jesus las fuerzas necesarias para seguir adelante; pero estas fuerzas servían para atormentarlo más, porque siendo excesivo el cansancio, eran excesivas las molestias que afligían al Cristo.

Cuando por la noche tomaban asiento sobre las arenas caldeadas, que no tardaban en parecer arenas de hielo, por lo rápidamente que bajaba la temperatura, José y María ponían tristemente los ojos en el rendido Niño, que apénas tenía fuerzas para moverse; que estaba afligido de vivos dolores.

Y aquellos corazones incomparables sollozaban; tomaban los piés ensangrentados de Jesus; oprimíanlos tristemente contra su corazon; los besaban y cubrían de lágrimas, y sin acertar en proferir una palabra, pues su dolor era imponderable y su compasion indecible, la Vírgen santísima se los envolvía cuidadosamente, y le aplicaba alguno de los remedios que conocía por experiencia dar en el Niño buenos resultados.

Pero no había remedio como la caridad de sus corazones; como el ofrecimiento que hacían de ellos á Dios, y muchas veces un mandato de la Vírgen santísima á los ángeles, para que socorrieran y aliviasen las dolencias de su Hijo. Este remedio era siempre seguro, siempre pronto, siempre instantáneo.

Con todo, no siempre lo empleaba la Madre tierna, pues conocía los ardientes deseos que de padecer tenía el Corazon adorable de su divino Hijo; y áun cuando con viva tortura del propio, dejaba á veces de apelar á tal recurso por dar gusto al Cristo.

Muchas veces lo hacía á ruego de José, á quien el corazon se le despedazaba con los dolores del Niño.

En determinadas circunstancias, Jesus, no para tomar descanso, sino para quitar parte de la pena del pecho del santo Patriarca, consentía en que éste lo llevara un ratito en brazos. En estos momentos María se encargaba del hatillo del Esposo amado, y así iban adelantando poco á poco. Jesus le decía á su Padre:

—Basta, ya podré andar; ya estoy algo más descansado, Padre mío.

—¡Oh! yo te ruego, vida mía, que no quieras dejar tan pronto mis indignos brazos. Tú sabes con cuánto regalo, con cuánto descanso, con cuánto placer te llevo en ellos; tú sabes cuán dulce es para mi corazon sentir tu peso; cuánta felicidad goza mi alma pudiendo descansarte un poco. Continúa, te ruego, unos momentos más así.

Y Jesus accedía por darle gusto; pero al fin, movido á compasion del pobre José, ya cargado de años y oprimido por la fatiga, tornaba á poner los piés cansados y sanguinolentos en la abrasada arena del desierto.

—¡Cuán pronto! decía tristemente el santo Patriarca, apénas dejaba la preciosa carga.

María intentó alguna vez hacer lo mismo; pero Jesus le dió á entender que no podía darla gusto en esto.

—Vuestro amor os engaña, Madre mía; decíale en estas circunstancias. Yo os agradezco el deseo.

La Vírgen suspiraba y se resignaba á su debilidad, que no le permitía llevar á Jesus en brazos.

Al fin, despues de muchos días, de muchas fatigas y de grandes cansancios y dolores, lograron divisar en lontananza las cumbres de las montañas que les decían tocar á término el desierto, y no estar distante la tierra de Israel. De ello se regocijaron mucho María y José, no por lo que á ellos tocaba, sino por el Niño.

Y todavía anduvieron algunas jornadas más. Y decimos jornadas, pues ya se comprenderá cuán poco les era dable adelantar con el paso breve y el cansancio de Jesus.

El desierto, propiamente dicho, había terminado.

José y María se postraron de hinojos para dar por ello gracias á Dios.

Y cuando iban á dejar su oracion, notaron con no poca sorpresa, que el Niño no estaba con ellos.

Miraron sobresaltados en torno suyo, y lo vieron abrazado con otro niño, de alguna más edad que Él.

El niño con quien Jesus estaba abrazado, vestía una tosca túnica, tejida con pelos de camello; la cual mortificaba sus tiernas carnes como pudiera hacerlo el más duro cilicio.

La austeridad y los ejercicios de penitencia habían grabado profundas huellas en su rostro infantil.

La razon, la conciencia de sí mismo, brillaba en la mirada del tierno penitente con una claridad deslumbradora. Se conocía que para él no había habido infancia; que poseía todas las facultades del hombre maduro; que sabía quién era, de dónde venía, adónde iba y el oficio para el cual lo reservaba el Señor.

El corazon dijo á María y á José quién era el niño que nos ocupa; el cual, reverentemente asido de la mano de Jesus, se acercaba á ellos dando evidentes muestras de un regocijo celestial.

—¡Juan! exclamó la Vírgen santísima, recibiéndolo en sus brazos, de las manos de Jesus.

—¡Juan! repitió José abrazando al niño despues de su Esposa, y poniendo en su rostro curtido un beso.

—¿Qué ha sido de Isabel? preguntó María á Juan con el interes del verdadero amor.

—Mi madre vive, y os espera en la cueva que nos sirve de albergue.

—¡Con que vive! Bendito sea Dios, que no abandona á los que ama.

—Vive; pero contad cómo estará cuando sabiendo que veníais á nosotros no ha salido á recibiros.

—¿Está enferma? dijeron tristemente María y José. ¡Es tan anciana!...

—Sólo espera veros otra vez para dar su espíritu al Señor que la ha criado.

—Vamos allá; vamos allá. ¡Pobre Isabel!... balbuceó la Vírgen Madre.

Y Juan tomó el camino de la cueva donde agonizaba su madre con la agonía de los justos. Jesus le cogió de la mano, con una encantadora intimidad que daba á gustar al Bautista las delicias del cielo.

En esta disposicion llegaron al punto donde se dirigían; el cual era una cueva abierta naturalmente en la roca calcárea de la montaña, sin comodidad alguna; más pareciendo vivienda de fieras que albergue de hombres. Era, en una palabra, una cueva

como las que hemos visto en las montañas de Judea en los primeros capítulos de este libro.

Apénas nuestros santísimos Viajeros hubieron franqueado la entrada de la cueva, salió de ella una voz débil, pero regocijada. Era la voz de la anciana y moribunda Isabel, que decía:

—Bendito sea el Señor, Dios de Israel, clemente y misericordioso, que con tanta bondad mira á su humilde sierva... Acercáos á mí: la pobre moribunda no puede, como en otro tiempo, saliros al encuentro.

—¡Tía! dijo Jesus acercándose al sitio donde Isabel, tendida sobre un monton de heno, agonizaba; tía, el Señor os bendiga, y os dé á ver la hermosura de su rostro; dé paz á vuestra alma y os coloque en la gloria de los santos.

—¿Qué más gloria, ni qué más paz que la de verte, Dios mío y Salvador mío, junto á mí en esta hora suprema? Los terrores de la muerte ya no me espantan; una dicha indecible, una calma celestial domina en mi corazon desde que he visto tu rostro y oído tu divino acento. ¡Oh Jesus!... ¿por qué me regalas tanto? ¿Ignoras acaso que soy una pobre pecadora?

—¿Y no sabéis vos que yo para perdonar los pecados he venido al mundo? ¿No sabéis vos que soy la recompensa de los justos? El espíritu del Señor nos ha conducido aquí, esposa de un mártir, y madre de mi precursor, para que espiréis en paz.

—¡Oh dicha inefable! Deja, Dios mío y Redentor

mío, que la pobre moribunda ponga un ósculo de adoracion en esos labios divinos, de los cuales brota la fuente de la vida eterna.

Isabel besó con la reverencia y el amor debidos los labios de Jesus; el cual á su vez depositó en los de su tía el ósculo divino, el ósculo de supremo amor, que enciende en el corazon del moribundo la llama suavísima de la caridad perfecta; aquella llama que purifica el alma y la deja más limpia que la nieve, tan hermosa como los ángeles, digna del Dios que la crió, merecedora con justicia de la eterna bienaventuranza.

En aquel momento se acercó María al pobrísimo lecho de la moribunda. Ésta la tendió los brazos trémulos, escuálidos, sin fuerza; y ambas se abrazaron tiernamente.

—¡María! ¡María! ¡María! exclamaba la moribunda, sin cansarse de repetir este dulcísimo nombre; consuelo inefable de los pobres que se debaten con las angustias de la muerte.

—Isabel; mi querida Isabel! la paz del Señor sea eternamente contigo.

—José, justo José, que has merecido la suprema dicha de un tal Hijo y una tal Esposa; bendíceme tambien, como me han bendecido tu Jesus y tu María; porque tu bendicion es poderosa en la hora de la muerte. El que con ella se presente ante el tribunal de Dios no perecerá para siempre; le dijo al santo Patriarca tendiéndole la trémula mano, que

el Esposo de María apretó afectuosamente entre las suyas.

—Si mi bendicion ha de consolarte, Isabel, yo te bendigo en nombre de mi Jesus, y te aplico sus méritos infinitos, para que mueras en paz y los ángeles salgan á recibir tu alma en tu postrimer momento.

—¡Gracias, Dios mío! balbuceó Isabel plegando beatíficamente las manos sobre el pecho y mirando extática á Jesus.

Y hubo unos momentos de silencio. Los santos Viajeros tomaron asiento en el suelo, rodeando el pobre lecho de la moribunda; quedando María á su diestra, José á su izquierda, y Jesus y Juan, asidos de la mano todavía, á su cabecera.

—El Señor os ha conducido aquí para que asistáis á mi muerte, que está muy cercana. La veo venir, pero no me espanta. Dichosos los que os tengan, ya visible, ya invisiblemente, junto á sí en la última hora, porque para ellos el momento de la muerte será la hora de la felicidad suprema; balbuceó Isabel en el colmo de la dicha, sin poder quitar la mirada extática del rostro de Jesus, quien á su vez la miraba amoroso y clemente.

Y hubo otra pausa. Isabel interrumpió el silencio general con estas palabras:

—Decidme cómo os ha ido durante este tiempo; porque le es grata al moribundo vuestra historia.

María satisfizo el justo deseo del alma de su amada

prima en pocas palabras; conforme convenía en aquella circunstancia. Isabel bendijo al Señor por haber dado al mundo un Redentor tan generoso, y al Niño Jesus por no querer perdonar los días de su tierna infancia, en su caritativo afan de satisfacer á Dios por los hombres y salvarlos.

—¡Cómo se alegrarán los justos del seno de Abraham cuando les dé estas admirables noticias! Oh Dios y Salvador mío; tanta abnegacion, tanta caridad sólo se comprenden en el Hijo del Altísimo. Si no supiese quién eres, me bastaría conocer lo que conozco de tí para confesarte por mi Criador.

Entónces la Vírgen santísima deseando saber la historia de su prima y de Juan, desde el punto en que se separaron en Hebron, le preguntó sobre ella, no inducida por la curiosidad, porque este defecto no cabía en María, sino por el interes que la movía á enterarse de todo lo que directa ó indirectamente podía tener relacion con su divino Hijo.

—Cuando nos separamos en aquella noche de la crueldad de Heródes, yo procuré salir de Israel por caminos excusados, ocultándome como vosotros en el fondo de los barrancos ó en el corazon de los bosques; siempre rogando á Dios fuese servido de librar á mi hijo de todo mal. Así pude llegar á tierra extranjera, y ya consideré en salvo á mi hijo. Y sintiéndome movida á morar en la soledad, donde más fácilmente me podría consagrar al Señor con ejercicios de penitencia y oracion, quedéme en el de-

sierto, é hice habitacion nuestra esta cueva desconocida de los gentes. Aquí he educado á Juan en el amor al Dios vivo y á la penitencia, y le he visto crecer como un día sin crepúsculo, como una flor que se abre de repente. Dedicados á la oracion y á las vigilias; macerando nuestros cuerpos y entregados á la penitencia; vistiéndonos pobremente y alimentándonos de langostas y miel silvestre, Juan ha ido creciendo y yo he ido caminando al sepulcro.

Muchas veces hablabámos de vosotros, y deseábamos vivamente tener noticias vuestras. Ya pensaba descender al sepulcro sin volver á veros; sin poder adorar de nuevo á mi divino Salvador, cuando el cielo clemente se ha dignado conduciros aquí para nuestro consuelo, y revelarnos esta mañana cuán cerca de nosotros estabais. Entónces en el colmo de la dicha he suplicado á Juan que saliera á recibiros y rogaros que, pues la pobre moribunda no podía venir á vosotros, tuvieseis la caridad de ir á ella, y esperar á mi lado la hora de mi muerte, que no está distante. María; la única dicha que ambiciono ya en la tierra es que tú me cierres los ojos al espirar: no temas, no te molestaré mucho...

—Isabel; aquí á tu lado permaneceremos hasta verte morir en paz; y pues tan dichosa has de ser si prometo cerrar tus ojos, crueldad sería en mí, y repugnante ingratitud á los favores y mercedes que me has hecho, negarme á darte gusto.

—María; no hay merced igual á la de hacer algo

por tí: es una dicha con la que sólo puede ser comparada la del cielo. Quien hace por tu amor alguna cosa sale siempre ganancioso. Todo esto te dirá que no me debes gratitud ninguna.

Isabel quedó pensativa. Al parecer tenía que decirles algo á José y á la Vírgen Madre, y la reverencia se lo impedía. Su bondadosa prima así lo conoció, por cuya razon hablóla de esta manera:

—Isabel; ¿por qué temes hablarme de la única cosa que te preocupa?

—María, José; díjoles la moribunda, que á toda prisa se iba extinguiendo. Mi Juan va á quedar huérfano y solo.

—La Providencia divina cuida de mí, madre mía; exclamó el niño Juan.

—El espíritu del Señor lo posee y lo dirige. Él lo protegerá y formará en la soledad para que sea digno de sus grandes destinos; contestó Jesus por su Madre, infundiendo en Isabel una tranquilidad inalterable.

—Ahora, pues, ya puedo morir en paz; balbuceó con una voz parecida al eco que se pierde en lontananza. Gracias, Dios mío, por la misericordia que obras en la familia de tu sierva.

Desde aquel momento los últimos instantes de Isabel se aproximaron con suma rapidez. Llegada la hora de la suprema despedida, dijo sonriendo:

—Juan, hijo mío, adios... ¡Jesus, José y María, bendecidme!

Todos se pusieron en fervorosa oracion. Jesus, con

la majestad y la gracia del Señor de los cielos, tendió sus manos tiernas sobre la cabeza de la moribunda, y con acento augusto pronunció estas solemnes palabras:

—Sal de esta vida, alma justa, y te reciba en sus brazos el Dios que te crió. Acudid, santos de Dios; salid á su encuentro, ángeles del Señor; recibid su alma y presentadla ante el acatamiento del Altísimo.

En aquel instante una sonrisa inefable vagó por los labios de Isabel, y con los ojos amorosamente vueltos al Cristo Redentor, entregó su alma justa.

—La luz de su vida se ha apagado en la tierra, para arder eternamente en la patria de los bienaventurados: dijo Jesus mitigando de esta manera el dolor de los corazones allí congregados.

Y todos volvieron á orar. Despues, acordándose del principio de alabar al hombre cuando ha muerto, María relató las admirables virtudes de Isabel é hizo un elogio entusiasta de su santa vida.

Y la enterraron piadosamente en el mismo desierto. Y sobre su sepulcro rezaron una oracion, y alabaron la justicia del Señor, que premia con una bienaventuranza eterna las virtudes de los que murieron en su amistad.

Cuando hubieron cumplido con este piadoso deber, Jesus dijo al niño Juan:

—Ya no tienes padre ni madre en el mundo; ya quedas desatado de los vínculos de la carne, para que

más libremente te consagres al servicio de Dios. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Continuar en la soledad como hasta ahora; emplear mi vida en austeridades y penitencias hasta el momento en que el Señor me llame y disponga de mí: contestó el hijo de Isabel con la resolucion que procede de las inspiraciones de lo alto; con la magnanimidad de los escogidos de Dios para grandes cosas.

—Muy bien, Juan. Prepárate en el desierto para ser en el mundo mi precursor. Y cuando el espíritu divino te mueva é impulse, deja la soledad para predicar la penitencia y el bautismo.

Jesus abrazó á su primo y le bendijo con una bendicion omnipotente; con aquella bendicion eficaz que confirma y fortalece las buenas resoluciones en el alma consagrada al Señor.

Y despues de haberse despedido con tiernas lágrimas, la Familia Sagrada emprendió de nuevo su camino, dejando á Juan bajo la especial proteccion de la Providencia, que lo formaba para aparejar los caminos de Jesus; y no tardaron en pisar el querido suelo de la patria, que el Cristo bendijo miéntras oraban sus Padres.

José había pensado establecerse en Jerusalen, y hacia esta ciudad pretendía dirigir sus pasos.

—Porque; decía; allí podremos asistir todos los días á las solemnidades del templo, y adorar á Dios en su santa casa. Por otra parte, Jerusalen es la ciu-

dad de los reyes de Judá, ¿y quién sino Jesus es el rey de Israel?

María no se opuso. Le halagaba la idea de morar junto al santuario, donde en los días de su infancia se preparara su acrisolada virtud para ser la digna Madre del Dios humanado. Jesus, sumiso y humilde callaba, sin demostrar gusto, ni pesar por lo que el Patriarca había resuelto.

Pero el cielo lo había dispuesto de otro modo, teniendo en cuenta la mayor seguridad del divino Niño, y la oscuridad en que debía quedar envuelto, hasta que fuese llegada la hora de presentarse al mundo para predicar el Evangelio.

José, sin embargo, no conocía esta decision de lo alto, y se encaminó hacia Gaza, donde pensaba tomar el camino de Jerusalen.

Dios, que de un modo tan particular les atendía y cuidaba, hizo que encontraran un viajero, al cual, con el ansia justa del que vuelve á la patria despues de muchos años de estar ausente de ella, y no tiene de su país más que noticias vagas, le preguntó por el estado de la nacion.

—Ha muerto Heródes, pero le ha sucedido Arquelao; bien que no ha sido coronado aún, porque se espera para el efecto la aprobacion del testamento del Idumeo por parte del emperador.

—¡Arquelao! dijo José con cierto sobresalto, pues por referencias conocía que el hijo era digno del padre.

—Sí: Arquelao ha sido nombrado por el infame Heródes sucesor en el trono que no le pertenece. Por captarse las simpatías del pueblo, y tratando de hacer olvidar los crímenes espantosos de su padre, parece haberse olvidado de las crueles y bárbaras tradiciones de su familia; concede perdones, derrama gracias, procura engañar á los que serán sus vasallos; mas yo no me fío de él, porque la cabra tira al monte, y la savia del árbol maldito de Heródes sólo puede dar frutos de sangre y amargura para Israel. Otro tanto hizo su padre apénas fué coronado; pero poco á poco le cayó la careta al hipócrita, y la hiena se presentó con toda su fiereza. No, no me fío de Arquelao: lo que con la leche se mama no se olvida tan fácilmente. Por otra parte; ¿ignoramos acaso las condiciones de su carácter? ¿No ha dado muchas pruebas de poseer un corazon de tigre? Él no puede amar al pueblo escogido, y éste no puede hacer sino aborrecerlo y maldecirlo. Arquelao lo sabe, y tambien lo sabe la nacion; uno y otro son dos enemigos puestos frente por frente: si Israel se deja engañar por las astucias del hijo de Heródes, tanto peor para él; día vendrá en que llore su infortunio; pero sus lágrimas serán extemporáneas é inútiles.

Por lo visto el israelita alimentaba en el fondo de su alma una animosidad, un odio inextinguible contra la raza de Heródes; y á decir verdad, no era el único en la nacion que participaba de las mismas desconfianzas y sentimientos. José, para quien, como

hemos dicho, era conocido por referencia el carácter del nuevo monarca, se alarmó, y propuso cambiar de resolucion. En Jerusalen no estaba seguro el Niño, ni debía estarlo tampoco en los dominios de Arquelao. Permanecer en ellos era, cuando ménos, una imprudencia, y las imprudencias en punto á Jesus, hubieran sido crímenes enormes. El Patriarca santo tenía una responsabilidad imponderable delante de Dios y de los hombres. Nunca ha existido otra semejante; por eso su prudencia debía de elevarse sobre el nivel de toda prudencia humana.

—¿Domina Arquelao tambien en Galilea, ó es que su padre la ha dejado á otro? preguntó el intranquilo Patriarca.

—No; Heródes ha hecho de la Galilea y la Petrea una tetrarquía, legándola á Antípas, otro de sus hijos. Éste parece no participar tanto de los malvados instintos de su padre; éste se contenta con gozar, y se preocupa muy poco de los negocios de estado. Se opina que tal ha sido el motivo de haber el Idumeo revocado el testamento, pues anteriormente legaba el reino de Judá á Antípas. La Galilea, pues, va á estar mejor que nosotros. Con todo, es mi opinion que de la sangre de víboras sólo pueden nacer viboreznos.

Y habiendo dicho esto el viajero se separó de la Sagrada Familia, continuando su camino.

José quedaba perplejo, temeroso, angustiado. Había dicho bien el viajero; de la sangre de las víboras

sólo pueden nacer viboreznos: Antípas y Arquelao eran hijos de Heródes, y parecía natural que hubiesen heredado las costumbres, los instintos y las tradiciones de su padre; que profesaran el mismo enco nado odio al Mesías.

—¿Qué hacer, María? preguntó á la Esposa amada, ansioso de oir su consejo.

—Acudamos al cielo. Dios, que nos ha ordenado regresar á la patria, nos conducirá sabiamente.

José y la Vírgen santísima oraron con fervor. Su oracion no podía dejar de ser oída agradablemente por el Altísimo; el cual quiso que Gabriel volviera á aparecerse al Patriarca, estando durmiendo, para mandarle retirarse á la humilde y risueña ciudad de Nazareth, donde vivirían en paz.

Con no poco regocijo, al despertar, comunicó esta noticia á su amada Esposa, que se alegró sobremanera por ello. Entónces entraron en consejo María y José sobre el camino que había que seguir para llegar á Nazareth.

—No tiene duda que por Judea llegaríamos más pronto y cómodamente; dijo José; ¿pero y si nos acontece alguna desgracia?... Pero por otra parte está el Niño tan fatigado y rendido; tiene los piés tan lastimados el pobrecillo, que si prolongamos el viaje, como tendremos que hacerlo si no queremos pasar por la Judea, le sujetamos á un tormento que me desola el corazon.

—Padre mío; yo no he venido al mundo para go-

zar, sino para sufrir; no he venido al mundo para descansar, sino para andar de fatiga en fatiga, corriendo en pos de los hombres que amo tanto, para llevarlos al cielo. Ademas, comienzo ya á acostumbrarme á las fatigas del viaje, las cuales no me son ni con mucho tan pesadas y molestas como en un principio. Os suplico, pues, que no tengáis en cuenta mi cansancio.

Las razones alegadas por Jesus eran convincentes, y les quitaron á sus Padres gran parte de la pena que les daba la consideracion de lo mucho que se prolongarían sus padecimientos prolongándose el viaje. Por otra parte contribuyó tambien mucho á ello el verle tan resuelto á sufrir. ¿Cómo habían José y María de huir el dolor, cuando tan tiernamente amado, cuando tan amorosa y generosamente buscado era por su Hijo divino?

La revelacion del ángel les hizo desistir de pasar por Hebron y Jerusalen; y las palabras de Jesus les movieron á buscar el camino más seguro, pero tambien más largo, que les condujera á Nazareth.

Habían salido de Egipto tomando la gran vía de Mémfis, que por Pelusa y Cariotis les condujo á la embocadura del Sirbon; atravesaron luégo la Ostracina, extrema frontera de la Arabia, no léjos del torrente Sicon, siguieron por Rafía y Antedon, y de allí por las riberas del río Bezor llegaron á Gaza.

El camino, pues, que les quedaba por recorrer era poco ménos corto, segun el cálculo de José, y

para hacerlo debían salir otra vez del suelo de Judá y entrar de nuevo en tierra extranjera.

—No está exento de peligros; dijo el virginal Esposo; pero Dios vela desde el cielo por nosotros y nos protegerá. Ademas siempre es preferible el peligro menor al mayor: ante todo tenemos el deber de defender al Niño de las iras de Arquelao. Volvamos, pues, sobre nuestros pasos, Miriam.

—¿Y qué camino te propones seguir, querido José? preguntó la Vírgen.

—Tomaremos el camino de Pelusa á Tiro, que nos conducirá por entre las ciudades de los filisteos á la llanura de Saron, sembrada de rosas blancas y encarnadas, de narcisos, anémonas y otras flores olorosas. De allí nos dirigiremos por Ascalon á Asdod, Jamnina, Joppe y Appolonia, y atravesando el lago llamado de los Cocodrilos, llegaremos á Cesárea. Luégo nos encaminaremos á la gran llanura de Mageddo, y desde ella dirigiremos nuestros pasos á la humilde ciudad de Nazareth. ¿Qué te parece mi plan?

—Yo no conozco esos países, y de consiguiente no puedo tampoco por mí misma dar opinion; pero cuando tú me propones esa ruta, no cabe duda que será la mejor. Volvamos, pues, sobre nuestros pasos y que Dios nos proteja y bendiga, y sus ángeles nos dirijan y acompañen.

Proferidas estas palabras, los Santísimos Viajeros volvieron atras para emprender el fatigoso y largo

camino propuesto por José; llegando por fin al término del viaje sanos y salvos, despues de haber corrido peligros en gran número, y de los cuales librólos el cielo con el solícito cuidado del mejor de los padres velando por su hijo.

¡Qué alegría tan plácida tuvieron cuando desde la llanura de Mageddo descubrieron las poéticas cumbres del Carmelo y del Tabor! ¡Cómo aumentó esta alegría apénas divisaron á lo léjos la humilde ciudad de Nazareth, situada al pié de una graciosa colina rodeada de flores, extendiéndose sobre ella un cielo hermoso y radiante!

—¡Parece salir de un ramo de flores y plantas aromáticas! exclamó José viéndola más hermosa aún de lo que era; por mirarla al traves del prisma del desterrado que vuelve á la patria.

Y los tres Santos individuos bendijeron la pobre y olvidada ciudad, que por lo mismo de ser pobre, humilde y olvidada, iba á ser distinguida del Hijo del Altísimo sobre todas las ciudades de la tierra.

—¿Cómo estarán Cleofas mi hermano, María y sus hijos? se decía José. ¡Oh! bendito Dios que me conduces á la patria donde podré hablar de tí con todos los que ama mi corazon.

Poco despues continuaba en su alborozo justo, en su regocijo que refrescaba el alma, haciendo sonreir á Jesus y á María, con una sonrisa plácida y dulce.

—¿Cómo estará nuestra casita humilde, donde



tantas y tan dulces horas de mi vida he visto transcurrir; donde tan feliz he vivido á tu lado, Miriam; donde se obró en tu seno virginal el misterio de los misterios? Al salir de ella encargué su custodia á los ángeles, y estoy seguro que me la habrán guardado. Las palomas y las avecillas tejerán en ella su nido, y cantarán alabanzas al Señor; plantas aromosas habrán crecido en sus modestas paredes y azotea, elevando al Altísimo un himno con sus perfumes. ¿Y cómo puede dejar de ser así? ¿Faltarán á Dios las alabanzas en el lugar donde tuvo á bien encarnarse para la salud de los hombres?

Así desahogaba la alegría acumulada en su corazon el santo Patriarca, miéntras iban acercándose á Nazareth, donde penetraron al medio día.

Como eran tan queridos en la ciudad; como tenían en ella parientes y amigos; como Cleofas, hermano querido de José, moraba allí; como la hermosura y divina gracia del Niño robaba todos los corazones, la llegada de la Sagrada Familia á Nazareth fué un triunfo cordial, viéndose acompañada á su casita por casi toda la poblacion, que no se cansaba de dar á sus individuos la bienvenida, ni de preguntarles, ni de abrazarles.

La casita, en efecto, estaba bien conservada; no había cosa ni mueble fuera de su lugar; todo en ella lo hallaron conforme lo habían dejado. Como José lo presumía, las palomas y las avecillas del cielo arrullaban y cantaban en ella junto al nido de sus amo-

res, y las floridas plantas desde las hendiduras de las paredes y las rendijas de la azotea embalsamaban la atmósfera, entonando á Dios sus alabanzas con el perfume que emanaban.

Y despues de haber orado para dar gracias al Señor por haberles conducido sin ningun mal, al traves de tantos peligros y despues de tan larga ausencia, al humilde rincon del mundo que amaban tanto, José, volviéndose risueño á la Vírgen santísima, le dijo:

—¿Qué tal? los huéspedes y custodios de nuestra casita la han guardado primorosamente. Gracias, ángeles del Señor, gracias. Esta casita es mi tesoro; en ella nació María; en ella fué concebido Jesus por obra del Espíritu Santo; en ella he aprendido á amar á Dios en la escuela de mi Esposa, y ella será el techo hospitalario que albergue al Criador del mundo hasta que llegue su hora. ¿Comprendéis, pues, las razones por que esta casita es mi tesoro? ¿Comprendéis el por qué la amo tanto?

Jesus y María volvieron á sonreirse. ¡Con cuánta complacencia estaban oyendo á José! ¡Con qué satisfaccion veían su regocijo! ¡Cómo participaban de aquel alborozo, que no tenía por base el amor á lo terreno, sino á lo celestial; que no reconocía por motivo otra cosa que los más dulces y santos recuerdos!

Y miéntras descansaban y recibían á sus parientes y amigos, la casa se les llenó de presentes. Todo Nazareth quería atestiguarles así el placer con que los veía en su seno.

—No nos abandonéis más; les decían. Cuando vosotros no estáis aquí, parece faltarnos el soplo que da alegría al corazon, felicidad al alma. La luz no es tan bella, el cielo no es tan radiante, el campo parece agostado, las avecillas suspiran, las brisas gimen, y nuestros corazones lloran. Miramos á todas partes, y no viéndoos en ninguna, levantamos los ojos al cielo para preguntarle: «¿Cuándo volverán?»

Libro cuarto.

EL NIÑO PERDIDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo acaba la independencia de un pueblo.

Con la muerte de Heródes no concluyeron las turbulencias y las rebeliones en Judea. Aquel pueblo iba á tumbos y precipitadamente al abismo; diríase haberse apoderado de él el frenesí de la destruccion.

Todavía Arquelao no recibiera la investidura de rey, y ya muchos le disputaban el trono, particularmente de entre el número de sus hermanos. Unos pretendían que el testamento de Heródes no era válido, por haber sido hecho, decían, en circunstancias en que el juicio del difunto no estaba en su estado normal, á consecuencia de la viveza del dolor y de la enormidad de los males; otros le acusaban de cruel y tirano; otros de incapaz de reinar bien, por carecer de las aptitudes necesarias; pero estas y otras acusaciones eran hechas á la sordina, bullían en palacio como pudieran hacerlo en un muladar.

Por su parte, Sadoc, aprovechando la especie de indulto dado por Arquelao, volvió á su patria. Y como á pesar del desastre pasado, conforme hemos dicho,

le cobró aficion al peligroso oficio de conspirador, no supo estarse quieto, é inventó un medio para excitar el pueblo y amotinarlo.

—De esta manera ó nos imponemos á su voluntad, y con nuevas y progresivas exigencias le obligamos á sujetársenos y ser nuestro instrumento, como quien dice, un monigote vestido de rey; ó se nos niega, y así le obligamos á descubrir sus instintos, á desmentirse á sí mismo, á presentarse al pueblo tal cual es, y entónces, como todavía no está sentado en el trono, como hay tantos que lo están trabajando para derribarlo, le hundimos. ¿Y quién sabe?...

Dice el refran que á río revuelto ganancia de pescadores.

Los conspiradores de oficio suelen siempre hallar un pretexto que justifique sus malos propósitos; suelen tener el arte de hacerse los mártires, ó de presentarse como la voz de la justicia; y el pueblo, que siempre ha sido el mismo en las sociedades caducas, los oye, los aplaude, los aclama, los llama sus salvadores; se pone á su lado, se convierte en huracan desencadenado, y sólo se humilla para convertirso en escabel de la fortuna del aventurero; pero se entiende, esto á costa y en daño de los que le han escuchado.

Sadoc, pues, halló el pretexto que necesitaba, y lo halló donde ménos se pueden nuestros lectores imaginar. Tambien este es un procedimiento tradicional en los de la cuerda del fariseo.

Ya recordará nuestro amable lector la tempestuosa escena que hubo entre Matías y Sadoc, cuando éste acusó de cobarde al primero, la noche aquella en la cual el jóven fariseo, con audacia propia de los sediciosos jóvenes, pensó no sólo poder emanciparse, sino hasta amenazar á su maestro en el arte, despues de haberle acusado de perder la patria, de precipitarla al abismo por un exceso de prudencia. Tambien se recordará la enemistad que entre los dos se desarrolló, como quiera que el orgullo indomable del uno no podía soportar una humillacion venida del otro; por último, se recordará asimismo que, áun cuando Heródes quería acabar con los presos en el circo, sirvióle para el efecto de magnífico pretexto la rebelion de Sadoc. Cualquiera, pues, de los herodianos podía echarle en cara á éste la muerte desastrada de los presos en el circo de Jerusalen.

Pues bien; á pesar de todo esto, no hubo para el jóven fariseo pretexto más fecundo que la muerte de Matías y sus compañeros, para tender los primeros hilos de la conspiracion, y tratar de imponerse á Arquelao.

No se le ocultaban á Sadoc los argumentos con que los herodianos le combatirían y tratarían de desacreditarle; pero ya no hubiera sido buen conspirador si hubiese carecido de una verbosidad superabundante, parecida al árbol de mucha fronda y poco fruto; y contaba con los efectos de la palabrería, como todos los de su calaña, para fanatizar á las masas, se-

ducirlas y aparecer como el único salvador de la patria, como el único que pretendió salvar á Matías y á sus compañeros; como el jefe de los que arriesgaron su vida para poner en libertad á Israel y á los encerrados en el circo.

Con todo, ya se comprenderá que Sadoc no había de irse por las calles y plazas publicando estos méritos, sino que trabajaba á lo conspirador, esto es, ocultamente y bajo mano; haciendo atmósfera entre el pueblo y atrayendo las masas, valiéndose para el efecto de los que se habían salvado de las lanzas de los soldados de Heródes, cuando fué derribada el águila de oro que coronaba la puerta principal del templo.

El pueblo de Jerusalen había olvidado sus desastres y las intentonas fracasadas: más le valiera olvidarse de su carácter díscolo y revoltoso; porque á la verdad, estaba jugando con fuego, y lo más probable era que se quemase.

Los fautores de rebeliones no escarmientan nunca; es esta una enfermedad como la locura, como la tísis, que difícilmente se cura, y de la que suelen morir de ciento los noventa y cinco. Por la misma razon, léjos de rechazar los jerosolimitanos los propósitos turbulentos de Sadoc, los patrocinaron, y en su consecuencia la tempestad fué creciendo rápidamente. Y al poco tiempo se oyeron quejas públicas en toda la ciudad, porque se dejaban impunes las muertes de Matías y sus compañeros del circo, viviendo

como vivían algunos de los que instigaron á Heródes á cometer estos terribles asesinatos.

Las quejas llegaron á ser generales. Primero se pronunciaban en voz baja; despues ya se hizo en voz alta; más tarde fué á gritos, y por fin con amenazas. En esta circunstancia, por inspiracion de Sadoc, exigióse de Arquelao que castigara á los fautores de un crímen que tan irritada tenía á la ciudad, haciéndoles pagar con la vida, el haber aconsejado y movido á Heródes á cometerlo.

Esto no era bastante, y se añadió exigencia á exigencia; se quiso que Arquelao condenara y abominara públicamente el cruel acto de su padre.

—Abusáis de mi indulgencia y longanimidad; les dijo Arquelao disimulando su cólera. Yo no puedo ni quiero castigar á los que sirvieron fielmente al rey mi padre; yo no puedo ni debo infamarme condenando y abominando un acto de justicia y muy político de Heródes el Grande. Los degollados en el circo eran reos de estado, y ademas vulgares asesinos... Obraréis, pues, razonable y juiciosamente, si desistís de vuestros propósitos, y si acalláis en ménos tiempo del que habéis necesitado para levantarla, la voz de descontento que se oye por toda la ciudad. No queráis obligarme á echar mano de medios enérgicos, que para nadie más que para vosotros serían fatales, áun cuando fuesen dolorosos para mí.

La amenaza se presentaba. Sadoc regocijado, dijo que la máscara se le caía al hipócrita; y que Israel

vería, á no tardar, tal cual era el sucesor de Heródes, en cuya lenidad muchos simples esperaban.

En vez de desistír, pues, se empeñó el pueblo por alcanzar con amenazas lo que con súplicas no lograra conseguir; y cundió el descontento, sucediéronse algunas asonadas, formáronse grupos, y como si el templo fuese una fortaleza, allí acudían los descontentos para pasar revista y contarse todos los días, si es lícito hablar así.

Sadoc no cabía de gozo en el pellejo, como suele decirse. Era muy vanidoso, como buen fariseo, y considerándose una potencia en frente de otra potencia, hablaba y obraba con el despotismo intolerable del orgullo satisfecho; del orgulloso pagado de sí mismo, á quien el mismo Dios, en su necio concepto, ha de hablar por memoriales.

Esto dará á entender que Sadoc era un conspirador vulgar y de poco talento; bien que con una enorme dósis de audacia, la cual suplía la falta, ó por lo ménos la cubría, de otras cualidades más importantes y necesarias á su abominable oficio.

Los conjurados ó descontentos empezaron por pasar largas horas en el templo, y acabaron por convertirle en cuartel general, si no en fortaleza. En su consecuencia, no salían de él ni de noche ni de día; siendo en número de tres mil y pico, sitiados allí por las fuerzas de Arquelao, deseoso de aniquilarlos y extinguir de esta manera el foco de rebelion, que de crecer mucho, podía poner en grave compro-

miso sus más ó ménos legítimas esperanzas en la posesion de la corona de Israel.

Los sediciosos viéndose respetados en el lugar sagrado; considerándose seguros en sù recinto, pues opinaban con razon que Arquelao no querría profanarlo mandando á sus tropas entrar en él, con lo cual levantara contra sí á toda la nacion; los sediciosos, decimos, se contentaban con vivir de limosna y esperaban la próxima festividad de la Pascua, en la que debían, como es sabido, reunirse numerosos israelitas en Jerusalen, por tenerlo así ordenado del Señor.

—Entónces aumentará en gran manera nuestro contingente; decía Sadoc á los suyos; y podremos caer con ventaja sobre las trópas que nos sitian, destrozándolas. Aquel será el momentó de la justicia; aquella será la hora de la venganza. No desmayemos, pues; mostrémonos dignos soldados de Judá; esforzados, sufridos y valientes como los gloriosos Macabeos.

Y llegó la Pascua, con cuyo motivo se aglomeraron en Jerusalen muchos miles de judíos, no sólo de todos los ámbitos del territorio de Israel, sino tambien venidos de los extremos de la tierra hasta entónces conocida.

El plan de Sadoc iba desarrollándose, y á los descontentos del templo se unían otros. La ciudad empezaba á presentar el aspecto peculiar de las rebeliones; los judíos andaban por las calles en numerosos

grupos, se amotinaban, exigían que fuese vengada la muerte de Matías y de cuantos sucumbieron con él; pedían una reparacion pública y solemne, y amenazaban con las iras del pueblo á quien, pudiendo dársela, no lo hiciera.

Arquelao juzgó haber llegado el momento de obrar; mas ántes quiso acudir al último extremo. En su consecuencia, envió al templo uno de sus capitanes para decir á los sediciosos que regresaran pacíficamente á sus casas, y renunciasen á sus ridículas pretensiones, si no querían obligarle á recurrir á medios extremos.

El oficial encargado de esta comision fué á desempeñarla acompañado de numerosos compañeros; pero léjos de ser oído por los partidarios de Sadoc, sin tener éstos en cuenta que estaban en el lugar santo, arrojáronse sobre ellos, y en la refriega murieron casi todos los emisarios de Arquelao, logrando apénas escapar el oficial, y aún cubierto de heridas y á punto de morir.

En vista de esta agresion, Arquelao no podía permanecer mano sobre mano. Queriendo, pues, acabar con la insurreccion en su nacimiento, envió el ejército al templo; y como los encerrados en él fuesen obligados á salir del sagrado recinto, sostuvieron una batalla desesperada con las tropas, muriendo casi todos. Se entiende que Sadoc logró escapar con vida; porque difícilmente mueren en una asonada los que la han promovido. Ellos sabrán cómo se las componen

para dejar á los infelices que han seducido, en las astas del toro, miéntras mirando por la idea que sustentan, (es decir, por su vida criminal), saben ponerse á salvo, para volver á las andadas, y producir nuevas víctimas á la primera ocasion que se les brinda. Siempre el pueblo de las sociedades decadentes ha de ser necio, y crédulo, y fácil: sin estas condiciones de su parte, ¿qué sería de los conspiradores?

Así terminó aquella Pascua, y con estas impresiones regresaron los israelitas á sus casas. El pueblo, sin tener en cuenta que Arquelao se viera obligado á tomar aquella medida enérgica; el pueblo, olvidado de que la agresion saliera de los alborotadores, y que el sucesor de Heródes había dado muestras de una paciencia inverosímil, atendidas las condiciones de la sangre que circulaba por sus venas; el pueblo, decimos, sintió renacer poderoso por el hijo el odio inextinguible que tenía al padre y á su execrable memoria. Pero ¿qué culpado no piensa ser víctima de una injusticia apénas se le aplica el castigo de su culpa?

No intentamos nosotros justificar á Arquelao; la medida que adoptara era demasiado severa; revelaba en él al hijo de Heródes, heredero de su crueldad y de sus instintos sanguinarios. Un buen rey no habría permitido que las cosas llegaran tan allá; hubiera sabido desvanecer la tempestad apénas iniciada, y para el caso de tener que reprimir la sedicion en las condiciones de la del templo, hubiese encon-

trado recursos en su amor al pueblo y castigado á los más culpables, sin derramar apénas sangre; porque á los buenos reyes les asiste poderosa la inspiracion del cielo, y les acompaña la bendicion de Dios.

Los enemigos domésticos de Arquelao; los que buscaban pretextos para disputarle la posesion del trono, tuvieron con éste un nuevo motivo que alegar; y cuando la familia de Heródes vino á Roma para que el emperador confirmase el testamento del Idumeo, ó para que anulara el último, restableciendo el anterior, las intrigas se sucedieron una á otra; los hermanos se acusaron entre sí delante de Augusto; cada cual disputaba con una tenacidad digna de su ambicion el puesto que anhelaba alcanzar.

Fué acusado, pues, de cruel y sanguinario nuestro Arquelao; se dijo que el pueblo le odiaba por sus instintos brutales; se le presentó al emperador como quien desacata la autoridad imperial y las disposiciones de su padre; sacóse á colacion el haber perdonado impuestos al pueblo, dádole franquicias y obrado como rey, sin haber recibido la sancion imperial; y en fin, no se desperdició medio, ni acusacion para dejarle sin corona, y hasta tal vez sin libertad.

Arquelao se defendió por boca de Nicolas de Damasco, procurando destrozar los argumentos y acusaciones presentadas contra él; y Augusto mirando con repugnancia las innobles ambiciones y los repugnantes medios á que apelaba aquella familia de ví-

boras para verlas satisfechas, no quiso por de pronto dictar el fallo, y la tuvo en esta indecision detenida en Roma por bastantes meses.

Por su parte los judíos noticiosos de lo que pasaba en Roma, y deseosos tanto de vengarse de Arquelao como de sacudir el ominoso yugo de la familia y descendencia de Heródes, enviaron al emperador una comision, para que en nombre del pueblo hebreo acusara á Arquelao de tirano, le rogara que no se lo diese por rey y les librase de la raza del Idumeo, y tuviera á bien, para el efecto, poner la nacion bajo el mando de los gobernadores romanos de Siria.

Aquel pueblo insensato y de dura cerviz; aquel pueblo versátil y altanero, tan indigno de los patriarcas que lo engendraron; sin tener en cuenta más que sus propósitos de venganza, no vacilaba en renunciar á su querida independencia; no titubeaba en suplicar al emperador de una nacion pagana que pusiera el último eslabon á la cadena vil de su servidumbre. Dios le había hecho su nacion escogida, y él suplicaba al emperador romano que fuese servido de agregarle al número de las provincias del imperio.

Pero Augusto era un gran político; y aunque deseaba declarar la Judea provincia romana, sin embargo, no juzgó haber llegado la hora oportuna. Estas cosas las hacen los grandes políticos por grados, insensiblemente; y por lo mismo resolvió continuar su plan de anexion, sin modificarlo por la súplica de los hebreos, bien que apretando los tornillos de la má-

quina; bien que haciendo sentir al pueblo judío el verdadero dominio de Roma; bien que dándole á conocer ser inútil la súplica, pues la Judea estaba ya sujeta á la voluntad de la loba del Lacio, la cual disponía á gusto y capricho de sus destinos.

Miéntras tanto la Judea y Galilea se convertían en campos de Agramante; y Jerusalen no era ya una ciudad, sino un campamento y un campo de batalla, sin que fuese respetada la misma santidad del templo. Romanos contra soldados de Heródes, éstos contra el pueblo hebreo, el pueblo y los soldados contra las legiones imperiales; ambiciosos contra ambiciosos, y hasta los ladrones en Galilea se alzaban en armas, y todos combatían, todos asolaban la nacion, convertida en volcan y en campo de muerte. A la verdad Israel estaba en los estertores de la agonía.

¿La demora de Augusto en dar su decision suprema sobre el testamento de Heródes, reconocía por causa el estado de la nacion hebrea? ¿Era un paso sagazmente dado para dejar que los ejércitos romanos intervinieran en los asuntos de la Judea, y el pueblo viniera insensiblemente á acostumbrarse á verlos y á sentir su yugo despótico é inapelable? Todo es posible, y nos inclinamos á creerlo así: de otra manera no nos explicamos la demora del juicio del emperador, cuando las circunstancias lo requerían con tanta urgencia.

Por último despues de algunos meses, durante los cuales el país de Israel había sentido la presion de

los ejércitos imperiales, y acostumbrádose á pasarse sin rey ni príncipe, bajo un gobierno bastante anómalo é irregular, Augusto se decidió á arreglar las cosas de la familia de Heródes, modificando el testamento de éste en lo que le pareció conveniente á sus miras. A este fin, no concedió á Arquelao todo el reino, sino la mitad de él, y teniendo en cuenta las acusaciones presentadas, dióle sólo el título de etnarca, prometiendo hacerle rey si por su conducta se hacía acreedor á ello. El resto lo repartió entre Antípas y Felipe, hijos tambien de Heródes, y les despidió por fin á todos, encargando á Arquelao la mansedumbre y la lenidad, para que de esta manera se depusieran las prevenciones y la irritacion del pueblo contra él.

Una vez llegada á Judea la familia de Heródes, cada hermano tomó posesion del alto empleo que les había conferido el emperador. Antípas y Felipe no hubieron de luchar mucho; pero Arquelao sí; de manera que las sediciones y la rebelion le obligaron á olvidar el consejo de Augusto, y fueron causa de que su genio y sus instintos sanguinarios y crueles salieran del fondo á la superficie, y se ensañaran en un pueblo dispuesto, al parecer, á desesperarle y á perderle.

Las quejas de Israel con tal motivo llovían en Roma, á la cual unas veces se le rogaba permitiera á la nacion hebrea regirse segun sus leyes, y otras veces se le suplicaba que la gobernasen los presidentes de

la Siria; y siempre, que el emperador tuviera á bien librarla del tirano Arquelao. ¿Qué más podía querer el César? Las cosas iban para Roma en Judea viento en popa.

Al fin llegó el momento, tan suspirado por los hebreos, y deseado por Augusto: la fruta de la política romana estaba en sazon, y por lo mismo el emperador mandó á Arquelao comparecer ante su presencia, para darle cuenta de la manera como había administrado su etnarquía. El hijo de Herodes trató de justificarse de los cargos que se le hacían, explicando las circunstancias que le obligaron á obrar enérgicamente; pero de poco le valieron estas defensas, pues no sólo le fué quitada la etnarquía, sino que ademas, en castigo de su mala administracion, le desterró el César á Vienne, en las Galias, donde acabó miserablemente la vida.

Vacante ya el trono de Judea, hubo llegado la hora de incorporar aquella parte de la nacion israelita al cuerpo monstruo del imperio romano, cuyos brazos estrechaban casi toda la tierra conocida; y cuando los judíos, olvidándose de sus súplicas al emperador, no pensaban sino en el gozo de verse libres del etnarca que aborrecían tanto, y tal vez imaginaban la manera de sustituir al caído con un gobierno nacional, les sorprendió la inopinada llegada de Copionio, primer gobernador de la Judea por Roma, el cual no tenía accion independiente, sino que dependía del prefecto de Siria. Con el gobernador llegaron

á Jerusalen empleados y tropas romanas, con sus insignias idólatras, con sus usos y costumbres impíos, con sus leyes tan opuestas á las leyes de Judá. El emperador no había tenido siquiera la atencion de notificárselo al pueblo de Jerusalen. Este era tratado con el desprecio que se merecía.

La Judea acababa de perder el resto de independencia que le quedaba; los judíos no podían quejarse de Roma, pues ellos mismos la pidieran repetidamente fuese servida de ponerles la argolla al cuello.

Y allí estaba Roma altanera, despótica, orgullosa; con sus insignias, con sus empleados, con su administracion, y sobre todo con su ejército; curtido en las batallas; fiero como los tigres de Hircania; tratando al país como conquistado.

El terror dominó con este motivo en Jerusalen y se extendió á toda la tierra de Israel.

A los alaridos, á los gritos, á las amenazas, á las insurrecciones, había sucedido el silencio, el terror, el miedo.

Roma era fiera, Roma era implacable con los vencidos; el despotismo de Roma era el despotismo de las pasiones desencadenadas; pero durante algun tiempo los judíos se la figuraron más fiera, más implacable, más despótica que no era realmente. ¡Lo que puede el miedo!

Y así fué como terminó la dinastía de Heródes en la etnarquía de Judá; así fué como por medios providenciales iban cayendo en la abominacion y aba-

timiento las ruinas del árbol que se jactara de haber muerto al Mesías, y que se burlara de todo lo santo y excelso; así fué como llegada la hora en que el Hijo de Dios, para gloria de su Padre eterno, debía aparecer como portento de sabiduría, el Señor le abrió las puertas de Jerusalen, desterrando para siempre de allí el dominio de los hijos del Idumeo.

Así es como el Altísimo conduce siempre las cosas al fin que se ha propuesto; así es como allana las mayores dificultades, para que sus planes divinos, con excelsa majestad, sigan adelante, sin tropezar con obstáculo de ninguna clase.

¡Oh! cuán dichosos son los que pensando de Dios así, se ponen confiados en sus manos, como el tierno hijo se pone en las de su amante padre!

CAPÍTULO II.

El Niño á los doce años.

Lo relatado en el capítulo anterior no fué obra de meses, sino de algunos años; y el cambio de gobierno en Judea, cambió tambien el modo de ser de muchas cosas. Roma desarrollaba el plan de unificacion, y segun su política sagaz, no convenía hacerlo de golpe, sino poco á poco, sino por grados.

Cuando el último rey y pontífice de la raza de los Asmoneos hubo perecido á manos de Heródes, el su-

premo pontificado dejó de ser vitalicio, y pasó á ser un objeto de comercio, como una cosa y vil y baja. En su consecuencia se vendía, y por él cobraba Heródes muy buenos talentos.

Entónces, sin embargo, el pontífice sumo lo era por algunos años; mas apénas Copionio se hubo hecho cargo del gobierno de Judea por Roma, la cosa varió de aspecto: el gobernador, que ignoraba hasta cuántos años se prolongaría su gobierno, trató de enriquecerse lo más pronto posible; entregó los cargos más estimados de la nacion á los que mayor precio ofrecían por ellos, y el sumo pontífice, que ya no era vitalicio, pasó á ser anual; de manera que el sacerdote que quería desempeñarlo, tenía que comprarlo al gobernador romano todos los años.

La profanacion, pues, y la profanacion más abominable, acababa de plantar sus tiendas en el mismo santuario; y el primer profanador del sacerdocio; el que mayor cantidad ofreció á Copionio por el sumo pontificado, fué en aquel año primero de la perdida independencia, un hombre altanero, orgulloso, vengativo; un hombre en cuyo corazon bullían todas las pasiones con más fuerza que la lava en las entrañas de un volcan en combustion.

Aquel hombre, afiliado á la odiosa secta de los fariseos; aquel hombre que no adoraba más Dios que sus pasiones, y el cual parecía formado por la ira, la intriga y la hipocresía en horrible contubernio y abominable maridaje, se llamaba Anas.

Apénas si se encuentra en la historia de los pueblos un hombre más odioso. Á su lado el tipo de Heródes se hace bueno y simpático; porque al fin á Heródes no le faltaba alguna condicion aceptable, y en Anas no concurre ninguna que deje de ser repugnante y odiosa hasta el extremo.

Así aparecía en el cielo de Jesucristo la lúgubre estrella de la Pasion, lanzando destellos abominables, poco despues de haberse hundido en el ocaso de la muerte la estrella de la persecucion de su infancia, con sus fulgores de sangre y crueldad.

Al Heródes que desaparecía daba la mano el Anas que se presentaba, formando la solucion de continuidad de enemigos del Cristo, solucion que no debía acabar sino con la muerte total de la nacion hebrea.

Era Anas alto, robusto, resuelto. Su mirada destellaba el fuego de las pasiones que hervían en su pecho; pero las dominaba todas la del orgullo y audacia farisaicas. No sonreía sino cuando era lisonjeado, y entónces la sonrisa de sus labios era como un incienso quemado en las aras de su propia satisfaccion. Su andar era grave, pero de gravedad afectada, cual si con él quisiera llamar la atencion de todos; sin advertirlo siquiera, el acento de su voz era como el del déspota que amenaza á quien le contradice.

En Israel le amaban pocos y le temían muchos; por cuyo motivo tenía cortesanos y halagadores en gran número, pues unos lo necesitaban y otros pensaban que con el tiempo podían necesitarlo, ya que

su carácter intrigante y sus muchas riquezas, al par que le aseguraban cierta privanza con el gobernador romano, le prometían por espacio de muchos años el supremo pontificado.

Tal era Anas, retratado á grandes ragos, y por una paleta que tiene colores muy pálidos. Los hechos y el tiempo se encargarán por nosotros de completar el retrato del primer sacerdote de Jehová, que no tuvo escrúpulo alguno en comprar á un pagano el supremo pontificado; aquel puesto eminente, que con tanta solemnidad confiriera Dios en el desierto á Aaron y su descendencia. Por ahí se verá los respetos que al malvado intruso merecían las disposiciones del Altísimo y las leyes del santuario.

Miéntras tanto el Niño, divina Perla escondida en la humildísima concha de la casita de su Madre en Nazareth, crecía, y se desarrollaba, y cautivaba los corazones, atrayéndolos á sí con poderosa y dulcísima fuerza; y ocultaba cuidadosa y sabiamente su excelsa procedencia, por no haber llegado la hora de hacerla pública; por dar á los hombres orgullosos una prueba más de humildad.

Todos le tenían por el Hijo del carpintero José, y Él á su vez hacía todo lo posible porque no se desvaneciera esta opinion de los habitantes de Nazareth, entre los cuales, como hemos dicho, contaba algunos parientes, singularmente de la rama del santo Patriarca.

Dando curso libre á la corriente de su humildad



La Sagrada Familia en Nazareth.

profundísima, y satisfaciendo con el mismo objeto las necesidades de la infancia, veíasele á veces juguetear con sus primos los hijos de Cleofas, hermano de José, y con otros niños de su edad; pero los juegos á que se entregaba con ellos no eran ruidosos, no daban nunca explosiones de apasionamiento, nunca redundaban en perjuicio, ni para nadie eran molestia. Sus dichosos compañeros le amaban con un amor imposible de resistir; iban á él como las aguas de los ríos al mar, y le buscaban con un interes sumo. De día hablaban de Él oportuna é importunamente, si se nos permite hablar así, y de noche soñaban en él más que otro de su edad sueña en sus padres y en sus juegos.

Asistía Jesus á la Sinagoga, oyendo con atencion las lecciones dadas por los rabinos sobre las Sagradas letras; cubriendo cuidadosamente su infinita ciencia con el velo de su tierna humanidad, y no distinguiéndose de sus compañeros sino de la manera como se distingue un niño precoz y de felices disposiciones.

Así es que se complacía en ayudar á su Madre en el arreglo de la casa, en barrer, en ir por agua, y en concurrir al taller de José, donde con impericia infantil trabajaba en un pedazo de madera, por hacer de él alguno de los instrumentos que á su Padre afectivo veía labrar.

Y era tan modesto, tan humilde, no ya con sus padres y mayores en edad, sino tambien con sus igua-

les; tan obediente, tan dulce, tan bondadoso, que todas las madres lo proponían á sus hijos por modelo, y hasta les servía para amenazar á los díscolos con no dejarles juntarse con Jesus si no se corregían. Y era el caso que esta amenaza solía ser de una eficacia superior á los más violentos castigos.

¡Cuántas veces eran bendecidos de las gentes María y José, por haber merecido del cielo un Hijo de una gracia tal, y de una bondad y disposiciones tan grandes!

—¡Es un espíritu del Señor, que ha tomado carne, para decirle á Israel que Dios no le tiene olvidado! se decían unos.

—No hay en el cielo ángel más encantador, ni bondad, ni belleza como la suya, quitada la de Dios; decían otros.

—¡Cuán felices son los padres que lo han merecido, y cuán dichosa la ciudad que lo cuenta por suyo!

—Tal el árbol tal el fruto. ¿Habéis visto nunca padres que puedan compararse con los suyos?

Así hablaba el pueblo, y este era el estado de las cosas cuando concluyó para Judá, pero no para Galilea, la dominacion de la rama de Heródes.

Los autores apócrifos de los primeros tiempos, nos han transmitido numerosas relaciones de milagros obrados por Jesus en los días de su infancia; y los santos Padres de aquella época han admitido algunas de estas leyendas. Nos reservamos nuestra opinion sobre el particular, y como no tenemos espacio

para incluirlas aquí, las pasaremos por alto, sin inclinarnos á una ni á otra opinion; pues hay muchos que niegan rotundamente estos milagros.

Ya de niño Jesus se complacía en retirarse durante la noche á la soledad para orar, para elevar su alma y Corazon al Padre Eterno, y tratar con Él de la salud de los hombres, y de todo lo concerniente á la gloria de Dios.

Cierta noche, cuando contaba ya la edad de doce años, subió para el efecto á la azotea de su casita.

La noche era apacible; un religioso silencio reinaba por do quier; Nazareth descansaba de las fatigas del día, y la naturaleza parecía respetar la oracion del Dios su Criador.

Brillaban las estrellas con vívidos fulgores en el firmamento sereno, y no parecían sino encendidas para dar más solemnidad á la oracion del Cristo: la luna melancólica derramaba torrentes de plácida luz, y la brisa tibia, llevando en sus alas los aromas de las flores de la campiña, rizaba los hermosos cabellos del Niño Dios.

Apareció Jesus en la azotea, y al verle la naturaleza se estremeció de felicidad y de respeto.

El Cristo plegó reverente las manos, hincó las rodillas, puso los ojos y el Corazon divinos en el cielo y suspirando de amor dijo al Padre Eterno:

—Padre mío, héme aquí; mira en el rostro de tu Cristo, postrado á tu presencia humildemente, y atiende benigno á los suspiros de mi Corazon. Ya lo

ves; el mundo criado para tu gloria huye de tí; está léjos de tí; ha llegado al punto de no conocerte, de no adorarte, de no amarte, cuando tú eres el que lo has criado, cuando tú eres el que le das la vida continuamente, cuando tú lo amas hasta el extremo de darle tu Hijo único, para que por Él, correspondiendo á los fines sapientísimos de la creacion, sea salvo. Por esto elevando mi espíritu á tí, mi espíritu que suspira por darte gloria, te digo: «Aquí me tienes pronto á hacer tu santísima voluntad, como de mí está escrito, oh Dios, en el principio del libro de la vida.

«No hay salvacion para los hombres si no satisfago por ellos la infinita deuda del pecado: miéntras esta satisfaccion no te sea dada ellos no te conocerán, ellos no te amarán, ellos no te glorificarán, ellos no te adorarán en espíritu y en verdad, como tú quieres y debes ser conocido, amado, glorificado y adorado. Pues bien; yo no rehuso darte esta satisfaccion; me obliga á ello ser tal tu santísima voluntad; me obliga á ello el celo que me consume por tu honra y gloria; me obliga á ello el amor que tengo á los hombres, amor igual al que les tienes tú. Por eso no quiero perdonar mi cuerpo inocente, y mi alma purisima, y mi Corazon enamorado; por eso suspiro desde toda la eternidad por el momento querido, en el cual tendré el placer inefable y divino, de morir en la ignominia que el pecado se merece y entre los tormentos atroces que para satisfacer por él exigen tu justicia y mi amor... ¡Oh! no perdones, Padre mío, á tu Hijo

único; no perdones su cuerpo, no perdones su Corazon, no perdones su espíritu, no perdones su alma, para que te veas completamente desagraviado y glorificado en mí, y veas á los hombres redimidos por mi pasion, y dignos de tí por mis méritos.

«Cuán distante está todavía para mi pecho el querido y suspirado momento de padecer y morir! Tú lo ves, Padre mío, cuánto suspira por este momento mi Corazon; tú lo ves, Padre mío, con qué amor he plantado en él la cruz; con qué amor lo he ceñido de una corona de espinas; con qué amor he abierto una herida en él; con cuán poderosa fuerza arde la caridad en él; cómo ansía, cómo anhela, cómo sueña en aquel instante de desolacion para mi humanidad, pero de alegría, de dicha para el Redentor!...

«No hay monte que me parezca tan hermoso como el Gólgota; no hay joya que me parezca tan rica como mi cruz; no hay contento superior al de ser martirizado tan cruelmente como lo seré; no hay día más bello que el día de mi supremo martirio, ni hora más querida que aquella en la cual, para castigar dignamente el pecado en mi inocencia divina, me dejarás abandonado en las agonías del espíritu y del cuerpo; porque tampoco hay, porque tampoco puede haber nada que me agrade tanto como hacer tu santísima voluntad, como darte la honra y gloria que te son debidas por la creacion, como poner en tus brazos á los hombres, criaturas tuyas que hiciste para gozar eternamente de tí.

«¿Qué importa padecer y morir en la mayor ignominia, y entre los tormentos más crueles que conocen los hombres? ¿Para qué he tomado carne sino para este fin? Si así no fuera no estaría satisfecho mi Corazon. Por eso te digo, Padre mío, suspirando por la hora de mi ignominia, de mi martirio y de mi abandono; «Aquí me tienes, oh Dios: dispuesto y pronto á hacer tu voluntad, como está escrito de mí al principio del libro de la vida. Hiere á tu Hijo único; no aligeres el peso de tu justicia en mí, hasta que hayas tomado en mi inocencia satisfaccion entera; hasta que con mi última gota de sangre quede borrado para siempre el pecado.»

Y diciendo esto inclinó reverente y humilde la cabeza, como para acompañar con esta actitud sus fervorosas palabras, y dar á sus expresiones mayor fuerza si cabe.

Y en esta disposicion balbuceó amorosísimamente:

—Preparado estoy para ser inmolado como el corderillo conducido al matadero.

É hizo otra pausa, en la cual su alma santísima se derramó como aceite oloroso á la presencia de Eterno; en que su corazon confirmó una vez más el gusto con que se abrazaba con la cruz.

Luégo, dirigiéndose á los hombres, de quienes tan hondamente enamorado estaba, continuó:

—Si supieses tú, humanidad pecadora, si supieses tú el amor que te tiene mi Corazon, quedarías anonadada; si supieses lo que graciosamente voy á hacer

por tí, comprenderías la infinita grandeza de mi amor; si supieses lo que de tu parte se merece mi Corazon, y con cuán poco puedes dejarme satisfecho, correrías desalada á mis brazos, y te sentirías desfallecer hasta que estuvieses en ellos. Mi cruz sería tu gloria, mi corona de espinas sería tu ambicion, y no te verías harta de la sangre redentora que brotará de la llaga abierta por tu amor en mi pecho.

«¡Oh! persígueme, pero ámame despues; martirízame, pero ámame despues; azótame, pero ámame despues; pon en mis sienes una corona de espinas, y en mi mano un cetro de caña, pero ámame despues; condúceme como un ladron abominable al suplicio, pero ámame despues; enclávame en una cruz, y dáme á beber hiel y vinagre, pero ámame despues; hazme morir entre dos ladrones, abominado y mofado de tí, y abandonado de mi Padre, pero ámame despues; abre, en fin, mi costado, parte mi Corazon para que salga la última gota de mi sangre, pero ámame luégo; entra en ese Corazon que tu amor habrá abierto, mora en Él, da gloria á Dios, y yo bendeciré eternamente la hora en que me encarné para redimirte, y los martirios, persecuciones, abominaciones, befas, deshonras y muerte que me habrás dado. Yo he venido á tí para atraerte á Dios, para abrirte las puertas del cielo, para rehabilitar tu nobleza y no volveré al Padre sin haberlo conseguido.

«¡Oh raza pecadora, tan querida! yo seré dulce

para tí y tú me serás amarga; pero esto no importa, lo que importa es que te salves, y yo te salvaré. Por eso estoy abrazado con la cruz y siempre mi amor la pone ante mis ojos; siempre mis brazos la oprimen dulcemente sobre mi corazon.»

Y plegó Jesus los brazos, cual si oprimiera algun objeto contra el pecho; y bajó la tierna y hermosa cabeza, como para descansarla sobre aquel objeto.

Este era una cruz luminosa; una cruz que proyectaban sobre el pecho divino sus encendidos deseos, y las llamas de amor en que se abrasaba. Bien lo vió y conoció así su inmaculada Madre, que miéntras se prolongaba la oracion del Niño subió por Él á la azotea, y le fué dado oir aquélla, y ver la cruz luminosa con la cual estaba tan tiernamente abrazado.

Los conceptos del Hijo adorado deshacían en abundantes lágrimas de consuelo, y de pena, y de generosos ofrecimientos el corazon maternal. Y aquella cruz que era su tormento, era tambien su consuelo y lo que más ardientemente amaba despues del Niño, á pesar de que iba á ser la causa de la muerte del Cristo, y de su espantoso martirio.

Enternecida la Vírgen Madre, y viendo que Jesus había concluído su oracion, acercóse á Él, apretólo tiernamente contra su pecho, y entre sollozos y gemidos le dijo:

—Yo quiero tambien participar de la gloriosa ignominia de tu cruz; deja que á ella acerque mi corazon, criado para amarte y querer todo lo que amas.

Enclava en ella á tu Madre, Hijo mío, enclava en ella á tu Madre y será feliz de poder morir contigo y por la misma nobilísima causa.

—Enclavaré en la cruz vuestro corazon inmaculado, Madre mía.

—¿Y por qué no mi cuerpo tambien, luz de mis ojos? dijo ella con tono suplicante.

—Porque mi Iglesia tendrá necesidad del consuelo de una madre; y qué Madre puedo yo dejarla sino la mía? exclamó Jesus acariciándola y oprimiéndola dulcemente entre sus brazos.

La Madre de Dios, anegada en el torrente delicioso de amor que salía á la sazon del pecho enamorado de su Hijo, quedó poseída de un deliquio divino, y durante algunos momentos no supo hacer sino gemir, y suspirar, y verter abundantes lágrimas de felicidad sobre el Corazòn de Jesus.

Despues invitó á su Niño adorado á dejar la azotea y recogerse, pues era tarde, y Jesus obedeció gustoso á la primera insinuacion, como cumple hacerlo á los hijos obedientes, para quienes una indicacion de sus padres es un mandato irrecusable.

Y así obraba Aquel que unos momentos ántes hablaba con Dios el Padre, su igual; así obraba el Redentor del mundo, que nacido para morir en un patíbulo, iba á atraer la multitud de las gentes á sí; de esta manera obraba quien acababa de anunciar á María tenerla reservada para Madre de su Iglesia.

Milagro de los milagros, apénas comprensible

para la limitada inteligencia humana; milagro de amor divino, que dejará asombrada á la misma eternidad!

CAPÍTULO III.

Historia de la Pascua de los Acimos.

El Niño Jesus había llegado á la edad de los doce años, en que segun los israelitas, tenía término la infancia y comienzo la adolescencia; edad crítica en la que se dejaba de ser niño para emprender el período en el cual despuntan los albores de la virilidad.

A los doce años el niño israelita dejaba de ser excusado en el cumplimiento de la ley, y desde ellos quedaba obligado al ayuno, á la observancia de las fiestas, á las leyes todas del pueblo, y de consiguiente á subir tres veces al año á Jerusalen, en las solemnidades de los Acimos, de Pentecostes y de los Tabernáculos, como tambien á pagar al templo el impuesto designado á cada israelita para atender á los gastos del culto del Señor.

El padre, con libertad para vender á su hijo, carecía de ella cuando éste llegaba á los doce años, y tenía ademas el deber de hacerle aprender un oficio, por desahogada que fuera su posicion, porque las riquezas huyen y la profesion queda; porque hom-

bre sin oficio necesariamente ha de pasar la vida no siendo útil á sus semejantes y en la ociosidad; en la ociosidad, que es madre de todos los vicios; en la ociosidad condenada por Dios desde un principio.

Por esto no debe extrañarnos el ver á los sabios, á los magnates, á los poderosos de Judá dedicados á la práctica de sus oficios respectivos; por esto no debe extrañarnos que Jesucristo aprendiera el de José, y lo ejerciera en el mismo taller de su padre afectivo. Era esta una de las mejores leyes políticas y sociales de los judíos; ley que cumplían escrupulosamente; ley atendida de todos, áun en aquellos tiempos en los cuales tan desatendidas eran otras muchas de no menor importancia.

En su consecuencia, desde la edad de los doce años el Cristo entró de aprendiz en el taller del carpintero José, y como si fuese el más insipiente de los niños, aprendía los rudimentos de la profesion de su padre, con una aplicacion, con una humildad, con una dulzura admirables. Las gentes que le veían quedaban prendadas de Él, y muchos ojos se ponían en Él que al volverse dejaban en su compañía el corazon.

Y así fué adelantando el año 760 de Roma, que era el duodécimo de la vida de Jesus.

El mes de abril había comenzado, sembrando la naturaleza de flores, y la atmósfera de perfumes, y el campo y el cielo de poesía.

La fiesta solemne de la Pascua de los Acimos caia

aquel año en el día veinticuatro de abril, y como se prolongaba hasta el día octavo, terminaba el primero de mayo.

Los hombres venían obligados á asistir á las ceremonias del templo, y á comer el cordero pascual en Jerusalen, si no estaban imposibilitados de hacerlo, ó si no tenían un legítimo impedimento; y esta ley, como hemos dicho, comprendía á los niños de doce años: por consiguiente, alcanzaba ya á Jesus. Las mujeres no estaban obligadas por la ley, pero la piedad inducía á muchas á despreciar las incomodidades de largos viajes, y á venir al templo en aquellas augustas solemnidades.

Aquella era la época en la cual los israelitas pagaban la contribucion ánua de medio siclo al templo, para que pudieran con ella atenderse, con la majestad y debida grandeza, los gastos del santuario. En los años por los cuales corre nuestra historia se cumplimentaba esta medida con tanto rigor, que no se excusaba de pagar dicha cantidad ni á los más pobres; de manera que para el efecto se les obligaba á vender hasta la túnica. Como se comprende, esta disposicion no podía emanar de Dios, quien sólo exigía á las mujeres más pobres el sacrificio de un *ephi*, ó puñado de trigo, para el sacrificio de la purificacion.

Pero allí entraba la codicia insaciable de los corrompidos sacerdotes, y no les importaba á ellos que los pobres vendiesen su túnica, con tal que pagaran

el medio siclo, moneda cuyo valor era algo más de diez reales.

Este tributo del santuario empezaba á pagarse veinte días ántes de la Pascua, cuyo mes era el primero de los meses del año en Israel, por habérselo ordenado así el Señor á su salida de Egipto.

Este mismo tributo, de sí tan santo y venerable, había dado orígen á muchos abusos, y singularmente al que diez y ocho años despues, Jesucristo calificó de abominacion de la desolacion. Como concurrían tantos judíos, diseminados por todas las partes del mundo entónces conocido; como para el pago del *didracma, ó semisiclo,* debía utilizarse tan sólo la moneda del santuario; y como había pobres que para adquirir dicha moneda tenían que vender alguna prenda, se habían introducido tiendas de agiotistas y usureros en el atrio de los gentiles, donde hacían su negocio llevando un interes ruinoso, ni más ni ménos que ahora lo vienen practicando sus descendientes. Para ellos, como para los hebreos actuales, no había más Dios que el agio; y como los romanos, ántes pensaban en hacerse ricos, y despues en parecer virtuosos y gentes de bien.

Pero dejando á un lado estas consideraciones, que no hacen al caso, diremos tan sólo que en el año duodécimo de la vida de Jesus empezó á cobrarse este impuesto el día cuatro de abril.

En la tarde de dicho día, cuando José y el Niño habían cerrado el taller, y ya el crepúsculo vesper-

tino sucediera al sol radiante, y las sombras de la noche se adelantaban por Oriente, los miembros de la Sagrada Familia subieron á la azotea de la casa para respirar las auras balsámicas y tibias, y gozar del panorama que desde ella se descubría, miéntras hablaban de Dios y de sus grandezas.

José dijo á su Esposa inmaculada, quitando los ojos del poético y lejano horizonte para mirar á Jesus y á María, las dulces prendas de su corazon justo y amante:

—Miriam, ¿sabes qué día es el de hoy?

—Sí; en él ha quedado abierta la recaudacion del impuesto para el santuario.

—Dentro veinte días se celebra la festividad de la Pascua de los Acimos, y nuestro adorado Jesus cuenta la edad en la cual la ley le obliga á celebrarla, si es que no quiere excusarse de ella, como puede hacerlo por ser quien es.

—¿Yo excusarme de ley alguna, cuando he venido para cumplirlas todas? No, padre mío, no; pero si hubiese ley en Israel de cuyo cumplimiento quisiera excusarme, no sería por cierto la de la Pascua. ¡Ah! ¡vosotros no sabéis qué encanto, qué atractivo tiene esa fiesta para mi Corazon! Las amo todas; pero á ésta la amo sobre todas.

Jesus hablaba con ardoroso entusiasmo. María comprendiendo el significado de sus palabras suspiró, puso los ojos en tierra, y procuró ocultar una lágrima que á despecho suyo apareciera en ellos.

José, para quien todo había pasado desapercibido ménos el ardoroso entusiasmo de Jesus, dijo:

—Yo me regocijo de que tan amada te sea sobre todas las del pueblo esta solemnidad, y me alegro de que quieras subir, Hijo mío, á Jerusalen para comer el cordero pascual. ¡De cuánta satisfaccion es para mí que la primera vez que vas á ir por tu pié á Jerusalen, sea en ocasion tan grata!...

—Oh sí, padre mío; muy grata me es. Allí debe manifestarse la gloria de mi divino Padre; allí me impulsa el espíritu del Señor; allí debo ir, en cumplimiento de la ley.

—Has hablado tú y ya no hay vacilacion posible. María; dispon lo necesario para el viaje, porque dentro unos días iremos á Jerusalen. Afortunadamente ha removido el Altísimo los obstáculos que nos lo impidieron en los años anteriores. Arquelao no existe en Judea, y el gobernador romano no piensa en nuestro Jesus, el cual se empeña en vivir como la más humilde violeta de la planta más olvidada.

—Tambien deseo acompañaros yo. ¡Hace tanto tiempo que no he adorado al Señor en su casa!... Por otra parte, ¡tantos dias léjos de vosotros, sin veros, sin hablaros, sin sentir la dulcísima influencia de mi adorado Jesus!...

—¡Madre mía! balbuceó tiernamente el Niño, mirándola amoroso.

—Me alegro de tu decision, María; los tres juntos somos tan felices!... dijo el amante Esposo.

Desde aquel día se hicieron los preparativos para el viaje, y los santos individuos de la Sagrada Familia, cuando al caer de la tarde se reunían en la azotea de la casa para respirar el aire embalsamado por las flores de la primavera, y gozar de lo apacible y poético de la hora y de la hermosura del panorama que desde allí se descubría, se complacían en recordar los misterios y la historia de la Pascua ó tránsito, pues este es el significado de la palabra, y esto era lo que se conmemoraba con tan solemne festividad.

Jesus y María conocían perfectamente aquella historia y aquellos misterios; pero gustaban oirlos de los labios de José, cuyo deber, como padre de familia, segun estaba preceptuado en la ley, era recordarlo á los que le estaban subordinados, y grabarlo á la vez en la memoria y en el corazon de sus hijos.

Por este motivo, tal vez, era escuchado tan atentamente y con tanto placer del Niño Dios, y de su santísima Madre; quienes no podían dejar de ver con sumo gusto la manera como el Patriarca cumplía con la ley.

Decía, pues, el glorioso, el fidelísimo José:

—Gemía el pueblo de Israel en duro cautiverio; el Faraon y su pueblo egipcio, viendo cuánto se multiplicaba, (segun lo prometiera el Señor á Abraham, Isaac y Jacob), temió no se levantara contra el Egipto, y convirtiéndose en señor, redujera los indígenas á la condicion de esclavos. Por esto acu-

muló al pueblo escogido y le oprimió en la tierra de Gesen; redújolo á duro cautiverio y le condenó á trabajos forzados, pensando que así lo aniquilaría. Pero la palabra de Dios estaba de por medio, y eran ante ella necias vanidades las providencias y los cálculos del Faraon: el pueblo escogido seguía creciendo y aumentando, hasta el punto que no hallando ya medio, á su parecer, de éxito más seguro, mandó el Faraon á las comadronas que ahogasen al nacer á todos los niños de padres israelitas; cuya providencia procuraron ellas eludir.

«Así todos los días iban en aumento los males que oprimían al pueblo escogido, y éste clamaba al Señor que no le abandonase, sino que por su misericordia infinita viniera pronto en su ayuda. Para el efecto, se valió Dios de un virtuoso hijo de la raza de Jacob, llamado Moises, al cual había salvado de la muerte de una manera maravillosa y providencial; y dispuso que se criara y educase en el palacio real de Egipto, quien había de dar libertad á la descendencia numerosa de Israel. Las vías del Altísimo son siempre misteriosas é inexcrutables, y están dispuestas con sabiduría y providencia infinitas.

«Moises tuvo que huir de la corte egipcia y retirarse al desierto de Madian, donde se le apareció el Señor en medio de una zarza que ardía sin consumirse; y le mandó presentarse al monarca egipcio, para exigirle en nombre del Dios omnipotente y único, Señor universal de todo lo criado, la libertad

de los hijos de Israel, para que pudieran ir á ofrecerle sacrificios en el desierto. El Faraon no hizo ningun caso de la órden que Moises le intimaba en nombre del Altísimo, y por una anomalía inexplicable, se empeñó en conservar y retener en la esclavitud al pueblo que trataba de aniquilar; al pueblo de quien temía no se levantara contra el Egipto, reduciendo los señores á esclavos, y convirtiéndose éstos en señores.

«El caudillo hebreo refirió á Dios lo acontecido, no porque Dios lo ignorara, sino por quererlo así, y el Señor le dió un compañero en su hermano Aaron, mandándole obrar algunos prodigios ante el rey, para acreditarle su mision. Los magos del Egipto con sus conjuros, y por el poder del maligno espíritu, obraron tambien algunos prodigios como Moises, mas no pudieron imitarlos todos. Aquello fué motivo para que el ánimo del rey se obstinara en su negativa, y se extremaran las aflicciones que padecía el pueblo de Israel, y la opresion de que era víctima; de manera que los hijos de Jacob, hombres de poca fe y de dura cerviz, murmuraron de Moises, echándole en cara que en vez de darles libertad, sus gestiones no tenían más resultado que aumentar los rigores del cautiverio, la rudeza del trabajo que se les imponía y la dureza de los tratamientos de los capataces, bajo cuyo dominio estaban.

«Exponiendo Moises su afliccion al Señor, mandóle presentarse al Faraon y amenazarle á él y á su reino

todo con terribles plagas, si no daba desde luégo la exigida libertad al pueblo israelita; pero el rey se obstinaba y endurecía más, por cuyo motivo vinieron sobre el Egipto dichas plagas, cada una de ellas más aterradora, quedando libre tan sólo la tierra de Gesen, donde, como dicho queda, moraba el pueblo escogido. A cada una de estas plagas llamaba Faraon á Moises para que la pusiera término, prometiéndole dejar á los hijos de Jacob en libertad para ir al desierto y ofrecer allí sacrificios á su Dios. Con esta promesa, y por la oracion de Moises, la plaga cesaba en un momento; pero al verse libre de ella, el rey se afirmaba en su anterior dureza, y se negaba á cumplir con la pabra empeñada.

«Así uno tras otro se sucedieron aquellos espantosos castigos, hasta que resolvió el Señor afligir con uno, el más terrible de todos, al Faraon y á la tierra que le obedecía:—«Despues del cual, le dijo á Moises, os »dejará salir, para que me adoréis y ofrezcáis sacri»ficios en el desierto: y aquel será el día de vuestra »libertad.»

«Al mismo tiempo le notificó el castigo que tenía resuelto enviar al Egipto por su dureza; el cual consistía en que el ángel exterminador pasara en una noche á degüello todos los primogénitos, así de hombres como de animales en aquella nacion.

«Para conmemorar el día de la libertad y salida del pueblo escogido, mandó asimismo el Señor á Moises, que la noche en que iban á perecer los primogénitos

egipcios, todas las familias de Israel comiesen un cordero, macho de un año, ó en su defecto un cabrito que reuniera las mismas condiciones; ordenando al mismo tiempo que fuera asado al fuego, y no le quebrasen hueso ninguno. Dispuso asimismo que lo comiesen todo y aprisa, con lechugas silvestres, y panes ácimos ó sin levadura, cocidos al rescoldo, y que para comerlo lo hicieran de pié, ceñidos los vestidos, los piés calzados y teniendo un báculo en la mano, como quien está de viaje, y no tiene tiempo que perder. Todo esto tenía un gran significado; era figura y simbolismo de otro sacrificio y de otro tránsito.»

—Sí; dijo María; del sacrificio del Cordero inmaculado; del tránsito de la humanidad del pecado á la gracia, por el sacrificio del Cordero sin mancilla.

Y diciendo esto suspiró. En aquel momento las cruentas y dolorosas escenas de la Pasion se deslizaban una á una ante sus ojos, y le oprimían con violencia el tierno pecho.

Jesus se sonrió complacido, y puso una mirada en su querida Madre, tranquilizándola.

José sabía perfectamente que el Cordero pascual representaba y significaba el Niño divino; pero como no era conocedor de los detalles de la Pasion; como no había entrado en lo más íntimo del secreto doloroso de la misma, y como por otra parte le había pasado desapercibido el suspiro apenado de su Esposa, no se afligió tan hondamente como ella, y se disipó luégo

en él esta nube angustiosa, al ver la sonrisa complaciente y satisfecha de Jesus. El Patriarca continuó despues de una breve pausa:

—Queriendo librar del filo de la espada del ángel exterminador á la multitud de los hijos de Israel, mandóles el Señor, siempre valiéndose del ministerio de Moises, que en el día designado para comer el cordero pascual, mojasen los lindares de las puertas de su casa con la sangre del mismo cordero; pues al pasar el ángel no entraría en las que estuviesen marcadas con esta señal de salvacion.

—Como no entrará en las almas que estén señaladas con la sangre del Cordero inmaculado; dijo María con vivo dolor y satisfaccion á la vez, producidos por las dos ideas que entrañaban el concepto de muerte dolorosa y sangrienta por un lado, y de salvacion, y gracia, y misericordia, y vida por otro.

—Llegado el día designado por el Señor para el efecto, la numerosa multitud de los hijos de Israel inmoló el cordero pascual; señaló los lindares de las puertas de las respectivas viviendas, con su sangre, y luégo de haber anochecido, lo comieron. Las familias reducidas dieron una parte á sus vecinos, como estaba dispuesto por Dios, y quemaron las sobras, cosa que tambien les había sido ordenado; de modo que á la mañana siguiente no quedaba residuo alguno.

«Miéntras tanto, el ángel exterminador pasaba á degüello á los primogénitos de la tierra de Egipto,

desde el primogénito de Faraon y de todos sus animales, hasta el del más pobre mendigo, sin perdonar uno solo en todas las casas que no estaban marcadas con la sangre del cordero pascual. La resistencia, la dureza, la obstinacion del rey bien merecían tan espantoso castigo. Dios apelara á todos los medios para inducirle á dar libertad al pueblo escogido, ántes de acudir á este recurso eficaz; Dios hizo conocer al Faraon y á su tierra que no se desprecian y desatienden en vano sus órdenes y divinas disposiciones. El castigo era excesivamente merecido.

«Con tal motivo, la tierra de Egipto levantó un inmenso clamor al rey, exigiéndole que diera libertad y dejara salir al pueblo de Jacob; y el Faraon, no ménos afligido y aterrado que sus vasallos, mandó á Moises que inmediatamente salieran de sus dominios los hijos de Israel, para que no pereciera toda ánima viviente en tierra de Egipto. El que hasta entónces había retenido á nuestros padres, les daba prisa porque salieran al desierto para adorar y ofrecer sacrificios á Dios! Cuánto más le valiera haber oído y atendido ántes las intimaciones del Excelso, y pensado que quien era poderoso para enviar las plagas á la desatentada nacion, lo sería tambien para castigarle con una que la sumergiera en un mar de lágrimas.

«Como los hijos de Israel estaban dispuestos y preparados, apénas les fué comunicada la órden del rey, se pusieron inmediatamente en camino, y conduci-

dos por Dios, dirigieron sus pasos hacia las playas del mar Rojo. Los ardores del sol eran vivos, y el Señor les envió una nube que de ellos les protegía; la noche era oscura, y aquella nube, poniéndose delante de la multitud, se convertía en columna de fuego que les daba luz. No hay padre amante que mire por sus hijos, como el poderoso Adonai mira por los que ama; no hay pueblo que haya recibido de Dios las distinciones del pueblo de Israel, y por esta razon es más criminal, merece mayor castigo, cuanto mayor es su ingratitud.

«Cuando los hijos de Israel hubieron salido de Egipto, el contumaz Faraon se arrepintió de habérselo permitido, y no teniendo en cuenta los terribles castigos que por esta contumacia mereciera del cielo; despreciando las lecciones que de ellos resultaban, armó un poderoso ejército, y salió en persecucion del pueblo elegido, deseando ponerle de nuevo el pesado yugo de la esclavitud. Mas Dios estaba por su pueblo, bien que éste lo merecía poco, por su fe débil y desconfianza en el que tanto había hecho por darle la libertad.

«Los israelitas llegaron á las playas del mar Rojo, y los egipcios sus perseguidores iban á darles alcance. Viéndose aquéllos con el paso cerrado, y amenazados por las espaldas, entraron en gran temor; y cómo el pueblo hebreo ha sido siempre de dura cerviz, murmuró de Moises, sin pensar que quien tantos portentos por salvarlos había hecho, no dejaría la

obra incompleta, y los haría mayores si así convenía. Por esta desconfianza no merecían los israelitas la proteccion del Señor; mas éste, Padre bondadoso y clemente, no tuvo en cuenta la indignidad de su pueblo, y queriendo reducirlo con maravillas, mandó á Moises que extendiera su vara sobre el mar, y acto seguido las aguas se dividieron en dos partes, dejando seco el fondo, para que por él continuara su camino el pueblo elegido; como en efecto lo hizo, despues de haberle reprendido Moises por su desconfianza, y tratado de dirigir los corazones y los pensamientos á lo alto.

«Los egipcios no tuvieron en cuenta lo que significaba el ancho camino abierto por entre las aguas; no pensaron en que habiendo sido abierto por la divina omnipotencia para dar paso al pueblo hebreo de ellos perseguido, el camino dejaría de existir luégo que aquél hubiese pasado; y no tomando consejo sino de su descabellado propósito, entraron por en medio del mar. Mas apénas había llegado el último de los israelitas á la playa opuesta, Moises, segun las órdenes de Dios, extendió de nuevo su vara sobre las aguas, y éstas se precipitaron dejando sepultado en el fondo al Faraon, á sus carros de guerra, á sus caballeros, á la flor del reino egipcio y á todo su ejército. Así castiga el Señor á los insensatos que se empeñan en luchar con él; así demostró una vez más al pueblo elegido lo que podía, lo que le amaba, y cuán dispuesto estaba á favorecerlo de hacerse digno de los divinos favores.

«Grande fué el regocijo de los hijos de Israel con tal motivo, y ardorosos los himnos que entonó al Señor su Dios. Éste, á su vez, queriendo que la memoria de tales portentos no se borrara nunca del corazon de los israelitas, ordenó que fuera instituída á perpetuidad la fiesta de la Pascua de los Acimos, tan luégo como los descendientes de Jacob hubiesen tomado posesion de la tierra prometida; y que los padres refiriesen esta historia á sus hijos, para que supieran cuánto el Señor había hecho por la libertad de su pueblo, y le temieran y amasen con todo su corazon, con toda su alma, con todas sus potencias y sentidos.

«Bendigamos nosotros al Altísimo por estas y tantas otras insignes mercedes como ha dispensado á su pueblo; grabémoslas en nuestro corazon y en nuestra memoria indeleblemente, y al subir á Jerusalen para comer el cordero pascual, hagámoslo compungidos y con un verdadero espíritu de reverencia y amor.»

Así terminó José su relacion; y nosotros nos hemos complacido en copiarla de sus labios, toda vez que debíamos enterar á nuestros lectores del carácter y de la historia de la fiesta á que por primera vez iba á asistir Jesus.

Y como al terminar el santo Patriarca la relacion era ya tarde, los individuos de la Sagrada Familia se recogieron, poseído cada uno de distintos afectos; pero pensando todos en el cordero que iban á inmolar.

Jesus pensaba en que aquella ceremonia representaba su pasion y muerte, y en que ésta tendría efecto precisamente en la fiesta de la Pascua. Por ello regocijábase su Corazon sediento de martirios.

María pensaba tambien en que el cordero pascual simbolizaba la muerte de su Hijo adorado; y pensando en ella se estremecía, y sollozaba, y sentía honda pena devorar su corazon maternal, y terribles sobresaltos acosarla y angustiarla de una manera imponderable. Entónces oíasela decir:

—Pero, Padre mío, es vuestro Hijo; es Dios como vos: un suspiro de su Corazon basta para purificar y redimir al mundo... Apartad de sus labios, si es posible, el amarguísimo cáliz por el cual suspira tanto; pero hágase, Señor, vuestra divina voluntad y no la mía.

José, á su vez, pensaba en el cordero, en los misterios de la Pascua; en el tránsito del hombre del pecado á la vida de la gracia, y en su Jesus adorado, que debía obrar aquel tránsito por medios dolorosos, sí, pero de su corazon paternal desconocidos.

Y pensando en que Jesus iba á padecer entristecíase hondamente; mas esta tristeza se le disipaba al recordar las consecuencias que tendría para la salvacion del mundo, y para la gloria accidental de Dios; como tambien la alegría, el íntimo y puro regocijo manifestado por el Niño divino, apénas se habló de asistir á la solemnidad.

El regocijo del Niño era para los santísimos cora-

zones de María y de José una panacea universal, que les curaba en un momento los más vivos dolores del alma.

CAPÍTULO IV.

Camino de Jerusalen.

La gran solemnidad se aproximaba; estaba cercano el día de *parasceve*, ó preparacion, y era hora ya de que los judíos que moraban en los últimos términos de la tierra prometida, se pusieran en viaje para Jerusalen.

El movimiento iniciado en los últimos límites de la Galilea iba aumentando; el río de gente que se dirigía á la ciudad santa iba engrosando. Las caravanas que pasaban por Nazareth eran muy frecuentes, muy numerosas, y todos sus individuos iban alegres, cantando himnos y salmos al Señor, particularmente el que comienza con estas palabras:

«Héme alegrado por lo que me han dicho. Iremos á la casa del Señor.»

Y el otro, compuesto, al parecer, por David para esta solemnidad:

«En la salida de Israel de Egipto; y de la casa de Jacob del pueblo bárbaro...»

La alegría de las caravanas, el movimiento de los peregrinos, los cantos, el placer y regocijo pintados

en todos los rostros, no podían dejar de obrar en los corazones de cuantos lo veían, singularmente de los niños, en quienes de tal manera se comunica el entusiasmo y el alborozo de las multitudes, y muy particularmente cuando este entusiasmo tiene el carácter pacífico y religioso que iba impreso en aquellas alegres caravanas.

Los niños parientes de Jesus veían con mal refrenada impaciencia la multitud que se encaminaba á Jerusalen, y preguntaban todas las horas á sus padres si tardarían ellos mucho en ponerse en camino; y hablaban animadamente entre sí de la fiesta, y del templo, y de la ciudad, y de la entrada solemne de los corderos en Jerusalen, y del acto de inmolarlos en el templo, y de todas las cosas, en fin, que más les impresionaran el año anterior; contando algunos tambien á su manera la historia de la Pascua, y el motivo de aquella festividad.

Jesus, á medida que la fiesta iba aproximándose, parecía más alegre, más regocijado. Su alegría alborozaba y atraía á todos los que tenían la dicha de notarla. Singularmente llamaba la atencion de las gentes, viéndola de un carácter totalmente distinto que la de los demas niños.

En éstos era bulliciosa, en Él era tranquila; en ellos tenía explosiones tempestuosas, en Él era apacible; ellos la daban á entender con gritos, y palmadas, y saltos; Él la manifestaba por la edificante expresion general de su fisonomía; ellos buscaban

el movimiento, y Él en la quietud parecía estar sumido en las sublimidades de un éxtasis interminable; ellos estaban movidos por las sensaciones y por las brillantes impresiones que les esperaban, Él lo estaba tan sólo por el amor y por la grandeza de las cosas simbolizadas por la fiesta á que iba á asistir por primera vez en la vida.

María y José, viendo aquel tranquilo y sublime regocijo, suspiraban y sonreían á la vez, y le besaban tiernamente, pero con sin igual respeto.

Así se llegó el día señalado de antemano para la marcha, y en la casa de la Sagrada Familia se reunieron algunos parientes de la misma, formando una caravana reducida, pero muy santa, compuesta de Cleofas, hermano de José, con su esposa María y sus hijos, y del Zebedeo, con Salomé su mujer y sus hijos tambien.

Estos niños todos contaban más años que Jesus, ménos el dulce Juan, á quien amaba tan tiernamente el Salvador de los hombres, así por la apacibilidad de su carácter, como por la pureza y sensibilidad de su corazon. Jaime, hijo de Cleofas ó Alfeo, consagrado nazareno, se le parecía mucho en el rostro á Jesus; Juan, hijo del Zebedeo, se le parecía mucho en el corazon.

El Zebedeo, con María Salomé su esposa, y Santiago de genio impetuoso y corazon ardiente, y Juan sus hijos, acababa de llegar de Bethsaida, donde ejercía el oficio de pescador, y á su llegada se re-

unió con ellos Cleofas, María su esposa y sus hijos Jaime, Júdas Tadeo, Simon y José, que con el tiempo fué conocido en la Iglesia con el calificativo de el *Justo*.

Todos éstos, como tenemos dicho, se reunieron en la casita del Patriarca, donde la Sagrada Familia les esperaba para emprender la marcha á Jerusalen. Los niños seguían con sus explosiones de alborozo, con su movimiento continuo, hablando precipitadamente y por los codos, como suele decirse, de muchas cosas á la vez. Los padres demostraban tambien su alegría y su recogimiento: Jesus seguía como sumergido en un éxtasis de amor.

La hora de la marcha había llegado. José comenzó el salmo que solía rezarse en aquellas circunstancias, y todos los presentes con reverente actitud lo continuaron, implorando las bendiciones del Altísimo.

Despues se pusieron en camino formando tres grupos, poco separados los unos de los otros. Abría la marcha la alegre comitiva de los niños, más ganosos en su generalidad de correr y volar, que de sujetar sus impaciencias á un paso ordenado y prudente. Este grupo llevaba en medio á Jesus y á Juan. Al lado del Cristo iba el ardoroso Santiago, satisfecho de ser el mayor y más fuerte, y como desafiando al que se atreviera á tocar á su excelso Primo y á su dulce hermanito. Los demas iban en tropel, y ya marchaban delante, ya iban detras, ya se ponían en fila, cogiendo una buena parte de lo ancho del camino.

Seguían á este grupo, sin perderle de vista las mujeres, que se agrupaban en torno de María, como las rosas de un ramo en torno de la más hermosa de todas que lo corona; y cerraban la marcha los hombres, llevando en medio al Patriarca José, al cual miraban con singular respeto, con veneracion suma; cosa que á él no poco le mortificaba, por razon de su profunda humildad.

Las leyes todas en Israel eran muy sabias, y tambien participaban por consiguiente las costumbres de la misma sabiduría, como quiera que unas y otras estaban informadas por las sapientísimas leyes que les tenía dadas el Señor. Decimos esto, porque á muchos extrañará tal vez ver á los santos Viajeros marchar á Jerusalen en tres grupos, como era costumbre hacerlo.

Esta costumbre era muy prudente y en gran manera religiosa.

Las gentes iban para adorar á Dios; para consagrarle ocho días consecutivos; para vivir de la vida religiosa; para levantar su espíritu á lo alto, y en su consecuencia el recogimiento les disponía á ello, y el recogimiento es difícil cuando marchan de camino para una fiesta los dos sexos, y cuando con ellos se mezclan los niños.

Por estas causas era costumbre laudabilísima marchar en la forma que nuestros santos Personajes lo hacían, y hubiera escandalizado á cuantos lo vieran si lo hubiesen hecho de otra manera.

Así iban adelantando con paso ni precipitado, ni remiso; y algunas veces las mujeres tenían que refrenar el de los niños, cuya impaciencia, como está dicho, les hacía apetecer alas con que volar.

Y todos iban ocupándose de Dios, del templo y de la solemnidad de la Pascua, elevando sus espíritus á lo alto, ora con aspiraciones de amor, ora de gratitud, ora de humildad.

Nosotros dejaremos de copiar la conversacion de los grupos respectivos de María y de José, para oir la del en que iba Jesus, pues así nos importa para que los amables lectores tengan una noticia, bien que sucinta, de las ceremonias de que más adelante no podremos ocuparnos.

Los niños menores preguntaban, y respondían los mayores, corrigiéndose unos á otros con esa libertad con que suelen corregirse entre sí los de su edad, sin guardar miramiento alguno, sin propósito de ofenderse mutuamente, y muchas veces con sólo el deseo de terciar en la cuestion.

—¿Es mucho más grande que Nazareth la ciudad de Jerusalen? preguntaba Juan, que no conocía más mundo que una pequeña parte de la Galilea, donde había nacido.

—¿Pues no ha de serlo? contestaba su hermano Santiago. Figúrate tú una ciudad cien veces más grande que Nazareth: pues bien; todavía Jerusalen es mayor, mucho mayor.

El inocente Juan y los que no habían estado en

Jerusalen se quedaron con la boca abierta oyendo la contestacion de Santiago. Lo que oían les parecía imposible; pero no se atrevían á negarlo, por no encontrarse de manos á boca con un «¿qué te sabes tú?»

—La ciudad es hermosa, muy hermosa. Brilla por todas partes como el mar de Tiberíades iluminado por la luna, y el templo con tanto oro y plata y piedras relucientes ofende la vista, como si quisiera que los hombres por respeto no lo miraran. Herido por los rayos del sol parece la gloria de Dios. . .

—¡Oh! ¡cuán bello debe de estar! ¡Qué contentos estarán los que viven en Jerusalen, pudiendo ver el templo y morando en una ciudad santa y tan hermosa! dijo uno de los más pequeños.

—¡Pues ahí verás tú! A mí se me figura que los jerosolimitanos no le hacen gran caso; porque para muchos, segun he oído referir, se pasan días y días sin que les diga el corazon: «Anda al templo á adorar al Señor.»

—Bien; les sucede como á nosotros. Los montes Carmelo y Tabor son muy hermosos y floridos, y les hacemos poco caso por verlos todos los días y á todas horas; en cambio las gentes de Jerusalen cuando vienen á nuestra tierra no se cansan de mirarlos, y se extrañan de que los miremos con tanta indiferencia; dijo el nazareno Jaime.

—Pero eso no es igual. El templo del Dios vivo es el templo, y las montañas son montañas.

Esta contestacion en boca de Juan hizo reir á sus

compañeros. Y sin embargo tenía una profundidad que sólo Jesus sondeó entre aquella reunion de niños. La respuesta era digna del águila de los Evangelistas, y la mansedumbre y humildad con que recibió la burla fué digna de su corazon, quien en los albores de la infancia daba á conocer lo que sería en los esplendores de la vida.

La conversacion varió de tema, bien que algunos sólo sacaran de lo dicho en limpio que Jerusalen era una ciudad muy grande, y que el templo brillaba como el sol.

Y como no es posible que unos niños reunidos puedan estar cinco minutos sin soltar la sin hueso y hablar por los codos, de Jerusalen pasó la conversacion á ocuparse de las fiestas á que iban á asistir.

—¿En llegando á Jerusalen nos comeremos desde luégo el cordero pascual? preguntó uno.

—¿Qué es eso de comer el cordero en seguida? contestó Santiago al pregunton, dándose no sé qué aires de petulancia. Figúrate tú que todavía no estarán los corderos en la ciudad.

—¿No? ¿Pues entónces cómo nos las compondremos, porque la Pascua es comer el cordero?

—Nuestros padres lo comprarán, tragon; nuestros padres lo comprarán luégo que entren en Jerusalen adornados de cintas de vistosos colores, balando miéntras la ciudad muy alegre sale á recibirlos con cánticos é himnos al Señor, que ordena al pueblo celebrar esta fiesta.

—¿Los sale el pueblo á recibir? ¿Habrá mucha gente? insistió el pregunton, sin darse por ofendido de la frase que Santiago acababa de regalarle, viéndolo tan dispuesto á comer el cordero.

—Figuráos. Sale gente de Jerusalen con ramos y marcha al camino por donde los corderos se dirigen á la ciudad. Los hombres y los niños cantan alegres, agitan los ramos dando voces de alegría, invaden el monte vecino, miéntras los hermosos animalitos, adornados de cintas multicolores, se acercan balando y retozando. Parecen alegres de que los vayan á inmolar para que el pueblo coma la Pascua. ¡Oh! ya veréis, ya veréis cuán bonito es todo aquello: ya veréis cómo os gustará.

La boca se les hacía agua, como vulgarmente se dice, á los niños oyendo la relacion de Santiago; y miéntras unos se impacientaban porque sus padres no les permitían apretar el paso, temiendo tal vez no llegar á tiempo, otros caminaban más aprisa, imaginando acaso que una ceremonia como aquélla, que tan vivamente hería su imaginacion, sólo esperaba á ellos para tener comienzo.

—¡Oh! ¡qué despacito marchamos! decían para sus adentros unos y otros.

Pero no habiendo modo de vencer la voluntad de sus madres, las cuales les imponían un paso mesurado, se resignaron al fin, mas no sin murmurar de ellas para sus adentros.

Y para pasar mejor aquel disgusto, y hacer más

breves las horas de su impaciencia, siguieron preguntando:

—¿Y se entran por la ciudad los corderitos?

—Unos sí y otros no. Hay quien compra el cordero pascual en las afueras, lo hay quien lo compra en las calles y plazas de la ciudad, y tambien en el mismo templo; pero en el templo no me gusta mucho, á decir verdad, porque enreda en gran manera, y con tanta gente los niños apénas pueden ver nada.

—Pues mira; soy de tu opinion. Eso de comprar los corderos en el templo no me gusta. Las cosas tienen que hacerse donde todo el mundo pueda verlas. Tambien los niños son de Dios.

—El templo, casa de Dios Altísimo, estará convertido en una feria y en un redil!... dijo Jesus con sentimiento.

—Ya verás tú cuántas tiendas, cuántas mesas hay en él, y cuántas cosas se venden en el atrio.

—Muy mal hecho; muy mal hecho. La casa de Dios es casa de oracion y no de comercio.

Los niños no entendían el significado de las palabras de Jesus, y se quedaron mirándole sin saber qué decirse; pero ni uno siquiera pensó en contradecirle.

La conversacion, suspendida por breves momentos, prosiguió de esta manera:

—¿Y dónde se degüellan los corderitos para que las gentes puedan comerlos?

—Cerca de la hora de nona; continuó Santiago

muy satisfecho, viendo que ninguno de sus compañeros conocía al dedillo lo que él les estaba narrando; cerca de la hora de nona todos los padres con sus hijos van al templo llevando el corderillo engalanado con cintas multicolores, y allí están los sacerdotes dispuestos á degollar á los hermosos animales. Si vierais con qué prisa los despachan os asombraríais. Y cuando ha llegado la puesta del sol, ya todos están inmolados. A veces los padres se encargan de ayudar á los sacerdotes, y entónces éstos se reducen á quitar los riñones y la grosura del cordero, para ofrecerlo en sacrificio al Señor nuestro Dios.

—¿Y se come el cordero pascual en el templo? preguntó Juan.

—¡Qué ha de comerse en el templo, criatura; qué ha de comerse! Los padres, una vez muerto el corderillo, lo toman, y se dirigen con los niños á sus casas, donde las madres ya los esperan para asarlo. Llegada la noche, nadie sale de sus casas, no fuera caso que se encontrasen con el ángel exterminador y degollase al que encontrara por la calle.

Esta era una de las tradiciones del pueblo judío, la cual se refiere al hecho del paso del ángel exterminador por el Egipto en la noche de la libertad de los hijos de Israel.

—No seré yo por cierto quien esté en la calle en aquella noche solemne.

—No; ya te guardarán de ello nuestros padres. Vaya con la Pascua que nos darías!...

—Pero segun tengo entendido; dijo el nazareno Jaime, ganoso de terciar en la cuestion; las madres miéntras tanto no se están en casa mano sobre mano, sino que disponen los panes acimos y arreglan las lechugas silvestres con que se debe comer el cordero.

—¿Qué te sabes tú? preguntó Santiago. Las madres miéntras tanto, hacen en las casas lo que deben; pero no lo que dices de los panes acimos, que tambien se llaman panes de afliccion, porque recuerdan la del pueblo escogido en Egipto, y porque á mí no me gustan tanto como los otros.

—Pues yo digo; replicó Jaime; que las madres preparan tambien los panes acimos.

—Y yo te digo que no, y cuando lo digo mira tú si lo sabré.

—Pues ¿cuándo, dí, cuándo preparan las madres los panes acimos? preguntó Jaime con tono agresivo, no queriendo darse por convencido con la respuesta de Santiago.

—¿Cuándo? ¿Quieres saberlo? Pues bien, voy á decírtelo para que lo veas. En el día ántes de comer el cordero pascual... ¿A qué no sabes tú cómo es llamado ese día? dijo Santiago interrumpiéndose bruscamente, deseoso de confundir á su audaz compañero por haberse atrevido á interrumpirle.

—¿Pues no he de saberlo? replicó Jaime con el mismo tono: Se llama *parasceve,* ó día de preparacion.

—Bueno; si lo sabes se porque te lo habrá dicho

tu padre, que si no, no lo sabrías; murmuró Santiago algo amoscado... El día de *parasceve* al levantarse, el padre toma una linterna, la enciende, y con ella va por todos los rincones de la casa buscando por si hay en ellos algun pedazo de pan fermentado, alguna migaja siquiera; y lo arroja todo al fuego, porque sería gran pecado tener en casa pan comun en la fiesta de los acimos, y Jehová castigaría fuertemente por ello á los que lo tuvieran. No es que el día de *parasceve* no pueda comerse del pan comun, pero ya no se come por reverencia del Señor.

—Y cuando el padre ha apagado la linterna, ¿qué hace la madre?

—Entónces amasa la harina, la revuelve con agua, hace de ella tortas, las pone sobre las ascuas ó el rescoldo, y al poco rato ya está cocido el pan acimo. En los primeros días será un pan que ha de gustaros; pero luégo cansa. Vamos; no es tan bueno como el que comunmente comemos.

—Por esto se llama pan de afliccion; dijo Jesus humildemente.

—Éste parece que sabe muchas cosas; dijo Santiago á sus compañeros.

—Como mis Padres me aman tanto, las dicen delante de mí y las aprendo.

—Y haces muy bien; porque tus Padres saben muchas cosas, y es bueno que las aprendas; indicó Santiago á Jesus, muy ufano por llevar la palabra en aquel grupo, y ser escuchado de todos.

Luégo volviéndose á Jaime, al cual no había perdonado aún el haber querido significarle que tambien sabía algo, le increpó de esta manera:

—Eres muy niño para saber lo que yo sé, y te expones á llevarte un revolcon siempre que intentes enmendarme la plana. Ya ves como las madres no hacen los panes acimos miéntras los padres y los niños están en el templo para inmolar el corderillo.

—A pesar de todo, yo me afirmo en lo que he dicho; porque las madres amasan y cuecen todos los días los panes acimos, y á esto se dedican miéntras los padres y los niños están en el templo para inmolar el cordero.

Santiago no supo que contestar á Jaime su deudo, y se irritó.

Jesus, siempre manso y pacífico, desvaneció aquella pequeña tempestad, interviniendo en la cuestion y diciendo á los dos tenaces contrincantes:

—No hay porque enfadarse; ambos tenéis razon. Las madres empiezan á cocer los acimos en la mañana del día de *parasceve*, y siguen cociéndolos todos los días, pero singularmente momentos ántes de comer el cordero pascual. Así el pan es más tierno y gustoso.

—Es verdad; dijeron todos muy complacidos; pero singularmente los dos contrincantes.

—Sigue ahora, Santiago, relatándonos lo que en Jerusalen se hace.

—¡Pues no me pedís gran cosa! ¿Os parece á vos-

otros poco lo que en ocho días se hace en la ciudad santa; y singularmente en el templo del Señor, donde todo son músicas, y cantos, y fiestas, y sacrificios? Ya veréis al gran sacerdote revestido con sus hermosas ropas, de cuya orla penden numerosas campanillas; ya veréis á los sacrificadores, á los levitas, á los cantores, á los músicos; los altares, el mar de bronce, el velo del santuario, y la enorme multitud de gentes que vienen allí de todos los extremos de la tierra. Los ocho días son de fiesta; pero de una manera particular son muy solemnes el primero y último, llamados grandes sábados, así como los otros días de la Pascua se dicen pequeños sábados.

—¿Y qué se hace al comer el cordero pascual? Yo soy pequeño y no lo he visto nunca; dijo Juan.

—Pues mira, ya lo verás á su tiempo. ¿Te figuras tú si hay poco que hablar para explicar tanta ceremonia como hacen los padres, desde el momento en que aparece el cordero en la mesa, hasta que acabamos de comerlo?

Juan se calló sin darse por ofendido de las palabras de su hermano; el cual si no satisfizo la pregunta fué tal vez por no saber qué decirse, y para que los niños más tarde no le arguyeran de inexactitud.

Miéntras tanto, otros preguntaban á Santiago, quien á la verdad había llegado á interesarles con sus noticias, bastante fieles y exactas por cierto:

—¿No podrías decirnos alguna de las ceremonias del templo en el día de la Pascua?

—Una de las cosas más bonitas es lo de la gavilla de cebada. Ya sabéis que no puede comenzarse la siega de la cebada hasta que de sus primicias ha sido ofrecido sacrificio al Señor.

—Así es. La cebada se siega despues de la Pascua de los acimos, y el trigo despues de la de Pentecostes.

—¿Y en qué consiste ese sacrificio? preguntaron los niños curiosos.

—En el atrio de los gentiles se acumulan grandes montones de gavillas de cebada, y los padres compran una, y con ella se presentan al sacerdote, que revestido parece una flor muy hermosa. El sacerdote recibe la gavilla, y si ésta está seca, es decir, si la cebada está en sazon, sacude el grano, hace harina, la mezcla con incienso y no sé qué más, y la ofrece en sacrificio al Señor, de cuyas manos próvidas lo recibimos todo. Si la cebada no ha llegado á la sazon todavía, como sucede muchas veces, la tuesta en una especie de sarten agujereada, y cuando tiene punto para ser molida, entónces hace harina y procede á la operacion del sacrificio, conforme os he dicho. Desde aquel momento ya pueden segarse las cebadas, porque ya se ha ofrecido á Jehová las primicias de ella... Este día es el primer gran sábado, el último es dia de accion de gracias de las mercedes hechas por Dios á Israel.

—¿Y cómo se pasan los días en Jerusalen durante el tiempo de la Pascua?

—¡Toma! Asistiendo á las augustas solemnidades del templo; acudiendo á oir á los doctores de la ley, en las *excedras;* rogando al Señor por la prosperidad de su pueblo, y alegrándose las gentes en el seno de la familia con convites y regocijos; porque no es lícito trabajar durante los días de la Pascua.

—¡Qué dichosos son los que han asistido á ella otras veces!... se dijeron algunos, envidiando á Santiago, que podía darles noticias tan detalladas y tan interesantes.

Éste muy complacido, muy satisfecho, muy orondo y ufano, terminó con las siguientes palabras:

—En fin, vamos á Jerusalen, y allí veréis todo lo que os he dicho y mucho más; porque si tenía que contároslo sin dejar jota ni tilde, ni en ocho días había tiempo suficiente para ello.

Miéntras tanto el día iba declinando; los niños, á pesar de que habían ido muy distraídos como hemos visto, comenzaban á sentir los efectos del cansancio, y no tenían ya los bríos de por la mañana.

Por fortuna estaba poco distante el punto de parada, donde pasaron la noche todos juntos en una de las hospederías que para el efecto había en los grandes caminos de Israel.

Los demas días se pasaron como el primero, por cuyo motivo no fatigaremos al lector ocupándonos de ellos, puesto que ya ninguna noticia nueva nos darían sobre la Pascua nuestros santos Viajeros: los hombres y las mujeres no nos la darían, porque sa-

biéndola no se ocupaban de ello; los niños por habernos dicho por boca de Santiago todo lo que conocían.

CAPÍTULO V.

Ceremonial de la Pascua.

Ha llegado el día de la Pascua; día solemne entre los más solemnes del pueblo de Israel.

El anchuroso recinto de Jerusalen apénas puede contener el enorme número de familias que se albergan en él. La alegría se mira impresa en todos los semblantes; pero el recogimiento sólo en algunos.

Los israelitas han dado treguas á sus penas; hasta, al parecer, tienen olvidada la independencia perdida: nadie se acuerda sino de la gran fiesta.

Las ceremonias del templo han sido solemnísimas. El orgulloso, el ambicioso, el vengativo Anas desempeña su oficio de gran sacerdote con estudiada majestad.

Han entrado los corderos, y el pueblo ha salido á recibirlos. Han sido sacrificados por los sacerdotes y los padres de familia, y la grosura con los riñones ofrecidos al Señor. Parece imposible que el tiempo material no haya faltado para llevar á cabo en tan pocas horas un número enorme de sacrificios, que, como algunos años, han alcanzado la fabulosa cifra

de doscientos cincuenta mil; dato que nos ha legado el historiador hebreo Josefo.

Los jefes de familia tomando el cordero inmolado, conocido en Israel con el nombre de *sacrificio eucarístico,* (nombre que la Iglesia ha dado al Sacramento augusto del altar, por haber sido instituído inmediatamente despues de la cena legal, ó sea del cordero); los jefes de familia, repetimos, se han dirigido al punto de su albergue, y entregado la res sacrificada á las mujeres para que la asaran.

Desde aquella hora las calles de Jerusalen han ido quedando desiertas, y al cerrar la noche no se veía en todas ellas un ánima viviente. De no haberse oído en las casas ruído de gentes alborozadas, cantos é himnos, hubiérase dicho de la capital de Judea ser un inmenso sepulcro.

Las familias cuyos individuos no llegaban á diez, número que debían tener para comer el sacrificio eucarístico, ó cordero pascual, se han unido con otras poco numerosas para llegar al número exigido por la ley ó la costumbre basada en la tradicion. Por este mismo motivo las dos que se juntaron en Nazareth con la de Jesucristo, formaron con esta una sola, presidida por José, el glorioso Patriarca, ya como el hombre de más edad, ya tambien por reunir en sí varias circunstancias que se lo imponían á los demas, á pesar de su profunda humildad, y del deseo vivísimo que tenía de ocupar en todo el sitio y punto ménos considerado.

La Vírgen santísima, su hermana política María de Cleofas y su parienta María Salomé, dispusieron la mesa del festin, no sin verse asediadas de los niños que iban y venían, se las ofrecían, preguntaban y las estorbaban casi siempre; no cansándose de querer saber la razon de todo lo que se hacía, y no dándose por entendidos cuando recibían algun desaire ó sofocon.

Debemos hacer dos excepciones, una en favor de Jesus, que estaba siempre junto á José, yotra en favor de Juan, que no acertaba en separarse ni un momento del lado de Jesus.

La mesa no tardó en estar dispuesta.

En medio de ella humeaba el cordero asado, que arrancó no pocos suspiros al corazon de la Vírgen María, pensando en el significado que tenía, y viendo allí al Cordero inmaculado, del cual el sacrificio eucarístico era figura. Las mujeres sus compañeras no se fijaron en aquellos suspiros: estaban demasiado atareadas, por una parte, y por otra no podían figurarse que la Madre de Dios estuviera triste en una fiesta de tanta alegría.

En el lugar de preferencia de la mesa había una copa; aquí y allí algunas ánforas de vino, cada una de las cuales lo contenía de calidad distinta, segun estaba dispuesto por el ceremonial admitido de antiguo. Aquella variedad de vinos era significativa, era simbólica como todo lo demas del festin.

Algunos panes acimos estaban repartidos simétri-

camente por la mesa; en una fuente había lechugas silvestres y hierbas amargas, aderezadas con vinagre y agua salada, y una especie de salsera grande, en forma de teja, estaba llena hasta los bordes de un potaje llamado de los hebreos *Charoseth*. Este potaje había sido añadido á la ceremonia y festin muchos años despues de instituída la Pascua, y tambien tenía su simbolismo, su significado.

El *Charoseth* se componía de una decoccion de almendras y manzanas, hervidas en agua salada y vinagre, á cuya decoccion se añadían despues algunas especias, higos, nueces, limones y otras frutas. La naturaleza semilíquida del *Charoseth* fuera dispuesta para traer á la memoria de los hijos de Israel la argamasa con que en los días de su cautiverio levantaron las ciudades de Phiton y Ramesses, y la salsera en que se ponía este potaje tenía, conforme lo hemos dicho, la forma de teja, para recordar á los hebreos las tejas que sus padres cautivos fabricaban en Egipto para las mencionadas ciudades.

Y todavía no terminaba aquí la significacion del *Charoseth*, sino que el mal gusto dado por el agua, el vinagre y el limon al potaje, estaba dispuesto para representar la tribulacion y congojas de los primitivos israelitas, y la bondad del Altísimo que los sacó de tan horrible cautiverio para llamarlos su pueblo escogido, y ponerles en posesion de la feracísima tierra de Canaan, que les tenía prometida.

Así estaba dispuesta la mesa, la cual era de forma

semicircular, y en torno de la que en vez de sillas había divanes, que formando pendiente terminaban en el suelo, dispuestos de la manera conveniente para que el que se pusiera á la mesa, lo hiciera tendido y reclinado sobre el brazo izquierdo, como era uso y costumbre en Israel. El lugar de preferencia en estas mesas era el del centro, y la parte de la misma que tenía en frente el presidente, quedaba libre y despejada para que por ella pudiesen los criados servir los platos.

En torno de la mesa que acabamos de describir, había unos báculos que, segun lo dispuesto por el Señor, debían tener en la mano los comensales miéntras comiesen de pié, y como quien va de viaje y le falta tiempo para tomar asiento, el cordero pascual.

Cuando la Vírgen santísima y sus santas compañeras dijeron á José y á sus parientes que por estar dispuesto todo podía empezar la ceremonia, ciñéronse todos las ropas, calzáronse, y se dirigieron á la sala del festin, donde cada cual tomó su báculo, miéntras José, haciendo las veces de padre de familia, se colocaba junto á la mesa en el lugar de preferencia, y los demas ocupaban sus puestos respectivos.

José durante algunos momentos estuvo como concentrado, como recogido, como si comprendiera entónces más que nunca la sublime grandeza y significacion de aquella ceremonia. Estaba vivamente impresionado, y tenía oprimido el corazon. Jesus y María le acompañaban en este recogimiento ; pero el

Corazon de Jesus saltaba de júbilo, miéntras el de su Madre enviaba amargas lágrimas á los inmaculados ojos; lágrimas que Miriam apénas pudo ocultar.

Despues de esta pausa, el Patriarca con una majestad augusta, de la cual no se daba cuenta, dió comienzo á las ceremonias de la cena legal segun estaba dispuesto desde antiguo, llenando la copa hasta los bordes de vino comun; y levantando los ojos al cielo, dijo estas palabras con que comenzaba el ceremonial:

—Este es el tiempo en que tuvo efecto nuestra libertad; este es el día que nos recuerda la salida de Egipto, donde gemía en la esclavitud el pueblo escogido. ¡ Bendito sea el Señor; loado sea el Eterno, por habernos dado el fruto de la vid!

Y dicho esto bendijo la copa llena de vino, pues en aquellas circunstancias y para aquella fiesta, el padre de familias tenía en Israel la autoridad del sacerdote. Luégo acercó la copa á sus labios, bebió un sorbo y la entregó á su hermano Cleofas, miéntras decía:

—Tomad y bebed todos este presente que nos hace la misericordia del Altísimo.

La copa dió vuelta á la mesa; y cuando estuvo de nuevo delante del Patriarca, no contenía ya ni una gota de vino, segun lo ordenaba el ceremonial.

Entónces tomó José en sus manos la fuente en la que estaban las lechugas silvestres y las hierbas amargas, y levantándola en alto, como quien la ofrece

al cielo, con la gravedad que la ceremonia requería, dijo:

—¡Bendito sea el Señor que ha criado los frutos de la tierra!

Y haciendo una ligera pausa, continuó con la entonacion de un alma verdaderamente reconocida:

—Señor; comeremos estas hierbas en memoria de la amargura de que los egipcios llenaron el alma de nuestros padres, cautivos y afligidos en tierra extranjera.

Dichas estas palabras mojó las hierbas y lechugas con vinagre y agua salada, significando las lágrimas y amarguras de los israelitas cautivos en Egipto, y luégo de hecho esto tomó unas hojas de aquella ensalada, haciendo despues lo mismo los demas comensales, hasta que no quedó en la fuente ni una sola lechuga.

Hecho esto, tomó José el volúmen de la Sagrada Escritura en el cual venía escrita la ley, y leyó algunos fragmentos del *Pentateuco,* todos referentes á la Pascua; pero muy singularmente el capítulo XVI del *Deuteronomio,* con el cual puso fin á la lectura.

Leyendo este capítulo, con gravedad y autoridad sumas, decía:

«Observa el mes de los nuevos frutos, y el principio del tiempo de la primavera, para que hagas la Pascua del Señor Dios tuyo: porque en este mes te sacó de Egipto el Señor Dios tuyo de noche.

«Y sacrificarás la Pascua al Señor Dios tuyo de

ovejas y de vacas, en el lugar que escogiere el Señor Dios tuyo, para que habite allí su nombre.

«No comerás en ella pan con levadura: siete días comerás pan de afliccion sin levadura, porque con pavor saliste de Egipto: para que te acuerdes del día de tu salida de Egipto, todos los días de tu vida.

«No aparecerá levadura en todos tus términos por siete días, y de las carnes de lo que ha sido sacrificado el día primero por la tarde, no quedará nada hasta otro día por la mañana.

«No podrás sacrificar la Pascua en cualquiera de tus ciudades, que el Señor Dios tuyo te ha de dar;

«Sino en el lugar que escogiere el Señor Dios tuyo, para habitar allí su nombre: sacrificarás la Pascua por la tarde al ponerse el sol, cuando saliste de Egipto.

«Y la cocerás, y comerás en el lugar que escogiere el Señor Dios tuyo, y levantándote por la mañana caminarás á tus tiendas.

«Seis días comerás acimos: y en el día séptimo, porque es la colecta del Señor Dios tuyo, no harás obra.

«Siete semanas te contarás desde aquel día en que echares la hoz á las mieses.

«Y celebrarás el día festivo de las semanas del Señor Dios tuyo, ofrenda voluntaria de tu mano, la que ofrecerás segun la bendicion del Señor Dios tuyo.

«Y harás banquete delante del Señor Dios tuyo, tú, tu hijo, y tu hija, tu siervo, y tu sierva, y el

levita que está dentro de tus puertas, el extranjero, el huérfano y la viuda que habitan con vosotros: en el lugar que escogiere el Señor Dios tuyo, para habitar allí su nombre:

«Y te acordarás que fuiste siervo en Egipto: y guardarás y cumplirás las cosas que están mandadas.

«Celebrarás tambien la solémnidad de los tabernáculos por siete días, cuando hubieres recogido tus frutos de la era y del lagar.

«Y harás banquete en tu solemnidad, tú, tu hijo, é hija, tu siervo y sierva, el levita tambien y el extranjero, el huerfano y la viuda que están dentro de tus puertas.

«Siete días celebrarás la fiesta del Señor Dios tuyo, en el lugar que escogiere el Señor: y tè bendecirá el Señor Dios tuyo en todos tus frutos, y en todas las obras de tus manos, y estarás en alegría.

«Todo varon tuyo comparecerá tres veces al año en la presencia del Señor Dios tuyo en el lugar que eligiere: en la solemnidad de los acimos, en la solemnidad de las semanas, y en la solemnidad de los tabernáculos. No comparecerá vacío delante del Señor:

«Sino que cada uno ofrecerá á proporcion de lo que tuviere, segun la bendicion que el Señor Dios suyo le hubiere dado.

«Establecerás jueces y maestros en todas tus puertas, que el Señor Dios tuyo te diere en cada una de las tríbus: para que juzguen al pueblo con justo juicio,

«Sin inclinarse á alguna de las partes. No serás aceptador de personas, ni de dádivas; porque las dádivas ciegan los ojos de los sabios, y trastornan las palabras de los justos.

«Administrarás la justicia con rectitud; para que vivas y poseas la tierra, que el Señor Dios tuyo te diere.

«Ningun bosque ni árbol plantarás cerca del altar del Señor Dios tuyo.

«Ni te harás, ni levantarás estatua; las cuales cosas aborrece el Señor Dios tuyo (1).»

Terminada la lectura de este capítulo de la ley, José besó el volúmen, púsolo sobre su cabeza para significar el respeto en que lo tenía, rollólo despues, y dejándolo en lugar conveniente, tomó otra vez la copa y la llenó hasta los bordes de un vino rojo, que para el efecto estaba preparado en una vasija.

Aquel vino de color de púrpura se bebía en el festin pascual para recordar la sangre de los primogénitos de Egipto, derramada por el ángel exterminador, miéntras pasaba por delante de las casas de los israelitas, todas marcadas con la sangre del cordero, sin hacerles mal alguno.

Una vez llena la copa la bendijo José, acercóla á sus labios, bebió un sorbo de su contenido, y la alargó á Cleofas, quien habiendo bebido la hizo circular.

(1) Esta traduccion, que pertenece á Scio, puede no ser la más elegante, pero es la más fiel; por cuyo motivo la hemos adoptado aquí.

Cuando hubo dado la vuelta á la mesa, el Patriarca tomó uno de los panes acimos, levantólo al cielo con indecible uncion, oró fervorosamente, cual si penetrara los misterios que con el pan de la misma naturaleza se harían en igual fiesta por Jesus algunos años despues, y con voz conmovida dijo:

—Comeremos este pan sin levadura, acordándonos de que nuestros padres en Egipto hubieron de comerlo hasta el día de su libertad, por faltarles el tiempo, en los rigores de la servidumbre, para hacer fermentar la masa. Alabemos, pues, glorifiquemos y bendigamos á Dios, por las insignes maravillas que ha obrado en obsequio nuestro y de nuestros padres; pues nos ha hecho pasar del cautiverio á la libertad, del dolor á la alegría, de las sombras á la luz. Entonemos, pues, regocijados el *Alleluya*. Servidores é hijos del Dios vivo, alabad al Señor.

Dichas estas palabras, dejó José el pan acimo encima la mesa y cantó:

—¡Alleluya!

Todos los comensales repitieron la misma alabanza despues de José; y luégo en dos coros siguieron cantando el himno de la libertad, compuesto por David para esta augusta ceremonia. Dijeron:

—Bendito seas, Señor, Dios nuestro, Rey eterno, por haber librado á tu pueblo del cautivero de Egipto, y conservádonos hasta esta noche, en la que comemos los panes acimos y las hierbas amargas. *¡Alleluya!*

Esta era la antífona que todos cantaron á coro. Luégo comenzó el salmo.

—Cuando Israel, ya libre, salió de la tierra de Egipto; cuando la descendencia de Jacob abandonó el suelo infiel donde llorara cautiva;

«Consagró Dios para su servicio al pueblo de Judá, y estableció bondadoso su imperio en Israel.

«Viendo el mar tantas maravillas huyó espantado á las playas, dejando seco el abismo; el Jordan lleno de asombro trocó la marcha de su curso y turbado volvió á sus fuentes.

«Alborozados los montes dieron como corderos saltos de alegría; y los collados se regocijaron como corderitos.

«Díme, oh mar; ¿qué te ha pasado, pues has huído hacia la playa lamida por tus olas? Y tú, oh Jordan, dí, ¿por qué vuelven tus aguas al manantial de donde brotaron?

«¿Por qué habéis dado, oh montes, tales muestras de vuestra alegría? ¿Por qué os habéis regocijado, oh collados, como el corderillo que retoza jugueton por la pradera?

«Ante la presencia de Dios se estremeció la tierra; ante la augusta presencia del Dios de nuestro padre Jacob:

«Nuestro Dios convirtió la dura peña en estanque de cristalinas aguas; y en abundante manantial de claras linfas el granítico seno de la roca.

«¿Por qué habéis de darnos, Señor, la gloria de

hechos que sólo á vos pertenecen? No sea así, Señor, no sea así; dad sólo la gloria á vuestro santo nombre;

«Para que brille patente á todos los ojos vuestra misericordia y soberana existencia; y no puedan decirnos nunca irrisoriamente los gentiles: *¿Dónde está su Dios?*

«Nuestro Dios mora en lo más alto de los cielos, y ha criado todo lo que ha querido.

«Masas de plata y oro son únicamente los ídolos de los gentiles; fábrica de manos de hombres.

«De sus labios sin expresion jamas brotará una palabra; la luz es inútil para sus ojos sin movimiento.

«Tienen orejas y no oídos, por eso no oirán; los que los adoran les queman incienso cuyo perfume no aspiran sus narices.

«¿De qué les sirven las manos si no han de valerles? ¿De qué les sirven los piés si no pueden darles movimiento? Una voz articulada no hará palpitar sus labios, ni se formará en su garganta el nobilísimo sonido de la palabra.

«Semejantes á sus ídolos serán aquellos que los fabrican, y cuantos insensatos pongan en ellos su confianza.

«No es así la casa venturosa de Israel, que esperó en el Señor; por eso el Dios vivo la ampara y dispensa generosa y constante proteccion.

«No es así la casa venturosa de Aaron, que esperó en el Señor; por eso el Dios vivo la ampara y dispensa generosa y constante proteccion.

«Cuantos temen al Señor han esperado y puesto en Él su confianza; por eso el Señor es su amparo, y recibirán siempre de sus manos generosa proteccion.

«Israel prosternado levantaba al Dios vivo sus humildes quejas desde el lugar del cautiverio; y el Señor misericordioso se acordó de nosotros, y derramó sobre su pueblo inagotables bendiciones.

«Bendijo clemente y bondadoso la casa toda de Israel: bendijo la descendencia sacerdotal de Aaron.

«Sus bendiciones no fueron solamente para los grandes, sino que alcanzaron por igual á los pequeños, lloviendo sobre cuantos temen al Señor.

«A cuantos esperáis en Él os colme de bendiciones el Señor, y vengan sobre las frentes de vuestros hijos las misericordias del Altísimo.

«Benditos seáis del Señor, que hizo los cielos y la tierra, todos cuantos esperáis en Él y le teméis.

«Él habita el cielo empíreo donde estableció su trono soberano, y dió la tierra á los hijos de los hombres.

«Los muertos á la vida de la fe, no os elevaran alabanzas, Señor, ni os dedicaran himnos de gratitud y gloria: no levantarán la voz para ensalzaros los que gimen en la noche del eterno horror.

«Nosotros los que vivimos la vida de la fe, nosotros solos bendecimos al Altísimo, desde ahora por todo los siglos de los siglos.»

Terminado el salmo, José entonó el *Alleluya,* y todos los comensales cantaron la antífona:

—Bendito seáis, Señor, Dios nuestro, Rey eterno, por haber librado á vuestro pueblo del cautiverio de Egipto, y conservádonos hasta esta noche, en la que comemos los panes acimos y las hierbas amargas. Alleluya.

Terminada la antífona, como para comer el cordero pascual no sólo debían haberse purificado los israelitas de lo que llamaban *inmundicias legales,* sino tambien de las *corporales*, todos se lavaron cuidadosamente las manos.

Luégo, volviendo á ocupar cada uno el sitio que le correspondía, tomó José un pan acimo, bendíjolo y dijo:

—Bendito sea el Criador que nos da los frutos de la tierra, de los cuales hacemos el pan.

Despues, levantando el pan y presentándolo á los que rodeaban la mesa, continuó:

—Este es el pan de la miseria que comieron nuestros padres en Egipto. Cualquiera que sea el que tenga hambre acérquese y coma; cualquiera que sea el que sufra los rigores de la necesidad, venga á comer con nosotros el festin pascual.

Todos los circunstantes dijeron á coro, segun el ceremonial lo mandaba:

—Amen.

Entónces José hizo del pan que tenía en las manos tantos pedazos cuantos eran los comensales.

Esto se hacía así para confirmar lo que acababa de decirse, á saber: que aquel pan era el alimento de

los necesitados, y que el pobre sólo se mantiene de migajas.

Hechos los pedazos, José tomó uno, envolviólo en una hierba amarga, mojólo con el *Charoseth*, y miéntras lo comía repartió á los demas los fragmentos restantes, que los comieron con la misma ceremonia que el Patriarca.

Miéntras se estaba comiendo el pan acimo, dijo José:

—Bendito sea el Señor por habernos santificado con sus preceptos: loado sea el Altísimo por haber dispuesto que comiésemos el pan acimo con hierbas amargas.

Y apénas hubieron deglutido el pedazo de pan, extendió José entrambas manos sobre la mesa, en actitud de bendecir todas las viandas dispuestas en ella, particularmente el cordero. Y con voz imponente y majestuosa, pero poco segura á consecuencia de la honda emocion de su pecho justo, y por figurársele que aquel cordero era la fiel representacion de su adorado Jesus, dijo:

—Bendito seáis, Señor Dios nuestro, por habernos santificado con vuestra ley y ordenado que comiésemos el cordero pascual.

Y despues de una breve pausa, con la misma emocion prosiguió:

—Comemos esta Pascua en memoria de aquella noche en que el Señor irritado pasó por delante de nuestras casas en Egipto, sin que su espada venga-

dora hiciera daño alguno á todo cuanto pertenecía al pueblo escogido.

Dicho esto, hizo José pedazos del cordero, sin romperle ningun hueso; distribuyó su parte á cada uno de los presentes, y lo comieron con mucha prisa, conforme estaba dispuesto por la ley del Señor.

Y cuando hubo cada cual comido su racion; y cuando con esto hubo terminado la cena típica, el sacrificio eucarístico, tomaron todos su respectivo puesto, tendiéronse en los divanes que había en torno de la mesa, y comieron con sumo regocijo y alegría la cena ordinaria.

Tres personas, con todo, parecían violentarse para acompañar á los demas en el regocijo del festin.

Estas tres personas eran Jesus, absorto por altísimas, y sublimes, y enamoradas consideraciones; María y José, dominados por vivo, por intenso, por profundo dolor.

¡Ah! ¡cuántas veces hubieron de ahogar una lágrima en sus ojos, y trocarla por una sonrisa en sus labios!

Porque una lágrima en aquella circunstancia habría sido motivo de escándalo tal vez.

¿Quién era el afligido que no olvidara sus penas en aquella alegre festividad?

¡Y cuán terrible, cuán destructora es la pena que consume el corazon y no puede salir afuera!

La cena al fin terminó. José se levantó para entonar la accion de gracias, y cantar los siete salmos de David

con que terminaban los festines en las grandes solemnidades; pero particularmente en la de la Pascua.

Nosotros no continuaremos aquí esta accion de gracias, por amor á la brevedad.

Los israelitas le daban el nombre de *grande Alleluya de la libertad.*

El que presidía la mesa cantaba los versículos de los salmos mencionados, y al final de cada versículo los concurrentes decían *Alleluya;* y al terminar el salmo, repetían todos *Amen.*

Esta palabra la pronunciaban los judíos con mucho respeto y devocion, y con ella terminaban sus oraciones y plegarias; uso laudable que han transmitido á los cristianos.

Pero los cristianos no damos á la palabra más significado que el de una súplica, miéntras los judíos la juzgaban como una especie de amuleto, si la frase nos es permitida, con el cual ataban las manos de la justicia de Dios: es decir, juzgaban una palabra omnipotente. En su consecuencia, tenían por cierto que pronunciando la palabra *Amen,* despues de la jaculatoria: *Alabado sea el nombre del que es Santo,* escapaban á la condenacion eterna, y se abrían las puertas del paraíso al mayor criminal. Creían igualmente que cuando se pronunciaba dicha jaculatoria en el templo, seguida de la referida palabra, las almas de los israelitas detenidas en el limbo encontraban abiertas las puertas del cielo, y entraban desde luégo en el goce de la eterna gloria.

Así de una palabra santa hacían una palabra supersticiosa.

Este y otros que hemos hecho notar en el israelita, y muchos más que no tendremos ocasion de señalar, son achaques de un pueblo pervertido, que camina rápidamente á la ruina.

CAPÍTULO VI.

El Niño perdido.

Las fiestas de Pascua se pasaron rápidamente. El gran sábado último, ó día séptimo, dedicado á dar gracias al Señor por los beneficios que constantemente derramaba sobre el pueblo, fué solemnísimo; y con el último sacrificio de la tarde terminó la festividad de los acimos.

Los corazones estaban tristes por haber concluído la fiesta, y á la vez satisfechos los hombres de buena voluntad, porque en estos casos es cuando Dios suele derramar más generosamente en ellos sus abundantes bendiciones, sus inagotables bondades y misericordias.

La fiesta había dejado un buen recuerdo en la multitud. Muchos iban á regresar á sus casas compungidos; muchos con verdaderos propósitos de ser mejores; muchos sintiendo en el fondo de sus almas la majestad, la grandeza y la bondad del Criador.

Llegó el día octavo, y había que pensar ya en volver á los hogares abandonados.

La multitud se dispuso para el efecto; pero no comenzó á abandonar la ciudad hasta las últimas horas de la mañana y las primeras de la tarde; porque solían los israelitas asistir ántes á las funciones ordinarias del templo, para implorar del Altísimo una bendicion sobre su viaje y su casa.

Con esto se ha dicho lo bastante para que se suponga que el templo en el día octavo se veía materialmente invadido por una ola constante de gentes; que la montaña santa de Sion parecía un mar en inacabable flujo y reflujo; que al parecer la ciudad de Jerusalen iba á quedar desierta.

Los sacrificios se sucedían unos á otros; las gentes salían del templo para dejar libre el recinto á las que llegaban; y de las alturas de Sion descendían á las puertas de la ciudad, que arrojaban oleadas humanas; oleadas interminables, perdiéndose en lontananza, como una inmensa culebra, que al parecer no tenía principio ni fin.

José con Jesus y María, Cleofas con María y sus hijos, y el Zebedeo con Salomé y los suyos, se dirigieron al templo, ya dispuestos para emprender el viaje, apénas salieran de él.

Cleofas y el Zebedeo tenían asidos los niños de la mano, temiendo perderlos en la confusion del gentío que se agolpaba á las puertas. José llevaba tambien á Jesus de la mano; pero no por temor á que se le

extraviara, sino por protegerle para que la multitud no le atropellara sin querer.

Una vez hubieron atravesado el patio de los gentiles, y cuando llegaron al vestíbulo donde necesariamente los hombres y las mujeres tenían que separarse, para entrar los primeros en el atrio de Israel, y subir las segundas á las galerías superiores que les estaban destinadas, convinieron en reunirse en un punto dado del mismo templo para dentro de breves momentos, lós extrictamente necesarios para asistir al sacrificio que iba á comenzar.

Así los niños entraron con sus padres al comun lugar de oracion para los hombres, y las mujeres subieron las anchísimas y suntuosas escaleras que conducían al piso superior.

Allí José sintióse primero conmovido con una conmocion dulcísima, inexplicable, porque son inexplicables los misterios que se pasan entre Dios y el corazon humano, cuando el Señor se empeña en colmarle de bendiciones inefables y recrearle con el tesoro de sus inagotàbles dulzuras. De esta conmocion su espíritu pasó poco á poco á un éxtasis delicioso, en el cual regaló el Altísimo al Patriarca de una manera sólo conocida de Dios. Para José aquello era el goce inefable del cielo con todas sus delicias con toda su caridad perfecta, con toda su bienaventuranza.

El amor de Jesus era el fuego que levantàba su espíritu, que lo elevaba á Dios Padre; era la base de

aquella inefable felicidad. ¡Jesus! Hélo ahí todo de una especial manera para José en aquellos momentos; de la manera que lo es para los bienaventurados en la gloria de los cielos.

Pero á pesar del éxtasis, el santo Patriarca sentía, hablaba, veía, obraba, pero de una manera singular; de la manera que siente, ve, habla y obra quien absorto por una grandeza sublime que suspende el alma, se ve en la necesidad de atender á todas las circunstancias y exigencias de la vida. Podía decirse de él que estaba en el mundo, pero de una manera incompleta; con el cuerpo y el espíritu vital que le animaba, mas no con el alma y sus nobilísimas facultades.

Lo propio le sucedió á la Vírgen santísima; pero en un grado todavía más sublime. De ella puede decirse que fué sumergida en el Corazon de Jesus, y con este Corazon se perdió en la infinita grandeza del Padre, y en el inagotable amor del Espíritu Santo.

Terminó el sacrificio, mas el éxtasis de los dos santísimos Esposos no terminó: léjos de ser así, creció en sublimidad, en grandeza, en delicia, en perfectísima caridad. Vivían en Jesus.

Había llegado el momento de emprender el viaje, y María y José siguieron á sus compañeros, y se unieron en el punto designado para el efecto.

Los padres seguían llevando de la mano á sus hijos, y José tambien tenía entre las suyas la del Niño Jesus.

Había en Israel la costumbre laudabilísima de que en las grandes festividades, cuando las gentes regresaban á sus hogares, los hombres y las mujeres no lo hicieran por un mismo camino, sino que cada sexo tuviese el propio. Los dos solían confluir en uno de los puntos de parada, donde se ponía fin á las jornadas.

Esto, como es de comprender, se hacía para evitar la disipacion, para conservar el recogimiento, para mantener vivas las religiosas impresiones recibidas en el templo y producidas en el alma por las solemnidades pasadas.

Había tambien para ello un motivo de moralidad, porque difícilmente, cuando se reune una multitud tan grande, deja de haber algunos que no reparan en escandalizar á los demas.

Los niños sin distincion iban, bien con las madres, bien con los padres, porque ellos no ofrecían el riesgo que podía resultar de la confusion de los dos sexos.

La comitiva de los santos Viajeros acordó reunirse por la noche en Siquem, punto de parada ordinario para muchos, áun cuando estuviese en Samaria y hubiese entre los judíos y samaritanos rencillas, animadversiones y odios reconcentrados, como sucede siempre entre los cismáticos y los que conservan la pureza de la fe.

Esta disposicion de ánimo en los dos pueblos hermanos, era causa de que se promovieran riñas y corriera la sangre entre algunos individuos de Judá y

Samaria; mas no era obstáculo para que los viajeros judíos que iban á Galilea se detuvieran en Siquem si la jornada lo exigía, pasaran allí la noche, ó hicieran alto para otras necesidades.

Por otra parte; no había miedo de que María, José y su santa comitiva fuesen objeto de atropello alguno de los samaritanos, pues para reñir se necesita haber dos que quieran hacerlo, y ellos, como es de suponer, no iban á cometer ese pecado, ó por lo ménos incurrir en esta falta de caridad.

Emprendieron, pues, el camino: las mujeres tomaron el designado á su sexo, y los hombres hicieron lo propio con el suyo. Los niños quedaron con éstos para poder dejar más libres y con ménos cuidados á sus madres.

El éxtasis que arrebataba las almas de María y de José continuaba con mayor sublimidad; con más inefables regalos para sus corazones nobilísimos. Estaban en el mundo, pero tenían el espíritu en el cielo: sólo la máquina santísima de su cuerpo quedaba en la tierra, y una fuerza invisible les impulsaba, les movía, ocultando perfectamente á los demas lo que pasaba en el fondo de sus corazones.

Así ni los compañeros de José se apercibieron del estado del espíritu del Patriarca, ni las compañeras de María advirtieron nada en ella, por lo cual pudieran deducir la sublime dulzura del éxtasis que la regalaba.

Valiéndose de este estado en sus Padres, el divino

Niño, que oía la voz y los mandatos del Altísimo, se quedó en el templo. El espíritu de Dios le movía; la gloria del Padre Eterno le animaba; el plan de la redencion humana le obligaba á manifestarse ya á los sabios, como ántes se había manifestado á los pobres y á los humildes. Para Él no había ya más padres que el celestial; para Él no había más ley que la que le impusiera el Eterno para llevar á cabo la obra salvadora; para Él callaba todo cuando se trataba de hacer la voluntad del que le enviara.

Ante estos motivos omnipotentes, aparecía en Jesus el Dios, el Redentor, el Señor; y María y José desaparecían por un momento entre los esplendorosos rayos de la divinidad que se presentaba obrando con absoluta independencia, no acordándose sino de que había sido enviada por el Padre Eterno, y que le convenía atender á las cosas de su Padre.

Jesus no era ya el Hijo, sino el Dios; y de consiguiente obraba como Dios.

Por otra parte, cuando los niños llegaban en Israel á la edad de doce años, gozaban ya de cierta independencia, y los padres no tenían sobre ellos los derechos absolutos que tuvieran hasta dicha edad.

Nosotros no hemos de entrar aquí en el estudio de esta ley, ni siquiera en consideraciones sobre ella; para nuestro objeto nos basta consignarla.

Teniendo en cuenta estas razones, lo hecho por Jesus, que en otras circunstancias y pueblo habría acusado en Él síntomas sobremanera desagradables,

no solamente estaba justificado, sino que era necesario.

Él no había venido al mundo por solo darse el gusto de obedecer á María y á José, sino para obedecer la voluntad de su Padre celestial, que le ordenara sacrificarse por la salud de los hombres, y convertir á Dios la gloria que se le debía por la creacion.

Y esta gloria, y el motivo de la encarnacion del Verbo, repetimos, le obligaban á quedarse en el templo aquel día, sin que sus padres de la tierra lo conocieran; sin comunicarles lo que iba á hacer, porque no convenía. De habérselo notificado, ellos se quedaran con Él, y esto era lo que importaba evitar.

Al presentarse Jesucristo como tesoro de sabiduría ante los sabios de la tierra, había de hacerlo solo; no debía tener á su lado ningun pariente, ningun amigo, para que los hombres no pretendieran ver mitigados los esplendorosos rayos de la sabiduría del Niño con las absorciones de la carne, si así se nos consiente hablar. El Salvador del mundo al ir á confundir á los sabios orgullosos, debía brillar como el sol durante el día; no había de verse en torno suyo otra estrella.

Por otra parte, ponía en práctica el consejo de perfeccion que daría algunos años despues. Por servir á Dios, renunciaba á su padre y á su Madre, y no había cosa en la tierra que le detuviese.

El Niño Jesus, apénas se vió libre, puso una mirada en la Vírgen santísima y el Patriarca José; mi-

rada de bendicion, mirada de compasion, mirada de amor. Parecía encargar á los ángeles del cielo con ella, que los asistiesen, protegieran y consolasen en el vivísimo dolor que á no tardar iba á oprimir sus corazones; parecía ordenarles que los condujeran á Jerusalen, y los guiaran para que al tercer día volviesen á encontrarlo.

Despues se entró en el templo de nuevo, donde edificando á todos con su fervor, recogimiento y compostura, elevó al Padre celestial la siguiente oracion:

—Padre mío, aquí me tienes: porque tu Hijo está dispuesto para hacer tu santísima voluntad. Para hacerla no he vacilado en dejar el cielo, en venir á la tierra, y todos los días me inmolo en aras de tu inexorable justicia para darte satisfaccion por el pecado, miéntras espero la hora en la cual termine este sacrificio continuo en el ara de la cruz. Yo no quiero sino lo que quieres tú; yo no amo sino lo que amas tú; mi único deseo, mi única alegría, bien lo sabes, Padre, es hacer tu santa voluntad. Para ello acabo de separarme de los amados seres que me has dado por padres acá en la tierra; y áun cuando mi Corazon conoce lo que pasará por los suyos tan luégo como noten mi falta; y áun cuando el amor que les tengo hace que se me llene de pena el alma, con todo no he vacilado: el que está dispuesto á la muerte de cruz; el que sabe ha de verse desamparado de tí en el momento de su última agonía, y con todo suspira viva y ardientemente por él, bien puede hacer

gustoso el sacrificio de las humanas penas que sufre su Corazon considerando lo que María y José van á padecer viéndole léjos de su lado.

«Sí, Padre mio; yo te ofrezco gustoso este sacrificio, y te ofrezco tambien los dolores, las angustias, los sobresaltos y las tristezas de la Familia amada que me has dado: no sólo te los ofrezco, sino que te ruego te dignes tenerlos en cuenta, para quedar más prontamente satisfecha tu justicia irritada contra los hombres. Bien sé que poco han de pesar delante de tí sus méritos, si vienen solos; mas no lo quiero. Tú me los has dado por padres, tú les has dado por Hijo al único tuyo; pues bien; yo te los presento como míos, yo uno sus méritos á los mios, para que así como hacemos una sola Familia, sus méritos y los míos no hagan sino un mismo mérito. Cuando sepan esto, cuánto han de alegrarse sus corazones, que no se cansan de amarme y padecer por mí, y bendecirte! Bendícelos tú tambien, Padre mío! y en la honda amargura que va á asaltarlos, y en la terrible pena que va á devorar sus corazones nobilísimos durante el tiempo que permanezca léjos de ellos para tu gloria, sostenlos con tu virtud soberana, fortifícalos con tu bondad inaudita, envíales tus ángeles para que los consuelen y los traigan á mí, y no permitas que angustiados caigan al soplo de la muerte como flores tronchadas por el huracan á media noche...

—Gracias, Padre mío, por haberme oído; dijo despues de algunos momentos de pausa; gracias. Ahora

fortificado con la oracion, consolado por tí, y viendo á mi Madre y su Esposo protegidos de tí de una manera especial, mi Corazon descansa ya. Envíame tu Espíritu para que me impulse y conduzca allí donde quieres que se manifieste tu gloria. Estoy dispuesto.

É impulsándole el espíritu divino, encaminóse el tierno Niño Jesus á las cátedras donde los rabinos se congregaban para explicar la ley; y muchas veces debatirla, y en apasionada contienda deshonrarla, convertiendo en motivo de pasiones humanas desencadenadas, lo que debía serlo de edificacion, de respeto, de mansedumbre y de humildad.

Estas cátedras eran suntuosos salones, dignos en todos sus detalles del templo del Señor, y tenían las puertas de entrada en el atrio de los gentiles, el más vasto, como que circuía á los demas.

Y allí dejaremos por ahora al divino Niño, para unirnos otra vez con sus padres terrenos, los cuales todavía arrebatados por el éxtasis que tuvo comienzo en la casa del Señor, siguen el camino de Galilea, y están ya á cierta distancia de Jerusalen.

Con esto queda dicho que María y José están bastante separados uno de otro.

Aquélla adelanta con las mujeres sus compañeras por el camino destinado á su sexo, y éste hace lo mismo por el que de antiguo tienen los hombres designado; de manera que ya no les es dable encontrarse hasta haber llegado por la noche á Siquem, que, como

hemos visto, era el punto donde ambas comitivas convinieran en reunirse.

Poco á poco las sublimidades del éxtasis fueron desapareciendo en ellos, con la gradacion que desaparece la luz del día apénas el sol ha traspuesto los límites del lejano horizonte; y algun tiempo despues se encontraron de nuevo en la realidad de la vida humana, para pasar de un extremo de dicha á un extremo de dolor, mucho más grande que aquélla.

Apénas María hubo vuelto en sí, sintió en el corazon purísimo y enamorado la ausencia de su Jesus, de manera que ántes de notarla con el auxilio de los ojos, habíala advertido por el vacío en que fluctuaba su alma incomparable. ¡Oh! ¡cómo se angustia el espíritu acostumbrado á ver á Jesus y á saborear sus dulzuras, cuando Jesus tiene por bien ocultársele! Pero cuánto aumenta en la virtud el mismo espíritu, si busca á su Amado divino con el ansia de un alma poderosamente enamorada de su incomparable hermosura; si le invoca con lágrimas, si suspira por volver á verle, si no descansa hasta haberle encontrado de nuevo, si teme haberle perdido por propia culpa!... Sí; ¡cuánto aprovecha esta alma en la virtud; cuán rápidamente se remonta á las excelsitudes de la perfeccion; cuán agradable le es al Señor, y cuánto á sus ojos crece en valor y en hermosura!

Y este tal vez fué otro de los motivos del Cristo al sujetar á sus padres á tan dura prueba.

María sobresaltada miró en torno suyo; miró ade-

lante y atras; miró no una sino muchas veces, como mira quien busca algo que aprecia en mucho.

Y mirando suspiraba, y suspirando se le llenaban de lágrimas los ojos; de lágrimas condensadas en ellos por el sobresalto del corazon inmaculado.

Su turbacion fué tanta; tan grande su angustia; tan notable su palidez, que sus santas compañeras no pudieron dejar de notarlo, á pesar de la distraccion con que venían.

Y sobresaltadas, temiendo no le diera algun mal, la preguntaron:

—¿Qué te pasa, Miriam?

María sollozaba y no podía contestarlas, por impedírselo los suspiros anudados en su garganta.

Las amantes compañeras más alarmadas repitieron la pregunta, rodeando compasivas á la santísima Vírgen; la cual, haciendo un esfuerzo supremo por desatar el nudo de sollozos, dijo:

—¡Mi Hijo; mi Jesus!... ¿Dónde está mi Jesus?

Las mujeres no comprendieron el alcance de la pregunta, por no comprender las sublimes vibraciones del corazon enamorado de María, sobre el cual obraba con la fuerza del vacío la ausencia de Jesus. En su consecuencia extrañaron el dolor de la Vírgen, y la dijeron:

—No hay motivo para que te entristezcas y llores. ¿Dónde quieres que Jesus esté sino con su padre?

—No sé. Me da el corazon un sobresalto espantoso; siento en el pecho la opresion de la muerte. Jesus

está léjos de mí: ¿por qué no le veo á mi lado? ¡Dios mío, Dios mío; qué angustia!

—Vamos, María, no hay motivo para tanto. Nunca te hubiera imaginado así; la dijo la esposa de Cleofas, que por razon de ser su hermana política, tenía con ella una franqueza familiar.

—¡Ah! no me culpéis. Mi Hijo es mi vida, es mi alegría, es mi todo.

—Como lo son para nosotras los nuestros. Ello es natural.

—Pero vuestros hijos os dejan y no padecéis angustias de muerte; y el mío me deja y me siento morir.

—Ya te se irá quitando esa viveza de amor; ya verás como con el tiempo se te mitiga; indicó Salomé.

—¡Mitigárseme! ¡Ah! no, no se mitigará nunca; irá creciendo todos los días; no tendrá fin por toda la eternidad!... ¡Mitigarse el amor que tiene á Jesus mi corazon!... Esta idea me horroriza, Dios mío; exclamó levantando los ojos al cielo. Ántes que esto llegue, borra, Señor, mi nombre del libro de la vida.

Las compañeras de la Vírgen la juzgaron presa de una excitacion nerviosa, ó de alguna exaltacion de la mente, por cuyo motivo la compadecieron y procuraron tranquilizarla.

La Madre de Dios les agradecía los esfuerzos que hacían por calmarla y darle algun consuelo; pero aquellos esfuerzos no acallaban su pena. No estaba en ella dominar la inmensidad de su dolor.

—¿Dónde estará mi Jesus?... repetía á menudo, con acento quebrantado.

—¿Y dónde ha de estar, sino con nuestros hijos, sus compañeros, los cuales marchan con sus padres? ¿No ves cuán tranquilas andamos nosotras? ¿Con quién pueden acompañarse mejor?

—No tiene duda; pero si está con José, ¿por qué no me lo dice el corazon? Hasta el presente, cuando he sabido que estaba con su padre he quedado no sólo tranquila, sino satisfecha, pues sé que con nadie puede acompañarse mejor; pero hoy... hoy... ¡Dios mío! ¡Dios mío!... exclamaba con acento capaz de conmover á las mismas piedras.

—Pero hoy estará con José y sus compañeros, y tu corazon para darte un mal rato te engaña.

—Ojalá; pero mucho me temo, amadas compañeras mías, que no ha de ser así. Porque si no, ¿por qué no se ha despedido de mí, como suele hacerlo?

—¡Bah, María! díjola la esposa de Cleofas; ¿y hasta ahora no te acuerdas de eso?

—¿Hasta ahora no has notado la falta de Jesus? añadió Salomé.

—Es que no sé lo que ha pasado por mí desde nuestra salida de Jerusalen; dijo humildemente la Vírgen, para contestar á las contundentes observaciones de sus compañeras sin hablarles del éxtasis.

—Entónces si no sabes lo que ha pasado por tí desde nuestra salida de Jerusalen, ¿cómo puedes sa-

ber si se ha despedido de tí ó no? preguntóla su hermana política.

—Es verdad... Pero no os enfadéis conmigo si insisto. ¿Por qué, ¡ay! mi corazon me dice que me aparto de Él á cada paso que doy? ¿Por qué vuestra palabra amiga, y las razones que me dáis no me infunden la tranquilidad que quisiera? ¿Por qué no me dan la seguridad que pretendéis?

—María, tú no estarás bien: acabas de decirnos que no sabes lo que te ha sucedido desde la salida de Jerusalen, y el sobresalto que te da es sin duda efecto de una indisposicion. Si quieres podemos descansar unos momentos. Ya verás como te repones.

—¡Descansar! No hay descanso para mí léjos de Jesus. No, no, amadas de mi alma; léjos de descansar, quisiera tener alas como de paloma para volar; quisiera llegar á Siquem lo más pronto posible. El sobresalto que me atormenta no es hijo de indisposicion ninguna, sino que lo es de la ausencia de mi Niño adorado. Apresuremos el paso, si os parece, hermanas mías.

El acento de María era tan tierno, tan interesante, tan conmovedor, que no había medio de resistir á su demanda. Hacerlo de otro modo hubiera sido una crueldad que no cabía en los pechos de las compasivas mujeres.

Y juzgándola acometida de un mal extraño, deseosas de unirse lo más pronto posible con sus maridos por lo que pudiera suceder, y viéndola dispuesta á

apresurar vivamente el paso, convinieron entre sí por medio de una mirada en darla gusto; pero con la misma mirada se pusieron de acuerdo para estar prontas á asistirla, tan luégo como se hiciera visible la necesidad de ello.

María, viendo lo dispuestas que estaban sus compañeras á darla gusto, sin tener en cuenta el cansancio, ni la debilidad de su sexo, ni la multitud de gentes, por entre las cuales no era posible ir con la prisa que deseaba, dió impulso al paso, no pensando sino en Jesus.

Mas ¡ay! procuraba dominar la pena que la devoraba, por no hacerse grave y molesta á sus compañeras; pero de sus labios no salían palabras, sino ahogados suspiros. Y cuanto más se apartaba de Jerusalen; cuanto más se acercaba á Siquem, tanto mayor era la congoja de su corazon.

—Parece, Dios mío; balbuceaba á veces; que me voy apartando de Él!...

¡Cuánta angustia era la suya; cuánta pena la de su alma; cuánto dolor el de su corazon! Los mismos ángeles no sabrían expresarlo, porque aquella pena, angustia y dolor tenían la fuerza del amor casi infinito que la Vírgen Madre profesaba á su divino Hijo.

Y miéntras esto sucedía con la Madre de Dios, á José le pasaba lo mismo; pero no de una manera tan intensa, porque por grande que fuera su amor al Niño Jesus, no lo era tanto como el de su Esposa inmaculada.

Tambien los compañeros de José notaron la turbacion y el sobresalto del Patriarca, cuando como María miraba á un lado y á otro, adelante y atras, como quien busca un objeto muy precioso que ha perdido.

—¡Jesus! exclamó. ¿Dónde está mi Jesus?

Sus parientes le miraron asombrados de que no hubiese advertido la falta del Niño hasta aquel momento, cuando ellos venían notándola desde Jerusalen; y hubieron de significarle esta extrañeza.

—¡Cómo! ¿No viene con nosotros desde Jerusalen? preguntó admirado.

—Se habrá ido sin duda con su Madre y nuestras esposas; contestóle Cleofas.

—¿Lo habéis visto vosotros? ¿Habéis visto que nos dejaba para acompañarse con María?

—Á decir la verdad, no lo hemos notado. Sólo sabemos que en el templo lo llevabas de la mano, y que no viene con nosotros desde allí.

—Es extraño, hermano mío; es muy extraño! balbuceó José, miéntras trataba de ahogar una lágrima en sus ojos, emanacion viva del sobresalto, de la pena que implacable acometía su corazon.

—¡Extraño! ¿y por qué? preguntóle el Zebedeo. Niño más amante de su Madre no lo he visto yo; y siendo así, nada tiene de particular que se haya ido con ella.

—Oh sí: no hay otro tan enamorado de su Madre como mi Jesus; pero tampoco hay madre que se lo

merezca como mi María. Y sin embargo, la ausencia del Niño me sobresalta, y tus razones, Zebedeo, no bastan á disipar mi dolorosa extrañeza.

—¿Por qué? ¿Hay nada más natural que amando tanto á María, se haya marchado con ella?

—Sí, esto es natural; pero de haberlo hecho nos lo hubiese advertido...

—¿Y quién sabe si te lo ha dicho y no lo has notado? Era tanta la confusion de gentes en el templo, que nada considero más natural; observó Cleofas.

—No, no me lo ha dicho; porque de haberlo hecho, yo le hubiese oído, áun cuando la confusion fuera cien veces mayor. Habríais de conocer el amor que le tengo para persuadiros de la verdad de que os hablo. Su acento repercute de tal modo en el fondo de mi alma, que todo desaparece para mí, ménos su voz, cuando me habla... Por otra parte; me lo hubiera indicado tambien María; y en fin, nadie ménos amigo que Él de singularizarse, porque no es posible exista sér más humilde que Jesus.

—No atino en qué se hubiera singularizado marchándose con las mujeres; dijo Cleofas.

—Ha venido de Nazareth con los niños vuestros hijos: ha sido su inseparable compañero en Jerusalen; ¿y me preguntáis en qué se hubiera singularizado al dejarnos para acompañarse con nuestras esposas? No, no; Jesus no ha hecho esto; me da el corazon que Jesus no está con su Madre; que ha venido sobre nosotros una desgracia inmensa!

Y diciendo estas palabras, José no pudo contener las lágrimas que, enviadas á sus ojos por el corazon, brotaron de ellos más amargas que la esencia de la mirra.

—Tranquilízate; le dijeron sus compañeros por decir algo. Lo que temes no será.

—Hágaos profetas el Señor: suspiró el Patriarca, sintiendo ni más ni ménos que su incomparable Esposo el vacío insondable, más grande que el abismo sobre el cual está la tierra suspendida, que deja Jesus en el alma amante, de la cual se retira en apariencia.

—Ya verás; le dijo Cleofas; como poco despues de haber llegado á Siquem llegará tambien Jesus acompañado de nuestras esposas. Entónces se trocará tu llanto en gozo, y tu honda pena en inefable alegría.

—Así ha de ser, como suceda tal cual lo dices... Pero ¡ay! os repito que mucho me temo no sucederá así: una voz secreta y aterradora me lo está gritando desde el fondo de mi corazon.

—Pero ¿cómo no has notado su falta hasta este momento? le preguntaron.

—¿Qué me se yo? contestó el Patriarca con el embarazo de la humildad, que desea ocultar alguna cosa que podría redundar en honra suya. ¿Qué me se yo? De improviso el corazon me ha dado la voz de alarma, y desde aquel momento no hay paz, no hay sosiego para mí, hasta que vea acalladas estas voces por la más halagüeña realidad.

Todo aquello era muy extraño, y los santos com-

pañeros de José se miraron sin saber qué pensar; porque si por una parte les parecían infundados y pueriles los temores del Patriarca, por otra sus razones y su profundo desconsuelo habían hecho brotar tambien no sé qué sobresalto vago en su corazon.

—Adelantemos el paso, si os parece, ó permitidme al ménos que lo adelante yo y os deje. Tengo verdaderas ansias de llegar á Siquem: suplicóles el Esposo de María con suma humildad.

—Bien que los niños no pueden andar mucho más aprisa, con todo, Siquem no dista ya, y apretarán el paso.. No es cosa que tú padezcas, ni que dejemos de acompañarte; sin embargo me temo no vamos á encontrar allí todavía á nuestras esposas; dijo Cleofas.

Y habiéndolo comunicado á los niños, éstos apretaron el paso, miéntras el intranquilo José les decía:

—¿No habéis visto á mi Jesus, hijos míos?

—No lo hemos visto en todo el camino, y nos extraña que nos haya dejado.

—¿En dónde le visteis la última vez? siguió preguntando el Patriarca, por ver si rastreaba algo y adquiría alguna mayor esperanza con las contestaciones de los niños.

—En el templo lo vimos por última vez, cuando salíamos. Vos lo conducíais de la mano.

—¿Y no habéis notado si se quedaba con su Madre; si se marchaba con ella?

Los niños quedaron pensativos unos momentos, como intentando recordar lo sucedido. Al fin cada

cual contestó lo que mejor hubo de parecerle, poniendo en mayor angustia al Patriarca.

—Me parece que sí; digeron algunos con voz remisa.

—No señor, no; dijeron otros con la resolucion del que sabe una cosa. Jesus no se ha marchado con nuestras madres. Yo lo recuerdo bien.

—Vos lo teníais de la mano cuando nuestras madres han salido del templo; añadió Santiago.

—No es cierto: mira tú si iría á quedarse solo en Jerusalen!

Nada sacó en limpio el Patriarca de sus preguntas, sino un aumento de angustia y mayor sobresalto; porque no sabiendo á cuál de los niños dar crédito, unas veces le parecía estar la verdad de parte de los que se pronunciaban por la negativa, y otras de parte de la afirmativa.

Con esta indecision, con esta cruel pena é incertidumbre, fuéron acercándose á Siquem, donde debía poner fin al cruel estado de su ánimo la más hermosa realidad ó el más cruel dolor; un dolor con el cual no pueden ser comparadas las congojas, las agonías, las amarguras de la muerte.

Su nobilísimo y afligido corazon se elevaba al cielo á veces, implorando más firmeza en su esperanza; pero el cielo parecía de bronce, y no contestaba á sus plegarias.

—Dios mío y Padre mío, tened misericordia de nosotros; no nos abandonéis ni un momento; no per-

mitáis que venga sobre mi casa la inmensa desgracia que me temo... ¡Ah! conservadnos á María y á mí vuestro Cristo. ¡Piedad, piedad! Bien es cierto que yo soy indigno de tenerle por Hijo; pero vos ya conocíais mi indignidad cuando lo confiasteis á mi cuidado paternal. ¡Oh! arrancadme la vida ántes que permitir viva léjos de Él; porque morir á su lado ha de ser dulcísima vida, y vivir léjos de Él ha de ser cruelísima muerte!...

A veces, miéntras con estas ansias esperaba la llegada de la Vírgen santísima, se preguntaba aterrado, temblando, como las hojas amarillas de los árboles tiemblan oreadas por las brisas del invierno:

—¿Qué harías, José, si hubieses tenido la desgracia de perder al Niño de tu amor?... ¡Dios mío! exclamaba levantando los ojos al cielo y dejando caer las manos con abatimiento: ¡Dios mío! ¿Habría muerte comparable á mi dolor? ¡Oh! ¡no quiero pensarlo; no quiero pensarlo!... ¿Pero y si fuese cierto?... Me ahoga esta idea; el corazon no tiene espacio suficiente en el pecho para latir con la violencia del sobresalto!... ¡Ay! ¿qué sería de mí?

Y así hablando lloraba; y sus lágrimas, que corrían silenciosas como las aguas de un río muy profundo, caían gota á gota sobre el camino, junto al cual esperando á María estaba sentado.

Los ángeles debían recogerlas, sin duda, ántes de llegar al suelo, para depositarlas en la copa de oro de los méritos del Patriarca, á fin de que recibie-

sen la merecida recompensa en el día de la justicia.

Las gentes, con todo, no advirtieron el dolor del santo Esposo de María; porque este amargo perfume del alma, si es verdadero, procura ocultarse cuidadosamente. Las miradas de los curiosos lo avergüenzan, lo lastiman, lo aumentan, lo pisotean, lo profanan.

Al fin le pareció á José divisar á lo léjos un grupo de tres mujeres, que con paso más rápido que el de la multitud, se iban acercando al lugar donde esperaba. Por de pronto le pareció reconocerlas; luégo le pareció que no, porque como era ya tarde y el día estaba al crepúsculo, y los ojos del Patriarca cansados de mirar y anublados por las lágrimas, no le transmitían los objetos con fiel regularidad.

—¡Ellas son!... se decía, escudriñando la multitud por ver si lograba divisar al Niño.

Mas como no lo conseguía, queriendo conservar todavía la esperanza, continuaba:

—No, no son ellas... al ménos no lo parecen... Y por otra parte no doy con el Niño... Pero sí; si que lo son. Aquella es María, mi amada María; la de su derecha es la esposa de mi hermano; la de su izquierda es Salomé; bien las conozco: no hay duda, ellas son... ¿Mas cómo puede ser?... Ahora se me ocultan tras aquel grupo... ya vuelvo á divisarlas... no lo son, vamos no lo son... ¡Cuánto tardan, Dios mío, cuánto tardan!... Mas ¿qué digo? Son ellas po-

sitivamente, son ellas; no me cabe duda ya... ¿Y dónde está mi Hijo? ¡no le veo!... ¡Oh! ¡cruel, horrible indecision, espantoso martirio el de mi pobre alma!...

Y haciéndose violencia desesperada, pudo ahogar, ántes de nacer, un gran sollozo, que volviendo con fuerza al corazon de donde saliera, pareció hacer esfuerzos para arrancarlo y pulverizarlo en medio de las entrañas. Pero el sollozo así reprimido le dió un hipo parecido al de la muerte.

El Patriarca intentó ponerse en pié y sus miembros temblorosos no obedecieron al impulso de la voluntad. El espíritu parecía querer escaparse de aquel hombre tan atribulado, y el cuerpo no tenía fuerzas.

—¡Dios mío, valedme! balbuceó con una tristeza tan grande, que si las rocas fueran capaces de llorar, al oirle las del borde del camino hubieran quedado deshechas en llanto.

Un segundo, supremo esfuerzo de José, logró hacer levantar el cuerpo atribulado y oprimido bajo el peso de un inmenso infortunio, que venía cayendo sobre él con una rapidez y una enormidad agobiadoras. Mas entónces no podía andar al parecer iba á desplomarse á cada momento como un beodo, y es que ebrio estaba del vino ingrato de la copa del dolor.

Y pálido, sudoriento, tembloroso, medio muerto, mirando á María que iba acercándose rápidamente, como

si la misma pena y angustia la dieran fuerzas, ó mejor, alas, esperó inerte cual una estatua al borde del camino.

La Vírgen santísima le conoció, y miró en derredor del Esposo que amaba tanto.

¡Ay! allí no estaba Jesus... ¿Por qué no estaba allí? ¿Por qué si eran ciertas las suposiciones de sus hermanas, no salía á recibirle el Hijo adorado como lo hiciera otros días? ¿Por qué José parecía, más que alegre de verla, la misma estatua del dolor?...

María suspiró; no pudo contener más tiempo el torrente de las lágrimas, y rompiendo en gemidos, vino corriendo al lugar donde la esperaba José.

Miráronse los amantes Esposos. Su primera mirada fué una pregunta; su segunda mirada los ángeles sabrán tal vez lo que fué, pero no lo sabemos nosotros. Toda la desolacion que cabe en el alma humana más pura y delicada, brotaba de los rayos de aquellos ojos benditos.

—José; preguntó María con voz desmayada; ¿dónde está mi Jesus?

El Patriarca pensó caer muerto oyendo esta pregunta desconsoladora.

Y viendo María que no se la contestaba, vaciló; sus piernas se negaron á sostenerla, y si no por la esposa de Cleofas y por Salomé, que llegaron á tiempo para recibirla en sus brazos, hubiera dado con su precioso cuerpo en tierra.

El Patriarca miraba todo aquello sin poder mo-

verse. Si su cuerpo hubiese sido de mármol, no se resistiera más al esfuerzo de su voluntad.

Atontado, sin sentidos, casi sin vida, miraba todo aquello...

Y no acudía en auxilio de su Esposa amada porque no podía.

Y cuando entrambos no murieron en aquel momento; cuando los sollozos no los ahogaron; cuando los corazones no estallaron dentro de sus nobilísimos pechos, fué por sostenerles el Padre Eterno, movido del amor que tenía á su Hijo, y de la oracion de Jesus en el templo.

Pero la muerte que no venía para ellos; la muerte que huía de ellos, era parte para aumentar su tormento de una manera incalculable; porque hay dolores superiores á todo dolor; porque la muerte más cruel es consuelo á ellos.

Y como el de María y José no lo ha habido, no lo habrá en toda la sucesion de los siglos, exceptuando los que afligieron el alma y atormentaron el cuerpo de Jesucristo.

El deliquio de la Vírgen se prolongó poco, porque el amor, la necesidad de buscar á Jesus, la misma grandeza del dolor la dieron fuerzas.

Al mismo tiempo el atonismo abandonaba á José, que acercándose á su trémula Esposa, no tuvo aliento sino para decirla:

—María; ¡ay de nosotros! ¡Hemos perdido á Jesus! No me engañaba el corazon.

—¡Hijo mio, Hijo mio! ¿Dónde estás?... ¿Cómo hemos podido perderte sin perder la vida?

Y entrambos se aproximaron. La Vírgen afligida apoyó la cabeza sobre el pecho del afligido Patriarca, y ambos rompieron en amargo llanto, en gemidos y suspiros desolados.

Para llorar sobre su inmenso infortunio se habían acercado; el dolor de aquellos corazones nobilísimos, siendo la flor de un mismo árbol de la mirra, se unía para confundirse en uno solo.

Las compañeras de la Vírgen lloraban tambien á lágrima viva. ¿Y quién no había de llorar siendo testigo de un cuadro semejante? ¿Quién no había de llorar en presencia de tan inmensa y justa afliccion?

Aquel estado duró pocos momentos. María, como más fuerte que el Patriarca en materias del espíritu, levantó á no tardar la pálida cabeza. La luna, testigo de aquella escena tristísima, rielaba en las abundantes lágrimas que surcaban las mejillas de los dos Esposos.

—José; ¿qué hacemos aquí? Jesus no está con nosotros, ¿y nos detenemos para desahogar nuestro dolor?... ¡Ah! que no le amaremos como debemos, cuando así buscamos un consuelo que no podemos hallar fuera de Él; ¡ah! que cuando le hemos perdido es tal vez por merecerlo por nuéstra tibieza en amarlo: pero busquémosle hasta haberlo encontrado; hagámonos merecedores de ello con nuestra solicitud por encontrarlo... ¡Oh! Hijo de mis amores, vida

mía, luz de mis ojos, aliento de mi alma; ¿dónde estás? ¿Dónde podrá hallarte tu infortunada Madre? ¡Ay de mí!...

Y volviéndose á sus compañeras inconsolables, las dijo:

—¿No os lo estaba diciendo? Ya lo véis: el infortunio inmenso que me temía ha caído sobre nosotros, y no podéis comprender hasta dónde alcanza este infortunio... No se engañaba el corazon de la Madre, cuando la decía: «Jesus no está entre vosotros; os váis separando de Jesus!...» ¿Y cómo podía dejar de ser así cuando Él es nuestra vida, y apartándonos de Él nos quedábamos sin alma?

—María; vayamos en su busca sin perder momento, sin darnos punto de reposo. Si hemos merecido la desgracia de perderlo, no descansemos un instante hasta hallarlo ó morir; dijo José revestido de valor sobrenatural.

—Sí, sí; busquémosle hasta hallarlo ó morir. Que los que hemos tenido la desgracia de perderlo por nuestra tibieza tal vez en amarlo, merezcamos dar la vida buscándolo, ó recobrarla encontrándolo.

¡Oh Jesus! exclamó dando un gran suspiro. ¡Cuán amarga es sin tí la vida!...

CAPÍTULO VII.

Desolacion.

María y José olvidados del cansancio, sin acordarse de sí mismos, no teniendo en cuenta más que la inmensa desgracia que les afligía, no pensando sino en su Jesus; con una desolacion enorme que no intentaremos profanar describiéndola y manoseándola, empezaron á ir en busca del Niño divino.

Numerosas gentes habíanse agolpado en derredor suyo, movidas así de la curiosidad como de una irresistible simpatía, y les preguntaban el motivo de su desconsuelo.

—Hemos perdido á nuestro Hijo; la vida nos ha abandonado. Decidme, por compasion, dónde se halla, para que su Madre pueda ir á buscarle; decídmelo si es que lo sabéis. El Señor os lo pagará.

—¿Quién es tu Hijo, desconsolada viajera? la preguntaban las gentes.

—Mi Hijo es mi Cristo, es mi amor, es mi vida. Es blanco como las nieves del Líbano y rubio como las rosas de Saron. La gloria de Dios sonríe á los hombres con su sonrís, y la misericordia del Altísimo se derrama donde quiera que pone él su mirada. No es posible verle sin quedar prendado de su hermosura; quien le ama suspira por el cielo y bendice

á Dios. Decidme si lo habéis visto, compasivos viajeros, porque su pobre Madre agoniza léjos de su lado.

—No hemos visto al que tú dices; no lo hemos visto por nuestra desgracia.

—Pero si le viereis, tened la misericordia de decirle que vuelva á mis brazos; decidle que no hay paz para sus padres, quienes le buscan inconsolables; decidle que no nos aflija más con su ausencia.

—¡Pobre Madre! murmuraban con tristeza las gentes ausentándose.

—¿Por dónde pensáis dar comienzo á vuestras pesquisas? preguntaron á los dos Esposos sus contristados parientes, participando de la afliccion que les desolaba.

—Por Siquem; contestó José, vuelto á su primitiva varonil energía, pero sin dejar de sentir la intensidad vivísima del dolor, la infinita grandeza de su infortunio. En Siquem debe de estar si ha salido de Jerusalen, ó aquí se dirigirá. Esperad al borde del camino por si llega, hermanos míos, para decirle nuestra desolacion y las amarguras del alma que apùramos: esperad aquí, no sea caso que si llega no encuentre posada donde albergarse el bien de mi vida.

—Nosotros os acompañaremos; dijeron Cleofas y el Zebedeo. Nuestras esposas sentadas aquí con los niños podrán esperar, miéntras preguntamos en todas las casas de la poblacion. Ya veréis como le encontraremos agregado á alguna comitiva de Galilea.

—No intentéis levantar esperanzas en nuestros

pechos, porque el desengaño sería muy cruel. Tenemos el alma partida en dos; el corazon se nos va en pedazos á cada suspiro.

—¿Y por qué no puede estar en Siquem? preguntaron los compañeros de José.

—El corazon nos dice que no está aquí, como nos decía que le habíamos perdido. Ya véis que no nos ha engañado: suspiró María levantando los ojos al cielo, no para implorar consuelo, sino para mostrar á Dios y á los ángeles su inmensa pena.

—No está aquí porque nosotros hemos venido muy aprisa. Nuestro paso ha sido mucho más rápido que no puede ser el suyo; añadió José, poniendo tambien en el cielo los ojos, para pedirle inspiracion.

—No desconfiéis ántes de tiempo. ¿Acaso no han llevado nuestro paso los niños?

—Es verdad; pero el corazon me dice no hallarse Jesus en Siquem; repitió la Vírgen santísima.

Y salieron en busca del Niño, sollozando, y llorando, y gimiendo.

Donde quiera preguntaban por Él; pero en ninguna parte obtenían noticias de Jesus.

Nadie lo había visto; entre la multitud de las gentes albergadas en la ciudad no estaba.

—¿Dónde estará? ¿Qué será de mi dulce vida? suspiró María, cuando, ya muy entrada la noche, regresaron al punto del camino donde las santas mujeres esperaban.

—Tal vez haya llegado y nos esté esperando con

nuestras esposas; dijeron sus compañeros, por no matar de una vez la última esperanza en aquellos corazones tan dignos de compasion.

María y José se contentaron con mover tristemente là cabeza, pero no dijeron una palabra.

Sus parientes respetaron su dolor. Tampoco ellos alimentaban ninguna esperanza.

Y los temores de todos tuvieron triste confirmacion. Jesus no estaba con las santas mujeres y los niños.

María y José se miraron con inmensa pena; pero aquella mirada era una pregunta muda que se dirigían.

—Regresemos á Jerusalen: dijeron luégo á un mismo tiempo, como si fuesen un pensamiento y una voluntad con dos lenguas y dos voces.

Y sin decir más; sin tener otra cosa en cuenta; sin pensar sino en Jesus, dieron el adios á sus parientes, é hicieron ademan de volver á Jerusalen, donde era lo más probable que el Niño estuviera.

—¡Tan de noche! Detenéos; ya saldréis mañana con la luz del alba.

—Imposible; exclamaron á coro José y María, llenos de horror. Es imposible que descansemos hasta haberle hallado. De hacerlo así seríamos los seres más criminales que se conocen.

—¡Haber perdido á Jesus y no buscarlo sin descanso ni tregua! continuó María. Si hubiésemos perdido un tesoro no reposaríamos un momento hasta

haberlo hallado, y estimaremos nosotros en ménos á Jesus que los mundanos sus riquezas? De proceder así, seríamos indignos de encontrarlo.

—Entónces os acompañaremos; dijeron con generosa resolucion Cleofas y el Zebedeo.

—Os ruego que continuéis vuestro viaje. Nos basta el dolor por compañero, y Dios, mirándonos compasivo, no nos abandonará! Dejad á los únicos culpables de esta pena, apurar el cáliz de la justa amargura que los oprime; dejad que ellos solos sean quienes se hagan, con la solicitud que pongan en buscarlo, dignos de encontrar el bien perdido.

—¡Culpa! exclamaron todos con horror, oyendo aquellos conceptos humildísimos y enamorados de los labios de María. No la hay; no puede haberla aquí. Sois víctimas de una desgracia y nada más.

—¿Y pensáis vosotros que de amar á nuestro Jesus como debemos, lo hubiéramos perdido?

—Culpa hay, pero no de los dos; culpa hay, pero no en María, sino en mí; apresuróse en decir José con profunda humildad. ¡Yo era quien tenía de la mano á Jesus al salir del templo; no es Miriam quien lo ha perdido, sino este infeliz pecador! ¡Ah! no habría sido así, de amarlo como se merece y como debo... ¡Soy indigno de tenerlo por Hijo; soy indigno de que los hombres compadezcan mi dolor!

—Oh José; te suplico que no aumentes mi pena con una nueva afliccion.

Las palabras de María eran tan suplicantes, que

el santo Patriarca, á pesar de su humildad y de creer cierto lo que dijera, resolvió no tratar más de aquel asunto.

Y luégo se despidieron de sus tambien apenados parientes, tomando el camino de Jerusalen.

Cuando llegaron al punto en el cual se bifurcaba, se miraron ambos Esposos, como preguntándose cuál de los dos eligirían. José dijo á la Vírgen Madre:

—Tomemos el que yo he recorrido. El Niño adorado venía conmigo en el templo.

—Sí, tomemos ese camino; bien que no sé qué me da el corazon. Pienso que no vamos á encontrarlo.

—¡Cuán amargas son esas palabras, María! No hay esencia de mirra comparable con ellas... Tambien yo opino como tú; tambien me temo que no vamos hoy á encontrar á Jesus.

Y poniéndose de rodillas, y humillando su frente hasta tocar el suelo con ella, añadió:

—Señor Dios, misericordioso y clemente, que te complaces en perdonar al pecador arrepentido que viene á tí. Aquí me tienes humillado, sumido en el abismo de mi confusion y de mi dolor. Compadécete de nosotros, y por amor á María inocente, dígnate hacer que encontremos á nuestro Jesus; pero castiga en mí de otra manera mi pecado... ¡Oh! vuelve Jesus, vuelve á mis brazos, para que te ponga en los de tu afligida Madre; vuelve, vuelve, vida mía; compadécete de la desolacion de tu Madre, y de la

de este tu indigno padre, bien que no merezca el regalo de una mirada de tus ojos... Vuelve á mis brazos, alegría de mi alma, que ya lloro amargamente haberte perdido; vuelve á mis brazos, esperanza mía, y perdóname acordándote de que he sido concebido en pecado, y de que vienes á buscar á los pecadores.

José besaba la tierra, ponía polvo sobre su cabeza, hundía en él su venerable frente, parecía poseído del frenesí de la humillacion; estaba dominado por una contricion perfecta. ¡Cuán agradables le eran á Dios aquellos extremos de amor; cuán provechosos para el alma del Patriarca!

La Justicia divina los escribía con letras de oro en el libro de la vida.

María quedó aterrada oyendo las inculpaciones que José se dirigía, y conmovida profundamente con las palabras que referentes á ella salieran de los labios y del alma del Patriarca.

—¡La copa del dolor le tiene embriagado, Padre mío! exclamó la amante Esposa. ¡Oh! ¡cuánto ama á Jesus! ¡Oh! ¡si yo le hubiera amado así, no nos hubiese dejado!

Y postrándose tambien, y besando la tierra humildemente, exclamó:

—Vuelve, Hijo mío, vuelve á los brazos indignos de tu Madre, para que te ponga en los amantes de su Esposo: vuelve, porque si yo no te amo cuanto te mereces, tú me enseñarás á quererte como tu po-

bre padre te quiere, y como deseas que te amemos. ¡Ay! yo no merezco regalarme con tu adorada presencia; pero tú eres tan bondadoso que no atenderás á mis deméritos, sino á tu clemencia; pero tú eres tan agradecido, que recordarás lo mucho que José ha hecho por tí, y querrás rocompensárselo no apartándote nunca más de su lado. El pobre envejece, y estando acostumbrado al divino calor de tu mirada, morirá de frío y de dolor si continúas ausente. Vuelve, vuelve, vida mía, á los brazos de tu Madre indigna, para que te ponga en los de tu amante y bondadoso Padre.

—Si el dolor que me da la pérdida de nuestro Jesus no fuera el más grande que se puede imaginar, pensaría no haberlo mayor que el que me causan las palabras de María. Yo el culpable, vindicado por Ella, ante tí, Justicia eterna; yo, el que ha perdido al Cristo, justificado por Ella, miéntras achaca á su desamor la causa de este inmenso infortunio! ¡Dios mío, Dios mío! ¡bendito seáis por aplicar á mi incuria este castigo justísimo! exclamó José sollozando.

Y luégo poniéndose en pié, dijo á su amada Miriam:

—Levántate, María, y vamos. No es hora de perder el tiempo en estériles apóstrofes. Ayúdame con tu diligencia á hacerme digno de encontrar á nuestro Jesus.

La Vírgen Madre, deseando no prolongar aquel debate de la humildad, en vez de contestar á su Espo-

so, levantó los suplicantes ojos al cielo, púsose en pié, y los dos siguieron su camino.

Nadie diría al verlos que aquel día habían hecho una jornada; que sus cuerpos estaban naturalmente rendidos; que no habían tomado alimento desde el medio día. ¡Tan ligero era su paso! La fuerza del amor y la fuerza de la pena los impulsaban, los movían: Jesus desde Jerusalen obraba sobre sus corazones amantes y afligidos con una fuerza oculta de atraccion irresistible, y los ángeles sostenían aquellos cuerpos, que de otro modo no hubieran podido dejar de desfallecer.

Y miraban á un lado y á otro, por ver si el Niño rendido no se había quedado al borde del camino, esperando la mañana; y todas las sombras se les antojaban el bien en cuya busca iban; todos los rumores, todas las voces parecíanles las voces de Jesus.

A veces el gemir del viento se les figuraba el grito del Niño adorado que llamaba á sus padres; á veces la sombra vaga proyectada á lo léjos por las ramas de un árbol, heridas de los rayos de la luna, se les antojaba que era Jesus, quien con los brazos abiertos corría á ellos. Entónces ellos corrían tambien gritando alegres *¡Hijo mio, Hijo mio!...* ¡Y cuán terrible era su desencanto viendo que lo que juzgaran ser el adorado Jesus, se reducía á la vaga sombra de un árbol ó de una roca!...

Cuando hallaban algun viajero lo detenían, hablábanle del Niño: le preguntaban si lo había visto,

le daban las señas de Jesus; pero ni una palabra alcanzaban de esperanza. Nadie les contestaba afirmativamente, nadie había visto al Niño.

De pronto el sobresalto creció en la Vírgen santísima hasta un punto indescriptible. Creció tanto, que hubo de ser notado de José aquel aumento en la pena de su amada Esposa.

—¿Por qué te acongojas más que no lo estabas, Miriam? ¿Qué nueva pena viene á aumentar la que nos aflige? Háblame, dímelo por piedad, si no es que me juzgues indigno de ello.

—¡Ah! si tanta es la desolacion de mi alma, te ruego no vengas á hacerla mayor, esposo mío, con esas palabras que me confunden y martirizan. Ten composion de la pobre María.

—Perdona, si he olvidado tu súplica, y díme el motivo de tu nuevo dolor.

—¿Quién sabe?... Tal vez ha llegado la hora suprema; tal vez nuestro Jesus, miéntras está apartado de nosotros, en manos de sus enemigos expía los pecados de los hombres.

—¡Morir Él, que es el autor de la vida; y morir á manos de sus enemigos! María; ¿qué nueva gota de acíbar acabas de verter en el cáliz de mi desconsuelo? preguntó acercándosela y tomando entre las suyas calenturientas una de las manos de la Vírgen.

—Para morir ha venido al mundo, para morir á manos de sus enemigos. ¡Ah! no han perdonado los días más tiernos de su infancia: ¿cómo quieres que

perdonen los hermosos de su adolescencia gentil?

El Patriarca quedó mirando á su desconsolada Esposa con el atonismo del dolor.

María prosiguió:

—Las profecías hablan de su muerte, de su inmolacion, de su generoso sacrificio; y lo describen con una multitud de detalles que aterran; y Simeon el justo me recordó todas las profecías con el vaticinio amargo del día de mi purificacion. ¿No lo recuerdas? ¿No recuerdas aquellas palabras solemnes, que tengo como una espada hundidas en mitad del corazon? «Este Niño; me dijo; estará puesto como señal de contradiccion, y la misma espada de dolor que le atravesará el alma, partirá la tuya en dos mitades...» Y yo lo ofrecí al Padre Eterno para la muerte que le tienen dispuesta sus enemigos; para la muerte con la cual se ha abrazado por salvar á los mismos que le inmolarán.

—Y tal vez en estos momentos esté padeciendo; tal vez en estos instantes sus enemigos implacables se ceben en Él, sin que vea á su lado un alma compasiva que comparta sus dolores, que le consuele con su amor; sin que nosotros estemos allí para ofrecernos por Él á la muerte, ó por lo ménos merezcamos ser confundidos en el mismo odio que le tienen, y morir en su dulce compañía! ¡Miriam, Miriam! ¡cuán gran motivo tienes para sobresaltarte; cuán justo y legítimo es el dolor que te consume! ¡Oh! Dios mío, si ha llegado la terrible hora del sacrificio

de vuestro Hijo, dignáos guiarnos al lugar donde padece, para que podamos morir en su compañía; para que al ménos podamos significarle que no todos le aborrecen en el mundo, que todavía le quedan almas amantes y fieles, para las cuales no hay desgracia como la de no poder morir por Él ó con Él.

—Acordáos, Padre mío, de que nos habéis puesto á su lado; de que habéis ligado en cierta manera sus destinos con nuestros destinos; de que tenemos cierto derecho á no separarnos de su compañía en vida, ni en muerte, y oid la rendida oracion de mi amado José; exclamó María, doblando las rodillas y levantando al cielo los ojos y las manos suplicantes.

Y despues de algunos momentos de silencio, de muda y fervorosa oracion, prosiguió:

—Sí, Padre mío; tenemos cierto derecho á padecer con Jesus, á ser perseguidos con Jesus, á ser odiados con Jesus, á morir en compañía de Jesus, y de su misma muerte. Vos nos habéis reconocido hasta el presente este derecho, porque las persecuciones, los sufrimientos y los odios contra Jesus, á nosotros tambien han alcanzado. Nosotros no ambicionamos más que compartir su suerte en la tierra, que acompañarlo en la muerte, que espirar entre tormentos como Él, y á la misma hora que Él, y por los mismos motivos que Él. No nos neguéis esta gracia, Padre mío, no nos la neguéis; os lo suplico por el amor que Jesus os tiene.

Este amoroso ofrecimiento; esta ardiente súplica,

digna de aquellos corazones tan puros, hermosa flor del jardin del amor de Cristo, les comunicó fuerzas inesperadas para proseguir el viaje.

—Vamos á Jerusalen; apresuremos el paso; porque si este es el día del sacrificio de Jesus, podamos ponernos en condiciones de ser inmolados en su compañía; dijo José.

Y redoblaron el paso, no sintiendo la fatiga del cuerpo, ni la extenuacion de las fuerzas, sino el dolor, la congoja, el sobresalto enorme de sus corazones.

—¡Quién me diera alas para volar! balbuceaba la santísima Vírgen de vez en cuando.

—¡Oh! ¡cuán tardo es el paso del hombre! exclamaba otras veces el Patriarca.

—¿Qué hará Jesus á estas horas? Si por acaso ha caído en poder de sus enemigos, ¿con qué tormentos estarán martirizando á la vida de mi alma, á la alegría de los cielos? decía la Vírgen inmaculada.

—¿Por qué, si es así, Hijo mío, por qué has querido apartarte de nosotros? Tú ya sabías que tus padres estaban dispuestos á padecer y morir por tí, ó contigo... ¿Por qué lo has hecho así con nosotros? preguntaba José con amorosa, ternísima queja.

Y bajo estas impresiones, con este cúmulo de dolor, con esta angustia enorme en el corazon adelantaban, preguntando á los viajeros si había habido alguna ejecucion en Jerusalen.

—Ninguna que sepamos; contestaban los viajeros, extrañando que María y José, los cuales tenian es-

crita en el rostro su santidad, se tomaran tanto intereses por un criminal; pues en aquellos tiempos, á pesar de ser tan malos, difícilmente se ejecutaba á nadie que no fuera un malvado.

Y proseguían rápidamente su camino, diciéndose en su afliccion:

—Acaso lleguemos á tiempo; tal vez podremos asistir á su cruento sacrificio, si es que ha llegado la hora.

Y como el amor, cuando teme por el objeto amado, tiene un poderoso auxiliar en la imaginacion para representarle lo peor que puede suceder, lo que probablemente no sucederá; no faltó en aquellos corazones incomparables este nuevo incentivo de su pena, pues con la ausencia del Cristo habían venido todas á una sobre ellos, acometiéndolos con una fuerza, con una rudeza indecibles.

Así es que, figurándose lo que no había, pensaron si por acaso estaría Cristo bajo el poder de sus enemigos; pensaron si éstos le atormentarían ocultamente.

—Tal vez no pretenden acabar su vida inapreciable sino en la sombra...

—¿Y dónde le podremos encontrar? ¡Dios mío; conducidnos por caridad al sitio donde está nuestro Jesus!

La mañana se adelantaba cuando entraron en Jerusalen, y las claras tintas del alba iluminaban con una luz vacilante los objetos. El movimiento se des-

pertaba progresivamente en la ciudad, y la vida y la alegría parecían renacer en el campo. Flores, aves, luz y céfiros todo sonreía, todo, ménos la Vírgen inmaculada y el Patriarca justo.

¡Cuán triste les pareció Jerusalen! ¡Cuán extraño el clamor de las trompetas que llamaban desde las almenas del templo las gentes á la oracion... que despertaban á los jerosolimitanos para decirles que iban á tener comienzo los sacrificios de la mañana!

La sola idea de sacrificio les estremecía, recordándoles el que tal vez á la misma hora estaría Jesus ofreciendo al Eterno Padre, en su Persona adorabilísima, por los pecados de los hombres.

Y con todo, sin decirse una palabra, se encaminaron á las alturas de Sion, siendo de los primeros en trasponer los umbrales del templo.

Necesitaban fortificarse con la oracion. ¿Y dónde, ademas, si Jesus gozaba de libertad, debían ir á buscarlo si no en la casa de su Padre?

—Ó Jesus no está en Jerusalen, ó le encontraremos aquí; se dijeron. Si está en la ciudad y no lo encontramos en el templo, sus enemigos implacables habrán caído como lobos rabiosos sobre Él, cual si fuera una fiera el que es un mansísimo cordero. !Ah! ¿es posible que tenga enemigos mi Jesus? exclamó Miriam.

—Es tristemente cierto. Y sin embargo, á nadie le ha hecho mal; á todos ama con amor entrañable, y sus gracias arroban todos los corazones. Es preciso

tener el alma de roca para no sentirse atraído por las gracias de su divina hermosura; es preciso tener el corazon duro como el acero, y malo como Satanas, para perseguirle... Pidamos, María, al Señor que nos conduzca donde Jesus está, para morir con Él, ó llevarlo en nuestra compañía.

Y dicho esto, la Vírgen subió desolada por las escaleras que con tantas y tan dulces emociones bajara el día anterior, y José en el mismo estado que María penetró en el atrio de Israel.

Ambos oraron fervorosamente al Altísimo; ambos derramaron abundantes lágrimas á la presencia del Eterno.

Su oracion ferviente se remontaba al cielo en alas de los suspiros del amor; acompañada del incienso de sus lágrimas, tan grato al Señor, y sin embargo, en apariencia el Eterno permanecía sordo á sus ruegos.

Ni un consuelo sensible descendía á ellos de lo alto: la misma aridez, el mismo tedio del alma, la misma desolacion que al entrar en el templo era la de sus corazones al salir.

—María, el cielo permanece de bronce para mí; le dijo José á la castísima Esposa.

—Y tambien para mí, querido José. Dios parece hacerse sordo á nuestras plegarias... Pero no hay que desconfiar; pongamos por encontrarle cuanto esté de nuestra parte, y viendo el Señor nuestra solicitud en buscarle, y nuestra desolacion por haberle perdido, querrá por fin que nos unamos de nuevo con Él.

—Esas palabras son amargas, Miriam; pero yo no sé qué de esperanza, qué de consolador va envuelto en ellas. Parece que opinas que nuestro adorado Jesus no ha caído en poder de sus enemigos.

—Sí; me da el corazon no sé qué paz; no sé qué tranquilidad. No temo por ahora su muerte.

—Esas palabras me devuelven la vida, esposa mía; dijo José exhalando un gran suspiro.

—Pero ¿dónde andará; quién le cuidará á la luz de mis ojos? Léjos de su Madre ¿quién le atenderá con la solicitud que le atendía yo? ¿Quién velará por Él miéntras duerme? ¿Quién estará á su lado para asistirle como se merece? Los hombres no le conocen; si al ménos le conocieran no estaría tan intranquila, porque entónces amándole más que yo, sabrían atenderle con más delicadeza que su indigna Madre.

—¡Cuán profunda es su humildad! balbuceó José para sus adentros.

—Mas no podemos estarnos mano sobre mano, y ya que hemos tenido la desgracia de perderle, merezcamos encontrarle con la solicitud que pongamos en buscarle.

—Eso es; combinemos un plan, para que nuestras pesquisas den el resultado que apetecemos.

—Si te parece empecemos recorriendo la ciudad, preguntando á todos por nuestro Jesus, y no dejando casa ni rincon de ella sin seguir y registrar. Así es más probable que por fin demos con Él.

—Eso debemos hacer, María; pero para que nues-

tras pesquisas é inquisiciones sean más eficaces, bueno será que nos separemos, y que tú sigas la ciudad por un lado, miéntras yo la sigo por otro.

—Me parece bien. A la hora del sacrificio de la tarde podemos reunirnos en el templo, para darnos cuenta de lo que hayamos logrado indagar. Y puesto que así lo tenemos dispuesto, pongamos manos á la obra. El Señor guíe nuestros pasos; el Señor se apiade de nuestro sin igual infortunio, y nos conduzca compasivo al lugar donde alienta con Jesus, nuestra vida y nuestra alegría.

Y dicho esto, María se dispuso á separarse de José. Éste la detuvo.

—¿Qué me quieres? preguntó la apenada, la inconsolable, la dolorida Madre.

—María, yo tengo el deber de velar por tu conservacion. Estás extenuada, necesitas algun alimento. Espera y come ántes un bocado, para que con el dolor y la debilidad no desfallezcas.

—José; yo me alimento del pan de mi dolor, amasado con mis lágrimas; no hay descanso para mí miéntras no encuentre de nuevo á Jesus. Mi cuerpo se ha olvidado de que es mortal, y el dolor mismo le impulsa, le mueve, le anima. José; yo te ruego desistas de tu propósito.

—No es posible, María: yo á mi vez te suplico que tomes algun alimento.

—Lo tomaré por obediencia, mas no porque sienta necesidad.

Miriam, la obedientísima Esposa tomó asiento en un poyo, y el Patriarca próvido puso delante de ella unas frutas, un pedazo de pan, y una escudilla de agua, que llenó en el pilon de la vecina fuente.

Y comieron muy poco los dos; tan poco, que era imposible les dieran aquellas viandas fuerza alguna.

Despues se despidieron, marchándose la Vírgen hacia el barrio llamado *hija de Sion,* y José hacia el opuesto, una de cuyas calles terminaba en la puerta llamada Judiciaria, porque por ella eran conducidos al lugar del suplicio los sentenciados á muerte.

Bien quisiéramos tener una pluma, arrancada de las alas de un ángel, para describir y pintar lo que hicieron aquellos angustiados corazones luégo de haberse separado; pero nuestro deseo no es realizable.

Entónces, ya sin temor de afligirse mutuamente con la expresion de sus amargos sentimientos; con la exposicion de sus vivos pesares, cada uno de los dos dió libre curso á la intensidad de su dolor, y se atribuyó la causa de haber perdido al Niño; se culpó delante del Señor; pidió perdon al Altísimo por su tibieza en amar y servir á Jesus, y por su descuido, pues no á otras causas achacaban ambos la pérdida del Cristo adorado.

Entónces era de ver el fervor con que suplicaban á Dios, José que por amor á su Inmaculada Esposa, y María que por amor á su virginal Esposo, les devolviera el Niño; entónces era de ver la explosion de sus amantes corazones; explosion ternísima, y en la cual

prometían en adelante cuidar más solícitamente al Cristo, emplearse con mayor solicitud en amarle, y no perdonar medio para servirle como se merecía.

Y así llorando unas veces, gimiendo otras, pálidos como cadáveres, demostrando en todo la inmensa intensidad de su sentimiento y de su infortunio, anduvieron por las calles de Jerusalen preguntando por el Niño, buscándole donde quiera, conjurando á todos para que por cuanto más amaran les diesen noticia de Jesus; les dijeran siquiera si le habían visto.

Pero nadie sabía responder á sus preguntas, bien que todos lo desearan ardientemente, porque no había alma que no se afligiera, ni corazon que no se quebrantara, viendo el inmenso dolor que oprimiendo y tiranizando estaba aquellos corazones tan nobles.

¿Quién había de darles noticias de un Niño hermoso y seductor, cuando tantos niños había en Jerusalen, y cuando no hay padre que no imagine á su hijo más hermoso y seductor que los demas hijos de los hombres?

Las señas que María y José daban de Jesus eran señas que todos los padres aplican á sus hijos.

Cuando rendidos más por el dolor que por la fatiga, y cuidado que esta era enorme, se reunieron José y Miriam en los pórticos del templo á la hora del sacrificio de la tarde, su angustia no tuvo límites.

—¿Qué has sabido tú del Hijo de mi alma? preguntóle la Vírgen á su Esposo.

—No he tenido la dicha de que alma viviente me

diera noticias de Él. ¿Y tú tampoco las has tenido? preguntó con el temor de quien espera una respuesta negativa.

—Tampoco las he tenido yo. ¡Ay de mí, José, ay de mí! ¿Por qué el Hijo adorado no vuelve á mis brazos?

Esta pregunta era capaz de quebrantar el corazon más duro de cuantos han existido.

José hizo esfuerzos al oirla por reprimir un sollozo enorme. La compasion que María le inspiraba era sin límites, y aquella frase, y el acento con que fué proferida, eran todo un poema de dolor.

La Vírgen plegó las manos dejándolas caer con abatimiento; levantó los ojos enrojecidos al cielo, y dijo:

—No hay dolor igual á mi dolor. Las penas y las amarguras á su lado se me hacían dulces y agradables, porque todo lo suavizaba para mí su regalada presencia; pero esta desolacion, esta angustia, este dolor no tiene límites, porque siendo lo más triste que le puede suceder á una Madre, no le tengo á mi lado, no le veo con mis ojos, no siento su regalada influencia para hacérmelo llevadero y agradable. Hijo mío, has dejado solos á tus pobres padres, en medio del más vivo dolor!...

—Solos, sí, solos: no sólo no te vemos, sino que tu dulcísima influencia no obra, al parecer, sobre nuestros corazones; porque no oimos tu voz en el fondo del alma, tu voz, que sería inefable bálsamo

para las heridas abiertas en ella por el infortunio que lloramos!... Hijo mío, dulce Hijo mío, vuelve á nuestros brazos, vuelve y no tardes, porque si tu vuelta se prolonga, tus padres dejarán de existir.

—¡Cuán cierto es esto! añadió la desolada Madre. Tú eres el aliento de nuestra vida; faltándonos tú, ¿cómo podemos subsistir? ¿Por ti laten nuestros corazones; estando tú ausente, ¿cómo no han de apagarse sus latidos? Nuestra alma acostumbrada á verte se siente morir, y exhalará el último aliento con un suspiro, como no vengas á dárselo de nuevo con tu amada presencia... ¡Vuelve á nuestros brazos ya, bien mío, vida mía, luz de mis ojos, regocijo del corazon de tu Madre!...

—¡Oh Dios piadoso! compadécete ya de esta Mujer infeliz, como nunca ha habido otra.

Y habiendo pronunciado esta súplica tan ferviente y desinteresada, José vió de pronto calmar el dolor de María, cual si sobre su alma hubiese venido un bálsamo divino.

El Patriarca suspiró, desahogando su pecho de una gran parte de la enorme opresion que le afligía.

—Gracias, Dios mío; gracias, porque al fin os habéis dignado escuchar la oracion de vuestro pobre siervo; porque empezáis á darme á conocer que perdonáis mi incalificable descuido! dijo para sus adentros.

—José; un consuelo celestial ha venido á mi alma; la viveza del dolor, la amargura de la angustia han

cedido, dulcificados por no sé qué inefable esperanza. ¡Cuán bueno es Dios!

—¡Esperanza!... ¡Oh! repite esa palabra, Esposa mía, repítela por caridad, no sea caso que haya oído mal. ¡Esperanza!... ¿Con que encontraremos al fin á nuestro Jesus; con que no se cerrarán mis ojos sin que ántes haya tenido la inefable dicha de verle otra vez; con que mi alma no abandonará la vida sin ántes haber oído una misericordiosa palabra de perdon salida de sus labios?... ¿Tú esperas, María?

—Sí; la paz que ha venido á mi alma, me da á entender haber sido oídas mis súplicas; haberse Dios, que da la esperanza al hombre para que su vida no sea una tempestad continua, compadecido de nuestra afliccion intensa: sí; espero en que Jesus volverá á nuestros brazos.

—¡Bendito Dios, que has puesto este gérmen de vida en el fondo del alma que agoniza; bendito Dios, que te has compadecido del dolor de estos infelices, y has vertido una gota de miel en la copa de nuestras amarguras!

—Pero ¿quién sabe cuánto tardaremos en volver á verle todavía? suspiró la Vírgen.

—¡Cuán largas son las horas que se pasan buscándole y no encontrándolo!... añadió José.

CAPÍTULO VIII.

El crepúsculo matinal.

No se durmieron, con todo, nuestros afligidos Personajes sobre aquella esperanza, y recordando el principio de que el hombre ha de poner por su parte todos los medios de conseguir lo que apetece si no quiere tentar á Dios, bien que rendidos, como es de suponer, resolvieron continuar sus incesantes pesquisas.

—No vale tan poco nuestro Jesus; se decían; para que nos permitamos el descanso ántes de haberle hallado.

Y tomaron una pobre refaccion como por la mañana, miéntras se sentaban en un duro poyo.

Luégo continuaron sus pesquisas; mas no en la manera que durante el día, sino los dos juntos, pues no era decente que la Vírgen inmaculada anduviera sola de noche por las calles de la ciudad.

No había cerrado aún el crepúsculo vespertino, cuando una mujer compasiva, á la cual preguntara María por la mañana, movida á piedad les detuvo.

—¿Has sabido de Él, compasiva señora mía? la preguntó la Madre de Dios.

—Tal vez sí. Entrad; tomaréis asiento y descansaréis bajo el techo hospitalario de mi casa.

—No es para nosotros la hora llegada del descanso; gracias, señora mía; díjola Miriam.

—Entrad, os ruego, por el santo nombre de Jehová: tomaréis asiento y comeréis mi pan, miéntras yo os referiré lo que tal vez he sabido de vuestro Hijo: insistió la piadosa jerosolimitana, tomando de la mano á la Vírgen, y atrayéndola al interior de la morada.

La Madre de Dios para premiar la virtud de la hospitalidad de aquella mujer, y para que ésta no imaginara un desaire en lo que no había sino gratitud, dejóse vencer de los ruegos, y seguida de José penetró en la casa, donde aquélla les hizo tomar asiento, presentándoles una sustancia confortante, que no pudieron rehusar, porque la caridad tiene una fuerza irresistible.

—Pero bien; no nos tengas por más tiempo el ánimo intranquilo. Dínos, qué has sabido de mi Jesus; la suplicó María, besándole las manos, verdaderamente agradecida.

—Cuando nos hemos separado esta mañana, he sentido que me quedaba sin corazon. Tú te lo llevabas, hermana mía, tú te lo llevabas en pos de tus gracias y de tu dolor. Como soy madre, y amo á mi hijo más que á la luz de mis ojos, pensaba que haría yo, si como tú tenía la desgracia de perder al hijo de mi alma, y este pensamiento me estremecía, me ha hecho llorar mucho, y rogar al Señor no permitiese que viniera sobre mí semejante infortunio; porque sólo una madre puede apreciar la extension

de semejante desgracia. ¡Oh! ¡si nuestros hijos supieran cuánto les queremos!...

—El mío lo sabe, hermana mía; el mío lo sabe; dijo Miriam.

—No aumentaré pena á la que te aflige, negando lo que afirmas; pero es cosa muy extraña, porque nadie conoce lo que se ama un hijo, hasta que lo sabe por experiencia; y entónces ¡ay! apénas nos acordamos de que somos hijos, miéntras no podemos olvidar que somos padres.

María y José asintieron á esta verdad con un movimiento afirmativo de cabeza.

La caritativa, la piadosa jerosolimitana que tanto interes mostraba por María, continuó:

—Yo no podía apartar de tí mi corazon, ni mi memoria. Me acordaba de tí de tal modo, que comenzando una oracion por que Dios no permitiera me viese en tu triste caso, la terminaba, sin advertirlo, rogándole que se compadeciese de tu dolor, y tuviera misericordia de tí.

«Así orando estaba, cuando háse acercado un Niño cuya hermosura y gracia eran prodigiosas. La modestia y la humildad estaban como grabadas en su rostro; despedía de sí yo no sé qué virtud atractiva, ni más ni ménos que despide rayos el sol. Mirándole me olvidé de tí y de tu dolor: parecíame estar á la presencia de un ángel. Era imposible verle y no apetecer mirarlo siempre.»

Oyendo este relato, esta descripcion hecha por la

buena mujer con el calor de un vivo entusiasmo, José y María hubiesen olvidado su pena, de no ser esta de naturaleza inolvidable; pero era para ellos un gran lenitivo; era como un vaso de agua fresca para la garganta del sediento.

Y estaban suspendidos de los labios de la jerosolimitana, como la sensitiva de los rayos del sol que la regocija; como los ojos del tierno niño de la llama de una brillante luz.

Toda el alma, todo el corazon de los santísimos Esposos estaban en sus oídos y en sus ojos.

—¡Oh! esa descripcion que haces del Niño, sólo al nuestro puede convenirle; dijo José.

—¿Y á quién se parecía ese Niño que así te ha robado el corazon? preguntó María anhelante, deseando oir un nuevo detalle, que confirmara sus alegres sospechas.

La jerosolimitana miró atentamente á la Vírgen inmaculada, y luégo al glorioso Patriarca.

—Tú eres su padre; sí, sí; no cabe dudarlo: las líneas de su rostro son las del tuyo, pero más correctas, más dulces, más perfectas. Tienen toda la virilidad de tu cara, y toda la gracia, toda la dulzura, toda la hermosura de la tuya, hermana mía, ¡Oh! sí: ya no dudo. El Niño que he visto es tu Hijo. ¡Cuán feliz y dichosa soy con poder comunicarte esta alegre nueva!

Y diciendo esto abrazó á la Vírgen santísima, dando con ello evidentes testimonios de ser cierta la

alegría que demostraba; alegría que era muy grande.

Los dos santísimos Esposos pensaron morir de dicha oyendo á la buena mujer. No hay crepúsculo tan bello de ninguna mañana, para el que espera con ansia el fin de una tempestuosa noche, como fueron bellas aquellas palabras bienhechoras para María y José. ¡La luz! la luz con toda su hermosura; con toda la alegría que por do quier derrama, no puede compararse en sus efectos sobre la naturaleza, con el que aquellas palabras hicieron en los oprimidos corazones del Patriarca y de la Vírgen.

—Dios recompense generosamente, hermana mía, el bien que nos estás haciendo; díjole la Madre inmaculada oprimiéndola con gratitud sobre su corazon, é imprimiendo un beso amoroso en su rostro trigueño.

—Ya me lo paga; ya me lo paga, porque tú no sabes lo que está pasando por mi desde que he visto á tu Hijo; desde que he tenido la dicha de hablarle; desde que te aprieto contra mi corazon. Esto es un trasunto de la gloria.

—Pero háblanos de nuestro Jesus; dínos qué ha hecho... dínoslo por caridad; suplicó José.

—¿Jesus has dicho que se llama? ¡Oh! no tiene duda; es Él, es Él, porque el Niño á quien me refiero tambien se llama Jesus... ¡Qué nombre tan dulce lleva vuestro Hijo!... Pero yo no sé si al llevarlo le comunica mayor dulzura. Es un bálsamo ese nombre en el Niño; es una gota de miel á las amar-

guras de la vida! ¡Dios mío! ¡por qué mi hijo no se llama tambien Jesus!

—¡Ah! ¡cuánta dicha!... El día se levanta para nosotros, á quienes ha amanecido al oscurecer.

—Es que anocheció para nuestros corazones al medio día, Miriam.

—Pero oid, oid: se me ha acercado vuestro amable Jesus, miéntras tenía mi hijo al lado, y pensaba en tu dolor, hermana mía, y rogaba porque el Señor fuera servido consolarte.

—¿Qué te ha dicho? preguntaron á coro los dos virginales Esposos, movidos del más vivo interes.

—Sin saber de dónde venía se me ha puesto delante; me miraba con mirada que enciende en el alma viva llama de amor, y me sonreía con más gracia que no sonríe el cielo á la tierra cuando se desvanece la tempestad y aparece el sol entre nubes tornasoladas y brillantes; pero á quien miraba y sonreía con más placer era á mi hijo. Aquella mirada, aquella sonrisa eran una bendicion de Dios.

—«¿Qué me quieres, hermoso Niño? héle preguntado cariñosamente, y al mismo tiempo con singular respeto.

—«Compasiva mujer; me ha contestado; dadme una limosnita por el santo nombre de Dios.

«Y me tendía la blanca mano con gracia sin igual. Era imposible resistir á su demanda.

«Yo lo he acercado á mi corazon, le he abrazado á un mismo tiempo con mi hijo, y haciéndole entrar

en mi casa, héle obligado á tomar asiento; ahí precisamente donde estás tú, hermana mía.

—«Espera; le he dicho; hermoso Niño; voy á partiros el almuerzo de mi hijo.

«Y miéntras yo estaba aderezando el almuerzo para los dos, Él hablaba con el que es la alegría de mi casa y regocijo de mi alma. Sus palabras eran sabias como la misma sabiduría, y santas como la misma santidad. Es tan juicioso que parece un anciano.

«No ha querido admitir del almuerzo más que algunas frutas y un poco de pan; pues me ha dicho no estar acostumbrado á otros alimentos, ni corresponder á los pobrecitos otras viandas.

«Pensando entónces en tí, hermana mía, héle preguntado si tenía Madre. ¡Hubieses visto la sonrisa amorosa que ha vagado entónces por sus labios divinos, y tu corazon se hubiera regocijado con la alegría de los cielos! ¡Cuánto os ama! ¡Cuán dichosos son los padres que merecen tales hijos del Señor!»

María y José enternecidos plegaron las manos, y lloraron una lágrima de alegría.

Bien la necesitaban los pobres, despues de haber llorado tantas de honda pena.

La jerosolimitana prosiguió su animada y fidelísima relacion, de la siguiente manera:

—«¿Si tengo Madre, me preguntáis? háme dicho con inefable ternura. Madre y Padre tengo yo, que me aman más que á su vida, y á quienes quiero con todo el amor de mi alma.

—«¿Y cómo teniendo padres que te amen tanto, andas solo por esas calles? ¿Los tienes tal vez enfermos?

—«Enfermos de amor están; me ha contestado. Si no voy con ellos ahora, no tardaré en juntármeles, porque ellos no viven léjos de mí, y yo á su lado estoy muy bien.

—«Acabo de hablar con una madre desconsolada, que gimiendo y llorando busca al Hijo que ha perdido desde ayer. ¡Si vieras tú con qué dolor suspira, y con cuántas ansias y agonías busca al Hijo de su vida! ¿Andas perdido tú?

—«¡Pobre Madre! me ha dicho suspirando. ¡Cuánto sufrirá! Mas yo no ando perdido, sino que el espíritu me impulsa, y Dios misericordioso me mueve para que atienda á su gloria. Este es el destino del hombre.

«Ha pronunciado la palabra *espíritu* de una manera, que me he quedado llena de respetuoso estupor. Había en sus palabras autoridad extraña á sus años; había alguna cosa sobrenatural. Yo he sentido cómo se me imponía al corazon y á la voluntad: me imaginaba en aquel momento ante vuestro Hijo más pequeña que un niño de pechos.

—«¿Y buscas á tu Madre tú tambien? le he preguntado sin osar poner los ojos en su rostro.

—«Mi Madre está en mí, y yo estoy en ella. Nos une vínculo indisoluble de amor, y nadie podrá separarnos. Yo vivo en su corazon, y ella vive en el

mío... ¿Y no habéis visto á padre? ¿Iba sola la mujer de que me habláis?

—«El padre del Niño perdido lo busca por otra parte, con la misma afliccion, con el mismo dolor, segun la desolada mujer acaba de decirme. Si tú eres su Hijo, mira de unírteles de nuevo, porque es tanta su pena, que de prolongarse la separacion y sus agonías, vas á quedar huérfano, Niño mío.

—«No, no ha de prolongarse nuestra separacion. Ellos continuarán buscándome, y Dios, compadecido de su dolor, hará que nos reunamos en breve en la casa de mi Padre.

«Y habiendo dicho esto se levantó; dió un abrazo y un beso á mi hijo, y despues de haberme dicho que Dios recompensaría mi caridad, se ha dirigido á la puerta para salir.

—«No permitiré que salgas de mi casa sin ántes haberte exigido que me pagues.

—«Soy un pobre Niño, que, como ya véis, vivo de limosna, miéntras no me haya juntado con mis padres.

—«La recompensa que te exijo está más abundante en la mano del pobre que en la del rico.

—«¿De qué recompensa habláis? ¿Qué puede tener un niño tan pobre como yo?

—«Tienes una bendicion que dar. El Dios omnipotente la hará eficaz.

—«El Señor bendiga toda vuestra casa, y generoso recompense en el cielo vuestra caridad; ha dicho

poniendo los ojos en alto y levantando las manos con inimitable expresion de beatitud.

«Dentro de mí y de mi hijo había una fuerza extraña, que nos ha obligado á hincar las rodillas para recibir aquella inefable bendicion.

«Y me ha parecido sentir dentro de mí la gracia y la misericordia venir copiosas de Dios.

—«No estoy satisfecha; le he dicho, movida de irresistible impulso, y sin darme apénas cuenta de lo que decía.

—«¿Qué más queréis? háme preguntado con inefable, bondadosísima sonrisa. Habéis dicho bien que el pobre posee más copiosa que el rico esta moneda con que recompensar la limosna recibida.

—«Quiero que no te vayas de aquí sin haber bendecido á mi hijo.

«El hermoso Niño, que de tal modo cautivara mi corazon; que me tenía presa de sus encantos y gracias; ante el cual extrañamente encogida y respetuosa estaba, ha estrechado entre sus brazos á mi hijo, le ha dado un beso de paz, le ha tenido unos momentos oprimidos contra su Corazon, y ha dicho:

—«El Señor Dios misericordioso encienda en tu pecho la santa llama del amor divino, derrame sobre tí la abundancia de sus gracias, y te dé paz; aquella paz que el mundo no conoce, porque no es del mundo.

«Mi hijo quedó como transfigurado, y desde entón-

ces parece un hombrecillo por lo juicioso, á pesar de sus cortos años. La bendicion de aquel Niño ha convertido su alma en un panal tierno de miel. ¡Oh! ¡qué limosna tan bien recompensada ha sido la mía! ¡Cuán cierto es que quien da limosna, pone en las manos de Dios un capital á rédito; capital que le da el ciento por uno!

«Hecho esto, el Niño hermoso se iba á marchar. Yo le he detenido otra vez, porque me parecía llevarse mi alma y mi corazon.

«Se ha sonreído amablemente, y me ha preguntado:

—«¿Qué más pretendéis de mí?

—«Acaso otros no se interesen por tí como me intereso yo, pues hay almas muy duras en Israel. Quiero que te lleves alguna cosilla para cuando tengas necesidad, miéntras encuentras á tus padres.

«Jesus volvió á sonreirse; miróme con inefable dulzura y despues de una pausa dijo:

—«Dios, que provee de alimento á las avecillas del cielo y á las plantas del campo, no ha de dejarme abandonado á mí que soy imágen y semejanza suya. No debe preocuparle al hombre lo que comerá ó beberá, sino hacer la santa voluntad del Altísimo, pues la Providencia dejaría de serlo, si no proveyera á sus criaturas. Con todo, es tanta vuestra buena voluntad, que no puedo rehusar lo que me ofrecéis.

«Edificada por estas palabras, tan sublimes como inauditas; no salidas nunca de los labios de un rabino anciano, y brotadas de los de un tierno Niño;

pensando en la gran verdad que contienen, héme entrado en la despensa, y sacando yo no sé qué, héle obligado á tomarlo.

«Me ha dado las gracias y se ha salido, implorando sobre esta casa las bendiciones del cielo.»

—¡Ah! ¡Él es! exclamó María. No le conozco por el retrato físico que de Él nos has hecho, piadosa hermana mía; sino por sus conceptos sublimes, por sus palabras empapadas en caridad, por sus ideas de perfeccion, que arrebatando los corazones los elevan á las alturas de los cielos, y las sumergen en el delicioso abismo de la divinidad. Él es; mi Jesus adorado!... ¿Con que tus padres no tardarán en verte? ¿Con que en breve tendremos la dicha inefable de estrecharte entre nuestros brazos?...

—Piadosa jerosolimitana; el Señor ha empezado á recompensar tu caridad acá en la tierra; el Señor la recompensará más abundantemente en la gloria; pero esto no obsta para que nuestras almas te queden eternamente agradecidas por lo que con nuestro Niño has hecho; por las palabras de inefable esperanza que nos acabas de dirigir. ¡Bendita seas tú del Altísimo, tú y toda tu casa! dijo José, besando agradecido la mano de la compasiva mujer, por más que ésta la retirara, juzgándose indigna de aquella expresion.

—Sí; el Señor te recompense el bien que á mi Hijo y á nosotros has hecho.

—Prescindiendo de la del cielo, no sé que pueda haber mayor recompensa que la mía.

—¿Y no tienes nada más que decirnos de nuestro adorado Jesus? preguntó Miriam.

—Sí, todavía tengo que hablaros de Él. Oid: contestó la buena mujer, experimentando un júbilo indecible por ver cuánto bien hacían sus palabras á la Madre de Dios y al virginal Esposo. Acaso lo que voy á deciros va á daros alguna luz para encontrarle. Ya veréis.

«Apénas acababa de salir de aquí, he pensado en tí, hermana mía, he corrido á Él, y deteniéndole le he dicho:

—«Vas á prometerme una cosa, Niño hermoso.

—«¿Qué queréis que os prometa, alma caritativa? me ha contestado, acompañando de una sonrisa estas palabras.

—«Que mañana te pasarás por aquí, si no has encontrado á tus Padres, para que te dé una limosnita.

—«Os prometo que sea como fuere, mañana iré á visitaros.

—«Ahora ya estoy contenta. Vete en paz y que Dios te proteja.

«Y se ha ausentado; pero como con Él se iba mi alma, héle quedado mirando.

«De pronto se me ha ocurrido la idea de que tú te alegrarías de saber dónde pára; porque tenía un como presentimiento de verte.»

—¿Y qué has hecho? preguntóla María anhelante; con ansia infinita.

—Seguir sus pasos, porque me he dicho: «Acaso

logres saber dónde se alberga, y cuando veas á su pobre Madre, podrás alegrar su corazon afligido con esta noticia.»

—¡Hermana mía!... balbuceó la Vírgen plegando las manos con una inimitable expresion de gratitud.

—Si te diéramos la vida en pago del bien que nos estás haciendo, no te daríamos nada; pero Dios tiene un cielo con que premiar á los buenos, y éste no té faltará; añadió José.

La buena mujer, cual si no hubiese oído estas expresiones, prosiguió:

—Héle, pues, seguido de léjos. Cuando por torcer de calle dejaba de verlo, no por eso temía perderlo, pues una fuerza de atraccion indescriptible impulsaba á Él mi corazon.

«Así cruzando calles hemos llegado al hospicio, donde Israel alberga á los ancianos, á los desvalidos y á los lisiados. Debía adivinarlo: un Niño de tales condiciones, ¿dónde sino allí atraído por la caridad, ó al templo por la majestad de Dios podía dirigirse?

«Ha penetrado, pues, por las puertas del hospicio, y se ha perdido por las dependencias del mismo, miéntras yo me llegaba á la puerta con ánimo de preguntar de Él.

—Nadie le conoce; pero todos le adoramos aquí. Con sus palabras calma los dolores del alma, apacigua las tempestades del espíritu, aplaca las angustias del corazon; y basta que su mano toque al doliente enfermo, para que cese el dolor, y amanezca

el bienestar. Su mano es tan dadivosa, que pide limosna; Él se contenta con lo más pobre que le dan, y reserva lo más abundante y suculento para los enfermos y ancianos. Este Niño es tan amado aquí, á pesar del poco tiempo que le conocemos, que todos los albergados darían por Él gustosos la vida; me dijo el portero con entusiasmo.

«Luégo ha proseguido:

—«Ahí donde le véis, apénas tiene doce años cumplidos. Ha entrado llevando no sé qué: á buen seguro que será alguna limosna recogida, que irá á repartir entre los más necesitados de ella.

—«¿Y hace mucho tiempo que viene por aquí? le he preguntado.

—«Desde ayer por la tarde; y como te he dicho, ha sido suficiente este tiempo para que nos muramos por Él.

—«¿Qué sabéis de ese Niño? ¿Tiene padres? ¿es huérfano? ¿de qué país procede?

—«No puedo contestar á tus preguntas, pues Él nos oculta hasta su nombre. Los albergados le llaman el ángel del consuelo, y todos le creen una bendicion de Dios encarnada. Con todo, yo deduzco que será galileo, pues su acento lo denota así. Es todo cuanto de Él puedo decirte.

«Dí las gracias al portero por sus noticias, y regresé á mi casa, donde mi hijo no sabía hablarme sino de Jesus, y yo no acertaba en pensar sino en Él y en tí.

«Y rogaba al Señor porque te condujera otra vez á

mi casa, deseando consolarte con estas noticias tan alegres, para quien como tú hace tantas horas que suspira.

«¡Bendito sea Dios, por haber escuchado mi oracion; por haberse dignado elegirme para daros estas nuevas, tan llenas de esperanza inefable, tan consoladoras para vuestras almas!»

Los virginales Esposos no sabían de qué manera demostrar su gratitud á la buena mujer. Y lloraban lágrimas muy dulces; lágrimas que eran como gotas de bálsamo, vertidas por una mano divina, sobre las llagas de sus corazones heridos por el dolor.

¡Oh! ¡cuán dulce, cuán inefable es la esperanza! ¡Benditos sean los que la vierten en el corazon del afligido!

Con suspiros, más que con palabras, atestiguaron María y José á la buena mujer su gratitud.

Y ella entónces, rechazando delicadamente aquellos testimonios de sentido afecto, les dijo:

—Y ya que tenéis por seguro que vuestro Jesus vendrá mañana á esta casa, no os fatiguéis buscándolo, pues tampoco es probable que lo encontréis esta noche. Esperadle aquí, miéntras descansáis.

—¿Quién descansa estando separado de nuestro adorado Hijo? No, esto es imposible. La inaccion nos sería más triste y fatigosa que el andar buscándolo sin descansar en toda la noche. Gracias, hermana mía, gracias por tu fino y cariñoso ofrecimiento; le contestó la Vírgen Santísima.

—¿Por qué no aceptáis? preguntóles la caritativa jerosolimitana. ¡Cuán feliz sería que defirierais á mi súplica; si os dignarais honrar mi casa esta noche albergándoos en ella!

—Tú has rastreado algo de lo mucho que vale nuestro Jesus. Si miramos con ménos solicitud cuanto á encontrarle se refiera, puede ser nos castigue Dios por nuestra apatía, dilatando la hora de encontrarlo. Y una hora siquiera de más apartados de Él, sin tener la dicha de verlo... es una hora de terrible agonía... No, no; nuestro deber no nos consiente descansar hasta haberlo encontrado.

—Por otra parte; dijo José; Él te ha dicho que siguiéramos buscándolo, y que lo encontraríamos al fin en la casa de su Padre; y esta casa hospitalaria y caritativa no es la designada por Él... Deja, pues, que sigamos buscándole esta noche, con la solicitud de la pasada, bien que no ya con la amargura de la angustia.

La buena mujer no insistió, por considerar cuánta razon les asistía á los virginales Esposos en rehusar su generoso ofrecimiento, y al fin les dejó partir, no sin ántes haberles obligado á tomar algun alimento de más del que habían tomado, y hécholes prometer que la visitarían luégo de haber encontrado al Niño.

Cuando María y José hubieron salido de la hospitalaria casa, ante todo rogaron al Señor por ella; y luégo desahogaron el corazon llorando á su placer lágrimas de consuelo, bálsamo de la esperanza.

—María, el crepúsculo al fin se levanta, las tinieblas de la noche empiezan á ceder. La misma voz que me decía haber perdido el Niño, me dice hoy que no hemos de tardar en encontrarlo. ¡Cuánta dicha! ¡Cuán bueno es Dios para conmigo! Se olvidaba ya que por mi culpa le perdimos, y como inefable prenda del perdon que me concede, nos anuncia bondadoso que á no tardar brillará para los dos el esplendente sol del medio día!...

—No insistas sobre el tema de haberlo perdido por tu culpa. El corazon me da que otro motivo poderoso habría tenido para separarse de nosotros momentáneamente. ¿No has notado en la relacion de la piadosa mujer que acabamos de dejar, una marcada diferencia entre cuando hablaba del Padre celestial y cuando hablaba de tí? Ella no la ha conocido, porque no convendría; pero nosotros no podemos haber dejado de notarla.

—En efecto, María. Nosotros, por saber quién es, hemos podido discernir fácilmente las veces que nuestro amado Jesus se refería al Padre Eterno, y las que lo hacía á este humilde esclavo y representante suyo.

—Pues bien; yo he podido colegir, y esto me ha tranquilizado mucho, que los misteriosos y providenciales planes de la redencion le han obligado á separarse de nosotros.

—Ojalá sea así; porque entónces no sería por culpa mía si le hemos perdido.

—Algunas veces mi voz ha sido poderosa para di-

sipar las angustias y las dudas de tu alma: ¿por qué, díme, José, no ha de serlo tambien en este momento? ¿No es bastante el martirio de nuestros corazones por vernos condenados á vivir separados de Él, que aún te empeñas en aumentar pena sobre pena?

—Me lo dices y necesito creerte: desecharé esta enorme angustia de mi pecho; angustia que si no me acongoja tanto como la de estar privado de ver al dulce bien de mi vida, es porque no hay otra que con ella pueda compararse. Es una pena enorme para el que ama á Jesus pensar que lo ha perdido por su culpa... Dios mío; gracias os doy rendidamente por no haberlo permitido en José.

—¡Oh! ¡si es cruel la pena de estar léjos de mi Jesus! ¡Oh! ¡si es cruel el martirio de no saber dónde pára Jesus, para el alma que le ama con todas sus fuerzas!.... Dices bien, José, dices bien que no puede ser comparada con otra ninguna. El que lo dude que lo pregunte á nuestras almas afligidas; á nuestras almas, para las cuales todavía son tinieblas espesas las blancas claridades del crepúsculo que se levanta y nos sonríe. Esta sonrisa no apagará las lágrimas en nuestros ojos hasta que viéndole y abrazándole se truequen en alegres y dulces; esta sonrisa podrá mitigar la pena de nuestro corazon, pero no borrarla, pero no convertirla en inefable alegría, porque esto no le es dable más que al Hijo que adoramos; esta sonrisa podrá mitigar los tormentos de la agonía de nuestras almas, pero no devolvernos la vida, porque esto sólo

á Él le está reservado... Hijo mío; si es que echas de ménos los abrazos de tu Madre y los ósculos enamorados de tu padre, sal de ese mundo donde alientan tus enemigos; ven con nosotros á nuestra solitaria ciudad, donde tan felices horas esperan, á tí satisfecho de nuestro amor, y á nosotros embriagados con el tuyo.

Así iban recorriendo las calles solitarias de Jerusalen, sin que encontraran en ellas á Jesus, ni á quien de Jesus les diera cuenta.

El silencio de la noche les convidaba á la meditacion; les llevaba como de la mano á hablar de Jesus; y por lo tanto meditaban hablando.

Aquellos amantísimos corazones necesitaban pensar en alta voz; desahogar con palabras y suspiros el amor de sus corazones, excitado vivamente con la pérdida del Niño, y por el ardoroso deseo que de verle otra vez, y hablarle, y oirle tenían.

Como á pesar de sus esfuerzos por dominar la naturaleza humana ésta se les rendía, obligada por la fatiga, la extenuacion y el abatimiento natural que comunica el dolor, tenían á veces necesidad de tomar aliento, y entónces sus ojos rendidos por el sueño se cerraban; pero su corazon estaba en vela, y apénas si compadecido del cuerpo le permitía dormitar algunos instantes.

Pero no tardaban en despertar, en seguir sus pesquisas por las solitarias calles de Jerusalen, apénas iluminadas por la claridad de la luna llena.

Y preguntaban á los astros, á las auras, al luminar nocturno, á las mismas piedras de la calle, que si sabían de Él, les dieran noticias suyas; que si se llegaban á Él, le dijeran como sus padres afligidos le buscaban languideciendo de amor.

—¡Cuánto tardamos en encontrarlo! ¡Qué horas tan largas son estas horas! decía José.

—Ni pienso poder verle hasta despues de amanecido. La conversacion que ha tenido con aquella piadosa mujer me induce á creerlo así. ¿No recuerdas haberla dicho el Niño, que nos juntaríamos en la casa de su Padre, y que siguiéramos buscándolo sin intermision? Estas palabras han sido proferidas para que se nos transmitieran; estas palabras han sido una cita. La casa de su padre en la tierra está en Nazareth, y no creo se le haya de dar esta interpretacion á la frase; la casa de su Padre celestial es el templo. Allí, allí es sin duda donde le encontraremos, José mío. ¿Y en dónde puede estar Jesus sino en la casa de su Padre del cielo, cuando no está en la de su padre de la tierra? ¿En dónde deben encontrarlo los que lo han perdido sino en el lugar de la oracion?

—Así será, á no dudarlo. En el templo lo perdí; en el templo lo encontraremos.

—Para asuntos de su Padre del cielo se quedó allí dejando á los padres de la tierra. No ha salido de la casa paterna, y en ella nos abrazará otra vez. ¡Abrazo primero que reciba de Jesus despues de ha-

llado, cuán dulce y regalado has de ser para tu pobre Madre! No prolonguéis, Dios mío, Padre clemente, esta hora tan suspirada.

José puso los ojos en el firmamento, para enterarse en la esfera del reloj de la creacion, cuyas agujas son estrellas rutilantes, de qué hora era; de si estaba muy cercana la hora del alba.

—¡Cuánto tardará aún en amanecer! Cada minuto que se pasa es una eternidad.

—¡Y cuánto será nuestro mérito, si resignados, si conformados con la voluntad de Dios, le ofrecemos esta pena! Me parece que ella sola, bien soportada, ha de ser suficiente para mover el Señor á adelantar la hora suspirada. Gozar de Jesus no es pequeño bien, para que no se merezca esperarlo y padecer por conseguirlo.

Y así procuraron hacer más breves las horas, y mitigar el dolor de la separacion, hablando de Jesus sin cansarse de hacerlo. Ellos sabían que hablar con amor del Cristo, es estar en compañía del mismo; es lo único que puede hacer tolerable la separacion.

En su consecuencia, fueron tema de sus enamoradas conversaciones las palabras dichas por Jesus á la piadosa mujer de quien hemos hablado, y el empleo santo que daba al tiempo, y la infinita caridad de su corazon, que no sabía estarse ociosa, y las admirables lecciones que á los hombres estaba dando, y el amor que tenía á sus padres, y el inefable regalo con que se complacía en publicar su filial ca-

riño y dar testimonios del respeto con que los miraba.

Estos recuerdos gratísimos enardecían en aquellos corazones tan buenos la llama santa del amor que le tenían; hacíanles más llevadera la fatiga, daban á sus cuerpos rendidos y extenuados nuevos alientos y fuerzas, y eran parte para que las horas no corriesen con la lentitud aterradora que corren para el triste y el que espera con ansia.

Y así se llegó la mañana. María y José saludaron las primeras claridades del alba desde la montaña de Sion, y se encaminaron al templo, para ser los primeros en penetrar en el sagrado recinto.

Pero el alba iba muy despacio en asomarse por los balcones de Oriente. Parecía una mujer perezosa á quien engañan el calor agradable de la cama, y el sueño que todavía revolotea en torno suyo, como avecilla á la cual no hay quien espante y aleje.

Al fin el Oriente tiñóse de blanca luz, y luégo del color del oro, y á no tardar del color del fuego; de manera que no parecía sino una inmensa hoguera, cuyas llamas amenazaban incendiar el anchuroso espacio encerrado en el vastísimo círculo del horizonte.

Entónces los levitas, provistos de las trompetas del santuario, subieron á las almenas del templo para despertar á la ciudad; para decirla haber llegado la hora de la oracion; para recordarla que Dios criador estaba en el cielo, y le eran debidas las primicias del día, por el hombre su hechura.

El ardiente y vivo sonido de las trompetas vibrando

en las ondulaciones del aire en aquella hora apacible y silenciosa, cuando sólo se percibía el pío de algun avecilla que desperezándose preludiaba su himno al Criador; aquel sonido vivo y ardiente cayendo desde la cumbre del Moria sobre la ciudad dormida á sus piés, y repercutiendo en las sinuosidades de las montañas del contorno, producía un efecto indescriptible; tenía cierta cosa de la majestad de las misteriosas que tañían en el Sinaí, cuando entre la detonacion del trueno y el fulgor vívido del rayo, la majestad del Señor daba la ley á su pueblo, y éste decía á Moises que no le hablara Dios, sino él.

Poco despues las puertas de bronce del templo rechinando giraban sobre sus goznes, y María y José los primeros entraban en la casa del Señor.

En el templo oraron como sólo ellos sabían hacerlo, y Dios oyó complacido su fervorosa oracion; oracion que le era más grata que los sacrificios y los holocaustos, que el incienso y las libaciones que se quemaban en el altar.

Terminaron las funciones de la mañana, y se dió comienzo á los sacrificios que ofrecían los particulares.

María dejó la galería de las mujeres, y José el atrio de Israel, juntándose en el punto donde ya algunas veces les hemos visto juntarse, resueltos á continuar sus pesquisas.

El corazon estaba dominado en ellos por emociones indefinibles.

Sentían que iban á encontrar á Jesus; conocían que iban al fin á tener la inefable dicha de estrecharlo en sus brazos, de oir su voz, de verle de nuevo en su compañía, de llevarlo á su casa para morar con Él.

La emocion de sus corazones era tan grande, que les hacía temblar ligeramente; que no les permitía respirar con libertad; que les ahogaba, si se nos permite valernos de esta palabra.

Estaban pálidos, como no podía dejar de ser; la honda pena de los dos días anteriores había grabado huellas profundas en su rostro; todo su conjunto era el del abatimiento físico. Se parecían á un campo asolado por el granizo, cuando la tempestad ha cedido, y la atmósfera se serena.

—¿Dónde le buscamos? porque aquí sin duda le vamos á encontrar; dijo María con seguridad.

—Recorramos todos los compartimientos del templo, sin dejar rincon que seguir. Tú te subes á las galerías superiores y allí examinas los corredores, bien que no le supongo en el lugar destinado á las mujeres. Yo miéntras tanto examinaré cuidadosamente el atrio de Israel, donde es más probable que esté; contestóle el Patriarca.

Y volvieron á separarse, rogando al Señor que al fin quisiera que sus pasos tuviesen el resultado apetecido.

Pero por más que no dejaran punto que seguir, al volver á juntarse los Esposos castísimos, Jesus no venía con ninguno de los dos. No lo habían hallado.

—No desmayemos; no desesperemos, José. Es que el Señor sujeta nuestra fe á la última prueba.

—No, no desmayo. Yo sé que le hemos de encontrar en la casa de su Padre, y aquí lo encôntraremos; pero el corazon tan ansioso de verlo se angustia con la tardanza.

Y siguieron juntos las demas dependencias del templo; singularmente las cátedras donde era enseñada la ley, y en las cuales se congregaban los rabinos de las diversas escuelas para disputar entre sí, de manera que aquello á veces se convertía en repugnante pugilato, y siempre en hervidero más ó ménos declarado de malas pasiones.

Jesus tampoco estaba allí; Jesus en ninguna parte parecía.

—No habrá llegado el momento; se dijeron los amantísimos Esposos suspirando.

—Vayamos á orar de nuevo; roguémosle al Padre Eterno por la misma caridad de Jesus, que si así conviene para su gloria, nos muestre el rostro de su Hijo, y devuelva la paz á nuestros corazones; indicó María.

Y se entraron otra vez en el lugar de la oracion, para suplicarle al Altísimo se dignara poner fin á la horrible angustia que les devoraba, disponiendo que encontraran ya al Hijo adorado.

Su oracion fué oída y atendida por el Señor, Dios misericordioso.

Y en el libro eterno de los méritos de María y José fueron escritas con letras de oro las ansias vivísimas,

los suspiros ardientes, las lágrimas amargas, las congojas incalculables, la constancia invencible con que buscaran á Jesus, y la resignacion absoluta con que lo hicieron.

¡Oh! ¡qué grandioso premio se merecieron por todos estos motivos!

¡Qué fuerza adquirieron las alas de su virtud, para remontarse á Dios, y descansar en Él!

Así suele el Señor sujetar á duras pruebas las almas de los que ama, para tener ocasion de premiarlos con mayor generosidad por sus virtudes.

Así ellas sufren con entera conformidad con la voluntad de Dios todo cuanto el Señor dispone, sabiendo que bien merece el Altísimo algun obsequio de nuestra parte, y conociendo que los sufrimientos de los buenos, son tesoros que granjean para la eternidad.

Y las almas de María y José estaban, al salir de aquella prueba, más enardecidas en el amor de Jesus: la pureza de este amor tenía más grados en ellas; por lo cual se hicieron la admiracion de los ángeles, quienes acaso pensaban no ser posible en una criatura tanto y tan gran cúmulo de amor.

Pero este mismo amor era recompensa, por parte de Dios, á los méritos por ellos contraídos.

CAPÍTULO IX.

El Niño entre los doctores.

Ya conocemos, en parte, el empleo que Jesus daba al tiempo en Jerusalen.

Nos lo ha referido la compasiva mujer, por medio de la cuál quiso Dios que los virginales Esposos tuvieran noticias, no sólo del Niño que adoraban, sino ademas de que el Niño pensaba en ellos con tierno afecto, y se gozaba hablando del profundo, del ilimitado amor que le tenían sus padres de la tierra.

Pero esto no basta, y fuerza nos es dar algunos detalles más sobre la manera como el Cristo, separado de María y de José, y con ellos de todo lo terreno, procuró y atendió á la gloria de su Padre celestial en Jerusalen.

Creemos haber dicho en otra parte, que tan luégo como de una manera providencial se hubo separado de sus padres el Niño Jesus, entró otra vez en el lugar de la oracion, y en la casa de su Padre.

Toda la vida del Cristo fué una oracion continua, un sacrificio perenne, no interrumpido; pero hubo ocasiones y circunstancias en las cuales su oracion fué más rendida y fervorosa. No otra cosa, al parecer, quieren designar los Evangelistas cuando nos dicen que Jesus se retiraba para orar.

Pues bien; los días que permaneció ausente de sus padres en Jerusalen, fueron por Él empleados de una manera particular en la oracion; fueron de un modo especial un sacrificio de su Corazon abrasado de amor, en aras del Padre Eterno, por la salud de los pecadores.

Por ellos rogaba; por ellos se inmolaba voluntariamente; por ellos trabajaba; por ellos suspiraba por la hora de su afrentosa y cruelísima muerte.

Y desde los atrios del templo complacíase en mirar la silueta del monte Calvario; el palacio de los gobernadores romanos; las suntuosas moradas de los que más adelante serían sus inicuos jueces; las calles que regaría con su sangre preciosísima, y que recorrería con gran fatiga hecho el hombre de los dolores; la casa donde daría el supremo y eterno testimonio de su amor á los hombres con la institucion de la Eucaristía, y el grande estrado donde se reunía el Sanhedrin, y desde el cual se fulminaría contra su inmaculada inocencia, primero el terrible anatema, y despues la sentencia de muerte.

Suspirando de amor contemplaba estos lugares, y los recorría, y los colmaba de bendiciones; y levantando el Corazon al cielo, preguntaba á su Padre el por qué había de dilatarse tanto la hora ansiada de su Corazon.

Y luégo entraba otra vez en el templo, para volver á orar de nuevo; para llamar los hombres á sus brazos, delante de los ángeles y del Altísimo; para

convidarles á dar en su adorable Persona á Dios, la gloria, y las acciones de gracias, y las alabanzas que le son debidas por la creacion.

Otras veces salía del templo, descendía á la ciudad, pedía de limosna lo que necesitaba para vivir, reservaba los sobrantes, y los distribuía entre los más necesitados; edificaba á todos con su porte, con sus ademanes, con su gravedad; infundía santos pensamientos en los que se fijaban en Él, y dirigía las almas á lo alto en todos cuantos tenían la dicha de hablarle, pero singularmente en aquellos que le hacían algun bien.

Los pobres enfermos encontraban ó alivio en sus dolencias, ó conformidad absoluta con la voluntad de Dios apénas hablaban con Él; y los niños que le rodearan sentíanse trocados, convertidos en otros seres; pasaban de un salto, si se nos tolera la frase, de la adolescencia á la madurez, y daban admirables flores de virtud, que recogidas por los ángeles, eran presentadas al Eterno como las primicias del jardin de Cristo.

Unos lo miraban y quedaban asombrados, sin saber qué pensar de aquel Niño, que ora les parecía una tierna y débil criatura, ora un ángel purísimo que apénas pisaba la tierra; otros absortos plegaban las manos para bendecir á Dios; pocos eran los que pasaban por su lado sin sentir los efectos de su divina influencia en el alma, y las mujeres bendecían á la Madre que le trajo en sus entrañas, y los pechos

que le dieron en forma de leche el licor de la vida.

El mismo Sadoc, que siempre incorregible, habiendo vuelto á su patria, meditaba una insurreccion, para sacudir el yugo de los romanos, ó mejor para poner el eslabon definitivo á la cadena de la servidumbre de Judá, el mismo Sadoc encontrándose con Jesus, se olvidó por algunos momentos de sus propósitos, y pensó en cuán dulce cosa era retirarse al hogar doméstico, y allí consagrarse al amor de Dios y del prójimo, y á ser útil á la sociedad por medio del trabajo; del trabajo que ennoblece y eleva al hombre.

Pero todo lo que acabamos de narrar no era el motivo fundamental de haberse separado Jesus de sus padres terrenos, y quedádose en Jerusalen, Niño y solo; sino que dicho motivo era otro, del cual los indicados eran como las ramas secundarias del árbol de la vida.

El Verbo encarnado, humildad infinita que iba á ser elevado tanto, por haberse humillado hasta un extremo concebible sólo por Dios, al venir á este mundo quiso ante todo llamar á los humildes y sencillos, en las personas de los pastores.

El Verbo humanado, caridad infinita, que viniera al mundo para salvar, no á un pueblo ni á una raza, sino á todos los hombres, llamó á su humilde cuna unos gentiles sabios y potentados, que no se desdeñaron de reconocerle y adorarle, áun viéndole Niño tan pobre; porque al traves del Niño, la sencillez de sus corazones y la rectitud con que sus espíritus busca-

ban la verdad, supieron divisar al Dios de caridad infinita.

El Verbo humanado, tantas veces profetizado por los vates del Altísimo á Israel; tan visiblemente anunciado para aquellos días por Jacob, Daniel y otros profetas, quiso ser presentado al pueblo escogido, y aclamado Mesías en el mismo templo, por dos profetas del Señor, venerados de todos en Israel; pero los sabios no creyeron como los sencillos pastores, y como los rectos de espíritu, venidos del país donde moraban los que tenían á mucha honra descender de Seth, el Patriarca antidiluviano.

Y Dios, que no se cansa de llamar á los hombres; Dios, que acumula llamamientos á llamamientos; Dios, que obra como no obran los padres más buenos, juzgó llegado el momento de humillar la altiva ciencia de los rabinos; juzgó haber llegado la hora de hacer brillar con fúlgidos destellos la estrella salvadora del Cristo, á los ojos de los que debían haberle visto ántes que nadie, por razon del saber de que se jactaban.

El primer llamamiento fué hecho á los humildes; el segundo á los espíritus rectos, que buscaban la verdad; el tercero al pueblo de Israel, de dura cerviz; el cuarto iba principalmente á ser dirigido á los sabios, á los que ufanos y engreídos con su ciencia, la poseían para su mayor perdicion.

Así cuando Dios los llamara á juicio, y les pidiera cuenta de sus acciones, del uso que hicieran de su

saber y talentos, de la manera como reconocieran al Mesías, y de sus esfuerzos por darle á conocer al pueblo que lo esperaba, no tendrían excusa alguna que alegar, y todo el peso de la Justicia divina se vendría sobre sus cabezas, castigando su pecado inexcusable, y el pecado de ignorancia que otros por su causa cometieran.

Era conveniente que llegada la plenitud de los tiempos, el Señor dijera á menudo al pueblo de Israel no haberse olvidado de la palabra empeñada; era conveniente dirigir todos los corazones á lo alto para adorar las misericordias del Eterno; era conveniente que la estrella del Cristo despidiera de vez en cuando destellos deslumbradores, y que por estos destellos conocieran al Mesías los que estaban sumergidos en la oscuridad del orgullo, y en las tinieblas de la infatuacion, de ninguna manera excusables.

El Verbo se había encarnado para dar testimonio del Padre, dándolo de sí á los hombres. Hé ahí el motivo principal de la separacion, de la ausencia inesperada de Jesus del lado de sus padres terrenos.

Hé ahí lo que hizo ante todo y sobre todo el Cristo en Jerusalen, á los doce años y cuatro meses de su edad.

Humanamente hablando era imposible que un niño de sus años poseyese la ciencia á fondo, y particularmente la ciencia divina, el espíritu de la ley y de las profecías; y conociera los recónditos secretos de las mismas, y estuviese dotado de la facultad de desen-

trañarlos y exponerlos con una claridad, con una luz igual á la de la verdad.

Cuando hombres envejecidos en el estudio apénas lograban poseer un destello tenue de esta luz; cuando los años, y la experiencia, y una infatigable constancia apénas les permitían rastrear algo de aquellas sublimidades insondables, un Niño de doce años que les ilustrara sobre el particular; que les explicase lo que no entendían, lo á su modo de ver casi inexplicable, era un verdadero portento; debía de ser la misericordia de Dios encarnada.

Y si este Niño admirable era Hijo de padres pobres y oscuros; y si este Niño asombroso era descendiente de David; y si este Niño excepcional venía justamente en la época del cumplimiento de las profecías todas, y despues del anuncio de los pastores y de los Magos, y de las palabras de Simeon y Ana, la importancia de su manifestacion crecía de punto, y ya no era dable dudar sobre su procedencia y naturaleza; ó por lo ménos tenían los sabios un deber de estudiar y examinar si concurrían en Él las circunstancias que, segun los vaticinios, tenían que concurrir en el Mesías.

Junto á la puerta oriental del templo, llamada puerta de Nisan, había un espaciosísimo salon, digno de la suntuosidad del edificio, y del objeto á que estaba destinado.

Aquel salon era una de las cátedras donde se reunían los rabinos ó maestros de la ley, para discutir

sobre los libros sagrados, para exponerlos al pueblo y para explicarlos á la nacion.

Otros salones había en el templo destinados al mismo objeto, pues ya se comprenderá que por grande que fuese el que nos ocupa, no era ni de mucho lo suficientemente capaz para contener la multitud que en determinados días se agolpaba en él para oir á los sabios de la nacion.

Pero si no era el único, por lo ménos era el principal, y el en que de ordinario se congregaban los rabinos más famosos de las escuelas de Hillel y de Scameo, irreconciliables en todo, pues la primera tenía cierta lenidad y dulzura, y la segunda aplicaba á todas las cuestiones el espíritu repulsivo y duro de los fariseos.

Estas dos escuelas, irreconciliables en todo, como hemos dicho, fomentaban pasiones y odios inextinguibles entre sus partidarios, y no pocas veces la cátedra en cuestion, había sido escenario de explosiones apasionadas y poco edificantes.

Ocupándose el *Talmud* de las dos, dice que Hillel desata lo que ata Scameo; y que sólo tres veces fué oída una voz del cielo, en caso de suprema duda, la cual dijo ser á un mismo tiempo verdad la afirmacion del primero y la negacion del segundo.

Tristísima, lamentable idea tenía ya de Dios el pueblo hebreo, cuando en un libro que los israelitas reputaban sagrado, obligaba al Altísimo á incurrir en tan enorme contradiccion!

Pero nosotros no debemos ocuparnos aquí de ésta suerte de abominaciones de aquel pueblo degradado y corrompido, ni de lo que Hillel defendía y de lo que enseñaba Scameo. Basta con haberlo indicado para que nuestro objeto sea cumplido, y para que se tengan los datos suficientes á la mejor inteligencia de cuanto vamos á decir.

En el centro del salon que nos ocupa, se levantaban suntuosos asientos, en forma de cátedras, los cuales eran ocupados por los rabinos: sólo ellos podían sentarse. Los oyentes, y particularmente las mujeres, debían mantenerse en pié, ocupando el recinto de la pieza, y todo lo más, se toleraba á los discípulos tomar asiento en tierra, al pié de las cátedras de sus maestros.

Cuando Jesus, verdad eterna, fué llamado por su Padre celestial para dar testimonio de la verdad ante los rabinos, éstos más firmes que nunca en sus opiniones, se ocupaban de si el Mesías había venido, ó si estaba todavía por venir.

El punto era sumamente delicado, y las profecías hacían creer á muchos que en efecto había venido, pero que permanecía oculto esperando su hora, y daban á entender á otros que no, pues Israel gemía bajo la servidumbre y el poder despótico de Roma; pues no había aparecido el guerrero, el conquistador, el libertador vaticinado.

Los primeros, entre los cuales figuraban algunos hillelistas, pero no todos, apoyábanse en la profecía

de Jacob, en la de Daniel, en la de Isaías, y otras; y los scameistas todos sacaban á relucir implacables los textos, en los cuales se anuncia la venida de Cristo con sumo esplendor y gran ruina de los enemigos de su pueblo; como sojuzgador de todas las naciones y fundador terrible de un imperio universal bajo el cetro de Judá.

Abundando las armas en pró y en contra, ni los unos se daban por vencidos, ni los otros querían pasar sino por victoriosos; y éstos y aquéllos hablaban con una redundancia de palabras, y con una intemperancia en favor de su opinion, que decía poco en su obsequio. Unos y otros querían dar por vencido al adversario. Júzguese del espectáculo poco edificante que ofrecían; y del ejemplo que daban los maestros á Israel; y de si de aquel conventículo podía salir la verdad con todos sus fueros á salvo.

En esta disposicion entró Jesucristo en el salon, grave, modesto, seductor, humilde, y pidió permiso á los rabinos para oirlos; permiso que no le fué negado.

Confundido entre la multitud de los oyentes, con ánimo triste viendo la dureza de aquellos corazones y cervices, oyó cuanto los rabinos decían; y el pecho sagrado se le oprimió sobremanera oyendo las palabras de los que tomaban asiento en la cátedra de Moises, y viendo que si decían verdades, nunca la verdad estuviera más distante de labios humanos, porque nunca espíritu de hombre estuvo más separado de ella.

La disputa amenazaba con terminar en pugilato; los ánimos se irritaban, y las palabras ya no eran las más respetuosas y dignas de aquellos hombres y de aquella asamblea.

Los argumentos expuestos se repetían; los arguyentes tomaban las mismas armas que no les sirvieran para darles la victoria; sólo era nuevo el tono altanero, con el cual pretendían dar á la palabra la autoridad y el poder de la fuerza.

En esta disposicion penetró Jesus en el círculo formado por las cátedras; colocóse en medio, dominando con su mirada augusta y humilde á la vez las olas embravecidas de aquel mar de pasiones; y cuando todos asombrados, sin saber de qué, le miraban en silencio, pidió permiso á los rabinos para preguntar.

Todos le miraron otra vez, no sabiendo si atribuir á audacia al paso del Niño, ó si dominados por la singular majestad que irradiaba, caer postrados á sus piés.

De todos modos, bien que el caso era muy singular, le consintieron los rabinos á Jesus que preguntara, esperando de Él, no unas preguntas profundas, sino acomodadas á su tierna edad. Pero no tardaron en convencerse de lo contrario, y tan luégo como le oyeron, creciendo en ellos la admiracion, apénas supieron contestar á las primeras y más sencillas cuestiones que les presentaba.

El caso era nuevo; el Niño era verdaderamente un portento de sabiduría, de gracia, de profundidad de

juicios, de ciencia y de elocuencia. De sus labios salía la verdad con todos sus magníficos destellos; con más brillantez que la luz brota del sol al mediodía.

El pasmo iba creciendo rápidamente en los escribas y rabinos. Ante los inefables fulgores de aquel astro nuevo, sentíanse á su pesar rendidos; conocían que su jactanciosa ciencia no era sino sombra; veíanse reducidos á la nada, precisamente cuando unos y otros se tenían por mucho; y la fuerza que tales cosas obraba hacíalo con tanta viveza, era tan irresistible, que apénas los doctores osaban mirar al Niño, cuya gracia y hermosura arrebataba los corazones de todos los congregados en el salon.

El público no pudo dejar de conocer cuanto pasaba por el espíritu de los rabinos, y más lo hubiera notado, si Jesus dejara de tenerle arrebatado; cautivo de sus gracias, de su ciencia y de su humildad.

Como el Niño no podía tomar asiento, ni siquiera en el suelo á los piés de una cátedra, pues no era discípulo de ninguno de los rabinos congregados allí, permanecía humildemente de pié en medio del círculo; pero la Verdad eterna, dando testimonio tan inefable de sí misma, debía estar sentada como doctor máximo entre los doctores, y á este fin hizo que los rabinos le brindaran con un asiento.

—Siéntate, le dijeron; quien como tú posee tan maravillosa ciencia, no debe de estar de pié como los oyentes, ni siquiera sentado en el suelo como los discípulos. Maestro eres, á pesar de tus años, y con-

viene que ocupes un lugar entre los rabinos. Dios ha hecho un portento hoy en Israel; continuaron hablando con el público; ha puesto el Don de ciencia en el espíritu de un Niño, y habla palabras de verdad y vida por los labios de un jovencito. El pueblo del Señor no cònocerá rabino más joven que este Niño.

Todos opinaron muy justo el que Jesus tomara asiento, y apareciera como Maestro supremo de los rabinos.

En esta disposicion Jesus fué pasando de las preguntas á la exposicion de la doctrina, y si sabio apareciera en lo primero, muchísimo más sabio se presentaba en lo segundo.

Los rabinos oían atentos, sin perder una sílaba, ni un tilde de las sapientísimas palabras de Jesus, en las cuales iba envuelto el espíritu de la verdad de la vida.

La venerable sor María de Jesus, de Agreda, honra y prez de la España y gloria de la religion franciscana, en sus admirables revelaciones sobre la vida de la Madre de Dios, copia el discurso, que, segun la Reina de los ángeles le dijo, hizo el Niño Jesus en esta circunstancia, para confundir é iluminar á los sabios segun el mundo, y dar testimonio de la verdad.

Creemos honrar estas páginas sobremanera, trasladando á ellas el mencionado discurso. Dijo Jesus:

«La duda que se ha tratado, de la venida del Mesías y su resolucion, he oído y entendido entera-

mente. Y para proponer mi dificultad en esta determinacion, supongo que los Profetas dicen que su venida será con grande poder y majestad, como aquí se ha referido con los testimonios alegados.

«Porque Isaías dice que será nuestro Legislador y Rey, que saldrá de su pueblo; y en otra parte afirma que vendrá de léjos con furor grande; como tambien lo aseguró David, que abrasará á todos sus enemigos. David afirma que todas las tribus y naciones le servirán. El Eclesiástico dice que vendrá con Él gran multitud de Santos. Y los Profetas y Escrituras están llenas de semejantes promesas, para manifestar su venida con señales harto claras y patentes, si se miran con atencion y luz.

«Pero la duda se funda en estos y otros lugares de los Profetas, que todos han de ser igualmente verdaderos, aunque en la corteza parezcan encontrados. Y así es forzoso concuerden, dando á cada uno el sentido en que puede y debe convenir con el otro.

«¿Pues cómo entenderemos ahora lo que dice el mismo Isaías, que vendrá de la tierra de los vivientes, y que quién contará su generacion? ¿Que será saciado de oprobios; que será llevado á morir como la oveja al matadero; y que no abrirá la boca? Jeremías afirma que los enemigos del Mesías se juntarán para perseguirle y echar tósigo en su pan, y borrar su nombre de la tierra, aunque no prevalecerán. David dijo que sería el oprobio del pueblo y de los hombres y como gusano hollado y despreciado. Za-

carías que vendría manso y humilde, asentado sobre una humilde bestia. Y todos los profetas dicen lo mismo de las señales que ha de traer el Mesías prometido.

«Pues ¿cómo será posible ajustar todas estas profecías, si suponemos que el Mesías ha de venir con potencia de armas y majestad, para vencer á todos los reyes y monarcas con violencia y derramando sangre ajena?

«No podemos negar que habiendo de venir dos veces: una y la primera para redimir el mundo, y otra para juzgarle, las profecías se hayan de aplicar á estas dos venidas, dando á cada una lo que le toca. Y como los fines de estas dos venidas han de ser diferentes, tambien lo serán las condiciones; pues no ha de hacer en entrambas un mismo oficio, sino muy diversos y contrarios.

«En la primera ha de vencer al demonio, derribándole el imperio que adquirió sobre las almas por el primer pecado. Y para esto, en primer lugar ha de satisfacer á Dios por todo el linaje humano; y luégo enseñar á los hombres con palabra y ejemplo el camino de la vida eterna, y cómo deben vencer á los mismos enemigos, y servir y adorar á su Criador y Redentor: cómo han de corresponder á los dones y beneficios recibidos de su mano y usar bien de ellos. A todos estos fines se ha de ajustar su vida y doctrina en la primera venida.

«La segunda ha de ser á pedir cuenta á todos en

el juicio universal, y dar á cada uno el galardon de sus obras buenas ó malas, castigando á sus enemigos con furor é indignacion. Y esto dicen los Profetas de la segunda venida.»

Ante esta explicacion tan clara y razonable de las profecías, los rabinos quedaron asombrados y sin saber qué oponer á las convincentes palabras del Niño Jesus.

Por aquellas palabras, llenas de ciencia y de vida, se les abrían los sentidos, al parecer contradictorios, de las Escrituras; y á nadie se le ocurrió un argumento, á nadie se le ocurrió una impugnacion á cuanto decía Jesus.

Desde aquel momento no cabía dudar: el que dudara era hombre de mala fe, y siendo su ceguera voluntaria, venía obligado á dar de ella rigurosa y estrecha cuenta á Dios, en el día del juicio.

Viéndoles sin argumentos, ni palabras siquiera con que impugnarle; pero notando tal vez que á muchos se les resistía esperar un Mesías tan pobre y tan humilde, y darse por vencidos é iluminados por las palabras y la ciencia de tan tierno Niño, Jesus prosiguió:

«Conforme á esto, si queremos entender que la venida primera será con poder y majestad, y, como dijo David, que reinará de mar á mar, y que su reino será glorioso como dicen los Profetas; todo esto no se puede entender materialmente del reino y aparato sensible, majestuoso y corporal, sino del nuevo reino

espiritual que fundará en nueva Iglesia, que se extienda por todo el orbe con majestad, poder, riquezas de gracia y virtudes contra el demonio.

«Y con esta concordia quedan uniformes todas las Escrituras; que no es posible convenir en otro sentido. El estar el pueblo de Dios debajo del imperio romano, y sin poderse restituir el suyo propio, no sólo no es señal de no haber venido el Mesías, pero ántes es infalible testimonio de que ha venido al mundo. Pues nuestro patriarca Jacob dejó esta señal, para que sus descendientes lo conociesen, viendo á la tribu de Judá sin el cetro y gobierno de Israel; y ahora confesáis que ni esta, ni otra de las tríbus esperan tenerle, ni recuperarle.

«Todo esto prueban tambien las semanas de Daniel, que ya es forzoso estar cumplidas.

«Y el que tuviese memoria se acordará de lo que he oído, que hace pocos años se vió en Belen á media noche grande resplandor; y á unos pastores pobres les fué dicho que el Redentor había nacido; y luégo vinieron del Oriente ciertos reyes guiados de una estrella, buscando al Rey de los judíos para adorarle.

«Y todo estaba así profetizado.

«Y creyéndolo por inefable el rey Heródes, padre de Arquelao, quitó la vida á tantos niños sólo por quitársela entre todos al Rey que había nacido, de quien temía sucedería en el reino de Israel.»

Llegado Jesucristo á esta parte última del discurso, había por entónces terminado allí con su mision.

El testimonio irrefragable de la verdad estaba dado; los sabios de Israel habían aprendido la única manera posible de entender y explicar las profecías; no les era dable en adelante disputar sobre su hasta entónces oculto significado; no podían por consiguiente llamarse á engaño, ó alegar la excusa de un error invencible. Claro como la luz del sol les había puesto el Cristo el significado de los enigmas, para ellos motivo incesante de disputa.

El Mesías era en la primera venida el Redentor, la misericordia de Dios encarnada, el sacrificio de expiacion universal, y por lo tanto estaba ya en el mundo humilde, manso, dulce, clemente, voz de de amor llamando los hombres á su Corazon, para inmolar su vida preciosísima por todos los hombres. Los vaticinios señalaban aquellos tiempos como los de su venida, y los misterios de Belen, el llamamiento de los Magos, las señales en el cielo, la perdida independencia y las palabras de Simeon y Ana, no ménos que las maravillas acaecidas á Zacarías en el mismo templo, atestiguaban que Dios había cumplido su palabra empeñada con los Patriarcas; de que el Mesías estaba ya en Israel; y en el mismo hecho de vivir en la oscuridad, ignorado de casi todos, había una nueva confirmacion del cumplimiento de los vaticinios, que así lo anunciaban.

El Mesías debía ser en la segunda venida el Juez inexorable, y para ésta estaba anunciado como sojuzgador de todo, como implacable vencedor de sus

enemigos, como dominador universal de todos los monarcas, de todos los vasallos, de todos los reinos; y en esta venida pediría cuenta estrecha á cuantos, teniendo el deber de verle y no le vieran, de anunciarlo y no lo anunciaran, de adorarlo y no lo adoraran... En aquel día no habría ya misericordia sino justicia; en aquel día se presentaría con toda su majestad, con todo su pòder, con toda su gloria.

Así lo comprendían los rabinos, pues no era posible entender otra cosa luégo de haber oído á Jesus; luégo de haber hablado la Verdad eterna.

Pero ellos callaron; pero ellos no quisieron confesarse vencidos; pero ellos tuvieron á mengua decir al pueblo que de los labios de un tierno Niño habían aprendido en pocos momentos lo que en tantos años de vigilia y estudios no lograran entender; pero ni hillelistas, ni scameistas querían proclamar único vencedor de todos á Jesus, y deponer las armas, ya sin filo, á sus piés divinos.

¿Qué iba á decir la nacion, si tal hicieran? ¿Qué iban á pensar de ellos los sabios si dieran este paso? ¡Humillar la ciencia orgullosa que tenían, poniéndola desarmada á los piés de un imberbe Niño!... ¡Qué desatino! ¡Qué desacierto! ¡Qué locura!... Esto no era posible.

El Niño que acababa de hacerles enmudecer; la fuerza de la verdad que acababa de dejarlos desarmados; la luz de la divina ciencia que acababa de brillar á sus ojos con fúlgidos y clarísimos destellos, si se po-

nía bajo su direccion, si estudiaba en sus corrompidas escuelas, si entraba en el abominable desconcierto de sus inmundas pasiones, deshonra de la ciencia y de los hombres, con el tiempo llegaría á ser una lumbrera de Judá, con el tiempo llegaría á tomar asiento en la cátedra suprema de la ley en Israel... pero para esto era preciso que bajaran ántes al sepulcro sus *maestros*...

Así pensaban aquellos insensatos; así hablaban en su interior aquellos duros corazones, en vez de caer de rodillas, aclamando á Dios, y reconociendo la verdad, y acogiéndose á la misericordia divina.

No esperaba ménos Jesus; el cual viendo la dureza y la corrupcion de aquellos corazones, suspiró tristemente, pensando que para muchos su sangre adorable sería mayor motivo de condenacion; pensando que á muchos la luz de la eterna verdad sepultaría en interminables sombras.

Y pensando así, deseó unirse de nuevo con sus amados y amantísimos padres, en los cuales tan fiel correspondencia encontraba su Corazon adorable.

Y pensando así rogó fervientemente al Altísimo para que mirara con ojos de misericordia á aquellos infelices, por cuya salvacion se hubiera ofrecido dos veces á la muerte, de saber que con dos veces de morir entre tormentos, caerían rendidos en sus brazos; abrirían los ojos á la luz.

CAPÍTULO X.

El Niño hallado.

No había Jesus aún terminado su discurso, por el cual tan humillada quedó la ciencia de los vanos y orgullosos doctores de Israel, cuando sus padres santísimos, que, como hemos visto, habíanse entrado en el templo para rogar al Señor abreviara las horas de la separacion, se sintieron movidos de una fuerza irresistible á salir.

Era la fuerza de atraccion del Corazon del Niño, que obrando sobre ellos los llamaba á sí.

Era el ferviente deseo de Jesus de unirse con María y José, en cuyos pechos encontraba tan fiel correspondencia.

Era que había cesado el motivo de la separacion, y el Verbo encarnado quería volver al seno de su amante familia, y á su querida oscuridad, para no salir de ella hasta despues de pasados algunos años.

Los dos virginales Esposos se levantaron presa de dulcísima é inexplicable emocion.

Una voz secreta les decía desde el fondo del pecho que al fin iban á encontrar al Niño.

Y aquella felicidad era para ellos la más grande de las felicidades imaginables.

Salieron, pues, José del atrio, y María de las galerías superiores, encontrándose en el lugar donde se

abría la escalera, de la que tantas veces hemos hablado.

En los párpados de entrambos brillaba una lágrima silenciosa; poema de inmensa felicidad.

—¡Al fin vamos á reunirnos con Él! se dijeron suspirando de gozo.

—¡Bendito sea el Señor, por haber tenido piedad de nosotros! balbuceó María.

—Sí, bendito sea el que no abandona jamas á los que esperan en Él!

Y hablando así dieron los primeros pasos por el atrio de los gentiles.

A medida que caminaban, iba colmándose el insondable abismo de infelicidad, abierto tres días atras en sus pechos. Sus corazones nobilísimos latían con mayor libertad.

—¿Dónde nos dirigimos, María? preguntó el emocionado José.

—Allí donde nos impulse el espíritu de misericordia que nos mueve.

—Dices bien; Dios nos dirigirá, porque Él es quien nos llama.

Y dieron algunos pasos más. Su felicidad iba creciendo; sus corazones eran dichosos; pero con una dicha muy superior á la desventura que les oprimiera hasta pocos momentos ántes.

Estaban muy cerca de la puerta de Nisan, cuando José se detuvo y desahogó la grandeza de su dicha con un suspiro.

—Pero nuestro Jesus ha dicho á la compasiva mujer aquella, que le encontraríamos en la casa de su Padre. ¿Cómo vamos á buscarlo léjos del templo? Aquí debe de estar: dijo.

—Así parece; pero una fuerza desconocida nos impulsa; sigamos adelante, prestémonos sin resistencia al movimiento divino que obra en nosotros desde el fondo del corazon.

Y diciendo esto llegaron delante de la puerta de la cátedra donde se pasaba la escena descrita ya.

Una voz entera, dulcísima, regalada; voz más querida para José y María que la misma gloria de los cielos; que la misma recompensa eterna que se les preparaba por sus virtudes; voz que salía de la cátedra, vino á herir con dulcísimo encanto sus almas ántes que sus oídos.

Los santísimos Esposos suspendieron el paso, y prestaron atento oído.

La voz continuaba grave, reposada, majestuosa, argentina, arrebatadora, hablando desde el fondo de la sala.

¡Oh Dios mío! ¡qué voz era aquella! ¡Cómo repercutía en el fondo de los corazones nobilísimos! ¡cómo devolvía la vida á las almas santísimas de sus amantes padres!

De pronto pensaron morir ahogados por la plenitud de la felicidad.

Suspendieron el paso, porque no tenían fuerzas para más; quedáronse mirando sonriendo y llorando

á un mismo tiempo: no había voz en sus gargantas para proferir una palabra; pareceríales tanta felicidad un sueño, una ilusion, si la voz de Jesus no continuara llegando desde el fondo de la sala al fondo de sus almas.

—¿Oyes?... ¡Él es!... balbuceó José con voz muy baja, cual si temiera ahogar la de Jesus.

—¡Sí, no hay duda; es Él!... ¡Gracias, Dios misericordioso!... dijo María plegando las manos.

—¡Ah! entremos; juntémonos con Él; no hay río ni corriente por rápida que sea, que vaya tan deprisa al mar, como mi corazon va al Corazon de Jesus. Es el nido de mi amor, es el manantial de mi felicidad, es la fuente de mi vida. Este pobre gusano de la tierra ni busca, ni quiere otro lugar de descanso.

María pensaba desfallecer. Si la voz omnipotente de Jesus no le diera fuerzas; no le diera una resistencia sobrenatural para soportar el cúmulo inmenso de su dicha y emociones, allí mismo hubiera caído exánime.

Y dominada por esta emocion imponderable; por la plenitud de la felicidad, carecía de fuerzas para hablar, y sólo le era posible decir con entonacion enamorada hasta un punto indescriptible:

—¡Jesus mío, Jesus mío!...

De pronto sin saber cómo; dominando los vehementes afectos que asaltaban su corazon, que se lo disputaban, que trabajaban, al parecer, por ahogarlo con las aguas de la felicidad, se encontraron en la



Jesus entre los doctores.

sala, confundidos entre la multitud recogida y silenciosa, que estaba oyendo á un Niño.

Aquel Niño era Jesus; no les había engañado á los santísimos Esposos el oído; no les había engañado la voz de su alma incomparable.

El que con tanto dolor y angustia buscaran por espacio de tres días estaba allí.

Estaba allí la Verdad y la Sabiduría eterna sentada entre los doctores; enseñando á los que presumían no haber ciencia como la suya; humillando á los que se jactaban de conocer los secretos de Dios.

Estaba allí Jesus; y aquel era el día del triunfo de su sabiduría, como más adelante tendría lugar allí el triunfo de su humildad, en vísperas del triunfo de su amor sobre el pecado y la muerte.

Miraban con sus ojos una cosa inaudita; nunca vista; no imaginada en Israel.

Miraban á un Niño de doce años sentado entre los doctores, como doctor máximo; miraban á un Niño de doce años enseñando con ciencia irresistible y con claridad incomparable á los doctores y al pueblo de Israel, lo que ni pueblo ni doctores habían sabido explicarse; miraban á un Niño de doce años abrir con seguridad absoluta, valiéndose de la llave de una sabiduría incomparable, el arca santa que guardaba los secretos más sublimes de la misericordia, de la caridad y de la justicia de Dios.

A ellos no les asombraba lo que decía Jesus; á ellos no les asombraba ver á las gentes suspendidas,

como extáticas oyendo al Cristo, porque ellos sabían quién era: lo que les asombraba era que el Cristo hubiese dejado á un lado la profunda humildad de que se revistiera, pues conocían cuán amadas eran del Corazon del Niño la humildad, y el anonadamiento, y la oscuridad.

Esto sí que los dejó llenos de pasmo; pero al mismo tiempo, ¡cuánta fué la satisfaccion de sus nobilísimos corazones ante aquel triunfo esplendente de su Cristo y de su Dios!

Mas esta satisfaccion nada tuvo de terrena, nada tuvo de mundana; no podía tener nada de pecaminosa en ellos.

Era pura y simplemente la satisfaccion de ver al Verbo eclipsando con su gloria la de los hombres; anonadando y confundiendo la ciencia vana de unos pretendidos sabios, con la sabiduría infinita; era la satisfaccion de los serafines por ver á Dios tan bello, tan bueno, tan grande, tan feliz, tan poderoso, tan sabio, tan glorioso; era la satisfaccion hija purísima de la perfecta caridad, de un incomparable celo por la gloria del Señor.

María y José no se acordaban de que eran padres; no pensaban sino que siendo humildes criaturas, asistían al triunfo de la sabiduría del Criador. Por esto su gozo era tan puro como el gozo de los ángeles.

Apénas nuestros santos Personajes hubieron penetrado en la suntuosa estancia, el Niño divino puso

una mirada cariñosa en ellos; mirada de bienvenida, mirada de amor filial incomparable.

Aquella mirada recompensóles en un momento de tantas penas, y fatigas, y congojas, y dolores, y agonías.

Por ser objeto de aquella mirada hubieran dado gustosos mil vidas que tuvieran.

Pero Jesus siguió hablando, y sus prudentísimos padres no le interrumpieron.

Cuando hubo puesto fin á sus elocuentes y sapientísimas palabras; cuando hubo dado término á la mision que le impusiera para aquellos días el Padre eterno, levantóse y se dirigió humilde, reverente, modesto, como el mejor de los hijos, al sitio donde atónitos, anhelantes, le esperaban María y José.

La Vírgen santísima salió á su encuentro con los brazos abiertos, y le estrechó la primera en ellos, vertiendo un torrente de lágrimas de inefable dicha, de ventura sin término.

Despues, pensando en que José estaría ansioso de hacer lo mismo, se retiró unos pasos para que el Patriarca le abrazara tambien. Éste lo hizo con el afan, con la ternura que era de suponer.

—¡Jesus mío! ¡Jesus mío! le decían, no cansándose de besarlo y oprimirlo contra su corazon.

—¡Padres, padres míos! exclamaba Jesus abrazándolos tambien.

Entónces María, no en son de reproche, sino de amorosa queja; y comprendiendo haber habido mis-

terio en aquella ausencia; misterio que estaba deseosa de conocer para tener un nuevo motivo de dar gloria á Dios, dijo:

—¿Por qué lo has hecho así, Hijo mío? Tu padre y yo afligidos andábamos buscándote.

Y Jesus con entonacion majestuosa, en la cual se traslucía al Dios que hablaba, y humilde al par y llena de respeto, en la cual se traslucía á la vez que hablaba el Hijo, contestó:

—¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que ante todo debo atender á las cosas de mi Padre?

Y con esta contestacion, que nada tenía de áspera é irrespetuosa; y con esta contestacion dada por el modelo de los hijos, se les hicieron patentes á los santos Esposos los motivos de la separacion, y adoraron á Dios por la sublimidad de sus disposiciones, y porque los vínculos de la carne y sangre no eran motivos para que dejara de atender al fin principal de la venida del Verbo á la tierra.

—¡Misericordia divina! exclamaron los dos felices Esposos, apénas por las palabras del Niño conocieron los motivos por los cuales había obrado Jesus de aquella manera.

Y plegando las manos, pusieron extáticos los ojos en su Hijo divino, humillando los espíritus.

Y miéntras esta escena de inefable felicidad se representaba entre ellos, los rabinos se miraban asombrados, se preguntaban quién podía ser un Niño tan precoz; y poniendo los ojos en los padres de Jesus,

apénas acertaban en darse cuenta de si aquello era una realidad ó un ensueño engañoso.

¿Cómo era posible que un Niño tan sabio y de tan felices disposiciones, fuera Hijo de padres tan pobres y oscuros? ¿Cómo era posible que aquellas gentes hubiesen podido hacerle educar de semejante manera? La ciencia no es innata; la ciencia se adquiere: ¿cómo Jesus había adquirido la maravillosa que poseía?

Esto se preguntaban para sus adentros aquellos hombres, infatuados por el orgullo y por la presuncion más abominable. Y no sabían contestarse á las preguntas que se hacían.

Y con todo, no pensaban en que cumplidas ya las profecías, y debiendo nacer el Hijo de Dios de padres pobres, y vivir en la humildad, conforme Jesus se lo había probado, bien podía aquel Niño maravilloso ser el Cristo vaticinado, el Salvador de los hombres, el vencedor de la muerte.

Prefirieron halagar su orgullo dándose aires de protectores; por lo tanto, viendo que María y José estaban dispuestos á llevar consigo el Niño, acercáronse á ellos con cierta humillante altanería, y con aire de protector que irrita á muchos y ofende á muchos más, les preguntaron:

—¿Sois vosotros los padres de ese Niño?

—El Señor ha bendecido nuestra casa y humildad con esta insigne bendicion; contestó la modestísima Vírgen.

—Bendicion es, en efecto, y seríais muy ingratos si por ella dejarais de darle á Dios las más rendidas gracias; porque quien más recibe, mayor cuenta tiene que dar.

—Es muy cierto señor; por eso nosotros no nos cansamos de levantar al Altísimo nuestros agradecidos corazones; pero como somos tan indignos, necesitamos que otros nos ayuden á darle gracias. Dignáos hacerlo vos con nosotros; contestó José siempre amante de la humildad, siempre deseoso de humillarse.

—Sí, lo haremos, pues es muy posible que desde vuestra oscuridad y con vuestra ignorancia, no supierais agradecerle al Altísimo el bien que os ha dado; bien que debéis á la patria ante todo.

Hablando así, el orgullo de los rabinos salió á la superficie con toda su repugnante y descarada desnudez.

Jesus se aproximó á sus padres, como movido por el horror; como si buscara refugio en la humildad.

—Os doy gracias por vuestra generosa promesa. Sí, agradecedle á Dios el bien que nos ha dado con este Hijo.

—Es un bien del cual no puedes formarte una idea, dichosa Madre; indicó el rabino.

—Sí; somos muy pequeños para conocer lo que vale nuestro Jesus; contestó la Vírgen poniendo enamorada los ojos en el Niño, y suplicándole tocara el corazon de aquellos insensatos orgullosos.

—Pues bien; has de saber que si el Señor te ha dado un Hijo semejante, ha sido imponiéndote deberes que tal vez no tengas en cuenta; que tal vez no conozcas.

—Os suplico, por caridad, que os dignéis decirme en qué consisten esos deberes.

—Cuando Dios da al mundo un Niño de tan felices disposiciones, no es para que, ignorada flor, viva y vegete en la oscuridad y en la indigencia, sino para que honre al pueblo, al cual ha sido dado, y trabaje por el bien comun, y por la salud de todos.

—Así opino yo; y por lo tanto desde muchos años tengo ofrecido mi Hijo al Señor, para que haga con Él su santísima voluntad, como y cuando le plazca.

—Me agrada verte tan felizmente dispuesta, oh dichosa Madre. Tu prudencia es digna de un tal Hijo.

—Yo soy la mujer más indigna de todas las nacidas; pero Dios bondadoso se complace en colmarme de dichas. Si me conocierais, si supieseis lo poco que valgo, os quedaríais asombrado; dijo María con una modestia, que por una secreta, invencible fuerza hizo bajar los ojos al rabino.

Tal vez miéntras la Vírgen pura complacida y gustosa se humillaba tanto; tal vez miéntras la Madre de Dios ponía de su parte todo lo que podía para ser despreciada de aquellos hombres, sepulcros blanqueados, el ángel de la Justicia divina arrojaba al rostro del rabino todas las repugnantes miserias, to-

das las iniquidades abominables de su altanera vida.

¿Por qué, si no, bajó los ojos y se sintió humillado y confundido oyendo aquellas palabras humildísimas?

Pero aquello solamente fué obra de un momento; las inspiraciones en los malvados pasan con la rapidez del rayo: iluminan la negra tempestad, la densa cerrazon de su alma y desaparecen, no por culpa de la inspiracion, sino por culpa del que ha sido objeto de ella; por culpa de quien hála despreciado.

En su consecuencia, afirmándose el rabino, que llevaba la voz de todos, que era la encarnacion del espíritu de todos, en su orgullo; y resuelto á vender proteccion, no desinteresada, á Jesus, continuó:

—Sí, mujer; debes tu Hijo al Señor ante todo, y despues á la patria, donde ha querido Dios que naciera: por lo tanto, mira como correspondes á lo que el Altísimo exige de tí, para que no te hagas indigna de su bondad inefable; para que no oprima tu casa con su inexorable justicia.

—Para el efecto le estoy pidiendo continuamente la gracia de ser Madre digna de un Hijo tal; y el Señor, que ve la rectitud de mi intencion y la viveza de mis deseos, no me negará lo que le suplico.

—Hoy mismo puede ser que te esté hablando por mi palabra.

—Tal vez sí. Pero en este caso, dejadme preguntaros por lo que me váis á decir.

Jesucristo se acercó más á sus santísimos padres. Parecía demandarles proteccion.

María y José lo comprendieron así, y asieron el Niño divino tiernamente de la mano.

El rabino no se fijó en esta circunstancia, pasada para muchos desapercibida, y prosiguió:

—Debes tu Hijo al Señor y á la patria: las nobilísimas y excelentes cualidades que concurren en Él te obligan, oh mujer, á educarlo y á cultivar su levantada inteligencia, para que en su día sea un hombre de provecho. Vosotros parecéis pertenecer á una clase poco ménos que necesitada, y por lo tanto difícilmente podréis atender á lo que requiere su educacion intelectual.

María y José se estremecieron al comprender la intencion del rabino, y estrecharon entre las suyas la mano de Jesus, que seguía dando muestras de oir con repugnancia las proposiciones del escriba; que seguía amparando su humana debilidad del inagotable amor de sus padres.

—¿Y qué me váis á proponer? preguntó la Vírgen santísima con sobresalto.

—Que lo dejes entre nosotros, y os volváis á vuestra aldea tranquilos y confiados.

—¡Separarnos de Él! exclamaron María y José con invencible horror.

—Sí, separaros de Él: ¿qué tiene eso de singular? preguntó el rabino, mal disimulando la ira que despertaba en su pecho apasionado la exclamacion de los virginales Esposos.

—¡Es imposible! continuaron la Vírgen y el Pa-

triarca, apretando con mayor fuerza la mano de Jesus.

—¡Imposible! dijo el rabino con altanería, revistiéndose de una autoridad irritante. ¿Y por qué?

—Porque Jesus es nuestra vida; porque Jesus es nuestra alegría; porque con Jesus las penas son dulces, y sin Jesus las más inefables dichas son amarguras sin fin. Tres días lo hemos llorado perdido; tres días lo hemos buscado sin descanso; las lágrimas derramadas por nosotros en ese tiempo no son decibles; nuestros suspiros han llegado hasta el trono de Dios, moviéndole á misericordia. Y ahora que hemos tenido la anhelada ventura de juntarnos de nuevo con Él; ahora que conocemos la pena que es vivir léjos de Él, ¿queréis que consintamos en separarnos de su lado, no por tres días, sino por muchos meses; tal vez por muchos años? ¡Oh señor! si es que sois padre, comprenderéis el por qué os hablamos de esta manera.

—¡En verdad es grande el número de los necios, como dice el sabio! exclamó el rabino con irritante desden, volviéndose á sus compañeros, y poniendo luégo una mirada despreciativa en María y en José.

La Vírgen santísima y el justo Patriarca bajaron humildemente los ojos, como aceptando las palabras desvergonzadas é insensatas del rabino.

Éste, no ya como quien suplica; no ya como quien aconseja, sino como quien manda despóticamente, continuó:

—Necias insensateces, despreciables sensiblerías

son las que alegas. Dios te ha dado un Hijo; Dios ha puesto en tu Hijo un talento de primer órden, y tu Hijo no es tuyo; se lo debes á Dios.

—No se lo niego; se lo doy, Él lo sabe, con la mayor espontaneidad de que soy capaz... Pero separarme de mi Hijo, cuando el Señor me lo ha dado! Eso valdría tanto como no apreciar el don recibido del cielo!

Este grito enamorado del corazon de María hizo enmudecer al rabino, ó por lo ménos le obligó á cambiar de táctica ó de resolucion. En su consecuencia dijo:

—No se te exige tampoco que te separes en absoluto de tu Hijo: puedes vivir á su lado, y ponerlo bajo nuestra direccion. En nuestras escuelas llegará con el tiempo á ser honra y prez de Israel.

—El Señor sabe cuán profundo respeto tengo á vuestras escuelas; pero tampoco es posible lo que me pedís.

—¿Por qué? preguntaron los rabinos tomando la negativa por un desaire, y cual si pretendieran caer como una avalancha sobre la Vírgen santísima, de cuyos labios no esperaban, por cierto, semejante contestacion.

—Porque nosotros somos unos humildes artesanos, y debemos vivir allí donde el Señor ha querido que viviéramos hasta este momento. ¡Nos es tan querida la ciudad de Nazareth, y la humilde casita que nos vió nacer!... Por otra parte, pienso que el Señor no

quiere que por ahora deje mi Hijo la modesta ciudad de Galilea.

—Mujer, tú eres una insensata, y de tus insensateces tendrás que dar estrecha cuenta á Dios.

—El Señor me perdonará, si hay desacierto aquí, en gracia á la buena voluntad que me mueve.

—El Señor no puede perdonarte, porque obras el mal conociéndolo; replicó con acrimonia el rabino.

Jesus animando á su Madre; Jesus como diciéndola que no ofendía á Dios, sino que le servía, negándose á dar gusto al fariseo, se amparaba más y más de sus terrenos padres. Al parecer les estaba diciendo:

—Defended de las fauces del lobo rapaz á la tierna ovejuela.

Conociéndolo así, la Vírgen santísima era más fuerte, estaba más decidida; su resolucion era inquebrantable.

—Neciamente piensas, insensata; y día vendrá en el cual has de arrepentirte de tu resolucion; pero será fuera de tiempo. Entónces te lamentarás, y tus lamentos no serán atendidos; porque habrás quitado á Israel una de sus más bellas esperanzas; una de sus más lisonjeras glorias.

—Cuando me la pida el Señor, dispuesta y pronta estoy á dársela. Sé que mi hijo es de Dios.

—¡Insensata! Ahora te lo pide por mis labios, y te niegas.

—Vos me lo pedís para enseñarle, y yo os digo

que en la misma escuela que ha aprendido lo que sabe, aprenderá lo conveniente para que sea la esperanza de la patria, la gloria de Israel, la honra de nuestro pueblo.

El rabino enmudeció. La contestacion que le daba la Vírgen humildemente, no tenía réplica, y mucho ménos la tenía estando allí presentes cuantos oyeran como el Niño Jesus les enseñaba y explicaba claramente lo que nunca habían entendido; lo que era perpetuo tema de inacabables disputas; lo más sublime, lo más grande, lo más admirable puesto por Dios en los libros santos.

Si Jesus aprendiera todas aquellas sublimidades en una escuela que no era la rabínica, ¿á qué fin hacerse discípulo de quienes, léjos de enseñarle algo, habían de aprender lo que sus tiernos labios explicaran?

Consentir en la proposicion de los rabinos, hubiera sido ofender á Dios; hubiera sido humillar la sabiduría infinita, poniéndola á los piés de hombres que estaban aún por dar el primer paso en el camino de la sabiduría, que es el santo temor de Dios; que estaban aún por saludar los umbrales de la verdadera ciencia, es decir, la humildad y el propio conocimiento.

Los rabinos se miraron irritados; mas como estaban confundidos, contentáronse con mirarse.

Tal vez se preguntaban qué respuesta darían á la observacion de la Vírgen; mas como no le dieron

ninguna, es evidente que no se les ocurrió, porque no la tenía. Es decir; sí, la tenía. La única respuesta era deponer su irritante soberbia, humillarse rendidos, reconocer al Mesías y adorar la clemencia divina por haberlo dado á la tierra.

Los rabinos miraron con ira implacable á la débil Mujer que acababa de contestar con una sabia negativa á sus proposiciones, y considerando aquella ya cuestion de honra, dijeron con irritante desprecio á la santísima Vírgen.

—¿Cuántos años tiene ese Niño?

—Doce y cuatro meses, señor; contestó la Madre de Dios con suma humildad.

—Entónces, segun nuestras leyes, tú no puedes impedirle quedarse con nosotros, y hacerse nuestro discípulo, si es que Él lo desea. Veremos, pues, por lo que opta tu Hijo, quien tales muestras de sabiduría y buen acuerdo acaba de darnos. Defendido y protegido por la ley, tú no podrás forzarle á que haga tu voluntad.

—Tan ajena estoy, señor, á oponerme á la voluntad de mi Jesus, que como Él opte por quedarse entre vosotros, sabios doctores, yo me consideraré feliz con darle mi permiso.

El rabino, altanero, sin esperar las últimas palabras de María, sin tenerlas para nada en cuenta, despreciándolas como buen orgulloso, habló con el divino Niño, y le dijo:

—Tienes ya la edad en que de cierta manera pue-

des disponer de tí. Tú prometes mucho si aprendes, y con el tiempo vas á ser una gloria de la patria; pero para esto necesitas oir nuestras explicaciones, hacerte nuestro discípulo. Dí, pues, porque aquí estamos para amparararte y protegerte contra las exigencias de tu mal aconsejada Madre, ¿quieres ser nuestro discípulo?

Jesus oyó aquellas palabras con indecible repugnancia: le atormentaban terriblemente el Corazon.

El malvado que acababa de hablar maltrataba á su Madre querida; le enseñaba á despreciar su autoridad; le incitaba á rebelarse. Esto no podía quedar sin correctivo; así es que con una dignidad y una majestad, no esperadas del rabino ni de sus compañeros, contestó:

—¿Qué váis á enseñarme en vuestra escuela? La primera leccion que me dáis se reduce á despreciar á mi querida Madre, cuando el precepto del Señor manda á los hijos honrar á sus padres si quieren vivir largo tiempo sobre la tierra. ¿Son estas las lecciones que pensáis darme? Dios me manda no oíros.

Si el mismo cielo se hubiese desplomado sobre la cabeza de los rabinos, no les hubiera hecho el efecto de las severas y merecidísimas palabras que acababan de oir.

La multitud de los oyentes estuvo por caer de rodillas á las plantas de Jesus; quien prosiguió, deseoso de humillar hasta el polvo á los que acababan de tentarle para que desobedeciese y despreciase á su Madre.

—¿Qué váis á enseñarme en vuestras escuelas? ¿La ciencia sagrada cuyos secretos son para vosotros eterno motivo de disputas, y semillero inacabable de odios y rencores? No es así como se estudia y se aprende: los corazones puros y sencillos y las almas que buscan estos secretos en la oracion; los espíritus que inquieren, movidos sólo del celo por la gloria de Dios, éstos únicamente penetrarán la grandeza de la sabiduría. ¿Decidme ahora en qué puntos estáis concordes? Cuando uno afirma, otro niega, sólo por el gusto de negar lo afirmado por el primero; ponéis á Dios en evidencia, porque la suma Verdad no puede decir *sí* con los hillelistas, y *no* con los scameistas; dejando con vuestras eternas disputas muy debilitada la religion en el pueblo, y desencadenando las pasiones en su pecho, con el lamentable ejemplo que le dáis. Y para que aprenda á disputar, á inventar argucias, á odiar, ¿pretendéis que me quede aquí?... Prefiero la escuela de la virtud en la casa humilde de mis padres, y oir las sublimes lecciones de quien me ha enseñado todo cuanto sé. Si la ley, interpretada por vosotros, me da las facultades que habéis dicho, yo no quiero dicha ley; yo la abomino, porque no es la dictada por Dios; porque no es la ley que bajo severísimas penas ordena al hijo honrar, respetar, obedecer y amar á sus padres.

«Quedad con Dios, señores. Me retiro con honda pena en el Corazon, porque la inicua leccion que habéis pretendido darme, es una leccion abominable, es

una leccion que ninguno de vosotros dará á sus hijos.»

Calló Jesus, y dejando el tono solemne, grave, severo, con que acababa de reprenderlos en público, volvióse humildemente á sus padres, que oyéndole lloraban de dicha, y les dijo:

—Vamos ya, si os place, padres míos: vuestro reverente Hijo espera vuestras órdenes, para no separarse de vosotros hasta que haya llegado su hora. Entónces vos, Madre mía, cumpliendo la palabra empeñada con Dios, le daréis el Hijo tan amado de vuestro corazon.

Y asiéndose de nuevo de las manos de María y de José, saludó cortesmente á todos los concurrentes, y salió de la cátedra de Moises, hervidero de aviesas pasiones, y donde tales consejos se daban en público á los hijos.

Los oyentes se retiraron silenciosos, comentando y aplaudiendo las palabras del sabio Niño; y los doctores de la ley viéndose solos, oprimidos y confusos bajo el peso enorme de las recriminaciones y autoridad del Cristo, bien que rabiando como Satanas, retiráronse tambien, pensativos, avergonzados, sin decirse una palabra, y maldiciendo de lo íntimo de su corazon gangrenado á su Humillador.

Cuando Jesus estuvo á solas con sus dichosísimos padres, tendiéndoles al cuello los tiernos brazos, dijo:

—¡Ah! ¡cuán bien se está á vuestro lado, padres míos! ¡Cómo respira en esta atmósfera santa el Corazon!

CAPÍTULO XI.

La Sagrada Familia.

Salieron del templo los padres felices, llevando de la mano al Niño adorado.

Si ántes no se había conocido dolor como el suyo, tampoco se conocía entónces regocijo, felicidad comparable con la de sus corazones nobilísimos.

Esta felicidad era, si cabe, mayor que la pena por ellos sentida; era la misma dicha celestial.

¿Qué ambicionaban ellos sino estar con Jesus, y tener la dicha de vivir con Jesus, y de morir por Jesus?

Esta dicha la tenían colmada ya. Jesus estaba con ellos como el pastor sorprendido por la tempestad se refugia en una cueva impenetrable; como el hijo se refugia en los brazos de sus padres; como el espíritu atribulado se refugia en el seno paternal de Dios, donde hay consuelo para todos los males; donde hay dulzura para todas las amarguras; donde hay bálsamo para todas las dolencias.

—Regresemos á Nazareth; volvamos á la humilde concha donde tan perfectamente se ha escondido la perla de nuestro amor y felicidad; no nos detengamos más tiempo en Jerusalen; dijo José.

—Descansemos aquí si os parece, Padre mío; le dijo Jesus.

—De buena gana, si tú lo deseas, amor de mi vida. Pero les temo á los rabinos, á quienes tan justamente has increpado por sus pecados y crímenes. Yo les conozco; yo sé que son implacables. Zacarías murió á sus manos, y el sobresalto me devora pensando cuán fácilmente pueden vengarse de tí.

—Os agradezco vuestro tierno afecto; mas no temáis. Por ahora son impotentes.

—¡Por ahora, pero no despues!... balbuceó José tristemente.

—De mí está escrito en el principio del libro de la vida, y he de hacer la voluntad de Dios.

Y volviéndose á la Vírgen santísima, la cual nunca gozaba dicha colmada, la dijo:

—¡Suspiráis! Buena y pobre Madre mía! Es la voluntad de Dios.

—Esa voluntad me conforta, y en medio de las agonías de mi alma me es de inefable consuelo; me da la única alegría posible, despues de la alegría de verte á mi lado.

—Valle de lágrimas es el mundo; el camino de la dicha está sembrado de espinas.

—Y el cuerpo apénas las siente, si el alma está en Dios. De no ser así, ¿comprendes, Jesus mío, si hubiera sido posible la vida en nosotros durante los amargos días pasados? ¿Comprendes si fuera posible la vida en mí conociendo lo que conozco de tí, y la desolacion que ha de venir? Dichosos los que confían en Dios, y en Él tienen fijos los ojos, porque el Se-

ñor. estará con ellos y será su consuelo en la tribulacion.

—Entónces si nada tenemos que temer por tí, Jesus de mi alma, vamos á la hospedería, porque tu Madre está muy necesitada de descanso; dijo el cariñoso Patriarca.

—Vida mía; exclamó la Vírgen inmaculada; voy á rogarte por lo que más ames en el mundo, que hagas porque tu pàdre afectivo sea más justo que no es. Mira, nunca se acuerda de su persona, que es la encina de cuyo robusto tronco nos amparamos nosotros, débiles hiedras; él nunca, en su concepto, hace nada bueno; él, en su concepto, no se merece nada; pero en cambio María, su querida María, se lo merece todo!... Esto es injusto, Hijo mío, y te suplico que hagas porque esta injusticia termine.

Jesus se sonrió agradecido, mirando á José, cuya confusion era grande.

María, no dándose por satisfecha, prosiguió de esta manera:

—¿Ahora mismo, no lo ves, Jesus mío? María es la sola que está cansada; María es la que merece y necesita descansar... María en todo lo bueno y para todo lo bueno; José en todo lo malo y para todo lo malo; cuando María es la criatura más indigna; es la criatura que no merece una mirada de los ojos de su amante esposo, y José es la admiracion de los mismos ángeles... Jesus mío; yo pido justicia á tu amoroso Corazon; háblale á tu padre y verás como cambia.

—Bendito seas, Hijo mío; dijo humildemente el Patriarca; por permitir que sea castigado el desamor que te tengo, y mi falta de solicitud por María, con el vivo tormento que dan á mi corazon las palabras que acabo de oir. Amaestrado por este tormento, aprenderé á quereros y atenderos, si no como merecéis, por ser imposible en un hombre como yo, al ménos de la manera que pueda y sepa.

—¡Padre mío, Madre mía! dijo Jesus acariciando las manos de entrambos, y regalándoles el alma con inefables delicias. Nada de castigo, nada de injusticia. El Padre Eterno aprecia en lo justo vuestros actos y vuestras palabras; Él sabe lo que valen unos y otras, y escribe en el libro de la vida la sentencia.

Y serenados ambos corazones con estas palabras divinas, llegaron á la hospedería, siendo recibidos con sin igual afecto en ella y felicitados por la dicha que gozaban.

Y cuando tuvieron término las felicitaciones, retiráronse á una habitacion, deseosos de estar solos y descansar, más que con el descanso del cuerpo, (del cual tan necesitados estaban), con el inefable reposo del que despues de haberle buscado con sin igual solicitud, ha tenido al fin la dicha de encontrar al objeto regalado de su amor; con el inefable reposo del alma que, habiendo perdido sensiblemente al Cristo, lo ha encontrado, en fin, y quiere á solas reclinar la cabeza fatigada sobre el divino y amante Corazon.

Los mundanos no conocen nada de esta dicha, ¿pero decidme si hay dicha alguna conocida por ellos? Groseras satisfacciones, que pasan en un momento, esto es lo único que conoce el mundo; groseras satisfacciones que dejan en el fondo del alma el tedio, el disgusto, la tristeza y los amargores de la vida. No se las envidia, por cierto, quien conoce á Jesus; quien ha gozado la inefable ventura del amor de Jesus.

Ya sola en el recinto de un aposento la Sagrada Familia, sus dichosos individuos dieron expansion á la incomparable felicidad de sus corazones, y María y José abrazaron otra vez tiernamente al Niño, como si con aquel abrazo acabaran de darse cuenta cabal de su ventura; como si necesitaran tener apretado contra el pecho al adorado Jesus, para persuadirse de que no era sueño, sino dichosa realidad lo que les estaba pasando.

Pero un pensamiento vino de pronto á poner término á estas explosiones, á estas justísimas satisfacciones de su felicidad.

Aquel pensamiento, nacido en el fondo de sus pechos cuando hubieron de persuadirse que habían perdido á Jesus; aquel pensamiento que no los había abandonado nunca, áun cuando lo tenían cuidadosamente guardado en el fondo del corazon por no afligirse más el uno al otro; aquel pensamiento punzante y desgarrador, que era el que despues de la pérdida del Niño más les afligió durante los tres ya

pasados días; aquel pensamiento, repetimos, consistía en el temor de haber perdido á Jesus por su culpa.

En su consecuencia, este pensamiento hizo plegar las alas á su felicidad, y abatir el vuelo á su inefable ventura, para hundir gustosos la frente en el santo polvo de la humildad.

María y José de repente se apartaron de Jesus; no osaron mirarle enamorados al rostro; pusieron los ojos en tierra, y trocaron las galas de su ventura por el vestido humilde del penitente.

Jesus, por leer como en un libro abierto en el alma de sus padres, conoció el motivo de tan repentino cambio, y se agradó más y más de unas almas tan dignas de Él; pero con todo, hizo como quien no sabía la causa de aquella mutacion, y en su consecuencia les dijo:

—¿Pero cómo, padres míos, habéis puesto término tan pronto á vuestra dicha? ¿Por qué vuestro rostro háse anublado, y vuestro ánimo se ha entristecido? Decídmelo, pues es justo que el Hijo pida á sus padres participacion en las tristezas, cuando ellos se la dan tan generosamente en sus alegrías.

—Hijo mío; dijo María; un vivo pesar apena mi corazon. ¡Ah! no se me quitará hasta saber si me has perdonado, bien que me confieso desde luégo indigna de perdon.

—El mismo pesar aflige tambien mi pecho; tampoco volverá á salir para mí el sol de la dicha, si án-

tes no oigo de tus labios divinos la palabra misericordiosa que de ellos implora tu Madre.

—¡Perdonaros!... ¿Y por qué? ¿Y de qué? preguntó el Cristo como quien se extrañaba.

Y hacía esto por dar lugar á sus benditos padres á ejercer un acto heróico de humildad; acto tan agradable á los ojos de Dios; acto tan provechoso para aquellos que lo practican.

—¡Y todavía pregunta de qué tiene que perdonarme! exclamó María plegando las manos y cayendo de rodillas á las plantas de Jesus. ¡Oh! ¡cuán generoso eres, y cuán noble! ¡Oh! ¿por qué en vez de hacerme tu Madre, no buscaste otra criatura que supiera corresponderte como mereces?

—Jesus mío; la humildad la hace injusta: no tengas en cuenta sus palabras, te lo ruego. No es á ella á quien tienes que perdonar, no, sino á este vil gusano de la tierra; porque yo soy doblemente culpable, mas no lo es de ninguna manera la inocente, la pobre María.

Y diciendo esto, tambien José de rodillas se llegaba á los piés de Jesus; los besaba, cubríalos de lágrimas, los apretaba dulcemente contra su pecho, y no se cansaba de dar inequívocas muestras de humildad y dolor.

—Padres míos; advertid que no es á mis piés donde debéis estar; mis brazos es el lugar que os corresponde. No sois quienes debéis humillaros ante vuestro Hijo, sino yo ante vosotros.

—¡Oh! exclamaron entrambos con horror. ¡Tú humillarte ante nosotros; tú el Hijo de Dios Altísimo, y Dios como Él! ¡tú nuestro Criador y Redentor, ante nosotros, indignas criaturas tuyas!... ¡Calla; calla por piedad!

—¿Acaso no soy vuestro Hijo? ¿No me he impuesto las leyes que obligan á los demas hijos?

—Pero tambien eres nuestro Dios, nuestro Redentor, nuestro Salvador, y el perdon que imploramos, es no de la nobilísima Criatura, sino de la excelsitud del Criador; no hemos ofendido al Niño, sino al Dios.

—¡Ofenderme! ¿Y en qué? preguntó el Cristo haciendo esfuerzos por conseguir que María y José dejaran la humilde posicion que guardaban á sus divinos piés. Os suplico me lo digáis ya, porque lo ignoro.

—No esperes que me levante de aquí sin haber alcanzado tu perdon. Yo, vil criatura, he tenido la desgracia de perderte por mi culpa... exclamó María sollozando.

—¡Vos! dijo Jesus con asombro, cual si oyera el relato de una cosa imposible.

—No, no la creas; el pecador soy yo; yo solo. Mía es la culpa que en su humildad se achaca.

—¡Vuestra! dijo tambien Jesus con el mismo asombro, con idéntica extrañeza.

—Sí; yo te llevaba de la mano al salir del templo. Sólo mi negligencia pudo ser motivo y causa de perderte. A buen seguro que no le habría sucedido á tu Madre esta desgracia.

—Pero tú sabes, Hijo mío, que no fué la negligen-

cia de José causa de perderte, porque no puede haberla en él tratándose de tí. No; la única causa fué mi desamor; la única causa fué el que no te ame como debo y te mereces, bien de mi vida...

—¡Qué injusticia!... exclamó José sin acertar en proferir otra palabra, pues los conceptos de la humildad de María le aturdían, le anonadaban, le llenaban de un cierto horror.

—Sí; mi desamor por tí, ha sido el motivo de haberte perdido. Perdóname, Hijo mío, porque en adelante tu pobre Madre, con tu gracia, ya procurará amarte y servirte, si no como te mereces, cuando ménos cuanto pueda y sepa; cuando ménos todo lo que Dios la dé á entender.

José iba á proferir otra exclamacion como la anterior; pero Jesus la detuvo diciendo:

—Nada de desamor en vosotros, en quienes faltaría ántes la vida que el amor que me tenéis; amor que es cuanto puede dar el corazon humano, templado al fuego de la caridad divina. Nada de descuido y negligencia, padre mío, pues como perfectamente ha dicho mi dulce Madre, no es posible en vos tratándose de mí; nada de culpa por parte de nadie en la ausencia que hoy ha terminado, y por lo mismo, nada de perdon, pues éste no cabe donde no hay ofensa. Tranquilizáos ya.

Las palabras de Jesus, siempre eficaces, obraron en aquellos nobilísimos corazones lo que significaban; les devolvieron la tranquilidad, la alegría, la paz; porque nada había para ellos tan triste y duro

como el pensamiento de haber ofendido al Cristo, siquiera fuera sin saberlo.

—¡No hay ofensa! exclamaron, arrojándose en brazos del Niño.

—Repite, Hijo mío, esa palabra, porque mi corazon necesita oirla de tus labios otra vez.

—No, Madre mía, no: léjos de haberme ofendido, con vuestro amor y solicitud en buscarme, habéis dado á mi Corazon un inefable consuelo, porque es muy triste para el pecho del amante no verse correspondido.

—Háblanos, pues, de las cosas providenciales que te han movido á separarte de nosotros; porque es bueno las conozcamos, para que ellas nos induzcan á amarte más; dijo María, miéntras José tomaba asiento al lado del Niño y ella ocupaba el opuesto, dejando á Jesus en medio.

Entónces el Cristo les refirió los motivos que tuviera para quedarse en Jerusalen, y lo mucho que convenía el que lo hiciese sin la amada compañía de sus padres.

Nosotros hemos apuntado estas causas en otro capítulo, y por no incurrir en repeticiones dejaremos de continuarlas aquí. Todas ellas se reducían á la mayor honra y gloria de Dios, y bien de los hombres; todas estaban informadas por la más ardiente, por la más fina, por la más excelsa caridad.

José y María oyeron como arrebatados en éxtasis aquella relacion.

Y cuando el Cristo la hubo terminado, cayeron de

rodillas, pusieron sus frentes humilladas en el suelo, bendijeron á la misericordia divina, sintieron en sus pechos santos la viva llama del amor al Niño enardecerse y dieron por bien empleados los sobresaltos, fatigas y cansancios, terrores y agonías de los días pasados.

Y las palabras de Jesus fueron para ellos objeto de constante meditacion.

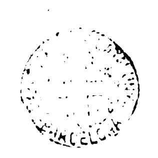
Y lo fueron asimismo sus obras admirables, y los ejemplos que daba.

Y despues de haber tomado María y José el necesario descanso en la hospedería, regresaron con el Niño á Nazareth, mas no sin ántes haber pagado la cariñosa solicitud de la jerosolimitana con una visita afectuosa; visita que atrajo incalculables bendiciones sobre su persona y casa.

Y cuando la Sagrada Familia hubo regresado á Nazareth, se dió el mayor portento visto por los cielos y por la tierra. El Criador de todas las cosas, hecho Niño, estaba sujeto á sus humildes padres!

Misterio de los misterios, cuyo secreto solamente puede salir del Corazon del Cristo, enamorado de los hombres. La lengua enmudece al considerarlo, y la mente se pierde y se anonada en la infinita grandeza de la caridad de Jesus.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



ÍNDICE.

LIBRO TERCERO.

EXPATRIACION.

LIBRO CUARTO.

EL NIÑO PERDIDO.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DE ESTE SEGUNDO TOMO.

